3 1761 07293255 1

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/amaliajo00mr

56

# COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XI.

# AMALIA.

POR

JOSÉ MÁRMOL.

TOMO PRIMERO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1877.

PQ
7797
M27A73
1877

# ESPLICACION.

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aun, y ocupa la posicion política ó social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficcion calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos Y es esta la razon por que el lector no hallará nunca los tiempos presentes empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros &a.

El autor ha creido que tal sistema convenia tanto á la mejor claridad de la narracion, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leida. como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras; con quienes entónces se armonizará perfectamente el sistema aquí adoptado, de describir bajo una forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad.

Montevideo, Mayo de 1851.

# PARTE PRIMERA.

## CAPITULO I.

### Traicion.

El 4 de Mayo de 1840, á las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguan, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se para, y dice á los otros:

— Todavía una precaucion mas.

— Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche, contesta otro de ellos, al parecer el mas jóven de todos, y de cuya cintura pendia una larga espada, media cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

— Por muchas que tomemos serán siempre pocas, replica el primero que había hablado. Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la vereda de enfrente; un momento despues saldrán los tres restantes, seguirán esta vereda, y nuestro punto de reunion será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

— Bien pensado.

— Sea, yo saldré adelante con Merlo, y el señor, dijo el jóven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicacion. Y diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la vereda opuesta con los personajes que habia determinado, enfiló la calle de Belgrano, con direccion al rio.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos despues, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma direccion que aquellos, por la vereda determinada.

Despues de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del jóven que conocemos por la distincion de una espada á la cintura, dijo á este, miéntras aquel otro á quien habian llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho:

— Es triste cosa, amigo mio! Esta es la última vez quizá que caminamos sobre las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos á un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra!

— Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos.... Sin embargo, continuó el jóven despues de algunos segundos de silencio: hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

— ¿Cómo lo contrario?

— Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

— ¿A pesar de Rosas?

— A pesar de Rosas.

— ¿Y no ir al ejército?

— Eso es.

— Bah, pero eso es un cobarde ó un mashorquero!

— Ni lo uno, ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad, y su corazon es el mas puro y noble de nuestra generacion.

— ¿Pero qué quiere que hagamos, pues?

— Quiere, contestó el jóven de la espada, que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo á quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que ménos número de hombres moriremos en las calles el dia de una revolucion, que en los campos de batalla en cuatro ó seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo.... Pero dejemos esto porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras ó el polvo repiten luego nuestras palabras á los verdugos de nuestra libertad. El jóven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya espresion melancólica se convenia perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veinte y seis años de la vida.

A medida que la conversacion se habia animado sobre aquel tema, y que se aproximaban á las barrancas del rio, Merlo acortaba el paso, ó parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubria.

Llegados á la calle de Balcarce:

— Aquí debemos esperar á los demas, dijo Merlo.

— ¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? preguntóle el jóven.

— Muy seguro, contestó Merlo. Yo me he convenido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido; no para mí, porque yo soy tan buen patriotico como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir á la otra Banda; y ya verán ustedes que hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del jóven en los de Merlo, cuando llegaron los tres hombres que faltaban á la comitiva.

— Ahora es preciso no separarnos mas, dijo uno de ellos. Siga usted adelante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al rio, cuyas olas se escurrian tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba á dar anuncio de los próximos frios del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubria el Plata, desierto y salvaje como la Pampa; y el rumor de sus olas, que se desenvolvian sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecia mas bien la respiracion natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenian lugar los sucesos que referimos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura á las orillas del Rio de la Plata, en lo que se llama el *Bajo* en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la estension que ocupa el rio, y apénas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, á dos ó tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningun ruido humano se percibe, y solo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubremente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscricion centenares de buenos ciudadanos, esos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debia morir al puñal de la Mashorca si eran senti-

dos; ó decir ¡adios! á la patria, á la familia, al amor, si la fortuna les hacia pisar el débil barco que debia conducirlos á una tierra estraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época á que nos referimos, ademas, la salud del ánimo empezaba á ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo ántes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, á las *personerías*, á los fusilamientos, empezaban á suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mashorca; por ese club de bandidos, á quien los primeros partidarios de Cromwell habrian mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba á apoderarse de todos los espíritus, no podia dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencío por la costa del rio, en direccion á Barracas, á las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crímen de lesa tiranía que con la muerte se castigaba irremediablemente.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo: hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires, que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía á la civilizacion, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demas.

A pocos pasos seguíalo el coronel D. Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la mas culta y escogida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el jóven D. Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que habia heredado de sus padres; corazon valiente y generoso, é inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el jóven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, argentinos todos.

En este órden habian llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que da á Barracas en la calle de la Reconquista; es decir, se hallaban en paralelo con la casa que habitaba el ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se para y les dice:

— Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad,

buscando en el rio la embarcacion salvadora; miéntras que Merlo parecia que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigia hácia Barracas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

— No está, dijo Merlo; no está aquí, es necesario caminar algo mas.

La comitiva le siguió en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó cuarenta varas de distancia, en la misma direccion que llevaban; y en el momento en que se volvia á comunicárselo á sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

— No respondan; yo voy á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que es, dijo Merlo, que sin esperar respuesta, caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hácia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apénas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba, y ántes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen tambien como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que le atropella, pero rueda tambien á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos hechas pedazos ya á su garganta para defenderla... todo es en vano....! El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos; y, en los borbollones de la sangre, se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadaveres para robarles alhajas y dinero;

entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y confusion de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo espansivamente elástico, tomaba en cada segundo de tiempo, formas, estension y proporciones diferentes: era Eduardo que se batia con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa casi de un salto un espacio de quince piés en direccion á las barrancas. Esto solo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginacion concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le habia bastado tambien para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero si habia librádose del choque de los caballos, no habia evitado el ser visto, á pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos embozaba la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro mas, hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la accion de los asesinos, y, dando un salto hácia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchon que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnicion en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aun no ha caido ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en direccion á la ciudad.

En ese momento tres asesinos mas se reunen al que acababa de sentir caer el cuerpo de su compañero á los piés de su caballo, y los cuatro cargan entónces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hácia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de su caida; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la accion de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entónces tira su capa y retrocede diez ó doce pasos mas. La idea de tomar la carrera pasa un momento por su imaginacion; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexion, súbita como la luz, sin embargo no habia

terminádose en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe á los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendian. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes á su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y, haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza á ganar hácia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendia, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose mas en cada momento la intencion de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentia que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiracion de su pecho. Sus contrarios no se cansan ménos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita á los otros con palabras de demonio; pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, este tira dos cortes á derecha é izquierda con toda la estension de su brazo, amaga á todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándoles algunos pasos mas hácia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder este y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza á perder la fuerza en la sangre abundante que se escurria de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con teson, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenia en su mano izquierda. Este último, que no habia comprendido la intencion de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazon. El poncho habia llegado á su destino: la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atras; su mano izquierda, libre de su capa que habia arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, miéntras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable pene-

tra á lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

—Bárbaros! dice Eduardo; no conseguiréis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber ántes hecho pedazos mi cuerpo!

Y, recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en tercia una estocada que le tira su contrario mas próximo; y, desenganchando, se va á fondo, en cuarta, con toda la estension de su cuerpo: dos hombres caen á la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posicion, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aun se precipitan sobre él.

— Aun estóy vivo! grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que habia resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha estension de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenia á su lado, y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado los asesinos se le aproximan con recelo. El uno de ellos se acerca por los piés de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posicion, ni fuerza para parar. La impresion del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, é hinca sobre su pecho una rodilla.

—Ya estás, unitario, ya estás agarrado! le dice, y volviéndose al otro que se habia abrazado de los piés de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquel se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se espanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo á la garganta del jóven.

Pero en el momento que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

— A tí tambien te irá tu parte! dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caido del cielo, se dirige con su brazo levantado hácia el último de los asesinos, que, como se ha visto, estaba oprimiendo los piés de Eduardo, porque, aun medio muerto, temia acercarse hasta sus manos. El bandido se para, retrocede, y toma repentinamente la huida en direccion al rio.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso: se vuelve á aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de este es pronunciado luego por el desconocido con toda la espresion del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesíno que habia caido sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del jóven y reclina su cabeza contra su pecho.

— Todavía vive! dice, despues de haber sentido su respiracion. Su mano toma la de Eduardo, y una leve presion le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entónces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y, cargándolo al hombro, marcha hácia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del Sr. Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran estraños á su planta.

— Ah! esclama de repente, apénas faltará media cuadra.... y.... tengo que descansar porque.... y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que á los dos cubria. Eduardo! le dice poniéndole sus labios en el oido; Eduardo! soy yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, originado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fria de la nocha á reanimarle un poco.

— Huye.... Sálvate Daniel! fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

— No se trata de mí, Eduardo; se trata de.... á ver.... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo mas fuerte que puedas.... pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda, que conservas la espada empuñada con ella? Ah, pobre amigo, esos bandídos te habrán herido la derecha!.... y no haber estado contigo yo! Y durante hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese com-

prender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo á Eduardo, que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacia una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma direccion que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido en poco de la vida que le habia arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

— Basta, Daniel, dice, apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

— No hay necesidad, le responde este, poniéndole suavemente en tierra; ya estamos en el lugar donde queria conducirte.

Eduardo quedó un momento de pié; pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso y al tomar esa posicion, todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del jóven.

— Ya me imaginaba que no podrias estar de pié, dijo Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se habia helado, sospechando entónces que las heridas de Eduardo eran mortales. Pero, felizmente, continuó, ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad miéntras voy á buscar los medios de conducirte á otra parte.

Y diciendo esto habia vuelto á cargar á su amigo y descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hondo de una zanja de cuatro ó cinco piés de profundidad, que dos dias ántes habian empezado á abrir á distancia de veinte piés del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del Ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

Daniel sienta á su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta donde se siente herido.

— No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles, dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola á su hombro derecho y á su muslo izquierdo.

Daniel respira entónces con libertad.

— Si solamente estás herido ahí, dice, no es nada, mi querido Eduardo; oprimiéndolo en sus brazos con toda la efusion de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero á la presion de sus brazos Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

— Debo estar tambien.... sí.... estóy herido aquí, dice llevando la mano de Daniel á su costado izquierdo.... pero sobre todo, el muslo.... el muslo me hace sufrir horriblemente.

— Espera, dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido. Esto á lo ménos, continúa, podrá contener algo la hemorragia, ahora venga la cintura ¿es aquí donde sientes la herida?

— Sí.

— Entónces.... aquí está mi corbata, y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice fingiendo una confianza que habia empezado á faltarle desde que supo que habia una herida en el pecho, que podria haber interesado alguna entraña. Y dice y hace todo entre la oscuridad de la noche, y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posicion terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era tambien, los sonidos de un piano llegaron en ese momento á sus oidos: el señor Mandeville tenia esa noche una pequeña tertulia en su casa.

— Ah! dice Daniel, acabando de vendar á su amigo: S. E. inglesa se divierte.

— Miéntras á sus puertas se asesinan á los ciudadanos de este país! esclama Eduardo.

— Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente á la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes; con la sola diferencia, que estas lo hacen de dolor, y aquella de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginacion él conocia y admiraba tanto; é iba á hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

— Siento ruido, le dice al oido, buscando á tiendas la espada.

Y en efecto no se habia equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibia claramente. y un minnto despues el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacia mas perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venian conversando.

— Oye, dice uno de ellos, á diez ó doce pasos de la zanja, saquemos fuego y á la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme á casa.

— Bajemos entónces, responde aquel á quien se habia dirigido, y dos hombres se desmotan de sus caballos, sonando la vaina de laton de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo, y, cami-

nando hácia la zanja, vinieron á sentarse á cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recien llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro:

— A ver, dáme los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de banco, y dió uno de ellos á su compañero; quien tomándolo con la mano izquierda lo aproximó á la brasa del cigarro que tenia en la boca, y aspirando con fuerza iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiracion.

— 100! dice aquel que habia entregado el billete, y cuya cara se habia juntado con la del otro para ver junto con él el número.

— 100! dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operacion que con el primer billete, se hace con 30 de igual valor; y despues de repartirse 1,500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3,000 que sumaban los 30 billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

— Yo creia que seria mas! Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

— ¿Y á dónde se iban esos unitarios? al ejército de Lavalle ¿no es verdad?

— Pues! Y á dónde se habian de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de estas todas las noches.

— Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

— Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos la cosa mal, nos pasaremos; entretando yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del Comandante.

— Fíate mucho! Que nos eche de ménos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

— Oh! y él no nos mandó por este lado, y á Morales por el Retiro, y á Diego con cuatro mas por las calles, á buscar al que se escapó? Entónces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

— Pero ¡qué susto llevaba Camilo cuando fué á avisarle al Comandante! Le dijo que salieron cuatro á proteger al unitario, pero no le ha de haber creido porque sabe que es flojo.

— Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los habia de matar. Por mi parte, yo no los busco.

— Qué buscarlos! Yo me voy á la Boca, dijo aquel que habia traido los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, miéntras el otro se dejó estar sentado.

— Bueno, dice este, ándate no mas; yo voy á acabar mi cigarro ántes de irme á casa; mañana te iré á buscar de madrugada para que nos vamos al cuartel.

— Entónces, hasta mañana, dice aquel, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos despues, el que se habia quedado mete la mano al bolsillo, saca una cosa que aproxima á su cigarro en la boca, y la contempla á la claridad que esparcia la brasa.

— Y es de oro el reloj! dice. Esto nadie me lo vió sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y veia y volvia á ver el reloj á la luz de su cigarro.

— Y está andando! dice, aplicándosela al oido, pero yo no sé.... yo no sé cómo se sabe la hora.... y volvia á iluminar su preciosa alhaja.... esta es cosa de unitarios! ..... la hora que yo sé es que serán las doce, y que....

— Esa es la última de tu vida, bribon, — díce Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin dar un solo grito, el mismo golpe que habia dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibracion, ocasionado por un instrumento que Daniel tenia en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacia sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañon que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habian dado un solo grito.

Daniel, que habia salido de la zanja, y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja, y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

— Valor! valor! mi Eduardo; ya estás libre.... salvo.... la Providencia te envía un caballo que era lo único que necesitábamos!

— Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas.... no puedo estar de pié.

— No hagas fuerza, dice Daniel; que carga otra vez á Eduardo y lo sube al borde de la zanja. En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar á Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que se hacian á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las rien-

das del caballo, y lo hace subir inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

— Daniel, no vamos á mi casa porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene órden de no dormir en ella esta noche.

— No, no por cierto, no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo á estas horas, en que veinte serenos alumbrarian nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

— Bien, pero tampoco á la tuya.

— Mucho ménos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida: y llevarte á mi casa seria haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

— ¿Y adónde, pues?

— Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas mas preguntas. Habla lo ménos posible.

Daniel sentia que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecia; pero felizmente le pasó pronto.

Daniel hacia marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la direccion á Barracas; atravesó la del Brasil y Patagones y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no habia edificio alguno sino los fondos de ladrillo ó de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas, causan temor de dia mismo á los que se dirigen á Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, ántes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está humedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Ademas, él conocia perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo, sin el mínimo contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó al fin á la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo mas aproximado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y convencido de que no veia ni oia nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo:

— Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

— ¿Dónde? le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

— Aquí, le responde Daniel, subiendo el caballo á la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo á las rejas, é introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió á llamar segunda vez, y entónces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

— ¿Quién és?

— Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

— Daniel! dijo la misma voz, aproximándose mas á la ventana la persona del interior.

— Sí, Daniel.

Y en el momento la ventana se abrió, la celosía fué alzada, y una mujer jóven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posicion, como sorprendida.

— ¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes á los criados; ábrela tú misma.

— ¿Pero, qué hay, Daniel?

— No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, mas que la vida ¿lo entiendes ahora?

— Dios mio! esclama la jóven, que cierra la ventana, que se precipita á la puerta de la sala, de esta á la de calle, que abre sin cuidarse de hacer poco ó mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda dice á Daniel:

— Entra! Pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que solo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa, cuando ejecutan alguna accion de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiracion.

— Todavía no, dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo llega á la puerta.

— Ocupa mi lugar, Amalia; sosten á este hombre que no puede andar solo

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que recostado contra el marco de la puerta, hacia esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

— Gracias, señorita, gracias! dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

— ¿Está usted herido?

— Un poco.

— Dios mio! esclama Amalia, que sentia en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras se cambiaban estas palabras, Daniel habia conducido el caballo al medio del camino, y poniéndolo en direccion al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en la anca con la espada de Eduardo, que no habia abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal, y tomó el galope en aquella direccion.

— Ahora, dice Daniel, adentro! acercándose á la puerta, levantando á Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguan, y cerrando aquella. De ese mismo modo lo introdujo á la sala, y puso, por fin, sobre un sofá á aquel hombre á quien habia salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podia, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

---

## CAPITULO II.

### La primera curacion.

Cuando Daniel colocó á Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre á la jóven prima de Daniel, pasó corriendo á un pequeño gabinete contiguo á la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro, una pequeña lámpara de alabastro, — á cuya luz la jóven leia las Meditaciones de Mr. Lamartine cuando Daniel llamó á los vidrios de la ventana, y volviendo á la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo, y los rizos de su cabello castaño claro, echados atras de la oreja pocos momentos ántes, no estorbaron á Eduardo descubrir, en una mujer de 20 años, una fisonomía encantadora,

una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de espresion y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro pareceria escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó á la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima la dijo:

— Amalia, en las pocas veces que nos vemos te he hablado siempre de un jóven con quien me liga la mas intima y fraternal amistad; ese jóven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son *oficiales*, son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

— ¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hácia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecia la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

— Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

— Oh, no, Daniel; jamas lo he dudado!

— Bien, dice el jóven, poniendo sus labios sobre la frente de su prima, entónces lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves á quedar dueña de tu casa, y de mí, como siempre.

— Dispon; ordena lo que quieres; yo no podria tampoco concebir una idea en este momento, dijo Amalia cuya tez iba volviendo á su rosado natural.

— Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar á ningun criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oir concluir la última sílaba y corrió á las piezas interiores.

Daniel se acercó luego á Eduardo, en quien el momentáneo descanso que habia gozado empezaba á dar espansimiento á sus pulmones, oprimidos hasta entónces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

— Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que despues de su regreso de Tucuman, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que si la hospitalidad no agrada á tus deseos, no les sucederá lo mismo á tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante volviendo su semblante á su gravedad habitual, esclamó:

— Pero es un proceder cruel; voy á comprometer la posicion de esta criatura!

— ¿Su posicion?

— Sí, su posicion. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana sabrá Rosas donde estóy, y el destino de esta jóven se confundirá con el mio!

— Eso lo veremos, dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo. Yo estóy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y, si en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno á que no tendrias en tu cuerpo un solo arañazo.

— Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

— Eso es para despacio, contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

— Oh, mi linda prima, dijo Daniel, los Dioses habrian despedido á Hebe, y dádote la preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará miéntras viene un médico. Y en tanto que suspendia la cabeza de su amigo y le daba á beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez á Eduardo, cuya palidez y espresion dolorida del semblante le daba un no sé qué de mas impresionable, varonil y noble; y al mismo tiempo para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecian dos figuras como no habia imaginádose jamas: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

— Ahora, dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia, ¿el viejo Pedro está en casa?

— Sí.

— Entónces vé á su cuarto, despiértalo, y dile que venga.

Amalia iba á abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

— Un momento, Amalia, hagamos muchas cosas á la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

— En aquel gabinete, responde Amalia señalando el que estaba contiguo á la sala.

— Entónces, anda á despertar á Pedro. Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó á otra habitacion, que era la alcoba de su prima, de esta á un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos. — Oh! esclamó mirándose en el espejo del tocador miéntras se lavaba las manos; si Florencia me viese así, bien creeria me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando la quiero robar un beso y está enojada se me escaparia hasta la Pampa! Bueno!

continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucuman, allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y tambien beberé, porque el diablo se lleve á Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirla! Y diciendo esto, se echó á la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecia ajena del carácter del jóven, escribió dos cartas, las cerró, pusolas el sobre, y entró á la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentia. Al mismo tiempo la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todaviá, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzon de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver á Daniel de pié en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

— Yo creo, Pedro, que no es á usted á quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay mas que un amigo mio á quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tio el coronel Sáenz, padre de Amalia?

— Catorce años, Señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junin, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

— A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted mas cariño y mas respeto: á Belgrano, á San Martin, ó á Bolivar?

— Al general Belgrano, Señor; contestó el viejo soldado sin hesitar.

— Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí, una hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

— Señor, yo no puedo ofrecer mas que mi vida, y esa está siempre á la disposicion de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

— Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no solo valor sino prudencia, y sobre todo secreto

— Está bien, Señor

— Nada mas, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazon honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

— Sí, Señor; patriota viejo, dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo

— Bien; vaya usted, continuó Daniel, y sin despertar á ningun criado, ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese, y venga

El veterano llevó su mano á la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y, dando media vuelta marchó á ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos despues, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el porton de la quinta, y en seguida apareció en la sala, cubierto con su poncho, el viejo soldado de quince años de combates.

— ¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

— ¿Tras de San Juan?

— Allí.

— Sí, Señor.

— Pues irá usted á ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta, diciendo que, miéntras se prepara el doctor, usted va á una diligencia, y volverá á buscarlo En seguida pasará usted á mi casa, llamará despacio á la puerta, y á mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento le dará usted esta otra carta.

— Bien, Señor.

— Todo esto lo hará usted á escape.

— Bien, Señor.

— Otra cosa mas. Le he dado á usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar, ántes que dejarse arrancar esa carta.

— Bien, Señor.

— Nada mas, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche, dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea, á la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma vénia que anteriormente, y salió. Algunos segundos despues sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovia con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal á su prima de pasar al gabinete inmediato, y, despues de recomendar á Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

— Ya sabes cuál ha sido mi eleccion; ¿á quién otro podria llamar, tampoco, que nos inspirase mas confianza?

— Pero, Dios mio, comprometer al doctor Alcorta! esclamó Eduardo. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se

espongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

— Estas sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá mas que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos á los buenos, y los pícaros se deben á los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado á dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

— Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

— Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada jóven de nuestros amigos, cada hombre de la generacion á que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en accion; somos la reproduccion multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazon el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frias es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutierrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de esponer tu vida por huir de la patria, ántes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificacion de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y.... pero, bah! que tonterías estóy hablando! esclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrian sobre el rostro cadavérico de Eduardo. Vaya! vaya! no hablemos mas de esto. Déjame hacer las cosas á mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará á todos juntos; y á fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, miéntras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima, que, al ver las de su amigo, habia brotado de la esquisita sensibilidad de este jóven, que mas tarde haremos conocer mejor á nuestros lectores.

— Daniel, le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro, yo no sé qué hacer, tú, y tu amigo están cubiertos

de sangre, necesitan mudarse, y yo no tengo mas trajes que los mios.

— Que nos sentarian perfectamente, si nos dieses tambien un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá. Y llevando á su prima á un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó á su lado y continuó:

— Díme, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

— Pedro, Teresa una criada que he traido de Tucuman, y la pequeña Luisa.

— ¿Cuáles son los demas?

— El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

— El cochero y el cocinero son hombres blancos?

— Sí.

— Entónces, á los blancos por blancos, y á los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

— Pero crees tú ...?

— Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una órden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta á las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situacion actual de nuestro país. Solo hay en la clase baja una escepcion, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propension que hay en casa raza mezclada á elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, á que siempre toman ellos por modelo.

— Bien, los despediré mañana.

— La seguridad de Eduardo, la mia, la tuya propia, lo exigen así. Tu no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado á un desgraciado, y....

— Oh! no, Daniel, no me hables de eso! Mi casa, mi fortuna, todo está á la disposicion tuya y de tu amigo!

— No puedes arrepentirte, decia, y debes. sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegacion, no dé armas contra tí á nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir tus criados, te resarcirás pronto. Ademas,

Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los dias indispensables que determine el médico; dos, tres á lo mas.

— Tan pronto! oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y seria asesinarlo el levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda, podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mias.

— Gracias! gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vamos á preparar la cama en que se habrá de acostar despues de su primera curacion.

— Sí . . por acá; ven, y tomando una luz pasó con Daniel á su alcoba, y de esta á su tocador.

Pero ántes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hácia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hácia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, ó las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pié parecia acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro piés de ancho, y dos de alto, se veia en la estremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caian los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendian las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa que parecia una tenue neblina abrillantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared, habia una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veian algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica

copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado á fuego, y delante de la cama, estaba estendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los piés de la cama, se veia un gran sillon, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo á la sala, se descubrian dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenian dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último: una mesa de palo de naranjo apénas de dos piés de diámetro, colocada á la estremidad de la otomana, contenia, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la mas preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era, un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apénas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto á ella.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veian á un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales habia desordenado Daniel pocos momentos ántes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y en continuacion á ella, una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillon de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañadera; y los otros, frente á los espejos de los guarda-ropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hácia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en quien la luz del dia penetraba por los cristales de una gran ventana que daba á un pequeño jardin en el patio principal, y que

era moderada por un juego doble de colgaduras de crespon celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, habia una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormia Luisa, jóven destinada por Amalia á su servicio inmediato.

Ahora, sigámosla que entra al aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que, tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto á sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta, en un corredor que cuadraba á aquel, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, á un aposento amueblado.

— Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino del Tucuman y partió de regreso hace tres dias. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo. Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitacion, miéntras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguia, cuya puerta al zaguan estaba enfrente de aquella de la sala, por donde una hora ántes habia entrado él con Eduardo en los brazos.

— ¿Dónde mira esta ventana? preguntó á su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba á ocupar Eduardo.

— Al corredor por donde se entra de la calle á la quinta, por el gran porton. Sabes que todo el edificio está separado, hácia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el porton, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

— Es verdad, lo recuerdo.... pero... ¿no oyes ruido?

— Sí....

— Son....

— Son caballos á galope.... y el corazon de Amalia le batia en el pecho con violencia.

— Es probable que.... se han parado en el porton, dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

— Quién será, Dios mio! esclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde.

— Ellos, dice Daniel que habia pegado su cara á los vidrios de la ventana.

— ¿Quiénes?

— Alcorta y Pedro.... oh! el bueno, el noble, el generoso Alcorta! y corrió á tracer la luz que habia ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y

el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo.

Pedro hizole entrar por el porton, llevó los caballos á la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenia la llave.

— Gracias, Señór! dice Daniel, saliendo á encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

— Veamos á Belgrano, amigo mio, dijo Alcorta apresurándose á cortar los agradecimientos de Daniel.

— Un momento, dijo este, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecia Amalia, miéntras el viejo Pedro los seguia con una caja de jacarandá debajo del brazo. ¿Ha traido usted, Señor, cuanto cree necesario para la primera curacion, como se lo supliqué en mi carta?

— Creo que sí, respondió Alcorta, haciendo una reverencia á Amalia, lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró á Amalia, y esta partió volando á sus habitaciones.

— Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí ántes del reconocimiento?

— Es necesario, respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

— Pedro, dijo Daniel, espere usted en el patio; ó mas bien, vaya usted á enseñar á Amalia como se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, Señor, ya debo decir usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son oficiales.

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apénas

— ¿Cree usted que no lo he comprendido ya? respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante.... Veamos á Belgrano, Daniel, dijo despues de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró á la sala por la puerta que daba al zaguan.

En ese momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver á Alcorta de pié junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

— Quieto, Belgrano, dijo Alcorta con voz conmovida y ellna de cariño; quieto, aquí no hay otro que el médico. Y,

sentándose á la orilla del sofá, examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

— Bueno! dijo al fin, vamos á llevarlo á su aposento.

A ese tiempo, entraban á la sala por el gabinete Amalia y Pedro.

La jóven traia en sus manos una porcion de vendas de género de hilo no usado todavía, que habia cortado segun las indicaciones del veterano.

— ¿Le parecen á usted bien de este ancho, doctor? preguntó Amalia.

— Sí, Señora. Necesitaré una palangana con agua fria, y una esponja.

— Todo hay en el aposento.

— Nada mas, Señora, dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la espresion del reconocimiento á sus oficiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron á Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron á la habitacion que se le habia destinado, miéntras Amalia quedó de pié en la sala sin atreverse á seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habian invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillon y empezó á separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habian puesto en confusion su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegacion, trabajo, compasion, admiracion, todo esto habia pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no habia sentido en toda su vida impresiones tan improvisas y violentas; y á quien la naturaleza, sin embargo, habia dado una sensibilidad esquisita, y una imaginacion poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podian ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y, miéntras ella comienza á darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre habia pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

— No es nada, dijo, despues de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo, la espada ha respalado por las costillas sin interesar el pecho

— Tampoco es de gravedad, continuó despues de inspeccionar la que tenia sobre el hombro derecho, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

— Veamos el muslo, prosiguió. Y á su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de estension, la espresion del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos á lo ménos examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corria á lo largo del muslo.

— Es un hachazo horrible! esclamó, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente. Y en seguida, lavó él mismo las heridas, é hizo en ellas la curacion que se llama de primera intencion, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que habia traido en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento se sintieron parar caballos contra el porton, y la atencion de todos, á escepcion de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacia sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

— ¿A él mismo entregó usted la carta? preguntó Daniel dirigiéndose á Pedro.

— Sí, Señor á él mismo.

— Entónces, salga usted á ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto despues, volvió Pedro acompañado de un jóven de diez y ocho á veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picarezca, y que, á pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente, ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

— ¿Has traido todo, Fermin? le preguntó Daniel.

— No ha de faltar nada, Señor, le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entónces á sacar del lio la ropa interior que necesitaba Eduardo, y á vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curacion. Y en seguida, entre los dos, colocaron á Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermin, y en pocos momentos se lavó y mudó de piés á cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar á Pedro disposiciones sobre cuanto debia de hacer, relativas á los demas criados, á limpiar la sangre de la sala á quemar las ropas ensangrentadas etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba á Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas ántes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oia la horrible relacion que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debia traer el duelo y el espanto á la infeliz Buenos Aires.

— ¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? le preguntó á Eduardo.

— No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo, porque Oliden fué el único que se entendió con él.

— Eso me inquieta un poco, dijo Daniel, que acababa de oir la relacion que hacia Eduardo, pero todo lo aclararemos mañana.

— Es preciso mucha circunspeccion, amigos mios, dijo Alcorta, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

— Nada sobrevendrá, Señor. Solo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba á perder la vida; y Dios no hace las cosas á medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

— Sí, creamos en Dios y en el porvenir! dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano á Daniel Bello, dos de sus mas queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veia en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegacion, que en el espíritu de ellos habian sembrado sus lecciones.

— Es necesario que Belgrano descanse, continuó. Antes del dia sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al medio dia volveré, dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Despues de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

— ¿Cree usted, Señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

— Ninguno absolutamente; pero su curacion podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron á la sala, donde Alcorta habia dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillon en que la dejámos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdian entre los rizos de su cabello castaño claro.

— Señor, esta Señora es una prima hermana mia, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

— En efecto, dijo Alcorta, despues de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar, que entre ustedes hay tambien mucha afinidad de alma, pues observo, Señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propension simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entre-cortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquella recibia de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de este.

— Eduardo, yo necesito retirarme, y voy á acompañar á Alcorta Pedro va á quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana á la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el dia; pero mandaré á mi criado á saber de tí. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

— Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas á nadie en mi mala fortuna.

— ¿Volvemos? Tu tienes mas talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces mas que tú Dejame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

— Nada ¿Has hecho que tu prima se recoja?

— Adios! ¿ya empezamos á tener cuidados por mi prima?

— Loco! dijo Eduardo sonriendo. Véte y consérvate para mi cariño.

— Hasta mañana!

— Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas á Pedro y á Fermin, que permanecian en un rincon del aposento, y salió al patio con ellos.

— Fermin, toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro, dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algun accidente. Puede ser que los que asaltaron á Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular; y puede ser tambien, que algunos de ellos quieran vengar á los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

— Puede ser, Señor, pero á la casa de la hija de mi coronel no se entra á degollar á nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

— Bravo! así me gustan los hombres, dijo Daniel apretando la mano del soldado. Cien como usted, y yo responderia de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el porton cuando hayamos salido; hasta mañana!

— Hasta mañana, Señor!

Alcorta estaba ya de pié despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

— ¿Nos vamos ya, Señor?

— Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

— Perdon, Señor, tengo necesidad de ir á la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

— Bien, vamos, pues! dijo Alcorta.

— Un momento, Señor. Amalia, todo queda dispuesto; Fermin vendrá a medio dia á saber de Eduardo, y yo estaré aquí á las siete de la noche. Ahora, recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

— Oh! yo no temo sino por tí y por tu amigo! le contestó Amalia, llena de animacion.

— Lo creo, pero nada sucederá.

— Oh! el Señor Daniel Bello tiene grande influencia! dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y espresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginacion y de talento.

— ¡Protegido de los señores Anchorenas, consejero de S. E. el señor Ministro D. Felipe, y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora! dijo Daniel con tan afectada gravedad, que no pudieron ménos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

— Ríanse ustedes, continuó Daniel, pero yo no, que sé prácticamente lo que esas condecoraciones en mí sirven para....

— Vamos, Daniel.

— Vamos, Señor. Amalia, hasta mañana! El imprimió un beso en la mano que le estendió su prima.

— Buenas noches, doctor, dijo Amalia, acompañándolos hasta el zaguan, de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba á la quinta, doblando luego á la izquierda, y llegando al corredor del porton donde Fermin los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba á la quinta, como se sabe, paróse, y vió al viejo veterano de la Independencia sentado á la cabecera del herido

Amalia, entretanto, no pudo volver á la sala sin echar desde el zaguan una mirada hácia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso á paso á sus habitaciones, á esconder entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Tisiano, y cuya cútis, luciente como el raso, tenia el colorido de las rosas, y parecia tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habian enfilado, á gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo á la ciudad por aquella barranca de Balcarce, que, doce años ántes, habia visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir á sellar con sangre el orígen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos, á la

puerta de la casa del Señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oido: y Daniel, seguido de Fermin, tomó por el Mercado, salió á la calle de la Victoria, dobló á la izquierda, y, á poco andar, Fermin bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

---

## CAPITULO III.

### Las Cartas.

En el patio de su casa, Daniel dió su caballo á Fermin, y órden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase.

En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce; y, tomándola, pasó á un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este jóven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos; frente espaciosa, nariz aguileña; labios un poco gruesos, pero de un carmin reluciente que hacia resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este jóven de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la espresion de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de D. Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraba en sociedad con los señores Anchorenas, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentezco y de política con Rosas, gozaban, á esa época, de una alta reputacion en el partido federal.

D. Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepcion que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo, hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde mucho antes que Rosas, opiniones de federal: y por la federacion habia sido partidario de Lopez primeramente, de Dorrego despues, y últimamente de Rosas; sin que por esto él pudiese esplicarse la razon de sus antiguas opiniones; mal comun á las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811 en que el coronel Artigas pronunció la palabra federacion

para rebelarse contra el gobierno general, hasta 1829 en que se valió de ella D. Juan Manuel Rosas, para rebelarse contra Dios, y contra el diablo.

D. Antonio Bello, sin embargo, tenia un amor mas profundo que el de la federacion: y era, el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo; y, desde niño, empezó á prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo *doctor*, como decia el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel habia llegado de sus estudios al segundo año de jurisprudencia. Pero, por motivos que mas tarde trataremos de conocer, hacia ya algunos meses que no asistia á la universidad.

Vivia completamente solo en su casa, á escepcion de aquellos dias en que, como al presente, tenia huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando á conocer en adelante, la vida y las relaciones de este jóven, que despues de entrar á su gabinete, y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillon volteriano, echó atras su cabeza, y quedó sumergido en una profunda meditacion por espacio de un cuarto de hora.

— Sí, dijo de repente, poniéndose de pié y separando con su mano los cabellos lacios de su frente; no hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y, sin precipitacion, pero como ajeno á la mínima duda, ni hesitacion, sentóse á su escritorio, y escribió las siguientes cartas, que leia con atencion despues de concluir cada una.

«5 *de Mayo, á las dos y media de la mañana.*

«Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia mia, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi existencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado tu corazon y tu cabeza; vamos á ver que tal ha salido la discípula.

«Necesito saber, como se esplica en lo de Da. Agustina Rosas y en lo de Da. María Josefa Ezcurra, un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia: qué nombres se mezclan á él: de qué incidentes lo componen; de todo, en fin, cuanto sea relativo á ese acontecimiento.

«A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu mision diplomática.

«Ten cuidado de Da. María Josefa; especialmente, no dejes delante de ella asomar el menor interes en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma: hé ahí tu talento.

«Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo muy serio envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de

«DANIEL.»

— Mi pobre Florencia! esclamó el jóven despues de leer esta carta. Oh! pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no lo quiere! Vamos á otra carta, continuó, pero á esta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas. Y escribió y leyó lo que sigue:

«5 de Mayo de 1840, á las nueve de la mañana.

«*Señor D. Felipe Arana, etc. etc.*

«Mi distinguido amigo y Señor: Miéntras usted se desvela, y arrostra, con la energía propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la oposicion y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades, que estando bajo la dependencia de usted no dejan, sin embargo, de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

«La policía, por ejemplo, tiene mas empeño en ostentar independencia de usted, que en velar aquello que únicamente la compete

«Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la policía lo haya estorbado, á pesar de sus poderosos medios; y que S. E. el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, á quien tuve el honor de comunicarle tal suceso Pero basta que fuese usted quien lo comunicó á S. E. para que el Señor Victorica se manifieste indolente.

«Anoche á las diez y media, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo; y á la altura de la casa del Señor Mandeville, he visto una numerosa reunion de hombres, que, por su inmediacion á la orilla del rio, creo que tenian el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado. Y es el momento en que usted tome su desquite del Señor Victorica, informando de esto á S. E. que, casi me atrevería á asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener del nombre de los prófugos, que á estas horas deberia saberlo, si la policía imitase á usted en su actividad y celo.

«Despues de medio dia tendré el honor de hablar á usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme mas en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que á esas horas ya sabrá usted, sin necesidad

de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presuncion no es equivocada.

«Y, hasta entónces, saluda á usted con su acostumbrado respeto, su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

«DANIEL BELLO.»

— Ah, mi buen D. Felipe! esclamó Daniel, riéndose como un niño despues de la lectura de esta carta, quién te diria alguna vez que, ni en chanza, te hablarian de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos á la otra.

«5 de Mayo 1840.

«*Señor Coronel Salomon.*»

«Paisano y amigo: A mí me consta, como al que mas, que la federacion no tiene una columna mas robusta que usted, ni el heróico Restaurador de las Leyes, un amigo mas fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oir entre ciertas de las relaciones que frecuento, y que usted sabe poco mas ó ménos quiénes son, que la Sociedad popular, de que usted es digno Presidente, no ayuda á la policía con toda la actividad que debiera, en perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir á incorporarse al ejército de Lavalle.

«El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle, que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar á los que quieran irse en adelante.

«Yo mismo tendria mucho gusto en asistir á la reunion, y en prepararle á usted un discurso federal para que entusiasmase á los defensores del Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la federacion, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

«Si usted dispone la reunion federal, sírvase contestarme ántes de las doce, y disponga de este su atento servidor que lo saluda federalmente.

«DANIEL BELLO.»

— Este hombre hará cuanto le digo, dijo Daniel despues de escribir la carta, con un acento de completa confianza.

Este hombre y todos los demas de su especie, devorarian á Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen á conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, ó como el diablo.... Me falta otra carta todavía, continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba á medida que escribia con ellos lo siguiente:

«Buenos Aires, 5 de Mayo de 1840.

«Anoche han sido sorprendido cinco de nuestros amigos á tiempo de embarcarse. Lynch, Riglos, Oliden, Maisson han sido víctimas, á lo ménos así lo creo hasta este momento; uno ha escapado milagrosamente. Si por algun otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no hagan uso absolutamente de ningun otro nombre que no sea de los que dejo escritos.»

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre:

«*A. de G3* — Montevideo.»

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró el cordon de una campanilla.

Fermin apareció en el acto.

— Las cosas no andan buenas, Fermin, dijo Daniel fingiendo cierto aire de distraccion y de indolencia miéntras hablaba. El enrolamiento es general, y voy á tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de escepcion, á no ser que tú quieras servir.

— Y cómo he de querer, Señor! dijo el criado, con esa entonacion perezosa, habitual en los hijos del campo.

— Y sobre todo, continuó Daniel, el servicio va á ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la república; y tu no estás acostumbrado á tales fatigas. Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado á mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

— Qué sentir, Señor! dijo Fermin con lágrimas en los ojos.

— Te tengo á mi servicio inmediato, porque deposito en ti una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido ¿no es verdad?

— Es verdad, Señor.

— Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir á mi padre otro para Fermin; y hay pocos hombres en Buenos

Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrias que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

— Yo no sirvo, Señor. Primero me hago matar que dejar á usted.

— ¿Y te harias matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

— ¿Y cómo no, señor? contestó Fermin con el acento mas cándido y sincero de un jóven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor, que parece innata á los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

— Así lo creo, dijo Daniel, y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazon hace mucho tiempo, seria bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar. Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que habia escrito, y continuó: Bien, Fermin, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy á decirte: mañana á las nueve llevarás un ramo de flores á Florencia, y cuando salga á recibirlo, le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida á casa del señor D. Felipe Arana, y entregarás esta otra. Irás despues á casa del coronel Salomon, y entregarás tambien esta otra carta. Ten mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

— No hay cuidado, Señor.

— Oye mas.

— Diga usted, Señor.

— De vuelta de tus diligencias, pasarás por lo de Marcelina.

— Aquella de....

— Aquella, sí; aquella á quien prohibiste que entrase de dia á mi casa, y que tuviste razon para ello: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente á verme.

— Está muy bien.

— A las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aun, me despertarás tú mismo.

— Sí, Señor.

— Antes de salir, dá órden que se me despierte si viene alguien á buscarme, cualquiera que sea.

— Muy bien, Señor.

— Ahora, una sola palabra mas, y véte á acostar. ¿No adivinas qué palabra será esa?

— Ya sé, Señor, dijo Fermin con una marcada espresion de inteligencia en su fisonomía.

— Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamas. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se

necesita no tener boca, ó tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor debido á alguna indiscrecion.

— No hay cuidado, Señor.

— Bien, véte ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, á las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habian trabajado mas que algunos otros hombres, de gran nombre, en el espacio de algunos años.

---

## CAPITULO IV.

### La hora de comer.

A la vez que ocurrian los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de Mayo, otros de mayor importancia tenian lugar en una célebre casa en la calle del Restaurador. Pero á su mas completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector, el cuadro político que representaba la república en esos momentos.

Era la época de crísis para la dictadura del genera Rosas; y de ella debia bajar á su tumba, ó levantarse mas robusta y sanguinaria que nunca, segun el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgian los peligros que rodeaban á Rosas; de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestion francesa.

La revolucion del Sur, acaecida seis meses ántes de la época con que da principio esta historia, habia conducido repentinamente á Rosas al mas eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero, el desgraciado suceso de esa revolucion espontánea, sin plan y sin direccion, habia, como sucede en tales casos, dado mas vigor y petulancia al vencedor Rosas, á ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna á las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacian temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre-Rios.

La victoria del Yeruá lleva al general libertador á imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en

efecto, el 6 de Octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolucion contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la provincia de Entre-Rios, hácia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex-presidente D. Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes, y con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiasmo, da y gana la batalla de D. Cristóbal el 10 de Abril de 1840: y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, á quien una tempestad de dos dias, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centellaba en Tucuman, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La sala de representantes de Tucuman, en ley de 7 de Abril de ese año 1840, habia cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador D. Juan Manuel Rosas; y retirádole la autorizacion que, por parte de esa provincia, se le habia conferido para el ejercicio de las relaciones esteriores.

El 13 de Abril, el pueblo salteño depone á su antiguo gobernador, elige otro provisoriamente, y desconoce á Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento á otro, debian hacer igual declaracion que las provincias de Tucuman y Salta.

Así pues, de las catorce provincias que integran la república, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigracion que sucedió al desastre de la revolucion, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocia, y no podia, sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no habia allí caudillos ni campeones conocidos; habia ese rumor sordo, ese mal estar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmociones públicas, y que tiene su orígen en alguna situacion comun que pesa sobre todos.

Rosas queria atender á todas partes, pero en todas partes era mas pequeño que los sucesos que afrontaba, y solo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos dias de Marzo, el general La-Madrid habia sido enviado por Rosas á solidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor

personal del antiguo contendor de Quiroga, no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para ausiliar á Echagüe y á Oríbe en la provincia de Entre-Rios, acaba Rosas por tirar el guante á la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y, en los meses de Marzo y Abril, hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debian elegir, entre marchar al ejército como soldados veteranos, ó dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles, ó en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror, que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del ejército libertador y á la propaganda de la prensa de Montevideo, daban orígen á la numerosa y distinguida emigracion, que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mashorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huian de los personeros, se ocultaban; los que tenian valor y medios, emigraban.

Para resistir á Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenia apénas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná, en la provincia de Entre-Rios.

Para contener las provincias, solo podia enviar en ausilio de sus partidarios en ellas, al general La-Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires, solo contaba con su hermano Prudencio, Granada, Gonzalez, Ramirez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, solo contaba con la Mashorca.

Otros peligros todavía mayores le amenazaban aun, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacia sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la república Uruguaya, sin ir á buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella accion. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar mas tarde, estorbaban la unidad de accion entre los dos generales á quienes la victoria acababa de favorecer Pero el pronunciamento del pueblo oriental era inequívoco Desde el primer hombre de estado hasta al último ciudadano, comprendian la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir á la libertad argentina,

no entusiasmaba ménos á los orientales en esos momentos, que á los mismos hijos de la república. Era solo el general Rivera el responsable de su inaccion. Pero aquella opinion tan pronunciada hacia esperar, que de un momento á otro se diese principio á la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podia ménos de creerlo así.

Ultimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascension del general Rivera á la presidencia de la república, una alianza de hecho se habia establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo comun.

Las concesiones mas importantes habian tenido lugar recíprocamente entre ambos; y, hasta ese momento, la buena fe y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la república, y de aquellas autoridades, en sus operaciones contra Rosas.

La suceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestion francesa. Creian de su deber, los mas moderados, mantenerse neutrales en una cuestion internacional que se discutia con el gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno; y, los mas celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva, de la *audacia estranjera.*

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento á los emigrados, de que no se trataba de ofender á la dignidad de la nacion argentina; ni de querer atentar á ninguno de sus derechos permanentes: que se trataba solamente, de obligar á un déspota á respetar principios universalmente reconocidos: y empezó á establecerse entónces, primero la amistad, y despues una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo comun.

La República Oriental, pues, la emigracion argentina, y el poder frances en el Plata, obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero á la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba á sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al Señor Roger habia reemplazado el Señor Buchet de Martigni, y al almirante Le-Blanc, el contra-almirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo habia sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Rio de la Plata, y limitádose á lo que quedaba dentro de su embocadura en el océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y, durante el mando de aquel jefe, se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediacion del comodoro americano Nicholson, en Abril de 1839, no se habia hablado de proposiciones de arreglo. Pero á bordo del buque de S. M. B. *La Acteon* tuvo lugar una entrevista, el 28 de Febrero de 1840, del Señor Mandeville, D. Felipe Arana y el contra-almirante frances. Y de este triunvirato nacieron alarmantes sospechas. Sin embargo, el Señor Buchet de Martigni era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenia instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del *ultimátum* de Mr. Roger. Y así se le vió, un mes despues de la entrevista en *La Acteon*, desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires, sobre una transaccion. Y era el Señor Martigni, quien, á la vez que sabia defender intransigiblemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo gobierno les prestaba tan débil atencion, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en accion los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenazando con la invasion de sus armas; el general Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al norte de la república, Tucuman, Salta y Jujuy; al oeste, hasta la falda de la Cordillera, Catamarca y la Rioja, en pié proclamando y sosteniendo la revolucion; el norte de la provincia de Buenos Aires, pronto á conmoverse á la aparicion del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresion, y desbordándose sobre el Plata para emigrar á la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecia á los ojos del dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y solo alguna que otra palabra consoladora recibia de la Inglaterra, por boca del Caballero Mandeville, en lo que hacia relacion con el bloqueo frances. Pero la Inglaterra, á pesar de los mejores deseos hácia Rosas que animaban á su representante en Buenos Aires, no podia desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentia de esa larga interdiccion que sufria uno de los mas ricos mercados de la América Meridional.

De una situacion semejante solo la fortuna podia libertar á Rosas; pues de aquella no se podia deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

El trabajaba sin embargo; acudia á todas partes con los

elementos y los hombres de que podia disponer. Pero, se puede repetir, que solo esa reunion de circunstancias prósperas é inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podia contar Rosas en los momentos que describimos; pues tal era su situacion en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, á las doce de la noche del 4 de Mayo de 1840, que nos introducimos con el lector á una casa, en la calle del Restaurador.

En el zaguan de esa casa, completamente oscuro, habia, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningun farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta á la izquierda, que daba á un cuarto con una mesa en el medio, que contenia solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, mas bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable á la cintura, y con esa cierta espresion en la fisonomía que da los primeros indicios á los agentes de la policía secreta de Paris ó Lóndres, cuando andan á caza de los que se escapan de galeras, ó de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguan doblando á la derecha, se abria el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta á la derecha, otra al fondo, y otra á la izquierda. Esta última daba entrada á un cuarto sin comunicacion, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posicion meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada á una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducia á una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitacion de mayores dimensiones, en la que se veia una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas á la pared, una montura completa en un rincon; y algo mas que describiremos dentro de un momento. Esta habitacion recibia las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban á la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como este á su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio á la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veia una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacia dificultosa su respiracion.

En el cuarto de la mesa cuadrada habia cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraidos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo mas bien agradable pero chocante á la vista. Este hombre estaba vestido con un calzon de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrian el rostro, á no estar en aquel momento enroscada hácia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres eran jóvenes de veinte y cinco á treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leia un monton de cartas que tenia delante, y los jóvenes escribian.

En un ángulo de esta habitacion se veia otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito de setenta á setenta y dos años de edad, de fisonomía enjuta, escuálida, sobre la que caian los cadejos de un desordenado cabello casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevacion del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones mas decrépitos que el portador de ellas, caian de los hombros, la una hácia el pecho y la otra hácia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba á la cintura un espadin, que parecia heredado de los primeros cabildantes del vireinato; y un pantalon de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que solo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que habia emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hácia espaldas del hombre del sombrero de paja, habia en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como un boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manteo de un sacerdote, y que dormia, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral Pero de repente uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero

— ¿Acabó usted? dice el hombre de sombrero de paja dirigiéndose al jóven.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— A ver, lea usted.

— En la provincia de Tucuman: Marco M. de Avella-

neda, José Toribio del Corro, Piedrabuena (Bernabé), José Colombres. Por la provincia de Salta: Toribio Tedin, Juan Francisco Valdez, Bernabé Lopez, Sola.

— ¿No hay mas?

— No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de Abril, de la provincia de Tucuman; y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

— En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones esteriores! dijo con una sonrisa indefinible ese hombre á quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general D. Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

— Lea usted los estractos de las comunicaciones recibidas hoy, continuó.

— De la Rioja, con fecha 15 de Abril, se comunica, que los traidores Brizuela, titulado Gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado Secretario, en logia con Juan Antonio Carmona, y Lorenzo Antonio Blanco, titulados Presidente y Secretario de la Sala, se preparan á sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Esteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sugestiones de cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado Jefe de la Liga del Norte.

— Brizuela! Ersilbengoa! Carmona! Blanco! repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria los nombres que acababa de oir y repetia.... Continúe usted, dijo despues de un momento de silencio.

— De Catamarca, con fecha 16 de Abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado Presidente de la Sala; y José Cubas, titulado Gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

— Yo les daré *dulces!* esclamó Rosas, contrayendo sus labios, y dilatándose las ventanas de su nariz. A ver, continuó dirigiéndose á otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero; á ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 de Abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, miéntras Rosas hacia el cotejo con los que estaban en la acta que

tenia en su mano: Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Carrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Saens, Benito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerrico, Ignacio Segarola, Isidro Graña, José Tello, Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodriguez, Pedro Gerez, Pascual Blas, Juan Bautista Perez, Manuel Sagardia, Mariano Fernandez, Manuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarion Echenique, Blas Agudo, Pedro Antonio Gogénola, Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruz, Juan Manuel Gogénola, Tomas Games, Estanislao Echavarria, Gavino Perez, Policarpo del Morol, Jacinto Guerrore, Rafael Alvarado, Dr. Andres Zenarruza, Gabriel Marquieguy, José Cuevas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira, Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pio Ramo, Pedro Antonio de Aguirre (Secretario), Carlos Aguirre.

— Está bien, dijo Rosas volviendo la acta al escribiente. ¿Bajo qué rótulo va usted á poner esto?

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios;» como Vuecelencia lo ha dispuesto.

— Yo no he dispuesto eso; vuelva usted á repetirlo.

— Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios, dijo el jóven empalideciendo hasta los ojos.

— Yo no he dicho eso; vuelva usted á repetirlo.

— Pero, Señor....

— Qué Señor! á ver, diga usted fuerte para que no se le olvide mas:

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios.»

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios», repitió el jóven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se habia dormido profundamente.

— Asi quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya, *salvajes*, ¿oye usted?

— Sí. Excelentísimo Señor, salvajes.

— ¿Concluyó usted? preguntó Rosas dirigiéndose al tercer escribiente.

— Ya está, Excelentísimo Señor.

— Lea usted.

Y el escribiente leyó:

"*¡Viva la Confederacion Argentina!*
"*¡Mueran los salvajes unitarios!*

«Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840 — Año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11 de la Confederacion Argentina.

«El General Edecan de Su Excelencia al Comandante en Jefe del núm. 2, Coronel D. Antonio Ramirez.

«El infrascripto ha recibido órden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, para avisar á Usía que Su Excelencia ha dispuesto, que al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la division, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal.

«Lo que deberá Usía tener muy presente en adelante.

«Dios guarde á Usía muchos años.»

— Eso es, dijo Rosas, tomando el oficio que le presentaba el escribiente. Eh! gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pié y se encaminó á la mesa, con el espadin hácia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda. Ya se habia dormido, viejo flojo ¿no es verdad?

— Su Excelencia perdone....

— Déjese de perdon, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pié del oficio, y con una letra trémula:

«Manuel Corvalan.»

— Bien pudo aprender á escribir mejor cuando estuvo en Mendoza, dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalan, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pié como una estatua al lado de la mesa. Dígame, señor General Corvalan, continuó Rosas todavía sonriéndose, ¿qué le contestó Simon Pereira?

— Que los paños de tropa no se podian conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino á un treinta por ciento mas.

— ¡Mire! dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara á cara con Corvalan. Mañana á las doce vaya usted á verlo, y, delante de todos los que estén con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oido?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿A ver, como lo va á hacer?

— El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

Y al fin de la oracion, Corvalan daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto, con la mas profunda y respetuosa gravedad. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecan de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconmovible.

— ¿Dígame, General, á que horas vino el médico que está ahí?

— A las doce del dia, Excelentísimo Señor.

— ¿Ha pedido algo?

— Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

— ¿Ha dicho algo?

— Nada, Señor.

— Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígale que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del gobierno.

— ¿Y lo dejo retirarse?

— Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda á respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalan salió á cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontrámos en el cuarto á la izquierda del pasadizo.

— ¿Las comunicaciones de Montevideo están estractadas? preguntó Rosas á uno de los escribientes.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Los avisos recibidos por la policía?

— Están apuntados.

— ¿A qué hora debia ser el embarque esta noche?

— A las diez.

— Son las doce y cuarto! dijo Rosas mirando su reloj y levantándose, habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto? esclamó reparando en el hombre que dormia enroscado en un rincon del cuarto, envuelto en un mateo. ¡Ah! Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia, dijo, dando una fuertísima patada sobre los lomos del hombre á quien llamaba Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pié enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara á cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneracion de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertia.

Dolorido, y estupefacto el pobre mulato, miraba á su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reia al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalan.

— Qué le parece á usted, Su Paternidad estaba durmiendo miéntras yo trabajaba.

— Muy mal hecho, contestó el edecan con su siempre inmovible fisonomía.

— Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

— Me pegó, dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veian unos dientes chiquitos y puntiagudos.

— Eso no es nada, padre Viguá, ahora lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad. ¿Se fué el médico, Corvalan?

— Sí, Señor.

— ¿No dijo nada?

— Nada.

— ¿Como está la casa?

— Hay ocho hombres en el zaguan, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralon.

— Está bueno; retírese á la oficina.

— ¿Si viene el jefe de policía?

— Que le diga á usted lo que quiere.

— Si viene....

— Si viene el diablo, que le diga á usted lo que quiere, le interrumpió Rosas bruscamente.

— Está muy bien, Excelentísimo Señor.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Si viene Cuitiño, avíseme.

— Está muy bien.

— Retírese.... ¿Quiere comer?

— Doy las gracias á Su Excelencia; ya he cenado.

— Mejor para usted.

Y Corvalan fuése con sus charreteras y su espadin á reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecan de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina; tal vez porque al principio de su administracion, Rosas habia instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente solo servia para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre, que como invertia los principios políticos y civiles de una sociedad, invertia el tiempo, haciendo de la noche dia para su trabajo, su comida y sus placeres.

— Manuela! gritó Rosas luego que salió Corvalan, entrando la cuarto contiguo donde ardia una vela de sebo, cuya pavesa

carbonizada dejaba esparcir apénas una débil y amarillenta claridad.

— Tatita! contestó una voz que venia de una pieza interior. Un segundo despues apareció aquella mujer que encontrámos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una jóven de veinte y dos á veinte y tres años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podria llamarse bella, si la palabra interesante no fuese mas análoga para clasificarla

El color de su tez era ese pálido oscuro que distingue comunmente á las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive mas en el espíritu que en el cuerpo. Su frente poco espaciosa, era sin embargo fina, descarnada y redonda; y su cabello castaño oscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo mas oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados é inquietos. Su nariz recta y perfilada, su boca grande pero fresca y bien rasgada, y por último una espresion picante en la animada fisonomía de esta jóven, hacia de ella una de esas mujeres á cuyo lado los hombres tienen ménos prudencia que amor, y mas placer que entusiasmo. Se ha observado generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginacion de los hombres; en contrario de esa impresion puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos, y su fisonomía cándida revelan cierta lasitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros, que sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del mas altivo unitario no dejaria de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fué así que se le presentó á Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija; y á quien saludó diciéndola:

— Ya estabas durmiendo ¿no? Todavía te he de casar con Viguá para que duerman hasta que se mueran ¿Estuvo María Josefa?

— Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media.

— ¿Y quién mas?

— Doña Pascuala, y Pascualita.

— ¿Con quién se fueron?

— Mancilla las acompaño.
— ¿Nadie mas ha venido?
— Picolet.
— Ah! el carcaman te hace la corte.
— A usted, tatita.
— ¿Y el gringo no ha venido?
— No, Señor. Esta noche tiene una pequeña reunion en su casa para oir tocar el piano no sé á quién
— ¿Y quiénes han ido?
— Creo que son ingleses todos.
— Bonitos han de estar á estas horas!
— ¿Quiere usted comer, tatita?
— Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió á las piezas interiores, miéntras Rosas se sentó á la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus piés sin medias, tales como habian estado entre aquellas; se agachó, sacó un par de zapatos debajo la cama, volvió á sentarse, y, despues de acariciar con sus manos sus piés desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubria el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro ó cinco minutos á los ménos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organizacion en quien predominan admirablemente todos los instintos animales

No tardó en aparecer la jóven hija de Rosas, á prevenir á su padre que la comida estaba en la mesa

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componia de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas, y un plato de dulce En cuanto á vinos, habia dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pié para servir á la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito á Viguá, que habia quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fué á sentarse con su hija á la mesa de su comida nocturna

— ¿Quieres asado? dijo á Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato
— No, tatita
— Entónces come pato.

Y miéntras la jóven cortó un alon del ave y lo descarnaba, mas bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comia tajada sobre tajada de carne, roseando los bocados con repetidos tragos.

— Siéntese Su Paternidad, dijo á Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitacion que se le hacia.

— Sírvelo, Manuela.

Y esta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró á Manuela con una espresion de enojo salvaje, que no pasó inapercibida de Rosas.

— ¿Qué tiene, padre Viguá? ¿porqué mira á mi hija con esa cara tan fea?

— Me da un hueso, contestó el mulato, metiéndose á la boca un enorme pedazo de pan.

— Cómo es eso! ¿tú no cuidas al que te ha de echar la bendicion cuando te cases con el Ilustrísimo Señor Gomez de Castro, fidalgo portugues, que le dió ayer dos reales á Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

— Bueno, mañana le besaré la mano á Su Paternidad, dijo Manuela sonriendo.

— No, ahora mismo.

— Qué ocurrencia, tatita! replicó la jóven entre séria y risueña, como dudando de la verdadera intencion de su padre.

— Manuela, dále un beso en la mano á Su Paternidad.

— Yo, no.

— Tú, sí.

— Tatita!

— Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenia en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altaneria, de despecho, de rabia; ojos que habrian fascinado aquella máquina de estupidez y abyéccion, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó á la jóven, y ella, pasando de la primera inspiracion del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderle con ellas de la profanacion á que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro, no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenia mas gana de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la jóven.

— Qué bruta es Su Reverencia! esclamó Rosas riéndose á carcajada suelta. Así no se besa á las mujeres. ¿Y tú? ¡bah! la mojigata! Si fuera un buen mozo no le tendrias asco. Y se echó un vaso de vino á la garganta, miéntras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacia brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comia entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organizacion privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplian la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de natas, y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, á quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse á su hija que guardaba silencio con los labios, miéntras bien claro se descubria en las alteraciones fugitivas de su semblante, la sostenida conversacion que entretenia consigo misma.

— ¿Te ha disgustado el beso, no?

— ¿Y como podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla mas inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es tambien Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que nadie se atreviese á tocarlo, porque era el loco favorito del Gobernador, dijo Manuela con un acento tan nervioso, y con una tal animacion de semblante y de voz, que ponia en evidencia el esfuerzo que habia hecho en sufrir sin quejarse la humillacion por que acababa de pasar.

— Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinte y cinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

— ¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinte y cinco azotes, dejarán, y con razon, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiria en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversion halla usted en que me toquen y me irriten?

— Son tus perros que te acarician.

— Mis perros! esclamó Manuela, en quien la animacion se aumentaba á medida que se desprendian las palabras de sus labios rojos como el carmin: los perros me obedecerian; un perro le seria á usted mas útil que ese estúpido, porque siquiera un perro cuidaria de la persona de usted, y la defenderia si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

— ¿Y quiénes te lo dicen? preguntó con calma despues de algunos instantes de silencio.

— Todos, Señor, contestó Manuela volviendo su espíritu á su natural estado, todos cuantos vienen á esta casa parece que se complotan para infundirme temores sobre los peligros que rodean á usted

— ¿De qué clase?

— Oh! nadie me habla, nadie se atreve á hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan á los unitarios como capaces de atentar en cada momento á la vida de usted.... todos me recomiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas: acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son mas una jactancia que un buen deseo.

— ¿Y porqué lo crees?

— ¿Porqué lo creo? ¿piensa usted que Garrigós, que Torres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae á esta casa, son capaces de esponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

— Puede ser que no te equivoques, dijo Rosas, con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenia por delante, pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entre tanto, tú has cambiado la conversacion. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá, continuó dirigiéndose al mulato que tenia pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua: Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos á mi hija para desenojarla.

— No, tatita! esclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolucion, difícil de definir porque era la espresion de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaban en su alma de mujer, de jóven, de señorita, á la presencia de aquel objeto repugnante á cuya monstruosa boca queria su padre unir los labios delicados de su hija, solo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

— Bésela, Padre.

— Déme un beso, dijo el mulato dirigiéndose á Manuela.

— No, dice Manuela corriendo.

— Déme un beso, repite el mulato.

— Agárrela, Padre, le grita Rosas.

— No, no! esclamaba Manuela con un acento lleno de indignacion.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecucion que hacia el mulato á su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida, el rumor trepitoso que hacian sobre las piedras de la calle las herrad ras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la accion y la atencion de todos.

---

## CAPITULO V.

### El comandante Cuitiño.

Los caballos pararon á la puerta de la casa de Rosas, y despues de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza á su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba á saber qué gente habia llegado Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienes, cual si quisiese con esa accion despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, á cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

— ¿Quién es, Corvalan? le dijo al encontrarse con el edecan en el pasadizo oscuro que daba al patio.

— El comandante Cuitiño, Señorita.

Y volvió Manuela con Corvalan á donde estaba su padre.

— El comandante Cuitiño, dijo Corvalan luego que pisó la puerta del comedor.

— ¿Con quién viene?

— Con una escolta.

— No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oido los caballos?

— Viene solo, Excelentísimo Señor.

— Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó á su derecha en uno de los costados de ella, dando la espalda á la puerta por donde habia salido Corvalan; Viguá frente á Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa á una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas;

y este célebre personaje de la federacion apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacia vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitia descubrir su vestido sino de la rodilla al pié. Su cabello desgreñado caia sobre su tostado semblante, haciendo mas horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veian dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

— Entre, amigo, le dijo Rosas examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

— Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

— Entre. Manuela, ponle una silla al comandante. Retírese, Corvalan.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

— ¿Quiere tomar alguna cosa?

— Muchas gracias, Su Excelencia.

— Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela estendia su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la halda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo, se lo presentó á Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en este, y otra en la mesa: la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente, y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retiró su silla del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

— A la salud de Vuecelencia y de Doña Manuelita! dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, miéntras Viguá se desesperaba haciendo señas á Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

— ¿Qué anda haciendo? preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

— Como Vuecelencia me dijo que volviese á verlo despues de cumplir mi comision.

— ¿Qué comision?

— Pues! como Vuecelencia me encargó....

— Ah! sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó á Victorica no sé qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora re-

cuerdo que le dije á usted que vigilase un poco, porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar qne es gallego, y á lo mejor se echa á dormir.

— Pues!

— ¿Y usted anduvo por el Bajo?

— Fuí por ese lado de la Boca, despues de haber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

— ¿Y los halló?

— Sí, fueron con Merlo, y, á la seña que me hizo, los cargué!

— ¿Y los trae presos?

— Y que los traia! ¿no se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

— Ah! es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno.

— Pues!

— Yo estóy ya cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho mas que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata á sus hijos calaveras. Pero no escarmientan; y yo dije á usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque al fin, es á ustedes á los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

— Qué ha de triunfar!

— A mí no me harán sino un favor en sacarme del mando. Yo estóy en él porque ustedes me obligan.

— Su Excelencia es el padre de la federacion.

— Y, como le decia, á ustedes es á quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no les asusta la cárcel. Ellos han de fusilar á ustedes si triunfan!

— Qué han de triunfar, Señor!

— Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, á los demas amigos.

— En cuanto nos reunamos, Su Excelencia.

— ¿Y eran muchos?

— Eran cinco.

— ¿Y los ha dejado con ganas de volver á embarcarse?

— Ya los llevaron en una carreta á la policía, pues Merlo me dijo que así se lo habia encargado el jefe.

— A eso se esponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razon: ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar á ustedes.

— Estos no, Su Excelencia, dijo Cuitiño, vagando una satisfaccion feroz sobre su repulsiva fisonomía.

— ¿Los ha lastimado?

— En el pescuezo.

— ¿Y vió si tenian papeles? preguntó Rosas en cuyo semblante no pudo conservarse por mas tiempo la careta de

la hipocresia, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenia preguntar de frente.

— Ninguno de los cuatro tenia cartas, respondió Cuitiño.

— ¿De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

— Sí, Señor, pero como uno se escapó....

— Se escapó! esclamó Rosas hinchando el pecho, erguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina, ó infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

— Se escapó, Excelentísimo, contestó inclinando su cabeza porque sus ojos no pudieron soportar mas de un segundo la mirada de Rosas.

— ¿Y quién se escapó?

— Yo no sé quién era, Su Excelencia.

— ¿Y quién lo sabe?

— Merlo lo ha de saber, Señor.

— ¿Y dónde está Merlo?

— Yo no lo he visto despues que hizo la seña.

— ¿Pero cómo se escapó el unitario?

— Yo no sé.... Yo le diré á Su Excelencia.... Cuando cargámos, uno corrió hácia la barranca.... algunos soldados lo siguieron.... echaron pié á tierra para atarlo; pero dicen que él tenia espada y mató á tres.... despues, dicen que lo vinieron á proteger.... y fué por ahí cerca de la casa del cónsul inglés.

— ¿Del cónsul?

— Allá por la residencia.

— Sí: bien ¿y despues?

— Despues vino un soldado á dar aviso, y yo mandé en su persecucion por todas partes.... pero yo no lo vi cuando se escapó.

— ¿Y porqué no vió? dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyeccion de la bestia feroz en presencia de su domador.

— Yo estaba degollando á los otros, contestó sin levantar los ojos.

Y Viguá, que durante este diálogo habia ido poco á poco retirando su silla, de la mesa, no bien escuchó esas últimas palabras, cuando dió tal salto para atras, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacia el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, ó con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dió la silla de Viguá hizo volver hácia aquel

lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distraccion bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo giro á sus ideas, y una nueva naturaleza á su espíritu, que cambiaba, segun las circunstancias, de ser, de animacion, y de espresion en el espacio de un segundo.

— Yo le preguntaba todo esto, dijo, volviendo á su anterior calma: porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no haya muerto.

— Ah! si yo lo hubiera agarrado!

— Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar á los unitarios. ¿A qué no encuentra al que se escapó?

— Yo lo he de buscar aunque esté en los infiernos, con perdon de Vuecelencia y de Doña Manuelita.

— Qué lo ha de hallar!

— Puede que lo encuentre.

— Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

— No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa á mí.

— Manuela, llama á Corvalan.

— Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere....

— Vayase á ver á Merlo. ¿Necesita algo?

— Por ahora, nada, Señor. Yo le sirvo á Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos da á todos Su Excelencia con defendernos de los unitarios.

— Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia. Y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó ya de pié.

— Los tomo porque Vuecelencia me los da.

— Sirva á la federacion, amigo.

— Yo sirvo á Vuecelencia, porque Vuecelencia es la federacion, y tambien su hija Doña Manuelita.

— Vaya, busque á Merlo ¿no quiere mas vino?

— Ya he tomado suficiente.

— Entónces, vaya con Dios; y estendió el brazo para dar la mano á Cuitiño.

— Está sucia, dijo el bandido hesitando en dar su mano ensangrentada á Rosas.

— Traiga, amigo; es sangre de unitarios. Y, como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

— Me he de hacer matar por Su Excelencia.

— Vaya con Dios, Cuitiño.

Y miéntras salia del cuarto, con una mirada llena de vivacidad é inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movia al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sabio, del anciano y el niño, del guerrero y la vírgen, caia, sin embargo, á sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él habia levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, habia adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y á la inteligencia dominatriz, cuande se emplean en lisonjearla por una parte, y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres complementan mas tarde. Ciencia única y esclusiva de Rosas, cuyo poder fué basado siempre en la esplotacion de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar á los otros, sin hacer otra cosa que azúzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educacion, vengativo por raza, y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio á la epopeya dramática de nueetra revolucion, las utopias no hubiesen herido la imaginacion de nuestros mayores, el porvenir les habria debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educacion de nuestro pueblo para la aceptacion de su forma política de gobernio; y su ignorancia y sus instintos de raza, para la educacion de moral y de hábitos que era necesario comenzar á darle. Español puro y neto, solo la religion y el trono habian echado raíces en su conciencia oscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de la América, á quien llamaron pueblo libre, porque habia roto á patadas, no el cetro, sino la cadena del rey de España, no la tradicion de la metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que da la civilizacion y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia á Bolivia, dió de patadas á la civilizacion y á la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite á sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y, sin la corona

de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre «federacion», donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, á los primeros dias del siglo XIX de la Francia, era mas bien un sueño de poétas pastoriles, que una concepcion de hombres de estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reaccion que representa Rosas: ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la supersticion española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia: ahí está Cuitiño, la mejor espresion de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo!

---

## CAPITULO VI.

### Victorica.

— Buenas noches, Doña Manuelita! dijo Cuitiño á la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalan en el gabinete de su padre.

— Buenas noches! dijo la jóven refugiándose al lado de Corvalan, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto á ella.

— Corvalan, dijo Rosas viéndole entrar con Manuela: vaya usted á llamar á Victorica.

— Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podria hablar con Vuecelencia.

— Que entre.

— Voy á llamarlo.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Monte usted á caballo, vaya á lo del ministro inglés, hable con él, y dígale que lo necesito ahora mismo.

— ¿Si está durmiendo?

— Que se despierte.

Corvalan saludó, y fué á cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le habia resbalado á la barriga, al peso del espadin que ya tocaba en tierra.

— ¿Qué miedo le ha tenido Su Paternidad á Cuitiño? Acérquese á la mesa, que está allí pegado á la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

— De la mano, contestó Viguá acercándose con su silla á la mesa, y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño que tan mal momento le habia dado

— No te has portado bien, Manuela.

— ¿Porqué, tatita?

— Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

— ¿Pero usted vió?

— Todo lo vi.

— ¿Y entónces?

— Entónces! tú debes disimular. Oye: á los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, ó no tocarlos: un golpe recio los anonada: un alfilerazo los hace saltar como víboras.

— Pero tuve miedo, Señor.

— Miedo!.... A ese hombre lo mataria yo con solo mirarlo.

— Miedo de lo que habia hecho.

— Lo que habia hecho era por mi conservacion y por la tuya; y nunca te espliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tu debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene; y, segundo, porque yo te lo mando. Entre usted, Victorica, continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hácia la puerta, al ruido que hacian las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando á pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hácia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada encapotada y fuerte; dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las estremidades del labio superior; y una espresion dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaban mas el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habian hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vió rara vez una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalon negro, chaleco grana, y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traia colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Despues de una reverencia profunda, pero sin afectacion,

ocupó, á invitacion de Rosas, la misma silla en que habia estado Cuitiño

— ¿Viene usted de la casa de policía? le preguntó Rosas.

— En este momento.

— ¿Ha ocurrido algo?

— Han traido los cadáveres de los que iban á embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre espirando.

— Y ese!

— Ya no existe. Me pareció que debia sufrir la suerte de sus compañeros.

— ¿Quién era?

— Lynch.

— ¿Tiene usted los nombres de los otros?

— Sí, Señor.'

— ¿Y eran?

— Ademas de Lynch, se ha reconocido á un tal Oliden, á Juan Riglos, y al jóven Maisson.

— ¿Papeles?

— Ningunos.

— ¿Hizo usted firmar á Merlo la delacion?

— Sí, Señor, todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

— ¿La trae usted?

— Aquí está, contestó el jefe de policía sacando del bolsillo esterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

— Léala usted, dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente:

«Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de ejercicio carnicero, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los abastecedores, con licencia temporal por recomendacion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al Jefe de Policía en la tarde de 2 del corriente, y declaró: Que, sabiendo por una criada del salvaje unitario Oliden, con quien él tenia relaciones secretas, que aquel se preparaba á fugar para Montevideo, se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oliden, á quien conocia desde muchos años, diciéndole que venia á pedirle quinientos pesos prestados porque queria desertar y pasar á Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacia el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente queria fugar el declarante, comunicándole entónces el pensamiento que él y cuatro amigos mas tenian de emigrar, pero que no conocian ninguno de los

hombres dueños de las balleneras que conducian emigrados: que entónces se le ofreció el declarante á arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos, á lo que se convino aquel inmediatamente: que fingió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el dia 4 á las diez de la noche; debiendo ir, el mismo dia 4 á las seis de la tarde, á saber de Oliden el paraje, ó la casa en que se habian de reunir todos á la hora indicada.

«Lo que ponia en conocimiento de la policía para que se lo comunicase á Su Excelencia, como un fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la federacion; agregando, que en todo este asunto, habia tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con D. Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él.

«Y lo firmó en Buenos Aires á 3 de Mayo de 1840.

«JUAN MERLO.»

— Fué en virtud de esta declaracion, que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debia dar á Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

— ¿Cuándo volvió usted á hablar con Merlo?

— Hoy á las ocho de la mañana.

— ¿Y no le dijo á usted si sabia algunos de los nombres de los compañeros de Oliden?

— Hasta esta mañana, no conocia á ninguno.

— ¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

— Uno de los unitarios ha logrado escaparse, segun me han referido los que escoltaban la carreta.

— Sí, Señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

— Espero que lo hallaremos, Excelentísimo Señor.

— Sí, Señor, es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace á mi gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

— Vuecelencia tiene mucha razon.

— Sé bien que la tengo. Ademas, segun la relacion que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado, ha peleado, y, lo que es mas, ha recibido proteccion de alguien; la una como la otra cosa no debe suceder, no quiero absolutamente que suceda. ¿Sabe usted porqué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el dia que se le antojaba. Pobre de usted, y pobre de todos los federales, si yo doy lugar á que los unitarios los peleen cuando van á cumplir una órden mia!

— Es un caso nuevo! dijo Victorica que en realidad com-

prendia bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

— Es nuevo; y es por eso que es necesario darle atencion, porque en el estado actual yo no quiero que haya mas novedades que las mias. Es nuevo, pero ántes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

— Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

— Eso falta saber.

— Lo haré buscar ahora mismo.

— No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

— Está bien, Señor.

— Otro se ha encargado de Merlo; y usted sabrá mañana si se conoce ó no el nombre que deseo saber. En uno ú otro caso tomará usted el camino que deba.

— Sin pérdida de tiempo.

— Vamos á ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

— ¿Yo?....

— Usted, sí, mi jefe de policía.

— Daré órdenes á los comisarios, y á los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposicion de encontrar un hombre que....

— Un hombre unitario en Buenos Aires! dijo Rosas interrumpiendo á Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confusion al pobre hombre, que creia estar desenvolviendo el mas perfecto plan inquisitorial para la persecucion de un hereje.

— Y va usted fresco! continuó Rosas; ¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

— Debe de haber....

— Los que bastan para colgar á usted y á todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

— Señor, yo hago por Vuecelencia cuanto puedo.

— Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no véalo usted en este caso: quiere usted echarse á buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino mas corto de encontrarlo.

— Yo! esclamó Victorica cada vez mas turbado, pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

— Usted, sí, Señor.

— Aseguro á Vuecelencia que no comprendo.

— Y es eso por que me quejo de tener que enseñarlo

todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

— Por una criada.

— ¿En dónde servia esa negra, mulata, o lo que sea?

— En la familia de Oliden segun la declaracion

— En la familia del salvaje unitario Oliden, Señor D. Bernardo Victorica.

— Perdone Vuecelencia.

— ¿Con quién se iba á embarcar el que se ha escapado?

— Con el salvaje unitario Oliden, y con los demas salvajes que lo acompañaban

— Y usted cree que Oliden salió á la calle á recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos

— No, Excelentísimo Señor.

— Entónces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

— Es muy natural, dijo Victorica, que empezaba á comprender el punto á donde se dirigia Rosas.

— Entónces, ¿si eran amigos se debian visitar?

— Sin duda.

— Entónces, la criada que delató á Oliden debe saber quiénes lo visitaban con mas frecuencia.

— Es muy cierto.

— ¿Quiénes estuvieron con él, hoy; ayer y ántes de ayer?

— Así es, debe saberlo.

— Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entónces, rastree por los nombres que no sean esos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse mas.

— El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica.

— Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos, respondióle Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se habia clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

— ¿Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

— Una Señora, Doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido á quejarse de haber dado Gaitan de rebencazos á un hijo de esa Señora, que paseaba á caballo por la plaza del Retiro.

— ¿Quién es el hijo?

— Un estudiante de matemáticas.

— ¿Y qué motivos le dió á Gaitan?

— Gaitan se acercó á preguntarle porque no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis ó diez y siete años, le respondió, que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitan, entónces, le dió de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

— Hoy son peores los unitarios muchachos! dijo Rosas reflexionando un momento.

— Ya se lo he dicho á Vuecelencia muchas veces: la universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle, y, casi á mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bosillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vuecelencia haria prohibir las gorras en las mujeres.

— Han de obedecer, dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva solo él podia comprender: han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de ménos, y que yo sé cuál es. Gaitan ha hecho muy bien. Despache usted á la viuda, y dígale que se ocupe en curar á su hijo ¿Hay alguna otra cosa?

— Nada absolutamente, Señor. Ah! he recibido una presentacion de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

— Que la rifa sea por cuenta de la policía.

— ¿Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

— Póngales los caballitos y la cucaña.

— ¿Nada mas?

— No me pregunte tonterías. ¿Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el dia de los unitarios? Es verdad que como usted es de España!

— Vuecelencia se equivoca, yo soy Oriental. ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

— Nada, puede usted retirarse.

— Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas á la criada.

— Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

— Doy las gracias á Vuecelencia.

— No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y á la hija, salió de aquel lugar despues de haber pagado, como todos los que entraban á él, su competente tributo de humillacion, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente si dejaba contento ó disgustado á Rosas; incertidumbre fati-

gosa y terrible en que el sistemático dictador tenia constantemente el espíritu de sus servidores; porque el temor podria hacerlos huir de él, y la confianza podria engreirlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió á la salida del jefe de policía, pues miéntras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

— Véte á acostar, dijo Rosas á su hija.

— No tengo sueño, Señor.

— No importa, es muy tarde ya.

— Pero usted va á quedarse solo!

— Yo nunca estoy solo. Va á venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo: anda.

— Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dió un beso en la frente, y, tomando una vela de sobre la mesa, entró á las habitaciones interiores.

Rosas se paró entónces, y, cruzando sus manos á la espalda, empezó á pasearse al largo de su habitacion, desde la puerta que conducia á su alcoba, por donde habian entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquella por donde habia idose Manuela.

Diez minutos habrian durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecia sumergido en una profunda meditacion, cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban á la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habian parado en la puerta de la calle, dió tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que á no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrian roto sus narices contra la mesa.

— Ay! esclamó el pobre diablo parándose lo mas pronto posible.

— No es nada; despiértese Su Paternidad que viene gente, y, oiga: cuidado como se vuelva á dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró á Rosas un instante é hizo luego lo que se le habia ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba ántes, á tiempo que Corvalan entraba.

---

## CAPITULO VII.

El caballero Juan Enrique Mandeville.

— ¿Vino el inglés? preguntó Rosas á su edecan, viéndole entrar.

— Ahí está, Excelentísimo Señor.

— ¿Qué hacia cuando llegó usted?

— Iba á acostarse.

— ¿La puerta de la calle estaba abierta?

— No, Señor.

— ¿Abrieron en cuanto se dió usted á conocer?

— Al momento.

— ¿Se sorprendió el gringo?

— Me parece que sí.

— Me parece! ¿para qué diablos le sirven á usted los ojos....? ¿preguntó algo?

— Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

— Que entre.

El personaje que va á ser conocido del lector, es uno de esos que, en cuanto á su egoismo inglés, presenta con frecuencia la diplomacía británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representacion pública y de su dignidad de hombre, solo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entónces, que solo se encuentran en Buenos Aires.

El Caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del gobierno argentino, habia conseguido de Rosas lo que este mismo negó á su predecesor Mr. Hamilton; es decir, la conclusion de un tratado sobre la abolicion del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hamilton, nacieron las primeras simpatías de Mr. Mandeville hácia la persona de Rosas. El no podia desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador á la celebracion de aquel pacto el 24 de Mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y proteccion del gobierno de S. M. Británica un apoyo que le era necesario desde el 23 de Setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas escepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamas quieren amigos, ni lo son de nadie: para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean estos de la nacion que sean, é

invistan una alta posicion cerca de ellos, ó se les acerquen con la posicion humilde de un simple ciudadano

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en union con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espíritu del enviado británico; que, fiado en sus buenas disposiciones personales hácia Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relacion individual con él, sin alcanzar á preveer, que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamas sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demas era lo ménos; y las humillaciones personales vinieron luego á complementar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra el mas sumiso federal, si no de la Mashorca, á lo ménos de la clase tribunicia de Rosas, cuya mision era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vió en él su primer caballo de batalla en la cuestion francesa; y, en obsequio de la verdad historica, es preciso decir, que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fué por omision del Señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestion, que no permitia al gabinete de San James obrar segun las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, á pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiria la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que inferia al comercio isleño la clausura de los puertos de la república por el bloqueo frances.

La Europa tenia fija su atencion política en una cuestion actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era la cuestion de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia, atendian á esa cuestion, no queriendo, por otra parte, en sus mas altas miras, sino la continuacion de la paz europea.

Esa cuestion era simplemente una querella hereditaria entre el Sultan y el Pachá de Egipto.

La Francia insistia en que se accediese á las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistia al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. «Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen á la Rusia que guarde á Constantinopla,» decia el emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenia la suficiente perspicacia política

para no comprender todo el peligro que se corria en dejar el tulipan del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entónces, velando con todos los adornos de la mas hábil diplomacia su negativa á las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirle, á que la proteccion que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

Así pues, el estado de la cuestion de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, habian convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido á la posesion hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba á consentir en esta resolucion. Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinacion á Constantinopla; sin dejar de observarse unas á otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los Americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspeccion, enseñan tambien el vicio de la mala fe, porque aquella no existiria en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos del otro.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposicion de prestar grande atencion á sus mercaderes del Rio de la Plata, cuando tenia, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la mas grave cuestion de la actualidad.

El Señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba, cuanto le era posible en una posicion como la suya, por imprimir un movimiento contrario á los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas á Monsieur Martigni, y obra exclusivamente suya la entrevista en *La Acteon.*

Rosas tenia en él una completa confianza; es decir, conocia que Mandeville sentia, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mas-horqueros cuando habia una víctima que sacrificar á su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde este le espera. Era un hombre todo vestido de negro; de sesenta años de edad; de baja estatura; de frente espaciosa y calva; de fisonomía distinguida; y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba tambien el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habian dado ya las tres de la mañana, hora

demasiado avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco ántes se habia irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

— Adelante, Señor Mandeville! dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso á recibir al ministro, inglés, que en ese momento entraba al comedor.

— Tengo el honor de ponerme á las órdenes de Vuestra Excelencia, dijo el Señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectacion, y acercándose á Rosas para darle la mano.

— He incomodado á usted, Señor Mandeville! le dijo Rosas con un acento suave é insinuante, é indicándole con un movimiento de mano, que un frances llamaria *comme il faut*, la silla á su derecha en que debia á sentarse.

— Incomodarme! ¡Oh no, Señor general! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfaccion cuando me hace el honor de llamarme á su presencia. ¿La Señorita Manuelita lo pasa bien?

— Muy buena.

— No lo pensé así, desgraciadamente.

— ¿Y porqué, Señor Mandeville?

— Porque siempre acompaña á Vuestra Excelencia á la hora de su comida.

— Cierto.

— Y no tengo en este momento el placer de verla.

— Acaba de retirarse.

— Ah! soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos ántes!

— Ella lo sentirá tambien.

— Oh! ella es la mas amable de las argentinas!

— A lo ménos hace cuanto es posible por ser amable.

— Y lo consigue.

— Doy á usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted porque quejarse de esta noche.

— ¿Porqué no, general?

— Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

— Vuestra Excelencia tiene razon, hasta cierto punto.

— ¿Cómo?

— Que Vuestra Excelencia tiena razon en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estóy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

— Es usted muy amable, Señor Mandeville, dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habria podido ser distinguida de otro hombre ménos perspicaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuacion y de la fisonomía, que el Señor Mandeville.

— Si usted lo permite, continuó Rosas, daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo mas serio.

— Nada puede serme mas satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia, contestó el diplomático aproximando su silla á la mesa, y acariciando, mas bien por costumbre que por ocasion, los cuellos de batista de su camisa, no mas blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza á que pertenecia el Señor Mandeville: esa raza sajona que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

— ¿Para qué dia piensa usted despachar el paquete? le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

— Por la legacion quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por mas tiempo....

— Precisamente lo deseo.

— Entónces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

— Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

— ¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

— Cuantas usted quiera.

— ¿Podria saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

— Es bien sencillo, Señor Mandeville.

— ¿Vuestra Excelencia despacha algun ministro?

— No hay para qué.

— Entónces no alcanzo á comprender....

— Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

— ¿Las mias?

— Ya lo ha oido usted.

— Creo haber dicho á Vuestra Excelencia que están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y solo me faltan algunas cartas particulares.

— No hablo de cartas.

— Si Vuestra Excelencia se dignase esplicarme....

— Yo creo que la obligacion de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Majestad, sobre la situacion en que quedan los negocios del Rio de la Plata á la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

— Exactamente, Excelentísimo Señor.

— Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

— Yo hablo á mi gobierno de las cuestiones generales, de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan á la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

— Eso es muy cierto ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, Señor Mandeville?

— ¿Lo que valen? dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo á sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba á fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutia alguna materia grave, ó cuando queria domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

— Lo que valen, sí Señor; lo que valen para ilustrar al gobierno á quien tales generalidades se escriben.

— Valen....

— Nada, Señor ministro.

— Oh!

— Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen á fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

— Vuestra Excelencia quiere decir....

— Quiero decir, Señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, á lo ménos en mi país.

— Pero un ministro estranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

— Y es por eso que el ministro estranjero, si quiere informar con verdad á su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus esplicaciones.

— Esa es mi conducta.

— No siempre.

— A pesar mio.

— Puede ser.... vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O mas bien, y hablando en las generalidades que gustan á usted tanto ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige á su gobierno, respecto del mio?

— ¿El espíritu?

— Justamente; ó, con mas claridad ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena ó mala situacion? ¿espera usted el triunfo de mi gobierno, ó el triunfo de la anarquía?

— Oh, Señor.

— Eso no es contestar.

— Ya lo veo.
— ¿Luego?
— ¿Luego que? Excelentísimo Señor.
— Luego que me responde usted.
— ¿Sobre la situacion en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?
— Precisamente.
— Me parece....
— Hable usted con franqueza.
— Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.
— ¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?
— Sin duda.
— ¿Y es en qué, Señor ministro?
— En el poder de Vuestra Excelencia.
— Bah! esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos!
— Vaga, Señor!
— Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, tambien poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?
— Oh! Señor!
— Por ejemplo: ¿Sabe usted el estado de Lavalle en el Entre-Rios?
— Sí, señor: está imposibilitado para moverse despues de la batalla de D. Cristóbal, en que las armas de la confederacion obtuvieron tan completo triunfo.
— Sin embargo, el general Echagüe está en inaccion por falta de caballos.
— Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.
— ¿Sabe usted el estado de Corrientes?
— Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá á la liga federal.
— Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.
— En efecto, son dos provincias, pero....
— ¿Pero qué?
— Pero la confederacion tiene catorce.
— Oh! no tantas!
— ¿Decia vuestra Excelencia?....
— Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevacion con los unitarios.
— Cierto, cierto, Excelentísimo Señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinion á lo ménos.

— No dije á usted que sus generalidades habian de estar fundadas sobre datos falsos!

— ¿Lo cree Vuestra Excelencia?

— Yo creo lo que digo, Señor ministro. Tucuman, Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolucion con muchos medios y con muchos hombres.

— Seria un cosa lamentable!

— Como usted lo dice. Tucuman, Salta y Jujuy me amenazan por el norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y la Rioja, por el oeste hasta la falda de la Cordillera, Corrientes y Entre-Rios por el litoral, y todavía ¿quién mas, Señor ministro?

— ¿Quién mas?

— Sí, Señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar á mis enemigos: á mas de aquellos, me amenaza Rivera.

— Bah!

— No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

— Que no pasará.

— Es probable: pero es preciso creer que ha de pasar; y entónces me ve usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

— En efecto, la situacion es grave! dijo el Señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo esplicarse el objeto que se proponia Rosas con descubrir él mismo los peligros que le amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podia ménos que tener alguna segunda intencion muy importante.

— Es muy grave! repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fria que acabó de intrigar el espíritu del diplomático. Y despues que conoce usted los elementos de ese peligro, continuó Rosas, querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios, porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo?

— Pero en qué mas. Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

— Bah! Bah! Bah! esclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece ó que desprecia á otro por su ignorancia.

— Yo no sé, Señor general, dijo Mandeville descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, ó mas bien, de la espresion de sus creencias, en cuál de las pala-

bras que acabo de tener el honor de pronunciar está el orígen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia!

— En todas, Señor diplomático de Europa, respondió Rosas con ironía descubierta.

— Pero, Señor!

— Oigame usted, Señor Mandeville; todo cuanto acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo á lord Palmerston, á quien llaman los unitarios de Montevideo el *eminente* ministro.

— ¿Me haria el honor Vuestra Excelencia de esplicarme el porqué?

— A eso voy. He detallado á usted todos los peligros que en la actualidad rodeán a mi gobierno, es decir, al órden y á la paz de la confederacion argentina. ¿No es cierto?

— Muy cierto, Excelentísimo Señor.

— ¿Y sabe usted porqué acabo de enumerarle esos peligros? ¡Oh! usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! pero yo se la esplicaré. He dicho á usted lo que ha oido, porque sé bien que de esta entrevista estenderá un protocolo que enviará luego á su gobierno; y esto es precisamente lo que yo mas deseo.

— Vuestra Excelencia quiere eso! dijo el Señor Mandeville mas admirado ahora, que intrigado ántes.

— Lo quiero, y la razon es, que me conviene que el gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, ántes que por los órganos de mis enemigos, ó á lo ménos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haria, qué ganaria yo con ocultar al gobierno inglés una situacion que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, seria descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo á mis actuales enemigos.

— Es por eso que dije á Vuestra Excelencia que con su poder. . . .

— Dále con el poder, Señor Mandeville!

— Pero si no es con el poder.... si Vuestra Excelencia no tiene poder....

— Tengo poder, Señor ministro, le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el Señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche á Rosas; y sin saber que le convenia decir, pronunció la palabra:

— Entónces!....

— Entónces! Entónces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situacion. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos

que, con el poderoso ausilio de la Francia, amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro *eminente* tenga mucha confianza en el triunfo mio, aun cuando le presente usted una igual suma de poder á mis órdenes? ¿Y cree usted, entónces, que se tomase mucho empeño en apoyar á un gobierno cuya situacion no le ofrecia probabilidades de existencia mas allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda mas pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos ausiliados por la Francia, de Lóndres á Paris, y de Paris á Buenos Aires, que de Entre-Rios al Retiro, y de Tucuman á Santa Fe, y que esto no lo conoceria lord Palmerston? Bah, Señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del gobierno inglés en mi cuestion con la Francia, pero ahora espero ménos, desde que las informaciones que van á ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

— Pero, Señor general, dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendia ménos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas, que, al parecer, la daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debia quebrantarlo y postrarlo, — si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, con quién piensa Vuestra Excelencia vencer á los unitarios?

— Con ellos mismos, Señor Mandeville, dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquel, para observar la impresion causada al levantar de súbito el telon de boca que cubria el misterioso escenario de su pensamiento.

— Ah! esclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de espandirse su imaginacion en el inmenso círculo que habíanle trazado aquellas tres palabras, en cuyas veia la esplicacion de todas las reticencias y paradojas que un momento ántes no podia explicarse, á pesar de su esperiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solia adivinar las reservas de Rosas

— Con ellos mismos, continuó este tranquilamente. Y ese es hoy mi principal ejército, mi poder mas irresistible, ó mejor dicho, mas destructor de mis enemigos.

— En efecto, Vuestra Excelencia me conduce á un terreno en el que, francamente, yo no habia pensado.

— Ya lo sé, contestóle Rosas, que no perdonaba ocasion de hacer sentir á los otros sus errores ó su ignorancia. Los unitarios, continuó, no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por mas que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la república, pero les falta un centro de accion comun: todos mandan, y por lo

mismo, ninguno obedece Todos van á un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferrer no obedece á Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece á Ferrer, porque es el general de los unitarios, el general *Libertador*, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperacion de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia á Rivera. Rivera necesita obrar en combinacion con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y sobre todo, porque la oficialidad de este no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia á Lavalle porque no es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan á Lavalle; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian á los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oidos á la gritería á sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquellos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entónces, Señor ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de destruirlos es darles tiempo á que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

— Oh! muy bien! ¡es un magnífico plan! dijo alborozado el Señor Mandeville.

— Permítame usted, que no he concluido, dijo Rosas con la misma flema. Cuando se tiene tales enemigos, decia, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fraccion, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demas obedecen como los brazos á la voluntad, se deduce entónces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca mas pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo cómo se debe apreciar la situacion de mis enemigos y la mia? preguntó Rosas, que no habia perdido ni un momento el aplomo con que habia empezado á desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, habia hecho de los enemigos que lo habian combatido, y que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable á los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca, ni el talento, ni el valor de conquistarla.

— Oh! lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor! dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfaccion viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosamente de una incertidumbre, ó de un conflicto. Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situacion de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

— Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad, dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, al traves del cual el Señor Mandeville, si hubiese estado con ménos entusiasmo en ese momento, habria descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

— El saber la verdad, en el gabinete inglés importa hoy tanto, como á Vuestra Excelencia el que se haga saber esa verdad.

— ¿A mí?

— Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraria como el mas grande apoyo posible el ausilio de la Inglaterra?

— ¿En qué sentido?

— Por ejemplo, si la Inglaterra obligase á la Francia á la terminacion de su cuestion en el Plata, ¿no seria para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

— Pero esa interposicion de la Inglaterra ¿no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

— Es muy cierto, Excelentísimo Señor.

— Y de paquete á paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

— Cierto, Excelentísimo Señor, pero esta vez, á la menor insinuacion del gobierno inglés, el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestion. Hoy no puedo ponerlo en duda.

— ¿Y porqué?

— El gobierno frances se encuentra hoy en una posicion terrible, Excelentísimo Señor. En la Algería la guerra se ha encendido con mas vigor que nunca; Abd-el-kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestion de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias á las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultan y el Pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados por el gobierno frances á los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, ó si la Rusia se sostiene en proteger á Constantinopla, dentro de poco el rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas

sus escuadras al Bósforo y á los Dardanelos. En el interior, la Francia no está mas tranquila, ni mas segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en accion á todos los napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan á levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caido ya, caerá pronto, y la oposicion mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo á alguno de sus miembros eminentes. En tal situacion, la Francia necesita consolidar mas que nunca su alianza con la Inglaterra; y por una cuestion, para ella de tampoco interes, como es la del Plata, el gabinete frances no querrá hacer á lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

— Hágalo ó no lo haga, para mí es indiferente, Señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en Africa, y por lo que hace al bloqueo, no es á mí á quien mas perjudica, como usted lo sabe.

— Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo Señor: es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

— ¿Sabe usted qué capital ingles está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesca no lo deja salir?

— Dos millones de libras en frutos del país que se deterioran cada dia.

— ¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

— Veinte mil libras, Excelentísimo Señor.

— Exactamente.

— Todo eso acabo de comunicarlo á mi gobierno.

— ¿Sabe usted qué capital británico en manufacturas ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

— Un millon de libras. Tambien lo he comunicado á mi gobierno.

— Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace á mí yo sé cómo defenderme del bloqueo.

— Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo, dijo el ministro con una sonrisa la mas insinuativa y cortesana, pero al mismo tiempo con la espresion de una verdad sentida.

— No todo, Sr. Mandeville, dijo Rosas echándose para atras en su silla y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba á estudiar el fondo de su conciencia, no todo, por ejemplo, cuando algun ministro estranjero abre las puertas de su casa á un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga á darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concederia sin esfuerzo.

— Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no sé á qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

— ¿Usted no lo sabe, Señor Mandeville? dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

— Doy á Vuestra Excelencia mi palabra de....

— Basta, lo interrumpió Rosas, que ántes de que hablase Mandeville se habia convencido de que, en efecto ignoraba aquello que á él le interesaba saber, y porque únicamente lo habia llamado á su presencia. Basta, repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovia.

Mandeville habia vuelto á sus perplejidades anteriores cerca de aquel hombre de quien jamas otro alguno podia estar, ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitacion cuando de repente paróse, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que habia estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversacion de que no habia entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oido toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible: un caballo á todo galope se sentia venir del oeste por la calle del Restaurador; y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

— Algun parte de la policía, dijo el Señor Mandeville que queria de algun modo anudar la conversacion tan bruscamente rota, y que comprendia la atencion de Rosas.

Rosas lo bañó con una mirada de desprecio, y le dijo:

— No, Señor ministro inglés: ese caballo viene de la campaña, y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A ese tiempo, el general Corvalan entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leido las primeras líneas cuando una espresion de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el Señor Mandeville, que habia percibídola con facilidad, quedó en duda si habia sido acaso una ilusion de óptica, ó una realidad.

— Con que, Señor Mandeville, usted se retira, dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego, y estendiendo la mano al Señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

— Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

— ¿Cuándo piensa usted despachar el paquete? preguntó Rosas sin haber oido siquiera las palabras del ministro.

— Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

— Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien á su secretario, y que el paquete salga mañana á la tarde, ó mas bien, hoy á la tarde porque ya son las cuatro de la mañana.

— Saldrá á las seis de la tarde, Excelentísimo Señor.

— Buenas noches, Señor Mandeville.

Y se retiró este ministro despues de tres ó cuatro profundas reverencias.

— Corvalan, que acompañen al Señor, y vuelva usted.

— Señor! Señor! ¿qué le hago al gringo? dijo Viguá.

Pero Rosas sin oirle se sentó, estendió el pliego sobre la mesa, y, apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, miéntras á cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora despues, el mismo habia cerrado la puerta esterior de su gabinete y se paseaba por él á pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía.

---

## CAPITULO VIII.

### El amanecer.

El alba del 5 de Mayo habia despedido al fin aquella triste noche testigo de la ejecucion de un crímen horrible y de la combinacion de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso rey de la naturaleza, no podia secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese rio, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los chapiteles de esa ciudad á quien los poetas han llamado: «La Emperatriz del Plata; la Aténas, ó la Roma del Nuevo Mundo.»

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecia que quisiera resistir las horas del movimiento y

la vigilia que le anunciaba el dia, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo aun. En sus calles espaciosas y rectas, se escondia aun, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claro-oscuro de los crepúsculos, que ponen en trepidacion á los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba á la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no habia logrado levantar aun del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la naturaleza hubiese debido contribuir en ese año á la terrible situacion que comenzaba para el pueblo, habia empezado sus copiosas lluvias desde los primeros dias de Abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estacion las arenosas praderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran rio el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro á medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

Oh! porqué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenia suspendido del cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se habia apartado! Si la maldicion terrible habia descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿porqué, entónces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crímen no profanasen esa luz de Mayo, cuyo rayo habia templado, treinta años ántes, el corazon y la espada de los regeneradores de un mundo?.... Pero la naturaleza parece hacer alarde de su poder rebelde á las insinuaciones humanas, cuanto mas la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano régia abria una ventana de palacio y hacia, en Paris, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente dia un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último gemido habia demandado de Dios la venganza de tan horrible crímen. Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban á rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de *vísperas* llamaba al templo de Dios la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una jóven dió la señal tremenda que debia fijar en un rio de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la naturaleza, la humanidad tambien debia aparecer indiferente á las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente, que, como fué solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debia sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una estraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad é imprimir el movimiento regenerador en diez naciones, parece destinado á ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crímen; pues que hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original é imponente, que las eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendia, sin embargo, cuál era su situacion actual, y presagiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre á hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y mas terrible aun que aquellos que lo habian postrado, estaba próximo á ser descargado sobre su cabeza por la mano inapiadable de la tiranía; y para contenerla él, el pueblo de Buenos Aires no tenia, ni los medios, ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El *terror*, — esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la mas terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, segun la espresion de Victor Hugo, empezaba á introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oracion que cada uno elevaba á Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenia de que los últimos parasismos de la dictadura serian mortales para cuantos vivian al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar á la ejecucion de las terribles venganzas que temian. Y cuando para conseguir esto se ofrecian á sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquellos, los mas concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto de la hora en que se aproximase el triunfo. Tal era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu!

Así era la situacion moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, segun el principio de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apénas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros que se dirigian al mercado; un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta, ó cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmandose magistralmente en su baston; marchando con tal mesura y gravedad, que no parecia sino que habia salido de su casa á esas horas para respirar el aire puro de la mañana, ó para mostrar al rey del dia, ántes que ninguno otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubria hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero. Este hombre, sin embargo, fuera por casualidad ó intencionalmente, tenia la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos ó tres veces en cada cuadra, rodando siempre hácia tras de su persona, cuyo incidente le obligaba á retroceder un par de pasos para cogerla, y, como era natural, á echar una mirada sobre las cuadras que habia andado, es decir, en direccion al campo; porque este individuo venia del lado del oeste, enfilando la calle de la Victoria, con direccion á la plaza.

Al cabo de veinte ó veinte y cinco caidas del baston, se paró delante de una puerta que ya nuestros lectores conocen: era aquella por donde Daniel y su criado habian entrado algunas horas ántes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó á levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo mas rigoroso del estío. Pero por casualidad, por distraccion, ó no sabemos por qué, sumergió sus miradas á derecha é izquierda de la calle, y despues de convencerse que no habia alma viviente en una longitud de diez ó doce cuadras á lo ménos, se acercó a la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos porqué, hacer uso de un leon de bronce que servia de estrepitoso llamador.

---

## CAPITULO IX.

El angel y el diablo.

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo á nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del dia, de uno de esos dias del mes de Mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos á seguir un cocho amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del general Mancilla, marcan á gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle de Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirle, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan mas improvisamente que la primavera, cuando el pasaje fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, á mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que mas bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer á quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia que su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fué á parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecia sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entónces una jóven bajó del coche, ó mas bien salvó los dos escalones del estribo, poniéndo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dió ocasion por un momento á que asomase, de entre las anchas aldas del vestido, un pequeñito pié, preso en un botin color violeta. Y era esta jóven de diez y siete á diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparacion. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caian sobre un rostro que parecia haber robado la lozanía y colorido de la mas fresca rosa. Frente espaciosa é inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas

y mas oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva, apénas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginacion y del ingenio; y por último, una boca pequeña, y rosada como el carmin, cuyo labio inferior la hacia parecer á las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada faccion revelaba delicadezas de alma, de organizacion y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregád á esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecia colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la jóven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Habia algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcia en torno suyo un perfume que solo era perceptible al alma — al alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la naturaleza, mas parecia la idealizacion de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La jóven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir á toda la fuerza de su espíritu, y á su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porcion de hombres vestidos de colorado de los piés á la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, mas ó ménos tarde, destinados á la horca, que cuajaba el zaguan y parte del patio de la casa de Doña María Josefa Ezcurra, cuñada de D. Juan Manuel Rosas, donde la bella jóven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando ligeramente los cristales, entró á ella esperando hallar alguien á quien preguntar por la dueña de casa. Pero la jóven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus piés enlodadas la estera de esparto blanca con pintas negras que cubria el piso, conversabân familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podia distinguirse donde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos á esa recien venida en quien no veian de los distintivos de la federacion, de que ellos estaban cubiertos con exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

— ¿La Señora Doña María Josefa está en casa? preguntó la jóven, sin dirigirse directamente á ninguna de las personas que se acaba de describir.

— Está, pero está ocupada; respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La jóven vaciló un instante; pero tomando luego una resolucion para salir de la situacion embarazosa en que se hallaba, llegóse á una de las ventanas que daban á la calle, abrióla, y llamando á su lacayo, dióle órden de entrar á la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la jóven:

— Llama á la puerta que da al segundo patio de esta casa, y dí que pregunten á la Señora Doña María Josefa si puede recibir la visita de la Señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta órden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situacion en que están colocadas, cuando saben sostenerse á la altura de su condicion, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficcion repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase á que pertenecian, que la sociedad habia roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia, — en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazon de Daniel, — esperó un momento.

No tardó en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que la dijo, tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció á las cinco damas de la federacion allí sentadas, que la Señora no podia oirlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir á esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo ménos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que perdióse en el aire, porque, desde su entrada á la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hácia aquellas tan estrañas visitas de la hermana política del gobernador de Buenos Aires, ó mas bien, á aquellas nubes preñadas de aire mal sano que hacian parte del cielo rojo-oscuro de la federacion.

La criada salió; pero el soldado, que no habia recibido órden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando ménos en el umbral de la puerta del salon, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí habia, y opri miendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse d ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposa su espíritu y su vista del rato desagradable y violento po que acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habi tacion contigua á la sala, en despachar dos mujeres de ser vicio con quienes estaba hablando, miéntras ponia una sobr otras veinte y tantas solicitudes que habian entrado ese dia acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacia no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguan, par que por su mano fuesen presentadas á su Excelencia e Restaurador, aun cuando su Excelencia el Restaurador estab seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y s apresuraba, decíamos, porque la Señorita Florencia Dupas quier, que se le habia anunciado, pertenecia por su madr á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Bueno Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia d Rosas; aun cuando en la época presente, con pretesto de l ausencia de Mr. Dupasquier, su Señora y su hija aparecia muy rara vez en la sociedad.

El lector querria saber, qué clase de negocios tenia Doñ María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba in vadida su casa. Mas adelante lo sabremos. Baste decir, po ahora, que en la hermana política de D. Juan Manuel Rosas estaban refundidas muchas de las malas semillas, que l mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre l especie, en medio de las tinieblas de la noche, segun l fantasía de Hoffmann. Los años 33 y 35 no pueden se esplicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa d D. Juan Manuel Rosas, que sin ser malo su corazon, tenia sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu par la intriga política; y 39, 40 y 42 no se entenderian bien s faltase en la escena histórica la accion de Doña María Josef Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes político de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, por que ellas mismas no han querido que se prescinda; y por que, ademas, las acciones que hacen relacion con los suceso públicos, no tienen sexo.

La naturaleza no predispuso la organizacion de la her mana política de Rosas para las impresiones especiales d la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones polí ticas debian ser el alimento diario del alma de esa Señora Circunstancias especiales de su vida habian contribuido desenvolver esos gérmenes de su naturaleza Y la posicion d su hermano político, y las convulsiones sangrientas de l

sociedad argentina, le abrian un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organizacion lo requeria. Sin vistas y sin talento, jamas un ser oscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios mas importantes á un tirano que los que á Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para Rosas, estaban en relacion con el mal que podia inferir á sus semejantes; y su cuñada, con un teson, una perseverancia y una actividad inauditas le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta Señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasion sincera, por verdadero fanatismo por la federacion y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio á los unitarios, era la personificacion mas perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que habia creado la dictadura de aquel. Epoca que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad jóven, cuando á esa relajacion es impelida por una mano poderosa que se empeña en ello; encontrando por resistencia apénas la moral y la virtud privada que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociacion de ellas mismas. La asociacion de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existia en ese pueblo que creia con el candor del niño, que bastaba para ser libre, grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Desasociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crímen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ese únicamente, y que esplotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un órden de cosas civilizado, que empezaba á oprimir en ella la espansion de sus habitudes salvajes. — —

La puerta contigua á la sala abríose al fin, y la mano de la elegante Florencia fué estrechada entre la mana descuidada de Doña María Josefa: mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la accion de las pasiones ardientes.

— Qué milagro es este! ¿porqué no ha venido tambien Doña Matilde? preguntó sentándose en el sofá á la derecha de Florencia.

— Mamá se halla un poco indispuesta, pero no pudiendo saludar á V. personalmente, me manda ofrecerla sus respetos.

— Si yo no conociera á Doña Matilde y su familia, creeria que se habia vuelto unitaria; porque ahora se conocen á las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted porqué se encierran esas locas?

— Yo? no, Señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

— Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, ó porque no se las peguen con brea, lo que es una zoncería, porque yo se las remacharia con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y.... pero tambien usted, Florencita, no la trae como es debido.

— Pero al fin la traigo, Señora.

— La traigo! la traigo! pero eso es como no traer nada. Así la traen tambien las unitarias; y aunque usted es la hija de un frances, no por eso es inmunda y asquerosa como son todos ellos. Usted la trae, pero....

— Y eso es cuanto debo hacer, Señora, dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversacion para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

— La traigo, continuó, y traigo tambien esta pequeña donacion que, por la respetable mano de usted, hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, segun se dice. Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde habia doblados cuatro billetes de banco que puso en la mano de Doña María Josefa, y que no era otra cosa, que ahorros de la mensualidad pare limosnas y alfileres que desde el dia de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo, con esa satisfaccion de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Molière:

— Esto es ser federal! Dígale usted á su mamá que le he de avisar á Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al Señor D. Juan Carlos Rosado, ecónomo del hospital de mujeres, y apretaba con su mano los billetes, como se temiera si convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

— Mamá quedaria bien recompensada con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el Señor Gobernador no tiene tiempo para dar su atencion á todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted

y Manuelita, difícilmente podria atender á tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas accion sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar á la Señora con esta segunda ofrenda que la hacia.

— Y bien que le ayudamos al pobre! contestó arrellanándose en el sofá.

— Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, segun se dice, y esto acabará por enfermarla, dijo Florencia con un tono el mas condolido del mundo.

— Por supuesto que acabará por enfermarla. Anoche por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

— ¿Hasta las cuatro?

— Y dadas ya.

— Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

— Bah! cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora mas que nunca.

— Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que solo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan léjos el Entre-Rios, donde es el teatro de la guerra, las unitarios de aquí no molestarian mucho al gobierno.

— Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

— Oh! eso no se les podrá impedir! La costa es inmensa!

— ¿Qué no se les puede impedir?

— Me parece que no.

— Bah! Bah! Bah! y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habian quedado en su encía inferior. ¿Sabe usted á cuántos se agarraron anoche? preguntó.

— No lo sé, Señora, contestó Florencia, ostentando la mas completa indiferencia.

— A cuatro, hija mia.

— ¿A cuatro?

— Justamente.

— Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos á estas horas.

— Oh! de que no se irán yo le respondo á usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

— Algo mejor! esclamó Florencia como admirada, disimulando que sabia ya la suerte de aquellos infelices; pues que acababa de estar con la Señora de Mancilla, y saber ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una pa-

labra sobre el que habia tenido la dicha de libertarse de la muerte.

— Mejor; por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han.....los han fusilado.

— Ah! los han fusilado!

— Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con una pequeña desgracia.

— Oh! pero usted dice que es pequeña, Señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer á las personas como usted.

— A veces. Uno logró escaparse.

— Entónces no tendrán mucho que molestarse para encontrarle, porque la policía es muy activa segun creo.

— No mucho.

— Dicen que en ese ramo el Señor Victorica es un genio, insistió la traviesa diplomática, que queria picar el amor propio de Doña María Josefa.

— Victorica! no diga usted disparates — yo, yo y nadie mas que yo lo hace todo.

— Así lo he creido siempre, y en el caso actual casi estoy segura que será usted mas útil que el Señor jefe de policía.

— Puede usted jurarlo.

— Aunque por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso....

— Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé mas sobre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

— Es posible!

— Lo que usted oye.

— Pero eso es increible....en dos horas.... una Señora!

— Lo que usted oye, repitió Doña María Josefa cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar á Victorica y procurar que la admirasen los que la oian.

— Lo creeré porque usted lo dice, Señora, continuó Florencia que iba entrando á carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

— Oh! créamelo usted como si lo viera.

— Pero habrá puesto usted cien hombres en persecucion del prófugo.

— Nada de eso. Qué! Mandé llamar á Merlo que fué quien los dolató, vino. pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entónces mandé llamar á varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y.... ¡verá usted que dato!

Camilo! gritó y el soldado entró á la sala y se acercó á ella con el sombrero en la mano.

— Dígame usted, Camilo, continuó aquella, ¿qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

— Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está, contestó con una espresion de alegría salvaje en su fisonomía.

— ¿Y dónde? preguntóle la vieja.

— En el muslo izquierdo.

— ¿Con qué fué herido?

— Con sable, es un hachazo.

— ¿Está usted cierto de lo que dice?

— Y qué no estaba cierto! Yo fuí quien le pegué el hachazo, Señora.

Florencia se echó atras, hácia el ángulo del sofá.

— ¿Y lo conoceria usted si lo viera? continuó Doña María Josefa.

— No, Señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

— Bien, retírese usted, Camilo.

— Ya lo ha oido usted, prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose á la Señorita Dupasquier que no habia perdido una sola palabra de la declaracion del bandido; ya lo ha oido usted! herido en un muslo! ¡Oh es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece á usted?

— A mí! Yo no alcanzo, Señora, de qué importancia pueda serle á usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

— ¿No lo alcanza usted?

— Ciertamente que no; pues supongo que el herido á estas horas estará curándose en su casa ó en alguna otra, y no se ven las heridas al traves de las casas.

— Pobre criatura! esclamó Doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huésosa sobre la rodilla de Florencia, pobre criatura! esa herida me da tres medios de averiguacion.

— Tres medios!

— Justamente. Oigalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan á un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas; y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Qué le parece á usted?

— Si usted los halla buenos, Señora, así serán; pero en mi opinion no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

— Oh! pero tengo otro de reserva para cuando con esos no logre nada.

— ¿Otro medio mas?

— Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lúnes ya tendré cuando ménos una pluma del pájaro.

— Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, Señora, respondióle Florencia con una sonrisa llena de picantería y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento á aquella máquina de cuchillos que tenia á su lado.

— Qué no! Ya verá usted el lúnes.

— ¿Y porqué el lúnes y no otro dia cualquiera?

— ¿Porqué? ¿usted cree, Señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

— Sí, Señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamas la sangre de ningun hombre.

— Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

— ¿No son hombres?

— No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaria pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organizacion de la jóven, pero se dominó.

— ¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre? continuó Doña María Josefo.

— Sí, Señora, convengo.

— Entónces, ¿convendrá usted tambien en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

— Sí, Señora, tambien convengo en ello.

— ¿Que mancha las vendas que se aplican á las heridas?

— Tambien.

— ¿Las sábanas de la cama?

— Así debe ser.

— ¿Las toallas en que se secan las manos los asistentes del enfermo?

— Tambien puede ser.

— ¿Cree usted todo esto?

— Si, Señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que mas puedo asegurar á usted es, que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme. — Y en efecto, Florencia, con toda la vivacidad de su imaginacion hacia vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito á que precedian aquellos preámbulos.

— Toma! Vamos á ver. ¿Qué dia reciben la ropa sucia las lavanderas?

— Generalmente el primer dia de la semana.

— A las ocho ó las nueve de la mañana, y á las diez van con ella al rio, ¿entiende usted ahora?

— Sí, contestó Florencia asustada de la imaginacion endemoniada de aquella mujer, que le sugeria recursos que

no habrian pasado por la suya en todo el curso de su vida.

— La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes á este respecto.

— Ah! es un plan excelente, dijo la jóven que ya hacia un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer cuyo aliento le parecia que estaba tan envenenado como su alma.

— Excelente! y sé que no se le habria ocurrido á Victorica en un año.

— Lo creo.

— Ni mucho ménos á ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

— De eso no me cabe la mínima duda, esclamó la Señorita Dupasquier con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que Doña María Josefa, habria comprendido la satisfaccion que animó á la jóven al hacer esa justicia á los unitarios: á esa clase distinguida á que ella pertenecia por su nacimiento y educacion.

— Oh! Florencita, no vaya usted á casarse con ningun unitario! Ademas de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el mas ruin federal se puede jugar con todos ellos. Y, á propósito de casamiento ¿cómo está el Señor D. Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algun tiempo á aquí?

— Está perfectamente bueno de salud, Señora.

— Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

— Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, Señora? interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no habia dejado de picarse un poco.

— ¿Para qué? Oh! usted lo sabe bien. Los enamorados adivinan las cosas.

— ¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

— Toma! ¿no ama usted á Bello?

— Señora!

— No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

— Si usted lo sabe....

— Si yo lo sé, debo prevenir que hay moros en la costa; que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero á usted como á una hija.

— Engañarme! ¿quién? Aseguro á usted, Señora, que no la comprendo, replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de Doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

— Pues es gracioso! ¿y á quién he de referirme sino al mismo Daniel?

— Oh! eso es imposible, Señora; Daniel no me ha engañado jamas, contestó con altivez Florencia.

— Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

— ¿Datos?

— Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas mas de una vez? Vamos, la verdad: á mí no me engaña nadie.

— Alguna vez hablo de Barracas, pero no veo qué relacion tenga Barracas conmigo.

— Con usted, indirecta: con Daniel, directamente.

— ¿Lo cree usted?

— Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo mas de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel? dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

— Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocacion en todo esto, contestó la jóven con fingido aplomo, pues que su corazon acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡qué mujer no está pronta siempre á creerse engañada y olvidada del ser á quien consagra su corazon y sus amores!

— No me equivoco, no, Señorita. ¿A quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? á Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, jóven y buen mozo, al lado de su prima jóven, linda y dueña de sus acciones? no han de ponerse á rezar segun me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le ve en ninguna parte? es porque Daniel va todas las tardes á ver á su prima, y á la noche á ver á usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

— No es nada, Señora, dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenia en su corazon.

— Bah! esclamó Doña María Josefa, soltando una carcajada estridente. Bah! Bah! Bah! Y eso que no le digo todo; lo que son las muchachas!

— Todo! esclamó Florencia.

— No, no quiero poner mal á nadie, y seguia riéndose á carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazon de su víctima.

— Señora, yo me retiro, dijo Florencia levantándose casi trémula.

— Pobrecita! Tírele bien las orejas; no se deje engañar, y sin levantarse soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amorotadas de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

— Señora, yo me retiro, repitió Florencia estendiendo la mano á quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y trasparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

— Bien, mi hijita, adios. Memorias á mamá y que se mejore para que nos veamos pronto. Adios, y abrir los ojos! eh! y riéndose todavía acompañó á la Señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz jóven subió á su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimia su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba á punto de desmayarse. En Florencia habia una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste consolacion del llanto, que indudablemente arrebata en sus gotas una gran parte de la opresion física en que ponen al corazon las impresiones improvisas y dolorosas.

La reflexion, esa facultad que levanta al hombre á la altura de la Divinidad que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificacion á los males de que queremos libertarnos con ella, vino á llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella jóven.

— En efecto, se decia Florencia, Daniel monta á caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa á las nueve. Nunca me ha ofrecido la relacion de su prima. Por otra parte; esta mujer que lo sabe todo; que tiene á su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa, y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas, segun me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningun motivo para aborrecerme y engañarme ¡Oh! es cierto! ¡es cierto, Dios mio! esclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente cuyo color de rosa huia y reaparecia en cada segundo. Y su cabeza se perdia en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazon, como se dice vulgarmente, era mas poderoso y activo que su

viva y brillante inteligencia, y la absorbia toda en las situaciones en que un pesar ó una felicidad profunda la conmovian.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas á Amalia, en que tantas veces habia ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó á su casa á la una y media de la tarde, decidida á referir á su madre cuanto acababa de oir, porque Florencia no habia tenido en la vida mas amor que el de Daniel, ni mas amistad que la de su madre. Felizmente la Señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salon, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, segun la hora que le habia anunciado en su carta de la mañana.

---

## CAPITULO X.

### Una agente de Daniel.

A las nueve de la mañana Daniel se vestia tranquilamente ayudado por su fiel Fermin, que habia cumplido ya todas las comisiones de que habia sido encargado por su Señor.

— ¿Florencia misma recibió las flores? le preguntó miéntras pasaba la escobilla por su cabello castaño oscuro y por su patilla rala que se abria artificialmente en la barba, segun las prescripciones federales de la época.

— Ella misma, Señor.

— ¿Y la carta?

— Junto con las flores.

— ¿Observaste si estaba contenta?

— Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si habia ocurrido alguna novedad.

— Pobrecita! Vamos á ver ¿cómo estaba vestida? cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

— Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

— De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazon al suyo! continúa, dijo Daniel, acabando de atár con negligencia una corbata de seda negra á su cuello.

— No hacia nada mas.

— Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

— Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado á la cintura.

— ¡Bellísima descripcion! Eso se llama un baton de mañana, Fermin. ¡Qué linda estaria! Y bien ¿qué mas?

— Nada mas.

— Eres un tonto.

— Pero, Señor, si no tenia otro vestido.

— Sí, pero tenia zapatos ó botines, tenia algun pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa en fin que tú has debido ver para contármelo todo.

— ¡Y cuándo iba á fijarme en todo eso, Señor! respondió el criado de Daniel con esa calma y esa espresion burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermin lo era por su primera educacion, aun cuando los hábitos de la ciudad habian corregido mucho aquellos de su niñez.

— Peor para tí. Vamos á otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

— La mujer á quien fuí á llamar de parte de usted, y Don Cándido.

— Ah! mi maestro de palotes; el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermin?

— No, Señor. Me ha dicho que tiene precision de hablar á usted; que hoy á las seis vino y halló la puerta cerrada; que volvió á las siete, y desde esa hora está esperando á que usted se levante.

— Diablo! mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habria querido que me levantase á las seis de la mañana! Hazlo entrar á mi escritorio, pero despues que se haya retirado doña Marcelina, y esta puede entrar ya, dijo Daniel poniéndose una bata de tartan azul, que hacia resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrian dar envidia á una coqueta.

— ¿La hago entrar aquí? preguntó Fermin como dudando.

— Aquí, mi casto Señor Don Fermin. Me parece que no hablo en griego. Aquí, á mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da á la sala, y tambien la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento despues un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol, y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazon, anunció á Daniel que las enaguas de Doña Marcelina venian caminando á par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras,

del cual la punta del inmenso triángulo que formaba á sus espaldas la caia regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecian en ellas; y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que habia eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades; declaracion que se empeñaban en disimular en vano dos gruesos rulos que caian hasta la barba, de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando á que no lo distinguirian entre el chocolate y el café aguado. Agregando á esto una estatura mas bien alta que baja, un cuerpo mas bien gordo que flaco, donde lo mas notable era un pecho que parecia un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de Doña Marcelina, á quien Daniel saludó sin levantarse del sillon, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuándo mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas á tratar con inferiores.

— La necesito á usted, Doña Marcelina, la dijo haciéndola señas de que ocupase una silla frente á él.

— Siempre estóy á las órdenes de usted, Señor D. Daniel, contestó la recien venida sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese á bailar el circunspecto y gentil minuet de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

— Ante todas cosas ¿cómo va la salud y cómo están en casa? preguntó Daniel que era hombre que jamas pisaba fuerte sin haber tanteado ántes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la vispera.

— Aburrida, Señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

— Eso habrá adelantado usted para cuando pase á la vida eterna, respondióla Daniel mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

— Otros tienen mas pecados que yo y ganarán el cielo, dijo doña Marcelina meneando la cabeza.

— Por ejemplo?

— Por ejemplo, los que usted sabe.

— Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

— Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaria un dia de recordarlas.

— Mal hecho; perdonar á nuestros enemigos es un precepto de nuestra religion.

— Perdonarlos! ¿Perdonarlos despues del bochorno que me hicieron sufrir, despues de haberme hecho perder mi reputacion, confundiéndome con las mujeres publicas? Jamas. Yo tengo un corazon de Capuleto.

— Bah! esclamó Daniel conteniendo la risa al oir la comparacion de Doña Marcelina, usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

— ¿Qué dice usted? exagerar! pues no es nada! meterme en una carreta junta con las demas; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul; á mí que jamas habia recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fué por mi conducta; fué una venganza política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que habia en Buenos Aires; y por eso el tirana de Perdriel me puso en lista, cuando Tomas Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas; ese viejo tartufo y usurero que bien hacian en decirle:

El inmortal macuquino,
Gran sacerdote apostólico,
No gastará un real en vino
Aunque reviente de cólico.

— Hermosos versos, Doña Marcelina.

— Magníficos. Eran los que le componian el año 33. Ah! ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administracion de este gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá tambien de mi amor á la literatura, porque este salvaje proscribió á todos los que nos dedicábamos á ella. Todos mis amigos fueron desterrados. Ah! época fausta de los Varelas y Gallardos! pasó, pasó á la nada, come dice.... Acuérdese usted, Señor D. Daniel, acuérdese usted! y Doña Marcelina que empezaba á sudar despues de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó á los hombros el que le cubria el pecho.

— Fué una injusticia atroz, la respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la mas franca espresion de la risa que estaba agitando su espíritu.

— Atroz!

— Y de que solo las relaciones de usted pudieron salvarla.

— Así fué, ya se lo he referido á usted muchas veces;

me salvó uno de mis ma· respetables amigos que se condolió de la inocencia ultrajada po. la barbarie, que es lo mas inhumano, como dice Rousseau, esclamó con énfasis Doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

— Rousseau tuvo razon en escribir esa admirable novedad, dijo Daniel conteniendo la risa que le hervia en el pecho al oir aquel nombre y aquella citacion en los labios de Doña Marcelina.

— Pues eso fué lo que dijo. Oh! si supiese usted la memoria que tengo! sabia la Argia y la Dido, verso por verso, al otro dia de representarse por la primera vez.

— Admirable memoria!

— Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, ó el delirio de Creon, que tiene unas diez páginas y que empieza así:

«Triste fatalidad! Dioses supremos.....»

— No, no, gracias; la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

— Muy bien, como usted quiera.

— ¿Y ahora qué lee usted, Señora Doña Marcelina?

— Ahora estoy leyendo el Hij. del Carnaval, para luego leer la Lucinda, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

— Excelentes libros! ¿Y quién le presta á usted esa escogida coleccion de obras? preguntóla Daniel reclinándose en un brazo del sillon y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

— A mí no me los prestan; es á mi sobrinita Andrea á quien se los lleva el Señor Cura Gaete.

— El Cura Gaete! dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa á que dió salida libremente.

— Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instruccion, saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

— Perfectamente pensado, Doña Marcelina. Pero lo que no entiendo es cémo una persona con los principios políticos de usted acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la mas brillante joya de la federacion.

— Qué! Si á él mismo le canto la cartilla todos los dias!

— ¿Y la sufre á usted?

— La echa de tolerante. Se rie, me da la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas á leerle los libros que lleva.

— Gertruditas! ¿Tambien tiene usted otra jóven de ese nombre en su casa?

— Es una sobrina mia á quien he recogido hace un mes.

— Santa Bárbara! tiene usted mas sobrinas que nietos tuvo Adan por la línea de Seth, hijo de Cain y de Ada! ¿Ha leido usted la Biblia, Doña Marcelina?

— No.

— ¿Pero habrá leido usted á Don Quijote?

— Tampoco.

— Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas á Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podia haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

— ¿El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

— Exactamente.

— Hago por ellas lo que puedo.

— Pero ¿qué haria usted, si el reverendo Cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el dia que por primera vez entré en ella, bajo la recomendacion de Mr. Douglas?

— Oh! Dios mio, seria perdida! Pero el Cura Gaete no será tan curioso como lo fué el Señor Don Daniel Bello, dijo Doña Marcelina con cierto aire de reconvencion cariñosa.

— Tiene usted razon, y yo la tengo tambien. Fuí á su casa para entregarle una carta que debia llevar usted á donde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la direccion de la carta; á ese tiempo llamaron á la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaria un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajon y....

— Usted no debió haber leido lo que allí habia, picaruelo, dijo interrumpiéndolo Doña Marcelina con un tono cada vez mas cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedia cada vez que se veian.

— ¿Y cómo resistir á la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

— Que me mandaba mi hijo como se lo he dicho á usted.

— Sí, pero la carta!

— Ah! sí, la carta! Por ella me habrian fusilado sin compasion estos bárbaros. Qué imprudencia la mia! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo, la conserva usted siempre?

— Oh! eso de decir usted que les habia de cortar la trenza á todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, Doña Marcelina!

— Qué quiere usted! El entusiasmo! las ofensas recibi-

das! pero ¡qué! Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante? preguntó de nuevo Doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreirse.

— Ya le he dicho á usted que tomé esa carta para librarle de un peligro.

— Pero usted debió romperla.

— Y habria hecho una inaudita bestialidad.

— ¿Pero para qué la conserva usted?

— Para tener un documento con que hacer valer el patriotisimo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados mas tarde.

— ¿Para ese solo objeto la guarda usted?

— No me ha dado usted motivos hasta ahora de mudar de idea, respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

— Ni los daré jamas! esclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se habia comprimido en ellos durante la conversacion de la carta, que era su pesadilla diaria.

— Así lo creo. Y ahora vamos á lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted á Douglas?

— Hace tres dias que lo vi. Ante noche embarcó á cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

— Muy bien. Hoy tiene usted que volver á verlo.

— ¿Hoy?

— Ahora mismo.

— Iré en el acto.

Daniel pasó á su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que habia escrito y guardado bajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y tomando una pluma volvió á su aposento.

— Ponga usted el sobre de esta carta.

— ¿Yo?

— Sí, usted: á Mr. Douglas.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— Ya está, dijo la tia de todas las sobrinas despues de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

— Irá usted á lo de Mr. Douglas, le hablará á solas y le entregará esa carta de mi parte.

— Así lo haré.

— Guarde usted la carta en el seno.

— Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

— A otra cosa.

— Lo que usted ordene.

— Necesito estar solo en casa de usted, mañana ó pasado mañana á la tarde, por media hora solamente.

— Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas á pasear; pero ¿y las llaves?

— Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el dia y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea á la oracion, porque quiero evitar el que me vean.

— Oh! la calle de mi casa es un desierto! Solo en verano, como está la casa á media cuadra del rio, suele pasar alguna gente á bañarse.

— Quiero tambien que deje usted abiertas las puertas interiores.

— Hay poco que robar.

— Algun dia habrá mas. No exijo de usted sino discrecion y silencio; la menor imprudencia, sin costarme á mí un cabello, le costaria á usted la cabeza.

— Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, Señor Don Daniel; pero aunque así no fuera yo me haria matar por el último de los unitarios.

— Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho á usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

— No hay dos que tengan la memoria que yo, respondió Doña Marcelina que se hallaba algo turbada por el tono tan serio con que Daniel acababa de hablarla.

— Bien: hágase usted cargo que la he enseñado un trozo de versos, y despidámonos.

Y Daniel entrando á su gabinete abrió su escritorio y saco un billete de quinientos pesos.

— Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

— Vale usted un Perú! esclamó la recitadora de la Argia. En sola una vez, y sin interes, es usted mas generoso, continuó, que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrudis.

— Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta mas ver.

— Hasta siempre, Señor Don Daniel, y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de buen tono, salió Doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.

---

## CAPITULO XI.

Donde aparece el hombre de la caña de la India.

Apénas Doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermin introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su Señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego sombrero y baston en una silla, y dirigiéndose á Daniel con la mano estirada.

— Buenos dias, mi Daniel querido y estimado. Por ser el dia en que mas he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡á mí, á tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy á tu lado, y, con tu permiso, me siento.

— Sabe usted, Señor, que yo me levanto tarde generalmente.

— Siempre tuviste esa costumbre intrínseca, ese instinto innato; mas de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado á las horas improrogables de clase.

— Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme á escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido Señor D. Cándido.

— De lo que yo me lisonjeo mucho.

— Es posible! Mil gracias, Señor.

— En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que solo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimo tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamas una escritura regular, mediana siquiera.

— Gracias por la lisonja, pero declaro á usted que yo me avendria mucho con tener ménos talento y mejor letra.

— Pero eso no obsta á que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿no es verdad?

— Cierto que no, Señor; respeto á usted como á todas las personas que dirigieron mi infancia.

— ¿Y me prestarias un servicio el dia que tuviese necesidad de tí?

— En el acto, si estaba en mi mano. Hábleme usted con franqueza.

— ¿Sí?

— Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada mas comun que los apuros de dinero en

épocas como la que atravesamos. Hábleme usted con franqueza, le repitió Daniel cuya delicadeza habia querido ahorrar á su maestro el disgusto de amplificar la situacion pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traia á su casa.

— No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente con mis ahorros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de tí. Hay épocas terribles en la vida. Epocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro á inocentes y á culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen á pique de zozobrar, con todos los hombres que lleva adentro, buenos ó malos, judíos ó cristianos. Recuerdo un viaje que hice á las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por mas que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y....

— Perdone usted, Señor, creo que usted se ha distraido de su asunto especial, le dijo Daniel, que conocia prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarian jamas sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

— A eso voy.

— Lo mejor de este mundo, Señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto á donde vamos. Al asunto, pues, insistió Daniel que á pesar de que solia divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, estravagantes los mas, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese dia no tenia su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

— Bien: voy á hablarte como á un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

— Con lo último, basta, Séñor; adelante.

— Yo sé bien que tú estás á buenas anclas, prosiguió Don Cándido, en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

— No entiendo.

— Quiero decir que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu Señor padre....

— Por el amor de Dios, Señor: créame usted que no está

en mi organizacion el resistir mucho tiempo á ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

— A eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas á mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas á correr hasta tu casa. Decia pues, que tu posicion distinguida á que te han abierto camino dilatado, llano y florido, las amistades de tu padre honrado, generoso y patriota, como á la vez tu talento esquisito y tu gusto estremado por el trato franco y cordial de los hombres....

— Muy bueno ¿y qué puedo hacer por usted?

— Oyeme.

— Oigo.

— Yo sé que á medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian es mejor....

— ¿Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

— A ello voy.

— Paciencia! dijo Daniel entre sí mismo, dominándose como era su costumbre despues de algunos años.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Muchas, adelante.

— Y entre ellas la del Señor jefe de policía Don Bernardo Victorica. ¿No es verdad?

— Es cierto, y ¿qué es lo que usted quiere?

— Oyeme, Daniel. Yo te he enseñado á escribir, yo te quise como á un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo....

— Gracias, gracias, Señor.

— Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; á este desgraciado presente que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace ó está para hacer, la desgracia completa irremisible y fatal de mi existencia.

— Con que ¿qué es lo que usted deseaba? preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar á su fisonomía la mas leve señal de la impaciencia que le agitaba.

— Deseaba pues, que me hicieras un grande y no ménos importante servicio, Daniel.

— Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversacion, Señor.

— Despacio, vamos por partes.

— Vamos como usted quiera, vamos.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Sí, Señor.

— ¿Poderosas?
— Sí, Señor.
— ¿Y con Victorica tambien?
— Sí, Señor.
— Entónces Daniel, hazme...
— ¿Qué?
— Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo corregia con tanto gusto, hazme.... ¿estamos solos?
— Perfectamente solos, le contestó Daniel algo sorprendido al ver que Don Cándido se ponia pálido á medida que hablaba.
— Entónces, Daniel querido y estimado, hazme....
— ¿Qué? por todos los santos del cielo.
— Hazme poner en la cárcel, Daniel, dijo Don Cándido, pegando su boca á la oreja de su discípulo, que se dió vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si descubria algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.
— ¿Te sorprendes? continuó Don Cándido, sin embargo, yo exijo de tí ese servicio eminente, como el mas valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.
— ¿Y qué objeto se propone usted con estar en la cárcel? interrogó Daniel que no podia formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.
— ¿Qué objeto? vivir con seguridad, tranquilo, descansado miéntras para la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.
— ¿La tormenta?
— Sí, jóven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comunmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecian locos en Buenos Aires, yo fuí preso dos veces por equivocacion; y estóy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocacion tambien. Yo sé lo que hay, sé lo que va á suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.
— ¿Pero qué hay? ¿Qué va á suceder? preguntó Daniel, empezando á traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de Don Cándido.
— Qué hay! ¿No lees la *Gaceta?* ¿No lees todos los dias esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de esterminio, de muerte?
— Pero eso es contra los unitarios, y segun creo usted no ha contraido compromisos políticos.
— Ningunos; pero esas amenazas aterrantes fulmíneas é

incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos; y ademas yo tiemblo de las equivocaciones.

— Aprensiones, Señor!

— Aprensiones! No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriente, que de algunos meses á aquí han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y purificas de los templos, con sus inmensos puñales á la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula?

— ¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la federacion?

— Pero esos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va á llegar.

— ¿Y porqué va á llegar ese momento? Hable usted, Señor.

— Oh! ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy á las cuatro de la mañana.

— Señor, confieso á usted que si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer á estas horas.

— No, no te irás. Oye.

— Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fué á la puerta del gabinete que daba á la sala, miró por la boca llave, y despues de convencerse que no habia nadie del otro lado de la puerta, volvió á Daniel y le dijo al oido con tono misterioso:

— La-Madrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dió un salto en la silla; un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese jóven, que se ejercia especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traicion con frecuencia, á las situaciones del espíritu.

— Usted delira, Señor, le respondió volviendo á sentarse tranquilamente.

— Cierto, Daniel. cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

— Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como á un niño y que se burla de mí. Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda lo fisonomía de aquel hombre que iba á ser observado hasta en lo mas secreto de su pensamiento.

— No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Oyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que despues que

dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré á mi casa á vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé á mi servicio una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica....

— Pero Señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general La-Madrid?

— Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que despues de diez años trabajaba de peon en Tucuman; hijo excelente, jamas deja de mandarle una parte de sus ahorros á su madre! Habiéndote dicho esto ¿lo has oido bien?

— Demasiado bien, señor.

— Entónces vamos á lo que hace á mí. Mi casa tiene una puerta de calle. Ah! se me olvidaba decirte, que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque á mediados del año pasado ¿estás?

— Estoy.

— Mi casa pues tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que da á la calle. Despues de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fugitivo de mis ojos, y no es dormir sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurria á una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamas de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurro, y desde la oracion me encierro en mi casa.

— Válgame dios, Señor! pero ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con....

— A eso voy.

— ¿A dónde? ¿á la tertulia de malilla?

— No, al acontecimiento

— Al de La-Madrid.

— Sí.

— Gracias á Dios!

— A noche, a las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo para á la puerta, y que el ruido de un laton decia claramente, que el hombre que se desmontaba era un oficial, ó un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror á la sangre, y, te lo confesáré todo, mi cuerpo se puso á temblar y un sudor frio me bañó de los piés á la cabeza, la cosa no era para ménos ¿no es verdad?

— Prosiga usted, Señor.

— Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana; despues una rendija de esta; la noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta,

en la ventana de Nicolasa mi sirvienta, el hombre de á caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en seguida, y despues de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fuí á mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿á quién te parece que reconocí?

— Dígalo usted, y lo sabré con mas propiedad.

— Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolosa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningun peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndola que tenia que volver en el acto á la casa del gobernador, que venia de chasque de la provincia de Tucuman, y hacia un momento que habia entregado los pliegos.

— Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna, le dijo Daniel, á quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

— Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. La dijo, que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucuman, en que le anunciarian al gobernador, problablemente, lo que habia hecho el general La-Madrid. Nicolasa curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas á este respecto, y el hijo, conjurándola á que guardase el mas profundo silencio, la refirió, que luego de llegar La-Madrid á Tucaman se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo habia recibido en fiesta, y que el gobierno lo habia nombrado, y hecho reconocer, general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como tambien por jefe del estado mayor al coronel D. Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del órden al coronel D. Mariano Acha. Imagínate, hijo mio, la impresion que todo esto me causaria, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

— Sí, sí, prosiga usted, dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra cuantas salian de la boca de D. Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteracion en su esterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

— ¿Qué he de proseguir, que mas necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó á su madre, no fué sino sobre fiestas, sobre alegría, y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

— Pero pronunciaria algun otro nombre, alguna cosa especial.

— Ninguna. Estuvo apénas diez minutos con su madre; y se fué despues de darla algun dinero y de besarla la mano, prometiéndola que hoy volveria, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo ¡oh! te voy á contar toda la historia...

— ¿Qué edad tiene ese hombre?

— Es jóven, veinte y dos ó veinte y tres años á lo mas; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

— A los veinte y dos años un hombre no es comunmente malo. Un hijo que atiende á su madre desde léjos, es un hombre de corazon. No tenia interes ninguno en engañar á su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina! dijo Daniel para sí mismo, sin dar atencion á los últimos adjetivos de Don Cándido.

— Y bien, continuó, será muy cierto cuanto usted me dice del general La-Madrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

— ¿Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: á pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

— Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando á usted la mas completa seguridad en mi secreto, pero no es esta una ocasion que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

— Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decia tambien, ó queria decirte, que el suceso del general La-Madrid va á irritar exuberantemente al señor gobernador; que su irritacion sanguínea va á comunicarse rápida y sutilmente á todos esos caballeros á quienes, ni tú, ni yo tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda que han sido mandados por el diablo. Quiero decir tambien, que todas las amenazas de la *Gaceta* van á cumplirse; que van á herir y matar á diestra y siniestra; y que aunque tenga yo la conviccion profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocacion cuando ménos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

— Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa mién-

tras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

— Y ¿qué sacamos con eso? Se entrarán á mi casa por entrarse á la del vecino, y por matar á Juan de los Palotes, matarán á Don Cándido Rodriguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

— Oh! pero eso seria una cosa horrible!

— Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaria yo de sufrirla inocente y doloridamente.

— ¿Pero qué hacer entónces?

— Evitarla, impedirla, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

— ¿Y cómo?

— Escucha. Entrando en la cárcel, no por órden del señor gobernador, sino por alguna otra órden subalterna, el gobernador que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará órden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcaide tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prision. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la sociedad popular, sobre todo contra toda equivocacion.

— Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional ¿cómo quiere usted, Señor Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel? ¿de qué pretesto valerme?

— Pero eso es lo mas fácil! Yo te lo diré: te vas á ver ahora mismo á Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que miéntras entablas tu accion criminal, pides mi prision en el dia; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y héme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

— Pero señor, no es costumbre entre nosotros, que los hombres de mi edad vayan á quejarse á las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situacion de usted me interesa, continuó Daniel cuya cabeza preocupada con la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podria sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que á todo se prestaria con la mayor docilidad, á cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginacion le creaba.

— Oh! yo bien sabia que te interesarias por mí, tú elu

mas noble, bondadoso, y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, ¿no es verdad?

— Creo que sí. ¿Se contentaria usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posicion política en la actualidad es la mejor recomendacion de federalismo para los individuos que la sirven?

— Ah! ese serie el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y ademas, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patron, á quien desde ahora tambien profeso el mas íntimo, profundo y leal respeto. Tú me salvas Daniel!

Y Don Cándido se levantó y abrazó á su discípulo, con una efusion de cariño á que él habria llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

— Retírese usted tranquilo, Señor Don Cándido, y tenga usted la bondad de volver á verme mañana.

— Sin falta, sin falta!

— No siendo á las seis de la mañana, bien entendido.

— No, vendré á las siete.

— Tampoco. Venga usted á las diez de la mañana.

— Bien; vendré á las diez, seré exacto y puntual á la cita.

— Una palabra: guarde usted el mas profundo silencio sobre el asunto del general La-Madrid.

— He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro á fe de honrado y pacífico ciudadano.

— Nada de juramentos, señor, y hasta mañana, dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando á su maestro hasta la puerta del gabinete.

— Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el mas bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y D. Cándido Rodriguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que á su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran señor de la federacion de 1840.

— Son las doce, Fermin. Pronto, un frac ó un levita, cualquier cosa, dijo Daniel á su criado que entró al gabinete en el momento de salir D. Cándido.

— Han venido de casa del coronel Salomon, le dijo Fermin.

— ¿Han traido una carta?

— No, señor. El coronel Salomon mandó decir á usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero

en ese momento, pero que hoy á las cuatro de la tarde se iba á reunir la sociedad, y que esperaba á usted á las tres y media.

— Bien, dáme la ropa.

---

## CAPITULO XII.

### Florencia y Daniel.

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del cabildo marcase las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de relaciones esteriores, D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en direccion al sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela que cruza la ciudad de este á oeste; y doblando por ella, en direccion al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

Daniel no habia adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacia relacion con su amigo Eduardo, ó mas bien, mucho habia ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabia una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venia de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban á su alcance para saber, ántes que Victorica, lo que habia ocurrido en el Bajo de la residencia, segun las propias palabras del señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba en lo demas, es decir, una ignorancia completa, ó una confusion de relaciones en todos aquellos á quienes se habia dirigido, y cuyos informes debia recoger en el resto de ese dia.

Ya sabia que el ministro estaba ajeno de cuanto habia pasado. Iba á saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban Doña Augustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relacion que de él hicieran, debia provenir directamente de la casa de Rosas, á donde habrian afocádose los informes de Victorica y sus agentes, y á dnode esas señoras concurrian todas las mañanas; y por último, esa tarde sabria lo mas ó ménos informada que estaba la sociedad popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habria tomado entónces todos los caminos oficiales y semi-oficiales

por donde podia andar, mas ó ménos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no habia perdido el tiempo en su ministerial visita, pues habia conseguido que el señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese jóven que, casi solo, sin mas armas que su valor, y sin mas auxíliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban á ser relajadas prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no habia desenvuéltose nunca ese espíritu de asociacion que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese jóven decíamos que era una especie de conspiracion viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprensible por su petulancia al querer trastornar, con la sola potencia de su espíritu, un órden de cosas constituido mas bien por la educacion social del pueblo argentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, que tenia grande respeto á los talentos de Daniel, á quien mas de una vez consultaba sobre alguna redaccion de fórmula, ó alguna traduccion del frances, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de relaciones esteriores, habia consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó á revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la hermandad del santísimo sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salia de la santa iglesia catedral la procesion que se llamaba de la renovacion, por ser el dia en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptacion de aquel consejo iba á convertirse en un árbol de escelentes frutos para aquel jóven, á quien solamente faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, á pesar de su aislamiento, se desenvolvia, despues de algunos meses, un plan todo él de conspiracion activa contra Rosas, que irá conociéndose mas tarde, á medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasion tambien de saberse algo sobre esa tan importante concesion que acababa de conseguir de D. Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel habia doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la naturaleza y la educacion regalan á los

jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan á reproducir jamas. Con su levita negra abotonado, y sus guantes blancos, en la edad mas bella de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve á marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado á la mirada de las mujeres, y á la observacion de los hombres de espíritu, que no podian ménos de reconocer un igual suyo en aquel jóven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad esclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado á la calle de la Reconquista, nuestro jóven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazon.

De pié junto á la mesa redonda que habia en medio del salon, y sus ojos fijos en un ramo de flores que habia en ella, colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veia las flores, ni sentia la impresion de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que la estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oir salir de boca de Doña María Josefa; al mismo tiempo que dibujaba á su capricho la imágen de esa Amalia á quien creia estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstraccion de su espíritu era tal, que solo conoció que habian abierto la puerta del salon, á cuya daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

— Daniel! esclamó la jóven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fué tan natural, y tan marcada la espresion, no de enojo, sino de disgusto, que asomó á su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor á las mejillas de una jóven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

— Caballero, mi mamá no está en casa, dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

— Mi mamá no está en casa! ¡Caballero! repitió Daniel como si le fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salian de los labios de su querida. Florencia, continuó, juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en tí.

— Quiero decir, que estoy sola, y que espero querrá

usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe á una señorita.

Daniel se puso colorado hasta las orejas.

— Florencia, por el amor de Dios, díme que estás jugando conmigo, ó díme si es verdad que yo he perdido la cabeza.

— La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

— ¿Otra cosa?

— Sí.

— ¿Y cuál, Florencia?

— Mi estimacion, señor.

— Tu estimacion! ¿yo?

— Y qué le importa á usted el cariño, ni la estimacion mia! dijo Florencia con una fugitiva sonrisa, y marcando ese gesto de desden que era el mas bello juguete de su pequeña boca.

— Florencia! esclamó Daniel dando un paso hácia ella.

— Quieto! cabanero, dijo la jóven sin moverse de su puesto; y alzando su cabeza y estendiendo su brazo hácia Daniel que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada. Pero fué tal la dignidad y la resolucion que acompañaron la palabra y la accion de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar esplicaciones. La escena empezaba á cambiar.

— Creo, señorita, dijo Daniel rompiendo el silencio, que si he perdido la estimacion de usted, á lo ménos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

— Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder á esa pregunta, repuso Florencia con esa altanería régia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, ó creen estar, ofendidas por su amado, miéntras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

— Entónces, señorita, me tomaré la libertad de decir á usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo á usted en el concepto mio, replicó Daniel con seriedad.

— Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió á reinar.

— Florencia, si anoche me retiré á las nueve, fué porque en asunto importante reclamaba mi presencia léjos de aquí.

— Señor, es usted muy libre para entrar á mi casa, y retirarse de ella á las horas que mejor le plazca.

— Gracias, señorita, dijo Daniel mordiéndose los labios.

— Gracias, caballero.

— ¿De qué, señorita.

— De vuestra conducta.

— De mi conducta!

— ¿Se ha levantado usted sordo, caballero? repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria, dijo Florencia riéndose y bañando á Daniel con una mirada la mas desdeñosa del mundo.

— Hay ciertas palabras que yo necesito repetirlas para entenderlas.

— Es un trabajo inútil esa repeticion.

— ¿Puedo saber porque, señorita?

— Porque bien tiene obligacion de oir lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oidos, dos ojos y dos almas.

— Florencia! esclamó Daniel con voz irritada: aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una esplicacion ahora mismo.

— Exijo, ha dicho usted?

— Sí, señorita, lo exijo.

— ¿Me hace usted el favor de volver á repetirlo?

— Florencia!

— ¿Señor?

— Oh! basta, esto ya es demasiado.

— ¿Le parece á usted?

Me parece, señorita, que esto ó es una burla indigna, ó es buscar un pretesto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho á interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y á pedir la razon del modo porque así se me trata.

— Ah! ya no exige usted, *pide*, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor, dijo Florencia midiendo á Daniel de piés a cabeza con una mirada la mas altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel subió á su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

— Exijo ó pido, como usted qniera; pero quiero ¿entiendo usted, señorita? quiero una esplicacion de esta escena, dijo volviendo á apoyar su mano en el respaldo de la silla.

— Calma, señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. Supongo no querrá usted olvidar que es á una mujer á quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvencion le era mas amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

— Yo estóy loco, debo estar loco, Dios mio! esclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió á reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

— Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito, ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una esplicacion?

— Una esplicacion! ¿y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

— Eso es lo que pido, señorita.

— Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden esplicaciones de las injusticias que se reciben.

— Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora.....

— ¿Qué cree usted?

— Que no tratamos de política

— Usted se engaña.

— Yo!

— Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene á usted tratar; á lo ménos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo á usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la habia pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza agitó visiblemente sus facciones, miéntras que Florencia lo miraba con una espresion mas bien de lástima que de resentimiento.

— Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier, dijo Daniel con sequedad, tenia algun interes en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algun peligro amenazaba la existencia de sus amigos, ó la suya propia quiza.

— Oh! esto último, caballero, no puede inquietar mucho á la señorita Dupasquier.

— De veras!

— Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algun peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algun lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

— Yo!

— Me parece que es con usted con quien estóy hablando.

— Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme, repitió Daniel cada vez mas estraviado en aquel laberinto.

— ¿Quiere usted que hable en frances, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He

dicho en muy buen castellano y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de Hadas; ¿no sabe usted dónde es esto, Señor Bello?

— Esto es insufrible.

— Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy á usted hablando de lo que mas le interesa en este mundo.

— Florencia, por Dios!

— Ah! no le ha parecido á usted bien la comparacion de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entónces su lugar encantado con la isla de Calipso; usted será su Telémaco ¿le parece á usted bien?

— Por el cielo, ó por el infierno; ¿dónde es ese paraje á que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

— ¿De veras?

— Florencia, esto es horrible!

— No tal; es bien divertido.

— ¿Qué?

— Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, señor?

— ¿Pero dónde, dónde?

— En Barracas, por ejemplo, y diciendo estas palabras, la jóven dió la espalda á Daniel y empezó á pasearse por la sala con el aire mas negligente del mundo, miéntras en su inesperto corazon ardia la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran á los diez y ocho y á los cuarenta años en la vida de las mujeres.

— En Barracas! esclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos hácia Florencia.

— Y bien ¿no estaria usted perfectamente allí? continuó la jóven volviéndose á Daniel. Ademas, continuó, moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito, usted tendria cuidado de que no le hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios ó las lavanderas.

— En Barracas! herido! Florencia, me matas si no te esplicas.

— Oh! no se morirá usted; á lo ménos hará usted lo posible por no morirse en la época mas venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

— Son perdidos, Dios mio! esclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoracion, estaban sin embargo torturándose el alma, al influjo del genio perverso que habia

soplado la llama de los celos en el corazon de una mujer jóven y sin esperiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo á que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó á sus piés, y, de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

— Por el amor del cielo, Florencia, la dijo alzando los ojos hácia ella, pálido como un cadáver, por tí, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, esplícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelicado de mi corazon. Mujer ninguna es en el mundo mas amada que tú. Pero ¡oh Dios mio! no es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mia. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del dia, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo á muerte contra un brazo infinitamente superior al mio; es la vida de..... Oye, Florencia, .porque tu alma es la mia, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mia, y el puñal que atraviese el corazon de Eduardo ha de llegar tambien hasta mi pecho.

— Daniel! esclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasion, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazon de Florencia empezaba á regenerarse de la presion de los celos.

— Sí, continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia, Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa, ni la de él podian servirnos.

— Eduardo asesinado! Dios mio! ¡qué dia espantoso es este para mi corazon! ¿pero no morirá, no es cierto?

— No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo á alguna parte y lo conduje á lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer á quien despues de tí quiero en el mundo, como se quiera á una hermana, como se debe querer á una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado á su ruina, á ella que vivia tan tranquila y feliz!

— Su ruina! ¿y porqué, Daniel? ¿porqué? y Florencia

agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimian el miedo en su corazon.

— Porque para Rosas la caridad es un crímen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo, y....

— Nada saben, nada saben! esclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos, nada saben, pero pueden saberlo todo; oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma á su querido, y sentándolo, y ella á su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversacion con la señora de Mancilla y Doña María Josefa. Pero á medida que iba llegando al punto de la conversacion sobre Amalia, su semblante se descomponia, y sus palabras iban siendo mas marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteracion el escuchar el episodio sobre sus visitas á Barracas, lo que no escapó á la penetracion de la jóven.

— Infames! esclamó luego que aquella habia concluido su narracion. Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece á Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. Infame! Complacerse en torturar el corazon de una criatura!

— Florencia! continuó Daniel volviéndose á esta, yo te insultaria si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho, no es mas que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demas es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mia.

— Así es en general; pero en este caso, Daniel, lo mas que puedo hacer es suspender mi juicio. Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusacion hecha á su amante.

— ¿Dudas de mí, Florencía?

— Daniel, yo quiero conocer á Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

— La conocerás.

— Quiero frecuentar su relacion.

— Bien.

— Quiero que sea en esta semana el primer dia en que nos veamos.

— Bien ¿quieres mas? contestó Daniel con seriedad

— Nada mas, respondió Florencia, y estendió su mano á Daniel que la conservó entre las suyas. En cualquiera otra ocasion habria impreso un millon de besos en esa mano tan querida, pero en esta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban á sus amigos de Barracas. ¿Estás segura que el bandido no dió ninguna seña particular de Eduardo? la preguntó Daniel.

— Cierta; ninguna.

— Necesito retirarme, Florencia mia, y, lo que es mas cruel, hoy no podré volver á verte.

— ¿Ni á la noche?

— Ni á la noche.

— ¿Acaso iré usted á Barracas?

— Sí, Florencia y no regresaré hasta muy parte. ¿Crees tú que no debo estar al lado Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, á quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar á Eduardo, á mi único amigo, á tu hermano, como tú le llamas?

— Anda, Daniel, contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarisima en esa jóven.

— ¿Dudas de mí, Florencia?

—Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

— Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en tí lo que jamas se ha separado de mi pecho, y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocia bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda mas delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazon. Ya no dudaba; ya no tenia sino amor y ternura por Daniel; porque un instante despues de haber llorado en una tierna reconciliacion, una mujer ama doblemente á su querido. — —

Dos minutos despues, Florencia, sentada en un sofá, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvia á tomar la calle de Venezuela.

---

## CAPITULO XIII.

El presidente Salomon.

En la vereda en frente al costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolas, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera á media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes á la oracion era cosa segura que se hallaria sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta mas arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho á sesenta años de edad, alto, y de un volúmen que podria muy bien poner en celos al mas gordo buey de los que se presentan en las esposiciones anuales de los Estados-Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo, y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro, recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua á la casa que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de Gonzalez.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradicion no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomon. Pero lo que hay de positivo es. que á este nombre nuestro D. Jenaro se ponia furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquellos que, por mas ó ménos vino o aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este D. Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitan de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicacion en un motin militar, dejando en prematura viudedad á su esposa Deña María Riso, y en horfandad á su hija Quintina.

A su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor Julian Gonzalez. Y por un rasgo de filosofía popular, ó acaso porque el nombre de Salomon sonaba mejor á su oido que el de Gonzalez, desde la muerte de su hermano Jenaro, el D. Julian empezó á firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos *Julian Gonzalez Salomon.*

Y hé ahí desde entónces adherido á su nombre de bautismo el nombre ilustre que solia fermentar la bílis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este D. Julian empezó á crecer en volúmen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volúmen, pues que, de pulpero empezó á elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa; pues D. Julian Gonzalez Salomon y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un solo viviente verdadero é indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino á la entrada del general Rosas al gobierno, fué demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terron de carne y barro, y, desde el umbral de su puerta, lo levantó á la altura de coronel de milicias, y mas tarde á la de presidente de la sociedad popular restauradora, de quien la union de sus miembros fué simbolizada por una mazorca de maíz, á imitacion de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquel, y cuyo objeto era la propaganda de *Mas-horca* equívoco de pronunciacion que servia para determinar el símbolo y la idea, y que fué aplicado tambien á la sociedad popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del dia en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la casa del coronel Salomon estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma ó de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y á pesar de ser este un espectáculo muy comun en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolas estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomon estaba cuajada por los jinetes á quienes pertenecian aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo mas ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal á la cintura, cuyo mango salia por sobre la chaqueta un poco hácia el costado derecho: espada de la federacion, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el traje, las caras de aquellos hombres parecian tambien uniformadas: bigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y fisonomía de esas que solo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado ántes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que habia desordenadamente colocadas en la sala, otros en el banco de las ventanas, y otros en fin sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó donde solia echar su firma el señor presidente Salomon, haciendo traer ántes un tarrito de pomada que servia de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, al traves de cuyos celajes se descubrian sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua á la sala, sentado á los piés de un gran catre que le servia de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetia por la vigésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomon: y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente·

— ¿Cree que ya estóy?

— Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

— Pero mire: usted me hará el favor de sentarse á mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

— Ya habia pensado pedirle á usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme á nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

— Eso corre de mi cuenta. Vamos á entrar.

— Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos á nuestra sociedad federal el mismo órden que hay en la sala de representantes.

— Si ya se lo he dicho á Boneo, pero es un haragan que no sabe mas que hablar.

— No importa, vuelva usted á decírselo, y lo hará.

— Bueno, entremos.

Y el presidente Salomon, y Daniel Bello, vestido con su misma levita negro abotonado, pero con una divisa algo mas larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesion.

— Buenas tardes, señores, dijo Salomon con el tono mas serio y magistral del mundo, encaminándose á ocupar la silla que habia delante de la mesa de pino.

— Buenas tardas, presidente, coronel, compadre &a., contestó cada uno de los presentes, segun el título que acostumbraba dar á Don Julian Salomon; lanzando todos á la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de ménos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de mas una cara y unas manos demasiado finas.

— Señores, dijo Salomon, el señor es Don Daniel Bello, hijo del hacendado Don Antonio Bello, patriota federal, á quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra sociedad restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces á participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la federacion! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos Franceses! ¡Muera el rey guardachanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los Franceses! ¡Muera el pardejon Rivera!

Y esas esclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomon, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, á par que gritaban, hacian círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita que se oia en cuatro cuadras á la redonda, fué repetida por la turba que transitaba la calle; no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomon gritaba ¡Muera! y vice-versa.

Calmado el huracan, Salomon se sentó eu su silla, su secretario Boneo á su izquierda, y nuestro jóven Daniel á su derecha.

— Señor secretario, dijo Salomon echándose hácia atras en el respaldo de su silla, lea usted la lista de los señores presentes.

Boneo tomó el primer papel de unos que habia sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que habia apuntado ántes con un lápiz, dijo así:

— Presentes: Los señores, Presidente, Cuitiño, Parra, Parra (hijo), Maestre, Alen, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazabal, Merlo, Moreira, Diaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Boneo.

— ¿No hay mas? preguntó Salomon.

— Son los presentes, señor presidente.

— Lea usted la lista de los ausentes.

— ¿De toda la sociedad?

— Sí, señor. ¿Pues que somos ménos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no están, como se hace en la sala de representantes. Lea usted la lista.

— Socios ausentes, dijo Boneo, y leyó la lista de la sociedad popular restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

— Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza, dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y

en seguida dió un tironcito de los anchos calzones de Salomon.

— «Señores, dijo entónces el presidente de la sociedad popular, la federacion es el Ilustre Restaurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la federacion.»

— Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! gritó uno de los socios federales á quien todos los demas hicieron coro

— ¡Viva su digna hija la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

— ¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la federacion!

— ¡Mueran los Franceses inmundos, y su rey guardachanchos!

— «Señores, continuó el presidente, para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la federacion del .. pueda salvar la federacion del para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la federacion del..

— Del eminente peligro, le dijo Daniel casi al oido

— «Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir á muerte á los unitarios, luego todo unitario debe ser perseguido á muerte por nosotros.»

— ¡Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios! gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazabal, á cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano

— «Señores, es presiso que persigamos á todos sin compasion.»

— Hembras y machos, gritó el mismo Juan Manuel Larrazabal, que parecia el mas entusiasta de los concurrentes.

— «Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no lo servimos como debemos,» continuó Salomon.

— Ahora entra lo de anoche, le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

— «Ahora entra lo de anoche,» repitió Salomon, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tiron de los calzones.

— «Señores, continuó Salomen, ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el señor comandante Cuitiño se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo todos los dias, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la federacion Yo he llamado á ustedes para que juremos otra vez perseguir á los inmundos salvajes unitarios que quie-

ren fugar para Montevideo y unirse al pardejon Rivera y venderse al oro asqueroso de los Franceses. Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! y mueran todos los enemigos de la santa causa de la federacion!»

— Mueran á puñal los salvajes inmundos unitarios! gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesion, como en la calle donde habia apiñada á las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomon.

— Pido la palabra, dijo el comandante Cuitiño levantándose.

— Tiene la palabra, contestó Salomon, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

— «Yo anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija Doña Manuelita Rosas y Ezcurra. El Restaurador es mas que Dios porque es el padre de la federacion, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que á los que agarré anoche. Es verdad que uno se escapó, pero va bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre á Doña María Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar á Su Excelencia que es el padre de todos. Para ser buen federal, es preciso mostrar esto.» Y Cuitiño sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero algunas manchas de sangre, de aquella en que se habia empapado la noche anterior.

A esta accion todos los mashorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los Franceses, contra Rivera, y especialmente contra Luis Felipe, el rey guarda-chanchos, segun lo llamaban, por inspiracion de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteracion, la mínima espresion, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni de afeccion, ni enojo. Frio, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podria sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al presidente con el aire mas resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

— «Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer á esta ilustre y patriótica sociedad, aun cuando espero incorporarme á ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo

poder prestar á la federacion y al Ilustre Restaurador de las Leyes, servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la sociedad popular restauradora, que ya son conocidos tanto en la república como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron á este tan lisonjero exordio.

— «Pero, señores, continuó Daniel, es á las personas presentes á las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar á los demas socios su entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, miéntras que los demas no asisten á las sesiones federales. La federacion no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesion, ó cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del presidente, ó á donde haya peligros, sin dejar á unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy buenos federales, pero á mí me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que esta debe ser la opinion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea mas respetada en adelante.»

Daniel no dió su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó á lo que el mismo habia osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habian asistido á la sesion y cuyos nombres habia leido el secretario Boneo. Empezaron á circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas ó movimientos de cabeza.

— Así, así; mas os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos á otros, decia Daniel para sí mismo.

El presidente Salomon volvió á proclamar á los socios para que vigilasen mucho á los unitarios, y sobre todo los lugares del rio por donde era presumible que se embarcasen; y despues de nuevo entusiasmo y nuevos gritos, dió por concluida la sesion á las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomon que no cabia en la inmensa epidérmis que lo cubria, despues de su portentoso discurso, cuya satisfaccion le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de Don Antonio Bello.

Nada sabian sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes y en la esquina de la de Cuyo encontró á Fermin que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras:

— A las nueve.

— ¿Allá?

— Sí.

Y el magnífico caballo blanco sobre que acababa de montar Daniel, tomó el trote por la plaza de las Artes en direccion á Barracas. Llegó luego á la calle del Buen Orden, que es la prolongacion de aquella, y llegó á la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban á apagarse los últimos crepúsculos del dia.

El jóven, cuyo espíritu habia pasado por tantas impresiones en el curso de ese dia como en la noche que habia precedídole, no pudo ménos de parar su caballo y estasiarse desde aquella altura en contemplar el bellísimo panorama que se desenvolvia á sus piés, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque á los veinte y cinco años de la vida el corazon del hombre se encadena mágicamente á los espectáculos poéticos de la naturaleza, que descubren en su imaginacion fértil y robusta todo el poder de atraccion que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico á sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso riachuelo, y á la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las mas bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba á descender por esa barranca cuando sintió hácia atras una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta la cabeza conoció á veinte pasos de él á su benemérito maestro de escritura que venia á gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fué al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos ó tres minutos sin poder hablar, tal era la opresion de sus pulmones.

— ¿Qué hay, qué le pasa á usted, Señor Don Cándido? le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

— Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crímen.

— Señor, estamos en un camino público; dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

— ¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

— Sí

— Recuerdas que vino anoche y....

— Sí, sí. ¿Qué le ha sucedido al hijo?

— Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

— ¿A qué horás?

— A las siete. Tan luego como se supo que habia salido anoche de casa del gobernador. Temieron sin duda....

— Que revelase ó que hubiera revelado lo que sabia; le ahorro á usted las palabras.

— Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago, mi Daniel querido? ¿qué hago?

— Preparar sus plumas para entrar mañana á ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de relaciones esteriores.

— ¿Yó? Daniel! y en su arrebato de alegría Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

— Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese á su casa.

— Sí, yo fuí á la tuya á tiempo que salia Fermin con tu caballo, le segui, despues te segui á tí y....

— Bien, otra cosa: ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre ó mujer, donde alguna vez haya usted pasado lo noche?

— Sí.

— Pues ahora mismo vaya usted á convenir con ella, en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adios, Señor.

Y Daniel picó el caballo, y, corriendo un gran riesgo, bajó á galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios ó de los árboles, en cuyas copas morian desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde diez y ocho horas ántes habia pasado con el cuerpo exangüe de su amigo: y era á la casa de la hermosa Amalia, en que habia recibido hospitalidad y vuelto á la vida, donde ahora se dirigia el valiente y generoso Daniel.

---

# PARTE SEGUNDA.

## CAPITULO I.

Amalia Sáenz de Olabarrieta

«Tucuman es el jardin del universo, en cuanto á la grandeza y sublimidad de su naturaleza,» escribió el capitan Andrews en su «Viaje á la América del Sur,» publicada en Lóndres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora al parecer tan hiperbólica

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la naturaleza tropical de gracias, de lujo y poesía se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucuman fuese la mansion escogida de los genios de esa desierta y salvaje tierra que se estiende desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde el Andes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil, y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la naturaleza armoniza allí el espíritu de sus creaturas, con las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazon especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, á quien despues la educacion aumenta o desfigura el grabado de su primitivo molde Y en Tucuman, como en todas esas latitudes privilegiadas, entibiadas por la luz de los trópicos, el corazon participa con el aire, con la luz, con la vegetacion, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundante la naturaleza.

Y es entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas, que se repite con frecuencia ese fenómeno fisiológico

de que los Ingleses se rien y los Alemanes dudan, como dice el novelista Bulwer, que acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos mas meridionales de la península española; es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos tambien, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardin de pájaros y flores, de luz y perspectivas nació Amalia, la generosa viuda de Barracas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia; y nació allí como nace una azucena ó una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando esta tenia apénas seis años; y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacia á Buenos Aires sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo mas delicado de su alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando á los diez y siete años de su vida dió su mano, por insinuacion de su madre, al señor Olabarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazon de la jóven no habia abierto aun el broche de la purísima flor de sus afectos, y los hálitos de su aroma estaban todavía velados entre las lozenas hojas mal abiertas.

Mas que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia parecia ser uno de esos destinos predestinados al dolor que arrastran la vida á la desgracia, fija, poderosa, irremediablemente, como la voragine de Moskoe á los impotentes bajeles.

El coronel Sáenz amaba á su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó á la tumba cuando su hija aun no habia salido de la niñez!

El señor Olabarrieta amaba á Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el señor Olabarrieta murió un año despues de su matrimonio, es decir, año y medio ántes de la época en que comienza esta historia!

Ya no le quedaba á Amalia sobre la tierra otro cariño que el de su madre; cariño que suple á todos cuantos brotan del corazon humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se estingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses despues de la muerte del señor Olabarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodigiosamente la organizacion y la vida, tienen en sí mismos el gérmen de una melancolía innata que se desenvuelve en el andar del tiempo y los sucesos, y llega á enseñorearse

tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan á ser melancólicos hasta en los sueños ó en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano ó á los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma á vivir con las recordaciones de su infancia, ó con las creaciones de su imaginacion alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz intima de los espíritus poetizados y cruzan por ese mundo sin forma, ni color, que los sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginacion y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso tambien abandonar su tierra natal donde hallaba á cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino á Buenos Aires á fijar en ella su residencia.

Ocho meses hacia que se encontraba allí, tranquila si no feliz, cuando nos la dieron á conocer los acontecimientos del 4 de Mayo. Y veinte dias despues de aquella noche aciaga, volvemos á encontrarnos con ella en su misma quinta de Barracas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba al retrete, que los lectores conocen ya, al traves de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, é iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el oriente cuando despunta el dia.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedia un grueso leño que ardia en ella, se reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la chimenea; formándose así la única luz brillante que allí habia.

Los pebeteros de oro colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que les aprisionaban, hacian oir esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la grande ópera de la naturaleza hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organizacion.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducia al infinito sobre el cristal, sobre el acero, y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillon de damasco caña, delante á uno de los magníficos espejos de su guarda-ropas; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados, y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillon, dejando que

su espléndida y ondeada cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmin, que, en vez de peinar aquellos, parecia deleitarse en pasarlos por su desnudo brazo para sentir sobre su cútis la impresion cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer: era una Diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los Griegos. Sus ojos entre-dormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuia á dar mayor realce á su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo mas descuidado que ella misma, que algunos escritores de Roma antigua describen á Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez á los ojos de Sextus, de quien el bárbaro crímen debia perder la mujer y salvar la patria, 509 años ántes de Cristo. Y cuando Cleópatra llegó hasta su vencedor, en su galera con *popa de oro*, *con velas de púrpura y remos de plata*, venia dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo á su seno de *alabastro*, sus cabellos negros *como la noche*, y Antonio olvidó á Roma y sus legiones y se hizo el esclavo de la *Diosa dormida*. Así, en ese momento, y de ese modo, Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una Diosa.

Habia algo de resplandor celestial en esa criatura de veinte y dos años, en cuya hermosura la naturaleza habia agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizada con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la espresion melancólica y dulce de una organizacion amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño quien cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas; no era el sueño, era un éstasis delicioso que embriagaba de amor aquella naturaleza armoniosa é impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio á los perfumes, á la música, y á los rayos blancos y celestinos de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fugitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parece que volaban jugueteando por el jardin de su fantasía; pues dos veces su fisonomía animóse y la sonrisa entreabrió sus labios, que cerráronse luego como dos hojas de rosa á quien halaga y conmueve el aliento fugaz que se escapa de los labios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordacion de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un ligero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un ligero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, mas que su ayuda de tocador, viendo llegar el momento en que iba á

concluirse su placer, mas bien que su tarea, dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillon, los miró todavía un instante, y, deslizándose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, agitó sus manecitas junto á las jaulas de los jilgueros, y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entónces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron mas alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo al rededor de Amalia.

Luisa conocia, por la práctica, la organizacion de su señora, y al acercarse á ella, despues de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó á pasar su mano, casi imperceptiblemente por las sienes y los cabellos de la Diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo: porque en Amalia habia una de esas organizaciones perfectas y sensibles en quienes la armonía de la naturaleza ó del espíritu obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra el alma bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso, en los momentos en que está conmovida por impresiones simpáticas con su organizacion.

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza, cuando la hija del jardin argentino abrió los ojos y derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida á la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de enero.

Sus labios, rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad á un suspiro aromado con las esencias de su corazon, que acababa de despertarse entre el jardin de las ilusiones.

Sus brazos, que habrian dado envidia al cincel que labró la Vénus de los Medicis, y cuya encarnacion casi transparente solo habría podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que habia apénas una pulgada de encaje para sostener el cambray que coqueteaba sobre su seno, se estendian descuidados sobre los del sillon; y su pequeño pié, desnudo, entre una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes á una tenue neblina, se podria decir:

«Porem nem tudo esconde, nem descobre»

como de la gasa que cubria á la hermosa *Dione* del príncipe de los poetas Lusitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiante en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se reflejaba algo que los sentidos no

alcanzaban á comprender, porque pertenecia á lo mas ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía tan dulce á par de bella estaba bañada por una luz tenue de melancolía y sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos que se entreabrian en medio de un éstasis del alma, habia mas de ilusion que de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstraccion de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está mas arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendia de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban á su vez: sublimándose de ese modo cuanto la naturaleza tiene de mas perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentacion que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida á las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de este á su vez dan valor á los encantos materiales que la hermosean. Y es de esta union armónica del alma y los sentidos, que resalta siempre la perfeccion de una mujer, ante quien los sentidos entónces dejan de ser audaces por respeto á su alma, y el amor deja de ser una espiritualizacion estravagante por respeto á la belleza material que lo fomenta, si no precisamente lo origina.

Y era Amalia pues, una de esas privilegiadas creaturas que reunen en sí aquella doble herencia del cielo y de la tierra, que consiste en las perfecciones físicas, y en la poesía ó abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico á quien mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclinó á un lado del respaldo del sillon, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora la preguntó:

— ¿He dormido, Luisa?

— Sí, señora, le contestó la niña sonriendo á su vez.

— ¿Mucho tiempo?

— Mucho tiempo no, pero mas que otras veces.

— ¿Y he hablado?

— Ni una palabra; pero ha sonreido usted dos veces.

— Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreido.

— Cómo! ¿Lo que hace usted dormida, lo recuerda cuando se despierta?

— Pero yo no duermo cuando tú lo piensas, Luisa mia, contestóle Amalia mirando con una espresion llena de cariño á su inocente compañera.

— Oh! sí que duerme usted! replicó la niña sonriendo otra vez.

— No, Luisa, no. Yo estóy perfectamente despierta cuando tú crees que duermo. Pero una fuerza superior á mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estóy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo, ó sufro segun las impresiones que me dominan, segun los cuadros que me dibuja la imaginacion, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éstasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí; aun mas: conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aun en medio á las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por ejemplo, creo verlo como hace un instante lo estaba viendo aquí, aquí á mi lado...

— Viendo! ¿á quién, señora? preguntó la niña que no podia esplicarse lo que acababa de oir.

— ¿A quién?

— Sí, señora; aquí no ha habido nadie mas que nosotras, y usted dice que lo *estaba viendo.*

— A mi espejo.... contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenia delante.

— Ah! pues si no veia usted mas que el espejo!.....

— Sí, Luisa, solamente á mi espejo....vísteme pronto.... y, entretanto, díme: ¿qué me referiste al despertarme?

— ¿Del señor Don Eduardo?

— Sí; eso era; del señor Belgrano.

— Pero señora, todo lo olvida usted! es esta la cuarta vez que voy á hacer la misma relacion.

— Ah! la cuarta vez! bien, mi Luisa, despues de la quinta yo no te lo preguntaré mas, dijo Amalia parada delante de su espejo ajustándose un baton de merino color violeta con guarniciones de cisne.

— Vaya, pues! prosiguió Luisa. Cuando salí al patio, fuí, como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, á preguntar el criado como se hallaba su señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Yo me volvia cuando al traves de la verja los descubrí en el jardin. El señor Don Eduardo cogia flores y hacia un ramillete cuando me acerqué á él. Nos saludámos y estuvimos hablando mucho rato de....

— ¿De quién?

— De usted, señora, casi todo el tiempo; porque ese señor es el hombre mas curioso que he visto en mi vida. Todo lo quiere saber; si usted lee de noche, que libros lee, si usted escribe, si le gustan mas las violetas que los jacintos,

si usted misma cuida de sus pajaros, sí.... qué sé yo cuántas cosas!

— ¿Y de todo eso hablaron hoy?

— De todo eso.

— Y de la salud de él no hablastes nada, tontuela.

— Pues! Tonta seria si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

— ¿Viendo?

— Solo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea mas que ayer que fué el primer dia que salió al patio; y á veces al asentar la pierna izquierda se conoce que sufre horriblemente

— Oh! Dios mio! si no debe caminar todavia! es terco!... es terco! esclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un golpe con su preciosa mano sobre el brazo aterciopelado del sillon Y quiere salir! continuó Amalia despues de un momento de silencio. Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloquecerme, está visto! Acaba, Luisa, acaba de vestirme y despues

— Y despues tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. Ya se ve, está usted en ayunas y ya es tan tarde!

— Pálida! ¿Te parezco muy mal, Luisa? preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de piés á cabeza miéntras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendia velar el delicado alabastro de su garganta.

— ¿Mal? no, señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada mas.

— ¿De veras?

— Cierto que sí, señora; y esta noche....

— Ah! no me hables de esta noche!

— ¿Cómo? ¿no le gustará á usted el estar bien para esta noche?

— Por el contrario, Luisa, querria estar enferma.

— Enferma!

— Como lo oyes.

— Pues, señora, cuando yo tenga mas edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza

— Ya lo ves, hija mia, dijo Amalia sonriendo de la ingenuidad de Luisa. Ya lo ves, tu desearias estar buena, y yo deseo estar enferma.

— Ah, eso yo sé porqué es!

— ¿Tú?

— Yo, sí, señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

— ¿Tú sabes porqué deseo enfermarme?

— Toma! ¿á que acierto?

— A ver, dilo.

— Por no ponerse la divisa ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

— En la mitad has acertado.

— Bien ¿á que acierto en la otra mitad?

— Vamos á ver.

— Porque no va usted á poder tocar su piano á las doce, como lo hace todas las hoches ántes de acostarse ¿es eso?

— No.

— ¿No?

— No has acertado.

— Entónces.... no importa; pero usted está lindísima que es lo que mas interesa.

— Gracias, mi Luisa, gracias, dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña. Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque por la primera vez de mi vida tengo la pueril ambicion de parecer bien á los demas.... pero, y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió:

— No hablemos de estas tonterías, Luisa. ¿Sabes una cosa?

— ¿Qué, señora?

— Que estóy enojada contigo, respondió Amalia mirando los jilgueros.

— Será la primera vez, replicó Luisa, entre cierta y dudosa de las palabras de su señora, que jamas la habia reconvenido.

— ¿La primera vez? es verdad, pero es porque esta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

— Ah! esclamó Luisa, dándose una palmadita en la frente.

— Y bien ¿confiesas que tengo razon?

— No, señora.

— ¿Pues no ves?

— No, señora, no tiene usted razon.

— Pero; ¿y la copa con el agua?

— No está en la jaula.

— Luego.

— ¿Luego qué, señora?

— Luego tú tienes la culpa.

— No, señora; la tiene el señor D. Eduardo.

— ¿Belgrano? estás loca, Luisa.

— No, señora, estoy en mi juicio.

— Esplícate entónces.

— Es muy fácil. Esta mañana cuando fuí á saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese señor es tan curioso, quiso saber de quién y para qué eran, y luego que le dije la verdad, las tomó, se puso

él mismo á limpiarlas, y ahora recuerdo que miéntras su criado traia agua, él las puso junta á una planta de jacintos. En esto fué que sentí la campanilla. vine, y olvidé las copitas.

— ¿Ves? dijo Amalia, sin saber lo que decia, pues miéntras sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginacion se habia preocupado de mil ideas diversas, y que solo Dios y su espíritu podrian esplicarnos, al escuchar la sencilla relacion de Luisa.

— Ves, ¿qué? señora, insistió esta. Si el señor Don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado....

— Luisa.

— ¿Señora?

— Oye.

— Me va usted á retar por otra cosa.

— No.... oye.... ¿qué horas son?

— Las once.

— Bien, irás á decir al señor Belgrano, que dentro de media hora tendré mucha satisfaccion en recibirle, si le es posible llegar hasta el salon.

---

## CAPITULO II.

### Como una sola puerta tenia tres llaves.

Acababan de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; y el sol, próximo á su ocaso, no prometia por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos vapores densos y húmedos tan comunes en Buenos Aires, en la estacion del invierno, que en el año de 1840 habia anticipado sus rigores desde los últimos dias del mes de Abril.

La calle de Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban eran dos hombres que venian caminando á prisa en direccion al rio: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestia un sobretodo blanco que le llegaba hasta el tobillo

— De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos va, dijo el personaje de la capa azul á su compañero de leviton blanco.

— Si hubiéramos salido mas temprano, no tendríamos que andar á este paso fatigoso, precipitado, incómodo que llevamos, contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso ligero de su compañero.

— No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata mas veleidosa que sus hijos, es la que me ha engañado: hace dos horas que el cielo estaba limpio; contaba con media hora de crepúsculo, y de repente el cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido en mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa.

— Trabajará usted de prisa.

— Eso he dicho.

— ¿Pero en qué especie de ocupacion?

— Adelante, mi querido maestro, adelante.

— ¿Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

— Pero sin pararnos.

— Sin pararnos.

— Sin digresiones.

— Sin digresiones.

— ¿A ver, qué cosa?

— Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

— Ah! señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

— ¿Y cuáles, mi Daniel querido y amado?

— Un caudal inagotable de adjetivos, y una dósis de miedo entre el cuerpo, que no acabará usted de digerirla en su vida.

— Bien, bien: de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa que los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto á lo segundo, te diré que yo no he tomado la dósis, si no cuando, poco mas ó ménos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y....

— Silencio y despacio, dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido á su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la comision topográfica, segun la hoja de sus servicios públicos.

— Silencio y despacio, habia dicho Daniel al llegar con su acompañante á la prolongacion de la calle de Balcarce cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles

de San Lorenzo, de la Independencia y de Lujan, segun se llamaban entónces.

Los dos personajes siguieron por ella en direccion á Barracas muy tranquilamente; llegaron á la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirigia la marcha, doblaron hácia el rio y se pararon á la puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, á la derecha.

— Dé usted vuelta con precaucion y vea si alguien viene, dijo Daniel á su compañero en el momento de llegar á la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como ora la costumbre del señor D. Cándido Rodriguez, cuando á costa del puño de marfil, policeaba con sus ojos el camino que acababa de andar.

— Nadie, mi querido Daniel.

Y el jóven, con la mayor calma y sangre fria, abrió la puerta con una llave que traia en su bolsillo; hizo entrar á su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió á guardar su llave en el bolsillo.

D. Cándido, entretanto, se habia puesto mas blanco que la alta y almidonada corbata de estopilla, tan adherida siempre á su persona como su caña de la India.

— ¿Pero qué es esto? qué casa misteriosa y recóndita es esta á que me conduces, mi querido Daniel?

— Es una casa como otra cualquiera, mi querido señor, dijo Daniel levantando el picaporte de una puerta al zaguan y entrando á una pieza que servia de sala, yendo el señor D. Cándido casi pegado á los pliegues de la capa de su discípulo.

— Espere usted aquí, le dijo Daniel, pasando á una habitacion contigua á la sala donde habia una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascension. Daniel levantó la colcha de zaraza que la cubria, se convenció de que no habia nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida á otras dos habitaciones en que repitió la misma operacion que con la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algunas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró en fin todo cuanto en aquella casa podia ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó á la pared una escalera de mano, y subió á la azotea: no quedaba ya sino un cuarto de hora ó veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la estension que descubria desde aquel punto. No habia en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubria una her-

mosa quinta; al fondo, el hueco y las casuchas de donde comienza la calle de San Juan; á la derecha, unos cuartos en ruina; á la izquierda, una casa antigua y vacía que daba á la barranca, y á la cual se abria una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel examinó todo esto en un minuto y descendió al patio.

— Mi querido y estimado y bien amado Señor D. Cándido! gritó desde allí.

— ¿Daniel? contestó con voz trémula desde la sala el maestro de primeras letras.

— Ha llegado el momento de trabajar, le dijo el discípulo, y sobre todo, de no tener miedo, continuó al verlo pálido como un cadáver.

— Pero Daniel, esta casa! Esta soledad! Este misterio! En las circunstancias en que vivimos!.... Mi posicion de empleado secreto de Su Excelencia el Señor Ministro y....

— Señor D. Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelion del general La-Madrid.

— Daniel! Daniel!

— Es decir, me lo dijo usted á mí, y tanto vale decir estas cosas á uno solo, como á mil.

— Pero tú no me perderás, Daniel, esclamó el pobre D. Cándido próximo á caer de rodillas delante del jóven.

— Al contrario, para salvar á usted le hice dar un empleo que hoy comprarian con cien mil pesos muchos otros.

— Es por eso que yo te daria mi borrascosa, huérfana y trémula existencia, esclamó D. Cándido abrazando fuertemente á Daniel.

— Bien, eso era lo que yo queria que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo: trabajo de cinco minutos solamente.

— De un año, de dos, no importa.

— Suba usted, dijo Daniel señalando la escalera á D. Cándido.

— ¿Subo?

— Hasta la azotea.

— ¿Y qué quieres que haga en la azotea?

— Suba usted.

— Pero nos van á ver!

— Suba usted con mil....

— Ya estoy en la azotea.

— Y yo tambien, dijo el jóven poniéndose en tres saltos al lado de su compañero, ahora sentémonos en el suelo.

— Pero hombre....

— Señor D. Cándido!

— Ya estoy, Daniel.

El jóven sacó del bolsillo de su levita un plíego de papel marquilla, un compas, un lápiz; desdobló el papel, lo estendió

sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitia réplica:

— Señor D. Cándido: un cróquis de todos los alrededores de esta casa, en diez minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

— Pero....

— A grandes líneas: no necesito detalles: distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted á la sala donde me encontrará.

Un sudor frio inundaba la frente de D. Cándido, porque a medida que la escena se hacia mas misteriosa, creia ver mas cerca de sí el cuchillo de la Mashorca. Pero de otro lado estaba la mirada fascinadora de Daniel, su influencia moral que le dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de su imprudente revelacion.

D. Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le exigia en ese momento era una cosa demasiado fácil, y ántes de los diez minutos todo su trabajo estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el cróquis, descendió D. Cándido cuando empezaba á apagarse la luz del crepúsculo en el cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba á estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz y el compas en las manos, el buen hombre no pudo ménos de llamar á su querido Daniel ántes de decidirse á entrar en las habitaciones oscuras.

— ¿Está hecho? le preguntó aquel saliendo á recibirlo al patio.

— Ya, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y....

— Concluir todo lo que haya que hacer en él; en el curso de esta noche para entregármelo mañana ántes de las diez.

— Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa ¿no es verdad?

— Ya no tenemos nada que hacer en ella, dijo Daniel encaminándose el zaguan, completamente oscuro.

Pero en el momento de ir á poner la llave en la cerradura, otra llave entró en ella por la parte esterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud que apénas dió tiempo á Don Cándido para pegarse como una sombra á la pared del zaguan, y á Daniel para retroceder dos pasos y llevar su mano á uno de los bolsillos de su levita. Esta accion fué instintiva sin embargo, porque Daniel hacia algunos minutos ya que esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, pero no un hombre. Entretanto, era un hombre

el que entró, y Daniel sacó entónces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó á Eduardo en la noche del 4 de Mayo, y que todavía no hemos podido ver á clara luz para dar su nombre ó su definicion.

El individuo recien llegado hizo la misma operacion que habia hecho Daniel, es decir, cerró por dentro la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza y hacia esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared: pero todo esto eran flores.

El zaguan estaba oscurísimo.

Al darse vuelta el recien llegado y caminar el primar paso hácia adentro, rozó su brazo contra el pecho de Don Cándido, y dando un salto hácia el ángulo de la puerta:

— ¿Quién esta ahí? esclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fué á tocar el hombro de Don Cándido al estirarse el brazo que la dirigia.

La oscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió á la interrogacion del desconocido.

— ¿Quién está ahí? repitió, conteste usted ó le mato por unitario, porque solo los unitarios hacen emboscadas á los defensores de la federacion....

Nadie respondió.

— ¿Quién es? conteste porque le mato, repitió el amable interrogador que, sin embargo, léjos de querer dar un paso hácia adelante, se perfilaba lo mas que le era posible en el ángulo de la puerta, estendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hácia adelante.

— Servidor de usted, mi distinguido y estimado señor, á quien no tengo el honor de conocer, pero á quien aprecio muchísimo, contestó Don Cándido con una voz tan trémula y meliflua que inspiró al desconocido todo el valor que le faltaba y de que habia querido hacer alarde un momento ántes.

— ¿Pero quién es usted?

— Un humilde servidor suyo.

— ¿Su nombre?

— ¿Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable señor?

— Ah, no quiere usted decir su nombre, porque es algun unitario, algun espía ¿eh?

— Señor de toda mi estimacion, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones esteriores de la confederacion, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, marido de su difunta esposa la señora heroina Doña Encarnacion Ezcurra

de Rosas que en paz descanse, padre de la señorita federal Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del señor ilustre federal Don Prudencio, Don Gervasio, Don....

— Acabe usted con todos los diablos ¿cómo se llama le he preguntado?

— Y tambien soy capaz de hacerme ahorcar en servicio de usted y de su amable familia ¿tiene usted familia, mi estimado señor?

— Yo le voy á dar familia: a ver . .

— A ver qué, preguntó Don Cándido yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

— A ver: bata usted las manos.

— ¿Que bata las manos, mi querido señor?

— Pronto, porque si no le mato.

Nuestro Don Cándido no esperó oir segunda vez esta amenaza, y se puso á batir las manos sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenia armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo:

— Confiéseme usted, le dijo, por cuál de ellas viene, ó le clavo contra la pared.

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— ¿Por cuál de ellas?

— Sí; ¿viene usted por Andrea?

— ¿Por misia Andreita? . Señor!....

— Acabe usted ¿viene por Gertrudis?

— Pero señor, si yo no conozco á misia Gertrudis ni á misia Andrea, ni á su digna y respetable familia, ni....

— Confiese: confiese, ó le mato.

— Confiéseme usted por cuál de ellas viene, ó le astillo el cráneo, dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con una mano le tenia sujeto por el brazo derecho, y con la otra le martillaba suavemente en la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel que habia presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y Don Cándido, hasta que vió llegado el momento de tomar parte en ella para darla fin.

— Socorro!

— Silencio ú os mando á los infiernos, le dijo Daniel dando un poco mas fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido por un momento á quien recibió el golpe.

— Piedad! piedad! soy un sacerdote, el mejor federal, el cura Gaete! No cometáis el sacrilegio de derramar mi sangre!

— Soltád el cuchillo, mi reverendo padre.

— Dádmelo á mí, esclamó Don Cándido buscando á tientas el brazo que tanto le habia hecho temblar y recogiendo de él el formidable puñal.

— Soltád.

— Ya lo he dado, ya lo he dado! esclamó el cura Gaete, segun que este era el nombre que acababa de darse. Soltadme ahora! continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de fierro de Daniel. Soltádme! ya os he dicho que soy un sacerdote.

— ¿Y por cuál de ellas viene á esta casa, reverendo padre? dijo Daniel parodiando la pregunta que habia hecho el dignísimo cura de la piedad á Don Cándido.

¿Yo?

— Usted, mal sacerdote federal inmundo, hombre canalla: usted á quien yo deberia ahora mismo pisarlo como á un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto á la sociedad de mi país, pero cuya sangre me repugna derramar porque me parece que su olor me infectaria. Os siento temblar, miserable, miéntras mañana levantaréis vuestra cabeza de demonio para buscar sobre todas las otras la que no podéis ver en este momento, y que sin embargo es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar: á vos que subís á la cátedra del Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostráis al pueblo para excitarlo al esterminio de los unitarios, de quienes el polvo de su planta es mas puro y limpio que vuestra conciencia....

— Piedad! piedad! soltádme! esclamó el fraile á quien mas arredraba la entonacion de la voz y las palabras de Daniel, que caian como gotas de plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posicion entre las manos de aquel hombre á quien no conocia, y que, como un juez terrible, tenia en sus palabras el sello de la inexorabilidad y la justicia.

— De rodillas, miserable! esclamó Daniel tomando al cura Gaete por el cuello, inclinándolo hácia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

— Así, dijo despues de una breve pausa. Así! sacrílego; ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. En mi persona, pide perdon á los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que descargo sobre tu cabeza, un presagio del que te espera en el cielo! Así, de rodillas; y representa en este momento la imágen de la horda maldita á que perteneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia á Dios, misericordia á los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oidos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los

bandidos heroificados en ese reino de sangre y de delitos que llamáis federacion. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primero hasta el último de cuantos de vosotros habeis contribuido á la desgracia de la patria, y al estravío de las generaciones todavía. Así, fraile apóstata, de rodillas. Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el jóven, porque un vértigo terrible estaba próximo á desmayarle.

— Ahora, otra cosa, dijo Daniel alzándolo de la ropa como un fardo.

— No! no mas! Piedad! esclamó con voz desfallecida.

— ¿Piedad? la tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados de esa herejía política á que llamáis federacion? ¿Qué habeis dejado sin ofender? ¿Qué habeis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habeis levantado sobre el cielo de vuestra patria?

— Piedad! piedad!

— En pié, miserable, en pié, dijo Daniel sacudiendo á Gaete y arrimándolo contra la pared.

— Señor! . . . .

— La llave de esta puerta que tenéis en vuestro bolsillo, dijo Daniel con una voz que no admitia réplica, y en el acto la llave empezó á martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró á Gaete hácia la puerta de la sala que daba al zaguan, la abrió y dióle á su reo un empujon tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta y:

— Pronto, ahora. . . . ¿Dónde está usted? dijo.

— Aquí, contestó Don Cándido desde el medio del patio.

— Venga usted con mil diablos.

— Salgamos de esta casa, dijo Don Cándido acercándose á su discípulo y tomándose de su brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle y buscaba la cerradura para abrirla, cuando de la parte esterior otra llave entró en ella y abrióse la puerta.

— Santos y querubines del cielo! esclamó Don Cándido abrazándose de la cintura de Daniel.

— Afuera, afuera, dijo Daniel casi al oido de la persona que acababa de abrir la puerta, á quien habia conocido á la escasa claridad de la noche, como á tres otras mas que venian con ella: las cuatro eran mujeres. Y arrastrando hácia la vereda á Don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave á la persona primera á quien habia hablado:

— Es necesario que no entre usted á su casa hasta den-

tro de un cuarto de hora: el cura Gaete está en la sala, le dijo.

— El cura Gaete! Dios mio! Una tragedia en mi estancia!

— No sabe quién soy; pero si se le abre la puerta podrá seguirme.

— Dioses inmortales!

— Sostendrá usted, continuó Daniel embozándose en la capa y hablando quedo para no ser visto ni oido de las otras mujeres, que no sabe ni quién soy, ni cómo he entrado: un solo mal rato sobre mí lo comprará usted bien caro, Doña Marcelina, pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, mientras el reverendo cura descansa en la sala, vuelva usted á las tiendas y compre algo á las niñas, dijo Daniel poniendo un rollo de billetes de banco en la mano de Doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió á Don Cándido que lo esperaba en la vereda opuesta, y, tomándolo del brazo, se sumergió en la oscura y solitaria calle de Cochabamba.

---

## CAPITULO III.

Treinta y dos veces veinte y cuatro.

— Despacio, Daniel, mas despacio porque me ahogo! dijo Don Cándido al llegar á la esquina de la calle de Chacabuco.

— Adelante, adelante, le contestó Daniel, doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

— Bien, dijo entónces Daniel, acortando el paso, ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso que el diablo le hubiera hecho salir por la boca-llave de la puerta.

— Qué fraile! Daniel, qué fraile! esclamó Don Cándido, aspirando todo el aire que podia caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

— Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

— Y Dios me libre de conocerlo jamas.

— ¿Un sacerdote con cuchillo, eh?

— Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

— Pues!

— Yo me he desconocido.

— ¿Cómo?

— Decia que me he desconocido.

— Pero usted siempre se portará lo mismo, mi querido amigo.

— No, mi amado, mi protector, mi salvador Daniel: no, porque en cualquiera otra ocasion me habria caido muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

— Bah!

— Créelo, créelo. Daniel. Es efecto de mi organizacion sensible, delicada, impresionable. Tengo horror á la sangre; y ese demonio de fraile....

— Despacio.

— ¿Qué hay? preguntó Don Cándido girando su cabeza á todos lados.

— Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oidos.

— Sí, si; mudemos de conversacion, Daniel. Iba á decirte solamente que....

— ¿Qué?

— Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

— ¿Yo?

— Pues, ¿y quién?

— Sea, pero no le debo á usted nada.

— ¿Cómo?

— Decia que si lo puse á usted en tal peligro, he sido al mismo tiempo quién le ha salvado de él.

— Es cierto, Daniel, y eres ya desde hoy mi amigo, mi protector, mi salvador.

— Amen.

— ¿Pero crees que el fraile?

— Silencio, y andemos, dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuarí, en seguida por la del Buen Orden, por donde caminó hasta llegar á la de Cangallo. Paróse en la esquina de ella, reclinó su codo en un poste, y mirando, con una espresion picante de burla y de cariño la pálida fisonomía de Don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

— ¿Te sonríes, Daniel?

— No, señor, me rio con todas ganas, como lo ve usted.

— ¿Y de qué?

— De ver atribuirle á usted empresas amorosas, mi querido maestro.

— ¿A mí?

— ¿Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?

— Pero tú sabes....

— No, señor, no sé, y es por eso que me he parado aquí.

— ¿Cómo? ¿No sabes que no conozco á nadie en esa casa?

— Ya lo sé.

— ¿Y qué es, pues, lo que no sabes?

— Una cosa que va usted á decírmela ya, le contestó Daniel que se entretenia en las perplejidades de D. Cándido, y á la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero mas de media legua por las calles mas pésimas de la ciudad.

— ¿Qué puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.

— Una cosa muy simple quiero saber: y es, en cuál de estas calles inmediatas está la casa de usted.

— ¿Ah! querrias hacerme el honor de venir á mi casa?

— Precisamente; ese es mi deseo.

— Oh! nada mas fácil, estamos á dos cuadros de ella solamente.

— Sí, yo sabia que era por este barrio ¿quiere usted guiarme?

— Por acá, dijo D. Cándido atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

A pocos pasos, llamó á la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que si no era hija, era cuando mas nieta de las que allí empezaron á edificarse desde el miércoles 11 de Junio del año de gracia de 1580, en que el teniente de gobernador D. Juan de Garay, fundó la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de los cuales tocó á D. Juan de Basualdo aquella en que estaba la casa de nuestro D. Cándido Rodriguez.

Una mujer, á quien no haremos injusticia en atribuirla cincuenta inviernos, pues que las primaveras no se distinguian en ella, y á quien un buen español llamaria ama de llaves, pero á quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de señora mayor; alta, flaca, y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta, y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja: es decir, mirada sin egoismo, pero curiosa.

— Hay luz en mi cuarto, Doña Nicolasa, la preguntó D. Cándido.

— Desde la oracion está encendida, le contestó la buena mujer con esa entonacion acentuada, peculiar á los hijos de

las provincias de Cuyo, que no la pierden jamas, pasen los años que pasen léjos de ellas, pues que es al parecer, un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y D. Cándido entró con Daniel á una sala en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabian escoger para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas, dió Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus piés de porteño estaban habituados á las calles de la Muy Heróica Ciudad, donde las gentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, á pesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, ménos de ella.

Todo lo demas de la sala correspondia naturalmente al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser interrogadas, que la ocupacion de su dueño era, ó habia sido, la de enseñar muchachos, quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los asientos, y escribir sobre las mesas con el cortaplumas, ó con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que D. Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado á los trabajos de pluma: se veia en ella mucho papel, algunos cróquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño, y todo en ese honroso desórden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza.

— Siéntate, descansa, reposa, Daniel, dijo D. Cándido, echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

— Con mucho gusto, señor secretario, le contestó Daniel sentándose al otro lado de la mesa.

— ¿Y porqué no me dices como siempre, mi querido maestro?

— Toma! porque hoy tiene usted una posicion mas esclarecida.

— De que yo reniego todos dias.

— Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

— Oh! sin duda, hoy es mi áncora de salvacion! Ademas, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el señor doctor D. Felipe Arana.

— Ministro de relaciones esteriores del gobierno de la Confederacion Argentina.

— Eso es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

— Oh! Yo tengo mejor memoria que usted, señor secretario!

— Esa es ironía, eh? ¿A dónde vas con ella?

— A una friolera: á decir á usted que en ocho dias de secretaría, no me ha mostrado usted, sino dos notas del señor D. Felipe, que bien poco valian á fe mia.

— Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que D. Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, despues de las dos notas que te mostré bajo la mas completa reserva. Pero, á propósito, Daniel, ¿qué empeño tienes tú, qué interes en tomar parte en los secretos de estado? Mira, oye, Daniel: entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es esponerse á lo que me pasó á mí él año 20. Salia yo de casa de una comadre mia, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo, y donde mi padre aprendió el latin. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel! Sabia de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un dia, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenia mi padre por herencia de mi abuelo, que vino....

— Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

— Bien; no quieres que prosiga; ya te conozco. Te preguntaba pues qué interes tienes en saber los secretos de D. Felipe?

— Bah! curiosidad de hombre desocupado, nada mas.

— ¿Nada mas?

— Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface á mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan á los que me irritan. Ademas, beneficio por beneficio ¿no es esto justo, mi querido maestro? dijo Daniel dominando con su fuertísima mirada el pobre espíritu de D. Cándido, como era su costumbre cuando le veia hesitar.

— Oh! justo, muy justo, le contestó el secretario de D. Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal á borrar la mala impresion que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel jóven cuya influencia lo avasallaba tanto; le habia dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba á correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor al mismo tiempo de algunas indiscreciones suyas, cuya revelacion le traeria infaliblemente su ruina.

— Estamos de acuerdo entónces, prosiguió Daniel, y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme á mí un pliego de papel.

— ¿Que yo tome una pluma y te dé á tí papel?

— Eso es.

— ¿Y vamos á escribir?

— A escribir.

— Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú con el papel, y yo con la pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura; sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reia, y empezó á doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dió D. Cándido. En seguida, tomó un cortaplumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros, poco mas ó ménos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dió á D. Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupacion de su discípulo.

— ¿Y bien, qué hago con esto?

— Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es esa la mejor pluma del tintero?

— Está cortada para perfiles, le contestó el antiguo maestro de escuela levantando la pluma á la altura de sus ojos.

— Bien; ponga usted en cada uno de esos papelitos el número 24, en forma de escritura inglesa.

— El número 24 es un mal número, Daniel.

— ¿Porqué, señor.

— Porque era el máximum de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos remolones; muchachos que ya hoy son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sin embargo....

— Escriba usted 24, Señor D. Cándido.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas.

— 24. 24. 24.... ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito y repetido ocho veces aquella cifra.

— Muy bien; ahora, escriba usted en el reverso del papel: Cochabamba.

— Cochabamba!

— ¿Qué hay, señor? le preguntó Daniel con mucha calma, al oir la esclamacion de D. Cándido.

— Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y, como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, y con la casa ese fraile impío, renegado, asesino y....

— Escriba usted, Cochabamba, mi querido maestro.

— Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba.... ya están los ocho.

— Tome usted la pluma mas gruesa del tintero.
— Pere si esta está excelente, superior.
— Tome usted la mas gruesa.
— Vaya pues. Aquí está una de rayar.
— Perfectamente. Escriba usted con escritura española el mismo número, y la misma palabra en estos otros papelitos, y Daniel dió á D. Cándido ocho papeles mas.
— ¿Es decir que quieres que desfigure la letra?
— Justamente.
— Pero, Daniel, eso está prohibido.
— ¿Señor D. Cándido, me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?
— Bien; ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española el número y la palabra.
— ¿Tiene usted tinta de color?
— Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.
— Usela usted pues, para estos otros papeles.
— ¿El mismo número?
— Y la misma palabra.
— ¿En qué escritura?
— Francesa.
— La peor de todas las escrituras posibles, ya está.
— Ahora; los últimos ocho papelitos.
— ¿Con qué tinta?
— Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzó.
— ¿En qué forma?
— En forma *sui generis;* es decir, en forma de letra de mujer.
— ¿Todo de mismo?
— Exactemente.
— Ya está; y son treinta y dos papelitos.
— Eso es: treinta y dos veces veinte y cuatro.
— Y treinta y dos Cochabambas, dijo Don Cándido que no podia despreocuparse de este nombre.
— Doy á usted repetidísimas gracias, mi querido amigo, dijo Daniel contando y guardando los papeles dentro de su cartera.
— ¿Es algun juego de prendas, Daniel?
— Esto es lo que es, mi buen señor, y nada mas.
— Esto me huele á alguna intriga amorosa, Daniel, cuidado, hijo mio, cuidado! Buenos Aires está perdido en ese sentido, como en muchos otros!
— Amen. Y para que la perdicion no se estienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el

favor de olvidarse para siempre jamas de lo que acaba de escribir.

— Palabra de honor, Daniel, dijo Don Cándido apretando la mano de su discípulo que acababa de levantarse y se disponia á retirarse. Palabra de honor, yo he sido jóven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputacion de los hombres. Palabra de honor. Véte tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, come bien lo mereces.

— Gracias mil, amigo mio. Pero miéntras yo sigo sus consejos de cuidarme, usted no olvidará mi recomendacion del plano. ¿No es verdad?

— ¿No me has dicho que para mañana no necesitas?

— Para mañana.

— No habrán dado las doce del dia, cuando lo tendrás en tu poder.

— Llevado por usted mismo, bien entendido.'

— Por mí mismo.

— Entónces, buenas noches, mi querido maestro.

— Adios, mi Daniel, mi amigo, mi salvador, hasta mañana!

Y Don Cándido acompañó hasta la puerta de calle á aquel discípulo de primeras letras, que mas tarde debia ser su protector y salvador, como acababa de llamarlo. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por la calle de Cuyo, preocupado en el recuerdo de ese hombre que, mucho mas allá de la mitad de su vida, conservaba, sin embargo, la candidez y la inesperiencia de la infancia, y que reunia al mismo tiempo cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos en la vida: uno de esos hombres en quienes jamas tienen cabida, ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de accion y de intriga, de inconsecuencia y de ambicion, peculiar á la generalidad de los hombres, y que forman esa especie escepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto les rodea sino la superficie material de las cosas.

---

## CAPITULO IV.

### Quinientas onzas.

Reflexionando iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, mas que sobre otros asuntos de mayor importancia que le preocupaban despues de algunos dias, en

la vida agitada á que lo conducia su organizacion, á la vez que su entusiasta patriotismo. Este jóven reunia dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, á pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir, habia en él el talento y la circunspeccion de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un jóven comun. Y así se le veia en las circunstancias mas difíciles, en los trances mas apurados, mezclar á lo serio la ironía, á lo triste la risa, y lo mas grave, aquello que era la obra misma de su alta inteligencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento acababa por ejemplo de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y dos papelitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponia con ellos, el mismo misterio que encerraban, habria sido en aquella época un asunto de pena capital. Y sin embargo, Daniel caminaba reflexionando y riéndose de D. Cándido sin acordarse de tales papelitos Organizacion rara: corazon frio y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imaginacion altísima para las mas vastas concepciones; sutil y ligera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni mas, ni ménos que como un jóven indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y los sentidos á los veinte y cinco años de la vida, que nos hace perezosos esteriormente, porque toda nuestra actividad se reconcentra entónces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó á su casa en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró á su fiel Fermin que le esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y media de la noche, es decir, una hora mas tarde de aquella en que Daniel volvia á su casa generalmente, á ponerse en estado, como decia, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusion amorosa en su corazon; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese jóven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no habia conocido aun el mas terrible de sus estragos, y por que habian pasado ya millares de hombres de la generacion á que él pertenecia: y tal era la separacion repentina y sin término del objeto amado.

A esa época de la dictadura, la mayor parte de los jóvenes argentinos, en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su energía en las fuentes secretas de los afectos, habia tenido que decir un ¡adios! á alguna mujer querida, á alguna realizacion bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa

segunda generacion que se levantó contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpia en el corazon de esos jóvenes el curso natural de las afecciones mas sentidas: la de la patria y la del amor. Y en la peregrinacion del destierro, en los ejércitos, en el mar, en el desierto los emigrados alzaban su vista al cielo para mandar en las nubes un recuerdo á su patria y un suspiro de amor á su querida.

A la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginacion de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad mas inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relacion con la política, no es lo mismo cuando ella hace parte de la vida de nuestro corazon, porque entónces cada hora es un siglo que pesa lleno de fastidio y zozobra sobre el alma, así con el dolor de la proscricion los emigrados sufrian, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero en este sentido Daniel era feliz. El, el mas devorado por el deseo de la libertad de su patria, el mas dolorido por sus desgracias, el mas activo por su revolucion, podia, sin embargo, á los veinte y cinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada, y ver á su lado esa luz divina, recuerdo ó revelacion del paraíso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificacion y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazon.

Así Daniel entró contento á su casa; pues pronto debia salir de ella para volar al lado de su Florencia.

— ¿Ha venido alguien? preguntó Daniel dirigiéndose á sus habitaciones.

— Sí, señor, hay un caballero en la sala.

— ¿Y quién es ese caballero? prosiguió Daniel sin manifestar la menor curiosidad y entrando á su escritorio por la puerta que daba al patio.

— El señor Don Lúcas Gonzalez, respondió Fermin entrando al escritorio junto con su señor.

— Ah, ah, el señor Don Lúcas Gonzalez! Por ahí debias haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y sobre todo, los amigos de mi padre, no deben hacerme antesala mucho tiempo, dijo Daniel, dirigiéndose á su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones mas, todas iluminadas, y adornadas con sencillez pero con elegancia.

— Cuánto siento, señor, que se haya usted incomodado en esperarme. Rara vez falto de mi casa á las siete, pero hoy una ocurrencia imprevista me ha detenido fuera de ella.

dijo el jóven dando la mano á un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable á quien colocó á su derecha en uno de los sofáes de la sala.

— Hace apénas algunos minutos que he llegado, y de ningun modo me incomodaba el esperar á usted, Señor Bello, contestó con amabilidad el señor Don Lúcas Gonzalez, antiguo vecino de Buenos Aires, español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fe conocidas.

— Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres á quienes estima el mio, y que yo sé que son bien dignos de esa estimacion.

— Gracias, Señor Don Daniel. Yo tambien tengo por el señor Don Antonio una verdadera estimacion: fué de los primeros argentinos que conocí en Buenos Aires. Y ¿cuándo viene á la ciudad?

— No lo sé, señor. Sin embargo, me parece que para Setiembre ú Octubre tendré el placer de darle un abrazo; y espero entónces que tendremos el honor de ver á usted con mas frecuencia en esta casa.

— Oh! sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el señor Don Antonio se hacen escepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es que vengo á pedir al hijo una disculpa.

— ¿A mí, señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

— Sin embargo, me hallo en ese caso, dijo el anciano con cierta espresion de disgusto.

— Veamos, señor, ¿qué falta es esa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted?

— Sabe usted, Señor Bello, que he respondido á usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Nuñez.

— Es cierto, señor, y en el acto de recibir la carta de usted, di órden para que fuese entregado el ganado.

— Es verdad, pero el plazo se vence mañana.

— No lo recuerdo ciertamente

— Sí, mañana; mañana 19 de Mayo.

— ¿Y bien, Señor?

— Es el caso, que Nuñez no ha reunido el dinero, que recien me lo avisa hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla ántes de una semana.

— ¿Y qué necesidad que sea en una semana? ¿Porqué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los señores Anchorenas la cubririan en el acto. No me fije usted tiempo, Séñor Gon-

zalez. Su palabra de usted me vale tanto como si aquella cantidad estuviese en mis gavetas.

— Gracias, amigo mio, dijo el señor Gonzalez con una espresion marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio, yo tenia en mi caja, continuó, quinientas onzas de oro. Podia con ellas cubrir á usted; pero antiyer me he encontrado en uno de esos compromisos . de esos compromisos de esta época.... pues . . de que un hombre no sabe cómo libertarse.

— Ya! esclamó Daniel, que al oir compromiso y época, olvidó el respeto que debia guardar á los asuntos privados de un estraño, y quiso, por el contrario, incitarlo á su esplicacion Ya! tanta suscricion, tanto donativo á hospitales, espósitos, universidad, guerra! Sobre todo, tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede eximirse por la posicion de los que piden.

— Pues! Eso mismo es lo que acaba de sucederme.

— Préstamos que no vuelven, continuó Daniel echándose hácia un brazo del sofá, como si solo quisiera hablar de las generalidades de la época.

— No; felizmente, creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mancilla me hipoteca su casa.

— Oh! es una hermosa finca! dijo Daniel, que al oir el nombre de Mancilla conoció que el asunto era mas interesante de lo que al principio creyó.

— Hermosísima! Pero de todos modos, es dinero parado, porque ni pagará intereses, ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

— Oh! y hará usted muy bien! Usted conoce la posicion del general Mancilla: con el préstamo usted se hace de él un buen apoyo; con el reclamo se haria usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados muy alto, no gustan de que les reclamen nada.

— Ha acertado usted, Señor Bello. La amistad de Mancilla me cuesta ya mucho, como la de otros señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca ó mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

— Triste estado por cierto, Señor Gonzalez: tener que comprar como un favor lo que se nos debe en justicia! ¡Pero cómo ha de ser! no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

— Asi lo creo.

— Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporcion de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algun tiempo. ¿No es usted de mi opinion?

— ¿Y qué he de hacer? Sin embargo esta vez me garanto á lo ménos con una hipoteca.

— ¿Se ha estendido ya?

— Todavía no.

— ¿Pero, ha entregado usted el dinero?

— Antiyer: una sobre otra, quinientas onzas de ora.

— Y no habria sido mejor que antiyer se hubiera estendido la escritura de hipoteca, y dar despues una sobre otra las quinientas onzas de oro al general Mancilla?

— Esa era mi idea. Pero fué á casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo, en que ayer se labraria la hipoteca.

— ¿Y se hizo así?

— No, no le he visto la cara en todo el dia de ayer.

— ¿Y hoy?

— Tampoco.

— Entónces, Señor Gonzalez, siento decir á usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

— Cómo! ¿Cree usted.....

— Yo creo muy pocas cosas en la vida, señor; pero dudo de muchas.

— Ah! Entónces duda usted que Mancilla....

— No dudo del general; dudo de la época: época esencialmente escepcional, todas las acciones deben serlo.

— Pero....

— Eso es lo único de que dudo, señor. Pero, no es sino una idea mia que puede ser estravagante.... qué sé yo!.. . tantas veces nos equivocamos al cabo del dia.

— Hombre ¡por Dios! Si Mancilla hiciera eso, seria una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente, dijo el honrado español esforzándose en persuadirse que el jóven Bello se excedia en sus dudas, porque, mas que la pérdida de sus quinientas onzas, le lastimaba la idea de ser burlado por un hombre á quien prestaba un servicio.

— Señor Gonzalez, usted es un anciano respetable; un hombre lleno de probidad y de esperiencia; y yo no soy otra cosa que un jóven que comienza la vida; sin embargo, yo le hablo á usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen: haga usted lo posible porque se firme esa escritura; pero si encuentra usted resistencia, no lleve usted adelante este negocio: hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en cualquiera especulacion.

— ¿Pero qué resistencia puede haber?

— No pregunte usted eso, Señor Gonzalez. Raciocinemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben ó no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de Rosas se deje demandar impunemente? ¿No cuenta usted por

nada el orgullo de los hombres, nunca mas resentido que cuando les hieren en su altanería?

— Con que entónces, si le quitan á uno....

— Y bien, Señor Gonzalez; usted quiere decir que si le quitan á uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

— Claro está.

— Pues no, señor, no está claro, sino muy oscuro Por ejemplo, pongámonos en el caso, que el general Mancilla no le hipoteca á usted la casa.

— Pero si ya ha recibido las quinientas onzas.

— Bien, bien, Señor Gonzalez, pero pongámonos en ese caso.

— ¿En el de que no me estienda la escritura?

— Justamente.

— En ese caso habria.....

— En ese caso habria cometido una mala accion ¿no es eso?

— Hombre.....

— Sí, eso es lo que quiso usted decir..... ¿Pero no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años á esta parte, dados por el gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos, señor, cuantos viven á la sombra de Rosas?

— ¿Y bien? La autoridad haria entónces que se me estendiera la escritura.

— La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene tambien sus trámites muy espeditivos, y hay noventa y nueve probabilidades contra una, á que tomaria la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora todo lo que tiene de grave este asunto, Señor Gonzalez?

— Sí.

— ¿Perfectamente bien?

— Sí, contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla á la altura de sus derechos.

— Entónces repito á usted, señor, que si no nace del general Mancilla el cumplimiento de su obligacion, no se presente á la autoridad, ni le hostilice.

— Respetaré ese consejo, dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro, al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podia ménos de alarmarle, en aquella epoca en que la confianza y la seguridad estaban espirando, y comenzando á nacer la incertidumbre y el terror

— Si no es un consejo, á lo ménos, es una opinion de un buen amigo.

— Gracias, Señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinion de los hombres de bien, sean viejos ó jóvenes. Los

ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene, dijo el anciano levantándose.

— El dia que usted quiera, señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al señor Don Lúcas Gonzalez, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debia inscribirse muy pronto en el martirologio de 1840.

Daniel dió algunos paseos en el patio, y, despues de haber conversado consigo mismo, aquella cabeza jamas tranquila plegó sus alas, y dejó un poco de tiempo á la vida del corazon, que en aquella organizacion febriciente estaba en continua lucha con la vida de la inteligencia.

— Un frac, Fermin, dijo Daniel entrando á su aposento donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecia.

— Bien! continuó Daniel despues de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de acepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

— ¿Lleva usted la capa?

— No.

— ¿Saco lo que está en el levita?

— No, no habrá necesidad de él.

— ¿Las pistolas?

— Tampoco; dáme un baston solamente.

— ¿Las llevo luego?

— Sí: á las once, me llevarás tambien mi caballo y mi poncho.

— ¿Lo he de acompañar á usted?

— Sí, vendrás conmigo á Barracas..... A las once en punto.

— A lo de Doña Florencia, señor.

— ¿Y á qué otra casa, tonto? dijo Daniel disgustado de ver que alguien ponia en duda, que sus únicas horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que de aquella tan bien amada de su corazon.

---

## CAPITULO V.

### La rosa blanca.

Ahora el lector tendrá la bondad de volver con nosotros á nuestra conocida quinta de Barracas, en la mañana del 24 de Mayo, y una hora despues de aquella en que dejámos á la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es, otra vez, la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salon, donde los dorados rayos de nuestro sol de Mayo penetran tibios y descoloridos al traves de las celosias y las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro mas encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y á quien acaricia distraida con sus manos mas blancas y suaves que sus hojas.

A su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una sombra azul que los circunda; contrastando con la palidez de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados, que caen sobre sus sienes descarnadas y redondas con que la naturaleza descubre la finura del espíritu de aquel jóven, como en su ancha frente la fuerza de su inteligencia.

— ¿Y bien, señora? preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, despues de algunos momentos de silencio.

— Y bien, señor, usted no me conoce, dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

— ¿Cómo señora?

— Que usted no me conoce; que usted me confunde con la generalidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis labios puedan decir lo que no sienta mi corazon, o, mas bien, porque no hablamos del corazon en este momento, lo que no es la espresion de mis ideas.

— Pero yo no debo, señora....

— Yo no hablo de los deberes de usted, le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora, hablo de *mis deberes*: he cumplido para con usted una obligacion sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organizacion y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted á ella moribundo, y le he asistido. Necesitaba usted atencion y consuelos, y se los he prodigado.

— Gracias, señora!

— Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios y la humanidad me imponen. Pero yo cumpliria á medias estos deberes, si consintiese en la resolucion de usted: quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán á abrir, mortales, porque la mano que las labró volverá á sentirse sobre su pecho en el momento que se descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto

— Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

— Los tendrán Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa, y quizá será necesario que emigre usted, dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar estas últimas palabras. Y bien, continuó volviendo á levantar su preciosa cabeza, yo soy libre, señor, perfectamente libre; no debo á nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el mínimo esfuerzo, un rigoroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibirlo, porque no tengo derecho para ello, digo á usted otra vez, que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

— Como lo deseo! Oh! no, Amalia, no! esclamó Eduardo aproximándose á la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo; no, yo pasaria una vida, una eternidad en esta casa. En los veinte y siete años de mi existencia yo no he tenido vida, sino cuando he creido perderla, mi corazon no ha sentido el placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido en fin la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado Amo de esta casa el aire, la luz, el polvo de ella, pero temo, tiemblo por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la providencia ha velado por mí, ese demonio de sangre que nos persigue á todos, puede descubrir mi paradero y entónces . . oh! Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraria con toda la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

— ¿Y qué habria de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrostrase tambien algun peligro por la salvacion del hombre á quien .... á quien ha llamado su amigo?

— Amalia! esclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la jóven.

— ¿Cree usted, Eduardo, que bajo el cielo que nos cubre no hay tambien mujeres que identifiquen su vida y su destino á la vida y el destino de los hombres? Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria de los argentinos, deje usted á lo ménos que las mujeres conservemos la generosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro ca-

rácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo le acompañaría en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondria mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos; y si le fuese necesario subir al cadalso por la libertad, en la tierra que la vió nacer en la América, yo acompañaria á mi esposo, á mi hermano ó á mi amante, y subiria con él al cadalso.

— Amalia! Amalia! Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que ellas inspiran todavía bajo su cielo el himno mágico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma! esclamó Eduardo oprimiendo entre sus manos la de Amalia. Perdon, yo la he engañado á usted; perdon mil veces Yo habia adivinado todo cuanto hay de noble y generoso en su corazon; yo sabia que ningun temor vulgar podria tener cabida en él. Pero mi separacion es aconsejada por otra causa, por el honor .... Amalia, ¿nada comprende usted de lo que pasa en el corazon de este hombre á quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamas hubo sentido?

— ¿Jamas?

— Jamas, jamas.

— Oh! repítalo usted, Eduardo, esclamo Amalia oprimiendo á su vez entre las suyas la mano de Belgrano, y cambiando con los ojos de él esas miradas indefinibles, magnéticas, que trasmiten los flúidos secretos de la vida entre las organizaciones que se armonizan, cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego divinizado del alma.

— Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no habia pertenecido jamas á mi corazon, y ahora....

— ¿Ahora? le preguntó Amalia agitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

— Ahora, vivo en él: ahora, amo, Amalia. Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevó á sus labios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazon acababa de depositar, con su primer amor, la primera esperanza de felicidad que habia conmovido su existencia; y durante esa accion precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia, y, deslizándose por su vestido, cayó á los piés de Eduardo.

A las últimas palabras del jóven el semblante de Amalia se coloreó radiante de felicidad; pero instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma evaporóse, y la reaccion del rubor vino despues á inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, á quien se debe tanto

en ciertos momentos, vino á hacer que el corazon saborease en secreto las últimas palabras de los labios.

— Perdon, Amalia! dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando las sienes de los cabellos que las cubrian, perdon, he sido un insensato: pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararia á la faz he Dios: amo y no espero, hé ahí mi defensa si la he ofendido á usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

— Gracias, Amalia, esclamó Eduardo arrodillándose delante de la Diosa de su paraíso hallado. Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazon.

— Oh! levántese usted, por Dios! esclamó Amalia obligando á Eduardo á volver al sofá.

— Una palabra solamente, Amalia.

— ¿Sobre qué, señor? dijo Amalia colorada como un carmin; pretendiendo retrogradar en un terreno en que se habia avanzado demasiado.

— Una palabra que me diga lo que mi corazon adivina, continuó Eduardo volviendo á tomar entre las suyas la mano de Amalia.

— Oh, basta, señor, basta! dijo la jóven retirando su mano, y cubriéndose los ojos. Su corazon sufria esa terrible lucha que se establece en las mujeres, en ciertos momentos en que su corazon quiere hablar, y sus labios se empeñan en callarse.

— No, prosiguió Eduardo, déjeme usted al ménos por la primera, por la última vez quizá hacer á sus piés el juramento santo de la consagracion de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primer pasion, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo y Dios es testigo que mi corazon es estrecho para la estension de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmin, dejaron escurrir una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplacion estática en que estaban, su brazo estendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y.....

— Ah! esclamó, recogiendo la rosa y llevándola á sus labios. No, Amalia, no es la beldad la que ha caido á mis piés, soy yo quien viviré de rodillas; yo que tendré su imágen en mi corazon, como tendré esta rosa, lazo divino de mi felicidad en la tierra.

— Hoy no! dijo Amalia arrebatando la rosa de la mano de Eduardo. Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

— Pero esa flor es mi vida ¿porqué quitármela, Amalia?

— Vida, Eduardo? basta, ni una palabra mas, por Dios, dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo. Sufro, prosiguió, esta flor, caida en el momento que se me habla de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad; pero en mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

— ¿Y quién estorbaria hoy nuestra felicidad en el mundo...?

— Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo, el mejor de los mundos posibles, como decia no sé quién, dijo Daniel Bello que entraba á la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.

— No hay que incomodarse, continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato á Amalia que ocupaba en el sofá. Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y su amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo:

— Empiezo por confesar á ustedes que no he oido mas que las últimas palabras de Eduardo, y que tanto valdria que no las hubiera oido, porque hace muchos dias que me las estaba imaginando. He dicho. Y saludó con una gravedad llena de burla á su prima colorada como un carmin, y á Eduardo que fruncia el entrecejo.

— Ah! Como ustedes no me quieren contestar, prosiguió Daniel, seré yo el que continúe hablando. Cómo dispone usted, mi señora prima: ¿vendrá el coche de la señora Dupasquier á buscar á usted, ó irá usted en el suyo á casa de la señora Dupasquier?

— Iré yo, dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

— Gracias á Dios que veo una sonrisa! Ah! y usted tambien, Señor D. Eduardo? Alabado sea Baco, santo de la alegría! Yo pensaba que de veras se habian enojado porque yo hubiese oido un poquito de lo mucho que naturalmente tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado, donde, aunque sea un año, he de venir á habitarlo algun dia con mi Florencia. ¿Me le prestará usted, Señora Doña Amalia?

— Concedido.

— Enhorabuena. Recapitulemos pues. Horas fijas, como

hacen los ingleses, que jamas yerran sino en la América: á las diez ¿te parece buena esa hora?

— Preferiria mas tarde.

— ¿A las once?

— Mas todavía, contestó Amalia.

— ¿A las doce?

— Bien, á las doce.

— Enhorabuena. A las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia, para conducirla al baile, pues la señora Dupasquier solo de este modo consiente en que vaya su hija.

— Eso es.

— ¿Quién te acompañará en el coche?

— Yo, dijo Eduardo precipitadamente.

— Despacio, despacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando á nadie hoy á las doce de la noche.

— ¿Y cómo ha de ir sola?

— ¿Y cómo ha de ir usted con ella, en la noche del 24 de Mayo? contestó Daniel mirando fijamente á Eduardo y recargando la voz sobre las palabras *veinte y cuatro.*

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia que con su vivísima imaginacion habia comprendido que aquellas palabras encerraban algun misterio, se dirigió á su primo con esa prontitud de las mujeres, cuando les hieren alguna de las cuerdas de esa harpa de celosos afectos que se llama su corazon, y le preguntó:

— ¿Puedo saber, porqué no es lo mismo la noche del 24 de Mayo que otra cualquiera, para que el señor me haga el honor de acompañarme?

— Es justísima tu interrogacion, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las señoras.

— Pero aquí hay algo de política, ¿no es verdad?

— Puede ser.

— Yo no tengo ningun derecho para exigir de este caballero el que me acompañe; pero á lo ménos, creo tenerlo sobre él y sobre tí para recomendarles un poco de prudencia.

— Yo te respondo de Eduardo.

— De los dos, se apresuró á decir Amalia.

— Bien, de los dos. Quedamos pues, en que á las doce irás á lo de Florencia. Pedro te servirá de cochero, y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de Madama Dupasquier, montarás con ella en su coche para ir al baile; y el tuyo volverá á buscarte á las cuatro de la mañana.

— Oh; es mucho! cuatro horas! una solamente.

— Es muy poco.

— Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.

— Lo sé, Amalia; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y con ella por la tranquila permanencia de Eduardo. Te lo he dicho diez veces: no asistir á este baile dado á Manuela, en que recibes una invitacion de ella, solicitada por Agustina, es esponerte á que lo consideren como un desaire, y estamos mal entónces. Agustina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar al baile y salirte de él ántes que ninguna otra, es hacerte notable en mal sentido á los ojos de todos.

— ¿Y qué me importa de esa gente? dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

— Muy cierto; á esta señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa gente, ni he sido nunca de tu opinion, Daniel, de que le haga el honor de concurrir á su baile, dijo Eduardo dirigiéndose á su amigo.

— Bravo! Superior! esclamó Daniel saludando á Amalia y á Eduardo sucesivamente. Estáis inspirados y me habéis convencido, continuó, es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar á quemar sus colgaduras celestes, para no ofender los delicados ojos de la Mashorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos dias.

— Esa canalla en mi casa! esclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo, é irguiendo su cabeza que parecia en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona. Y bien, prosiguió, mis criados harán con ella lo que se hace con los perros: la echarán á la calle.

— Superior! Sublime! esclamó Daniel frotándose las manos; y, echando luego su cabeza hácia el respaldo del sofá y mirando al cielo-raso, preguntó con una calma glacial:

— ¿Cómo van las heridas, Eduardo?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organizacion de Amalia. Eduardo no respondió. El y ella habian comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogacion de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, queria presagiarles con ella.

— Iré al baile, Daniel, dijo Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

— Pero es terrible que yo sea la causa! dijo Eduardo levantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos

pasos en su pierna izquierda, que apénas podíase afirmar en tierra.

— Vamos! Por amor de Dios! dijo Daniel levantándose, tomando del brazo á Eduardo y volviéndole al sofá, vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago, que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que Madama Dupasquier asista con mi Florencia á este baile? ¿Y porqué, Amalia? ¿porqué, Eduardo? Por despejar en algo el porvenir de todos de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy fermentan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se cierne sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y á todos es preciso salvar. A trueque de estos pequeños sacrificios yo proporciono la única garantía para todos, y á la sombra de ellos tambien me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimacion, puedo decir, de esa gente, para mas tarde, de un dia, de un momento á otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y.... pero, estamos convenidos ¿no es verdad? dijo Daniel interrumpiéndose á sí mismo, y, á merced de aquella potencia admirable que ejercia sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento ántes grave y serio, por no acabar de descubrir á su prima algo de los misterios de su vida política.

— Convenido, sí, dijo Amalia. A las doce á casa de Madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que pareces tener empeño en que las sea importuna desde temprano.

— Bah! la señora Dupasquier es una santa señora, y Florencia está encantada de tí, desde que sabe que no eres su rival....

— Y Agustina, Agustina, ¿qué motivos, qué interes tiene para querer tratarme? ¿tambien es por celos?

— Tambien.

— ¿De tí?

— No; desgraciadamente.

— ¿Y de quién?

— De tí.

— ¿De mí?

— Sí, de tí; ha oido hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes esquisitos, y la reina de la belleza y los caprichos quiere conocer á su rival en ellos: hé ahí todo.

— Bah! Pero, ¿y Eduardo?

— Me lo llevo.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestariais por hoy?

— Pero salir de dia! Tú me habias hablado de llevarlo esta noche por algunas horas á tu casa.

— Ciertísimo, pero no podré volver á esta casa hasta mañana.

— ¿Y bien?

— Y bien, Eduardo no saldrá sino conmigo.

— ¿De dia?

— De dia; ahora mismo.

— Pero, le verán.

— No, señora, no le verán: mi coche esta á la puerta.

— Ah! no lo habia sentido llegar, dijo Amalia.

— Ya lo sabia.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Tienes tambien el don de segunda vista como los escoceses?

— No, mi linda prima, no; pero tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré á esta sala ...

— Señora, me hace usted el favor de mandar callar á su primo para que no nos diga algun disparate, dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando á sus palabras con una sonrisa la mas inteligible para Amalia.

— Toma! nuestro querido Eduardo, Amalia mia, cree que yo iba á cometer el desatino de repetir lo que él probablemente te estaria diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

— Hola! Tambien es usted mordaz, caballero, dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos ó tres hebras de sus lacios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud que obligó á Daniel á hacer una esclamacion.

— ¿Qué hay? preguntó Amalia con la cara mas séria del mundo, y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

— Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento, que tú y Florencia serán las mas lindas mujeres de esta noche.

— Gracias á Dios, que te oigo decir una cosa razonable! dijo Eduardo.

— Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

— ¿Ya?

— Sí, ya.

— Pero es temprano aun.

— No, señor; por el contrario, es tarde.

— Bien, ahora.
— No, ya.
— Oh!
— ¿Qué?
— Nada.
— Cáspita, el huésped parece sueco, pues segun el vulgo, donde entran allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernadotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte dias que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!
— Daniel, ¿me haces el favor de visitar temprano á Florencia? dijo Amalia.
— ¿Y para qué, señora?
— Para recibir tu audiencia de despedida.
— ¿Cómo? ¿cómo?
— Tu audiencia de despedida.
— ¿Yo?
— Sí, tú.
— ¿Despedirme, Florencia?
— Justamente.
— Ha hablado con ella Doña María Josefa.
— No.
— ¿Entónces?
— Entónces, seré yo quien hable, yo.
— ¿Para decirla que me despida?
— Eso es.
— Diablo!
— ¿No te parece bien?
— No por cierto, ni en broma.
— Pues lo haré.
— ¿Quieres decir?
— Quiero decir: que esta noche haré ver á esa pobre criatura todo lo que la espera con marido tan insufrible.
— Ah! ¡Bueno! Tomarás la revancha. Eduardo, ¿me haces el favor de despedirte de Amalia?
— Es irresistible, señora, dijo Eduardo levantándose y tomando la mano que le estendia Amalia.
— Bah! Esa es condicion de todos los de mi familia: somos irresistibles, dijo Daniel sonriéndose y dando un paseo del sofá á las ventanas, miéntras las manos de Amalia y Eduardo parecian querer estar despidiéndose todo el dia.

Ni él, ni ella se dijeron una sola palabra; sus ojos habian pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dió vuelta, Eduardo se dirigia á la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

— Mi Amalia, dijo Daniel, solo ya con su prima, nadie

en el mundo velará por Eduardo mas que yo. Yo velo por todos, miéntras á mi solo me guarda la providencia. Nadie tampoco desea mas que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejádme hacer. ¿Quedas contenta?

— Sí, dijo Amalia con los ojos llenos de lágrimas.

— Eduardo te ama, y yo tambien estoy contento de eso.

— ¿Lo crees tú?

— ¿Lo dudas tú?

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Dudo de mí.

— ¿No eres feliz con ese amor?

— Sí, y no.

— Es como no decir nada.

— Y sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

— ¿Le amas y no le amas entónces?

— No; le amo, le amo, Daniel.

— ¿Y entónces, Amalia?

— Entónces, soy feliz, con el amor que le profeso, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

— Supersticiosa!

— Puede ser; pero la desgracia me ha enseñado á serlo.

— La desgracia suele conducirnos á la felicidad, amiga mia.

— Bien, anda, te espera Eduardo.

— Hasta luego! dijo Daniel poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento despues, los dos amigos subieron al coche, y, á tiempo de romper á gran trote los caballos, alzóse una de las celosías de las ventanas del salon de Amalia, y dos miradas se cambiaron un espresivo adios.

---

## CAPITULO VI.

### Veinte y cuatro.

El sol del 24 de Mayo de 1840 habia llegado á su ocaso, y precipitado en la eternidad aquel dia que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolucion. Treinta años ántes se habia despedido de la tierra,

viendo desaparecer para siempre la autoridad del último de nuestros vireyes, de quien, en tal dia como ese en 1810, el cabildo de la ciudad habia hecho un presidente de una junta gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió mas, pocas horas despues, contra la voluntad del cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche habia velado el cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del rey de España se esparcia una claridad que sorprendia los ojos del pueblo bonaerense, habituados despues de muchos años, á ver oscura é imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, ántes y despues de la revolucion, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, despues del gobierno destructor de Don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la señora marquesa de Sobre-Monte daba sus espléndidos bailes, y sus alegres tertulias de revesino, radiantes de lujo en tiempo de la presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habian sido barridos, tapizados con las alfombras de San Francisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al señor gobernador y á su hija su guardia de infantería, al cual no podria asistir Su Excelencia, por cuanto en ese dia honraba la mesa del caballero H. Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su soberana. Y la salud de Su Excelencia podria alterarse pasando indiscretamente de un convite á un baile, por lo que estaba convenido que la señorita su hija lo representase en la fiesta.

Las luminarias de la plaza de la Victoria, la iluminacion interior del palacio, que al traves de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza del 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo, la aproximacion de ese 25 que jamas deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hácia á las dos grandes plazas á ese pueblo porteño que pasa tan fácilmente del llanto á la risa, de lo grave á lo pueril, y de lo grande á lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu frances, aunque no era esta la opinion de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó á la barra que le interrumpia: «silencio, pueblo italiano;» pueblo en fin cuyo estudio sicológico seria digno de hacerse, si alguien pudiera estudiar en las páginas desencuadernadas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirigian á las casas de los convidados al baile, empezaban á correr con dificultad por las calles paralelas á las plazas de la Victoria y de 25 de Mayo; los co-

cheros tenian que contener los caballos; y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos Aires que parecen todos discípulos del diablo; y que se entretienen en asaltar á aquellos y disputarles su lugar, en lo mas rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venia del Retiro hácia la plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la vereda de la catredal, y una grita espantosa se alza en derredor del coche, acusando al cochero de haber muerto media docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa mas divertida que tener á quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior á la potencia soberana que representa.

Los vigilantes acudieron. El coche estaba entre un mar de pueblo. Se buscan los muertos, los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vigilantes regalan cintarazos á derecha é izquierda y el coche no puede moverse.

— Adelante! Rompe por el medio de todos. Rompe la cabeza á cuantos halles, pero anda, con mil demonios, dice al cochero uno de los personajes que conducia el carruaje.

— Señor vigilante, dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirigiéndose á uno de los agentes de policía, que en ese momento hacia mas heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí habia, que las que hizo Eneas en la terrible noche. Señor vigilante, creo que no se ha hecho mal á nadie; reparta usted este dinero entre los que hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, pues que vamos de prisa.

— Sí eso mismo decia yo. Es gritería nada mas! dijo el servidor del señor Victorica guardando los billetes en su bolsillo; campo. señores, gritó en seguida, campo, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo ménos magía para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la boca-calle de la plaza.

— Dobla por la calle de la Federacion, y toma en seguida la de Representantes, dijo al cochero el primero de los que habian hablado.

Momentos despues, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el señor D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, y á los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos recibió órden el cochero, de estar en ese mismo lugar á las diez y media de la noche.

En seguida los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en direccion al rio por la misma calle de Cochabamba, oscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembocar la última calle que les faltaba para llegar á la casa aislada que se encontraba sobre la barranca, se hallaron de manos á boca con tres hombres, encapados tambien, que venian en la direccion de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente, y, contemplándose sin duda, guardaron por algun tiempo un profundo silencio.

— Es preciso salir de esta posicion; en todo caso somos cuatro contra tres, dijo á sus compañeros uno de los hombres que habian bajado del coche. Y con su última palabra dió su primer paso hácia los tres desconocidos.

— ¿Puedo saber, señores, si es por nosotros que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en trino fué la respuesta que recibió el que habia hecho aquella paladina interrogacion.

— Al diablo con todos vosotros! No ganamos para sustos! dijo el mismo que habia hablado ántes, á quien ya se habian reunido sus compañeros, pues que todos se habian reconocido recíprocamente por la voz y por la risa: todos eran unos. Y todos marcharon en direccion al rio.

A pocos pasos llegaron á una puerta que nuestros lectores recordarán, aun cuando un poco ménos que el maestro de primeras letras de Daniel.

Ninguno de los siete golpeó la puerta; pero uno de ellos puso sus labios en la boca-llave, y pronunció las palabras: *Veinte y cuatro.*

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recien venidos.

Algunos minutos despues, las mismas palabras fueron pronunciadas en el mismo paraje, y dos individuos mas entraron á la casa. Y, sucesivamente por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de á dos, y de á tres individuos, usando todos de las mismas palabras y de las mismas precauciones.

---

## CAPITULO VII.

### Escenas de un baile.

Entretanto, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado á Su Excelencia el Gobernador, y á su hija, empezaban á llegar al palacio de gobierno, y á las once los salones estaban llenos, y la primer cuadrilla se acababa.

El gran salon estaba radiante. El oro de las casacas militares, y los diamantes de las señoras resplandecian á luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que al fin despedian una abundante claridad

Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y á la fiesta misma; es decir se veian con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro, cuando se encuentran confundidos con la sociedad á que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablar nada, y levantar muy sérias y duras la cabeza, cuando quieren dar á entender que están muy habituadas á ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendo, empero, lo contrario de lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habian encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, habia allí ese silencio exótico, que en las grandes concurrencias revela siempre algo de ménos, ó algo de mas.

Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presion de los guantes, y sudando de dolor á causa de sus botas recien puestas, no podian imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquía social, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban con la mejor buena fe del mundo, que no habia nada de mas elegante, ni cortés, que andar regalando yemas y bizcochitos á las señoras.

Y por último, las damas, unas porque allí estaban á ruego de sus maridos, y estas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de no encontrarse entre las perso-

nas de su sociedad solamente, y estas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor: las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salon quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de la santa causa, que alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron á sacarse los guantes que habian encarcelado por tanto tiempo sus manos habituadas al aire puro de la libertad.

Las buenas hijas de la restauracion, unas en pos de otras, se acercaban á cumplimentar al primer eslabon de su cadena social.

Otras de las damas, se les ocurria pasar al tocador, al entrar la señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, on fin, ménos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

Manuela, sin embargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecia con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraia tambien las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí habia capaces de juzgar sin pasion esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa, con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y *buena moza*, como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

A pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla; y todas las miradas se volvieron á ella. Aquí no era el temor, ni la adulacion, era la espresion franca de la admiracion por la belleza, lo que inspiraba entusiasmo á los hombres, y admiracion á las damas.

Aquí debemos especializar la ligerísima observacion que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse.

«Doña Agustina Rosas de Mancilla fué la mujer mas bella de su tiempo;» es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algun dia lo repita la historia de nuestro país, fiada en la verdad de escritores independientes é imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender á animosidades pequeñas por afiliaciones de partido ó de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ella no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de Don Juan

Manuel Rosas, cuyos miembros han figurado, mas ó ménos en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su gobierno. Y la misma Agustina, si bien es verdad que á la época de los acontecimientos que narramos, vivia completamente ajena á la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores, y de lujo, pasó á ser, mas tarde, cuando el gobierno de su hermano se dió una esterioridad diplomática y régia, uno de los personajes mas espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios, y la conversacion de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos.

A la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del general Don Lucio Mancilla, no tenia la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y á esa época tambien su espíritu, ó por falta de ocasion, ó por un tardío desenvolvimiento, no habia manifestado toda la actividad y estension con que mas tarde se hizo remarcable, en la nueva faz del gobierno de su hermano que comenzó con Palermo y con las complicaciones esteriores.

La importancia de esa jóven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra; se la habia dado Dios.

En 1840 tenia apénas 25 años. La naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, habia derramado sobre ella una lluvia de sus mas ricas gracias, y á su influjo habia abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba en todo el esplendor de la belleza. De una belleza de estatuario, de pintor, y á quien ni el uno, ni el otro podrian imitar exactamente. El cincel quebraria los detalles del mármol ántes de dar á la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraria cómo combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopelados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la media luz de ese color; ni dónde hallar tampoco el carmin de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cútis. Rebozando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata ostentaba la lozanía de su primera aurora, y debia ser, y lo era en efecto, el encantamiento de las miradas de los hombres, y aun de las mismas mujeres, que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podian señalar otro defecto en Agustina, sino que sus brazos eran algo mas gruesos de lo que debian ser, y no bien redonda su cintura.

Pero, magnífica Diana para la escultura; espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba sin

embargo en armonia con el bello poético del siglo XIX: habia en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa espresion vaga y dulce, tierna y espiritual que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del gusto y del arte: tal era Doña Agustina Rosas de Mancilla en 1840, y que entraba al baile que se describe aquí, resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza, estaban cubiertos de diamantes; y la presion que sufria su talle, daba al rosado subido de su rostro una animacion que solo á las unitarias pareció chocante. Pero habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, á mirar en Agustina la reina de las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado á la griega daba lugar, no á que resaltasen los perfiles ó la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento todavía, al brazo de su esposo el general Mancilla, que en esos momentos parecia recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este antiguo caballero habia aprendido y ostentado en la culta sociedad que habia frecuentado, cuando pertenecia en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguian á Agustina; la seguian, la devoraban. Pero, de repente un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salon. Las miradas se vuelven hácia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresion general, lanza los rayos de sus lindos ojos hácia el centro comun de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo, una de la otra, acababan de entrar al salon: la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y la señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigorosa etiqueta de la viudedad, vestia un traje de raso color lila muy bajo, ó mas bien color torcaz, y sobre él, otro de blonda negra mas corto que el qrimero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote era tambien de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual á la del talle completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caian hasta su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada

una linda rosa blanca. El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza, en una doble trenza que parecia sujetada solamente por un alfiler de oro á cuyo estremidad se veia una magnifica perla; y bajo la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza, se descubria apénas la punta de la cintita roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestia un traje de crespon blanco con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosa, que, bajando de la cintura en forma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de este eran estremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje era cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la jóven, partidos en medio de la frente, caian, como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza, y dos hilos de aquellas se escapaban de la trenza é iban á adornar la blanca y casta frente de la jóven; y un ramito de pimpollos, semejantes á los del vestido, estaba colocado, bella y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la federacion.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolucion obrada en la admiracion universal por la belleza de Amalia.

La señorita Dupasquier estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad, hacia alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron á ofrecer su brazo á las recien llegadas y conducirlas á los asientos que eligieran; porque en ese baile ninguna señora hacia los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, ó la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fué á sentarse con Florencia en un ángulo del salon, donde habíanse reunido todas las damas que allí habia por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obse

quio de la verdad, con mucho mas miedo que sus nobles esposas.

Florencia fué levantada en el acto por un jóven amigo de Daniel para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvidada, no fué invitada á las cuadrillas; sucede generalmente que á la primera impresion que hace una mujer bella y desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.

Pero la pobre Amalia no conocia á nadie, con nadie estaba comprometida, los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas marquesas del tiempo de Luis XIII en Francia, ó del virey Pezuela en la ciudad de los Incas.

— Ha venido usted muy tarde, señorita, dijo á Amalia la señora anciana, haciéndola uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que solo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

— En efecto, pero me ha sido imposible venir ántes, contestó Amalia volviendo el saludo á su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje descubrió al momento una persona de distincion, como al mismo tiempo su poca exaltacion por la causa federal, en el moño pequeñísimo que traia, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque, hasta los dias en que estamos del año de 1840, el mas ó ménos federalismo se calculaba por el mayor ó menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabian perfectamente la opinion á que ambas pertenecian, con solo mirarse el ojal de la casaca, si eran hombres, ó la cabeza, si eran señoras.

— Creo que es esta la primera vez que tengo el honor de ver á usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo?

— No, señora, resido en Buenos Aires hace algun tiempo.

— Algun tiempo! ¿Entónces no es usted de Buenos Aires?

— No, señora, soy tucumana.

— Ah! Bien me lo decia yo, era imposible que usted no hubiera llamado mi atencion, si fuera usted mi compatriota!

— Sin embargo, creo que tengo el honor de ser campatriota de usted, señora.

— Sí, sí; en cuanto á argentina; quise decir, de Buenos Aires.

— Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí, dijo Amalia con una sonrisa tan amable que acabó de seducir á la buena señora, que desde ese momento conoció que tenia por interlocutora á una persona de espíritu y de clase.

— Conozco mucho, la dijo, á la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

— No, señora. Tengo el honor de ser su amiga solamente; me llamo Amalia Sáenz de Olabarrieta, dijo Amalia anticipándose á satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya habia descubierto la propension de hablar y preguntar que nunca es mas comun que en los bailes entre ciertas señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

— Ah! ¿es usted la señora viuda de Olabarrieta? Tengo mucho gusto en conocer á usted. He oido su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oido, no hay nada de exagerado.

— Yo creia, señora, que en Buenos Aires habia sobradas cosas de que ocuparse para hacer á una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

— Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, segun dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y de buen gusto! Ah, señora! Si usted supiera qué pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiria entónces la modestia de usted!

— Pero, señora, contestó Amalia, yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

— ¿Aquí?

— Aquí, sí, señora.

— ¿Aquí? ¿De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiracion que me ha causado! dijo la señora, con una sonrisa la mas picante y despreciativa del mundo. El buen gusto, prosiguió, hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh! si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡que mujeres! ¡Oh! eso era elegancia y buen gusto, señora! Pero hoy!

— ¿Podria saber, señora, si no es indiscrecion, con quién tengo el honor de hablar?

— Soy la señora de N....

— Ah! me felicito por esta ocasion en que tengo el honor de saludar á la señora de N....

— Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto á este baile, ¿no es verdad? prosiguió la señora de N.... que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí habia.

— Confieso á usted que yo no echo de ménos ese buen tono que estraña usted, la respondió Amalia, que todo queria oir, sin decir nada.

— Oh, por Dios!

— Cómo! ¿No halla usted de buen tono la concurrencia de esta noche? le preguntó Amalia que empezaba á encontrar que su vecina podria distraerla del mal humor que sentia.

— Buen tono! dijo la señora riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla, y aproximándose á Amalia. ¿Conoce usted, continuó, ciertas calidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena ó su mala raza?

— Quizá.

— Fíjese usted un momento en el pié de los hombres.

— ¿Y bien? Ya está.

— ¿Qué nota usted?

— ¿Qué noto?

— Sí; con franqueza.

— Nada.

— No es cierto.

— Pues, señora, no comprendo.

— Yo se lo esplicaré á usted: son hombres de piés anchos y botas cortas ¿se rie usted?

— De la ocurrencia, señora.

— Pues esa es la primera señal de la clase á que esos hombres pretenecen. Oh, de esos no habia por cierto en nuestros pasados bailes! Botas en un baile! ¿Ve usted aquel frente del salon? ¿Ve usted la primera cuadrilla?

— Sí, todo lo veo.

— Pues las señoras sentadas, y las que están bailando, son esposas ó hermanas de estos modernos caballeros.

— ¿De manera, señora, que usted tiene la suerte de conocer á todos?

— En general los distingo por clases; en particular conozco á algunos.

— Ah! es una verdadera fortuna! ¡Yo que estóy aquí como si me hallara en Constantinopla!

— Tanto mejor.

— Tanto peor, señora, porque siquiera usted puede saber

con quién habla, cuando alguna de esas damas, ó caballeros se le acerquen.

— ¿Pero qué, no tiene usted ningun pariente en Buenos Aires? preguntó la señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba á recibir.

— Ninguno al servicio, ó en la amistad del gobierno, contestó Amalia, comprendiendo que la señora buscaba seguridades.

— Ah! pues entónces, solo ganaria usted una cosa con conocer lo que desea.

— Y cuál es, señora?

— Un poco de risa.

— Es algo.

— En esta época especialmente. ¿Qué le parece á usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta estirándose su hermoso chaleco colorado?

— Me parece bien.

— No, señora, le parece á usted mal.

— ¿Mal?

— Sí, mal, yo quiero defender á usted contra usted misma.

— Vaya, pues, señora; me parecerá mal, si usted se empeña.

— Ese es el señor D. Pedro Ximeno, comandante interino del puerto.

— ¿Ah! ese es el señor Ximeno?

— El mismo. Uno de los hombres mas afortunados en su carrera.

— Es posible!

— Figúreselo usted: en 1821 fué mozo de servicio en el café de la Victoria.

— Ah!

— Sí, señora, mozo de café.

— Por algo se empieza en este mundo, señora.

— Y despues se va adelante ¿no es cierto?

— Así es en general.

— Pues eso mismo le pasó á Ximeno.

— ¿Ascendió á la capitanía?

— No; de mozo de café, ascendió á mercachifle.

— Hola! la casa va en progreso, dijo Amalia sin poder contener su risa.

— Oh! Pero ascendió todavía.

— ¿En el mismo órden?

— Oígalo usted: de mercachifle pasó á ser empleado en nuestro teatro viejo.

— Hola! se hizo cómico!

— Ménos que eso.

— ¿Apuntador?

— Ménos que eso.

— ¿Ménos que apuntador?

— Sí, señor.

— ¿Entónces, qué fué?

— Uno de los peones encargados de levantar el telon de boca.

— Oh! es admirable la carrera de ese señor! ¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla?

— Muy sencillamente: el general Zapiola lo empleó de escribiente en la capitanía del puerto, y la federacion lo hizo comandante de ella.

— Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el señor Ximeno, ¿quién és?

— Ese es el señor general Mancilla.

— Ah! el general Mancilla!

— Uno de los mas furiosos unitarios que ocuparon un banco en el congreso constituyente. ¿Ve usted ese otro personaje que se les acerca?

— Sí ¿quien és?

— Torres, Don Lorenzo Torres. Dios los cria y ellos se juntan!

— ¿Porqué dice usted eso, señora?

— Porque Torres tambien fué unitario hasta mucho despues de la revolucion de Lavalle, contestó la señora de N.... que parecia saber de memoria la biografía política de todo el mundo.

— De suerte, dijo Amalia, que hoy hay muchos federales que no lo han sido siempre?

— Cierto. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno, dijo la señora de N... señalando á un caballero de cuarenta años poco mas ó ménos, de tez morena y de ceño zonzo.

— Y ese caballero ¿quién es? preguntó Amalia.

— Ese es Don Baldomero García, federal toda su vida; hombre de carácter mas duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se da la mano con un escelente personaje de la actualidad. ¿Lo ve usted?

— Sí, pero no conozco á ese señor.

— Por Dios, que usted no conoce á nadie! Ese es Juan Manuel Larrazabal. Dios me libre de creerlo! pero dicen que es un espía del señor gobernador.

— Voces de partido quizá, dijo Amalia, fijando sus ojos rápidamente en un hombre que hacia rato la estaba contemplando con unas miradas trasversales, pues que salian de dos ojos al sesgo.

— Y podrá usted decirme, preguntó Amalia á la señora

de N.... ¿quién es aquel caballero que está haciendo molinete con un guante blanco, y que se distingue por el tamaño exagerado de su divisa punzó?

— Cómo! Pues que no lee usted la *Gaceta?*

— La *Gaceta!*

— Sí, la *Gaceta Mercantil.*

— No la leo jamas, pero aun cuando así fuera....

— Si así fuera, habia comprendido usted que aquel caballero no podria ser otro que el redactor de la *Gaceta.* Se llama Nicolas Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1.º de Diciembre de 1828, lo vi desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos á los revolucionarios. Despues entró de oficial en el ministerio Guido, bajo la administration Biamont. En 1833, escribió algunos marmarrachos en el *Clasificador.* Despues escribió el *Restaurador de las Leyes.* A esa época ya no abrazaba sino á los federales. Ahora escribe la *Gaceta*, y abraza al diablo. Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

— Sí, señora, contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la señora de N.... una de aquellas intransigibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamas, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraba á las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacian en estar en ellas midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaban a sus ojos.

— ¿Y sabe usted una cosa? continuó la señora de N....

— ¿Qué cosa, señora?

— Que observo que Nicolas Mariño la mira á usted demasiado, y que la mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle á una jóven de la belleza de usted.

— Gracias, señora.

— Y sobre todo, de sus principios, porque ¿no es verdad que usted no haria á ese hombre el honor de recibirle en su casa?

— Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraeria otres uuevas, respondió Amalia esquivando el dar una contestacion directa.

— Y sobre todo, la de este hombre, prosiguió la señora de N.... Y la mira, la mira á usted, no hay duda. Oh! y es un honor! ¡El redactor de la *Gaceta!* ¡El comandante del ilustre cuerpo de serenos! Pero ¡vaya! al fin la esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

— ¿Aquella señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del señor Mariño?

— Sí.

— Ah!

— Qué bailes!

— A propósito, ¿me dice usted, señora, quiénes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimiento?

— ¿Aquellos? Ah! el primero es el coronel Santa Coloma, carnicero á la vez que coronel.

— ¿Sí?

— Carnicero de animales y de gente.

— Degeneracion del oficio.

— El otro, es el señor coronel Salomon, pulpero.

— Vaya, eso es ménos malo.

— El otro es comandante Maestre, forajido de profesion.

— Vamos, no falta sino que el otro pertenezca á tan nobles jerarquías.

— Pues no, señora, el otro es el general Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la república; pero para manchar los galones de él y de los que se le parecian, la federacion moderna puso los galones militares en hombres como los tres primeros.

— ¿Sabe usted, señora, dijo Amalia, que sin negar que son interesantes las biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaria mas el saber, cuál de estas señoras es Manuelita, y cuál Agustina?

— Las dos están en este momento bailando en la otra sala ¿le habrán dicho á usted que Agustina es una belleza?

— Cierto, esa es la opinion universal. ¿No es así en la opinion de usted?

— Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

— ¿Lo que quiere decir?

— Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

— Ese no es un defecto, señora; ese es el color de las rosas, dijo á la señora de N....

— Usted lo ha dicho: es el color de las *rosas*.

— Pero en fin, ¿es una linda mujer?

— No.

— ¿No?

— Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la gente de espíritu.

— Está visto, dijo Amalia para sí misma, que esta señora es un tesoro en un baile, pero hay un gran riesgo en

dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.

— Desgracia seria para usted, señora, dijo Amalia, que Agustina supiese que tan mal trata usted á su belleza, porque en general las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

— Bah! ¿cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa gente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

— ¿Por nosotras?

— Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas es por nuestros hijos, ó por nuestros maridos.

— Es espuesto, sin embargo.

— Ese es nuestro único desquite: que lo sepan: que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demas, el riesgo no es mucho, porque ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

— ¿Siempre? preguntó Amalia con una sonrisa la mas maliciosa del mundo.

— Siempre, como ahora mismo, por ejemplo, contestó la señora de N.... con el mayor aplomo.

— Perdon, señora, yo no he tenido el honor de decir á usted cómo pienso.

— Qué gracia! Si desde que se sentó usted á mi lado me lo dijo!

— ¿Yo?

— Usted, sí, señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, trajes como el suyo no tienen, ni usan, ni visten las damas de la federacion actual. Es usted de las nuestras aunque no quiere.

— Gracias, señora, gracias, dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En este momento la señora de N.... saludó cariñosamente á otra señora que tomaba asiento frente á ella.

— ¿Sabe usted quién es aquella?

— Ya he dicho á usted, soñora, que no conozco á nadie.

— Válgame Dios!

— ¿Y qué he de hacer, señora?

— Esa es la esposa del general Rolon: buen corazon, excelente amiga; pero las nuevas amistades á que la ha conducido la posicion de su marido, la han hecho perder el poco de buen tono que tenia, y convida á sus tertulias de invierno, anunciando ¿qué le parece á usted que anuncia en las esquelas de invitacion?

— Anunciará la hora y el dia, supongo.

— Bien, ¿pero demas que eso?

— ¿Demas? Si dice que es una tertulia, el dia y la hora del recibimiento, no sé qué mas....

— Pues bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡pobre Juana!

Amalia no pudo ménos que soltar la risa con ménos conveniencia que la que requería el lugar en que se encontraba; y á tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos: acababa de descubrir á Daniel en la puerta del salon. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigia á su prima, despues de haber divisado á su Florencia paseando los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero ántes de que los primos y los amantes se cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vamos un momento á recoger los pormenores de otra escena bien diferente en otra parte, en nada parecida á la que dejamos; y del brazo con el lector hagamos tambien lo posible para volver pronto á los salones de nuestro viejo fuerte.

---

## CAPITULO VIII.

### Daniel Bello.

El jóven Daniel entraba al baile á las doce y media de la noche, pero ántes de seguirlo en él, veamos lo que era y lo que hacia tres horas ántes en la casa misteriosa de la calle de Cochabamba, á cuya puerta hemos visto acercarse varios individuos, dar una seña, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Entre el lector con nosotros á esa casa, á las nueve y media de la noche, y encontraremos una reunion de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de Doña Marcelina, cuyas ventanas daban á la calle, se habia convertido esa noche en campamento general. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habian sido trasportados de la alcoba á la sala. Y todas las sillas de esta, las del comedor, tres baúles, y un banco que parecia haber tenido el honor en algun tiempo de ser colocado en la portería de algun convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitia el estrecho aposento convertido improvisamente en sala de recepcion para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa

de pino con dos velas de sebo, y delante de ella una silla que parecia la presidencial de aquel lugar.

Parados unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunion de hombres ocupaba la sala de Doña Marcelina, sin mas luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba al traves de los pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oido, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba á las ventanas, y con la mayor atencion paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del cabildo hizo llegar hasta esta reunion misteriosa la vibracion metálica de su campana.

— Son las nueve y media de la noche, señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos á reunirnos.

Al concluirse la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró á la sala por la puerta de la habitacion contigua.

Un minuto despues, el señor Don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo á su derecha al señor Don Eduardo Belgrano; ocupados los demas asientos por veinte y un hombres, de los cuales el de mas edad contaria apénas veinte y seis ó veinte y siete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta á que pertenecian.

— Amigos mios, dijo Daniel paseando sus miradas por la reunion, hemos debido reunirnos esta noche treinta y cuatro jóvenes; y sin embargo, no estamos aquí sino veinte y tres. Pero cualesquiera que sean las causas por que nuestros amigos nos abandonan, no hagamos á ninguno la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nombres fueron elegidos por mi. Cada uno recibió su aviso anticipado para concurrir á esta casa en esta noche, y yo sé bien, señores, quiénes son los hombres con cuyo honor puede contarse en Buenos Aires. Ahora, dos palabras mas para inspiraros la mas completa confianza en esta casa. Sorprendidos en ella por los asesinos del tirano, nuestra sentencia estaria pronunciada en el acto. Pero si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la prevision. Esta casa da sobre la barranca del rio. El agua está á una cuadra de ella, y á su orilla hay en este momento dos balleneras prontas para recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldremos á la barranca por la ventana de una habitacion interior que da sobre ella; y si aun allí fuésemos atacados

me parece que veinte y tres hombres, mas ó ménos bien armados, pueden llegar sin dificultad hasta la orilla del rio. Una vez en las balleneras, los que quieran volver á la ciudad tienen algunas leguas de costa donde poder desembarcarse, y los que quieran emigrar, tienen las costas orientales á pocas horas de viaje. En la puerta de la calle está mi fiel Fermin. En la ventana que da á la barranca, está el criado de Eduardo de cuya fidelidad tenemos todos repitidas pruebas; y últimamente, sobre la azotea está una persona de mi mas completa confianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garantía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le impediria hacer temblar el techo de esta sala con sus carreras: es un antíguo maestro de casi todos nosotros, que iguora los que festán aqui, pero que sabe que estóy yo, y eso le basta. ¿Estáis satisfechos?»

— «El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo que haya nadie aquí que despues de haberle oido, no se crea tan seguro como si se hallase en Paris,» dijo un jóven de ojos negros, de fisonomía alegre y cándida, y que durante hablaba Daniel se habia entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenia al cuello.

— «Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé ademas, que soy el responsable de cuanto pueda sucederos. Ahora, vamos al objeto de nuestra reunion.

«Aquí tenéis, señores, prosiguió Daniel sacando una cartera llena de papeles, el primer documento de que quiero hablaros: es una lista de las personas que en el mes de Abril de la primera quincena de este Mayo, han llegado emigrados de nuestro país á la República Oriental. Representan un número de ciento sesenta hombres, todos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, pues, con ciento sesenta hombres ménos en Buenos Aires. Tengo motivos para aseguraros, que los que hacen hoy el negocio de conducir emigrados á la Banda Oriental, tienen solicitados mas de trescientos pasajes, y esto despues de los asesinatos del 4 de Mayo.

«Resulta pues, que para el mes de Julio vamos á tener cuatrocientos ó quinientos patriotas de ménos en Buenos Aires, y esto despues que en los años anteriores de 38 y 39 han salido del país las dos terceras partes de la juventud.

«Entretanto, oíd ahora el estado del ejército libertador y de las provincias interiores, para poder comprender mejor aquel hecho anterior:

«Despues de la accion de Don Cristóbal, en que se ganó la batalla y se perdió la victoria, el ejército libertador se encuentra en las puntas del Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe arrinconado en las Piedras, todo esto, á

pocas leguas de la Bajada, y todas las probabilidades parecen estar en favor del general Lavalle, en el caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, el paso del Paraná será la consecuencia inmediata, y la campaña se emprenderá entónces sobre Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su ejército vendrán á reorganizarse sobre el norte de nuestra provincia, pues tienen para el tránsito de los rios las embarcaciones bloqueadoras: y veis entónces que en uno ú otro caso, la provincia de Buenos Aires está esperando al general Lavalle.

«En las provincias, la liga se ha estendido como un incendio. Tucuman y Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy ya no pertenecen al tirano; se han proclamado contra él, y aprontan sus ejércitos. El fraile Aldao no es bastante á sofocar la revolucion, y Córdoba se plegará al primero que la amenace. Rosas tenia una esperanza en La-Madrid; La-Madrid ya no le pertenece.»

— «¿Cómo?» preguntaron á la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, ménos Eduardo que parecia sumergido en los misterios de su corazon.

— «Vais á saberlo, señores: pero, despacio, no alcéis la voz, todavía no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

«He dicho la verdad: el general La-Madrid, comisionado por Rosas para apoderarse del parque de Tucuman, ha dejado que la revolucion se apodere de él, y el 7 de Abril se ha puesto sobre su pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha pisado la ignominiosa marca de la federacion de Rosas.»

— «¡Bravo! ¡Bravo!»

— «Silencio, silencio, señores: aquí tenéis este documento, oídlo:

«LIBERTAD Ó MUERTE.

«*Orden general del 9 de Abril de 1840.*

«De órden del excelentísimo gobierno se reconoce por general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, al señor coronel mayor, general Don Gregorio Araoz de La-Madrid, y por jefe del estado mayor, al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del orden, al coronel Don Mariano Acha.»

La esplosion del sentimiento fué espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los abrazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila: no estaba entusiasmado, estaba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

— «Ya lo veis, señores, continuó con su imperturbable sangre fria, en todas partes la revolucion se levanta gigantesca, pero esa revolucion tiene un fin ¿porqué no hemos de creer que la revolucion sea lógica, y que vendrá á buscar ese fin en el lugar en que se esconde? Ese fin es una cabeza, y esa cabeza está en Buenos Aires. Si todos los esfuerzos se han de dirigir á este punto ¿no es cierto, señores, que debemos cooperar al triunfo, cuando se aproxime á él?»

— «Sí, sí,» esclamaron todos los jóvenes.

— «Despacio, señores, despacio. Tengamos lógica ántes que entusiasmo. Decís que *sí;* pero hé aquí que el modo como vosotros deseáis cooperar, es aquel precisamente con el que yo estoy en oposicion continua.

«He empezado por mostraros el crecido número de hombres nuestros que han emigrado del país, y ese número lo veréis aumentar con el vuestro.... oídme, señores:

«Cuando hay que vencer un principio difundido en la conciencia de una clase ó de un pueblo, es necesario batirse con esa clase ó con ese pueblo, con las armas de la razon, ó con el acero.

«Cuando hay que batir á un gobierno cuya existencia reposa en su poder moral, es necesario entónces minar las bases de ese poder, arrebatándole su popularidad, bien sea en la tribuna, en la prensa, ó en los ejércitos. Pero, señores, cuando lo que hay que combatir no es un principio, sino un sistema encarnado en un hombre; no un influjo moral, sino un poder material que se mueve, como una máquina de puñales, al resorte de la voluntad de aquel hombre, es necesario entónces estinguir con el hombre el prestigio, la máquina y la voluntad.

«Contád los hombres patriotas que han salido de Buenos Aires; calculád los que habrán de salir en adelante, si no ponemos un dique á ese torrente de emigracion, y decídme luego, si ese número de hombres no es suficiente para cooperar en la ciudad á la revolucion que traigan á la provincia las armas del general Lavalle, ó las armas de la coalicion de Cuyo.

«La emigracion deja en poder de las mujeres, de los cobardes y de los mashorqueros la ciudad de Buenos Aires, es decir, señores, el punto céntrico de donde parten los rayos del poder de Rosas.

«Tres ó cuatrocientos hombres aseguran acaso el triunfo del general Lavalle, alistados en las filas de su ejército? Pues bien, señores, tres ó cuatrocientos hombres de corazon son bastantes para levantar la ciudad y colgar de los faroles de las calles á Rosas y su mashorca el dia que los aturda

ai noticia de la aproximacion de cualquiera de los ejércitos libertadores.

«No podemos reconquistar los que se han ido; pero á lo ménos paremos el curso de esa copiosa emigracion que va á buscar léjos una libertad que puede encontrarla á su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano.

«¿Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? Habrá peligros y sangre el dia que demos el primer grito de libertad? Pero señores, ¿no hay peligros y sangre en los ejércitos? no hay miseria y humillacion en el destierro?

«Creédme, amigos mios; yo estóy mas cerca de Rosas que ninguno de vosotros; yo espongo mas que mi vida, porque espongo mi honor á las sospechas de mis compatriotas; creédme, pues, que el peor sistema que la juventud de Buenos Aires puede adoptar, en el deseo que la anima de la libertad de su patria, es el ausentarse de ella. ¿Seria tan desgraciado que no hubiese ninguno de vosotros que pensase como yo pienso?»

— «Esa es mi opinion, esa es mi fe; yo moriré al puña de la mashorca ántes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es á Rosas á quien debemos buscar el dia en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos á todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo,» dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunion.

— «¿Sois vosotros tambien de esa misma opinion, amigos mios?» preguntó Daniel.

— «Sí, sí, es necesario quedarnos,» respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

— «Señores, dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio, no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del pais, y aun no sé todavía, si de un momento á otro renovaré mi resolucion. Os revelo pues una contradiccion entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una esplicacion que voy á dárosla:

«Es cierto que debemos quedarnos; es cierto que, léjos de abandonar, debemos estrechar cada vez mas un círculo de fierro en derredor de Rosas para ahogarlo en él el dia oportuno á la libertad argentina. Esta teoría no puede ser, ni mas racional ni conveniente, dicha en general, aplicada á cualquier otro pueblo de la tierra en iguales circunstancias que el nuestro. Pero nosotros los argentinos, señores, representamos una escepcion bien práctica respecto de lo que nos ocupa. Vamos á verlo:

«El señor Bello ha dicho, que tres ó cuatrocientos hombres

serian bastantes para concluir con Rosas en la ciudad. Yo quiere creer que es bastante ese número; quiero mas: quiero creer que están en Buenos Aires todavía todos los hombres de nuestra generacion que han emigrado; mas aun, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemigos de Rosas. Pero sabéis, señores, lo que esta cifra representa en Buenos Aires? Representa un hombre.

«Un partido no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociacion que lo compacta. Un millon de hombres individualizados no vale mas, señores, que dos ó tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

«Estúdiese como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de ella está en la individualizacion de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros: Rosas tiraniza á cada familia en su casa, á cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.

«Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo; ignorantes á la vez que vanas, susceptibles á la vez que celosas, las sociedades americanas no tienen entre sí y para sí mismas otros principios de asociacion, que el catolicismo y la indepedencia política.

«Sin comprender todavía las ventajas de la asociacion en ningun género, en los partidos políticos es en los que ella existe ménos.

«Un espíritu de indolencia orgánica, de raza, viene á complementar la obra de nuestra desorganizacion moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traicion, ó cuando ménos, nos olvidamos de volver á juntarnos.

«Sin asociacion, sin espíritu de ella, sin esperanza de poder organizar improvisamente esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociacion, ¿con qué contar para la obra que nos proponemos? ¿con el sentimiento de todos? ¡Ah, señores, ese sentimiento existe hace muchos años en nuestro pueblo, y la mashorca, sin embargo, es decir, un centenar de miserables, nos toma en detalle y hace de nosotros lo que quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir á morir en el campo de batalla, á morir en mi casa esperando una revolucion que los porteños todos juntos no podremos efectuar jamas, porque todos no representamos sino el valor de un solo hombre.

«Entretanto, es una verdad indisputable lo que ha dicho mi querido amigo: es decir, que seria mas oportuno y eficaz

buscar en la persona única de Rosas el esterminio de la tiranía. Decídme si es posible establecer la asociacion, y seré el primero en desechar toda idea de abandonar el país.»

Un silencio general sucedió á este discurso.

Todos los jóvenes tenian fijos sus ojos en el suelo. Solo Daniel tenia su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban una por una la fisonomía de los jóvenes.

— «Señores, dijo al fin, mi querido Belgrano ha hablado por mí en cuanto al espíritu de individualismo que por desgracia de nuestra patria ha caracterizado siempre á los argentinos. Pero los males que ha traido esa falta de nuestra vieja educacion, es la mejor esperanza de que nos enmendaremos de ella, y el incitaros á la asociacion, despues de iniciaros la necesidad de permanecer en Buenos Aires, era la segunda parte del pensamiento que me ha conducido á este lugar. Habeis convenido conmigo en que debemos esperar los sucesos en Buenos Aires; justo es convengáis tambien en que si esos sucesos nos encuentran desasociados, en bien poca parte les podremos ser útiles.

«Ademas, nos encontramos hoy sobre el cráter de un volcan, que fermenta, que ruge, y cuya esplosion no está distante.

«Los asesinatos cometidos ya, no son un fin; son el principio de una cadena de crímenes que como los anillos de una serpiente, va á desenvolver sus eslabones en torno á la cabeza de todos.

«Rosas por medio de su *Gaceta* y de sus representantes hace muchos meses que está azuzando á sus lebreles.

«La embriaguez del crímen ha perturbado ya el cerebro de nuestros asesinos, y dado á su sangre la irritacion febriciente que es necesaria para el desbocamiento en los delitos populares.

«Los puñales se aguzan; los brazos se levantan, las víctimas están señaladas, y el momento terrible se aproxima.

«No es una venganza espontánea; es una combinacion reflexionada para enervar, por medio del terror, los esfuerzos del espíritu público.

«Bien pues, si ese momento terrible nos encuentra aislados, todos — no lo dudéis, señores — vamos á ser víctimas de Rosas.

«Unidos, sistematizada nuestra defensa; solidarios todos para la venganza del primero que caiga, ó suspenderemos el brazo de los asesinos, ó provocaremos á la revolucion, ó podremos emigrar en masa, cuando se pierda para todos la última esperanza de esterminar la tiranía, ó por último, moriremos en las calles de nuestro país habiendo ántes dejado una leccion honrosa á las generaciones futuras.

«Asociados, una vez que tengamos en la provincia alguno

de nuestros ejércitos libertadores, que obran en Entre-Rios, ó que se organizan á la falda de la Cordillera, yo mismo haré cuanto esté de mi parte por precipitar la hora de la San Bartolomé que se prepara. No os alarméis, mis amigos; en las revoluciones toda combinacion abortada da siempre un resultado contrario. Piensan degollarnos despues de haber aterrorizado nuestro espíritu por medio de esa sostenida predicacion de amenazas con que se nos saluda todos los dias desde la tribuna y la prensa; y si yo logro que los puñales se alzen prematuramente, y que en vez de encontrar un pueblo de individuos atemorizados, se hallen con un pueblo asociado y fuerte, yo habré entónces preparado el terror para que obre su influencia sobre el ánimo de los asesinos, en vez de obrarse como ellos pensaron, en el ánimo de las víctimas.

«Hay ciertos momentos en que el medio seguro, infalible de hacer fracasar un plan político, consiste en facilitar rápidamente el espacio en que quiere desenvolverse. Con su sistema de economías, el ministro Necker habria conseguido suspender la marcha de la revolucion francesa que caminaba sordamente; pero el ministro Calonne, sucesor de Necker, y que queria la revolucion del pueblo contra la aristocracia y el clero, prodigaba el tesoro para los placeres de la corte, irritando mas de esta manera el espíritu revolucionario del pueblo empobrecido y oprimido, y facilitando el camino de la revolucion.

«Yo que compro con mi sosiego y mi nombre los secretos todos de mis enemigos; yo que palpitando de rabia mi corazon, junto mi mano con las manos ensangrentadas de los asesinos de nuestra patria, yo irritaré con mis palabras su corazon envenenado y les excitaré al crímen cuando crea que ese mismo crímen ha de sublevar contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque el dia, el instante en que la mano de un hombre de corazon, á la luz del sol, clave su puñal en el pecho de uno de los asesinos, ese instante, señores, será el postrero del tirano; porque los pueblos oprimidos no necesitan sino un hombre, un grito, un momento para pasar estrepitosamente de la esclavitud á la libertad, del marasmo á la accion.»

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmin. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazon altivo, franco y valiente, tenia apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano.

— «Sí, la asociacion, dijo uno de los jóvenes, la asociacion hoy para defendernos de la mashorca, para esperar la revolucion, para colgar á Rosas.»

— «La asociacion mañana, dijo Daniel alzando por pri-

mera vez la voz, y sacudiendo su altiva, fina é inteligente cabeza: la asociacion mañana para organizar la sociedad de nuestra patria.

«La asociacion en política para darla libertad y leyes.

«La asociacion en comercio, en industria, en literatura y en ciencia para darla ilustracion y progreso.

«La asociacion en todas las doctrinas del cristianismo para conquistar la moral y las virtudes que nos faltan.

«La asociacion en todo y siempre para ser fuertes, para ser poderosos, para ser europeos en América.

«La asociacion de los individuos y de los pueblos para estudiar filosófica y prácticamente, si esta república que improvisó la revolucion de Mayo, fué una inconveniencia política, hija de las necesidades del momento, ó si debe ser un hecho definitivo y duradero.

«Asociacion de estudio sobre los elementos constitutivos del país para alcanzar á saber exactamente, si no fué un error de la revolucion de Mayo el escomulgar el principio monárquico, cuando esa revolucion desprendió á estos pueblos del yugo de fierro que le imponia un rey estraño; para estudiar en fin los efectos por que hemos pasado, en las causas generales que los han motivado.

«¿Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamais herederos de los regeneradores de un mundo? Pues bien, recordád que ellos y la América toda, fué una asociacion de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar contra el enemigo comun; y asociáos vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social: — ¡la ignorancia! entra el instigador de nuestras pasiones salvajes: — ¡fanatismo político! contra el generador de nuestra desunion de nuestros vicios, de nuestras pasiones rencorosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco: — el escepticismo religioso. Porque, creédme: nos falta la religion, la virtud, y la ilustracion, y no tenemos de la civilizacion sino sus vicios.»

Durante este discurso, Daniel habia levantádose poco á poco de su asiento, y, como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los jóvenes habian hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del jóven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazon.

— «Mirád, señores, dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunion de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel: mirád, mi semblante está bañado de lágrimas, y los ojos que las vierten habian con la niñez perdido su recuerdo. ¿Las adivináis? no. La sensibilidad de todos vosotras está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mia lo está por el porvenir de nuestra patria.

Yo creo en su regeneracion, creo en su grandeza y su futura gloria; pero esa asociacion que las ha de germinar en el Plata, no será, no, la obra de nuestra generacion, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen de la terrible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educacion para formar esa asociacion de hermanos que solo la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la generacion de nuestros padres.»

— Sí, sí, nos asociaremos, gritaron muchos jóvenes.

— Silencio, Eduardo, silencio por Dios, dijo Daniel al oido de Eduardo.

— «Sí, amigos mios, nos asociaremos, continuó Daniel, y bajo el entusiasmo de esa idea debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro estatuto. Será sencillo, la espresion de una necesidad bien simple: la de poder juntarnos en un cuarto de hora cuando la defensa ó la iniciacion revolucionaria lo requieran.

«Hoy es el 24 de Mayo. Separémonos ántes que la luz del 25 sorprenda á tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

«El 15 de Junio nos volveremos á reunir en esta misma casa y á las mismas horas.

«Una sola palabra mas: ponga cada uno de vosotros sus medios, su influencia toda para evitar que nuestros amigos emigren; pero si decididamente lo quieren, que se acerquen á mí; yo respondo de la seguridad en su embarque. Pero solo para este caso buscád mi persona. Fuera de él huíd de mí; censurád mi conducta entre los indiferentes; enturbiád mi nombre con vuestra censura, pues llegará el momento en que yo lo purifique en el crisol de la libertad patria. Estáis satisfechos, tenéis en mi una completa confianza?»

Los jóvenes se precipitaron á Daniel y un fuerte abrazo fué la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba á la sala, luego los postigos á la calle; y, diez minutos despues, no quedaban de los jóvenes de la reunion, sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que habia tenido lugar la sesion; y allí, parado junto á la mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron á un personaje que durante la escena anterior habia oido todo desde el cuarto contiguo al de la reunion, y cuya puerta habia estado intencionalmente entreabierta.

— ¿Y bien, señor?

— ¿Y bien, Daniel?

— ¿Está usted satisfecho?

— No.

Eduardo se sonrió y se puso á pasear.

— ¿Pero qué opinion ha formado usted, señor? preguntó Daniel al nuevo personaje.

— Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo patrio; que todos serian capaces en este momento del mas heróico y grande sacrificio; pero que ántes del 15 de Junio ya no estará la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrá olvidado de la asociacion.

— Pero entónces ¿qué hacer, señor, qué hacer? esclamó Daniel dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecia tratar á ese personaje, en cuya ancha y noble fisonomía estaba dibujada la superioridad y el talento.

— ¿Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.

— Pero, ¿y Rosas? preguntó Daniel.

— Rosas es la espresion ingenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone á nosotros y lo sostiene á él.

— Sin embargo, si conseguimos matarlo....

— ¿Quiénes? preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

— Cualquier hombre de corazon, señor.

— No, Daniel, no: para ser tiranicida se necesita una de dos cosas; ó una grande venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de estos no existen en nuestro partido, ó un gran fanatismo republicano, y esto último no existe en nuestro siglo.

— Y entónces, ¿qué hacer.

— Trabajar, trabajar siempre: un hombre que se consiga ganar para la libertad y la civilizacion, es al fin un triunfo por pequeño que sea. ¿No es así, Belgrano?

— Así es, señor.

— Entónces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis amigos, mis hijos. Dios á lo ménos os dará el premio que se merece la sanidad de vuestra conciencia.

— Vamos, señor, dijeron los dos jóvenes pasando á la sala con aquel hombre que parecia tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

El mismo dió su brazo á Eduardo que movia su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermin estaba sentado en la puerta de calle observando si alguien se aproximaba á la casa.

— ¿Ha llegado el coche? le preguntó Daniel.

— Hace media hora que está en la boca-calle.

El sereno acababa de cantar las once.

A una palabra de Daniel, Fermin marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo que hacia la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado se dirigieron á la boca-calle para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dió en el patio un ligero silbido, y una voz meliflua, refriada, trémula le respondió de la azotea:

— Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

— Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro, dijo Daniel imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo Don Cándido Rodriguez.

— Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma....

— Marchemos, señor, que alguien nos espera en el coche.

Y Daniel arrastrando á Don Cándido, salió de la casa de Doña Marcelina cuya puerta cerró Fermin, guardándose la llave. Don Cándido y Daniel subieron al coche, que luego de saltar Fermin y Manuel á la zaga, se sumergió en la oscurísima calle de Cochabamba; parando, quince minutos despues, en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos cerca de las once y media de la noche.

---

## CAPITULO IX.

### Promesas de la imaginacion.

A la plaza Nueva, dijo Daniel á su cochero inglés, que hizo partir los caballos á gran trote dirigiéndose al lugar indicado para dejar en él á Don Cándido, que, como se sabe, vivia á pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados; entraron en la casa de Daniel.

Por la sala de ella iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochado, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario en uno de baile; que para aquella organizacion inquieta, para aquella existencia tormentosa no habia en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados á la actividad de su inteligencia y de su corazon.

— Piensa que no puedo seguirte á ese paso, le dijo Eduardo, que solo con gran dificultad andaba.

— Piensa que son cerca de las doce; y que á esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia al baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy, le respondió Daniel, entrando á su alcoba y desvistiéndose, miéntras Fermin que adivinaba sus pensamientos, ponia luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

— Ah, eres muy feliz, Daniel! dijo Eduardo echándose en un sillon y estirando su débil y dolorida pierna, al mismo tiempo que desabrochaba su leviton, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

— Decias, mi querido Eduardo?

— Decia que la naturaleza ha hecho de tí el ser mas original y mas feliz al mismo tiempo.

— ¿Crees lo que dices?

— Lo juraria. Tienes una facilidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de tí, y fijarlo á tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma á la intriga política, a los peligrosos acontecimientos del dia; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, dominatriz tu inteligencia; y dos minutos despues de ser el primero en el poder de tu voluntad y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente de lo mas alto de la vida á las vulgaridades de ella. Sabes de donde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo como el mas frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir á lucir á un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

— ¿Está bien así? preguntó Daniel dándose vuelta, dirigiéndose á Eduardo y señalando el lazo de una corbata de batista que acababa de ponerse.

— Véte al diablo, le contestó Eduardo haciendo un gesto de malísimo humor al oir la burlona contestacion de su amigo acompañada de una gravedad la mas irónica posible.

— Me voy al diablo, dijo Daniel volviéndose al espejo y continuando su tocador.

— Prosigue, mi querido Eduardo, continuó, los estudios sicológicos son habitualmente tu fuerte; pero yo creo que despues que concluyas tu discurso voy á darte á penas la clasificacion de *mediano*.... Ah! no respondes! pues bien: yo continuaré por tí.

Y Daniel, que concluia su tocador, vino y sentóse al lado de su amigo apoyando su brazo sobre uno de los del sillon en que estaba.

— No hay nada, mi querido Eduardo, que se esplique

con mas facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa que una espresion cándida de las leyes eternas de la naturaleza. Todo en el órden físico como en el órden moral es inconstante, transitorio y fugitivo: los contrastes forman lo bello y lo armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta mas esa variedad infinita que reina en el universo, que en el alma humana. En un dia, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazon, la inteligencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, ó el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente, como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fugitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima cae al corazon en medio mismo de la embriaguez de su ventura. De la ocupacion mas séria se desciende instintivamente á los goces, ó á los pasatiempos mas frívolos; y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la vulgaridad viene á poner de repente su rasgo en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, trasparente para los hombres que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres eternamente graves en la espresion de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hombres mienten, ó su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, ó que los hace de condicion mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo: siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Ademas, Eduardo, yo soy porteño; hijo de esta Buenos Aires cuyo pueblo es por carácter el mas inconstante y veleidoso de la América; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños y mitad hombres, condicion por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia á la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo. Pero ¿quieres que yo te enseñe á profundizar el corazon humano con una sola mirada, ó á interpretarlo á una sola palabra que pronuncian los labios? ¿Quieres que te pruebe, cómo las inteligencias mas altas descienden de las ideas mas sociales á un sentimiento do individualidad y de egoismo? Pues bien, en tí mismo tengo el ejemplo.

— ¿En mí? contestó Eduardo volviendo sus ojos á Daniel.

— En tí, Eduardo, en tí. No te ha chocado el verme pasar de una ocupacion política, grave y difícil á la compostura de un vestido de baile, no; lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, el no poder tú tambien venir conmigo.

— ¿Yo? Daniel.

— Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunion, y unos minutos despues no haces sino sentir como cualquier pobre diablo enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar cómo conquistar la libertad, y estás pensando cómo conquistar el corazon de una mujer. Acabas de echar de ménos la civilizacion en tu patria, y echas de ménos los bellísimos ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese es el hombre, esa es la naturaleza.

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano á sus cabellos.

— Y ¿crees que te hago la mínima inculpacion, amigo mío? prosiguió Daniel, no. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado á conocer que amabas á mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene á tu corazon y á tu carácter. Ella te ama ¿qué mas puedes desear?

— No, Daniel, no puede ser: ella me compadece solamente.

— No; ella te ama. Tu misma situacion dramática ha sido un incentivo á su corazon.

— ¿Lo crees? repítemelo, ¿crees que soy amado de Amalia? preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamas de oir repetir las seguridades de su felicidad.

— Lo creo, y creo mas: creo que ántes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires, Amalia y tu, Florencia y yo.

— Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazon; este corazon tan rebelde á las vulgaridades de la vida; este corazon que parecia guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos para alguna mujer privilegiada que yo creia que existia solamente en los sueños de mi imaginacion; este corazon la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama á una hermana, con la adoracion que se ama á Dios. Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece estenderse en el espacio celestino de la felicidad. Mi sueño es poseerla; vivir á su lado, cubrirla con mis manos para

que la luz del dia no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay mas allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escogeria el mas radiante de mis astros y la diria: Amalia, reina aquí....

— Bien, mi Eduardo, esclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo, donde no hay esa exaltacion poética del corazon, no hay verdadero amor á los veinte y siete años de la vida.

— La amo, Daniel, continuó Eduardo casi sin oir las palabras de su amigo, la amo y quiero ser su esposo; mi corazon, mi vida, mi fortuna, todo es de ella. Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiámos nuestra primer mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

— Sí, Eduardo, y mas que esa todavía, oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso á los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos estraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

— Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremes nuestros hijos ¿no es verdad? Y olvidaremos esos dias pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia de la patria y....

— ¿Lo ves? ¿no te lo dije? Eramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginacion, y, sin saber cómo, arrojas tú mísmo en nuestra copa de néctar esa gota amarga de los recuerdos patrios. Bah! Dejemos esto, dijo Daniel levantándose y mirando el reloj, van á dar las doce, Eduardo.

— Bien, anda.

— Amalia no ha de querer estar sino hora y media ó dos horas en el baile.

— ¿Y para qué mas? Mira: no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

— ¿Bien, qué mas?

— Cuando salga, dále tú el brazo hasta el coche.

— Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

— Pero tienes dos brazos.

— Sea enhorabuena, qué mas?

— Despues del baile llevarás á Floroncia hasta su casa, ¿no es cierto?

— A no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

— Bien, á las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado á esta, nos cambiaremos: tu pasarás á tu coche, y yo, subiré en el de Amalia para acompañarla á Barracas.

— ¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haria el honor de cenar conmigo.

— Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el dia juntos en Barracas. ¿Me perdonas?

— A condicion de una cosa.

— La que quieras.

— Que mañana te dejarás estar en cama todo el dia.

— Diablo! ¿Y qué quieres que haga en la cama despues de haber pasado en ella veinte dias eternos?

— Calmar la irritacion que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco, hace doce horas que andas caminando en un pié; y un amante así es lo mas ridículo posible, dijo Daniel sonriendo.

— Sí, pero es que.... no se me conoce, contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratando de poner muy derecha su pierna izquierda.

— Oh mundo! Oh mundo! esclamó Daniel echando al aire una bendicion.

— Véte al diablo! dijo Eduardo arrellanándose en el sillon.

— No; me voy al baile; y lo primero que haré será bailar en tu nombre con.... ¿quieres que sea con Doña María Josefa?

— Estás de un humor insoportable, Daniel.

— Ah! entónces será con Amalia. ¿Te parece bien?

Eduardo estendió la mano y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

— Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el sillon, y Daniel subió á su coche cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en direccion á la plaza de ese nombre.

---

## CAPITULO X.

Donde continúan las escenas del baile.

Daniel entraba á los salones del baile á las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia paseaba los salones, y Daniel se dirigió á su prima, sentada al lado de aquella intransigible señora que parecia saber de memoria la biografía de cuantos allí estaban.

La señora de N.... contestó algo fria al saludo de Daniel y este tomó la mano de Amalia, la dió su brazo, y la dijo, paseándola por la sala:

— ¿Has conversado mucho con esa señora?

— No. Pero ella ha hablado desmedidamente.

— ¿Sabes quién es?

— Es la señora de N....

— No; es el marido de la señora N....

— ¿Cómo?

— Digo que en ese matrimonio están invertidos los sexos, ella es él, y él es ella.

— En cuanto á la mitad no tengo duda.

— Es la unitaria mas intransigible; la porteña mas altiva que creo ha existido jamas. Algo muy picante te decia al entrar yo, pues que te reias tanto.

— Sí, me referia que la señora de Rolon convida á sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.

— Oh!

— ¿No es cierto?

— No, no Amalia; son invenciones de las unitarias cuya imaginacion está irritada. No tienen otras armas que el ridículo, y se valen de ellas á las mil maravillas. La señora de Rolon es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazon siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca á los desgraciados. Pero á otra cosa; ¿hace mucho tiempo que has llegado?

— Veinte minutos apénas.

— ¿Te han presentado á Manuela?

— No.

— ¿A Agustina?

— Tampoco. No conozco á nadie, dijo Amalia con toda candidez.

— Válgame Dios! y Florencia ¿qué ha hecho?

— Bailar.

— Ah, bailar!

— Aunno se habia sentado, y ya estaba en baile, y ahora....

— Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.

— ¿Quién es el que la acompaña?

— Es un amigo mio; pero ven, allí está Manuela, voy á presentarte á ella.

— Díme, ¿tengo que gritar ¡viva la federacion! al saludarla? preguntó Amalia mirando á su primo con una sonrisa la mas picante del mundo.

— Manuela es lo único bueno de toda la familia de los Rosas, quizá lleguen á hacerla mala, pero la naturaleza la ha hecho excelente, dijo Daniel casi al oido de su prima, y cuando estaban ya á cuatro pasos de la hija del dictador argentino

— Mi prima, la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, quiere tener la satisfaccion de ofrecer á usted sus respetos, señorita, dijo Daniel á Manuela dándola la mano y haciéndola una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento á su lado.

Daniel pidió permiso á Amalia de dejarla un instante y fué á buscar á su Florencia perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

— ¿Sabe usted, señorita, donde podré hallar á la señorita Florencia Dupasquier? preguntó Daniel á la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

— Allí, respondió Florencia, señalando un grande espejo donde se reproducia en ese momento su preciosa figura.

— Ah! mil gracias, pero está tan léjos, que me veo privado á pesar mio de invitarla para lo primero que se baile.

— Es una felicidad, caballero, porque esa señorita está comprometida. ¿No es verdad, señor? preguntó Florencia dirigiéndose á su compañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel

— ¿Y puedo saber quien es el feliz caballero que acompañará á usted?

— ¿A usted?

— A la señorita Florencia.

— Un servidor de usted, dijo otro jóven que se aproximaba á los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habian asistido á la reunion secreta pocas horas ántes

— Ah! está visto, es una verdadera conspiracion contra mí, dijo Daniel paseando encantado sus miradas por el rostro y el talle de su novia.

— Usted lo ha dicho, dijo Florencia.

— Está bien, yo buscaré algo que se asemeje á la señorita Florencia, le contestó Daniel haciéndola un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que queria decir en cada uno, *estoy contento*, y volviendo á donde estaba Amalia en sostenida conversacion con la señorita Manuela Rosas.

Por predispuesto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella jóven, su amabilidad y sencillez habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y generoso. Manuela á su vez, impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuacion, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubria en ella, dejó arrastrar fácilmente sus simpatías hácia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento habia sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban á Rosas, apareciendo á los ojos de las mujeres, como frivolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y á los ojos de los hombres como un jóven que preparaba su inteligencia para ser útil algun dia á la santa causa de la federacion.

Una y otra, pues, conversaban con interes, si no con amistad, cuando Daniel se llegó á su prima, y el coronel D. Mariano Maza á la señorita Manuela, á tiempo tambien que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la *Gaceta* y comandante de serenos D. Nicolas Mariño.

Un valz empezaba.

El coronel Maza presentó su mano á la hija de su gobernador, y esta la aceptó y levantóse en el acto: estaba comprometida para ese valz.

El redactor de la *Gaceta* quiso imitar la pantomima de Maza: estiró la mano hácia Amalia balbuciando algunas palabras.

Daniel sin hablar una sola, tomó de la mano á su prima, la levanto, y dándose vuelta hácia Mariño, que permanecia con la mano estirada, le dijo con la sonrisa mas diplomática del mundo:

— Está comprometida, Señor Mariño.

Y como el anuncio no tenia contestacion, el redactor se quedó en su puesto miéntras los primos se colocaron entre las parejas del valz.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo: Florencia y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia eran, mas bien que dos mujeres, dos ángeles que volaban rozando la tierra con sus alas.

Florencia radiante, animada.

Amalia tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra sostenida en el brazo de su compañero, no

pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.

Las miradas de todos las seguian, se perdian con ellas en los giros fugitivos del valz, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pié delicado y flexible en que se apoyaban aquellos zéfiros de amor que pasaban junto á todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salon, tan tranquilas como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenia pintadas de rosa sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar.

Florencia estaba bellísima.

Amalia, divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salon, y á pocos instantes Manuela, del brazo de Agustina, se acercó á Amalia.

Daniel permanecia de pié delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó á Agustina, quien con los labios se dirigia á Amalia y con los ojos á la hermosa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y miéntras Manuela entretenia la conversacion con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta á Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes &a. &a.

Amalia estaba aturdida de la candidez de la bella porteña, y de cuando en cuando con los ojos interrógaba á Daniel sobre la especie de señora que tenia á su lado. Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

— Yo quiero que seamos muy amigas, la dijo Agustina despues de haberla preguntado, si sabia dónde encontraria para comprar una perla semejante á la que tenia en su cabeza.

— Será para mí un grande honor, señora, el disfrutar de la amistad de usted, la contestó Amalia.

— Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasion, prosiguió Agustina, y ya habia pensado el ir á casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy franca con mis amigas. Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene ¿no es verdad?

— Con el mayor placer.

— Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si

no hubiera sido por Florencia no hubiera hoy tenido un vestido con que venir al baile. Ahora solo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí ¿no es verdad?

— Ah! sin duda!

— Pues eso mismo le digo yo á Mancilla todos los dias; pero qué! si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fué usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

— Sí, señora, es cierto.

— Oh, qué felicidad!

La conversacion siguió, poco mas ó ménos, sobre los asuntos, que hacian en esa época el mundo, el paraíso de Agustina, Daniel iba á tomar parte en la conversacion para darle otro giro cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una señora alta y gorda y blanca, que eran nada ménos que el señor Rivera, doctor en medicina y cirugía, y su esposa Doña Mercedes Rosas, hermana tambien de Su Excelencia el Gobernador.

No lucia tanto en esa señora el vestido de raso color sangre que traia puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes sarcillos de topacio, ni los hilos de coral que traia al cuello, como lucian sobre la blanquísima cútis de su rostro unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con mas esplendidez en la redonda y turgente barba.

Esta señora, cuya vocacion eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia, paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un vaso de agua de la fuente Hipocrene, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmann; es decir, que la buena señora del médico Rivera tenia la cara roja y no rosada, y que por los carrillos que habrian dado envidia al mejor guardian del buen economista San Francisco, caian en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienes, bajaban como rocío á humedecer los redondos y blanquísimos hombros.

— Ché! te he andado buscando por todas partes, le dijo á su hermana Agustina.

— Bien, ya me has hallado, ¿qué quieres?

— Sudando estóy, mujer; vamos á la mesa.

— ¿Ya?

— Sí, ya, ¿cómo está usted, Señor Bello?

— Señora, estóy á los piés de usted.

— Y ¿qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? enamorando á todas ¿esta es su prima?

— Sí, señora, la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y tengo el honor de presentársela á usted.

— Me alegro mucho de conocer á usted, díjo Doña Mercedes dando la mano á Amalia que se habia puesto de pié á la presentacion de Daniel. Yo tendré mucho gusto en que usted me trate, continuó. No espere que Bello la lleve á mi casa, vaya no mas á comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá á buscar, porque yo no soy tan celosa como él; este es mi marido, Rivera, el médico Rivera ¿no le conocia usted?

— No tenia ese honor, señora.

— Sí, mucho honor; ¡si usted supiera lo que es! no me deja ni respirar, en su cara se lo digo para que se avergüence ¿lo oyes?

— Lo oigo, Mercedes: pero estás embromando.

— Sin vergüenza! Con que ya sabe, cuando quiera se va no mas como á su casa.

Amalia no sabia que contestar. Estaba aturdida, perdida. No habia ni imaginádose que existieran personas semejantes en el mundo, y mucho ménos el que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas, tan originalmente cándida, era el mejor y mas inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Maza, que parecia el caballero de Manuela en esa noche, se presentó á invitarla para llevarla á la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Pararse Manuela y pararse todo el mundo, fué obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban á seguir de satélites el astro radiante de la federacion de 1840. Cada una queria acercársele y marchar junto á ella para colocarse á su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, ó se dejaban estar en su asiento, ó se separaban lo mas posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas á uno de sus amigos: se acercó, le habló dos palabras al oido, y el jóven presentó su brazo á Amalia, miéntras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y las galerías, cuando la señora de N.... conducida por un caballero jóven, se acercó á Amalia y la dijo al oido:

— La felicito á usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

— Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo. Pero hay una cosa grave.

— ¿Una cosa grave? dijo Amalia parándose, y sintiendo

un fuerte latido en su corazon, porque allí lo que no la asustaba, la inquietaba.

— Sí.

— ¿Y cuál?

— Mariño está en el asunto.

— ¿Aquel hombre de los ojos....?

— Aquel hombre de los ojos.

— Pero bien ¿qué hay?

— ¿Qué hay?

— Sí.

— Que la sigue á usted con las miradas en todas partes: que la devora á usted, y que acaba de decir á un amigo mio, que ha de ser usted suya, ó que el diablo se lo ha de llevar.

— Ah! entónces felicitémonos, señora, y vamos á la mesa, dijo Amalia volviendo á tomar el brazo de su compañero.

— No, no, despacio, dijo la señora de N...., usted no sabe, mi querida, qué hombre es ese.

— Ese hombre! ese hombre es un loco y nada mas, señora, contestó Amalia haciendo un imperceptible movimiento de hómbros y saludando con una graciosísima sonrisa á la señora de N....

Daniel estaba en ascuas por la demora de Amalia, reservándola en la mesa una silla al lado de Florencia, y temiendo por momentos que la ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró al comedor cuando aun no habia sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él: Daniel y su amigo permanecieron tras de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel Erézcano, habia determinado ciertos asientos en la mesa, segun el rango de ciertas de las personas que allí estaban. Los demas asientos se ocuparon por las señoras, indistintamente.

---

## CAPITULO XI.

### Escenas de la mesa.

La señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa; á su izquierda estaba el señor ministro de hacienda Don Manuel Insiarte, y á su derecha el señor ministro de Su Majestad Británica Caballero Mandeville, que poco ántes habia dejado en su casa á Su Excelencia el Señor Gobernador,

despues de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebracion del natalicio de Su Majestad la Reina Victoria, igualmente que al señor ministro Arana, que despues del banquete hubo retirádose á su casa algo incomodado del estómago.

En seguida del señor Mandeville estaba Doña Mercedes Rosas de Rivera, y frente á ella su hermana Agustina, teniendo á su izquierda al señor Picolet de Hermillon, cónsul general de Cerdeña; seguian despues todas las principales señoras de aquella reunion federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época, y conservándose los demas caballeros, unos de pié tras las sillas de las señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente á la señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el general Mancilla.

Un silencio, apénas interrumpido por el ruido de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunion, y ponia en conflicto á la parte mas crecida de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. Era de verse la pantomima de aquellas señoras esposas de los heróicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado á su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal, que parecia entre los dedos el fiel de ~~de~~ una celose balanza, pronto á inclinarse al mas ligero accidente. El pedacito de ave ó de pastel era llevado á los labios con la misma delicadeza con que una persona de buen gusto lleva á las narices una delicada flor-del-aire, y los indecisos labios lo tomaban tiernamente, despues que los ojos habian girado á derecha é izquierda para ver si alguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para ello en una mesa.

Todos los preceptos del caton éranse allí escrupulosamente cumplidos: el cubierto siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se habia servido; esperando todos que alguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los convidados hablaba una palabra.

Habia allí, sin embargo, una dama que comia mas libremente que las otras; y era la señora esposa de Don Antonio Diaz, personaje célebre de la emigracion oriental que acompañó á Buenos Aires al ex-presidente Oribe. Esta señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenia en comerse medio budin, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que habia saboreado para quitar de sus labios el gusto salado que habian dejado en ellos dos ó tres rebanadas de jamon, con que la señora quiso neutralizar el gusto á manteca que habia dejado en su boca un plato de mayonesa con que habia empezado á preparar su apetito.

Los coroneles Salomon, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Torres, García, Gonzalez Peña; los diputados Garrigós y Belausteguí, eran de los personajes mas notables que servian de caballeros federales á las damas de la mesa. Pero los coroneles y el comandante especialmente maldecian con toda buena fe al maestro de ceremonias Erézcano, que colocádolos habia en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomon sudaba; Santa Coloma se retorcia el bigote, y Crespo tosia.

El general Mancilla, que mejor que nadie conocia la ridiculez de aquel silencio y de aquella tirantez aldeánica, se fué de repente á fondo sobre el flanco de sus federales amigos.

— Bomba, señores, dijo levantándose con una copa en la mano, y con esa gracia y safaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pié.

— «Brindo, señores, dijo Mancilla, por el primer hombre de nuestro siglo, por el que ha de aniquilar para siempre el bando de los salvajes unitarios; por el que ha de hacer que la Francia se ponga de rodillas delante del gobierno de la confederacion argentina; por el ínclito héroe del desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier D. Juan Manuel Rosas; y brindo tambien, señores, por su digna hija que en tal dia como este vino al mundo para honor y gloria de la América.»

Las palabras del general Mancílla fueron la mecha, y el pulmon de los ilustres convidados fué el cañon que dió salida á la detonacion de su fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantez, se acabó la aldea; y comenzó el bullicio, la elasticidad y la bacanal.

— «Bomba, señores, gritó el diputado Garrigós, poniéndose de pié con la copa en la mano. Bebamos, dijo, por el héroe americano que está enseñando á la Europa que para nada necesitamos de ella, como ha dicho muy bien hace muy pocos dias en nuestra sala de representantes el dignísimo federal Anchorena; bebamos porque la Europa aprenda á conocernos, y que sepa que quien ha vencido en toda la América los ejércitos y las logias de los salvajes unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses, puede desde aquí hacer temblar los viejos y carcomidos tronos de la Europa. Bebamos tambien por su ilustre hija, segunda heroina de la confederacion, la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.»

Si el brindis del general Mancilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del caballero Mandeville, despues de esa amable y lisonjera salutacion á la Europa y al trono.

— «Bomba, señores, dijo el presidente de la sociedad popular, despues de haber visto las señas que le hacia su consultor Daniel Bello. que se hallaba frente á él tras las sillas de Florencia y Amalia.

— «Brindo, señores, dijo Salomon, porque nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes viva toda la vida, para que no muera nunca la federacion, ni la América, y para que.... y para que.... en fin, señores, viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y mueran los salvajes unitarios, y todos los gringos y carcamanes del mundo.»

Todos aplaudieron federalmente la improvisacion de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como tambien el cónsul sardo, no pudieron ménos de admirar la espontaneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenian.

Solo habia una persona que nada comprendia de cuanto allí pasaba; ó dicho de otro modo: que no comprendia que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba: y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvian á cada momento hácia Daniel, y sus miradas, esas miradas de Amalia que parecian tocar los objetos y descansar sobre ellos, le preguntaban con demasiada elocuencia: «¿dónde estoy, qué gente es esta; esto es Buenos Aires, esta es la culta ciudad de la república argentina?» Daniel la contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le era tan familiar: «despues hablaremos.»

Amalia se volvia á Florencia algunas veces, y solo encontraba en la picaruela cara de la jóven la espresion de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia mas adelantada que ántes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes habia llevado á sus labios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacia seña á Salomon, que acababa de hacerlas tambien á Santa Coloma, que aplaudia con sus miradas á Garrigós, que se sonreia con Manuela, que le enviaba una flor á Agustina, un dulce á Mercedes &a., Daniel, decíamos, echó vino en las copas de Amalia y de su Florencia, inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito:

— Es preciso beber.

— ¿Yo? le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que hubieran podido despertar los celos de Catalina de Medicis, si esa interrogacion hubiera sido hecha en un salon del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, ó mas propiamente dicho, en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florencia se tomó por él ese trabajo.

— Usted, sí, señora, usted beberá, y beberá conmigo, le dijo Florencia. Solamente que cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos....pero, mire usted, Amalia, Manuela hace á usted señas.

En efecto, Manuela hizo á Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto fué contestado con no ménos buen tono por la bellísima tucumana.

— «Señores, dijo el comandante y redactor Mariño, que de cuando en cuando giraba sus oblicuas miradas hácia Amalia; por el grande héroe de la América, por su inmortal hija, por la muerte de todos los salvajes unitarios, sean gringos ó nacionales, y por las bellas de la república argentina!» y los ojos de Mariño dieron media vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oir. Los generales Rolon y Pinedo consiguieron despues de grandes esfuerzos el hacer entender sus bríndis. El coronel Crespo tuvo que pararse sobre su silla para llamar la atencion sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomon dominó de repente la algazara y dijo:

— Señores, me manda decir la ilustre hermana de Su Excelencia nuestro padre, la señora Doña Mercedes, que pida un momento de silencio al entusiasmo federal, porque va á leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirigieron á la poetisa.

La Safo federal daba un papel á su marido colocado á sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistia á tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oido, pero que parecia ser terrible, furibunda, espantosa, como diria el señor Don Cándido Rodriguez, tenia lugar entre aquellos cónyuges modelo de contraste.

El desamparado papel pasó por fin á las manos de un criado, y de estas á las del general Mancilla con un recado de la autora.

El general desdobló el papel; lo leyó primeramante para sí mismo, y luego, y con toda la socarronería tan natural en su espíritu burlon y travieso, se paró con semblante grave, y con el tono mas magistral del mundo, leyó en medio á un profundísimo silencio:

SONETO.

Brillante el sol sobre el alto cielo
Ilumina con sus rayos el suelo;
Y descubriéndose de sus sudarios
Grita el suelo ¡que mueran los salvajes unitarios!

Llena de horror, y de terrible espanto
Tiembla la tierra de polo á polo,
Pero el buen federal se levanta solo
Y la patria se alegra y consuela su llanto.
Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes
Podrán imponernos férreas leyes,
Y donde quiera que haya federales
Temblarán en sus tumbas sepulcrales
Los enemigos de la santa causa,
Que no ha de tener nunca tregua ni pausa.

*Mercedes Rosas de Rivera.*

La lectura de estos versos originó una sensacion en los concurrentes, poco comun en los banquetes: dió origen á un temblor general; los unos, como Salomon y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo; los otros como Mancilla, como Torres, como Daniel &a., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron á llevar sus pañuelos á la boca.

Los bríndis se sucedieron luego: todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los señores Mandeville y Picolet bebieron tambien á la salud de Su Excelencia el Gobernador y su jóven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo, llegó tambien el de la suntuosa cena del 24 de Mayo de 1840.

Las señoras volvieron á los salones del baile, y miéntras la música y los jóvenes las recibian alegres, y miéntras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela &a., fueron sacadas en el acto para unas cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastas bríndis federales, los heróicos defensores de la santa causa, que no habia de tener tregua ni pausa, segun el último verso del soneto de Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Fué entónces cuando el entusiasmo subió á sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta energía á la espresion de ciertas pasiones en ciertas gentes, como el buen vino, el ruido de las copas y los bríndis.

Fué entónces tambien cuando se vertió una idea cuya espresion sencilla y reducida á sus términos mas precisos, hizo resaltar el fondo de ella, y que se grabara con acero en la imaginacion de los concurrentes: esa idea fué de Daniel.

Este jóven, despues de haber conducido á Amalia y á Florencia al salon, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y, tranquilo, imponente podemos decir, se

colocó en una cabecera de la mesa en medio del general Mancilla y del coronel Salomon, tomó una copa y dijo:

— «Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la América, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.»

Nadie habia tenido el valor de definir y espresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban; y, como sucede siempre cuando alguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo labio no se presta comunmente á darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiracion de todos, cuya aprobacion se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedió al brindis de aquel jóven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables ante la susceptible aunque santa federacion, por el hecho de ser ciudadanos de un país con cuyo gobierno estaba en cuestion el héroe esclarecido de aquella época de subversion y sangre, de salvajería y vandalismo.

El mismo general Mancilla no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el brindis de aquel jóven, y en los secretos de su pensamiento admiró la locura de aquella alma á quien las doctrinas de la época habian estraviado tanto y tan temprano

Providencia divina! Daniel que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel que en efecto habria dado los majores años de su vida porque su sanguinario deseo se cumpliese en alguno de los inocentes estranjeros que residian en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre mas puro de aquella reunion, y el hombre mas europeo que habia en ella. Pero él queria buscar en esas gotas de sangre la ocasion de que la Francia, la Europa entera descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la federacion, para contener de este modo el rio de lágrimas y sangre que veia pronto á desbordarse sobre toda una sociedad cristiana é inocente: era la aplicacion de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofía y la moral, que autoriza el sacrificio de los ménos para la conservacion de los mas: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvacion general, lo que buscaba aquel jóven consagrado con toda su conciencia á la liberacion de su patria, y á revindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto á costa de su nombre, á costa de su porvenir quizá; ar-

rostrando el odio de los hombres honrados, y la admiracion de los malvados, que es todavía peor que aquello para los hombres de virtud y de corazon!

Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salon y dijo á su prima:

— Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

— No es nada, la contestó el jóven, acabo de jugar mi nombre á la salud de mi patria.

— Vamos, Florencia, prosiguió Daniel dirigiéndose á su amada, que en aquel momento se acercaba á Amalia.

---

## CAPITULO XII.

### Despues del baile.

Durante que Daniel estaba en la mesa, la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla de nuevo habia restablecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demas de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no habia separádose de ella sin prometerla muchas visitas, esperando, decia, que su íntima amiga la señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no habia hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad la ofreciera el momento de estrechar su relacion con ella.

Algunos minutos despues que Amalia, Florencia y Daniel habian salido del baile, el coche paraba á la puerta de la casa de Madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar á Florencia, á cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto á otro en la misma calle de la Reconquista. De este último bajó Eduardo Belgrano á tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió á su coche, que era aquel en que Eduardo habia estado esperándole, y este fué á ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de esta cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empedrada calle de la Reconquista, en direccion á Barracas.

Miéntras el coche descendia lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la república con el imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de su habitual residencia, Amalia referia á Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habian presentado á sus ojos; las trepidaciones en que se habia encontrado su espíritu; y la violencia que se habia hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se habia encontrado entre gentes y ocurrencias tan ajenas de sus gustos y de su educacion.

Tal era el asunto de la conversacion de los dos jóvenes, y ya el carruaje se aproximaba á la capilla de Santa Lucía, para tomar la calle Larga, cuando cerca al ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fué alcanzado por tres jinetes que, á todo el correr de sus caballos, habian bajado la barranca del general Brown y seguido la misma direccion que traia el coche.

La intencion de estos hombres se hizo bien manifiesta desde el momento: dos de ellos flanquearon los caballos del cocho y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda á los que dirigia.

El otro de aquellos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitacion de la carrera, dijo:

— Somos gente de paz, señora; yo sé que va usted perfectamente acompañada con el señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado á correr tras el carruaje para tener el honor de ofrecer á usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres á caballo que estaban junto á los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traia guardada entre el cañon de una pistola de caballería que hizo su buen papel en media docena de ciertos dramas que se representaran veinte años ántes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto á tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que llegase á sus manos, con un grueso baston de tala que previsoramente habia colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas habia pasado á sus manos desde el momento en que paróse el coche.

Eduardo no tenia mas armas que un pequeño puñal en el baston en que se apoyaba al andar.

El individuo que habia hablado estaba cubierto con un poncho oscuro, y, vuelto hácia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que habia hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinacion admirable, que las hace comprender entre un millon de hombres, cual es aquel en que han hecho impresion con su belleza; y en las circunstancias mas dificiles y mas estrañas una mujer sabe al momento adivinar, si ella hace parte allí, y de dónde ó de quién podrá surgir el misterio que los demas no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oido de Eduardo y le dijo:

— Es Mariño.

— Mariño! esclamó Eduardo.

— Sí, Mariño.... es un loco.

— No; es un pícaro.... Señor, dijo Eduardo alzando la voz, esta señora va perfectamente acompañada, y suplico á usted tenga la bondad de retirarse, y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

— No es á usted á quien yo me he dirigido, Señor Bello.

— Aquí no hay nadie de ese nombre; aquí no hay mas que....

— Silencio, por Dios! Señor, continuó Amalia dirigiéndose á Mariño, doy á usted las gracias por su atencion, pero repito las palabras de este caballero, y suplico á usted quiera tener la bondad de retirarse

— Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar, dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos del coche para abrir la puerta; pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo sobre-natural lo volvió á su asiento.

— Me parece que ese señor está poco habituado á tratar con caballeros, dijo Mariño.

— Caballeros que paran los carruajes á media noche bien pueden ser tratados como ladrones. Pedro, adelante, gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron á pararlos, sin nueva órden del que parecia comandarlos, cuando Pedro dió un latigazo á los caballos, muy dispuesto á hacer uso de su pistola si alguien continuaba á estorbar la marcha del carruaje de su señora.

El comandante Mariño, pues que no era otro que él, picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo á su lado á gran galope, pudo hacer oir de Amalia estas palabras:

— Sepa usted, señora, que no he querido hacer á usted ningun mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras Mariño suspendió su caballo y volvió

á la ciudad por la barranca de Balcarce, miéntras Amalia, cinco minutos despues, entraba á su salon del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

II.

En el gabinete contiguo al salon, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida estaba sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la jóven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos dias de Mayo, sobre el que tanto se habia precipitado el invierno de 1840.

A un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en el alcoba de Amalia, sobré la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastrinos de la jóven la capa de terciopelo azul que los cubria, y quedóse estasiado largo rato, contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesion él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo dia.

Qué mujer no se envanece de descubrir la admiracion que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazon?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplacion de Eduardo el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo á Eduardo las escenas mas notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: habia referídole los miradas de Mariño, y las palabras de él que le habia trasmitido la señora de N.... Eduardo entónces dió otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba el haber dejado ir á Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecia.

Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza y en su espíritu, habia pasado tambien por las manos de la naturaleza femenil, y poseia, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad esclusiva para volver el contentamiento al corazon de los hombres, miéntras que poseen la virtud del Leteo para hacerles olvidar los sucesos ó las ideas que quieren; y diez minutos despues, Eduardo no se acordaba do Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el universo, habian desaparecido de su memoria, absorta toda la accion y la sensibilidad de su alma en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si alguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormia tranquila á dos

pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habria comprendido entónces todo lo que hay de bello, de sentimental y de divino en ese amor del alma que solo sienten los corazones nobles, y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la naturaleza y los deberes de la religion y la moral, entre las impresiones de la organizacion física, y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo mas fuerte de la impresion de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence á si mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

— Sí, soy feliz! esclamó Amalia despues de un momento de éstasis en que sus ojos habian estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

— Amalia! si yo hubiera perdido por usted los mas bellos años de mi vida; si yo hubiera derramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serian la corona de mi felicidad y de mi gloria! esclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

— Sí, soy feliz! porqué negarlo? prosiguió Amalia. Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mia la naturaleza. La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma á la libertad y á la independencia de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillacion ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande ó noble en la naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comunmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es mas que un mal, es una verdadera desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entónces quise aislarme en mi patria. Para vivir ménos desgraciada, he vivido sola despues que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y.... tranquila solamente. Me faltaba algo.... sí, algo.

— ¿Y bien?

— Hoy, ya no pido á Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazon sin mas ambicion que la que hoy siento.

— Amalia, ídolo angelicado de mi alma; sí, es necesario mezclar á Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo orígen; se han hallado; se han conocido, y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por la obra de una inspiracion de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad suprema. Amalia, serás mia, mia para siempre, ¿no es verdad?

— Sí, sí; con el alma, con el pensamiento en todos los instantes de mi vida....pero, nada mas por Dios! esclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

— Amalia!

— No, no, jamas;....perdon, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo....no hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El genio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquellos que se identifican en mi suerte....he perdido á cuantos me han amado....hay en mis sueños una especie de voz profética, un alarido de predestinacion terrible que ha sacudido mi pobre corazon toda vez que he llegado á imaginar una felicidad futura en mi existencia. Por compasion, Eduardo....yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambicion de mi alma; no mas, pues....separémonos, lleve usted consigo el regalo del primer amor que he sentido en mi vida; y despues.... despues olvídeme. Yo conservaré estas horas, todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo original hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver á contemplarlo en el cielo. Pero no mas que esto, Eduardo. Yo sé; tengo fija, encarnada en la vida la idea de que mi amor se convierte en lágrimas y desgracias; y es porque yo amo, que quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazon.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; habia algo de inspiracion celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

— Amalia, la respondió Eduardo, ya no hay amor en mi corazon: hay la adoracion que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoracion que tiene un corazon como el mio por todo lo que es grande y sublime en la naturaleza. A la mujer á quien creia feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazon; á la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazon y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre

mi cabeza, moriré á tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazon á mi memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazon para amarte, un brazo para defenderte, una vida á la consagracion de tu ventura, hé ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

— No, jamas.

Eduardo en efecto hizo la accion de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la jóven sintió el calor de los abrasados labios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y generalmente mentidos de las personas de su sexo en tales casos, recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo; oprimió su mano fuertemente entre las suyas; lo miró tiernamente, y fué tranquila, en apariencia, á despertar á la pequeña Luisa.

El amor habia recibido el beso, el deber ponia fin á aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su esquisita eleccion.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su señora, Eduardo estendió su mano de despedida á Amalia. Ella entónces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que habia llevado al baile, y se la presentó á Eduardo.

Un minuto despues, su mirada estaba fija aun en la puerta por donde habia retirádose el primer hombre que habia llamado á la que guarda los secretos afectos en el corazon de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró á su alcoba, á velar las recordaciones de esa noche, á la luz dulce y poética de su alma enamorada.

---

# PARTE TERCERA.

## CAPITULO I.

### En Montevideo.

El lector tendrá que acompañarnos esta vez á un paseo de pocas horas á la parte septentrional del Plata, siguiendo con nosotros á uno de los actores principales de nuestra historia; y despues volveremos á tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos dias del mes de Julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran rio, sacudido pocas horas ántes por las alas poderosas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro el ancho puerto de Montevideo, imitando á un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro, ese cíclope que vigila la mas jóven de las hijas de América, parecia esa noche, á la claridad de la luna, levantar mas alta que nunca su cabeza, jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pié de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida á esas palomas del mar del sur, que, arrebatadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del munde, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una, ora sobre

otra, mostrándose y perdiendose á la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algun buque, ó las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pequeño bajel, que tenia la audacia de surcar las ondas de ese rio que desafía al mar en los dias que da curso libre á sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una *ballenera* de Buenos Aires; embarcaciones que hacian diariamente el contrabando durante el bloqueo frances sobre aquel puerto.

Esta pequeña embarcacion descubierta solo traia cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos á cazar la gran vela tirriana que la hacia volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timon, cubierto con un capote de barragan y un gran sombrero de hule, el otro reclinado sobre la pequeña borda envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con visera. El primero solo movia sus ojos de la vela á la onda, y de la onda á la vela; el segundo no los separaba de un solo punto: hacia media hora que estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba á sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios, de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbia la atencion de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazon argentino la presencia de la ciudad de Montevideo: contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y mas que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazon argentino qne llegaba á sus playas, el recuerdo de una emigracion refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surgian, fomentadas por la accion incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese elaboratorio vasto y prolijo de oposicion á Rosas, en ese Montevideo en donde solo con *dejar hacer*, la poblacion se habia triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonádose cuanto elemento parecia suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginacion humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres á medida que los ve de léjos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo,

en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del pequeño batel.

— «Se han hecho fuertes, porque se han asociado, decia entre sí mismo. Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones le protegen, y el comercio ó la industria le abren sus copiosos canales al momento: y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal á su paz, á su libertad y á su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo comun: y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas disensiones.» Y pensando así, los vivísimos ojos de ese hombre cuya fisonomía jóven é inteligente estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecian querer penetrar al traves de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse, en el exámen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuia su imaginacion, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

— ¿Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto? preguntó al hombre de capote de barragan, mirando su reloj que apuntaba las nueve y media de la noche.

— No, Señor Don Daniel, contestó con una franca acentuacion inglesa el hombre á quien se habia llamado Douglas, vamos á desembarcar un poco á la derecha de aquella fortaleza.

— ¿Qué fortaleza es esta?

— El fuerte de San José.

— ¿Hay próximo á ella algun muelle?

— No, señor; pero hay un desembarcadero que se llama el *Baño de los Padres*, donde atracan los botes de las estaciones de guerra, y donde podremos desembarcar sin mojarnos, porque la marea está muy alta.

Cinco minutos despues, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, rociada á menudo por las aguas del rio, seguia á Mr. Douglas, quien despues de haber dado algunas órdenes á los marineros, dijo á Daniel:

— Por aquí, señor, tomando al sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

A dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, paróse Mr. Douglas en la primera puerta á mano derecha, y dijo á Daniel:

— Esta es la casa, señor.

— Bien, irá usted á esperarme á la fonda ¿cómo me dijo usted?

— La fonda del Vapor.

— Bien, me esperará usted en la fonda del Vapor. Tome usted una habitacion para mí, por si tenemos que pasar la noche.

— ¿Pero cómo se irá usted solo? usted no sabe las calles.

— De aquí me conducirán.

— ¿No será bueno preguntar si está la persona á quien usted viene á ver, ántes de retirarme yo?

— No hay necesidad, si no está, la esperaré; puede usted retirarse.

Mr. Douglas se retiró en efecto; Daniel dió dos fuertos aldabazos, y preguntó al criado que salió á abrir:

— ¿Está en casa el señor Bouchet de Martigny?

— Está, señor, contestó el criado, mirando á Daniel de piés á cabeza.

— Entónces, entréguele usted esto ahora mismo, dijo, dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo no sabiendo si cerrar ó dejar abierta la puerta de la calle, porque Daniel al abrir su leviton, y sacar del chaleco la media tarjeta que iba á servir de seña, habia puesto de manifiesto á los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traia á su cintura, pasaporte con que quince horas ántes se habia embarcado en Buenos Aires.

El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y algunos segundos despues, volvió muy atencioso á decir á Daniel que pasara adelante.

---

## CAPITULO II.

### Conferencias.

Daniel dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó á la sala donde el señor Martigny, al lado de la chimenea, leia algunos periódicos.

Los ojos del agente frances, jóven aun y de una fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y espresiva de Daniel, pálida y ojerosa entónces, y no

pudo ménos de revelar cierta sorpresa que no pasó inapercibida de Daniel: este quiso entónces dar su primer golpe sobre el espíritu del señor Martigny, y al cambiarse con él un apreton de mano, le dijo en perfecto frances, sonriendose, mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes:

— Os sorprendéis, señor, de hallar tan jóven á vuestro viejo corresponsal ¿no es así?

— Pero esa sorpresa cede el lugar á la que me causa vuestra penetracion, señor.... perdonád que no os dé vuestro nombre; pues que para mí es un misterio aun.

— Que dejará de serlo en el momento, señor: las cartas podian comprometerme; las palabras fiadas á vuestra circunspeccion de ningun modo: mi nombre es Daniel Bello

El señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto á la chimenea.

— Os esperaba con impaciencia, señor Bello, despues de vuestra carta del 20, que he recibido el 21.

— El 20 os pedia una conferencia para el 23, y hoy estamos á 23 de julio, señor Martigny.

— Guardáis en todo una exactitud admirable

— Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, señor; porque de lo contrario suelen perderse las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos: os prometí estar el 23 en Montevideo, y héme aqui; debo estar en Buenos Aires el 25 á las doce de la noche, y estaré.

— ¿Y bien, señor Bello?

— Y bien, señor Martigny: la batalla se ha perdido

— Oh, no!

— ¿Lo dudáis? preguntó Daniel un poco admirado.

— No tenemos todavía detalles oficiales, pero segun algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

— ¿Entónces creéis que ha sido ganada por el general Lavalle?

— Tampoco: creo que se ha derramado sangre inútilmente para los combatientes.

— Os equivocáis, señor, dijo Daniel con una entonacion de voz tan grave y tan segura que no pudo ménos que intricar fuertemente el espíritu de Mr. Martigny.

— Pero vos, señor, no podeis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del general Rosas.

— Olvidáis, señor Martigny, que hace un año os suministro á vos, y, como debéis saberlo, á la comision argentina,

y á la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no solo sobre la situacion de Buenos Aires, sino sobre los actos mas reservados del gabinete de Rosas. Olvidáis esto, señor, cuando creéis que yo haya recogido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudéis, la batalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el ejército libertador. El parte del general Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo á mi servicio en el ejército de Rosas.

— ¿Traéis el parte, señor? preguntó el señor Martigny algo perplejo.

— Hélo aquí, señor, y Daniel le entregó un papel, que el agente frances desdobló sin precipitacion, y que leyó, parado junto á la chimenea.

«¡Viva la Federacion!

«El General en Jefe del Ejército unido de operaciones de la Confederacion Argentina —

«Cuartel General en las Puntas del Sauce Grande, Julio 16 de 1840. Año 31 de la Libertad, 26 de la Federacion Entreriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederacion Argentina.

«*Al Exmo. Señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República.*

«Dueño del campo de batalla por segunda vez, despues de un combate de dos horas, en que los bravos defensores de la independencia nacional han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infames esclavos del oro estranjero, tengo la satisfaccion de comunicar á V. E. tan plausible acontecimiento, y congratularle por los inmensos resultados que debe producir.

«Habiendo empleado el enemigo el dia de ayer en un furioso pero inútil cañoneo, que fué vigorosamente contestado, se resolvió al fin hoy á la una de la tarde á traernos el ataque. Para este fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi toda su caballería, miéntras que su artillería asestaba sus fuegos, pero no impunemente, al centro de la línea, por cuyo motivo el choque de nuestros escuadrones tuvo lugar á

retaguardia de la posicion que ocupábamos. Allí fueron acuchilladas esas ponderadas legiones de los traidores: quedando tendidos mas de seiscientos, entre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se tomaron veinte y seis prisioneros incluso un capitan. Se dispersaron unos hácia el norte buscando la selva de Montiel y otros á varias direcciones hasta donde permitia perseguirlos el estado de nuestros caballos.

«Entretanto nuestra artillería no estaba ociosa, repeliendo con suceso los tiros de la enemiga, y nuestros batallones aguardaban con imperturbable serenidad la aproximacion de los contrarios que venian haciendo fuego, para descargar sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que acobardados los infames correntinos que escaparon con vida, se entregaron á la fuga ántes de llegar á la bayoneta, arrojando los armas. Ya se me han presentado mas de cien fusiles.

«Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan de sesenta individuos fuera de combate, muertos y heridos. Solo me resta asegurar á V. E. que los señores generales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con bizarría, y espero completar en breve la destruccion de los restos del enemigo, para recomendarlos como merecen al aprecio de sus compatriotas y de todos los amigos de la independencia americana.

«Dios guarde á V. E. muchos años

«PASCUAL ECHAGÜE.

«Adicion. — En la batalla nos presentó el enemigo una fuerza de estranjeros, que acompañó á los traidores correntinos á la ignominiosa fuga en que se pusieron.

«ECHAGÜE.

«*José Francisco Benites.*
«Secretario militar.»

— En ese parte, dijo Daniel, luego que el señor Martigny hubo acabado su lectura, hay todas las exageraciones, y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad que la batalla ha sido perdida por el general Lavalle.

— Sin embargo las cartas recibidas

— Perdon, Señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires á Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras: he venido en la persuasion de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder entónces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podria hacerse aun.

— Y bien, ¿qué podria hacerse, Señor Bello? contestó el señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla

— ¿Qué podria hacerse? os lo diré, señor; pero tenéd entendido que no es de la pobre cabeza de un jóven de donde salen las ideas que vais á oir, sino de la situacion misma, de los hechos que hablan siempre con mas elocuencia que los hombres.

— Habládd, señor, habládd, dijo el agente frances, seducido por la palabra firme, y por la fisonomía de aquel jóven, radiante de inteligencia.

— Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las mas fuertes de ellas pertenecen á la revolucion. En el litoral, Corrientes y Entre-Rios, levantan tambien las armas de la libertad. El Estado Oriental se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia estendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, Señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien: en todo ese tiempo se ha progresado, ó se ha retrogradado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino comun á la república, al Estado Oriental y á la Francia? De los puertos y costas de la provincia. el bloqueo frances ha limitádose á lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el océano. En las provincias del interior la revolucion no ha marchado adelante, y toda revolucion que se para en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la república, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos á Corrientes y Entre-Rios, hoy no tenemos sino á la primera en peligro de ser dominada mas tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, léjos de adelantar. El porqué de este mal es muy sencillo: porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas no ha sido dirigido aun sobre Buenos Aires: es ahí, Señor Martigny, donde está la resistencia, y es ahí á donde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores una retirada no es una derrota. Y si el general Lavalle pasase el Parana, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en dia y hora convenida atacase la ciudad por la parte del campo, al mismo tiempo que una division oriental, en que entrase toda la emigracion argentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro Rosas entónces, ó tendria que embarcarse ó entregarse á los invasores, porque la ciudad no podria ofrecer sino una débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en Lopez y en Aldao: el poder de

Rosas es Rosas mismo: la república es Buenos Aires ausentemos á Rosas: tomemos posesion de la ciudad, y no hay guerra, Señor Martigny, ó si la hay será insignificante y por corto tiempo.

— Bien, señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinion que vos, sobre la invasion á Buenos Aires.

— ¿Ya?

— Desde ántes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El señor Martigny se aproximó á una mesa, y, de una papelera de tafilete verdo tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo:

— Ved aquí, señor, un estracto de carta del general Lavalle, comunicada á Mr. Petion, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el señor Carril.

«Que su posicion puede llegar á ser muy crítica. Que los soldados del enemigo son de una fidelidad inconcebible hácia Rosas; que lo sufren todo; y que no hay que contar con una defeccion. Que, por consecuencia, el ejército de Echagüe, que es tan fuerte en número como el suyo, es bastante para ocuparlo; pero que á retaguardia suya se forma otro ejército, temiendo el quedar de un momento á otro entre las operaciones de ambos. Que por este solicita saber de Mr. Petion, si sus buques podrán trasportarlo con dos mil hombres á la otra costa.»

— Y bien, dijo Daniel, si esa era la opinion del general Lavalle ántes de la batalla, mucho mas lo será despues de ella. ¿Cree usted que seria fácil combinar la operacion simultánea de que he hablado?

— No solo no es fácil, sino que es imposible.

— ¿Imposible?

— Sí, señor, imposible. Lo que acabo de leeros, la opinion del general se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es mas enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinion como una traicion de Lavalle á compromisos que ellos inventan, pues que el verdadero compromiso de todos es el de operar en sentido de la ruina de Rosas. El general Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la república argentina, no solo no consentiria que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en combinacion con Lavalle, sino que pondria obstáculos á la sola invasion de este, si en su mano estuviera.

— Pero están locos, señor!

Mr. Martigny se encogió de hombros.

— Pero están locos! continuó Daniel. ¿No sabe el gene-

ral Rivera que en esta cuestion se juega la vida de su país mas que la de la república?

— Sí, lo sabe.

— ¿Y entónces?

— ¿Entónces? Eso es ménos grave para el general Rivera, que un triunfo del general Lavalle sobre Rosas. Es una cision espantosa, señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigracion argentina. Esplotan las susceptibilidades de ese general, le irritan y le exasperan sus amigos; oíd este fragmento de carta de un jóven de gran talento pero muy apasionado en esta cuestion; es una carta al general Rivera:

»Aquí estamos agobiados, y en cierto modo tiranizados, por una reunion de hombres entre los que hay algunos orientales que toleran y autorizan el descrédito del país en cambio de ensalzar á los *honrados caballeros* que pisan la fe de los tratados y se ocupan en infames seducciones y en desleales manejos. Esto no es exageracion, general, nosotros vemos que aquí, el que puede hacerlo, de todo se ocupa, ménos del crédito y de los intereses del país.

»Nosotros vemos aquí, que los agentes franceses no oyen mas que á los argentinos alborotadores como . . . . &a., y que de nuestra parte no hay nadie que haga ni la tentativa de defender á usted. En fin, general, vemos todo, ménos lo que deseáramos. Los que se *irán á vivir á Buenos Aires* son los que dan el tono y la direccion.»

— Vos lo veis, continuó Mr. Martigny, los intereses generales, léjos de estar asociados en estos países, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fraccion. La Francia, á su vez, se repara á desentenderse de esta cuestion; las instrucciones que me sirven de regla política, tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del señor Thiers, me la desvanece la situacion de la Francia, que presta toda su atencion á la cuestion de oriente, al mismo tiempo que la guerra de Africa la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

— ¿Pero quién manda en Montevideo, señor? preguntó el jóven.

— Rivera.

— Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña, hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

— No; manda Rivera.

— ¿Y la asamblea?

— No hay asamblea.

— ¿Pero hay pueblo?

— No hay pueblo: los pueblos no tienen voz todavía en

la América; hay Rivera; nada mas que Rivera. Hay algunos hombres de talento como Vasquez, Muñoz &a., y hay muchas inferioridades que rodean al general Rivera, y hostilizan á aquellos porque son amigos de los porteños.

El telon de un escenario nuevo se levantaba á los ojos de Daniel. Por su cabeza jamas habia pasado ni una sombra de las realidades que le referia el señor Martigny. El, cuyo sueño de oro era la asociacion política, como la asociacion en todo; él que hacia poco creia que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la guerra á Rosas: él que creia llegar á una ciudad donde los intereses del pueblo tenian voz mas poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debia conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas, que aquella que le inspiraban los últimos esfuerzos que haria el ejército que mandaba el general Lavalle, destinado á convertirse en una cruzada de héroes, ó de mártires.

— Bien, señor, dijo Daniel: yo soy hombre que jamas pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos: el general Rivera no quiere marchar de acuerdo con el general Lavalle; no se podrá conseguir que se efectúe una operacion combinada sobre Buenos Aires; una batalla se ha perdido; la opinion del general Lavalle es de invadir la provincia de Buenos Aires ¿no son estos los hechos?

— Verdaderamente.

— Entónces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del general Lavalle para persuadirle á que invada á Buenos Aires sobre el punto mas próximo á la ciudad; que marche sobre ella inmediatamente; que no se distraiga, sino el tiempo necesario en la provincia para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida ó la muerte de la patria: la reaccion será operada por la audacia misma de la empresa; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, á ser de los primeros que salgan á las calles á abrir paso á las tropas libertadoras, ó á apoderarme del parque, de la fortaleza, ó de la plaza que se me indique.

— Sois un valiente, Señor Bello, dijo Mr. Martigny apretando la mano de Daniel, pero vos sabéis que mi posicion oficial me impone una circunspeccion tal en estos momentos indecisos, que para una operacion así, solo podria dar mi opinion privada al general Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer mas que esto: hablaré con algunas personas de la comision argentina, y si, como ya lo creo, la batalla se ha

perdido y el general Lavalle se decide á invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinion las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

— Eso es todo, señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder, en ella están todas las cuestiones pendientes de la actualidad; no hay que equivocarse, Buenos Aires es la república argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota: subamos un dia al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El señor Martigny iba á responder, cuando un criado entró á la sala y dijo:

— Los señores Agüero y Varela.

— Que pasen adelante, contestó el señor Martigny.

— Me retiro, señor, dijo Daniel

— No, no, al contrario, os quedaréis.

— Una palabra, ante todo.

— Hablád.

— Yo no conozco de estos caballeros sino el talento ¿conoceis vos su circunspeccion?

— Yo respondo de ella.

— Entónces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo me respondo de la seguridad que me dais, dijo Daniel parándose junto á la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad de agente frances, con la cortesía que encerraron sus ultimas palabras.

---

## CAPITULO III.

Continuacion del anterior.

Por la primera vez de su vida Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo al ver entrar á la sala del Señor Martigny aquellos dos personajes, cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la república desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno como hombre de estado, el otro como literato; el uno, encarnacion viva del partido unitario; el otro, término medio entre el partido unitario y la nueva generacion que ni era federal, ni unitaria, y á que Daniel pertenecia por su edad y por sus principios.

La tradicion popular por una parte, que siempre agranda los hombres y las cosas á medida que los años pasan; el espíritu de partido por otra parte; la desgracia, en fin, que habia echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Heras, organizado en la presidencia; ilustrado y altivo en el congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar pero no sostener, todo esto contribuia á que los nombres célebres de ese partido circulasen entre la juventud á que pertenecia Daniel, con una superabundancia de exageraciones que hacia reir á los federales viejos, y que heria la imaginacion de los jóvenes, siempre dispuestos á creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que ellas glorifican la patria, y heroifican á los que murieron por ella en el cadalso y en las batallas, o sufrieron la desgracia santa de la proscripcion, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así los nombres de los viejos emigrados en 1829 en los que figuraban en primer linea los Varelas, los Agüeros, eran los favoritos á la admiracion y al respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habian hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, segun la opinion popular, llegado el dia de la regeneracion argentina.

La legislacion, la literatura, la política, todo tenia sus representantes legítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creian los jóvenes que de la boca de aquellos no se desprendia una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, ó en literatura, ó en ciencia: todos deseaban conocer de cerca á esos varones monumentales de la ilustracion argentina, y todos temian, sin embargo, el caso de tener que habérselas con ellos en cualquier asunto que hiciese relacion á los intereses de su país, ó mas bien, todos temian el tener que pronunciar una palabra delante de ellos, tan persuadidos estaban de su indisputable suficiencia. Tales eran las creencias populares de la juventud argentina á la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte é inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar facilmente de aquel torrente de opinion; sin embargo, mas ó ménos, él estaba seducido como los demas, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresion nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara á cara por la primera vez de su vida con el señor Don Julian Agüero, ministro del señor Rivadavia, y el señor Don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso é ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida mirada los dos personajes que se le presentaban.

El señor Agüero era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía dura y encapotada, sus ojos se escondian bajo las salientes, pobladas y canas cejas que los cubrian, y uno de ellos especialmente, por un defecto orgánico, quedaba mas oculto que el otro, bajo su espeso pabellon; de allí, sin embargo, despedian una mirada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venian á juntarse sobre la frente algunos cabellos blancos como la nieve, que cubrian un poco la parte superior completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona del señor Agüero, que entró á la sala de Monsieur de Martigny, caminando un poco inclinado hácia la derecha como era su costumbre, vistiendo un levita color pasa abotonado, corbata y guantes negros, con un pequeño baston en su mano izquierda, que no le servia de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el señor Varela, se presentó á la mirada de Daniel como el tipo contrario del señor Agüero: alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca; una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la espresion ingenua del semblante respondia por la lealtad de esa sonrisa; ojos pequeños, pero vivísimos é inteligentes; una frente poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello oscuro y lacio que caia sobre unas sienes descarnadas, y que mas revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del señor Varela, que entró á la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacia mas elegante, sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dió la naturaleza.

— Señores, les dijo el señor Martigny, despues de saludarlos cordialmente, voy á tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y á quien, sin embargo, no habíamos visto nunca.

El señor Agüero y Varela miraron á Daniel.

— Es un compatriota vuestro, dijo el señor Martigny.

Daniel y los recien llegados se hicieron un saludo. El señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El señor Varela, por el contrario, parecia felicitar la llegada de Daniel con su espresiva sonrisa, y dijo:

— ¿Y podremos saber el nombre de este caballero?

— Poco adelantariais con eso, continuó el señor Martigny, pero os daré mucha luz preguntándoos, si no habeis visto nunca una escritura de esta forma?

Y el señor Martigny tomó una carta de su papelera y se la presentó al señor Varela.

— Ah! esclamó este, pasando su mirada vivísima de la carta á la fisonomía de Daniel.

— El señor es nuestro antiguo corresponsal, prosiguió el señor Martigny, que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El señor Varela dejó la carta y, sin hablar una palabra, se fué á Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho. Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenia apénas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes mas pálidos que costumbre: cada uno habia creido estrechar la patria contra su corazon.

El señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel, y fué á sentarse, con su tranquilidad y seriedad habitual, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

— ¿Ha sido usted perseguido? preguntó á Daniel el señor Varela.

— Felizmente no, y mas que nunca estoy garantido actualmente de toda persecucion en Buenos Aires.

— ¿Pero usted ha emigrado? continuó Varela, mirando sorprendido á Daniel, en tanto que el señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenia en la mano.

— No, señor, no he emigrado; he venido á Montevideo por algunas horas solamente.

— ¿Y se vuelve usted?

— Mañana sin falta.

El señor Varela miró á Monsieur Martigny, quien comprendió la mirada, y le dijo:

— No comprendéis, señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo esplicaré: hace tres dias que recibí una carta de este caballero, anunciándome quo hoy llegaria á Montevideo á tener conmigo una conferencia y que se volveria luego: me pedia una seña para hacerse conocer de mí, le mandé la mitad de una carta de visita; ha cumplido exactamente su palabra; hace una hora que estamos juntos, y mañana parte; ved ahí todo Cuando habeis llegado, no he creido deber ocultaros este suceso porque conozco vuestra circunspeccion, y para daros una prueba del concepto que de ella tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Despues de esta noche todos debemos olvidar este nombre por algun tiempo.

— Señor Bello, dijo Varela, hace mucho tiempo que os admiramos; habeis hecho grandes servicios á nuestro país en la comunicacion continua y segura que sostenéis con los que trabajan por su libertad, pero el interes que me inspiráis me autoriza para deciros, que corréis grandísimo peligro en volver á Buenos Aires despues de haber salido de él, aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un gesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía, que equivalen á veces á un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicaz del señor Varela comprendió que el jóven le decia:

— No me cuido de mí, no hablemos de mí.

— Y bien, ¿qué hay? qué hay? ¿Continúan las persecuciones? ¿Ha habido nuevas víctimas? preguntó Varela.

— Sí, señor, respondió Daniel.

El señor Agüero volvió sus ojos á Daniel, lo miró un instante y los volvió á fijar en el fuego de la chimenea.

— Y son quiénes, Señor Bello?

— Tenéd la bondad de leer esta lista, dijo Daniel entregando un papel al señor Varela.

Este leyó:

*Nombres de los individuos que han sido presos en la semana anterior.*

P. Bernal, M. Sarratea, L. Martinez, S. Molina, S. Maza, Galazada. C. Codorac, Cornet, Dr. Tagle, F. Elias, S. M. Achabal, F. Pico. R. Lista, S. Raya, M. Pineda, D. Pita, S. Alvarez, Viedma, S. Borches, S. M. Pizarro, C. Grimaco, S. Hesse (inglés), Chapeaurouge (hamburgues)- Dos sobrinos del difunto Villatañe. Un fraile dominico. Se le llevó amarrado á la carcel por haber dicho que el guardian de su convento era tan tirano como Rosas.»

— ¿Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones? preguntó el señor Agüero, luego que el señor Varela hubo acabado de leer la lista.

— Se habla algo de agio, respondió Daniel, pero el señor Viñales no era agiotista, continuó.

— ¿Vinales?

— Sí, Señor Varela: el anciano Don Martin Viñales, antiguo alcalde de la hermandad en Lobos, ha sido fusilado en Buenos Aires el dia 15 del corriente, sin decirse porqué, pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crímen las tenéis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de Mayo, porque desde esa fecha, señores, no lo dudéis, ha comenzado para nuestro país la época que alguna vez se llamará del *terror;* sigue su curso á medida que los acontecimientos lo-

líticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen á Rosas.

— Luego, ¿está apurado? dijo Varela

El señor Agüero meneó afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos al aire con su baston

Aquella afirmativa no se escapó á Daniel, y dijo

— No, señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido He llegado á comprender por vuestros periódicos, que estáis persuadidos que Rosas hará mayor el número de sus víctimas á medida que sea mayor el peligro que le amenace, y debo deciros que estáis equivocados.

El señor Agüero miró á Daniel: la palabra *equivocados* le sentó mal. El señor Martigny admiraba cada vez mas en Daniel el tono de firme conviccion con que espresaba sus ideas.

— Pero no es concebible que los triunfos irriten á un hombre, dijo el señor Varela.

— Exactamente; pero si á Rosas no le irritan los triunfos, tampoco le irritan los reveses de su fortuna: es inirritable, Señor Varela. Su dictadura es reflexiva; sus golpes todos son calculados; no calcula matar á este ó al otro hombre, pero calcula cuando es necesario que corra sangre, y entónces le es indiferente la clase ó el nombre de la víctima. Bajo este sistema recordád su conducta despues de tres años, y hallaréis que durante el peligro jamas exaspera á los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de solidificacion, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Así lo encontraréis ántes y despues de la revolucion del sur, ántes y despues de lo mas crítico de la cuestion francesa; y así lo encontraréis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algun derecho, á medida que de cuando en cuando conquista alguna ventaja en su situacion.

Y á medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organizacion nerviosa, ese pedernal que, á semejanza del coronel Dorrego, la discusion era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidez que pocos momentos ántes lo habia descompuesto algo, y entraba á paso de carrera á reconquistar en la discusion la energía de su espíritu y la lucidez de sus ideas.

— Pero sucede lo contrario de lo que decis, Señor Bello, dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacia olvidar fre-

cuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

— ¿Lo contrario?

— Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso á tocar los fierros de la chimenea con la punta de su baston. Varela, unos de los hombres á quien mas queria, acababa, segun él, de tronchar por su base el discurso de ese jóven que se atrevia á pensar de diferente modo que como pensaba el señor Agüero y el señor Varela; porque, unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto á esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

— ¿Con que decís que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

— Claro está, contestó Varela.

— Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabáis de saber, en la tarde del dia 19, en cuanto á las prisiones, es decir, seis horas despues de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

— Pero venís en error, Rosas ha perdido la batalla.

— ¿Conocéis el parte, Señor Varela? dijo Monsieur Martigny.

— ¿El parte publicado por Rosas?

— Sí.

— Precisamente veníamos á hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

— ¿Y tenéis algun documento que lo desmienta?

— Lea, lea usted, dijo el señor Agüero, volviendo hácia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela.

Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita, y dijo dirigiéndose á Monsieur Martigny:

— ¿Conocéis el parte?

— Lo acabo de leer.

— Oíd entónces si puede haber una demonstracion mas acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la comision.

Daniel y Monsieur Martigny pusieron su espíritu en la mas séria atencion.

El señor Varela leyó:

— «*Dueño del campo de batalla*: Esto solo se dice cuando la batalla es en campo raso y no cuando uno es atacado en

su propio campo, como Echagüe confiesa que lo ha sido él. ¿No seria ridículo que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha quedado dueño del campo de batalla, dada en la misma plaza? *Por segunda vez.* Esto recuerda la primera, Don Cristóval. Entónces dijo: Echagüe que habia vencido y que iba en persecucion. Ahora á los noventa y cinco dias, salimos con que está en el *Sauce*, esto es, á tres leguas de su capital, habiendo de consiguiente retrocedido despues de Don Cristóval; y con que el derrotado y perseguido Lavalle ha ido y lo ha atropellado en sus posiciones. Luego Echagüe mintió al hablar de Don Cristóval. Y si mintió entónces ¿porqué no ahora?

«Ha vencido, y sin embargo, no sale de sus posiciones ni aun despues de vencer. En efecto, nótese que no dice que va en persecucion, como era natural. Dice solamente que *espera* acabar con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? Lo quiere mas acabado? Si habla verdad, murieron seiscientos y el resto huye, unos para el norte y otros para Montiel: esto es, la derrota y dispersion no puede ser mas completa. Y no obstante, no se atreve Echagüe á *asegurar* que los perseguirá, ni se atreve á decir que ha triunfado *completamente.*

«Segun ese parte, la infantería de Echagüe no ha cargado; pues no hizo sino dejar acercar á la de Lavalle para aprovechar sus tiros, *como lo hicieron*, y añade, que entónces huyó la de Lavalle. De aquí se deduce primero, que quien cargó fué nuestra infantería. 2.º Que ni aun despues de huir esta, cargó la enemiga, ni se atrevió á salir de sus posiciones. 3.º Que no hubo entrevero de infanterías y de consiguiente no pudo haber mortandad por este motivo.

«Mas si los seiscientos muertos son de caballería, nuevas dificultades. Si seiscientos murieron peleando, del enemigo debe de haber muerto igual número y no el que Echagüe dice; pues en un entrevero no hay la menor razon para que caigan mas de una parte que de otra. La mortandad, en estos casos, es en la fuga y dispersion: mas aquí no ha habido persecucion; al ménos lo dice Echagüe. ¿Cuándo, pues, y cómo murieron esos seiscientos? Y si murieron en las cargas y entreveros ¿cómo pudieron morir tan pocos de Echagüe? Por lo demas, Echagüe confiesa que el combate de las caballerías fué á retaguardia de él. Atentas sus posiciones, sus zanjones, sus montes, su infantería y cañones, que defienden los pasos, el haber pasado nuestra caballería á retaguardia de él, es una maniobra difícil, sábia y atrevida, que honra al ejército y á su general.

«Ya que Echagüe venció enteramente por el frente con su infantería y artillería, quiere decir que nuestra caballería

quedó cortada á su retaguardia: encerrada pues entre la infantería de Echagüe y la costa del Paraná y ademas sableada por la caballería enemiga, no ha debido escapar uno solo, ¿cómo pues, huyen para Montiel? ¿Pasaron por el aire?

«Tomó cien fusiles, ¿cómo los ha de tomar cuando segun su parte las infanterías no se han entreverado, ni la suya se ha movido de sus posiciones? Segun esto, armas de caballería ha debido tomar miles; al ménos debió tomar las de los seiscientos muertos. ¿Cómo pues no dice que haya tomado armas de caballería?

«Tampoco dice que haya tomado un solo cañon en la destruccion de la infantería, debió dejar indetensos los cañones: ni caballos, ni carretas, ni nada. Dúdese pues de esto que Echagüe no se ha movido de su posicion despues del combate. Y si no se movió, si no persiguió ¿cómo conciliar esto con una victoria?»

Indecible es la sorpresa que causó á Daniel el ver á aquellos dos tan notables personajes empeñados en convencerse y en persuadir á los demas, que el general Lavalle no habio perdido la batalla del Sauce Grande, cuando él sabia, á no poder dudarlo, que el suceso era desgraciadamente cierto, y sobre todo, el verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con solo el poder de la argumentacion. Nada de esto era estraño, sin embargo: Daniel no era emigrado; no conocia esa vida de ilusion, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las mas altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita, y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto con toda la fe de su alma, su felicidad, su reposo, y el presente y el porvenir de su vida. Daniel, ademas, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podia comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oir mas todavía.

— Esto es poco aun, continuó el señor Varela, oíd, Señor Martigny, oíd, Señor Bello, un fragmento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El señor Varela leyó:

«Dia 14. Las guerrillas fuertes. El enemigo se movió á una distancia de media legua, y desde las cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de batirlo. El general en jefe, el estado mayor y todas las divisiones de caballería, mantienen sus caballos ensillados, pues todo hace creer que mañana debe darse la batalla. Hemos tenido diez y siete pasados del enemigo

«Dia 15. A las tres de la mañana marchó toda nuestra

infantería y artillería, situándose á ménos de tiro de cañon de la columna enemiga: ántes de asomar el sol, nuestra artillería rompió el fuego sobre las baterías enemigas, y despues de haberles muerto algunos individuos, fueron obligados á abandonar su primera posicion, volviéndose hácia su retaguardia. Nuestra linea de batalla estaba ya formada, pero este movimiento del enemigo ha hecho que la batalla se demore hasta mañana, pues siempre se mantienen encerrados entre zanjones impasables Creimos que hoy seria un dia de victoria, lo será mañana.

«Dia 16. El fuego de nuestra artillería de ayer duró mas de media tarde. Hubo una junta de guerra, y resultó que debíamos batirlo hoy en sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo pasó el ejército con la línea de batalla formada, esperando la aurora, que llegaba demasiado tarde.

«Amaneció por fin, pero el cielo estaba nublado, no se distinguia á distancia de cien pasos. Luego que aclaró un poco, se avivó el fuego de las guerrillas y á eso de las nueve y media de la mañana se replegó cada una á su respectiva línea, y se anunció el combate por un cañoneo de nuestra artillería; la enemiga contestaba con una sostenida energía. Veinte piezas de artillería de ambas partes se contestaban sin interrupcion.

«Llegó el momento de que nuestra caballería cargase, y lo hizo con el mayor denuedo, pero el enemigo estaba guardado por zanjones insuperables. El escuadron Yeruá, el Cuyen, el Maza y otros, atropellaron tres zanjones, de donde casi tenian que salir uno á uno las caballos, y cargaron al enemigo lanceándolo por la espalda, como lo hizo el bravo comandante Saavedra, y Baltar que manda el Cuyen.

«El comandante D. Zacarías Alvarez, que mandaba el escuadron Maza, quedó muerto en esta terrible carga, y nuestra caballería tuvo que retroceder á los obstáculos del terreno y al sostenido fuego de artillería é infantería que recibia de atras de los zanjones.

«Nuestra artillería seguia sus fuegos siempre con éxito, pero nada se adelantaba, y el valiente oficial de artillería, Don Jacinto Peña, tuvo la desgracia de que se inutilizase una de las dos piezas de mas alcance.

«Nuestra infantería avanzó á bayoneta calada, pero tuvo tambien que retroceder porque le fué insuperable el obstáculo de las grandes zanjas de que estaba rodeado el enemigo.

«En fin, el fuego duró desde las nueve y media de la mañana hasta mas de las cuatro de la tarde, en cuya hora se dispuso que marchásemos á Punta Gorda, tanto para remediar los daños de la artillería, como para que se nos reuniesen algunos dispersos que se habian separado en las diferentes

cargas que se dieron. Nuestro ejército está entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo permanece siempre en su escondrijo, donde no ha hecho mas que sostenerse amparado de zanjones, y su caballería ha fugado la mayor parte.

«Tenemos solo el sentimiento de que habrá pasado Echagüe el parte de que ha ganado una batalla, como es de su costumbre, pero no se pasarán muchos dias sin que tenga un desmentido elocuente.

«El valor de todos los individuos del ejército no se puede espresar; era preciso haber estado en el combate.»

— Siguen ahora algunos detalles personales, dijo el señor Varela despues de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo:

— ¿Y bien, Señor Varela?

— ¿Y bien qué? dijo inmediatamente el señor Agüero haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

— Quise decir, señor, respondió Daniel, dominando su fisonomía con su poderosa voluntad para no dar á conocer en ella la impresion que le habia hecho la súbita pregunta del doctor Agüero, y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia, y con quienes todo hacia comprender al jóven que se iba á entrar en una arriesgada polémica, quise decir, señor, que no comprendo la deduccion que se saca de los dos documentos que se acaban de leer.

— Es bien clara, sin embargo, respondió el señor Agüero.

— Puede ser, señor, pero repito que no la comprendo.

— Todo esto, mi querido Bello, dijo el señor Varela, apresurándose á tomar parte en la conversacion, nos hace creer, casi positivamente, que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno, ni por el otro; esto cuando ménos.

Daniel se mordió los labios.

— Señores, dijo, parándose, poniéndose de espaldas contra la chimenea, sus manos á la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila, pero brillante. Señores, la batalla la ha perdido el general Lavalle. Yo no comprendo que importe ménos que un triunfo para el general Echagüe, la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el dia mismo de la batalla. No queramos con argumentaciones destruir los hechos; evitemos el medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente yo estoy convencido de lo contrario que vosotros; pero convendré, si lo queréis, en que nuestras armas están vencedoras, tanto mejor. ¿Pero creéis como yo que la actualidad reclama la rápida invasion del general Lavalle sobre la pro-

vincia de Buenos Aires? Si lo creéis, señores, hé aquí entónces lo único que debe ser hoy en cada hora, en cada instante el móvil privilegiado del pensamiento de todos: pensar el modo de que nuestras armas obtengan un próximo triunfo de esa invasion, sea que ellas pisen la provincia victoriosas, ó derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quiénes puedan tener influencia hoy en las resoluciones del general Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perderéis un momento en poner en accion vuestra alta inteligencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, señores, que os hable así, pues debéis creer que solo el sentimiento de la patria me da el valor necesario para emitir una opinion delante de vosotros.

El señor Varela estaba encantado, sus ojos y su fisonomía tan dulce y espresiva reflejaban la admiracion y el contentamiento, mas por la animacion y la elocuencia de su jóven compatriota, que por la novedad de sus ideas.

El señor Martigny se estregaba las manos, contento íntimamente.

El señor Agüero habia alzado dos veces su altiva frente para mirar aquel jóven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole, al parecer, la línea de conducta que le convenia seguir.

— Señor Bello, dijo Varela, el general Lavalle obra en campaña segun sus ideas; segun sus planes militares ¿qué quiere usted que le digamos nosotros desde aquí?

— Oh, señor, las guerras mas complicadas del mundo, las campañas mas difíciles y peligrosas se han concebido y dirigido muchas veces desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamas tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma, respondió Daniel dudando que la contestacion del señor Varela tuviese alguna reserva que ignoraba y le convenia saber; y no se equivocó.

El señor Varela, en cuya alma no habia sino sinceridad y franqueza, dijo con una espresion de ingenuidad tocante:

— Cierto, mi querido, cierto; pero el general Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha á la frente, y cerrando sus ojos, se estregó dos ó tres veces las sienes.

Varela comprendió perfectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del jóven, y se apresuró á decirle:

— Cualquiera que sea el plan de campaña del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible; no hallará resistencia porque todo el mundo volará á su encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudéis ¿es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el

apoyo de nuestro ejército? Vos que llegáis de Buenos Aires ¿no creéis que el pueblo entero va á reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la marcha del general Lavalle?

— No, señor, no lo creo, contestó Daniel con una admirable seguridad.

El señor Agüero alzó la cabeza y miró á Daniel.

El señor Martigny miró á Varela como diciéndole:

— Contestád, señor.

— Pero lo que decís, Señor Bello, respondió Varela algo serio, es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas, y sobre todo con la situacion terrible que pesa sobre ellos, y de que desean libertarse.

— Señor Varela, yo creo que voy á tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables mios, pero prefiero esto á la ligereza de hablar lo que no es cierto, en asuntos tan graves ¿me permitiréis que os diga la verdad aun cuando ella lastime vuestras mas bellas esperanzas?

— Hablád, Señor Bello.

— Pues bien, señor, en nuestro Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente hablando, el ruido de las armas libertadoras, contra las puertas de sus casas, ó cuando un centenar de hombres decididos, que puede haber quedado aun, vaya de casa en casa sacando por fuerza á los ciudadanos para que contribuyan á la defensa de ellos mismos y de su patria.

— Oh, pero eso es increible, señor, replicó Varela, miéntras que el señor Agüero hacia violentos círculos con su baston, siendo ya su impaciencia mas poderosa pue su sangre fria.

— Es increible, y sin embargo, es cierto, prosiguió Daniel, pero la esplicacion de este fenómeno moral, no la busquéis, Señor Varela, no la busque nadie que desee encontrarla, en el mas ó ménos alto grado de patriotismo, en el mas ó ménos valor, no; ni la organizacion de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha degenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad ¿sabéis cuál es, Señor Varela?

— Proseguíd, señor.

— El individualismo; esa es la causa de que os hablo. Veo que el señor Agüero so sonríe, pero es en mí tan profunda la conviccion de lo que os digo, que arrostro tranquilo el reproche de esa sonrisa.

— Usted se equivoca, señor, no es un reproche, dijo el ministro de la presidencia.

— Me lisonjeo de ello, Señor Doctor Agüero.

— Proseguíd, proseguíd, dijo prontamente el nervioso Varela.

— El individualismo, no trepido en repetirlo, esa es la

causa de la inaccion de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sino individuos cuando estableció su gobierno; aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de esplotacion en él, la corrupcion individual, la traicion privada, la delacion del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias. y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfia de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, ántes de poco hemos de ver relajados tambien los vínculos de la naturaleza, y que el hermano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma; se gritará ¡muera Rosas! en la plaza de la Victoria; y cada ciuadadano se dejará estar en su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El señor Varela se pasó las manos por la cara.

—¿Os afligís, señor? prosiguió Daniel despues de un momento de silencio; es natural porque tenéis un corazon muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazon y recurramos á la inteligencia solamente: ella nos dice, señor, que cuanto os acabo de referir, no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores á Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y á las cuales no dieron atencion nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decídme si despues de lo que acabáis de oir podremos tener esperanzas de esa cooperacion súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el general Lavalle haya desembarcado en la provincia? Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al señor Martigny á este respecto.

— Repetídmelas, amigo mio, dijo el señor Varela.

— En bien pocas palabras, señor: Si el general Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca, si busca el combate á muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entónces toda la probabilidad del triunfo, primero: porque Rosas no tiene un ejército de línea en la ciudad, segundo: porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reaccion pública desde que cada hombre vea, á no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene para reunírsele el peligro de la delacion y el aislamiento. Y si esta operacion puede ser combinada con un desembarco simultaneo, de orientales, ó de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entónces al grado de certidumbre. Ved ahí mis ideas, señor, ved ahí el

objeto principal de mi viaje: revelaros la situacion de nuestro país, desvaneceros muy bellas esperanzas, dándoos en cambio hechos y seguridades importantes. Ahora yo me vuelvo á mi Buenos Aires á que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ellos. Quizá no nos volveremos á ver.... ¡quién sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crísis: si triunfan nuestras armas, seré el primero, Señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas, nos veremos alguna vez en el cielo, dijo Daniel con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El señor Varela estaba conmovido.

El señor Agüero, pensativo.

El señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel, le dijo:

— Si la providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello país, vos viviréis mucho tiempo, señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

— Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella, dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de Monsieur Martigny, y preparándose á retirarse.

— Nos volveremos á ver mañana, á todas horas? dijo el señor Varela tomando la mano de Daniel.

— No, no conviene que nos volvamos á ver: creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana á las ocho de la noche haré una visita que me falta hacer, y al salir de ella, saldré tambien de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

— Sí, sí, en Buenos Aires, dijo el señor Varela abrazando fuertemente á Daniel.

Varela lo habia comprendido, pensaba como él, y aquellas dos almas, grandes y generosas, parecian querer anudarse para siempre en ese abrazo sincero, dado en medio de la vida, de la desgracia, y de las esperanzas.

— Adios, pues, dijo Varela ¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

— Siempre. Adios, adios, Señor Doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

— Adios, Señor Bello, hasta Buenos Aires, repitió el adusto anciano apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida á la antesala acompañado de Monsieur Martigny.

— Pero nosotros nos volveremos á ver? dijo este á Daniel, que tomaba su leviton, su capa de goma y sus pistolas.

— Tampoco, mi querido señor. Sabeis ya todo cuanto hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conocéis

ya el terreno, desenvolvéd, pues, vuestra política, segun os lo aconseje vuestra posicion y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora mas prolija que ántes.

— Sí, sí, por dias, si es posible.

— No perderé ocasion. Tengo ahora que pediros un servicio.

— Pedíd lo que queráis, amigo mio, dijo con prontitud el señor Martigny.

— Que mañana me mandéis una carta de introduccion para el señor Don Santiago Vasquez.

— La tendréis sin falta. ¿Dónde vais á parar?

— A la fonda del Vapor, donde tendréis la bondad de darme un criado que me conduzca.

— Al momento.

— Pero es necesario que prevengáis al señor Vasquez, á fin de que me espere solo á las ocho de la noche.

— Bien, lo haré, y así lo hará el tambien. Pedídme mas.

— Un abrazo, Señor Martigny, porque, no os riáis de lo que voy á deciros: me parece que estoy viendo por última vez en el mundo á las personas con quienes hablo en Montevideo.

— Oh!

-- Supersticion, poesía de los veinte y siete años de la vida, quizá.... adios, adios, Señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y generoso agente de la Francia, en 1840, dió órden á un criado de conducir hasta la fonda del Vapor al caballero que salia, volviendo él al salon donde lo esperaban, agitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los señores Agüero y Varela, despues de la conferencia con aquel jóven que parecia comprenderlo todo, dominarlo todo, y aventurarlo todo.

---

## CAPITULO IV.

### Indiscreciones.

El café de *Don Antonio* era la bolsa política de Montevideo en 1840, desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedian dos géneros de concurrentes: unos que iban de las seis á las ocho de la noche, á hablar de política y tomar café; otros de las ocho á las once, á hablar de política, jugar y cenar.

En esa época, la época de oro de Montevideo, parecia que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir á derramarlo con profusion, quedando tan

tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabian que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos dias del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

A las siete de la noche del dia siguiente á aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de *Don Antonio*, estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí á tomar su café, á hablar de política, y pasar en seguida á sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires; y mas contentos los segundos, con estar en su patria, muy convencidos de que de ella no les arrojaria jamas el vendaval de las revoluciones, que estaba azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas á precipitar, mas á ménos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y sangre.

Pero todo esto no se veia entónces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpetuo, jugando entre el jardin de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente. Pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de grana en que mostrábase su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oidos parecian no buscar otra cosa que el canto de los poetas, y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; porque la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura para entrar al oido de la jóven beldad, que cantaba, llena de esa noble presuncion de la edad primera de los pueblos:

Si enemigos la lanza de Marte,
Si tiranos de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salon del café dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma, cuyo alto cuello le cubria hasta las orejas, á la vez que su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda á la pared y su rostro al centro del salon.

El otro, con gorra, y un capote de barragan azul, tenia por delante un gran vaso de ponche, y se entretenia en esprimir las rebanadas de limon con la pequeña cuchara de platina.

Ninguno de esos dos personajes se hablaba una palabra.

A derecha é izquierda de ellos habia varias mesas ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café, ó fumaban y conversaban solamente.

De estos últimos eran cinco individuos que estaban á dos pasos de los primeros que hemos descrito.

De repente abrióse la puerta del café y cuatro personas entraron al salon.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

— Alberdi, Gutierrez, Irigoyen, Echeverria, dijo aquel individuo, siguiendo con los ojos á los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

— ¿Los conoce usted, Señor Don Daniel? le preguntó el hombre de la gorra.

— Oh, sí, sí, y crea usted, Mr. Douglas, que pocos esfuerzos mas violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarles.

— Diablo! Déjese usted estar; acuérdese usted que esta noche nos vamos y ...

— Esté usted tranquilo, dijo Daniel alzándose los cuellos de su capa para cubrirse mas el rostro.

Mr. Douglas iba á hablar, cuando hízole Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres que estaban fumando en la mesa á su derecha, acababa de decir:

— Son porteños.

Daniel siguió tomando su té aparentando no dar la mínima atencion á lo que se hablaba.

— ¿Y qué necesidad tiene usted de decirnos que son porteños? ¿Hay acaso otra cosa que ellos en todas partes? dijo otro de los individuos.

— Por ellos vivimos como vivimos.

— Cabal.

— Que no nos entendemos.

— Deje que venga el viejo, dijo un militar de bigotes canos.

— ¿Sabe usted á quién llama *el viejo*, Mr. Douglas?

— A Rivera.

— Qué tenemos nosotros que ver con Rosas? dijo otro. Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque á nosotros no es á quienes busca Rosas.

— Cabal.

— Ellos no mas, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y despues se han de ir á vivir á su tierra y nos han de dejar en el pantano. Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo, el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

— Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Urugnay y se va á hacer matar por ellos.

— Era lo que faltaba!

— Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

— Sí, yo les habia de dar cien mil pesos!

— No pasó porque, mire usted, hizo muy bien en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no habia de ir á ponerse á las órdenes de Lavalle.

— Claro está.

— Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande.

— Sí, pero todos estos de aquí han de decir que es mentira.

— Cabal, como se han hecho dueños de la prensa!

— Yo habia de ser el gobierno, y habian de venir á escribir diarios!

— Pero como tienen quien los proteja!

— Como Vasquez, por ejemplo.

— Y como Muñoz, y muchos otros.

— Por supuesto, orientales en el nombre!

— Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco mas ó ménos bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando miraba á Mr. Douglas que entendia y hablaba perfectamente el español, y el buen escoces, contrabandista de emigrados y que residia indistintamente en Buenos Aires ó Montevideo, se reia de la admiracion de Daniel y tomaba su ponche.

— Solo Vasquez puede enderezar esto, dijo á otro un individuo que tomaba café en una mesa á la izquierda de Daniel.

— No, ni Vasquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera, le contestó su interlocutor.

— Pero á lo ménos la asamblea.

— ¿Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera se oponen á las elecciones, so pretesto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

— Ya lo sé, pero el gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

— Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto, nuevas disidencias nuevos enconos de partido, y entretanto los blancos se rien, miéntras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido, nos peleamos con los argentinos, cuya causa no es comun, nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos, miéntras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

— Gracias á Dios que oigo un hombre racional! dijo Daniel.

— Pero aquí hay mas que espíritu de partido, dijo el

jóven conversando consigo mismo, aquí hay espíritu de rivalidad nacional ¿y porqué? probablemente no hay porqué, se respondió Daniel que, como todos los hijos de Buenos Aires, jamas habia oido en su pais hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias ó de las repúblicas hermanas: siempre con los mejores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de celos ó de encono.

— Pero en qué momento pasan estas cosas! se decia Daniel. En este drama hay alguien que no lo entiende, y es probable que ese soy yo, porque no me atrevo á decir que son los otros.

— Vamos, Mr. Douglas, van á dar las ocho de la noche, dijo mirando la gran péndola del café.

Pero ántes de dejar aquel lugar, en que segun sus matemáticas acababa de ganar algunos desengaños mas, miró uno por uno, con los ojos enternecidos, y el corazon desconsolado, sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que habia allí uno que corria por ellos y por todos, en la orilla del resbaladizo precipicio, en que estaban luchando brazo á brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el sopor de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran rio cuyo rumor debia pasar inapercibido en una próxima década, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad espirante.

---

## CAPITULO V.

### Monólogo en el mar.

A las diez de la noche, la ballenera de Mr. Douglas partia como una flecha, ó mas bien, se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la hermosa bahía de Montevideo; y á las once se habia perdido á la vista de los buques mas lejanos del puerto, sumergida allá entre el horizonte lejano del gran rio, alumbrado por los rayos de plata que vertia de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envuelto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel ya no fijaba sus ojos impacientes en la jóven ciudad de la orilla setentrional del Plata, como lo habia hecho veinte y cuatro horas ántes: los tenia fijos en la bóveda azul

del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraido su espíritu en las recordaciones de su corta pero aprovechada residencia en Montevideo.

— Restemos, porque la política tiene tambien sus matemáticas, se decia á sí mismo.

— Restemos.

— Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía: gano un desengaño.

— Creí hallar que el pueblo era mas poderoso que las entidades que lo mandan; y encuentro que aquí el pueblo tiene tambien su caudillo, no sanguinario como Rosas, pero que al fin hace lo que quiere, y no lo que conviene al pueblo: gano otro desengaño; y ya son dos.

— Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas dominaba su espíritu; y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, ó mas bien, con mas ilusiones que los demas: gano otro desengaño, y ya son tres.

— Creí que ellos me enseñarian á conocer mi país, y veo que yo lo conozco mejor que ellos· otro desengaño, y ya son cuatro.

— Creí que el general Lavalle y la comision argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede: gano otro desengaño, y ya son cinco.

— Malo! son muchas ganancias para que no me vuelva loco, ó me lleve el diablo.

— Clasifiquemos.

— El señor Martigny, hombre de talento, corazon frances. lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero gira en el círculo estrecho de sus instrucciones, y desconfía de su gobierno

— El señor Agüero no ha hablado nada y me ha dicho mucho: es poco flexible para la democracia, y demasiado serio para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su corazon; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su inteligencia, y no ha visto que otra generacion se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la caida de la presidencia.

— El señor Varela, espíritu fecundo, activo; inteligencia de concepciones rápidas; corazon ingenuo y apasionado; vida colocada en los límites de dos generaciones totalmente diferentes en sus tendencias; y de las miras de una y de otra podrá venir á ser el contemporizador algun dia. Si él se separara de los principios de la nueva generacion, sera necesario conquistarlo, porque su conquista seria un triunfo.

— Veamos de otra parte:

— Don Santiago Vasquez; no olvidaré jamas nuestra con-

versacion de esta noche; es una gran cabeza; si la república oriental llegase á poseer alguna vez media docena de hombres como ese, podria decir entónces que tenia cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la naturaleza y la revolucion le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

— ¿Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vasquez no está en su centro; que sus vistas son demasiado estensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde mas tarde ha de tropezar el progreso de este bello país. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las repúblicas oriental y argentina, y sus enemigos le hostilizan y le separan de los negocios, so pretesto de que es amigo de los porteños.

— Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me da mucha luz sobre cosas que no podia esplicarme: Lavalle es valiente, caballerezco, desinteresado, pero no tiene las calidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra suceptibilidad cuando sus amigos quieren darle un consejo, ó memorarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entónces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiracion de sus ideas: los obstaculos le irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

— Ahora me esplico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela: «Lavalle obra por sí mismo.»

— Bien, ya están hechas mis cuentas ¿he ganado, ó perdido? He ganado; pues en política un hombre está en pérdida cuando tiene ilusiones; me he desengañado de muchos errores y he ganado muchas verdades; les he pintado la situacion de Rosas, ellos me han dibujado la situacion de sus enemigos. Ahora, Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres! — —

— Sí, Dios nos proteja! dijo despues de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habian estado estasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ídeas parecian que habian tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa y al mismo tiempo tierna y sensible; y despues de esa esclamacion, continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo: Dios, que es la sabiduría y la unidad del universo.

— Dios que sostiene pendientes en las hebras impalpables

de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, sobre esa bóveda infinita y diáfana que parece formada con el aliento de los ángeles.

— Eternos como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realizacion de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría, en que ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creacion universal.

— Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

— Estos rios inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

— Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando á la armonía del arte y de la voz humana.

— Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

— Estas nubes matizadas siempre con los colores mas risueños y suaves de la naturaleza.

— Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

— Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este rio, inmenso como el mar.

— Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad: se desprende, arrasa, arrebata en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al cáos eterno de la nada. Pero la creacion, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

— Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este rio esta generacion amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra, y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo á mis ojos.

— Vendrán.

— Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán

una lágrima de compasion por los errores y las desgracias de la mia.

— Si, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido, la frente de los que hoy viven. — —

— Sí; tengo fe; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. Patria! patria! la generacion presente no tiene sino el nombre de sus padres!

— Y tú, Florencia, idolo amado de mi corazon; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazon con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en relacion con Dios, estendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra á quien quisiera volver á hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, á contemplar la tierra que fué testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño; de tanta virtud mentida; de tanto crímen y miserias reales! — —

La luna escondió en ese momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éstasis de su espíritu, y cerró sus ojos arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo é iluminado pabellon del cielo.

---

## CAPITULO VI.

### Doña María Josefa Ezcurra.

Despues del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada á grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó á delinearlo y distraer á nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros conocidos personajes, justo es que volvamos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos dias, hasta volver á encontrarnos con aquel de que nos separámos ya.

El lector querrá acompañarnos á una casa donde ha entrado otra vez en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de que la imaginacion duda, y de que la historia responde.

La cuñada de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galería de recepcion, cuajada por los memorialistas de aquel dia.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podria decirse lo mismo que de la ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con mas aseo que las criadas, aun cuando la regla puede ser accesible á una que otra escepcion acá ó allá, hacia las veces de edecan de servicio, de maestro de ceremonias, y de paje de introduccion.

Parada contra la puerta que daba á la alcoba, con una mano agarrado tenia el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra mano recibia los cobres ó los billetes que, segun su clase, le daban los que á ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros á hablar con la señora Doña María Josefa Ezcurra. Y jamas audiencia alguna fué compuesta y matizada de tantas jerarquias, de tan varios ocjores, de tan distintas razas.

Estaban allí reunidos y mezclados el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno; revueltos tambien entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas distintas.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajacion, otro por una esperanza, otros en fin por la desesperacion de no encontrar á quién ni en dónde recurrir en busca de una noticia, ó de una esperanza sobre la suerte de alguien caido en la desgracia de Su Excelencia. Pero el edecan de aquella emperatriz de un nuevo género, si no es en nosotros una profanacion escandalosa el aplicar ese cesáreo nombre á la señora Doña María Josefa, tenia fija en la memoria su consigna, y cuando salia de la alcoba la persona á quien hacia entrar, elegia otras de las que allí estaban siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, y de las reclamaciones de otros que habian puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia: y era de notarse que precisamente la audiencia no se daba á aquellos que la solicitaban, sino á los que nada decian ni pedian, por cuanto estos últimos habian sido mandados llamar por la señora, en tanto que los otros venian en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fué movido de la parte interior, y en el acto la mulata vieja abrió la puerta y dió salida á una negrilla como de diez y seis á diez y ocho años, que atravesó la sala, tan erguida como podria hacerlo una dama

de palacio que saliera de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente la mulata hizo señas á un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalon azul, chaleco colorado, que estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por en medio de la multitud, se acercó á la mulata: habló con ella, y entró á la alcoba cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzóes, y tomaba un mate de leche que la servia y la traia por las piezas interiores una negrilla jóven.

—Entre, paisano; siéntese, dijo al hombre de la gorra de paño que sentóse todo embarazado en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

— ¿Toma mate amargo, ó dulce?

— Como Usía le parezca, contestó aquel, sentado en el borde de la silla, donde vuelta su gorra entre las manos.

— No me diga *Usía*. Tráteme como quiera, no mas. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenia que andar dando títulos al que tenia una fraque ó sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora, paisano?

— No, señora. Hace cinco años que el general Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y despues que sané trabajo de cochero.

— ¿Usted fué soldado de Pinedo?

— Sí, señora; fuí herido en servicio y me dieron la baja.

— Pues ahora Juan Manuel va á llamar á servicio á todo el mundo.

— Así he oido; sí, señora.

— Dicen que va á invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la federacion porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar á caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la federacion. Pero se han de hacer sus escepciones en el servicio, porque no es justo que vayan á las fatigas de la guerra los que pueden prestar á la causa servicios de otro género.

— Pues!

— Ya tengo una lista de mas de cincuenta á quienes he de hacer que les dan papeletas de escepcion por los servicios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las

intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí adentro, que son los peores ¿no es verdad?

— Así dicen, señora, contestó el soldado retirado, volviendo el mate á la negrilla que lo servia.

— Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus intrigas es que no tenemos paz, y que los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias que es lo que quiere Juan Manuel ¿no le parece que esta es la verdadera federacion?

— Pues no, señora!

— Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

— Pues.

— Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es federacion ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— Pues eso no quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mia para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada á los que sirven á la patria que es la federacion ¿entiende, paisano?

— Sí, señora, y yo siempre he sido federal.

— Ya lo sé, y Juan Manuel tambien lo sabe; y por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad si sabe alguna cosa que pueda ser útil á la causa.

— ¿Y yo qué he de saber, señora, si yo vivo entre federales nada mas?

— Quién sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame ¿dónde ha servido últimamente?

— Ahora estoy conchabado en la cochería del inglés.

— Ya lo sé ¿pero ántes de estar en ella, dónde servia?

— Servia en Barracas, en casa de una señora viuda.

— Que se llama Doña Amalia ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano! Pobre del que quiera engañar á Juan Manuel ó á mí! dijo Doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre que estaba en ascuas sin saber qué era lo que le iban á preguntar.

— Por supuesto, contestó.

— ¿En qué tiempo entró usted á servir á esa casa?

— Por el mes de Noviembre del año pasado.

— ¿Y salió usted de ella?

— En Mayo de este año, señora.

— ¿En Mayo, eh?

— Sí, señora.

— ¿En qué dia, lo recuerda?

— Sí, señora; salí el 5 de Mayo.

— ¿El 5 de Mayo, eh? dijo la vieja meneando la cabeza, y marcando palabra por palabra.

— Sí, señora.

— El 5 de Mayo.... ¿Con que ese dia? ¿y porqué salió usted de esa casa?

— Me dijo la señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedia, lo mismo que al cocinero que era un mozo español. Pero ántes de despedirnos nos dió una onza de oro á cada uno, diciéndonos, que tal vez mas adelante nos volveria á llamar, y que fuésemos á ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

— Qué señora tan buena: queria hacer economías y regalaba onzas de oro! dijo Doña María Josefa con el acento mas socarron posible.

— Sí, señora, Doña Amalia es la señora mas buena que yo he conocido, mejorando lo presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras; su espíritu estaba en tirada conversacion con el diablo.

— Dígame, paisano, dijo de repente, ¿á qué horas lo despidió Doña Amalia?

— De las siete á las ocho de la mañana.

— ¿Y ella se levantaba á esas horas siempre.

— No, señora, ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde.

— ¿Tarde, eh?

— Sí, señora.

— ¿Y usted vió alguna novedad en la casa?

— No, señora, ninguna.

— ¿Y sintió usted algo en la noche?

— No, señora, nada.

— ¿Qué criados quedaron con ella, cuando usted y el cocinero salieron?

— Quedó Don Pedro.

— ¿Quién es ese?

— Es un soldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer á la señora.

— ¿Quién mas?

— Una criada que trajo la señora del Tucuman, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

— Muy bien: en todo eso me ha dicho usted la verdad; pero cuidado, mire usted que le voy á preguntar una cosa que importa mucho á la federacion y á Juan Manuel ¿ha oido?

— Yo siempre digo la verdad, señora, contestó el paisano, bajando los ojos que no pudieron resistir á la mirada

encapotada y dura con que acompañó Doña Maria Josefa sus últimas palabras.

— Vamos a ver: en los cinco meses que usted estuvo en casa de Doña Amalia, ¿qué hombres entraban de visita todas las noches?

— Ninguno, señora.

— ¿Cómo ninguno?

— Ninguno, señora. En los meses que he estado, no he visto entrar á nadie de visita de noche.

— ¿Y estaba usted en la casa á esas horas?

— No salia de casa, porque muchas noches, si habia luna, enganchaba los caballos y llevaba á la señora á la Boca, donde se bajaba á pasear á orillas del riachuelo.

— ¿A pasear? ¡Qué señora tan paseandera!

— Sí, señora. llevaba la niña Doña Luisa y paseaba con ella sola.

— La niña Doña Luisa! ¿Y la cuida mucho á esa niña Doña Luisa?

— Sí, señora, como si fuera de la familia.

— ¿Será de la familia, pues?

— No, señora, no es nada de ella.

— No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

— Jesus, señora! si Doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años!

— ¿Muy moza eh? ¿Y cuántos años tiene?

— Ha de tener de veinte y dos, á veinte y cuatro años.

— Pobrecita! fuera de los que mamó y anduvo á gatas. Bien ¿y con quién decia usted que paseaba?

— Sola con la niña.

— ¿Con ella sola, eh? ¿Y á nadie encontraba por allí?

— A nadie, no, señora.

— Y las noches que no paseaba, ¿no recibia visitas?

— No, señora, no iba nadie.

— ¿Estaria rezando?

— Yo no sé, señora, pero á casa no entraba nadie, respondió el antiguo cochero de Amalia, que á pesar de toda la vocacion por la canta causa, estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo á la honradez, ó á la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que lo creyesen capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no habia una mujer mas buena, ni generosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

— Esto echa por tierra todos mis cálculos, se dijo á sí misma.

— ¿Y dígame usted, de dia tampoco no entraba nadie? preguntó.

— Solian ir algunas señoras, una que otra vez.
— No, de hombres le pregunto á usted.
— Solia ir el señor Don Daniel, un primo de la señora.
— ¿Todos los dias?
— No, señora, una ó dos veces por semana.
— ¿Y despues que ha salido usted de la casa ha vuelto á ella á ver á la señora?
— He ido tres ó cuatro veces.
— Vamos á ver: cuando usted ha ido ¿á quién ha visto en ella, á mas de la señora?
— A nadie.
— ¿A nadie, eh?
— No, señora.
— ¿No habia algun enfermo en la casa?
— No, señora. todos estaban buenos.
Doña María Josefa reflexionaba
— Bueno, paisano; Juan Manuel tenia algunos informes sobre algo de esa casa, pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le habrá hecho un servicio á la señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven á la federacion.
— Yo soy federal, señora; yo siempre digo la verdad.
— Así lo creo: puede retirarse no mas.
Inmediatamente á la salida del ex-cochero de Amalia, Doña María Josefa llamó á la mulata de la puerta y le dijo:
— ¿Está ahí la muchacha que vino ayer de Barracas?
— Está, sí, señora.
— Que entre. .
Un minuto despues entró á la alcoba una negrilla de diez y ocho á veinte años, rotosa y sucia.
Doña María Josefa la miró un rato, y la dijo:
— Tú no me has dicho la verdad: en casa de la señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.
— Sí, señora, yo le juro á su merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulpería que está en la acera de la casa de esa unitaria; y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda en la quinta de la unitaria cortando flores. Despues yo los he visto á él y á ella pasear del brazo en la quinta muchas veces; y á la tarde suelen ir á sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la quinta, y allí les llevan café.
— ¿Y de dónde ves esto, tú?
— Los fondos de casa dan á los de la casa de la unitaria, y yo les suelo ir á espiar de atras del cerco, porque les engo rabia.
— ¿Porqué?

— Porque son unitarios.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque nunca que pasa Doña Amalia por la pulpería, saluda al patron, ni á la patrona, ni á mí; porque los criados de ella nunca van á comprar nada á casa, cuando ellos saben que el patron y todos nosotros somos federales; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste entre la quinta. Y cuando vi estas noches que el ordenanza del señor Mariño, y otros dos mas andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulpería, yo vine á contarle á su merced lo que sabia, porque soy buena federal. Es unitaria, sí señora.

— ¿Y qué mas sabes de ella, para decir que es unitaria?

— ¿Qué mas sé?

— ¿Sí, qué mas sabes?

— Mire, su merced: una comadre mia supo que Doña Amalia buscaba lavandera; fué á verla, pero no la quiso y le dió la ropa á una gringa.

— ¿Cómo se llama?

— No sé, señora; pero si su merced quiere yo lo preguntaré.

— Sí, pregúntalo.

— Y tambien tengo que decir á su merced que yo la he oido tocar el piano y cantar á media noche.

— ¿Y qué hay con eso?

— Yo digo que ha de ser la cancion de Lavalle.

— ¿Y porqué lo creés?

— Yo digo no mas.

— Y no puedes pasar de noche á la quinta y acercarte á la casa para oir lo que canta?

— Veré á ver, sí, señora.

— Mira, si puedes entrarte á la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el dia.

— ¿Y qué hago, señora?

— ¿No dices que allí hay un mozo?

— Ah! Sí, señora, ya entiendo.

— Pues!

— Yo creo que se ha de entrar desde temprano.

— No; si entra á las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir ántes que venga el dia.

— Yo los he de espiar, sí, señora.

— Cuidado con no hacerlo!

— Sí, lo he de hacer.

— ¿Y qué mas has visto en esa casa?

— Ya le dije ayer á su merced todo lo que habia visto. Va casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los dias el médico

Alcorta, y por eso le dije á su merced que allí habia algun enfermo.

— ¿Y recuerdas algo mas que me has dicho ayer?

— Ah, sí, señora: le dije á su merced que el enfermo debia ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veia cojear mucho.

— ¿Y cuándo es el principio? ¿qué meses hará de esto?

— Hará cerca de dos meses, señora; despues ya no cojea, y ya no va el médico; ahora se pasea horas enteras con Doña Amalia, sin cojear.

— ¿Sin cojear, eh? dijo la vieja con la espresion mas cínica en su fisonomía.

— Sí, señora, está bueno ya

— Bien: es necesario que espies bien cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas á mí, porque con eso haces un gran servicio á la causa, que es la causa de ustedes los pobres, porque en la federacion no hay negros ni blancos, todos somos iguales ¿lo entiendes?

— Sí, señora; y por eso yo soy federal y cuanto sepa se lo he de venir á contar á su merced.

— Bueno, retírate no mas.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio á la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia el padre de la federacion.

Sucesivamente entraron á la presencia de Doña María Josefa varias criadas de toda edad, y de todo linaje de malignidad, á deponer oficiosamente cuanto sabian, ó se imaginaban saber de la conducta de sus amos, ó de los vecinos á sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debian ocupar mas tarde un lugar en el martirologio de ese pueblo infeliz, entregado por el mas inmoral de los gobiernos al espionaje recíproco, á la delacion y la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos.

En seguida de las delatoras entró en esa oficina del crímen una pequeñísima parte de los que habian llegado ese dia con ruegos y solicitudes al gobierno; á cuyo invisible despacho querian que llegasen por conducto de la hermana política del gobernador, que á todos ofrecia su interposicion, no obstante que jamas solicitud alguna pasaba de sus manos á Rosas; por cuanto ella sabia que su digno cuñado solo le prestaba su atencion para escuchar los informes que le interesaba saber sobre el estado del pueblo, de las familias y de los individuos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que Doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico

se le acercaba en busca de su proteccion, diciendo á todos: que Juan Manuel iba á despachar de un momento á otro la solicitud, muy favorablemente, por los empeños de ella.

La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año de 1840, fácilmente podrá esplicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron en pos de esa fecha, en lo mas dramático y lúgubre de la dictadura.

Los abogados del dictador han presentado siempre al estranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el general Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo, despues de tantos años.

Pero ¿cómo ha existido? ¿cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? Hé ahí la cuestion; hé ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anarquía las clases, las familias y los individuos, estableciendo y premiando la delacion como virtud cívica en la clase ignorante é inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra federacion, enchibridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, en el sistema de Rosas: tales han sido los primeros medios empleados por él para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los lazos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso tambien que ese hombre funesto encontrase en su propia familia caracteres apropósito para ayudarle en su diabólico plan. Y entre ellos el de Doña María Josefa Ezcurra era un minero inagotable de recursos para la facilitacion de sus fines

La historia, mas que nosotros, sabrá pintar á esa mujer y á otras personas de la familia del tirano, con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazon, de sus habitudes y de sus obras.

---

## CAPITULO VII.

La pareja.

Ya Doña María Josefa Ezcurra se disponia para hacer á su Juan Manuel la segunda visita de las tres que le hacia diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarlo una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Excelencia, á los ojos de los servidores de segundo órden que cuajaban el zaguan del patio, haciéndose ante ellos, por esa ficcion grosera, la agente intermediaria y necesaria á los infelices que tenian algo que suplicar, ó á los pícaros que tenian algo que contar; recibiendo oblaciones de los primeros, y atando á los segundos al yugo de su servicio personal por esa esclavitud que la prostitucion se labra á sí misma desde el momento en que se descubre á los ojos de un superior: ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la *Gaceta Mercantil*, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquin diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo mas recóndito de la vida privada, á cuanto hombre se habia pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las mas torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenian un solo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no se hizo esperar mucho tiempo de su digna visita, y salió á la sala á recibirla diciéndole:

— Solo á usted lo recibo, porque ya me iba á lo de Juan Manuel; y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

— Y yo tambien, le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

— Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

— Tambien lo creo; empiece usted por los suyos, que yo despues esplicaré los mios, le contestó el redactor, hombre á quien la naturaleza habia tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las degeneraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicádole la inteligencia con algunas brillantes chispas de imaginacion y de talento.

— ¿Que empiece los mios?

— Eso he dicho.

— Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, porque nos está sirviendo á medias solamente.

— *Nos* está sirviendo! ¿A quiénes, señora Doña María Josefa?

— A quiénes! A Juan Manuel, á la causa, á mí, á todos.

— Ah!

— Pues! Y á Juan Manuel no le puede gustar esto.

— Respecto á eso yo me entiendo con el señor gobernador, contestó Mariño, mirando á la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creido por cuanto sus ojos miraban siempre al sesgo.

— Sí, como ahora lo ve usted todas las noches!

— Miéntras usted lo ve tres ó cuatro veces al dia, señora, contestó Mariño queriendo lisonjear á Doña María Josefa, pues aun cuando Mariño no la queria, por la razon de que a nadie queria en el mundo, sabia cuánto importaba el estar bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que un interes individual le aconsejaba buscar su ausilio.

— ¿Cuatro? no, tres veces no mas lo suelo ver.

— Es mucha suerte Pero vamos á esto: ¿en qué sirvo yo á medias?

— En que está usted predicando en la *Gaceta* el degüello de los unitarios, y se olvida de las unitarias qne son peores.

— Pero es preciso empezar por los hombres.

— Es preciso empezar y acabar por todos, hombres y mujeres; y yo empezaria por las mujeres porque son las peores, y despues hasta por sus inmundas crias, como ha dicho muy bien el juez de paz de Monserrat, *Don Manuel Casal Gaete**) que es un modelo de federal.

— Bien, hemos de tratar á su tiempo de las unitarias,

---

*) En esta referencia cometemos un anacronismo; esas palabras del juez de paz Casal Gaete, dichas del modo que va a verse, tuvieron lugar en Marzo de 1841, entre las felicitaciones que dirigian a Rosas con motivo de la máquina infernal, y que se hallan en el número 5,277 de la Gaceta Mercantil; pero lo que en Marzo de 1841 no trepidaban en publicar los sostenedores de la federacion, bien pudieron sentirlo en Julio del año anterior, porque los malos instintos y el arrojo de descubrirlos á la luz del dia, no son cosas que se improvisan, son resultados de organizaciones predispuestas y de conciencias por largo tiempo relajadas. Y asi, no se mirará estraño que para retratar la moral política de los amigos de Rosas en 1840, nos sirvamos en esta tan larga obra de un documento publicado pocos meses despues á aquel en que están ocurriendo los sucesos que narramos. En un oficio de aquel juez de paz, dirigido á Rosas, y publicado en la Gaceta citada, se encuentra esta horrible pero ingenua confesion de la sangrienta burla con que Rosas y su partido profunaron a Dios, á la religion y á la humanidad..... «Es muy cierto que los salvajes unitarios, bestias de carga, agobiados con el peso de sus enormes delitos, las asquerosas unitarias y sus inmundas crias habrian muerto degollados..... pero el horrendo monton que formasen las ensangrentadas osamentas de esta maldita infernal raza, podria manifestar al mundo una venganza justa únicamente, pero nunca el remedio á los males inauditos que nos ocasionara su perversidad asombrosa.»

pero por ahora es preciso que yo le diga á usted que tambien hay damas federales que no son buenas amigas.

— No, pues por lo que hace á mí....

— Precisamente es á usted á quien me refiero.

— Vaya! esa es broma.

— No, señora, es serio: yo le confié á usted un secreto hace quince dias ¿recuerda usted?

— ¿Lo de Barracas?

— Sí, lo de Barracas; y en alma y cuerpo se lo ha embutido usted á mi mujer.

— Qué! si fué una broma que yo tuve con ella.

— Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.

— Bah!

— No, no. Bah! la cosa es séria.

— Qué!

— Muy séria.

— No diga eso.

— Sí; lo repito, muy séria, porque no tenia usted para que dar este disgusto á mi señora, ni á mí.

— Qué! mire usted.... qué ocurrencia, Mariño!... como ella lo habia de saber por otro conducto, yo le dije que á usted le parecia muy buena moza la viuda de Barracas, pero nada mas ¡qué ocurrencia! ¿cómo cree usted que habia de querer yo indisponerlos?

— Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo, dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traicion de esa mujer, para quien no habia tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres á quienes queria hacer mal.

— Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero tambien es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

— ¿Cómo?

— Toma! ¿Qué me dijo usted?

— Dije á usted, que me interesaba saber algo sobre tal señora que vivia en Barracas; qué especie de vida era la suya, quién la visitaba, y sobre todo, quién era un hombre que vivia con ella y que parecia estar oculto, porque no salia á la calle, ni se asomaba siquiera á las ventanas; y dije á usted tambien, que yo no tenia en todo esto sino un interes político; es decir, un interes de nuestra causa.

— Pues, un interes político!

— Cierto.

— Ya.

— ¿Por qué lo duda usted?

— ¿Yo?

— Sí, usted, se sonríe maliciosamente.

— Qué! Si yo soy así.

— Sí, señora, es usted así

— Mire; yo soy como soy.

— Lo conozco.

— Y yo tambien lo conozco.

— Es decir que nos conocemos?

— Pues; prosiga, Mariño.

— Eso fué lo único que dije á usted, creyendo que no me rehusaria usted este servicio; usted que todo lo sabe y que todo lo puede.

— Pues bien, ahora va usted á oir todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barracas vive muy retirada, y por consiguiente debe ser unitaria.

— Oh, quien sabe!

— No, unitaria, fijo.

— Bien, prosiga usted.

— Me dijo usted, que creia que habia un hombre oculto.

— Lo sospeché solamente.

— No, claro, oculto: yo sé lo que me digo.

— Adelante.

— Mandé una de las personas de mi servicio á indagar por el barrio con ciertas instrucciones mias. En la acera de la casa hay una pulpería, en la pulpería una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era sospechosa; que se fijase que de noche andaba gente vigilando la casa.

— Y cómo lo sabia su emisario de usted?

— Porque yo se lo dije.

— Pero usted como lo sabia?

— Bah! porque yo conozco á usted, y desde que vi que usted tenia interes político en ese asunto, dijo Deña María Josefa marcando irónicamente las últimas palabras, me presumí que no se habia de estar usted durmiendo en las pajas.

— Prosiga usted, dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

— Mi emisario dijo á la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vigilaban, y que si ella sabia alguna cosa, se congraciaria mucho conmigo viniendo á avisármela; pudiendo decir despues que era mas federal que muchas blancas que tratan de humillar á la pobre gente de color, sin prestar ningun servicio á la federacion. La negrilla no se hizo de esperar: se vino á verme, y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabia.

— ¿Y que es lo que sabe?

— Que allí hay un hombre jóven y muy buen mozo, con-

testó Doña María Josefa poniendo de su parte aquellas calidades para no perder la ocasion de mortificar al prójimo.

— ¿Y bien?

— Que es muy buen mozo; que se pasea por la quinta abrazado con la viuda.

— ¿Abrazado, ó del brazo?

— Abrazado, ó del brazo, no me acuerdo como dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que el mismo le tiene la taza para que ella lo tome; y que allí se están hasta que viene la noche, y....

— ¿Y qué? dijo Mariño ardiéndole la sangre é inyectados de ella sus oblicuos ojos.

— Y que....

— Prosiga usted, señora.

— Pues viene la noche y....

— ¿Y?

— Y que despues ya no los ve mas, dijo Doña María Josefa con una espresion de un contentamiento indefinible.

— Bien, dijo Mariño, pero hasta ahora no sacamos en limpio, sino que en esa casa hay un hombre, y es lo mismo que yo dije á usted hace quince dias.

— Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince dias que usted deseaba saber algo de esa casa y quién era ese hombre; usted solo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mio, y la mitad de usted.

— Desde ayer, ¿y porqué?

— Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza; no sé porqué me parece que voy á dar con cierto pájaro; en fin, este es un asunto mio; y por mí, por mí sola lo he de saber, y pronto.

— Pero mas que saber quién es ese hombre, me interesa saber qué especie de relacion tiene con la viuda; y este es el servicio que yo espero de usted; porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento; no se ven jamas, ni las puertas, ni las ventanas abiertas, y para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado á ella mas personas que la jóven de Dupasquier tres veces; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina cuatro veces.

— Y ¿porqué no se ha hecho usted amigo de Bello?

— Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso; no me gusta.

— Y ¿porqué no ha visto usted á Agustina para que lo lleve?

— No quiero dar tanta publicidad á este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

— ¿Política, eh? Ah, tunante! pero hace bien; tiene buen gusto; dicen que la viudita es preciosa.

— Ah, señora, no hablemos de eso

— ¿Y qué mas quiere la zonza?

— Oh!

— Bah! es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos á ver: se contenta usted con que ella venga á pedirme algun servicio dentro de pocos dias, y con que yo se la recomiende á usted. y se la envíe á la imprenta, ó á alguna casita por ahí?

— ¿Me habla usted de veras? preguntó Mariño acercándose mas á la vieja, relampagueándole los ojos.

— Ah, picaron, cómo se alegra! Así ha de ser, y nada será mas fácil si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente, y dentro de tres ó cuatro dias, asunto concluido; ó salimos bien, ó salimos mal.

— Mi amiga, dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad, yo solo queria de usted el que, con su poderesa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria á esa señora, y usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí, y mañana por tí, como dice el refran.

— No, pues mire usted, Mariño: en este asunto me parece que voy á hacer ménos por usted que por mi; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy á dar un golpe de muerte á Victorica en la opinion de Juan Manuel.

— ¿Luego aquí hay algo serio? dijo Mariño un poco intrigado.

— Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita; la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué va usted á pagarme mi servicio?

— ¿Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la *Gaceta*, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

— Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les va á dar duro á ellos y á ellas, eh?

— Creo que quedará usted contenta.

— Y si no, no me contente.

— Otra cosa, hágame usted el favor, señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos á mi mujer.

— No sea criatura! si son bromas mias, y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo la inspiraba, haciéndola gozar del mal que hacia.

— Bien; bromas ó no bromas, es mejor que no se repitan, yo se lo suplico á usted, dijo Mariño, quien, á pesar del favor en que estaba con el dictador, creia muy conveniente el *suplicar* á aquella mujer, cuyas armas eran generalmente irresistibles.

— Bueno: vaya no mas, no tenga cuidado; si yo doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda; pero con una condicion.

— Póngala usted.

— ¿Palabra de honor?

— Palabra de honor.

— Pues bien; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando á usted á su cuartel de serenos, y usted la recibe ¿entiende usted?

— ¿A quién? A la viudita?

— No, qué á la viuda!

— Pues ¿á quien mandará usted á mi cuartel?

— A la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

— Ah!

— ¿Entiende usted ahora?

— Entiendo, contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba á su cuartel de serenos, no salia de allí sino para la eternidad.

— ¿No digo? si hemos de ser muy amigos, Mariño.

— Hace tiempo que lo somos, contestó este levantándose.

— Sí, y de todo corazon. ¿Con que, se va?

— Y volveré, ¿cuándo?

— Dentro de cuatro ó cinco dias.

— Hasta entónces, pues.

— Adios, Mariño, hasta entónces; memorias á su mujer, y no haga caso de las zoncerías que le diga.

— Adios, señora, le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en algun veneno diferente.

---

## CAPITULO VIII.

### Preámbulo de un drama.

Despues de la noche del 24 de Mayo en que cerrámos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales, y los sucesos políticos, de sus personajes, y de su época, hasta los últimos dias de Julio, habian sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barracas habia ido poco á

poco arrojando de su recinto de flores, las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un Eden, cuyas puertas, cerradas algun tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron, á los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la naturaleza y la soledad, almas formadas para lo mas sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una, tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habian atado para siempre su destino en el mundo, con las fibras mas íntimas y sensibles de su corazon; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el cielo, que domina la imaginacion en el tránsito fugitivo de la cuna á la tumba, la felicidad con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, habia aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oir, ver, tocar, en sus raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo habia respetado á Amalia, y Amalia no veia una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

Sin embargo, estaba convenido entrambos, que Eduardo volveria á la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podia caminar sin dificultad, pero conservaba aun gran sensibilidad en la herida, y esto, y los ruegos de Daniel habian demorado un poco mas el dia de la separacion, si cabia separacion en quienes debian volverse á ver á cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentian por Amalia el cariño que ella inspiraba á cuantos tenian la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el rigoroso invierno de 1840, que habia puesto intransitables los caminos, impedia que Madama Dupasquier fuese á Barracas tan á menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, el hombre para quien no habia obstáculos en la naturaleza, ni en los hombres, veia á su prima y á su amigo casi todos los dias; y era en Barracas y en lo de su Florencia donde su corazon y su carácter podian esplayarse tales como la naturaleza los hizo: allí era tierno, alegre, espirituoso, burlon y mordaz á veces; fuera de allí Dániel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla habia repetido su visita á Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia, por no haberla pagado ninguna de sus visitas todavía. Amalia no buscaba esta relacion, la disgustaba al principio, pero últimamente hubia conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya

amistad en nada la comprometia, en tanto que Agustina la divertia, al mismo tiempo que la daba ocasion para admirar una obra casi perfecta de la naturaleza; porque el sentimiento de lo bello era el mas desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversion el ver á Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí habia, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gabetas la bella tucumana, y pasando luego á mirarse y contornearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad el ver aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada como una niña de ocho años á los placeres mas pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres ó cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertia, y sin la mínima violencia la regalaba lo que mas veia que habia llamado su atencion. En cambio de todo esto Agustina habia enviado á Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero á los tres dias de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo, bajo pretesto de que no se hallaba sin él.

En cuanto á los acontecimientos políticos, hasta el 16 de Julio en que tuvo lugar la batalla del Sauce Grande, no se habia alterado la situacion pública: situacion de espectativa para Rosas, de inaccion en el Entre-Rios, de preparativos lentos en las provincias de Cuyo, de irresolucion en los agentes franceses, de intrigas locales en la república oriental.

Daniel, entretanto, habia tenido un tristísimo desengaño: el 15 de Junio en que debió tener lugar la segunda reunion de jóvenes en la casa de Doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron á la primera reunion, ya no estaba en Buenos Aires, sino en Montevideo, ó en el ejército libertador.

Daniel sufria mucho por el modo con que sus amigos entendian sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, léjos de desmayar, parecia cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mashorca, contenidos por el dique de una primera señal que les faltaba. Y hé ahí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mashorca por en medio de la voluntad de Rosas, á ver si de esa prematura erupcion resultaba una reaccion del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes.

Pero Daniel no podia con esos lebreles atados con cadena de fierro á la voluntad de su amo, y solo conseguia el ganar en la opinion de ellos el título del mas entusiasta y decidido federal.

Fué en este estado de cosas, y al siguiente dia de recibirse la noticia de la batalla, que Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es pocos dias despues de su regreso á Buenos Aires que vamos á encontrarnos con él en la encantada quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se habia despedido de ellos por tres dias, llegándola á saber solamente cuando los estrechó en sus brazos. libre ya de los peligros que habia corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar á sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto habia sido revelado á su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un angel, habian subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fria y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete á los piés de Amalia, Eduardo la traducia uno de los mas bellos pasajes del *Manfredo* de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, le oia, enajenada, mas por la voz que llegaba hasta su corazon que por los bellos raptos de la imaginacion del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza á buscar en los ojos de su Amalia, un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y tocante de la felicidad mas completa: felicidad de ellos, que se escondia en los misterios de su corazon, que á nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada ó comprada á costa de alguna mala accion entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos, y al contemplarlos se hubiera podido decir, que la desgracia tendria compasion de echar una gota de acibar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que a nadie habian hecho mal en la vida, y que respondian, amándose, á las leyes de una providencia superior á ellos mismos.

De repente, un coche paró á la puerta, y un minuto despues Madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron á la sala.

Amalia y Eduardo habian conocido el coche al traves de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no habia misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que solo una vez habia hecho en las visitas de Agustina.

Daniel entró, como entraba siempre, vivo, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia ó de su prima su corazon sacudia sus penas y sus ambiciones de otro género, y daba espandimiento á sus afectos y á su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

— Café, mi prima, café, porque nos morimos de frio; nos hemos levantado de la mesa para venirlo á tomar contigo; pero ha sido inspiracion mia, no tienes que agradecer la visita, ni á la madre ni á la hija sino á mí, dijo.

— Pides tan poco por el servicio, que bien merecerias no ser pago por no saber conocer la importancia de lo que haces, le contestó Amalia, despues de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigas.

— No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo, el perezoso se habria dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea, dijo Madama Dupasquier, señora de cuarenta á cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los mas distinguidos; pero en cuyo semblante habia algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubria muy generalmente en las señoras de distincion que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos ó de sus amigos, su salud se alteraba por la escitacion moral en que vivian.

— Está bien, yo diré ménos verdad que Madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viérnes.

— Amalia, yo me empeño porque se lo haga usted servir, dijo la madre de Florencia, de lo contrario no nos va á hablar sino de café toda la tarde.

— Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida á ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible, dijo Florencia, á quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, habia tirado el cordon de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviera café.

— ¿Qué obra es esa, Eduardo? preguntó Daniel.

— La de uno que en ciertas cosas tenia tanto juicio como tú.

— Ah, es Voltaire, porque este buen señor decia, que una taza de café valia mas que un vaso de agua del Hipocrene.

— No, no es Voltaire, dijo Amalia, adivina.

— Ah! entónces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenia el esquisito gusto de pararse á respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibia.

— Ya usted ve, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café, dijo madama Dupasquier.

— Pero no adivina, observó Amalia.

— No me doy por vencido.

— A ver, pues?

— Napoleon, de quien la enfermedad de familia se le agravó á causa de los toneles de café que habia tomado en su vida.

— Nada, nada: no adivinas.

— Vaya! No adivinaré quién es el autor de ese libro ¿pero á que adivino quién no es el autor?

— A ver? dijo Florencia desde la ventana á cuya luz estaba viendo los grabados.

— Don Pedro de Angelis, porque este autor no puede parecerse á mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la mas indigesta de todas las aguas de este mundo, razon por la cual no ha podido digerir todavía el primer volúmen de sus documentos históricos ¿acerté?

— Es Byron, loco, es Byron, le dijo Eduardo enseñando á Florencia el retrato de la hija del poeta.

— Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razon que era la bebida favorita de Napoleon; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecia á Napoleon, pero tenia celos de su gloria, por cuanto sabia, el taimado inglés, que con él y con Napoleon debian morir las dos grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese mas gloria que la suya. Me parece que he hablado con juicio?

— Por la primera vez esta tarde, contestó Florencia.

— Cosa que no le sucedia con frecuencia al tal poeta; pues si en vez de querer tanto á su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla mas cuando ella lo tuvo por loco, no hubiese pasado despues la miserable vida que llevó en este mundo.

— No he entendido, dijo Florencia.

— Ni nadie, agregó Amalia.

— Quise decir, dijo Daniel amacándose en el sillon en que estaba, que si á mí me tuviese mi mujer por loco, por solo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rapto de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirla cartas como él hizo, haria....

— ¿Qué? preguntó Florencia con viveza.

— Haria lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero ántes, á ver ¿qué harias tú, Eduardo?

— ¿Yo?

— Sí, tú. ¿Si tu mujer se te escapase, y tu la quisieras?

— ¿Qué habia de hacer? Lo que hizo Byron, escribirla, querer traerla al buen sendero de que se habia estraviado en un momento de ilusion.

— Bah! eso no vale nada.

— ¿Y qué harias tú?

— ¿Yo? montar en un coche, y si no habia coche, á caballo, y si no habia caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo á la casa donde estaba mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente, y decir á los que allí estuvieran: paso, señores, que esta es mi mujer y me la llevo á mi casa.

— Y si no queria ir, caballero? dijo Florencia.

— Entónces.... claro está, entónces me quedaria donde ella estuviese. Toda la dificultad estaria en que me echasen los dueños de casa, pero entónces me salia con mi mujer y asunto concluido. Pero.... el café, mis queridas señoras, dijo Daniel levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo á la sala donde acababan de servirlo, y donde entraron todos.

El criado al servir el café, habia colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba á la calle Larga, pues que ya comenzaba á anochecer.

Sentados al rededor de la mesa, todos se entretenian en ver á Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

— Es una lástima, dijo Madama Dupasquier, que nuestro Daniel no haya hecho un viaje á Constantinopla.

— Es cierto, señora, contestó el jóven, allí se toma el café por docenas de tazas, pero hace poco tiempo que he jurado no hacer mas viajes en mi vida.

— Y especialmente, si para ir á Constantinopla fuera necesario hacer el viaje en una ballenera, dijo Amalia.

— Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver á su casa, agregó Florencia mirando con ojos de reconvencion á Daniel.

— Y esponerse á ser recibido por algun oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista, observó Eduardo.

— Hola! Tambien tú, mi querido? Por supuesto, tú el mas circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

— En todo caso contaria contigo, respondió Amalia á su primo, mirando tiernamente á Eduardo.

— Por aviso de la providencia, se entiende, que en cuanto á los que habia de recibir de él, tengo mis antecedentes á este respecto.

— Sí, tiene razon Daniel, dijo Madama Dupasquier.

— Pero, Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio, como apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche, dijo Amalia.

— Vaya! hoy estóy de buen humor, y te lo diré, hija mia. Es muy sencillo.

Todos se pusieron á escuchar á Daniel que prosiguió:

— El 4 de Mayo á las cinco de la tarde recibí una carta de este caballero, en que me anunciaba que esa noche dejaria Buenos Aires. Entró en la moda, dije para mí; pero como yo tengo algo de adivino empecé á temer alguna desgracia. Fuí á su casa; nada, cerrada la puerta. Fuí á diez ó doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podia estar en casa de esta señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, esponiéndome.... esponiéndome &a., esta señorita concluirá mi frase. Me salí, pues, y fuí á dar por las barrancas de la residencia en donde vive cierto escoces amigo mio, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto á querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos á Montevideo, y Rosas mandando otros á otra parte. Pero mi escoces dormia como si estuviese en sus montañas, esperando á que viniese á describirle Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entónces? Acudí á la lógica: nadie se embarca sino por el rio; es así que Eduardo va á embarcarse, luego por la costa del rio puede encontrarlo; y despues de este silogismo que envidiaria el señor Garrigós, que es el mas lógico de nuestros representantes, bajé la barranca y me eché á andar por la costa del rio.

— Y solo! esclamó Florencia empezando á palidecer.

— Vaya! si no, me callo.

— No, no. siga usted, dijo la jóven esforzándose para sonreirse.

— Bien, pues; empecé á andar hácia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaba la soledad y el silencio, percibí, primero un ruido de armas, me fuí en esa direccion, y á pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Despues .... despues ya se acabó el cuento, dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban escesivamente pálidas.

Eduardo se disponia á dar un nuevo giro á la conver-

sacion cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala dieron vuelta todos y, al traves del tabique de cristales que separaba el gabinete, vieron entrar á las señoras Doña Agustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se habia sentido rodar en el arenoso camino, distraidos como estaban todos con la narracion de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse á las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.

---

## CAPITULO IX.

El primer acto de un drama.

De todos cuantos allí habia, Amalia era la única que no conocia á Doña María Josefa Ezcurra; pero cuando al pasar al salon vió de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta sobre cuyo cabello alborotado estaba un inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo ménos de sentir una impresion vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apénas la punta de sus dedos cuando la vieja le estendió la mano. Pero cuando Agustina la dijo:

— Tengo el gusto de presentar á usted á la señora Doña María Josefa Ezcurra; un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organizacion de Amalia, y sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

— No me esperaría usted con esta tarde tan mala? prosiguió Agustina, dirigiéndose á Amalia, miéntras todos se sentaban en redor de la chimenea.

Pero fuera casual ó intencionalmente, Doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de presentar á Eduardo. Todos los demas se conocian desde mucho tiempo.

— En efecto, es una agradable sorpresa, contestó Amalia á la señora de Mancilla.

— Misia María Josefa se empeñó en que saliéramos; y como ella sabe cuán feliz soy cuando vengo á esta casa, ella misma le dió órden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó á rascarse una oreja, mirando el fuego como si él solo absorbiese su atencion.

— Pero, vamos, prosiguió Agustina, no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está Madama Dupasquier que hace mas de un año que no me visita; aquí está Florencia que es una ingrata conmigo, y por consiguiente aquí está el señor Bello. Ademas, aquí tengo el gusto de ver tambien al señor Belgrano, á quien hace años no se le ve en ninguna parte, dijo Agustina que conocia á toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba á Eduardo de piés á cabeza.

— Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco, respondió Amalia.

— Y si yo no veo á usted, Agustina, á lo ménos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente, dijo Madama Dupasquier.

— Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

— Pero usted vive aquí tan perfectamente, que casi es envidiable su soledad, dijo Doña María Josefa dirigiéndose á Amalia.

— Vivo pasablemente, señora.

— Oh, Barracas es un punto delicioso! prosiguió la vieja, especialmente para la salud, y señalando á Eduardo, dijo á Amalia:

— ¿El señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

— Señora, yo estóy perfectamente bueno, la contestó Eduardo.

— Ah! dispense usted. Como lo veia tan pálido!

— Es mi color natural.

— Ademas, como lo veia á usted sin divisa; y con esa corbata de una sola vuelta, en un dia tan frio, creí que vivia usted en esta casa.

— Mire usted, señora: se apresuró á decir Daniel para evitar una respuesta que por fuerza, ó habia de ser una mentira, ó una declaracion demasiado franca, que convenia evitar, en esto de frio es segun uno se acostumbra; los escoceses viven en un pais de hielo y andan desnudos hasta medio muslo

— Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires! replicó Doña María Josefa.

— Y en Buenos Aires donde este invierno es tan rigoroso, agregó Madama Dupasquier.

— ¿Ha hecho usted poner chimenea, Misía María Josefa? preguntó Florencia que, como todos, parecia empeñarse en distraerla de la idea que habia tenido sobre Eduardo, y que todos parecian adivinar.

— Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de

esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo, pensaremos un poco en nuestras comodidades.

— Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, porque Mancilla se resfría al salir del lado del fuego, dijo Agustina.

— Demasiado calor ha de tener hoy Mancilla, continuó Doña María Josefa.

— ¿Cómo! Está enfermo el señor general? preguntó Amalia.

— El nunca está sano, contestó Agustina, pero hoy no lo he sentido quejarse.

— No, no tiene calor de enfermedad, repuso la vieja, tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedés que hace tres dias se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre-Rios? pues no hay un solo federal que no lo sepa.

— Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron, dijo Daniel; ha sido una terrible batalla.

— En que bien las han pagado!

— Oh, de eso yo le respondo á usted! dijo Daniel.

— Y yo tambien, agregó Eduardo: y si no hubiera sido que la noche era tan oscura. . .

— ¿Cómo la noche? Si la batalla fué de dia, señor Belgrano, observó Doña María Josefa.

— Eso es; fué de dia, pero quiso decir mi amigo, que si no hubiera sido la noche, no se escapa ninguno.

— Ah! por supuesto. ¿Y ha asistido usted á alguna de las fiestas, señor Belgrano?

— Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderacion, contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

— Y qué lindas banderas hay! ¿De dónde sacarán tantas, señora? dijo la picaruela de Florencia, dirigiéndose á Doña María Josefa.

— Las compran, niña, ó las hacen las buenas federales.

— Sí, pues yo soy muy buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mancilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al señor Mandeville, y desde entónces las tengo, y son las que uso: ni se las vuelvo mas. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

— No, Agustina, esta casa está tan retirada!

— Bien hecho! hacen un ruido las malditas banderas! y despues de eso, los muchachos: Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

— Oh, esta casa no está tan léjos! dija Doña María Josefa.

— Pero como las del teatro no hay ningunas ¿ha ido usted al teatro, Doña María Josefa?

— No, Florencita, yo no voy al teatro. Pero he sabido

que ha habido mucho entusiasmo ¿ha estado usted, señor Belgrano?

— Pues mire usted, el dia que yo vaya, por fuerza la voy á usted á buscar, y hemos de ir ¿no es verdad?

— No te incomodes, niña, yo no voy al teatro, contestó la vieja con un gesto de mal humor al ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

— El teatro es el centro mas apropósito para espresarse el entusiasmo de los pueblos, dijo Daniel.

— Sí, pero con tanta gritería no dejan oir la música, agregó Agustina.

— Esa grita es la mas bella música de nuestra santa causa, dijo Daniel con una cara la mas séria del mundo.

— Cabal, eso es hablar, dijo la vieja.

— Florencia, porqué no toca usted el piano un momento?

— Ha tenido usted una buena idea, Amalia. Florencia, vé á tocar el piano

— Bien, mamá. ¿Qué le gusta á usted, Doña Josefa?

— Cualquiera cosa.

— Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal, pero por usted voy á cantar delante de gente mi cancion favorita, que es el *Natalicio* del Restaurador. Venga usted junto al piano, y Florencia se puso de pié delante de Doña María Josefa para dar mas espresion á su invitacion.

— Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!

— Vaya que no es así! venga usted

— Qué niña esta! dijo la vieja con una sonrisa satánica. Vaya; vamos pues; dispense usted, señor Belgrano, y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que, transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se habia afirmado precisamente en lo mas sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atras su cabeza, sin poder encerrar entre sus labios esta esclamacion:

— Ay! señora! quedando en la silla casi desmayado, y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha á los ojos, y se cubrió el rostro.

Todos, á escepcion de Agustina, comprendieron al momento que en la accion de Doña María Josefa podia haber algo de premeditacion siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

— ¿Le he hecho á usted mal? dispense usted, caballero. Si yo hubiera sabido que tenia usted tan sensible el muslo

izquierdo, le hubiera á usted pedido su brazo para levantarme. Lo que es ser vieja! Si hubiera sido una muchacha, no le habria dolido á usted tanto su muslo izquierdo. Dispense usted, buen mozo, dijo mirando á Eduardo con una satisfaccion imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fué luego á sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reaccion natural en su altiva organizacion, Amalia se despejó súbitamente de todo temor, de toda contemporizacion con la época y las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de Colonia; se lo dió á Eduardo que empezaba a volver en sí del vértigo que habia trastornádolo un momento; y separando bruscamente la silla en que habia estado sentada Doña María Josefa, tomó otra y ocupó el lugar de aquella al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda á la cuñada y amiga del tirano.

Agustina nada habia comprendido, y se entretenia en hablar con Madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo sin saber lo que hacia

Doña Maria Josefa miraba á Eduardo y a Amalia, y sonreia y meneaba la cabeza.

Daniel parado, dando la espalda á la chimenea, tenia en accion todas las facultades de su alma

— No es nada, ya pasó no es nada, dijo Eduardo al oido de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

— Pero está endemoniada esta mujer! desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir, le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa la fisonomía de Eduardo.

— Muy bueno está el fuego, dijo Daniel alzando la voz, y mirando con algo de severidad á Amalia.

— Excelente, dijo Madama Dupasquier, pero ..

— Pero, perdone usted, señora, lo disfrutaremos solamente hasta las diez ó las once, la interrumpió Daniel, alcanzando que Madame Dupasquier iba á hablar de retirarse, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada que la inteligente porteña comprendió con facilidad.

— Justamente, esa es mi idea, repuso la señora, es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.

— Gracias, señora, dijo Amalia.

— Tiene usted razon, agregó Agustina, y yo tambien me estaria hasta esas horas, si no tuviese que ir á otra parte.

— Es muy justo, dijo Amalia, cambiando con Madama

Dupasquier una mirada bien inteligente sobre la razon algo impertinente que acababa de dar Agustina.

— Qué tal, ¿lo he hecho bien? preguntó Florencia á Doña María Josefa, levantándose del piano.

— Oh, muy bien! ¿Se le pasó á usted el dolor, señor Belgrano?

— Ya, sí, señora, respondió Amalia con prontitud y sin dar vuelta la cabeza para mirar á Doña María Josefa.

— No me vaya usted á guardar rencor, eh?

— Si no hay de qué, señora, dijo Eduardo violentándose en dirigirle una palabra.

— Lo que prometo es no decir á nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, á lo ménos á las muchachas, porque si lo saben todas van á querer pelizcarle ahí para verlo desmayarse.

— ¿Quiere usted sentarse, señora? dijo Amalia girando la cabeza hácia Doña María Josefa, sin alzar los ojos y señalando una silla que habia en el estremo del círculo que formaban en rededor de la chimenea.

No, no, dijo Agustina, ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa ántes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del general Mancilla se levantó ajustandose las cintas de su gorra de terciopelo negro, que hacia resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse, no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevencion que la dominaba ya contra Doña María Josefa Ezcurra: aun no habia traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la grosería de la parte ostensible de ellas para hacérsele repugnante su presencia; y jamas despedida alguna fué hecha con mas desabrimiento á esa mujer toda poderosa en aquel tiempo: Amalia la dió á tocar apénas la punta de sus dedos, y ni la dió gracias por su visita, ni la ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel que las condujo hasta el coche. Pero todavía desde la puerta de la sala, Doña María Josefa volvió su cabeza, y dijo dirigiéndose á Eduardo:

— No me vaya á guardar rencor, eh? Pero ne se vaya á poner agua de Colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina habia partido ya, y aun duraba en el salon de Amalia el silencio que habia sucedido á la salida de ella y de su compañera

Amalia fué la primera que lo rompió, mirando á todos, y preguntando con una verdadera admiracion.

— Pero, ¿qué especie de mujer es esta?

— Es una mujer que se parece á ella misma, dijo Madama Dupasquier.

— ¿Pero qué le hemos hecho? preguntó Amalia. ¿A qué ha venido á esta casa, si debia ser para mortificar á cuantos en ella habia, y esto cuando no me conoce, cuando no conoce á Eduardo?

— Ah, prima mia! Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente á tu casa; ha debido tener alguna delacion, alguna sospecha sobre Eduardo, y desgraciadamente acaba de descubrirlo todo!

— Pero ¿qué, qué ha descubierto?

— Todo, Amalia ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo de Eduardo?

— Ah! esclamó Florencia, sí, sí, ella sabia de un herido en el muslo izquierdo!

Las señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo y con la misma gravedad:

— Cierto, esa era la única seña que ella tenia del escapado en los asesinatos del 4 de Mayo. Ella no ha podido venir á esta casa sin algun fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado á Eduardo de piés é cabeza; solo á él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversacion, ha querido de un solo golpe descubrir la verdad, y ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resultado de la presion de su mano. Solo el demonio ha podido inspirarla tal idea, y ella va perfectísimamente convencida de que solo habiendo oprimido una herida mal cerrada aun, ha podido originar en Eduardo la impresion que le hizo, y que ha devorado con placer.

— Pero ¿quién ha podido decírselo?

— No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo un perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el bordo de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

— ¿Qué? esclamaron todas las señoras que estaban pendientes de los labios de Daniel.

— Que Eduardo deje esta casa inmediatamente y se venga conmigo.

— Oh, no, esclamó Eduardo levantándose iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y parándose al lado de su amigo junto á la chimenea.

— No, prosiguió. Alcanzo ahora toda la malignidad de

las acciones de esa mujer, pero es por lo mismo que me creo descubierto, que debo permanecer en esta casa.

— Ni un minuto, le contestó Daniel con su aplomo habitual en las circunstancias difíciles.

— ¿Y ella, Daniel? le replicó Eduardo nerviosamente.

— Ella no podrá salvarte

— Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

— Con cuya liberacion se perderian los dos.

— No; me perderia yo solo.

— De ella me encargo yo.

— ¿Pero vendrian aquí? preguntó Amalia toda inquieta, mirando á Daniel.

— Dentro de dos horas, dentro de una quizá.

— Ah, Dios mio! Sí, Eduardo, al momento váyase usted, yo se lo ruego, dijo Amalia levantándose y aproximándose al jóven; accion que instintivamente imitó Florencia.

— Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted, Eduardo, dijo la bellísima y tierna criatura.

— Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí, agregó Madama Dupasquier.

— Por Dios, señoras! no, no. Cuando no fuera mas que el honor, él me ordena permanecer al lado de Amalia.

— Yo no puedo asegurar, dijo Daniel, que ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo, y para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora yo volveré á estar á su lado.

— Pero Amalia puede venir con nosotros, dijo Florencia.

— No, ella debe quedar aquí, y yo con ella, replicó Daniel; si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la señora Doña María Josefa. De todos modos no perdamos tiempo; toma Eduardo, tu capa y tu sombrero y ven con nosotros.

— No.

— Eduardo! Es la primera cosa que pido á usted en este mundo; entréguese á la direccion de Daniel por esta noche, y mañana.... mañana nos volveremos á ver; cualquiera que sea la suerte que nos depara Dios.

Los ojos de Amalia al pronunciar estas palabras, húmedos por el flúido de su sensibilidad, tenian una espresion de ruego tan tierna, tan melancólica, que la energía de Eduardo se dobló ante ella, y sus labios apénas modularon las palabras:

— Bien, iré.

Florencia batió las manos de alegría y atravesó corriendo el salon á tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver:

— A casa, á casa, Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, la dijo:

— No, ángel de bondad, ni á vuestra casa, ni á la de él. En todas ellas puede ser buscado. Irá á otra parte; eso es de mi cuenta.

Florencia quedó triste.

— Pero bien, dijo Eduardo, dentro de una hora estarás al lado de Amalia?

— Sí, dentro de una hora.

— Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida, pero créame usted par la memoria de mi madre, que es el mayor que podria hacer yo sobre este mundo.

— Gracias, gracias, Eduardo! ¿Hay alguien que pudiera creer que en su corazon de usted cabe el temor? Ademas, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabria hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras, pues habia ido al gabinete á buscar la capa de su madre.

Algunos minutos despues, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, á quien Daniel habia dado algunas instrucciones ántes de partir, se paseaba desde el zaguan hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de esta la escopeta de dos tiros de Eduardo y una tercerola de caballería, miéntras á la cintura del viejo veterano de la independencia estaba un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas al patio, esperando las órdenes del soldado, quien, segun las instrucciones de Daniel, no debia abrir á nadie la puerta de la calle hasta su regreso.

---

## CAPITULO X.

### Una noche toledana.

Por muy de prisa que anduviese Daniel, le era imposible volver á Barracas en el término de una hora, teniendo que ir en coche á dejar á la señora Dupasquier y su hija; conducir á Eduardo, muy léjos de la calle de la Reconquista, y á pié para no poner al cochero en el secreto de su refugio; volver á su casa, dar algunas órdenes á su criado, hacer ensillar y volver á Barracas.

Así es que eran ya las nueve y media de la noche, es decir, hora y media despues de dejar á su prima, cuando descendia por la barranca de Balcarce reflexionando y convenciéndose de que la visita de Doña María Josefa habia sido el resultado de alguna delacion sobre aquello que por tanto tiempo se habia velado entre el misterio, y que la vieja, espía de su hermano político, habia aquirido el convencimiento de la verdad que le habrian revelado.

— En la pérdida de Eduardo está interesado Rosas, porque ha sido el primero que ha burlado una resolucion suya en esta época, se decia Daniel.

— Está interesado Cuitiño y por consiguiente la Mashorca, porque con la cabeza de Eduardo dan una prueba de su celo que fué burlado por el valor de aquel.

— Está interesada Doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algun tiempo.

— Para todos, pues, Eduardo es un delincuente puesto fuera de toda ley.

— Pero ese delincuente tiene sus cómplices.

— Esos cómplices son, Amalia, los que rodean á Amalia, yo, quizá tambien la señora Dupasquier y Florencia.

— Cómo conjurar, Dios mio, esta tormenta! esclamaba Daniel en lo interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez de su vida, al considerar en peligro los seres mas amados de su corazon.

Por un contraste original de la naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política ó de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan los seres ligados á su vida por los vínculos del amor ó de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolucion y de sangre, ó la metralla de un campo de batalla, sufria en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte ó cuya existencia peligraba.

— Pero en fin, dejemos venir los acontecimientos y chispearé á sus golpes, porque si ellos son de acero, yo soy de pedernal, dijo, y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dió riendas á su brioso corcel en direccion á la quinta; y en medio de una de esas noches frias, nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero al llegar al camino que viene de la Boca á Santa Lucía, vió doblar hácia la calle Larga seis hombres que la enfilaron á todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto pareció anunciarle que aquellos hombres tenian algo de relacion con sus asuntos; y por una combinacion de su pensamiento, viva como la luz, tiró la rienda á su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse á ellos. Pero apénas se habian adelantado cincuenta pasos, cuando volvió á tomar el galope, llevandóles siempre á esa distancia.

Y era de verse y de admirar, en medio á la solitaria calle Larga, y bajo el manto oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algun súbito relámpago, aquel jóven sin mas garantía que sus pistolas, corriendo á disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la federacion tenia á su frente, y los federalistas sobre su espalda.

— Ah! no me engañé, esclamó al ver á los seis jinetes sentar sus caballos á la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella, con el llamador, y con el cabo de los rebenques.

Aun no habian tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con una voz entera y resuelta preguntó:

— ¿Qué hay, señores?

— ¿Qué hay? ¿y quién es usted?

— Yo soy el que puede hacerles á ustedes esa pregunta. Ustedes vienen en comision ¿no es cierto?

— Sí, señor, en comision, dijo uno de ellos acercándose á Daniel y mirándole de piés á cabeza, en los momentos en que el jóven bajó resueltamente de su caballo, y gritó con una voz imperiosa:

— Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenian rodeado á Daniel, sin saber qué hacer, esperando cada uno, que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando á los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles:

— Adelante, señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala y entró á ella.

Los seis hombres entraron tambien, arrastrando sus sables sobre la rica alfombra en que hacian surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, parada junto á la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmin al ver acercarse á ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y puesto sobre su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel la hizo comprender que debia guardar el mas profundo silencio

El jóven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentacion del chaleco punzó que á esa época co-

menzaba á usarse entre los mas entusiastas federales, y la gran divisa que traia al pecho, dijo, dirigiéndose á los seis hombres, que todávía no podian formarse una idea completa que lo que debian hacer:

— ¿Quién manda esta partida?

— Yo la mando, dijo uno de aquellos, acercándose á Daniel.

— ¿Oficial?

— Ordenanza del comandante Cuitiño.

— ¿Vienen ustedes á prender á un hombre en esta casa?

— Sí, señor; venimos á registrar la casa, y á llevarlo.

— Bien; lea usted, dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vió por todos lados un sello que habia en él, y dándoselo á otro de los soldados, le dijo:

— Lee tú que sabes.

El soldado se acercó á la lámpara, y deletreando sílaba por sílaba leyó al fin:

«*¡Viva la Federacion!*
*¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!*
*¡Mueran los inmundos asquerosos unitarios!*
*¡Muera et pardejon Rivera y los inmundos franceses!*

SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA.

El portador Don Daniel Bello está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga, debe ser en favor de la Santa Causa de la Federacion, porque es uno de sus mejores servidores.

Buenos Aires, Junio 10 de 1840.

JULIAN GONZALEZ SALOMON,
Presidente.

*Boneo*,
Secretario.»

— Ahora, dijo Daniel, mirando á los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la mas completa irresolucion, qué hombre es el que buscan on esta casa, que es como si fuera la mia, y en que no se han escondido nunca salvajes unitarios?

El ordenanza de Cuitiño iba á responder, cuando todos volvieron la cabeza al gran ruido que hicieron cuatro ó seis caballos que entraron de improviso al zaguan enlosado, haciendo un ruido infernal con las herraduras sobre las losas, y con los sables y espuelas de los jinetes que se desmontaron, y entraron en tropel á la sala.

Maquinalmente Amalia vino á ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se agarró del brazo de su señora.

— Vivo ó muerto, gritó al entrar á la sala el que venia delante de todos.

— Ni vivo, ni muerto, comandante Cuitiño, dijo Daniel.

— ¿Se ha escapado?

— No, los que se escapan, señor comandante, contestó Daniel, son los unitarios que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos é indisponernos á nosotros mismos. Con sus logias y con sus manejos que están aprendiendo de los gringos, ya la casa de un federal no está segura; y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador, que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la federacion, se esconde tambien algun salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante; y esta señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo, y no necesito jurar para que se me crea que á donde estoy yo, no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted á todos esos señores, que registren la casa por donde quieran.

— Ninguno se mueva de ahí, gritó Cuitiño á los soldados que se disponian á seguir á Pedro, la casa de un federal no se registra, continuó; usted es tan buen federal como yo, señor Don Daniel. Pero dígame ¿cómo es que Doña María Josefa me ha engañado?

— ¿Doña María Josefa? dijo Daniel, fingiendo que no comprendia ni una palabra.

— Sí, Doña María Josefa.

— Pero ¿qué le ha dicho á usted, comandante?

— Me acaba de mandar decir, que aquí estaba escondido el unitario que se nos escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

— Belgrano!

— Sí, Eduardo Belgrano.

— Es verdad, Eduardo Belgrano ha estado de visita esta tarde, porque suele visitar de cuando en cuando á mi prima! pero ese mozo á quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento, dijo Daniel con cierta sonrisa muy significativa para Cuitiño.

— Y entónces, ¿cómo diablos es esto? ¿Pues que yo soy hombre para que se jueguen conmigo?

— Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar á los federales; y le han de haber metido algun cuento á Doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los dias.

Pero no importa, usted busque á ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar como conocerlo. Entretanto, yo he de ver á Doña María Josefa y al mismo Don Juan Manuel, para saber si ya nos andamos registrando las casas unos á otros.

— No, Don Daniel, no dé paso ninguno. Si son los unitarios, como usted ha dicho, le contestó Cuitiño que creia á Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

— ¿Qué quiere tomar, comandante?

— Nada, Don Daniel. Lo que yo quiero es que esta señora no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabíamos qué casa era esta.

Amalia hizo apénas un lijero movimiento con la cabeza, porque estaba completamente atónita, ménos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

— ¿Entónces se retira, comandante?

— Sí, Don Daniel, y ni la contestacion le voy á llevar á Doña María Josefa.

— Hace bien; son cosas de mujeres y nada mas.

— Señora, muy buenas noches, dijo Cuitiño saludando á Amalia, y marchando con toda su comitiva, acompañado de Daniel, á tomar sus caballos.

---

## CAPITULO XI.

Continuacion del anterior.

Amalia permanecia parada aun junto á la mesa, cuando Daniel, despues de haberse retirado Cuitiño, entró á la sala riéndose como un muchacho, dirigiéndose á su prima á quien abrazó con el cariño de un hermano.

— Perdóname, mi Amalia, la dijo, son herejías políticas y morales que tengo que cometer á cada paso en esta época de comedia universal, en que yo juego uno de sus mas estraordinarios papeles. Pobre gente! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre. Ahora ya están estraviados, mi Amalia; y sobre todo ya están en anarquía; Cuitiño ya no le hará caso á Doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja vase á enojar con Cuitiño.

— ¿Pero dónde está Eduardo?

— Perfectamente seguro.

— ¿Pero van á ir á su casa?
— Por supuesto que irán.
— ¿Tiene papeles?
— Ningunos.
— ¿Pero tú y yo, cómo quedamos?
— Mal.
— ¿Mal?
— Mal, malísimamente estamos ya desde esta tarde. Pero qué hemos de hacer, sino esperar los sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?
— ¿Pero bien, cuando veré á Eduardo?
— Dentro de algunos dias.
— De algunos dias! Pero ¿no hemos quedado en que mañana nos volveríamos á ver?
— Sí, pero no habíamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.
— No importa; si él no viene aquí, yo quiero ir donde él esté.
— Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja queda satisfecha con lo que le ha sucedido á Cuitiño, al contrario, va á irritarse mas é incomodarnos á todos. Hay una cosa sin embargo, que me tranquiliza.
— ¿Y cuál, Daniel?
— Que á estas horas tienen mucho en que pensar Rosas y todos sus amigos.
— ¿Y qué hay? ¿acaba por Dios!
— Nada, una friolera, mi querida Amalia, dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo junto á la chimenea.
— ¿Pero qué hay? Estás insufrible.
— Gracias.
— Lo mereces. Te estás riendo.
— Es que estoy contento.
— ¿Contento?
— Sí.
— ¿Y tienes valor de decírmelo?
— Sí.
— ¿Pero contento de qué? ¿De que todos estemos sobre un volcan?
— No: estoy contento.. .. óyeme bien lo que voy á decirte.
— Te oigo.
— Bien; pero ántes, Luisa, dí al criado de Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré por él una taza de té.

— Te lo repito, estás insufrible, dijo Amalia, despues de haber salido Luisa.

— Ya lo sé; pero te decia que estaba contento, y quedé en esplicarte el por qué ¿no es así?

— No sé, dijo Amalia con un gesto de mal humor.

— Pues bien: estoy contento, primero porque Eduardo está escondido en una buena casa; y segundo, porque Lavalle está á la vista y paciencia de todo el mundo en la buena villa de San Pedro.

— Ya! esclamó Amalia radiantes sus ojos de alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

— Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el ejército libertador. Está á treinta leguas solamente del tirano, y me parece que este es un asunto bien importante para no llamar la atencion de nuestro Restaurador.

— Ah! pero vamos á estar libres entónces! esclamó Amalia sacudiendo la mano de su primo.

— Quién sabe, hija mia, quién sabe! eso dependerá del modo como es opere.

— Oh, Dios mio! Pensar que dentro de pocos dias ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres dias puede estar Lavalle en Buenos Aires?

— No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho, dentro de seis. Pero puede tambien no estarlo nunca, Amalia mia.

— Oh, no por Dios!

— Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresion de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale á la campaña á ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No, si la ciudad es atacada, Rosas se embarca y huye. Pero si el general Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entónces la suerte puede serle adversa. ¿Quieres oir unos fragmentos de la órden del ejército?

— Sí, sí, esclamó Amalia llena de entusiasmo.

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó:

«*Cuartel general en San Pedro.*

«El ejército va á decidir en estos dias la suerte de todos los pueblos de la república, va á resolver el gran problema de la libertad de veinte pueblos, cuyas ansiosas miradas se dirigen á las lanzas de sus bravos soldados.

«El general en jefe exhorta á todos los jefes, oficiales y soldados del ejército, para que se penetren de la importante y gloriosa mision que están llamados á cumplir en su patria....

«Señores jefes, oficiales y soldados del ejército libertador,

en estos dias se va á decidir la suerte de la república. Dentro de poco nos veremos bendecidos por seis cientos mil argentinos, y cubiertos de gloria, ó moriremos en los cadalsos del tirano, ó arrastraremos una vida infeliz en países estranjeros, miéntras la rabia del déspota se satisface con nuestros padres, esposas é hijos. Elegíd, mis bravos compañeros. Media hora de coraje es bastante para la gloria y felicidad de la república.

«En la próxima batalla el enemigo nos presentará probablemente un ejército numeroso. Es preciso no sorprenderse. Si el general en jefe manda atacar, la victoria es segura. Para ello es preciso que los libertadores despleguen todo su coraje. Que la caballería cargue con ímpetu á estrellarse contra el enemigo, el cual no resistirá. Las legiones que el general en jefe señale, es preciso que se reunan luego que el enemigo haya dado la espalda; las demas perseguirán.

«El general en jefe tiene una gran confianza en su ejército.

«JUAN LAVALLE.»

— Sublime, sublime! esclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la órden del ejército.

— Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre, que todas las proclamas y órdenes de ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo deseo ver siempre es la sublimidad de las acciones: será sublime la empresa del general Lavalle si él viene á estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

— Pero vendrá.

— Dios lo quiera.

— Y, díme, ¿cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo?

— Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado á Eduardo.

— ¿Pero qué casa es esa?

— Oh, nada ménos que la de un empleado.

— ¡Dios mio! En la casa de un empleado de Rosas has puesto á Eduardo?

— No, señora: en la casa de un empleado mio.

— ¿Tuyo?

— Sí.... pero silencio.... un caballo ha parado á la puerta.... Pedro, gritó Daniel saliendo al zaguan.

— ¿Señor? contestó el fiel veterano de la independencia.

— Hay gente en la puerta.

— ¿Abro, señor?

— Sí; llaman ya; abra usted, y Daniel volvió á sentarse al lado de su prima.

Amalia empalideció.

Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecia venir á complicar la situacion de sus amigos y de él propio; porque á esas horas, cerca ya de las doce de la noche, nadie podia venir á aquella casa, sino haciendo relacion á los sucesos que lo preocupaban.

El fiel Pedro entró á la sala con una carta en la mano:

— Un soldado trae esta carta para la señora, dijo.

— ¿Viene solo? preguntó Daniel.

— Solo.

— ¿Ha mirado usted al fondo del camino?

— No hay nadie.

— Bien, vuelva usted y observe.

— Abrela, dijo Amalia entregando la carta á su primo.

— Ah! esclamó Daniel, despues de abrirla. Mira esta firma; es de un gran personaje, conocido tuyo.

— Mariño! esclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmin.

— Sí, Mariño ¿debo leerla aun?

— Lee, lee.

Daniel leyó:

«Señora

«Acabo de saber que se halla usted complicada en un asunto muy desagradable y peligroso hasta cierto punto para su tranquilidad. Las autoridades tienen aviso que ha ocultado usted en su casa, largo tiempo, á un enemigo del gobierno, perseguido por la justicia.

«Se sabe que esa persona ya no está en casa de usted; pero como es de suponer que sepa usted su paradero, no tengo dificultad en creer que va usted á ser el objeto de muy serios requerimientos de la autoridad.

«En tan dificil situacion, yo no dudo que tendrá usted necesidad de un amigo; y como en mi posicion yo tengo algunos amigos de valer, me apresuro á ofrecer á usted mis servicios, en la entera confianza de que una vez que sean aceptados, ya no correrá usted ningun peligro.

«Para conseguir esto último, bastará que deposite usted en mí su confianza, dignándose decirme, á qué horas me concederá usted mañana el honor de pasar á combinar con usted lo que debemos hacer en el caso presente. Advirtiendo á usted, que su carta, como mi visita y las que en adelante le hiciere: serán cubiertas por el mayor misterio.....»

— Eh! basta, basta! esclamó Amalia haciendo accion de arrebatar la carta.

— No, no, espera. Hay algo mas.

Daniel continuó:

«Hace tiempo que motivos muy poderosos, que su talento habrá comprendido quizá, me han hecho buscar, pero en vano, la ocasion que hoy se me presenta de poder prestar á usted mis servicios con la mas profunda sumision y respeto, y con la amistad con que saluda á usted su affmo. S. Q. B. S. P.

«*Nicolas Mariño.*»

— No hay mas, dijo Daniel mirando á su prima con la espresion mas burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

— Pero es lo que sobra para decir que ese hombre es un insolente! esclamó Amalia.

— Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber qué se contesta á este hombre.

— ¿Qué se contesta? A ver, dáme esa carta.

— No.

— Oh, dámela.

— ¿Y bien, para qué?

— Para contestarle con los pedazos de ella.

— Bah!

— Oh, Dios mio, insultada tambien! Pedirme cartas y visitas en secreto! esclamó Amalia cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo á la sala, y algunos minutos despues volvió al lado de Amalia y la dijo:

— Esto es lo que tenemos que hacer; oye:

«Señor.

«Autorizado por mi prima, la señora Doña Amalia Sáenz de Olabarrieta, para responder á su carta, me complazco en decir á usted, que todos sus temores relativos á la seguridad de mi prima deben dejar de alarmarlo en adelante, porque ella está ajena á todo cuanto se le atribuye; y perfectamente tranquila en la justicia de Su Excelencia el Señor Gobernador, á quien yo tendré el honor de hacer presente mañana todo cuanto ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, en el caso de que se lleve adelante esta desagradable ocurrencia.

«Con este motivo saluda á usted respetuosamente &a. &a.»

— Pero esa carta.....

— Esta carta lo dejará sin dormir el resto de esta noche, temblando de que vaya mañana á parar á manos de Rosas; y para evitarlo, trabajará mañana porque no se toque mas este negocio. Y es de este modo que hago que nuestros

propios enemigos se conviertan en nuestros mejores servidores.

— Oh, bien, sí. Manda esa carta

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba á la puerta.

Media hora despues, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo: y Amalia oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas, por la seguridad de los que amaba, y por la libertad de su patria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# INDICE

## de los capítulos de este libro.


Pág.

Esplicacion . . . . . v

PARTE PRIMERA.

Cap. 1. Traicion . . . . . 1
Cap. 2. La primera curacion . . . . . 16
Cap. 3. Las cartas . . . . . 32
Cap. 4. La hora de comer . . . . . 38
Cap. 5. El comandante Cuitiño . . . . . 55
Cap. 6. Victorica . . . . . 61
Cap. 7. El caballero Juan Enrique Mandeville . . . . . 69
Cap. 8. El amanecer . . . . . 83
Cap. 9. El angel y el diablo . . . . . 87
Cap. 10. Una agente de Daniel . . . . . 100
Cap. 11. Donde aparece el hombre de la caña de la India . . . . 108
Cap. 12. Florencia y Daniel . . . . . 118
Cap. 13. El presidente Salomon . . . . . 128

PARTE SEGUNDA.

Cap. 1. Amalia Sáenz de Olabarrieta . . . . . 137
Cap. 2. Como una sola puerta tenia tres llaves . . . . . 146
Cap. 3. Treinta y dos veces veinte y cuatro . . . . . 155
Cap. 4. Quinientas onzas . . . . . 162
Cap. 5. La rosa blanca . . . . . 170
Cap. 6. Veinte y cuatro . . . . . 180
Cap. 7. Escenas de un baile . . . . . 184
Cap. 8. Daniel Bello . . . . . 197
Cap. 9. Promesas de la imaginacion . . . . . 209
Cap. 10. Donde continúan las escenas del baile . . . . . 215
Cap. 11. Escenas de la mesa . . . . . 221
Cap. 12. Despues del baile . . . . . 228

PARTE TERCERA.

| | | Pág. |
|---|---|---|
| Cap. 1. | En Montevideo | 235 |
| Cap. 2. | Conferencias | 238 |
| Cap. 3. | Continuacion del anterior | 246 |
| Cap. 4. | Indiscreciones | 261 |
| Cap. 5. | Monólogo en el mar | 265 |
| Cap. 6. | Doña Maria Josefa Ezcurra | 269 |
| Cap. 7. | La pareja | 279 |
| Cap. 8. | Preámbulo de un drama | 285 |
| Cap. 9. | El primer acto de un drama | 293 |
| Cap. 10. | Una noche toledana | 301 |
| Cap. 11. | Continuacion del anterior | 306 |

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

# COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XII.

# AMALIA.

POR

JOSÉ MÁRMOL.

TOMO SEGUNDO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
—
1877.

## CAPITULO XII.

De cómo se leen cosas que no están escritas.

En la mañana siguiente á la noche en que ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse, es decir, en la mañana del 6 de Agosto, la casa del dictador estaba invadida de una multitud de correos de la campaña que se sucedian sin interrupcion.

A ninguno de ellos se le detenia en la *oficina*. El general Corvalan tenia órden de hacer entrar á todos al despacho de Rosas. Y el edecan de Su Excelencia, con la faja á la barriga, las charreteras á la espalda, y el espadin entre las piernas, iba y venia por el gran patio de la casa, cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del dictador sombría estaba como la noche lóbrega de su alma. El leia los partes de sus autoridades de campaña, en que le anunciaban el desembarco del general Lavalle, los hacendados que pasaban á encontrarlo con sus caballadas &a., y daba las órdenes que creia convenientes para la campaña, para su acampamento general de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el corazon de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Espedia una órden para que el general Pacheco se replegase al sur, y media hora despues hacia alcanzar al chasque, y volaba una órden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallon á reforzar á Pacheco; y diez minutos despues ordenaba que Maza se dispusiese á marchar con toda la artilleria á Santos Lugares.

Nombraba jefes de dia para el comando interior de las fuerzas de la ciudad; y cada nombramiento era borrado y sostituido veinte veces en el trascurso de un dia; todo era así.

Su pobre hija, que habia pasado en vela toda la noche, se asomaba de cuando en cuando al gabinete de su padre, á ver si adivinaba en su fisonomía algun suceso feliz que lo despejase del mal humor que le dominaba despues de tantas horas.

Viguá habia asomado dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo quo cortaba el muro, á la derecha del zaguan de la casa; y el bufon de Su Excelencia habia conocido en la cara de los escribientes, que ese no era dia de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo, comiéndose los granos de maíz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del dictador machacaba, el que habia de servir para la *mazamorra;* que era de vez en cuando uno de los manjares esquisitos con que regalaba el voraz apetito de su amo

Rosas escribia una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalan, y dijo:

— ¿Su Excelencia quiere recibir al señor Mandeville?

— Sí, que entre.

Un minuto depues el ministro de Su Majestad Británica entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires, que sin cuidarse de responder á ellas, se levantó y le dijo:

— Venga por acá, pasando del gabinete á su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla á su izquierda.

— ¿La salud de Vuestra Excelencia está buena? le preguntó el ministro.

— No estóy para salud, Señor Mandeville.

— Sin embargo, es lo mas importante, contestó el diplomático pasando la mano por la felpa de su sombrero.

— No, Señor Mandeville, lo mas importante es que los gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

— Sin duda.

— ¿Sin duda? Pues su gobierno y usted, y usted y su gobierno, no han hecho sino mentir y comprometer mi causa.

— Oh, Excelentísimo Señor, eso es muy fuerte!

— Eso es lo que usted merece, Señor Mandeville.

— ¿Yo?

— Sí, señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, á nombre de su gobierno, mediar ó inter-

venir en esta maldita cuestion de los franceses. Y es su gobierno, ó usted, el que me ha engañado.

— Excelentísimo Señor, yo he mostrado á Vuestra Excelencia los oficios originales de mi gobierno.

— Entónces será su gobierno el que ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses hoy está Lavalle á veinte leguas de aquí, y toda la república en armas contra mi gobierno.

— Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

— No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben. porque están en guerra conmigo. Son ustedes los ingleses los que me han hecho traicion. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger un amigo, les tienen miedo?

— Miedo no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea, los principios del equilibrio continental . . . .

— Qué equilibrio, ni qué diablos! Usted y sus paisanos pierden á menudo el equilibrio y nadie les dice nada. Traicion y nada mas que traicion, porque todos son unos; ó quizá porque usted y todos sus paisanos son tambien unitarios como los franceses.

— Eso no, eso no, Excelentísimo Señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa. Y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

— ¿En qué conducta, Señor Mandeville?

— En mi conducta de ahora mismo.

— ¿Y qué hay ahora mismo?

— Ahora mismo estóy acá para ofrecer á Vuecelencia mis servicios personales en cuanto quisiera ocuparme.

— ¿Y qué haria usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

— Haria desembarcar fuerza de los buques de Su Majestad para venir á proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

— Bah! ¿Y usted cree que los treinta ó cuarenta ingleses que bajasen, habrian de ser respetados por el pueblo si se levantase contra mí?

— Pero si no fueran respetados, las consecuencias serian terribles.

— Sí! y á mí me habria de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad despues que me hubiesen fusilado! Así no se protegen los amigos, Señor Mandeville.

— Sin embargo . . . .

— Sin embargo, si yo fuera ministro inglés, si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haria

seria tener una ballenera á todas horas a la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase á ella, poder embarcarlo con facilidad.

— Oh, bien, bien, así lo haré.

— No, si yo no le digo que lo haga. Yo no necesito á ustedes para nada. Yo digo lo que haria en lugar de usted.

— Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de Vuecelencia velarán por su seguridad, miéntras el genio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso país, y de la causa tan justa que sostiene. ¿Vuecelencia ha tenido noticias de las provincias del interior?

— ¿Y qué me importan las provincias, Señor Mandeville?

— Sin embargo, los sucesos en ellas . . . .

— Los sucesos en ellas no me importan un diablo. Usted cree que si yo venzo á Lavalle y lo echo derrotado á las provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

— Que temer, no; pero la prolongacion de la guerra!

— Es lo que me daria el triunfo, Señor Mandeville; contra mi sistema no hay mas peligros que los inmediatos á mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, esos me hacen bien, léjos de hacerme mal.

— Vuecelencia es un genio.

— A lo ménos valgo mas que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la federacion si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes! ¿Usted sabe porqué á los unitarios se los llevó el diablo?

— Creo que sí, Excelentísimo Señor.

— No, señor, no sabe.

— Puede que esté equivocado.

— Sí, señor, lo está. Se los llevó el diablo porque se habian hecho franceses é ingleses.

— Ah, las guerras locales!

— Las guerras nuestras, diga usted.

— Pues, las guerras americanas.

— No, las guerras argentinas.

— Pues, las guerras argentinas.

— Esas requieren hombres como yo.

— Indudablemente.

— Si yo venzo á Lavalle aquí, me rio de todo el resto de la república.

— ¿Vuestra Excelencia sabe que el general Paz ha marchado para Corrientes?

— ¿No ve? ¿no ve si son zonzos los unitarios?

— Cierto, el general Paz no hará nada.

— No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se va por

un lado, otro se va por otro, y están todos divididos y peleados, en vez de juntarse todos y venírseme encima como lo ha hecho Lavalle.

— Es la providencia, Excelentísimo Señor

— O el diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.

— Es verdad, Excelentísimo Señor

— ¿Y qué hay?

— Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.

— ¿Pero en qué cosas, Señor Mandeville?

— ¿Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de La-Madrid, ni de Brizuela?

— Son viejas las que tengo.

— Yo he recibido algunas por Montevideo

— ¿Cuándo?

— Anoche.

— ¿Y viene usted á las doce del dia á decírmelo?

— No, señor. Son las diez.

— Bueno, las diez.

— Yo siempre soy perezoso para lo que no dice relacion con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

— Luego, ¿son malas las noticias?

— Exageraciones de los unitarios.

— ¿Y qué hay? Acabe usted, dijo Rosas con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

— En mi correspondencia particular se me dice lo siguiente, dijo Mandeville sacando unos papeles de su bolsillo.

— Pero ántes ¿quiere Vuestra Excelencia que lea? agregó.

— Lea, lea.

El señor Mandeville leyó:

«A principios de Julio el general La-Madrid pisó el territorio de Córdoba.

«Una carta datada el 9 de Julio, en Córdoba, da el siguiente resúmen de las operaciones del ejército de los unitarios:

«Madrid viene á la cabeza de tres mil quinientos hombres y diez piezas de artillería.

«El coronel Acha á la cabeza de nueve cientos catamarqueños ha campado en la *Loma Blanca*, estancia del finado Reynafé, limítrofe con Catamarca.

«El coronel Casanova se ha alzado con las milicias del Rio-Seco y el Chañar.

«El coronel Sosa con los coraceros de Santa Catalina, ha hecho igual movimiento.»

— Hasta aquí lo que hay en la carta relativo á las provincias.

— No es poco. Pero están muy léjos, contestó Rosas, á quien en efecto los sucesos de las provincias inquietaban poco, por cuanto tenia á sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

— Oh, muy léjos! contestó el señor Mandeville.

— ¿Y qué mas le escriben á usted?

— Me adjuntan esta proclama de Brizuela.

— A ver, léala.

DIOS Y LIBERTAD!

*El Gobernador y Capitan General de la Provincia de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela á sus compatriotas.*

«Hermanos y compatriotas! Las heróicas provincias de Tucuman, Salta, Jujuí y Catamarca irritadas con la presencia de los males que el tirano de Buenos Aires hace pesar sobre la república entera, y queriendo preservarla para siempre de las perfidias y asechanzas de aquel, han levantado su tremenda voz, y dicho: Viva la libertad argentina! muera el usurpador Rosas! Este grito tan análogo al corazon de los riojanos fué la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del corriente mes de América, por el órgano de sus RR. respondieron y han jurado no permitir que los malvados osen poner su immunda planta sobre el altar santo de la patria.

«Compatriotas! El usurpador D. J. M. Rosas, allá en el sangriento elaboratorio de una alma depravada, tenia decretado el esterminio de la república: todas las provincias debian ser convertidas en hordas de salvajes habitantes del desierto. Los campeones de la libertad: los que dieron patria á tantos pueblos con su espada y su saber: los que hicieron clásica la tierra del sol, presentarian un espectáculo admirable al mundo viejo, por la perfidia del tirano Rosas quedarian errantes y sin término; y donde sobran recursos á las fieras y á las aves de rapiña, nuestros valientes, sus esposas y sus hijos, no encontrarian un solo árbol que les consolase con su sombra. Entretanto, volvéd la vista hácia el tirano: él rie cuando la naturaleza y la humanidad lloran á su lado. El duerme tranquilo cuando la injusticia y el puñal alevoso le hacen la centinela; él por fin se divierte y entretiene creando escarapelas y divisas de la sangre misma que hace verter. Esta pintura es horrible pero exacta.

«Paisanos! No permitamos que el sol de América, su Dios en otro tiempo, desde su alto zenit nos diga: "dejád esa tierra que no debéis pisar, no merecéis que os alumbre: los sepulcros que ha mas de tres cientos años abristeis son mas dignos que vosotros de mi claridad y esplendor." Ami-

gos: no, no es posible; hagamos por no merecer tan humillante como justa reconvencion; principiemos por ser libres, abramos las puertas á todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas de tantas madres y esposas abandonadas á la horfandad y miseria, consolémoslas en su amargo llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra los desnaturalizados que intentan sofocar en nuestro corazon tan dulce sentimiento. No confiemos mas la suerte de nuestra patria á los caprichos y venganzas de un hombre solo; carguemos sobre nuestros propios hombros el peso grave de nuestros destinos. Nos falta mucho es verdad, pero sabéd que la sinceridad y la buena fe son preferibles á las letras dolosas y á la filosofía armada: premunidos con aquellas cualidades arrojémonos á plantear el árbol santo de la libertad, garantida por una constitucion, ante la cual el grande, el pequeño, el fuerte el débil queden asegurados en sus derechos y propiedades.

«Tales son los votos que animan á vuestro compatriota y amigo.

«TOMAS BRIZUELA.

«Está conforme — *Ersilvengoa.*»

— Bah, palabras bonitas de los unitarios!

— Oh, nada mas! contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

— ¿Sabe algo mas?

— La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos; entre Rivera y Lavalle; entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el género humano continúa haciendo prodigios en la república vecina.

— Ya lo sé ¿y de Europa?

— ¿De Europa?

— Sí, no hablo en griego.

— Creo, Excelentísimo Señor, que la cuestion de Oriente se ha complicado mas, y que las oficiosidades del gobierno de mi Soberana darán una pronta y feliz solucion á la injusta cuestion promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

— Eso mismo me decia usted hace un año.

— Pero ahora tengo datos positivos.

— Los de siempre.

— La cuestion de Oriente....

— No me hable mas de eso, Señor Mandeville.

— Bien, Excelentísimo Señor.

— Que se los lleve el diablo á todos, es lo que yo deseo.

— Los negocios están muy gravemente complicados.

— Sí, está bueno ¿y no sabe mas?

— Por ahora nada mas, Excelentísimo Señor. Espero el paquete.

— Entónces usted me dispensará, porque tengo que hacer, dijo Rosas levantándose.

— Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

— Sí, Señor Mandeville, tengo mucho que hacer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville, mas débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la federacion de entónces.

Mas por un efecto de distraccion que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su anti-gabinete, que daba al pasadizo, en cuya encontraron á Manuela dando órdenes á la mulata cocinera que continuaba en su faena del maíz.

Se deshacia Mandeville en cortesías y cumplimientos á la hija del restaurador, cuando Rosas, por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trágico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacia violentas señas á su hija, que con trabajo pudo al fin comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la jóven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo, ni lo que contestaba al señor Mandeville, ni si debia ó no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Manuela; y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operacion de la criada.

— ¿Usted sabe para qué es ese maíz que pisa mi hija, Señor Mandeville?

— No, Excelentísimo Señor, respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela á su padre, y de la cocinera á Viguá sentado al pié del mortero.

— Eso es para hacer mazamorra, dijo Rosas

— Ah!

— ¿Usted no ha comido mazamorra?

— No, Excelentísimo Señor.

— Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se lo ha llevado en eso, y el maíz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. Vaya! levántese Su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco á Manuela, porque el señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro

— Oh, no, Señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto á la señorita Manuelita, dijo Mandeville acercándose

al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que á una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entónces la idea que habia tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica Caballero Mandeville se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó á machacar el maíz á grandes golpes.

— Así; nadie diria que es inglés, sino criollo; así se pisa ¿ves, Manuela? Aprende, decia Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

— Oh! es una ocupacion muy fuerte para una señorita! esclamó el señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maíz sobre el padre Viguá que se los devoraba con mucho gusto.

— Mas fuerte, Señor Mandeville, mas fuerte. Si el maíz no se quiebra bien, la mazamorra sale muy dura.

Y el ministro plenipotenciario y enviado estraordinario de Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, continuaba machacando el maíz para la mazamorra del dictador argentino.

— Tatita!

Rosas le tiró el vestido á su hija para que callase y prosiguió:

— Si se cansa deje no mas.

— Oh, no, Señor Gobernador, no! le contestó Mandeville dando cada vez mas fuerte, y empezando á sudar por todos sus poros.

— ¿A ver? Espérese un poquito, dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano. Ya está bueno; prosiguió despues de examinar el maíz, esto es saber hacer las cosas.

Y á tiempo de concluir esas palabras, Doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

— ¿Le parece bien á Vuecelencia? preguntó Mandeville desdoblándose sus puñitos de batista, despues de haber saludado á la recien venida.

— Muy bueno está, señor ministro. Manuela, acompaña al señor Mandeville, ó llévalo á la sala si quiere. Con que, hasta siempre, mi amigo. Estóy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

— Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo Señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia haria en mi lugar, si yo estuviera en lugar de Vuecelencia, dijo el ministro marcando sus palabras para recordar á Rosas que tenia presente su proyecto de la ballenera.

— Haga usted lo que quiera. Buenos dias.

Y Rosas se volvió á su gabinete acompañado de su cu-

ñada, miéntras el señor Mandeville daba el brazo á Manuela y pasaba con ella al gran salon de la casa.

— Buenas noticias, le dijo Doña María Josefa al entrar.

— ¿De quién?

— De aquella ánima que se nos habia escapado el 4 de Mayo.

— ¿Lo han agarrado? preguntó Rosas resplandeciéndole los ojos.

— No.

— ¿No?

— Pero lo agarraremos. Cuitiño es un bruto.

— ¿Pero dónde está?

— A sentarnos primero, dijo la vieja, pasando con Rosas del gabinete á la alcoba.

---

## CAPITULO XIII.

Cómo sacamos en limpio que D. Cándido Rodriguez se parecia á D. Juan Manuel Rosas.

En esa misma mañana en que su señoría el señor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica machacaba el maíz para la mazamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo Don Cándido Rodriguez se paseaba en el largo zaguan de su casa, cerca de la Plaza Nueva, metido entre su sobretodo color pasa que lo habia acompañado en sus sustos del año de 1820; con un gorro blanco metido hasta las orejas, dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes, unos viejos zapatos de paño que le servian de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso, las ojeras que bordaban sus párpados, y las gesticulaciones repentinas en su fisonomía, daban á entender que habia pasado mala noche, y que se hallaba en momentos de un diálogo elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados á la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó á ella, miró por la boca-llave ántes de preguntar quién era, y no viendo sino el pecho de una persona, se atrevió á interrogar con una voz notablemente trémula!

— ¿Quién es?

— Soy yo, mi querido maestro.

— ¿Daniel?

—Sí, Daniel, abra usted.

— ¿Que abra?

— Sí, con todos los santos del cielo, eso es lo que he dicho.

— ¿Eres tú, en efecto, Daniel?

— Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

— Oye: pon tu cara en línea recta, horizontal con el ojo de la llave, pero separado á una tercia ó media vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y conocerte.

Daniel tuvo intencion de dar una patada en la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intencion y tuvo que hacer lo que su intransigible maestro le ordenaba.

— Ah! eres tú, en efecto! dijo Don Cándido, y abrió la puerta.

— Sí, señor, yo soy; yo que tengo demasiada paciencia con usted.

— Espera, detente Daniel, no sigas mas adelante, esclamó Don Cándido tomando la mano á su discípulo.

— ¿Qué diablos significa esto, Señor Don Cándido? ¿Porqué no puedo seguir mas adelante?

— Porque quiero que entres aquí á este cuarto de Nicolasa, respondió Don Cándido señalando la puerta de una habitacion que daba al zaguan.

— Ante todas cosas ¿ha sucedido algo?

— Nada, pero ven al cuarto de Nicolasa.

— ¿Es usted el que va á hablarme ahí?

— Yo, yo mismo.

— Malo.

— Cosas muy sérias.

— Peor.

— Ven, Daniel.

— Con una condicion.

— Impon, ordena.

— Que la conversacion no pasará de dos ó tres minutos.

— Ven, Daniel.

— ¿Acepta usted?

— Acepto, ven.

— Vamos allá.

Y Daniel llevado por la mano de su antiguo maestro entró al cuarto de la provinciana sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de vaqueta.

Don Cándido se paró á su lado y estendiendo el brazo le dijo:

— Tómame el pulso, Daniel.

— ¿Yo?

— Sí, tu.

— ¿Y qué diablo quiere usted que haga yo con su pulso?

— Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es este que has metido en mi casa?

— Ahora salimos con esas! ¿No lo conoce usted ya?

— Lo conocí de niño, como te conocí á tí y á tantos otros, cuando era infante, tierno é inocente como todos los niños. ¿Pero sé yo acaso cuál es su vida actual, cuáles sus opiniones, cuáles sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente, cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que á nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del gobierno, cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiracion, algun complot, alguna revolucion en que yo estóy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo, un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo que por mi grave y circunspecta posicion actual como secretario de Su Excelencia el señor ministro Arana, que es un hombre excelente como su señora y toda su respetabilísima familia y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesidad, circunspecto y leal á mis deberes oficiales? ¿Te parece.....?

— Me parece que usted ha perdido el juicio, Señor Don Cándido, y como yo no quiero perder el mio, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia, y me permita usted pasar á ver á Eduardo

— ¿Pero hasta cuándo va á estar en mi casa?

— Hasta que Dios quiera.

— Pero eso no puede ser.

— Eso será, sin embargo

— Daniel!

— Señor Don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posicion de todos.

— Sí, recapitulemos.

— Oigame usted: para escudarse de los peligros que la federacion le pudiera hacer correr á usted en la época actual, lo he colocado de secretario privado del señor Arana ¿no es cierto?

— Exactamente.

— Bien, pues; el señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un dia á otro, no por órden de las autoridades, sino por órden del pueblo que puede levantarse contra Rosas de un momento á otro.

— Oh! esclamó Don Cándido, abriendo tamaños ojos.

— Colgados, sí, señor, repitió Daniel.

— ¿Los secretarios tambien?

— También.

— ¿Sin ser por equivocacion?

— Sin ser por equivocacion.

— Es espantoso!

— Los secretarios junto con el ministro.

— De manera, que si dejo mi empleo de secretario, la Mashorca me degüella; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocacion.

— Exactamente, eso sí es lógica.

— Lógica de los infiernos, Daniel; lógica que me va á costar la vida, por tu causa!

— No, señor, no le costará á usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

— ¿Y qué he de hacer? habla.

— Voy á ponerle á usted el dilema en otro sentido: estamos en el momento de crísis; en ella, ó Rosas ha de triunfar de Lavalle, ó Lavalle de Rosas, no es así?

— Cierto, así es.

— Bien pues: en el primer caso, usted tiene en Don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna· y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

— ¿En Eduardo?

— Si, y no hay mas que hablar sobre esto, ni repetirlo.

— De modo que....

— De modo que usted tiene que guardar á Eduardo en su casa hasta que yo determine.

— Pero...

— Otro hombre ménos generoso que yo, compraria el secreto de usted, diciéndole: Señor Don Cándido, muy buena está la órden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada de su puño y letra, y á la menor indiscrecion suya, ese documento irá á manos de Rosas, Señor Don Cándido....

— Basta, basta, Daniel!

— Bien, basta. ¿Entónces estamos de acuerdo?

— De acuerdo. ¡Oh Dios mio, yo estóy como Rosas; soy igual á él en organizacion, está visto! esclamó Don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienes los parches de naranjo.

— ¿Que usted es igual á Rosas en organizacion?

— Sí, Daniel, idéntico.

— Diablo! ¿Me hace usted el favor de esplicarme eso, Señor Don Cándido? Porque si es así, entre Eduardo y yo podríamos hacer ahora mismo un gran servicio á la humanidad.

— Sí, Daniel, igual, igual, dijo Don Cándido, sin comprender la burla de Daniel.

— Pero igual en qué?

— En que tengo miedo, Daniel: miedo de cuanto me rodea.

— Hola! ¿Y usted sabe que el señor gobernador tiene miedo?

— Sí, lo sé. Ayer á la oracion miéntras yo escribia, es decir, miéntras sacaba copias de los documentos que te enseñé mas tarde; porque siguiendo tus órdenes, saco siempre una copia de mas, el señor ministro conversaba muy quedito con el señor Garrigós y ¿sabes lo que le decia?

Si usted no me lo dice, no creo que podré adivinarlo.

— Le decia que el señor gobernador habia hecho poner á bordo de la *Acteon* cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene *miedo de la situacion que le rodea.*

— Hola!

— Esas son las palabras textuales del señor ministro.

— Diablo!

— Y eso es lo mismo que siento yo: *miedo de la situacion que me rodea.*

— ¿Tambien, eh?

— Tambien, sí. Y es por eso que he dicho que me parezco á Su Excelencia, porque es muy esplicativo, muy elocuente, muy terminante, el que en unos mismos momentos él y yo sintamos unas mismos impresiones.

— Cierto, dijo Daniel pensando en las palabras de Don Cándido.

— Y ese fenómeno no tendria lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

— ¿Con que, cuatro cajones de onzas, á bordo de la *Acteon?*

— Cuatro cajones.

— ¿Y que tiene miedo?

— Miedo, eso fué lo que dijo.

— ¿Y el señor Arana, no dijo alguna cosa relativa á él?

— Claro está que dijo, porque el señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mia: «Es preciso que pensemos tambien en nosotros, amigo mio, le dijo á Garrigós. Nosotros no hemos hecho mal á nadie; al contrario, hemos hecho todo el bien que hemos podido; pero será bueno que tratemos de embarcarnos inmediatamente que el señor gobernador lo haga.» Y esto es lógico Daniel; así como yo digo, que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el Riachuelo, y para ir á la Isla de Casajema.

— ¿Y Garrigós dijo algo?

— Fué de distinta opinion

— ¿Opinaba el quedarse?

— No: trató de demostrar á Don Felipe, al señor ministro quise decir, que lo mas prudente era no esperar á que el gobernador se embarcase, en el caso que la situacion se fuera haciendo mas peligrosa. Pero á lo último continuaron hablando tan despacio que no pude oir mas.

— Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oidos mas abiertos.

— ¿Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

— No, señor, no. Pero así como yo lleno á usted de garantías presentes y futuras, quiero de usted circunspeccion y servicios activos.

— Cuanto yo pueda, Daniel. ¿Pero crees que corro peligro actualmente?

— Ninguno.

— ¿Eduardo estará muchos dias aquí?

— ¿Tiene usted una completa confianza en Nicolasa?

— Como de mí mismo. Odia á toda esta gente desde que le mataron á su hijo, á su bueno, á su leal, á su tierno hijo; y desde que ha sospechado que Eduardo está escondido, lo sirve con mas prolijidad que á mí, con mas esmero, con mas puntualidad, con.....

— Vamos á ver á Eduardo, señor Don Cándido.

— Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.

---

## CAPITULO XIV.

### Los dos amigos.

— Vamos, pero hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de ese hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar solos con sus enfermos.

— Ah, Daniel!

— ¿Qué hay, señor?

— Nada, entra; pasa adelante; yo me voy á la sala, dijo Don Cándido al entrar Daniel al lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

— Buen dia, mi querido Eduardo, dijo Daniel á su amigo

sentado en la vieja poltrona de Don Cándido, delante á su mesa de escribir.

— Bien podias haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie, dijo Eduardo.

— Ah, ¿empezamos por reconvenciones?

— Me parece que tengo razon: son las diez de la mañana.

— Cierto, las diez.

— Y bien ¿qué es de Amalia?

— Muy buena está, gracias á Dios, pero no gracias á tí, que haces todo lo posible por que lo pase mal.

— ¿Yo?

— Tú, sí; y ahí está la prueba, dijo Daniel señalando ocho ó diez pliegos de papel dispersos sobre la mesa, en cada uno de los cuales habia el nombre de Amalia veinte ó treinta veces escrito á lo ancho, á lo largo, al sesgo, de todos modos, y con infinitas formas de letra.

— Ah! esclamó Eduardo, poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

— Tú te entretenias en esto, mi querido Eduardo, y nada mas natural; pero en tu situacion es preciso que á lo conveniente ceda el lugar lo natural; y como conviene que nadie sepa que tienes tanto amor á ese nombre, buena será hacer esto, dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos á una vieja chimenea que se encendia quince ó veinte dias en cada invierno en el gabinete de Don Cándido, para secar la humedad de las paredes, segun él decia, porque el fuego continuo le hacia mal; encendida ese dia por consideraciones á su huesped por fuerza.

— Bien, te concedo que tienes razon, Daniel, pero yo quiero volverme á Barracas ahora mismo.

— Comprendo que lo quieras.

— Y lo haré.

— No, no lo harás.

— ¿Y quién me lo impedirá?

— Yo.

— Oh, caballero, eso es abusar demasiado de la amistad.

— Si usted lo cree así, Señor Belgrano, nada mas sencillo entónces.

— ¿Cómo?

— Que usted puede irse á Barracas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

— Por Dios! Daniel, por Dios! no mortifiques mas mi situacion! Yo no sé lo que digo.

— Vaya! al cabo has dicho una cosa racional, y ahora que has empezado á tener razon, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente á Eduardo todas las

ocurrencias de la noche anterior, como tambien la invasion del general Lavalle.

— Cierto, cierto. Yo no puedo ya habitar en Barracas sin comprometerla! dijo Eduardo poniendo el codo sobre la mesa y reclinada su frente en la palma de su mano.

— Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar á Amalia que poniéndote léjos de la mano de Rosas, porque aun cuando yo pudiera salvarla de los insultos de la Mashorca, ó de una medida torpe del tirano, yo no tendria poder para libertarla de los rigores de su propia organizacion, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginacion exaltada la llevarian al último estremo de la vida, ó del infortunio, si llegase hasta su corazon una sola gota de tu sangre.

— ¿Y qué hago, Daniel, qué hago?

— Desistir de la idea de verla por algunos dias.

— Imposible.

— La pierdes entónces.

— ¿Yo?

— Tú.

— Oh! no puedo, no!

— No la amas, entónces.

— Que no la amo! Oh! sí, sí; no la amo como ella se merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y soy un hombre; ella se merece el amor del cielo y de la tierra, y yo no puedo darla sino el amor de mi alma. Ah! Daniel, desde anoche me parece que me falta la luz, porque sus ojos no la derraman sobre los mios; me parece que me falta el aire de mi existencia, porque no lo aspiro en sus alientos. Que no la amo! Oh! Dios mio, Dios mio! esclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa noble pasion del amor, obra de Dios para las almas generosas y grandes, que él sentia tambien aunque sin la exaltacion de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenia obstáculos que le irritasen, ni su espíritu estaba ajeno á otras nobles y grandes impresiones que le distraian; ni él tenia tampoco la organizacion reconcentrada de Eduardo, en la cual, por esa desgraciada condicion, las pasiones, la felicidad y la desgracia, obraban sus efectos con mas poder.

— Pero no; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decias que debo hacer, Daniel? dijo Eduardo sacudiendo su cabeza, echando atras las hebras de sus cabellos de ébano que caian sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente á su amigo.

— No ver á Amalia en algunos dias.

Bien.

— Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin que les deseamos, entónces todo está ganado en tus negocios.

— Sí, cierto.

— Si por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entónces que emigres.

— ¿Solo?

— No, no irás solo.

— ¿Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

— Sí, lo creo perfectamente. Pero ademas de Amalia irán otras personas de tu relacion.

— Oh! Sí, vamos al estranjero, Daniel; el aire de la patria mata á sus hijos hoy, nos sofoca.

— No importa, es necesario respirarlo como se pueda hasta haber perdido toda esperanza.

— ¿Pero, y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

— No es posible.

— Nada mas fácil de suceder sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entónces....

— Entónces todo se habrá perdido; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas.

— Pero, no, amigo mio, no estará perdido; y porque no estará, estaremos todos los dias esperando que al siguiente entre Lavalle.

— Lo esperarán otros, pero yo no, Eduardo. El personal del ejército libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de este son en relacion de mil á uno, comparados con los de nuestro bravo general. En favor de este, pues, no hay mas que la impresion moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes soldados. Pero si el momento de esa impresion se pierde, todas las probabilidades estarán entónces en contra de la cruzada.

— Pero bien; supongamos el caso de una prolongacion de tiempo en la guerra ¿cómo vivir entónces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

— Si llegara ese caso, la verias, pero no en Barracas.

— ¿Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos? dijo Don Cándido, asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete, que entreabrió.

— Adelante, mi querido y estimado maestro, dijo Daniel.

— Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa. .

— ¿Usted me hará el favor de decírmela de una vez, Señor Don Cándido?

— Es el caso que yo me paseaba en el zaguan, porque

cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien el pasearme, como tambien el ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habéis de saber, hijos mios, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organizacion la virtud específica....

— De mejorar á usted y enfermar á los otros. ¿Qué es lo que hay? preguntó el impaciente Daniel.

— A eso camino.

— Pero llegue usted de una vez, con todos los santos!

— Ya llego, genio de pólvora; ya llego. Me paseaba en el zaguan, decia, cuando sentí que alguien se paró á la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quién era. Me convencí de la identidad de la persona que me respondió? y entónces abrí; ¿quién te parece que era, Daniel?

— No sé, pero me alegraria de que hubiese sido el diablo, Señor Don Cándido, hijo Daniel dominando su impaciencia como era su costumbre.

— No, no era el diablo, porque ese parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermin, tu leal, tu fiel, tu...

— ¿Fermin está ahí?

— Sí. Está en el zaguan, dice que quiere hablarte.

— Acabara usted, con mil bombas! esclamé Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

— Qué genio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye tú, Eduardo; tú que pareces mas circunspecto, aun cuando despues que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo, estudioso, no he tenido la satisfaccion de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situacion actual. Díme: ¿porqué no entras hoy mismo á estudiar con los jesuitas y te entregas á la carrera eclesiástica?

— ¿Señor, me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

— Ay, malo! ¿Tambien eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis jóvenes estraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que os habéis lanzado?

— Pretendemos que nos deje usted solos un momento, Señor Don Cándido, dijo Daniel que entraba al gabinete á tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

— ¿Nos amenaza algun peligro, Daniel? preguntó D. Cándido, mirando tímidamente á su discípulo.

— Ninguno absolutamente. Son asuntos mios y de Eduardo.

— Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

— No importa, lo dividiremos momentáneamente. Hágano usted el favor de dejarnos solos.

— Quedád, dijo Don Cándido estendiendo su mano en el aire en direccion á los dos jóvenes, y saliendo pausadamente del gabinete.

— El negocio se vuelve mas serio, Eduardo.

— ¿Qué hay?

— Algo de Amalia.

— Oh!

— Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía la hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir con Fermin, á quien yo habia mandado á Barracas, ántes de venir á verte.

— ¿Y qué hacemos, Daniel? Pero oh, cómo pregunto qué hacemos!.... Daniel, me voy á Barracas.

— Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo amo mucho a mi prima para permitir á nadie el que arroje sobre ella la desgracia, dijo Daniel con un tono y una mirada tan séria que hicieron una fuerte impresion en el ánimo de Eduardo

— Pero yo soy la causa de los insultos a que esa señora se ve espuesta, y soy yo, caballero, quien deba protegerla, contestó Eduardo con sequedad.

— Eduardo, no hagamos locuras, repitió Daniel, volviendo á la dulzura natural con que trataba á su amigo, no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de mas que fuesen, con la espada en la mano, yo te dejaria muy tranquilo el placer de entretenerte con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces de quienes debemos defenderla; y para con ellos tu valor es impotente; tu presencia les daria mayores armas contra Amalia, y no conseguirias libertar, ni tu cabeza, ni la tranquilidad de mi prima.

— Tienes razon

— Déjame obrar. Yo voy á Barracas en el acto; y á la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de estraviar el instinto de la bestia con la inteligencia del hombre

— Bien, anda, anda pronto.

— Tardaré diez minutos en llegar á mi casa a tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barracas

— Bien: ¿y volverás?

— Esta noche

— Díla ...

— Que te conservas para ella.

— Díla lo que quieras, Daniel, dijo Eduardo, dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos habia algo que queria ocultar á la mirada de su amigo. Jamas un hombre apasio-

nado como Eduardo, con su valor y su generosidad, puede haberse encontrado en situacion mas difícil: veia en peligro á la bien amada de su alma, en peligro por él, y no podia defenderla, sin agravar su desgracia

Cuando volvió de su primer paseo en la habitacion, ya no halló á Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y Don Cándido empezó á vestirse para ir á la secretaría privada del señor Don Felipe

---

## CAPITULO XV

Amalia en presencia de la policía.

Daniel llegó á su casa, montó en su soberbio alazan, y partió á gran galope para Barracas, tomando los peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que lo detuviesen, pues los del terreno los salvaba siempre sin dificultad el superior caballo que montaba· pero todo era inútil, porque iba á llegar tarde á la quinta.

Cuando á las nueve de la mañana Daniel habia dejado á su prima, para dirigirse á la ciudad, habia dado órden á Fermin que lo esperase en Barracas, previniéndole las casas en que lo encontraria en caso que ocurriese alguna novedad

Una ocurrió en efecto. Poco rato despues de su partida llegó á la quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la policía; y la jóven mandó dar aviso á Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba á hacerse á su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del inglés en que solia entretenerse el jóven; y convencida de que no habia un solo objeto que pudiese revelar en ese aposento lo que probablemente venia á buscar la policía, volvió á la sala, echó los papeles á la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural á los que esperan de un momento á otro ser actores en una escena desagradable, cuando sintió parar varios caballos á la puerta de la quinta. Y esto sucedió cinco ó seis minutos despues de la partida de Fermin; mucho ántes, pues, de lo que Amalia creia.

Mujer, sola, rodeada de peligros que se estendian desde ella hasta el ser amado de su corazon, la naturaleza se es-

presó en ella con sinceridad: pálida y débil se echó en un sillon, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse á si misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de policía y Nicolas Mariño se presentaron en la sala introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradacion de la época, era sin embargo, ménos malo de lo que generalmente se creia. Y sin faltar jamas á la severidad que le prescribian las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podia hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semi-tolerancia, que hubiera sido un delito á los ojos de Rosas, pero que era empleada por el jefe de policía, especialmente cuando tenia que ejercer sus funciones sobre personas á quienes creia comprometidas por alguna delacion interesada, ó por el escesivo rigorismo del gobierno. *)

Con el sombrero en la mano, y despues de hacer una profunda reverencia, dijo á Amalia:

— Señora, soy el jefe de policía, tengo que cumplir el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa: es una órden espresa del señor gobernador.

— ¿Y estos otros señores vienen tambien á registrar mi casa? preguntó Amalia señalando hácia Mariño y al comisario de policía.

— El señor, no, contestó Victorica indicando á Mariño, este otro señor es un comisario de policía.

— ¿Y puedo saber á quién, ó qué se viene á buscar á mi casa, de órden del señor gobernador?

— Dentro de un momento se lo diré á usted, respondió Victorica, con una fisonomía muy séria, pues que él y sus compañeros estaban de pié, sin haber recibido de Amalia la mínima indicacion de sentarse.

Ella tiró el cordon de la campanilla, y dijo á Luisa que apareció al momento:

---

*) Cuando en 1839 recibí, en la cárcel y en los grillos de Rosas, el bautismo cívico, destinado por él a todos los argentinos que se negaban á prostituirse en el lupanar de sangre y vicios en que se revolcaban sus amigos, Don Bernardo Victorica usó para conmigo ciertas atenciones que estaban absolutamente prohibidas.

Solo, sumido en un calabozo donde apénas entraba la luz del dia por una pequeña claraboya, yo no olvidaré nunca el placer que sentí cuando el jefe de policía consintió en que se me permitiese hacer traer algunas velas y algunos libros. Y fué sobre la llama de esas velas, que carbonicé algunos palitos de yerba mate para escribir con ellos, sobre las paredes de mi calabozo, los primeros versos contra Rosas y los primeros juramentos de mi alma de diez y nueve años, de hacer contra el tirano y por la libertad de mi patria, todo cuanto he hecho y sigo haciendo, en el largo período de mi destierro.

MARMOL.

— Acompaña á este señor, y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo á Amalia, y siguió á Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura, y luego al suntuoso aposento de la jóven. El jefe de policía no era hombre de tan delicado gusto, que pudiese fijarse en todos los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde habia penetrado mas de una vez la mirada enamorada de Eduardo, al traves de las tenues neblinas de batista y tul que cubrian los cristales. Pero entretanto, Victorica tenia muy buenos ojos para no ver que cuanto allí habia, estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa á la santa causa de la federacion.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba á los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste; blanco y azul; celeste, ó azul solamente. Y las pobladas cejas del intransigible federal empezaban á juntarse y endurecerse.

— Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero á lo ménos no será porque en esta casa no haya unitarios, se decia á sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se le presentaba.

— A ver, niña, abre esos roperos, dijo á Luisa.

— Y ¿qué va usted á ver en los roperos de la señora? preguntó la pequeña Luisa, alzando su linda cabeza y mirando cara á cara á Victorica.

— Hola! Abre esos roperos te he dicho.

— Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos, dijo Luisa abriendo las puertas de los guarda-ropas con una prontitud y una accion de enojo, que hubiera hecho sonreir á otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

— Bien, ciérralos.

— ¿Quiere usted ver si hay alguien escondido en los bebederos de los pájaros? dijo Luisa señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

— Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace perdonarte. A ver, abre esta puerta.

— ¿Esta?

— Sí.

— Esta puerta da á mi aposento.

— Bien, ábrela.

— No hay nadie en él.

— No importa, ábrela.

— ¿Yo? no, señor, no la abro. Abrala usted, ya que no cree en mi palabra.

Victorica miró largo rato á aquella criatura de diez ú

once años que osaba hablarle de ese modo, y en seguida levantó el picaporte de la puerta, y entró al dormitorio de Luisa.

— Ven, niña, la dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

— Iré si manda usted á este señor que vaya tambien con nosotros, dijo Luisa señalando al comisario que se entretenia en examinar los pebeteros de oro

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar á la intrépida Luisa, y volviendo el pebetero á la rinconera, volvió á seguir los pasos de Victorica.

— Señor, no me revuelva usted mi cama. Despues no se vaya usted á enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajaritos, dijo á Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

— ¿Adónde da esta puerta?

— Al patio.

— Abrela.

— Tire usted no mas, está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una seña al comisario, que por la verja de fierro se dirigió á la quinta; y él y Luisa se dirigieron á aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo, y el comedor.

— ¿Quién habita en este cuarto? preguntó Victorica examinando el de Eduardo.

— El señor Don Daniel cuando viene á quedarse, contestó Luisa sin la mínima turbacion.

— Y ¿cuántas veces por semana sucede eso?

— La señora me ha mandado que le enseñe á usted la casa, y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella Puede usted preguntárselo á la señora.

Victorica se mordió los labios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó á otra habitacion, y por último al comedor sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Durante se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptada por la dictadura, una escena bien diferente, pero no ménos interesante, tenia lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron á las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos á honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo:

— Puede usted sentarse, si tiene la intencion de esperar la señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer cuya belleza fascinaba, y cuyas

maneras imperiosas y aristocráticas, podemos decir, imponian.

— Mi intencion, dijo Mariño, sentándose á algunos pasos de Amalia, mi intencion ha sido la de prestar á usted un servicio, señora, un gran servicio en estas circunstancias.

— Mil gracias! contestó Amalia con sequedad.

— ¿Ha recibido usted mi carta esta mañana?

— He recibido un papel firmado por Nicolas Mariño, que supongo será usted.

— Bien, contestó el comandante de serenos, dominando la impresion que le causó la desdeñosa respuesta de la jóven. En esa carta, en ese papel, como usted lo llama, me apresuré á participar á usted lo que iba á ocurrir.

— ¿Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, señor?

— Con el objeto de que tomase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

— Es usted demasiado bueno para conmigo: pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traicion.

— Traicion!

— Me parece que sí.

— Eso es muy fuerte, señora.

— Sin embargo, ese es el nombre.

— Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Ademas, yo sabia que desde anoche no podia haber ningun hombre en esta casa, despues de la visita de Cuitiño. Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, miéntras yo lo tengo en protegerla, fué esta mañana á dar parte al señor gobernador de que aquí se ocultaba una persona que es buscada ha mucho tiempo por la autoridad. Su Excelencia mandó llamar al señor Victorica, le dió la órden que está cumpliendo, y yo que tuve la suerte de saber lo que ocurria, no perdí un instante en comunicárselo á usted, decidiéndome tambien á acompañar al señor Victorica, por si tenia la suerte de poder librar á usted de algun compromiso. Esta es mi conducta, señora; y si hago una traicion á mis amigos, la causa por que así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entónces mi vida entera está consagrada á buscar los medios de acercarme á esta casa; y mi posicion, mi fortuna, mi influencia....

— Su posicion y su influencia de usted no impedirán que yo le deje solo, cuando no comprenda que su presencia me fastidia, dijo Amalia parándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de este

á su alcoba, donde sentóse en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

— Ah, yo me vengaré, perra unitaria! esclamó Mariño pálido de rabia.

Pocos momentos hacia que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvia con Luisa, por el mismo camino que habia andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

— Señora, la dijo, he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y, felizmente para usted, podré decir á Su Excelencia, que no he encontrado en esta casa la persona que he venido á buscar.

— ¿Y puedo saber qué persona es esa, señor jefe de policía? ¿Puedo saber porque se me hace el insulto de registrar mi casa?

— ¿Quiere usted decir á esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña á Luisa, que se retiró, no sin torcerle los ojos á Victorica.

— Señora, debo tomar á usted una declaracion, pero deseo evitar con usted las formalidades de estilo, y que sea mas bien una conferencia leal y franca.

— Hable usted, señor.

— ¿Conoce usted á Don Eduardo Belgrano?

— Sí, lo conozco.

— ¿Desde qué tiempo?

— Hará dos ó tres semanas, contestó Amalia, rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por la primera vez de su vida.

— Sin embargo, hace mas tiempo que lo han visto en esta casa.

— Ya he contestado á usted, señor.

— ¿Podria usted probar que Don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa, desde el mes de Mayo hasta el presente?

— No me empeñaria en probar semejante cosa.

— ¿Luego es cierto?

— No he dicho tal.

— Pero, en fin, usted dice que no probaria que no estuvo.

— Porque es usted, señor, quien debe probar lo contrario.

— Y sabe usted dónde se encuentra actualmente?

— ¿Quién?

— Belgrano.

— No lo sé, señor; pero si lo supiera no lo diria, contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasion de decir la verdad.

— ¿Ignora usted que estoy cumpliendo una órden del señor gobernador? dijo Victorica empezando á arrepentirse de su indulgencia con Amalia.

— Ya me lo ha dicho usted.

— Entónces debe usted guardar mas respeto en las contestaciones, señora.

— Caballero, yo sé bien el respeto que debo á los demas, como sé tambien el que los demas me deben á mí misma Y si el señor gobernador, ó el señor Victorica quieren delatores, no es en esta casa, por cierto, donde podrán hallarlos.

— Usted no delata á los demas, pero se delata á sí misma.

— ¿Cómo?

— Que usted se olvida que está hablando con el jefe de policía, y está revelándole muy francamente su exaltacion de unitaria.

— Ah, señor, yo no haria gran cosa en serlo en un país donde hay tantos miles de unitarios!

— Por desgracia de la patria y de ellos mismos, dijo Victorica levantándose sañudo, pero llegará el dia en que no haya tantos; yo se lo juro á usted.

— O en que haya mas.

— Señora! esclamó Victorica mirando con ojos amenazantes á Amalia.

— ¿Qué hay, caballero?

— Que usted abusa de su sexo.

— Como usted de su posicion.

— ¿No teme usted de sus palabras, señora?

— No, señor. En Buenos Aires solo los hombres temen; pero las señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

— Cierto, son peores las mujeres, dijo Victorica para sí mismo. A ver, concluyamos, continuó, dirigiéndose á Amalia, tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

— ¿Para qué, señor?

— Tengo que cumplir ese último requisito, abra usted.

— ¿Pero, qué requisito?

— Tengo órden de inspeccionar sus papeles.

— Oh, esto es demasiado, señor, usted ha venido en busca de un hombre á mi casa; ese hombre no está, y debo decir á usted que nada mas consentiré que se haga en ella.

Victorica se sonrió y dijo: Abra usted, señora, abra usted por bien.

— No.

— ¿No abre usted?

— No, no.

Victorica se dirigia á la papelera cuya llave estaba puesta, cuando Mariño que habia oido el interrogatorio desde el ga-

binete, se precipitó en el aposento, para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazon de la altanera Amalia.

— Mi querido amigo. dijo á Victorica, yo salgo garante de que en los papeles de esta señora no hay ninguno que comprometa á nuestra causa; ni diario, ni carta de los inmundos unitarios

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creia conquistado el derecho á la gratitud de aquel corazon rebelde á sus ternuras, cuando Amalia se precipitó á la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró cuatro pequeñas gavetas que contenian algunas cartas, alhajas y dinero, y con una espresion marcada de despecho, se volvió á Victorica, dando la espalda á Mariño, y le dijo:

— Hé ahí cuanto encierra esta papelera, registrádlo todo

Mariño se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo: He concluido, señora.

Amalia le contestó apénas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentia que despues del violento esfuerzo que acababa de hacer, una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete á encontrar al comisario que los estaba esperando.

Y fué en el momento en que todos montaban á caballo, que Daniel bajó del suyo, y despues de un cortés saludo á Victorica y Mariño, entró á la casa de su prima, diciéndose á sí mismo:

— Malo. Empiezo á llegar tarde, y es mal aguero.

A su vez, Mariño decia á Victorica:

— Este lo debe saber todo. Este es unitario, á pesar de su padre y de todo lo que hace.

— Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

— Y el puñal, agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.

---

## CAPITULO XVI.

### Todos comprometidos.

Una hora despues el soberbio alazan que habia llegado á la quinta á gran galope, volvia paso á paso en direccion á la ciudad, llevando á su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora ántes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cerrados sus hermosos ojos. Al verlo así, cualquiera diria que era un jóven indolente, cuya organizacion voluptuosa salia á gozar de los rayos acariciadores del sol de Agosto en aquel rigoroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo á caballo, para no poner sus delicados piés sobre las húmedas arenas de Barracas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno ó en verano, ni gozaban solazamiento alguno sus sentidos, ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstraccion cómpleta de cuanto le rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sugeria su fecunda imaginacion para ver de encontrar aquel que le hiciese señor de la difícil situacion en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba, casi esclusivamente, confiada. Situacion que le mortificaba tanto mas, cuanto que por ella se veia distraido á cada momento de los sucesos públicos á que queria consagrar toda la actividad de su espíritu.

Ademas, Daniel era supersticioso como su prima, ó mejor dicho mas supersticioso que ella, por cuanto era mas exaltada su imaginacion y mas profundas sus convicciones sobre el fatalismo de las cosas. Y una inquietud vaga se habia apoderado de su espíritu desde el momento en que vió que no habia llegado á tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponia sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se habia manifestado contento á su prima; inspirándola toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podia dar tranquilidad á su corazon. Habia tambien convenido con ella, en que si los sucesos se prolongaban mas de ocho dias, se le buscaria alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, ó cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barracas; facilitándose de este modo la fecilidad de ver á Eduardo, y la de poder embarcarse en un momento dado. Y por último, habia concluido por hacerla reir, como era su costumbre cuando él sufria ocultarlo á los demas.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al

fin, a la barranca del general Brown, y enfilando la calle de la Reconquista llegó á la casa de su Florencia, á respirar un poco de esencia de amor y de ventura en los alientos de aquella flor purísima del cielo, caida sobre la tierra argentina para ser velada por el amor, en la noche frígida de las desgracias de ese pueblo infeliz.

Pero ese dia era fatal.

Al entrar á la sala halló á la señora Dupasquier desmayada en un sillon, y á Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de Colonia.

— Daniel, ven! esclamó la jóven.

— ¿Pero, qué hay, Dios mio? preguntó Daniel acercándose á aquella pintura del dolor y del amor filial.

— Despacio, no hables fuerte. Es su desmayo.

Daniel se arrodilló delante del sillon, y tomó la mano pálida y fria de Madama Dupasquier.

— No es nada, volverá en sí, dijo despues de haber observado el pulso de la señora.

— Sí, empieza á traspirar. Entra á la alcoba, alcanza una capa ó un pañuelo, cualquiera cosa, Daniel.

El jóven obedeció, y despues de cubrir él mismo á su futura madre, y de arrodillarse delante de ella con su Florencia, cada uno teniéndola una mano, fijos sus ojos en aquellos cuya primer mirada esperaban con impaciencia, Daniel se atrevió á preguntar á su Florencia, con palabras dichas casi al oido:

— ¿Pero, qué ha habido? Este desmayo no le da sino despues de algun disgusto.

— Lo ha habido.

— ¿Hoy?

— Ahora mismo. ¿Has encontrado á Victorica?

— No.

— Acaba de salir de aquí.

— ¿De aquí?

— Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la casa.

— ¿Pero á quién buscaba?

— No lo ha dicho, pero creo que á Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas á mamá.

— ¿Y....?

— Mamá se negó á responderle.

— Bien.

— Se negó tambien á abrir la puerta de un cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

— ¿Pero, por qué no se abrió esa puerta?

— Porque mamá dijo desde el principio á Victorica, que no se queria prestar á conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenia la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propia de ella. Pero luego que ha quedado sola me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del país y para siempre. En mis brazos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala: parece que vuelve.... sí . sí, y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada

Madama Dupasquier habia vuelto de su desmayo

Esa mujer, tipo perfecto de lo mas delicado, de lo mas culto de la sociedad bonaerense, reunia en sí todo el orgullo, toda la altivez, todo el espíritu de las nobles descendientes de los héroes de nuestra independencia, que enorgullecidas por su origen, fueron siempre intransigibles con todo lo que ne era gloria, talento, ó nobleza en la república; de esas mujeres que sufrian mas que los hombres por la humillacion que la dictadura hacia sufrir al país; y que mas que los hombres tenian valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada é insolentada por él

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía, que han caido al puñal ó al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del pueblo argentino, se escribe continuamente el martirologio de los que se negaron á la ruina y á la degradacion de su patria. Pero solo Dios puede haber escrito en las páginas santas del libro eterno de su justicia, la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercido sobre la organizacion y la moral. Solo Dios sabe cuántas madres han ido á la tumba por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuántas esposas han ido al cielo á buscar el compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, ó por el cuchillo voraz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fué á vender su mano y su alma á un tirano estranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato á los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobacion y de su desprecio!

Solo Dios, sí, sabe cuántas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro paso á paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazon sensible!

— Daniel, dijo Madama Dupasquier, es preciso salir del

país; usted y Eduardo, mañana, hoy si es posible. Amalia, yo y mi hija los seguiremos pronto.

— Bien, bien, señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

— ¿Y cree usted posible tenerlo en este país? ¿No cree usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Ademas, una vez que se han fijado las sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada á continuos insultos. y cada persona que entre á ella espiada y perseguida tambien.

— Dentro de ocho dias quizá estaremos libres de esta situacion.

— No, Daniel, no. La mirada de Dios se ha separado de nuestra patria, y no tenemos que preveer sino desgracias. No quiero, ni que Amalia pise esta casa.

— Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

— ¿Tambien?

— Sí; hace dos horas.

— Ah, esta es Doña María Josefa, mamá!

La señora Dupasquier hizo un gesto como si le hubiesen nombrado el mas repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entónces la relacion de cuanto habia ocurrido en la quinta de Barracas desde las diez de la noche anterior.

— Pero en todo esto, agregó, no hay ningun peligro real todavía. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy á trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victorica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada, con la intencion de dejar desairada la vigilancia de la policía. De ese modo, doy seguridad á Amalia y á esta casa. Y en cuanto á mí, no tengo nada absolutamente que temer, dijo Daniel, queriendo inspirar á su amada y á su madre una confianza de que él empezaba á carecer.

— Mamá, dijo Florencia, pues que ya no hay motivo para que Amalia no venga, yo querria mandarla buscar á que nos acompañase á comer, Daniel lo hará tambien, y así pasaremos juntos todo el dia.

— Sí, sí, dijo Daniel. Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible empezaba a oprimir el corazon de Daniel.

— Bien, hazlo, le contestó madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas á Amalia, y dió órden de poner el coche para mandar traer á su amiga.

Florencia volvia á la sala por las piezas interiores, cuando llamaban en la puerta esterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió, y dijo:

— Es Fermin.

— ¿Qué hay? le preguntó á su criado sin permitirle entrar á la sala, porque no oyeran las señoras, si ocurria algo desagradable en ese dia en que todo parecia conspirarse contra todos.

— Ahí está el señor Don Cándido, respondió Fermin.

— ¿Dónde?

— En el zaguan.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

— Qué hay de Eduardo, le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

— Nada.

Daniel respiró.

— Nada, prosiguió Don Cándido, está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay de ti

— ¿De mi?

— Sí; de tí, jóven imprudente, que te precipitas en un. ..

— En un infierno, está bien. ¿Pero, qué hay?

— Oye.

— Pronto.

— Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.

— Bien.

— Mariño habló con Belaustegui.

— Adelante.

— Belaustegui habló con Arana.

— Adelante.

— Y yo, oí á Belaustegui y á Arana.

— ¿Y de ahí?

— De ahí resulta que Belaustegui le ha dicho á Arana, que Mariño le ha dicho a él, que Victorica le ha dicho en la policía, que ha dicho al comisario de tu seccion, que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles sobre tí.

— Hola! Muy bien, y ¿qué mas?

— Qué mas! ¿Te parece poco el enorme, el montruoso peligro que está pesando sobre tu frente, y, naturalmente, sobre la mia, desde que todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales relaciones? ¿Quieres....?

— Quiero que me espere usted aquí un momento, con eso seguimos esta conversacion en el coche que para en este momento á la puerta, en el tránsito hasta mi casa.

— ¿Yo á tu casa, insensato?

— Espere usted, mi querido amigo, dijo Daniel dejándolo en el zaguan.

— Fermin, monta en mi caballo y véte á casa, dijo á su criado que lo esperaba en el patio.

— ¿Qué hay? preguntaron madre é hija al entrar Daniel á la sala.

— Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salirse de su escondite y volar á Barracas. Pero yo parto á casa á escribirle y ponerlo en juicio.

— Sí, no vaya usted en persona, dijo Madama Dupasquier.

— Daniel, prométamelo usted, dijo Florencia parándose delante de su amado.

— Lo prometo, dijo Daniel sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

— ¿Se va usted ya?

— Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir á buscar á Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

— ¿Y vuelve usted?

— A las tres.

— Bien, á las tres, dijo Florencia apretando fuertemente entre sus manitas de azucena la mano que debia recibir mas tarde ante el pié del altar.

Daniel besó la de Madama Dupasquier, y salió de la sala aparentando un contentamiento que desgraciadamente empezaba á alejarse de su corazon.

— ¿Sabes, Daniel, una cosa? dijo Don Cándido que se paseaba en el zaguan esperándolo.

— Despues, depues. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dió un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que á paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado á la nuca, pasaba casualmente en aquel momento.

— Dispense usted, caballero, dijo Daniel sin mirarlo á la cara. acercándose á la portezuela del coche, abriéndola él mismo y diciendo al cochero:

— A mi casa.

— Hombre, esta voz! ... dijo el personaje del sombrero á la nuca, parándose y mirando á Daniel que subia al estribo.

— Caballero, me hace usted el favor de oirme una palabra, prosiguió el desconocido, dirigiéndose á Daniel.

— Las que usted quiera, señor mio, dijo el jóven con un pié en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hácia aquel hombre cuya cara no habia visto todavía; miéntras Don Cándido, pálido como un cadáver, se escurrió hasta el coche por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero evidentemente enmascarándose.

— ¿Me conoce usted?

— Ah! me parece que es el señor cura Gaete con quien he tenido la desgracia de tropezar, contestó Daniel con la mayor naturalidad.

— Y yo creo que he oido la voz de usted en alguna otra

parte. Y aquel otro señor que está adentro del coche será.... ¿Cómo está usted, señor?

Don Cándido hizo tres ó cuatro saludos con la cabeza sin desplegar los labios, y sin acabar de limpiarse el rostro con el pañuelo.

— Ah! es mudo! prosiguió el fraile.

— ¿Queria usted alguna cosa, señor Gaete?

— Me gusta mucho oir la voz de usted, señor ¿quiere usted decirme...

— Que tengo que hacer, señor, dijo Daniel saltando al coche y haciendo una señal al cochero, que hizo partir los caballos á trote largo en direccion á la plaza de la Victoria; miéntras el reverendo cura Gaete se quedó sonriendo, con una espresion de gozo infernal en su fisonomía, y mirando el número de la casa de Madama Dupasquier.

---

# PARTE CUARTA.

## CAPITULO I.

### El 16 de Agosto.

Once dias despues de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de Agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana se estraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apénas las cinco de la mañana de aquel dia. No se veia un solo astro sobre el firmamento; y el oriente envuelto en el espeso manto de la noche, no queria levantar aun las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes á otras tantas visiones de la imaginacion de Hoffmann, parecian de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la jóven viuda de Barracas del gran patio de la quinta, cortado por una verja de fierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento, cosa que jamas habia acontecido á tales horas, despues de la tristísima noche con que empezámos la esposicion de esta historia.

— Si no hay nadie. Aunque su merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz, ni á ninguno, dijo, sin el misterio que parecia requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

— ¿Pero cuándo, dónde se han ido? esclamó con un acento de impaciencia y rabia la persona á quien se habia dirigido la mujer.

— Ya le he dicho á su merced que se han ido antiyer, y que han de estar por ahí no mas. Yo los vi salir. Doña

Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servia. Junto con Doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y despues se bajó del coche Doña Amalia, abrió las piezas y volvió á salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la quinta.

Restablecióse el silencio, y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió á correr de puerta en puerta, de ventana en ventana á ver si descubria alguna luz, si percibia algun ruido que le indicase la existencia de alguien en aquella mansion desierta y misteriosa.

Pero todo era en vano: él no oia sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la quinta: mecidos por la recia brisa de aquella noche de invierno oscura y fria

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó y volvió al lugar en que estaba su compañero, y la persona que les habia dado los informes que se conocen.

— Señor comandante, sabe Usía que la escolta marcha hoy muy temprano, y ya es la madrugada.

— Bien, teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo mas. Vámonos y marche á su cuartel.

— Señor de Mariño, mire su merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles á los de casa.

— Bien, mañana.

— ¿Pero, cómo mañana?

— Vamos, toma y déjame en paz.

— ¿Y cuánto es esto?

— No sé. Pero no debe ser poco.

— Cuando mas, cinco pesos, se dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del comandante Mariño, y teniente del escuadron escolta; y pasando por la verja de fierro, cuya puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

— Un momento despues esos dos personajes de la federacion dejaban á su colega por ella en la pulpería contigua á la casa de Amalia, satisfecha de ver, que aunque negra como era, prestaba servicios de importancia á la santa causa de pobres y ricos. Y comandante y teniente tomaban el galope para la ciudad; dirrigiéndose, el primero á su cuartel de serenos, y el otro al de la escolta de Su Excelencia.

## II.

Apénas allá en el horizonte del gran rio se veia una ligerísima claridad sobre las olas, como una lleve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venia.

Todo, ménos el hombre, iba á armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la naturaleza y su creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra Pampa sacudirian en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correria, arqueando su potente cuello, á apagar su sed, nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuestros pájaros meridionales, ménos brillantes que los del trópico, pero mas poderosos unos y mas tiernos otros, saltarian desde el nido á la copa de nuestros viejos ombúes, ó de nuestros erizados espinillos á saludar los albores primitivos del dia; y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarian á abrir sus blancas, punzóes y amarillas hojas, por tener el gusto, como la virtud, de contemplarse á sí mismas á la luz del cielo, porque la luz de la tierra no alcanza, ni á las unas, ni á la otra. Toda la naturaleza, sí, ménos el hombre. Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servia en la infeliz Buenos Aires, sino para hacer mas visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvian en cáos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crímen, el sufrimiento y la desesperacion.....!

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas dirigiéndose á los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos estos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires, al venir el dia, hacia ya cuatro ó cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos cuyas almas estaban unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle; otras en el infierno del crímen esperando el de Rosas.

Solo en el camino de San José de Flores, que arranca de la ciudad; de aquel célebre camino, gloria de la federacion, y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; solo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos. Era Don Juan Manuel Rosas que marchaba á encerrarse en su acampamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de Agosto de

1840, saliendo de la ciudad oculto entre las sombras de la noche, calculando, sin embargo, el poder llegar de dia á la presencia de sus soldados, á quienes por la primera vez de su vida iba á poder decirles *compañeros*.

Su escolta tenia órden de marchar una hora despues.

Nada mas lúgubre, nada mas dramático, nada mas indeciso y violento que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento, en todo el horizonte revolucionado de la república argentina.

Era un duelo á muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilizacion y la barbarie; y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en mano, prontos á atravesarse el corazon, teniendo por testigos de su terrible combate á la humanidad y la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate ¿en qué lugar? sobre la república entera.

El general Paz marchaba á Corrientes, á ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantando, luchando brazo á brazo con la dictadura de Rosas, y que entónces victoreaba la libertad y recibia á la noble hechura de Belgrano.

La-Madrid, ese mosquetero de Luis XIII, resucitado en la república argentina en el siglo XIX, bajaba sobre Córdoba á estender la poderosa liga del norte.

Lavalle, nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el *Cruzado* argentino, en fin, marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil legionarios, valientes como el acero, ardientes como la libertad, entusiatas como la poesía, y nobles como la causa santa por que abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver á ella con la privacion y la roida casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte mas culta y distinguida de la juventud argentina, comandado por lo mas selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio. Que partian á la guerra, hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesía de la imaginacion sino con la espresion de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido á la sombra de nuestros viejos padres y á la libertad futura de la patria.

«*Isla de la Libertad, Agosto 31 de 1839.*

«Mi querida mamá: he derramado lágrimas al leer su carta tan llena de amor maternal. Devuelo á usted esos

tiernos sentimientos que me manifiesta, con todo mi corazon. Confío en que el cielo presidirá nuestros destinos, y que yo tendré el gusto de abrazar á usted y á mis queridas hermanas en el seno de nuestra patria adorada. Diez años han durado nuestros sufrimientos, y la esperanza de terminarlos me llena de ardor y entusiasmo. Deseche toda idea triste: Dios regla el destino del hombre. Si muero, le pido su perdon, y su olvido .....

«*Eduardo Alvarez.*»

Soldados así, como ese jóven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros viejos generales, que se despedia de su madre para ir á morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, despues de haberse cubierto de gloria en el Yeruá y D. Cristóbal; cayendo al espirar en los brazos de su hermano, enviándole un beso á su madre y haciendo jurar á ese hermano que no dejaria la espada sino con la libertad argentina, ó con su muerte!!!....

De parte de la tirania, Echagüe en Entre-Rios, Lopez en Santa-Fe, Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el esterior, por parte de la Francia solo habia la novedad del nombramiento del vice-almirante Baudin para el comando de una espedicion militar al Plata, que parecia haberse resuelto con el fin de poner término á los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental, el general Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel general en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuia con brindis á la cruzada argentina; bebiendo «Porque la república argentina anonadando al tirano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, y comprenda que la única base de la felicidad de los pueblos es la que se funda en leyes justas y análogas á sus necesidades;» *y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos*, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, él tenia una fisonomía especial en ese momento: la fisonomía especial de la angustia; la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en D. Felipe Arana, y salia á esperar á Lavalle, ó mas bien, huia de la ciudad á su acampamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallon de Maza, el de Ravelo, el N.° 1.° de caballería, los dos escuadrones de abastecedores, el escuadron

escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componian, en número de 5,000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad era guardada de otro modo.

En el fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de serenos; y de noche se reunian allí la plana mayor activa y la inactiva; los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 á 500 hombres.

En su cuarted del Retiro estaba el coronel Rolon con 250 veteranos.

El coronel Ramirez mandando 80 negros viejos é inválidos.

Y el cuarto batallon de patricios estaba mandado accidentalmente por Don Pedro Ximeno.

El coronel Vidal mandaba tambien alguna fuerza pequeña.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos Aires, no estaban organizados, ni alistados siquiera.

El cuerpo de la Mashorca, compuesto de 80 á 100 facinerosos, se distribuia desde las oraciones en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrian toda la noche la ciudad; sin hacer otra cosa hasta esos dias, sin embargo, que registrar escrupulosamente á los que hallaban en la calle; llevarlos á la presencia de Salomon si tenian armas, ó insultarlos groseramente si no iban con gran divisa o con papeleta de *socio popular restaurador.*

El inspector, general Pinedo, hacia los nombramientos de *jefe de dia;* cargo que recaia siempre en alguno de los generales que sin destino permanecian en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes, recorrian la ciudad toda la noche, visitando los cuarteles para ver si se observaban las órdenes espedidas.

Pero época alguna de la federacion hizo mas tolerantes á sus hijos, que estos dias que estamos describiendo; es decir, aquellos en que el general Lavalle marchaba aproximándose á la ciudad.

La Mashorca no hacia uso de sus armas, como hemos dicho.

Los *jefes de dia*, en el curso de sus paseos nocturnos, solian llamar á alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo; y preguntaban con el mayor esmero: si algo se ofrecia, si habia alguna novedad; ó aseguraban que no habia nada que temer, &a.

El gobernador delegado mandaba indirectamente ciertos avisos á ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo

de las parroquiales se demostraban mútuamente, con una lógica concluyente, lo terrible que era el no poder vivir en paz y tener que pelear con sus *hermanos* ..... ¡Ah, Lavalle, Lavalle, porqué no mandasteis un escuadron á gritar, ¡viva la patria! en la plaza de la Victoria!

Pero sigamos.

De otro lado, las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querian reir, y sentian el corazon oprimido; Lavalle se acercaba, pero cada una de ellas tenia un hijo, un hermano, un esposo en las filas de los libertadores, y una bala enemiga podia abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, pero el puñal de la Mashorca estaba mas cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejian coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gavetas algun traje celeste, escondido por muchos años, para recibir á los libertadores; y las madres querian esconder dentro sí mismas á los hijos que les quedaban aun en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levas de la Mashorca.

Cada familia, cada individuo, era en fin la imágen viva y palpitante de la ansiedad, de la mas penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que apénas bosquejámos, al fin de la primera mitad de Agosto; tiempo tambien en que vamos á encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazon de los patriotas latia de temor y de esperanza. El de los héroes de las *parroquiales* de miedo y de miedo.

Pero ántes de cerrar este capítulo vamos á esplicar esa voz parroquiales, con que en este libro se ha determinado á menudo una época á que no se ha dado todavía un nombre especial.

## III.

Al anochecer del 27 de Junio de 1839 fué asesinado en las ante-salas de la cámara de representantes el presidente de ella Don Manuel Vicente Maza.

Dejemos la palabra á los documentos, porque ellos de suyo han de reflejar sobre la conciencia del lector todo lo que hay de horrible y de repugnante en los hechos que fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó *fiestas de las parroquias*.

«En Buenos Aires, á 27 de Junio de 1839, á las seis y

media de la noche, se presentó en la casa habitacion del señor vice-presidente 1.° de la honorable sala, cuidadano general Don Agustin Pinedo, el ordenanza de dicha sala Anastasio Ramirez, y anunció al referido vice-presidente que acababa de ser violentamente muerto el señor presidente de la honorable sala Dr. D. Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver habia encontrado el esponente en la sala de la presidencia.»

La comision permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver; y encontraron en él dos heridas hechas con *cuchillo ó daga.*

La sala se reunió al dia siguiente ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? no: se reunió para oir un discurso del diputado Garrigós. Hé aquí un pequeño fragmento de ese discurso.

....«Se ha querido contrastar la acrisolada fidelidad de «nuestra tropa. Pero por todas partes, señores, ha encon«trado el vicio la resistencia que le ofrece la virtud. Estos «leales federales, que detestan al bando unitario, y mucho «mas aun á los traidores que desertan de la causa nacional «de la confederacion argentina, volaron presurosos á parti«cipar al gobierno aquel inicuo atentado, exhibiendo al «mismo tiempo comprobantes inequívocos de la certeza de su «acierto. Pues bien, señores, el autor principal de crímen «tan execrable era el hijo de nuestro presidente; y sin duda «alguna, datés muy exactos y antecedentes muy fundados «comprobaban la connivencia del padre en el complot del «hijo: estos graves cargos, que gravitaban contra el ex-pre«sidente, desparramados en la poblacion, cundieron con una «rapidez eléctrica: los ciudadanos de todas clases miraron «con horror tan inaudito crímen y se apresuraron entónces á «dirigirse á esta honorable legislatura ejerciendo el derecho «de peticion. Al efecto prepararon una solicitud con el «objeto de que se separase del elevado puesto de presidente «de la representacion de la provincia, y aun del seno de la «legislatura á un ciudadano, contra quien pesaban graves «cargos y contra quien la opinion pública se habia ya mani«festado del modo mas severo: y que por consiguiente debia «quedar fuera del amparo de esta posicion para que el fallo «de la ley se pronunciase contra su conducta. Aun no fué «esto todo, señores; pendiente este paso, la animadversion «pública se esplicó mas palpablemente. La casa del presi«dente fué agredida la noche del juéves de un modo que se «conoció que el pueblo estaba en oposicion á la permanencia «del presidente en su puesto, que aun esa mañana ocupó. «Tales antecedentes decidieron al presidente á hacer su re«nuncia, no tan solo del cargo que ocupaba en este recinto,

«sino tambien de la presidencia del tribunal de justicia. «Recien entónces se apercibió que debia alejarse de esta «tierra, y no poner á prueba tan difícil la irritacion del «pueblo, y la justificacion del jefe ilustre del estado que «fluctuaria entre el severo deber de la justicia, y el cruel «recuerdo de una antigua amistad»....

....«En tal estado, señores, ¿qué cosa resta á la hono«rable sala, que dar cuenta de este trágico suceso al P. E. «acompañándole todos los antecedentes de la materia, para «que en su vista dicte las medidas que su sabiduría le acon«seje?»

Al dia siguiente, es decir, el dia 28, en que tuvo lugar la sesion, el hijo del presidente de la sala, teniente coronel Don Ramon Maza, fué fusilado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver de su hijo, y juntos fueron echados á la zanja del cementerio.

Tras este horrendo asesinato del presidente de la legislatura y del tribunal de justicia ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor á Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabien al asesino. «En virtud del des«cubrimiento del feroz, inicuo y salvaje plan de asesinato premeditado por los parricidas, reos de lesa América, trai«dores Manuel Vicente y su hijo espúreo Ramon Maza, ven«didos al inmundo oro frances,» decia uno. Otro le hacia coro, repitiendo: «Esté bien convencido Vuecelencia, que el «Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia, poniendo «en descubierto los planes infernales de los traidores sobor«nados por un vil interes, como sucede con el traidor sucio, «inmundo y feroz, Manuel Vicente Maza y su hijo bas«tardo.»

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa mazorca de la federacion, y centenares de páginas no podian abrazar en sus millones de tipos todo el palabreo inmundo de esa época, y fué preciso abrir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debia celebrarse en los templos.

El asesino fué deificado, y el asesinato bendecido, no solo en la ciudad, sino en la campaña.

Del dia del delito, se decia en la cátedra del Espíritu Santo: «Yo no haré otra cosa en esta mi breve alocucion, «que exhortaros con las palabras del profeta real a establecer «este dia hasta el cornijal del altar: *Constituite diem solem«nem in condensis usque ad cornu altaris.* Solemne llamo este

«dia por el feliz descubrimiento de la trama horrorosa contra «la vida de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes: solemne «llamo á este dia, por el escarmiento público, que la divina «providencia hizo de los enemigos de nuestra libertad é in«dependencia.... La divina providencia.... ella quiso que «este público.... á la verdad, Dios vela sobre los buenos y «sobre los malos; sobre los buenos para darles á su tiempo «el premio en el cielo, sobre los malos para darles á su «tiempo el condigno castigo.»

El juez de paz de cada parroquia citaba á los vecinos, y previamente le sacaba á cada uno lo que podia, ó no podia dar, para la suscripcion de la fiesta. Luego se nombraba la comision, se señalaba el dia, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestia de federal y.... pero que hablen los documentos.

«La cuadra de la iglesia estaba toda adornada de olivo «y lindas banderas, las cuales fueron tomadas por los veci«nos y *de golpe las rindieron al pasar el retrato, hin«cando la rodilla*, causando un espectáculo verdaderamente «imponente el repique de las campanas, cohetes de todas «clases y vivas del inmenso pueblo que habia allí reunido: al «llegar al atrio tomaron el señor juez de paz y el señor «maestre el retrato, y entraron con él á la iglesia en cuya «puerta el señor cura y seis sacerdotes de sobre-pelliz acom«pañaron el retrato hasta que se colocó en el lugar destinado, «y como se retirase la comitiva por no empezarse la funcion «de iglesia se dejaron dos tenientes alcaldes uno á cada lado «del retrato haciéndole guardia.... hasta que concluida la «funcion tomó asiento el acompañamiento esperando al señor «cura y demas sacerdotes que de sobre-pelliz salieron á acom«pañar el retrato que fué sacado hasta el atrio, donde lo reci«bió el señor juez de 1.ª instancia, Don Lúcas Gonzalez Peña....

«Gran percion de vecinos se reunió en la casa contigua á «la del juez de paz, donde fué servida con abundancia carne «con cuero; concluida la comida se formó del contento gene«ral la mas federal y republicana danza en el patio de la «casa del señor juez de paz, adoptando nuestra *alegre «media caña por baile*, la que era tocada por la música «restauradora: en esta danza aceptada unicamente por todos, «no quedó nadie sin bailar, pues todos *entreverados* no se «conoció distincion. La señorita Doña Manuelita de Rosas, «digna hija de nuestro Ilustre Restaurador, y la respectable «familia de S. E. dieron realce con su presencia &a.» *)

---

*) Descripcion de la fiesta de la parroquia de Monserrat, publicada en el número 4,834 de la *Gaceta Mercantil*, de 10 de Agosto de 1839.

Los documentos de la época van mas adelante todavía: mineros inagotables de la mas desesperante filosofía sobre la debilidad de la raza humana cuando gravita sobre ella la pesada mano del despotismo, en cada página, en cada dia de esa época funesta, enseñan en progreso la degradacion del pueblo sometido á Rosas. Las inspiraciones de este eran las que daban impulso á las acciones: obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposicion, que, á los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber dónde comenzaba esa imposicion, y dónde terminaba la accion espontánea, en conciencias que el miedo habia pervertido.

La descripcion de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4,891 de la *Gaceta*, brilla todavía con mayor lujo de degradacion, de prostitucion, de escarnio.

Mas todavía, la fiesta de la catedral, que describe la *Gaceta* 4,866: hé aquí un fragmento:

«En la entrada del templo se agolpaba un numeroso gen-«tío, y saliendo á la puerta el senado del clero fué intro-«ducido al templo el retrato de Su Excelencia por los mis-«mos generales que lo habian recibido &a. La funcion fué «celebrada con majestuosa solemnidad. Nuestro venerable y «digno compatriota, el ilustrísimo obispo diocesano de Buenos «Aires, Doctor Don Mariano Medrano, rodeado de todo el «esplendor y pompa con que se ostenta el culto de la iglesia «católica en sus angustas fiestas, ofició en tan importante «accion de gracias. Una magnífica orquesta acompañaba el «canto de algunos profesores y aficionados. Concluida la «misa se entonó el Te-Deum por el ilustrísimo prelado, que «se anunció al público por repiques de campanas y una salva «de artillería en los baluartes de la fortaleza. En seguida «fué reconducido el retrato de Su Excelencia al carro. La «caballería formó en columna &a.

«Luego que el señor inspector general dispuso la retirada «del retrato empezó la marcha en el mismo órden, siguiendo «la columna por el espresado arco principal, y de este por «la calle de la Reconquista hasta la casa de Su Excelencia. «Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron «las señoras en conducir el retrato de Su Excelencia, tirando «del carro que alternativamente habian tomado los generales «y jefes de la comitiva al conducirlo al templo. Las señoras «mostraron el mas delicado y vivo entusiasmo, y vimos con «inmenso placer á las distinguidas señoras Doña.... &a. «&a.» *)

---

*) El carro, segun el documento que estamos citando, tenia nueve varas de elevacion, cinco de largo y tres de ancho.

Como se ve, pues, estas célebres fiestas tuvieron por orígen un crímen; y, dignas sucesoras de esa causa, ellas en sí mismas eran un crímen, y fueron mas tarde madre de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunion pública, se trata de poner en competencia la cultura ó el talento, la elegancia ó el lujo.

En toda reunion pública, ó se trata de agradar, ó se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales, todo era á la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquial era un inmenso certámen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanacion del templo seguia la profanacion del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaban el ambigú federal, cuya mesa se colocaba ora en la sacristía, á veces en algun corredor, bajo algun claustro, y alguna vez tambien en la casa del juez de paz de la parroquia.

El primer asiento era reservado á Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar á su padre los pensamientos de cuantos allí habia, cada uno empleaba todo el poder de la oratoría especial de la época, para mostrarse á los ojos de la hija fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenia su vigor, su brillo, su sello federal en la abundancia de los adjetivos mas estravagantes, mas cínicos, mas bárbaros.

El enemigo debia ser inmundo, sucio, asqueroso, chancho, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el héroe de la federacion, en boca de los aseados federales, para quienes el oro frances era inmundo, pero el oro argentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo á manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitucion y el vicio que allí representaban.

En pos de la borrachera federal venia la danza federal. Y la jóven inocente y casta, llevada allí por el miedo ó la degradacion de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces á esas orgías pestíferas con las lágrimas en los ojos, tenian luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza con lo mas degradado y criminal de la mashorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la revolucion del sur, en Octubre del mismo año de 1839, pero continuadas tan pronto como fué sofocado aquel heróico

movimiento Y en ellas fué donde debia engendrarse la época de sangre que debia comenzar en 1840. Porque si la cabeza de Zalarallan, de Castelli y otros habia dado ya ocupacion al cuchillo, todo eso no era, sin embargo, sino los preludios de las ejecuciones en masa que debian cometerse mas tarde.

El terror fué graduado, fria y sistemáticamente por el dictador

Las personerias

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las señoras.

Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fué arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperacion y del miedo, á cuyo fondo insondable debia empujarles con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así la sociedad á esta época se hallaba dividida en víctimas y asesinos. Y estos últimos, que desde muy atras traian sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentacion de su cinismo temblaban, sin embargo, cuando la pisada del ejército libertador hacia vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de Agosto de 1840, á cuyos dias hemos llegado en esta historia; miéntras que la parte oprimida del pueblo sufria tambien la incertidumbre penosa por el éxito próximo de la cruzada.

Y es para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusion, que la *novela* ha tenido que *historiar* brevemente los antecedentes que se han leido.

---

## CAPITULO II.

### El gobernador delegado.

Pasado el zaguan que conducia del primero al segundo patio en la casa de Don Felipe Arana, calle de Representantes N.° 153, se hallaba á mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra mas pequeña en uno de los ángulos, y un estante conteniendo muchas obras teológicas, las partidas, un diccionario de la lengua, edicion de 1764; un grabado representando á San

Antonio; un botellon de agua; unas tazas de loza y un damero, nada mas tenia el estante del señor Don Felipe; pues acabamos de conocer el gabinete del señor ministro, ascendido al alto rango de gobernador delegado.

En la pequeña mesa copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el señor Don Cándido Rodriguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchas legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, sentados estaban Don Felipe Arana y el ministro de S. M. B., Caballero Enrique Mandeville, y nuestro entrometido Daniel.

— Pero si no ha habido declaracion de guerra, señor Mandeville, decia el señor Don Felipe á tiempo que nos entramos con el lector á su gabinete. Y eso decia con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las señoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

— Así es, no ha habido declaracion de guerra, contestó el señor Mandeville jugando con la punta de sus rosados dedos.

— Y usted ve, señor ministro, prosiguió Don Felipe, que segun el derecho de gentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra, sin que á ese acto preceda una declaracion solemne y motivada.

— Pues!

— Y como el derecho de gentes nos comprende á nosotros tambien ¿digo bien, Señor Bello?

— Perfectamente, señor ministro.

— Luego si nos comprende á nosotros el derecho de gentes, prosiguió Don Felipe, teníamos derecho á que la Francia nos declarase la guerra ántes de mandar una espedicion. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debia estorbarle el envío de la ante dicha espedicion; porque conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la confederacion. Y es por esto que concluyo, repitiendo al señor ministro, á quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al tránsito por mar de la susodicha espedicion, que debe salir de Francia, ó estar ya en camino por el mar.

— Yo trasmitiré á mi gobierno las poderosas observaciones del señor gobernador delegado, contestó el señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por Don Felipe como lo estaba por Rosas, podia medir á su antojo la diplomacía y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

— Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diria al señor gobernador cuál es en mi opinion la política que ha creido conveniente seguir en los negocios del Plata el

gabinete de San James, dijo Daniel con un tono tan humilde y tan comedido que acabó de encantar á Don Felipe, que no deseaba otra cosa sino que alguien hablase cuando él tenia que hacerlo.

— Las opiniones de un jóven tan aventajado como el señor Bello deben ser oidas siempre.

— Mil gracias, Señor Arana.

El señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel jóven cuyo nombre le era conocido; y se dispuso con toda su atencion á escucharlo.

— Es muy probable que á la fecha en que estamos, el señor Palmerston esté en posesion de un documento muy grave de la actualidad: me refiero al protocolo de una conferencia tenida el 22 de Junio de este año entre la comision argentina y el señor Martigny. ¿El señor Mandeville sabe algo de este documento?

— Nada absolutamente, contestó el ministro inglés, y dudo que mi gobierno lo tenga desde que no ha ido por mi conducto.

— Entónces me cabe la dicha de haber hecho las veces del señor ministro.

— ¿Es posible?

— Sí, señor, el 22 de Junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Lóndres, enviado por mí al vizconde Palmerston. Tiene hoy, pues, cincuenta y dos dias de viaje.

— ¿Pero ese documento....? dijo el señor Mandeville algo intrigado.

— Hélo aquí, señor ministro. Leámoslo y despues observemos, dijo Daniel sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó:

### Protocolo

*De una conferencia entre el Señor Buchet Martigny, Cónsul General, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses, y la Comision Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos á la cuestion pendiente en el Rio de la Plata.*

Los sucesos que han tenido lugar en el Rio de la Plata, desde el 28 de Marzo de 1838, en que las fuerzas navales de S. M. el Rey de los Franceses establecieron el bloqueo del litoral argentino, produjeron una alianza de hecho, entre los jefes de las espresadas fuerzas, y los agentes de S. M. por una parte, y las provincias y ciudadanos argentinos, armados

contra su tirano, el actual gobernador de Buenos Aires, por la otra.

Esta alianza se hizo mas estrecha, y adquirió alguna mas regularidad, desde que el señor general Lavalle, en Julio de 1839, se puso de acuerdo con dichos jefes y agentes, para organizar en la Isla de Martin García la primera fuerza argentina, destinada á obrar contra el gobernador de Buenos Aires; y desde que el gobierno de la provincia de Corrientes abrió comunicaciones con ellos en Octubre del propio año.

Desde entónces los sres, agentes diplomáticos, y los jefes de las fuerzas navales francesas, han prestado reiterados servicios á la causa de los argentinos, donde quiera que se han armado contra su tirano, y han recibido á su vez pruebas de sinceras simpatías hácia la Francia, donde quiera que no ha dominado la influencia de aquel. Todo esto habia estrechado mas cada dia la espresada alianza de hecho.

Actualmente, los últimos periódicos de Francia, que acaban de recibirse en esta capital, han dado á conocer el discurso, pronunciado en la cámara de diputados el 27 de Abril último, por el senor Thiers, presidente del consejo de ministros de S. M.; y en el cual S. E. reconoció, pública y solemnemente, como aliados de la Francia, á las provincias y ciudadanos de la república argentina, armados contra el tirano de Buenos Aires: dando así una especie de sancion á la alianza, que solo de hecho existia.

Esta circunstancia ha dado lugar á que las partes interesadas en el negocio creyesen, como realmente creen, llegado el momento de fijar algunos puntos, que den á la alianza toda la regularidad posible, y establezcan al mismo tiempo sus mas naturales consecuencias.

Par este efecto, los abajo firmados, á saber:

Por una parte, el señor Claudio Justo Enrique Buchet Martigny, Cónsul General, Encargado de Negocios, y Ministro Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses;

Y por la otra los señores Dr. Don Julian Segundo de Agüero, Dr. Don Juan José Cernadas, Don Gregorio Gomez, Dr. Don Ireneo Portela, Dr. Don Valentin Alsina, Dr. Don Florencio Varela, miembros que componen la comision argentina, establecida en Montevideo, por especial delegacion del señor general Lavalle, que como jefe de todas las fuerzas argentinas dirigidas contra el dictador Rosas, representa de hecho los intereses y negocios de la provincia de Buenos Aires, cuya representacion delegó en dicha comision.

Se han reunido, hoy dia de la fecha, en la casa habitacion del señor Buchet Martigny; y despues de dar á este negocio su mas séria atencion, han reconocido, de comun acuerdo, que es de la mayor importancia que la desavenencia

entre la Francia y Buenos Aires, á que han dado lugar las crueldades, y actos arbitrarios ejercidos por el actual gobernador de esta provincia, contra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo que ha sido su consecuencia, cesen en el instante mismo en que haya desaparecido la autoridad del dicho gobierno y haya sido reemplazada por otra, conforme á los deseos del país, como las circunstancias dan lugar á esperarlo.

Y, creyendo necesario entenderse de antemano, respecto de los medios mejores, que deben emplearse, para obtener ese resultado de un modo igualmente honroso para ambos países, han discutido maduramente el negocio, y han convenido, por fin, en lo siguiente:

Tan luego como se haya instalado en Buenos Aires una nueva administracion, en lugar del despotismo que allí domina actualmente, anunciará ella misma este suceso al señor Buchet Martigny, instándole á trasladarse cerca de ella. El señor Buchet Martigny se prestará inmediatamente á esta invitacion, y se presentará á la nueva administracion en calidad de cónsul general, encargado de negocios y plenipotenciario de Francia.

Su primer acto, en respuesta á la nota que se le haya dirigido, será el de hacer á la nueva administracion una declaracion al efecto siguiente:

«El bloqueo establecido en el litoral de Buenos Aires, y «los actos hostiles que le han acompañado, jamas han sido «dirigidos contra los ciudadanos de la república argentina; lo «que mas de una vez han mostrado las medidas tomadas en «favor de los mismos ciudadanos argentinos, por los agentes «de S. M., y por los comandantes de las fuerzas navales fran«cesas en el Plata. Esos actos ningun otro objeto han tenido «que el de compeler al tirano, bajo cuyo yugo gemia la re«pública, á poner término á sus crueldades contra los ciuda«danos franceses, á conceder justas indemnizaciones á aque«llos que las habian ya sufrido, y á respetar la cosa juzgada. «Vivamente ha sentido el gobierno del Rey verse obligado á «echar mano de medidas, que debian producir grandes males «para el pueblo argentino; pues jamas ha creido que ese «pueblo haya tenido parte alguna en semejantes excesos; ó «los haya aprobado.

«Hoy, pues, que ha desaparecido el mostruoso poder, «contra el cual se dirigian determinadamente las hostilidades «de la Francia, y que el pueblo argentino ha recobrado el «ejercicio de sus derechos y de su libertad, no hay ya motivo «alguno para que continúe la desavenencia entre los dos paí«ses, ni el bloqueo á que habia dado lugar; contando positi«vamente el gobierno de S. M., y el infrascripto, con la dis-

«posicion del pueblo argentino, y de la administracion que «acaba de establecerse en Buenos Aires, á hacer justicia á la «nacion francesa, y acceder á sus justas reclamaciones.

«En consecuencia, el señor Buchet Martigny va á apre«surarse á escribir al contra-almirante, comandante de las «fuerzas navales francesas en el Plata, para darle noticia de «los acontecimientos, y para rogarle que declare levantado «el bloqueo del Rio de la Plata, y dé las órdenes necesarias, «á fin de que las fuerzas francesas, que se hallan en la isla «de Martin García, se retiren; y, al dejarla entreguen al jefe «militar, y á la guarnicion que, á efecto de relevarlas, mande «el gobierno de Buenos Aires la artillería y todos los otros «objetos, que existian en la isla, ántes de su ocupacion por «los franceses.»

En cambio de esta nota, la nueva administracion de Buenos Aires transmitirá al señor Buchet Martigny una declaracion concebida, poco mas á ménos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha seis ú ocho dias despues:

«El gobierno provisorio de Buenos Aires, deseando cor«responder á la generosidad de la declaracion, que con fecha «.... le ha sido hecha por el señor encargado de negocios «y plenipotenciario de la Francia, deseando tambien dar á «esta nacion una prueba de su amistad, y de su reconoci«miento, por los eficaces servicios que en estas últimas cir«cunstancias ha prestado á la causa argentina:

«Considerando igualmente la justicia con que el gobierno «de S. M. el Rey de los franceses ha reclamado indemnizaciones, — «en favor de aquellos de sus nacionales, que hayan sido víctí«mas de actos crueles y arbitrarios del tirano de Buenos Aires «Don Juan Manuel Rosas:

«Ha decretado lo que sigue: —

«Art. 1.° Hasta la conclusion de una convencion de amis«tad, comercio y navegacion, entre S. M. el Rey de los fran«ceses y la provincia de Buenos Aires, los ciudadanos fran«ceses establecidos en el territorio de la provincia, serán tra«tados, respecto de sus personas y propiedades, como lo son «los de la nacion mas favorecida.

«Art. 2.° Se reconoce el principio de las indemnizaciones, «reclamadas por S. M. el Rey de los franceses, en favor de «aquellos de sus nacionales que hayan sufrido ántes ó despues «de establecido el bloqueo, por medidas inicuas y arbitrarias «del último gobernador de Buenos Aires Don Juan Manuel «Rosas, ó sus delegados.

«Invitará este gobierno al señor Buchet Martigny, á que se «entienda con él, para hacer determinar, en un plazo breve, «el monto de esas indemnizaciones, por árbitros elegidos por «ambas partes, en igual número; y que en caso de empate,

«tendrán la facultad de asociarse un tercero en discordia, «nombrado por ellos á mayoría de votos.

«Se reconoce tambien el principio del crédito del señor «Despuy contra el gobierno de Buenos Aires. Los mismos «árbitros fijarán su monto por documentos auténticos.»

El señor Martigny, en respuesta á la notificacion que reciba de esta resolucion, dará las gracias al gobierno de Buenos Aires, por este testimonio de amistad y de justicia, y lo acepterá en nombre del gobierno de S. M.

Los señores miembros de la comision argentina, reconocidos á los servicios que la Francia ha hecho á su república, en la lucha que sostiene contra su tirano, se comprometen del modo mas formal, tanto en su nombre, como en el del general Lavalle, de quien son delegados, á emplear todos sus esfuerzos y usar de toda su influencia, para que el nuevo gobierno de Buenos Aires, legalmente constituido, concluya sin demora con el encargado de negocios y plenipotenciario de Francia, una convencion de amistad, comercio y navegacion, en los mismos términos de la que se firmo en Montevideo el 8 de Abril de 1836, entre la Francia y la República Oriental del Uruguay; lo que será tambien una nueva prueba de la moderacion é intenciones de la Francia; pues que nada mas pide, ni desea de la república argentina, sino lo mismo que propuso, en medio de la paz y la amistad, al Estado Oriental del Uruguay.

Terminado así el objeto de la presente conferencia, se formó este protocolo, que quedará secreto, y que firmaron todos los miembros de ella, en dos ejemplares, en frances el uno, y el otro en castellano, en Montevideo á 22 de Junio de 1840.

(Firmado)

*Buchet Martigny.*
*Julian S. de Aguero.*
*Juan J. Cernadas.*
*Gregorio Gomez.*
*Valentin Alsina.*
*Ireneo Portela.*
*Florencio Varela.*

El señor Mandeville estaba absorto.

Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que la dominaba siempre, y bajo su inspiracion dijo:

— ¿Pero qué dirá el señor gobernador cuando sepa que ese documento ha existido en manos de usted por tanto tiempo, sin él saberlo?

— El señor gobernador conoce ese documento desde el mismo dia en que llegó á mis manos.

— Ah!

— Sí, Señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa; y segundo, para que no declinase de su heróica resistencia contra las pretensiones francesas.

— Es un prodigio este jóven, dijo Don Felipe mirando á Mandeville; miéntras Don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel habia hecho pacto con el diablo, y que él se encontraba en la asociacion.

— Bien pues, continuó Daniel, á primera vista esta alianza deberia inspirar recelos al gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiriria la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero estos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas á la Francia no son una especialidad, sino un programa general que establecen para lo futuro en sus relaciones políticas y comerciales para con los demas estados. Que su sistema de órden y de garantías se estenderá á todos los estranjeros que residan en la república. Anuncian la libre navegacion de los rios interiores. Proclaman la emigracion europea como una necesidad de estos países; y distraen los intereses políticos, con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos una vez que triunfe su partido.

— Traicion es todo eso! esclamó Don Felipe que no estendia una palabra de cuanto acababa de oir.

— Prosiga usted, dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

— En presencia de tal programa, prosiguió el jóven, el ministerio inglés toma en cuenta, de una parte los inconvenientes de una hostilidad directa á la Francia en su cuestion en el Plata; y por otra las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con solo que la Inglaterra se mantenga neutral en una cuestion cuyo resultado puede ser el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas al comercio, al capital y á la emigracion europea; y cuya amistad quizá convendrá mas tarde adquirirse á todo trance para equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

— Pero es una picardía! esclamó el señor Don Felipe, una traicion, un ataque á la independencia y soberanía nacional.

— Por supuesto que lo es, dijo Daniel, es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta á que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza en este caso, se funda en la habilidad de usted, señor Arana, para hacer entender al señor Mandeville, todo lo que tiene

de traidor á los intereses americanos y europeos el pensamiento de los unitarios

— Ya .. sí .... pues .... yo he de hablar con el señor Mandeville.

— Sí, hemos de hablar, contestó el ministro inglés cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien habia descubierto todo cuanto á Don Felipe le faltaba.

— ¿Y me podria usted facilitar una copia de ese documento? continuó Mandeville dirigiéndose á Daniel.

— Desgraciadamente no puedo, contestó el jóven haciendo al mismo tiempo una seña de afirmativa á Mandeville, que fué comprendida en el acto.

— No puedo, prosiguió Daniel, porque le entregué una copia de él al señor gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su ministro de relaciones esteriores no supiese nada de este negocio.

— Pero si nada sabia! esclamó Don Felipe abriendo tamaños ojos.

— De eso se trata; de que no supiera usted nada; y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuán disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

— Oh, yo no hablo jamas al señor gobernador, sino de los asuntos que él me promueve.

— En eso se conoce el talento de usted, Señor Arana.

— Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

— Bien hecho.

— ¿No le parece á usted, señor Mandeville?

— Soy de la misma opinion del señor Bello.

— Oh! nosotros todos nos entendemos perfectamente! dijo Arana arrellanándose en la silla.

— ¿Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traido á saludar á Vuestra Excelencia? preguntó Mandeville.

— ¿Sobre la reclamacion del súbdito inglés?

— Justamente.

— Sí, podríamos, pero .....

— Pero qué, señor? es un asunto muy fácil.

— Pero como el señor gobernador no está.....

— Pero Vuestra Excelencia es el gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo.....

— Sí, señor, pero; pero yo no puedo sin consultarlo.

— Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver á un súbdito de Su Majestad una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

— Lo consultaré.

— Válgame Dios!

— Lo consultaré.

— Haga el señor Arana lo que quiera

— Lo consultaré en primera oportunidad

— Bien, señor, dijo Mandeville levantándose y tomando el sombrero.

— ¿Se va usted ya?

— Sí, señor ministro.

— ¿Y usted tambien, Señor Bello?

— A pesar mio.

— ¿Pero volverá usted á verme?

— A cada momento, siempre que no incomode al señor gobernador delegado.

— Incomodarme! por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

— Siempre estóy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

— Vaya pues! vayan con Dios!

Y el señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente aquel pobre hombre titulado ministro y gobernador delegado.

— ¿Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi casa, Señor Bello? preguntó el ministro inglés al llegar al coche.

— Con mucho gusto, contestó Daniel, y los dos subieron al carruaje, á tiempo que doblaban la calle, en direccion á lo de Arana, Victorica por una vereda, y el cura Gaete por otra.

Llegados que fueron aquellos á la hermosa quinta del ministro británico, la conversacion giró de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que mas tarde serán tema de largas meditaciones en el historiador de estos países, como le servirá tambien de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados argentinos, tantas veces acusados de *vender* y sacrificar los intereses y los derechos de su país, en sus relaciones con el estranjero.

Estudiando ese documento, no se puede ménos que compadecer ese santo infortunio de la emigracion, de cuyos tristes efectos no es el ménos notable, ni el ménos desgraciado, el alucinamiento á que da ocasion, aun en los espíritus mas serios.

Parece increible que hombres de la altura de Agüero y de Varela llegasen á creer, que el protocolo que firmaban en 22 de Junio de 1840 pudiera nunca servir á uno de los dos objetos que se proponian con ese paso, y que sin duda era el mas importante para ellos.

Con una candidez pasmosa, la comision argentina creyó

arribar con ese convenio al logro de una obligacion perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los enemigos de Rosas.

La firma de la comision argentina, los compromisos que ella hubiese contraido, podrian haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero si la Francia se negaba á respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre, ¿cómo esperar que respetase un compromiso extraoficial, contraido con un agente suyo, por una entidad moral, que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, dónde, ni cómo, se reclamaria de la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponia, si la Francia cortaba la cuestion, como la cortó, ó daba á su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto, si el general Lavalle triunfaba de Rosas, la revolucion no podia dejar de llevarlo al puesto del gobierno, y la comision argentina, por la calidad de sus miembros, debia hallarse tambien en las altas regiones del poder; y las promesas del 22 de Junio, si bien no eran de una obligacion perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquellos que las firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo á resultar, que aquel convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusion para la comision argentina.

Pero esta tuvo tambien otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el estranjero era el caballo de batalla de Don Juan Manuel Rosas, y de su partido, para estigmatizar á sus contrarios: y mucho tiempo despues de aquel á que está circunscripta esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las mas punzantes recriminaciones, de las mas infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está ménos interesada que el honor de los individuos y los partidos, no se discute sino sobre los hechos y los documentos.

Para acusar á Rosas y la parte activa de su partido, á cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la esposicion de hechos que han estado bajo el imperio de los ojos, ó que existen daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

Para acusar á la emigracion argentina, de saber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su país, de

haber pospuesto una sola de sus conveniencias presentes ó futuras, en política ó en comercio, en territorio ú obligaciones de cualquier género; para acusar á uno solo de los miembros espectables de esa emigracion, de haber recibido del estranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa á cambio de la mínima condescendencia, no han de hallar un solo documento ni un solo testigo, los mas encarnizados perseguidores de esa emigracion. Y si hallasen algun documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecia á la Francia, no era una línea mas que lo que ella habia exigido desde el comenzamiento del bloqueo. Pero se le ofrecia mucho ménos que lo que Rosas debia darle mas tarde en la convencion de 29 de Octubre, despues de haber hecho sufrir y humillar al país, por el largo período del primer bloqueo.

---

## CAPITULO III.

De cómo era y no era gobernador delegado Don Felipe.

Por mas que apresuró sus pasos el cura Gaete para entrar á casa de Arana ántes que el jefe de policía, no pudo desgraciadamente conseguirlo; y este último atravesó el patio y llegó al gabinete del gobernador delegado, miéntras el cura de la piedad, que tenia sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica, entró al salon á hacer sus cumplimientos federales á la señora Doña Pascuala Arana, señora sencilla y buena, que no entendia una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

— ¿Qué novedades hay, señor Victorica? preguntó Arana al jefe de policía despues de haberse ambos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas á Don Cándido para que continuase escribiendo; pues nuestro amigo habia dejado pluma y silla y se deshacia en cortesías á Victorica.

— Ninguna en la ciudad, señor Don Felipe, contestó Victorica sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al Excelentísimo Señor Gobernador delegado.

— Y ¿qué le parece á usted Lavalle?

— ¿A mí?

— Pues! ¿Qué le parece á usted como viene para adelante?

— Lo estraño seria que fuese para atras, señor Don Felipe.

— Pero que no ve ese hombre de Dios, que va á commover todo el país?

— A eso ha venido.

— ¿Pero qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamas hayamos ido á incomodarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdon de Dios?

— No sé, Señor Don Felipe; pero en todo caso yo preferiria que no lo tuviese de los hombres, porque Dios está muy léjos, y Lavalle está muy cerca.

— Sí, mas cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho ya?

— No, señor.

— A ver, Señor Don Cándido, ¿sacó usted copia del diario de marchas?

— Ya está lista, Excelentísimo Señor Gobernador delegado, contestó el secretario privado haciendo una profunda reverencia.

— Léalo usted.

Don Cándido se echó para atras en su silla, alzó un papel á la altura de sus ojos, y leyó:

«Marcha del ejército de los traidores inmundos unitarios desde el dia 11 del corriente.

«Dia 11. Marchó todo el ejército hácia los Arrecifes, y llegámos á la estancia de Dávila á las tres y media de la tarde, donde campámos y carneó el ejército.

«Dia 12. A las ocho y cuarto de la mañana empezámos á marchar, y campámos á las doce y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. A las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de carnear y comer, marchámos hasta las ocho de la noche que campámos. Este dia y los anteriores se presentaron cerca de ciento cincuenta personas de aquellos lugares para unirse voluntariamente al ejército.

«Dia 13. A las nueve y media de la mañana marchámos y campámos en la estancia de Perez Millan, donde carneó el ejército. Este dia se unió Sotelo al ejército con ciento cuarenta vecinos de Arrecifes, que venian á servir en el mismo.

«Dia 14. A las cinco de la tarde marchámos, y campámos á las siete y media de la noche en otra estancia de Perez Millan.»

— ¿Usted ve ese hombre lo que está haciendo? dijo Don

Felipe, dirigiéndose á Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

— Sí, señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendria.

— Pero marcha, y el dia ménos pensado se viene hasta la ciudad.

— Y ¿qué hemos de hacer? contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que percibia en Don Felipe.

— Qué hemos de hacer! Hace tres noches que no duermo, señor Victorica, y, en los momentos que concilio el sueño, suspiro mucho, segun me dice Pascualita.

— Estará usted enfermo, Señor Don Felipe.

— De cuerpo, no, gracias á Dios porque yo hago una vida muy arreglada; pero estóy enfermo del ánimo.

— Ah, del ánimo!

— Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal á nadie.

— No dicen eso los unitarios.

— Es decir, yo no he mandado fusilar á ninguno. Sé que si son justos me dejarian vivir en paz. Porque yo lo que quiero es vivir cristianamente educando á mis hijos, y acabar la obra sobre la vírgen del rosario que comencé en 1804, y que despues mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es, que si Lavalle es justo, no tendrá por que ensañarse conmigo, y....

— Dispense usted, Señor Don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y á todos los defensores de la federacion.

— ¿Yo?

— Me parece que sí.

— ¿Qué dice usted, Señor Don Bernardo?

— Digo que es ofender al Restaurador y á los federales, el suponer que el cabecilla Lavalle pueda triunfar.

— ¿Y quién dice que no puede triunfar?

— Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

— Ah, lo dice!

— Y no me parece que debe desmentirlo el gobernador delegado.

— Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo sé muy bien que Lavalle va á encontrar su tumba. Era que me ponia en el caso solamente....

— ¿De que triunfase?

— ¿Pues?

— Ah, eso es otra cosa, dijo Victorica que realmente se estaba divirtiendo, aun cuando su seco y bilioso temperamento no se prestaba fácilmente a esas comedias.

— Eso es, eso es; así es como se entienden los hombres.

— Y si fuera posible que nos entendiéramos tambien sobre algunos asuntos de servicio, habria llenado el objeto de esta visita.

— Hable usted, Señor Don Bernardo.

— El comisario de la tercera seccion está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

— ¿Qué mas, Señor Victorica?

— La sociedad popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la policía.

— Apunte usted todo eso, Señor Don Cándido.

— En el momento, Excelentísimo Señor Gobernador delegado, contestó el secretario.

— Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del departamento.

— Anote usted esa circunstancia, Señor Don Cándido.

— Inmediatamente, Señor Excelentísimo.

— Una de las patrullas de la sociedad popular ha arrestado anoche dos vigilantes de policía, porque no llevaban papeletas de socios restauradores.

— Que no se olvide esto, Señor Don Cándido.

— De ningun modo, respetable y Excelentísimo Señor.

— Cuatro panaderos se han presentado á mi oficina, anunciando que no podrán continuar la elaboracion del pan, si no se les permite reducir su peso por cuanto está pagando sueldos crecidísimos á peones estranjeros, porque los hijos del país han sido llevados de leva.

— Que hagan el pan mas grande, y multa si no trabajan.

— La señora Doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fué visitada en Barracas, y cuya dueña no está allí hace algunos dias.

— ¿Lo pide por órden del señor gobernador?

— No, señor. Por órden suya.

— Déjese, entónces, de hacer registros. ¡Qué gana de indisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, Señor Don Bernardo. No siendo por órden del señor gobernador, no haga usted nada.

— Sin embargo, hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

— ¿Quién es el pariente?

— Don Daniel Bello.

— Jesus! ¿Qué está usted diciendo?

— Yo las tengo.

— No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la vírgen del rosario. No sabe usted, ni Doña María Josefo todo lo que la federacion debe á ese jóven. Intriga, ca-

lumnia. Nada, nada contra Bello, si no es por órden del señor gobernador.

— Yo haré lo que el señor Arana me ordene, pues que no tengo órdenes especiales de Su Excelencia, pero no perderé de vista á ese mozo

— ¿Hay mas?

— Nada mas.

— ¿Está usted despachado entónces?

— Aun no, Señor Don Felipe.

— ¿Y qué mas hay?

— Hay el que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la sociedad popular que pone presos á los empleados de la policía.

— Consultaré.

— ¿Pero no es usted el gobernador delegado?

— Lo soy.

— ¿Y entónces?

— No importa, lo consultaré con el señor gobernador

— Pero el señor gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

— No importa; lo consultaré.

— Válgame Dios, Señor Don Felipe! Si usted es el gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

— Sí, hombre, sí, soy el gobernador delegado; pero es por forma ¿entiende usted?

— Creo que entiendo, contestó Victorica, que bien lo sabia, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantiese de la Mashorca.

— Por forma, continuó Don Felipe, para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada mas.

— Ya.

— Esto es para entre nosotros ¿eh?

— Sin embargo, el secreto lo saben todos.

— ¿Qué secreto?

— El de la forma

— Y....

— Y se rien malignamente los unitarios.

— Traidores!

— Y dicen que usted es y no es gobernador delegado.

— Vendidos!

— Y dicen tambien que tiene usted miedo.

— ¿Yo?

— Sí, eso dicen

— ¿Pero miedo de quién?

— Del señor gobernador, si hace usted algo que no le agrade; y de Lavalle, si hace algo del gusto del señor gobernador.

— Eso dicen ¿eh?

— Eso.

— ¿Y usted qué hace, señor jefe de policía?

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— Nada.

— Pues mal hecho, porque esos difamadores debian estar en la cárcel.

— ¿Pero no me decia usted hace poco, que hartos compromisos teníamos, para andar persiguiendo á otros?

— Si, pero no á los que nos difaman.

— No haga usted caso.

— Créame usted que estóy deseando dejar el ministerio, Señor Don Bernardo.

— Se lo creo; y pasar á vivir á su estancia, ¿no es eso?

— Qué estancia, hombre, si está arruinada!

— Pues no dicen eso los unitarios.

— Qué! ¿hablan hasta de mi estancia?

— De las estancias.

— Jesus, señor! ¿Yo estancias?

— Y que están muy pobladas; y que todo eso ha sido mal adquirido; y que todas se las han de quitar á usted, por haber sido compradas con fondos del estado; qué sé yo cuántas cosas dicen?

— Pero es preciso que vayan á la cárcel

— ¿Quiénes?

— Los que eso dicen.

— ¿Pero si lo dicen en Montevideo, Señor Arana?

— Ah, en Montevideo!

— Pues.

— Traidores!

— Por supuesto.

— Vea usted: hasta un crucifijo de plata que me regaló el padre guardian de San Francisco despues de la entrada de los ingleses, es decir, despues que se fueron, se lo he tenido que dar al almacenero Rejas, á cuenta del gasto que le hago.

— Ya.

— Esas son mis estancias ¡traidores!

— De manera que no me autoriza usted para contener los avances de la sociedad popular?

— No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro dia, consultaré.

— Bien; yo le escribiré al señor gobernador, dijo Victorica

levantándose, bien decidido á no escribir de eso una palabra á Rosas; queria asustar mas al pobre Don Felipe, de quien acababa de vengarse á su satisfaccion.

— ¿Se va usted?

— Sí; señor..

— ¿De modo que ya va usted autorizado?

— Autorizado! ¿para qué?

— Para lo del pan.

— Ah, no me acordaba!

— Que lo hagan grande.

— ¿Aunque pierdan los panaderos?

— Aunque qierdan.

— Muy bien.

— Y de harina de flor, como lo trabajan las monjas.

— Buenos dias, Señor Don Felipe.

— Dios se los dé buenos, Señor Victorica. Consúlteme todo cuanto ocurra.

— Oh, no dejaré de hacerlo. Es usted el gobernador delegado!

— Aunque rabien los unitarios. Lo soy; sí, señor, lo soy.

— Buenos dias.

Y Victorica salió echando á los diablos al gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece á la crítica el sistema de Don Juan Manuel Rosas, ó mas bien, su época, es la laboriosa ficcion de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey á los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un general en jefe, todo eran, ménos ministro de estado, juez, diputado, ó general; pero hacian maravillosamente su papel de tales. Es á decir: hacian su papel para los demas; pero ante ellos mismos no habia uno que no supiese que su corona era de carton dorada, y su cesáreo manto de franela.

Lujosos, porque jamas la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocaba en efecto a la casa de un ministro, de un general, de un alto magistrado &a.

Se llegaba á la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo á uno con quién hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe debia ser por fuerza un hombre serio, grave, adusto, representante fiel de la mas séria de la causas.

Como todos se vestian de diablo; el color de llamas de que estaban cubiertos, dábales cierto aire mas imponente,

que luego sus términos llenos de mesuras y de reticencias acababan por solemnizar.

Miéntras se trataba de lugares comunes, todo era flores para ellos. Por aquí ó por allí, la conversacion habia de rodar por fuerza sobre Su Excelencia y Manuelita, con quienes indefectiblemente se habia hablado el dia ántes, ó hacia dos dias cuando mas.

Cada palabra de los labios federales era á los ojos del que la vertia, una especie de onza de oro, con el busto del Restaurador, que debia recogérsela y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debia estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, ó juez, ó diputado, &a.

Pero la mano de la provincia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversacion caia sobre algun asunto especial que debia girar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entónces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, ó haciéndole comprender que era un pobre guzano que pisaba Rosas; un pobre cómico que representaba un papel, que no servia sino para hacerle comprender que estaba vestido de jergas oropeladas.

Ninguno de ellos se atrevia á confesar su situacion, á decir que de su rango no conservaban sino el título, y que toda jurisdiccion, toda accion, pertenecia al autor de la comedia que representaba, pero no á la pobre compañía, contratada por veinte años, sin mas regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligacion de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.

---

## CAPITULO IV.

De cómo Don Felipe Arana esplicaba los fenomenos del magnetismo.

No bien atravesó el patio el señor jefe de policía, cuando el cura Gaete que lo vió por entre los cristales de la puerta del salon, se despidió de las señoras y se fué derecho al gabinete del ministro gobernador, que por un principio de republicanismo recibia á todo el que se entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, ó la aparicion del alma de su padre, no habrian producido en nuestro Don Cándido Rodri-

guez la impresion que la cara del cura Gaete; pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas despues de algun tiempo, sufrió una revolucion tal, que estuvo el hombre por dar vuelta la silla y ponerse de espalda al gobernador y al cura de la piedad.

Pero entre el cáos de ideas que surgió en su cabeza, de aquella malhadada aparicion, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel, y escribir con una rapidez asombrosa; aunque, en obsequio de la verdad es necesario decir que no escribia, sino que rasgeaba sobre el papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de iglesia; pero con el cura Gaete existia en Don Felipe otro vínculo no ménos atrayente, ó quizá mas atrayente que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentia, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mashorca.

Así fué que al verlo entrar salió á su encuentro con las dos manos estiradas, cual si fuese á tropezar con él, mas bien que á saludarle. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros; y todos juntos, del mismo hombre á quien servian y sostenian.

— Qué milagro, padre, qué milagro! esclamó Don Felipe sentándose á su lado; pero desgraciadamente el cura Gaete vino á quedar frente á frente con Don Cándido.

— Vengo á dos cosas.

— Hable, padre. Sabe que yo soy uno de sus mas antiguos amigos.

— Eso lo hemos de ver hoy.

— Hable, hable no mas.

— La primera cosa á que vengo, es á felicitarlo.

— Gracias, muchas gracias. Qué quiere usted, todos debemos prestarnos á lo que manda el señor gobernador!

— Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí miéntras él va á darles de firme á esos traidores.

— ¿Y la segunda cosa, padre?

— La segunda es una órden que quiero me dé usted para que prendan á unos impíos unitarios que me han ofendido.

— Hola!

— Y á toda la federacion.

— ¿Sí?

— Y hasta el mismo restaurador.

— ¿Tambien?

— A todos.

— Qué insolencia!

— He estado mas de diez veces á ver al gobernador ántes de irse, pero no he podido hablarle.

— Ha estado tan ocupado estos últimos dias!

— Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender á los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

— Pero si es caso estraordinario, debe hacerlo.

— No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo, ó los demas socios, le decimos.

— Sus deberes quizá....

— No, señor, qué deberes, ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

— Vaya hombre, vaya, calma.

— No quiero calma, no, señor. Y si usted no me da la órden, yo no respondo de lo que puede suceder.

— ¿Pero qué es lo que hay? preguntó Don Felipe que maldecia el momento en que le habia entrado tal visita.

— ¿Qué es lo que hay?

— Sí, vamos á ver, que si es cosa que merece la pena..

— Y verá usted si merece. Oigame usted, señor Don Felipe.

— Diga usted, pero con calma.

— Oiga usted: tengo por el barrio de la residencia unas antiguas amigas mias que me cuidan la ropa. Fuí una noche á verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte; entré y volví á cerrar la puerta. El zaguan estaba oscuro, y....

Y el cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguan, y dirigiéndose á Don Cándido, le dijo:

— Venga, paisano; póngase aquí, señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza, la palabra se le habia atragantado, y perdida la elasticidad de los músculos de su cuello, no volvia la cabeza á ningun lado.

— Eh! con usted hablo, continuó Gaete, venga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

— Vaya usted, Don Cándido, vaya usted, dijo Arana.

Don Cándido se levantó y marchó, duro y derecho, hasta el lugar que indicaba Gaete, ni mas ni ménos que como el *Convidado de Piedra.*

— Bueno, ahí, dijo Gaete. Yo entré, pues, al zaguan que estaba oscuro, y ¡tras! tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hácia Don Cándido y se dió contra él.

— En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, Señor Arana, dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura, que me ha dado la patria como á todos sus hijos para defender su santa causa. ¿Quién está ahí? pregunté, y ya le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de Don Cándido.

— Me respondió que era un amigo; pero yo que no entiendo de amigos en zaguanes á oscuras, me le fuí encima y lo cazé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de Don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido fué á hablar, pero se contuvo; pues, todo lo que mas le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse á sufrir en silencio la pantomima de Gaete. jurando en su interior. que ese seria el último dia de su residencia en Buenos Aires, si tenia la dicha de que no fuese el último de su existencia en el mundo.

Gaete continuó:

— Pero á tiempo que le iba á encajar, se me cayó el cuchillo. Fuí á alzarlo. y á tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien; y allí desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone á insultarme, y á insultar al restaurador y á la federacion. Y despues de decir cuanto se le vino á la boca, me metieron á la sala entre los dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habian salido, y despues se mandaron mudar.

— Oh, es una insolencia inaudita! esclamó Don Felipe.

— ¿No se lo decia, pues?

— ¿Y quiénes era?

— Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque se habian entrado con llave falsa á esperarme, cuando vieron que las señoras habian salido, pero despues he dado con uno; lo he conocido por la voz.

— ¿Ha oido usted una cosa mas original, Señor Don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo: ¡Asombrosa!

— ¿Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano á la cabeza y se golpeó la frente.

— ¿Ah, le duele á usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente.

— Bien, apunte usted la queja del señor cura Gaete, y retírese entónces.

Don Cándido volvió á la mesa y se puso á escribir.

Gaete prosiguió:

— Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta despues de haber estado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tuve uno apoplejía.

— Oh, si ha sido una cosa terrible!

— Pero ya he conocido á uno como he dicho á usted, y

si nadie me hace justicia, aqui está quien me la ha de hacer, dijo Gaete señalando el lugar de la cintura en que acababa de guardar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

— ¿Y quién es?

— No, señor. Déseme la órden de prision con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

— Pero hombre!

— Eso es lo que yo quiero.

— ¿Acabó usted, señor Don Cándido? dijo Don Felipe, que no sabia por dónde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente.

— A ver, léaselo usted al señor cura Gaete.

Don Cándido hesitaba.

— Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento á Dios, tomó el papel y leyó:

— «Queja elevada al Excelentísimo Señor Gobernador delegado por el muy digno y respetable, esclarecido patriota federal, Reverendo.....

— Ché, esclamó Gaete, abriendo tamaños ojos y estendiendo el brazo hácia Don Cándido.

— ¿Qué hay? preguntó Arana.

— Este es el otro.

— ¿Quién?

— Este, este. Este es el otro del zaguan.

— Está usted en su juicio! esclamó Arana.

— Ya están los dos, dijo Gaete frotándose las manos.

— Pero hombre!

— Sí, Señor Don Felipe. Este, este es el otro.

— ¿Yo? Yo querer asesinar al muy digno y respetable cura de la piedad? esclamó Don Cándido revistiéndose de una entereza que él habria llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

— Toma! Hable otro poquito.

— Está usted en error, mi apreciable y estimado señor. El acaloramiento, la irritacion.....

— ¿Cómo se llama usted?

— Cándido Rodriguez para servir á usted y á toda su respetable familia.

— ¿Familia? El mismo! Ya están los dos.

— Señor cura Gaete, siéntese usted, dijo Don Felipe. Aqui debe haber alguna cosa estraordinaria.

— Claro está, Excelentísimo Señor, dijo Don Cándido, cobrando ánimo, yo estóy por creer que este respetable cura ha tenido algun sueño sugerido por el enemigo malo.

— Yo le he de dar sueño!

— Despacio, Señor Gaete. Este señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

— Sí, está bueno.

— Oiga usted: la palabra sueño que acaba de pronunciar mi secretario, me inspira una luminosa idea.

— No entiendo de ideas, Señor Don Felipe. Este es uno, y el otro es quién yo sé.

— Oiga usted, hombre, oiga usted.

— Vamos á ver, oigo.

— ¿Usted comió con unos amigos ese dia?

— Sí, señor, comí.

— ¿Durmió usted la siesta?

— Dormí la siesta.

— Entónces no seria nada de estraño que todo cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

— ¿Y qué diablos es eso?

— Yo se lo esplicaré á usted: el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quién. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas, que se levantan, se vistan; montan á caballo, pasean, y todo esto dormidas; que sostienen conversaciones, que ven y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunos que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que brigaban con sus enemigos; y á todo esto se le da el nombre de sonambulismo, ó magnetismo.

— Dice muy bien el Excelentísimo Señor Gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con mas perseverancia por descubrir esos fenómenos íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable señor cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con mas frecuencia esos portentosos prodigios de la naturaleza. De lo cual la ilustracion del Excelentísimo Señor Gobernador deduce con mucha propiedad, que el estimable señor cura Gaete ha pasado por algun momento de sonambulismo.

— ¿Usted se quiere jugar conmigo?

— ¿Yo, mi respetable señor?

— Señor Don Felipe, ¿usted no es el gobernador delegado?

— Sí, hombre, sí, pero para este caso.....

— Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender á ese hombre y á quien yo sé, yo me voy mañana á Santos Lugares á poner la queja al Restaurador.

— Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender á nadie sin órden de Su Excelencia.

— ¿Ni á este hombre tampoco?

— Ménos. Déme usted pruebas, Señor Gaete, pruebas.

— Pero si es el mismo.

— ¿Lo vió usted?

— No, pero lo oí.

— Sueño, sonambulismo, mi querido señor, dijo Don Cándido.

— Yo lo he de hacer dormir á usted, pero por toda la vida.

— Pero, Señor Gaete, un sacerdote! dijo Arana, un hombre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atencion del gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos con la invasion del cabecilla Lavalle?

— ¿Sí? Pues yo tambien estóy ocupadísimo con la invasion que me hizo este hombre y su compañero.

— No ha sido este hombre, no puede ser, no fué.

— El fué, señor ministro Arana.

— No fuí yo, señor cura de la piedad, dijo Don Cándido alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa proteccion del gobernador delegado.

— Usted fué, en su cara se lo digo.

— No.

— Usted.

— Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el poder eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

— Despacio, paz, paz, dijo Don Felipe.

— En la calle le he de decir yo que me alce la voz, continuó Gaete, echando una mirada aterradora á Don Cándido.

— No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo á cuerpo en el campo de los tribunales.

— Paz, por amor de Dios, paz! esclamaba Don Felipe

— Señor ministro, yo me voy, y he de ver al señor gobernador.

— Haga usted lo que quiera.

— Hasta mas ver, señor mio, dijo Gaete mirando á Don Cándido y dando la mano á Don Felipe.

— Vaya usted, hombre sonámbulo.

— Sondiablo lo he de hacer yo á usted.

— Vaya usted, visionario.

— A que....

— Vamos, retírese, padre, retírese.

Y empujando suavemente á Gaete lo sacó Don Felipe fuera del gabinete, miéntras Don Cándido no cabia dentro su leviton blanco, despues del heroismo con que acababa de portarse.

— Doy á Vuecelencia las mas rendidas gracias, Excelentísimo Señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del mas leal y sumiso de sus servidores.

— Ese hombre es un energúmeno, Excelentísimo Señor, dijo Don Cándido al ver entrar á Don Felipe.

— Qué! ¿Sabe usted lo que hay en plata, Don Cándido?

— El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

— Lo que hay en plata es, que este cura Gaete, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos á que se ha referido, y despues tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

— Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia, que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles.

— El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta gente.

— No; el talento, el genio.

— Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen, dijo Don Felipe bajando humildemente los ojos.

— Justicia al mérito!

— Ademas, estamos en una época de tolerancia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con todos. Mañana pueden quizá cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el programa de mi pasajero gobierno.

— Sublime programa!

— Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted á ver las monjitas y haga lo que le encargué.

— ¿Ahora mismo?

— Sí, no se debe perder tiempo.

— Y no cree Vuecelencia que ese cura desnaturalizado me está esperando en la boca-calle?

— No lo creo porque seria un grande desacato. Pero en todo caso tome usted sus precauciones.

— Oh, las tomaré. Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

— No quiero que haya sangre.

— Sangre! Yo le juro á Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

— Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted á ver las monjas, y vuelva á la noche.

— ¿A la noche?

— Sí.

— Es la hora del crímen, Excelentísimo Señor.

— No, no ha de haber nada, vaya no mas, que me voy á recostar un rato, ántes que Pascualita haga poner la comida.

---

## CAPITULO V.

### Así fué.

En el cataclismo á que habian caido, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitucion moral, social y política del cuerpo argentino, la religion no podia librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra son hechos, por desgracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo, la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia, la religion divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los padres de la compañía de Jesus.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazon de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abria los ojos del cuerpo á la supersticion por el fraile, y cerraba los del alma á la adoracion ingenua de la divinidad, y á la comprension de la mas ilustrada de las religiones, la federacion vió sin dolor la profanacion de los templos, la prostitucion del clero, y el insulto cometido á los altares y á la cátedra de la predicacion evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crímen.

Rosas quiso despojar á la conciencia de los hombres que lo sostenian en el mando, de toda creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que á su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su labio prometia; de otro consuelo que el que ofrece al crímen la repeticion del crímen. Y para eso era preciso insultar á Dios, la religion, y la práctica de ella, á los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos sentimientos rudos esplotaba.

Sacerdotes indignos de su mision evangélica se prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas parroquiales sus primeros insultos á Dios, á Cristo, y á su sacra casa.

Cuando el emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollacion de Tesalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió á la puerta, y estendiendo su mano le dijo: «Aquí no entra el delito, id á lavaros, y volvéd limpio.»

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase la santidad del templo.

En los brazos de los federales, de los federales dignifica-

dos con la casaca de nuestros generales, o con el baston de nuestros magistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazon, el retrato del dictador fué conducido hasta los templos, y recibido en la puerta de ellos por los sacerdotes en sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el santo palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres.. .....

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del evangelio, y buscando la inspiracion de su palabra, no en el sagrado tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda que hace al alma el legado sublime del catolicismo, sino en la imágen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, transmitia al pueblo, ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicacion de amor y de paz, de abnegacion y de virtud, de sacrificio y de hermandad que le dictó el hombre-Dios desde el Calvario, sino el odio de Caín, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel al que pedia desde la cruz una gota de agua para sus labios abrasados.....

Sobre las losas de esos templos, en sus atrios, los mashorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores. agitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesionario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se estraviaba la conciencia del penitente, pintándole á Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando á los unitarios como los condenados por Dios á la persecucion de los cristianos....

Y este escándalo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba, como una epidemia, por el aire, é iba á infestar y corromper el clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la república.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. A su espalda tiene la muerte en el cuchillo de Rosas. A su frente tiene la muerte entre las nieves de los Andes.

Esta invasion á la naturaleza, en la estacion de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos mas amparo que Dios, que parece á veces castigarle por su insensata vanidad, que arrastra el pié mortal donde parece que solo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecia un espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves.

Infinitos de ellos perecen en su lucha terrible con la naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. Y cuando el aire, la

luz, el hielo y la gigante mole guardaban quizá el silencio de la admiracion, en presencia de esa magnífica osadía, de ese terrible infortunio, al pié de los Andes, las provincias de Cuyo rugian, haciendo eco á la voz del obispo, José Manuel Eufrasio, que levantaba su báculo, incitando á los pueblos á la persecucion de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su esterminio en la persecucion!

Y Rosas, contento el bárbaro de ver á su sistema dando los resultados calculados, escribia al obispo de Cuyo:

«Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un anatema justo «contra los salvajes unitarios, impíos enemigos de Dios y de «los hombres, ofrece un lucido ejemplo eminente. Resalta la «verdadera caridad cristiana, que enérgica y sublime por el «bien de los pueblos, *desea el esterminio* de un bando sacrí«lego, feroz, bárbaro . . . Altamente complacido el infrascripto «por los espléndidos triunfos con que la divina providencia «se ha dignado enlucir las armas de nuestra libertad y «honor, *quedando esterminados* los feroces salvajes unitarios, «siente una satisfaccion pura en retornar á Vuestra Señoría «Ilustrísima sus benévolas congratulaciones. JUAN MANUEL «DE ROSAS.» *)

Así: el clero se prostituia.

El sentimiento religioso se pervertia en la sociedad.

La niñez abria los ojos ante un culto de sangre.

Y Rosas, hijo de la federacion, y jefe de ella, sostenia este escándalo, y se sostenia con él, al mismo tiempo.

Sí. En este nombre de la federacion está sellada la tradicion de toda cuanta desgracia puede azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquía de delitos, no hay género de criminales quo no haya surgido de los centros que aceptaron por nombre esa palabra federacion.

Quiroga, ese bandido que algun dia se creerá una creacion de la fábula de nuestras tradiciones; Quiroga, que prendia fuego á la ciudad de su nacimiento; que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanacion de la vírgen, hasta el degüello del anciano y el niño, muestra en su vida una gradería indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer los hombres, inscribia sobre un pendon negro: *¡Religion ó muerte!* Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y á nombre de la federacion dejó á la posteridad una historia inaudita de delitos.

---

*) Oficio dirigido al obispo de Cuyo, é inserto en el número 5,483 de la *Gaceta*.

Lopez, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje.

Ibarra, que entregaba á sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubria, para pasarlos á manos del verdugo que se los pedia.

Aldao, el fraile Aldao, que tenia celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambicion febriciente de delitos se empeñaba en sobrepasarle y eclipsarle el nombre.

Rosas, que reasumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con ellas su gobierno basado en el crímen, nutrido por él, dirigido á él: todos tomaron su bautismo público en esa charca de sangre que se ha llamado federacion en la república.

La historia argentina no enseñará esa palabra, sino como la representacion de algun delincuente, como el signo convencional de alguna rebelion, de algun partido, de algun golpe preparado al progreso y á la libertad del país.

La federacion, como sistema, jamas ha sido practicada en la república, ni los pueblos la exigieron nunca. Una sola vez fueron consultados, y fué cuando aceptaron la constitucion unitaria....

«Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente á nuestros pueblos;» decian los federales en tiempo del debate constitucional; «y no pueden mandarlos, porque los pueblos no entenderian su civilizacion.»

Pero los federales al mismo tiempo pedian que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos.....

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustracion ajena, pudiera á la vez ser bastante civilizado para darse lo mas difícil de la existencia pública: su legislacion, y sus principios de gobierno!

La federacion no ha sido jamas en la república, sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ellos los caudillos, alzados á la sombra de la ignorancia general..... Y ahí está la tradicion entera de ese pueblo. Desde 1811, las guerras civiles, el crímen oficial, el atraso, la estagnacion de los elementos de progreso que tenia el pais, su ruina en una palabra, todo es debido á los que han levantado la bandera de federacion. Y cuanta tradicion honrosa tiene la república, en armas, en constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está inherente á los nombres de los que han constituido el martirologio argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto mas se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la federacion; cuanto mas se acerca á nuestro primer dia político, el pensamiento unitario refleja mas sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario; queria un centro de poder genérico en la república.

Belgrano era mas que unitario: era monarquista. Recibió la república como un hecho que se establecia al empuje de los acontecimientos; la sostuvo con su espada; la propagó en el continente; pero en sus convicciones de hombre, la monarquía constitucional irritaba los deseos mas vivos de su corazon. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la metrópoli. La constitucion, última espresion de la revolucion americana.

Muchos otros la querian tambien.

Ellos sabian que no era la emancipacion del principio monárquico lo que requerian las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban á una monarquía estranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedian el divorcio del principio monárquico y los pueblos.

La raza, la educacion, los hábitos, los instintos y el estado social, todo clamaba por la conservacion de aquel principio. La geografía, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolucion degeneró, se estravió, y al derrocar al trono ibérico, dió un hachazo tambien sobre la raiz monárquica, y, de la superficie de la tierra, se alzó, sin raices, pero fascinadora y seductiva, esa bella imágen de la poesía política, que se llama república.

Todavia un medio quedaba de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de régimen en la república.

La unidad, sin embargo, fué hecha pedazos por los Atilas argentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron á romper con el casco de sus potros las tablas de ese occidente americano, en que empezaban á inscribirse las primeras palabras de nuestra revolucion social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que federacion era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artigas, Lopez, Bustos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas.

Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos dejaron de convertir la religion en instrumento de su ambicion personal.

Rosas fué el último de todos que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la grandeza de su crímen.

Los Jesuitas fueron los únicos sacerdotes que osaron poner la entereza del justo, la fortaleza del que cumple en la tierra una mision de sacrificio y de virtud, á la profanacion que hizo al altar la enceguecida pretension del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por ellos durante del dominacion española, y de donde fueron espulsados despues

fué velado por ellos en 1839, y cerradas sus puertas á la profana imágen con que se intentaba escarnecer el altar. Ellos le pagaron mas tarde al dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en la América: pero ellos recibieron el premio en su conciencia; y mas tarde lo recibirán en el cielo.

¿Qué tenia que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas, ni con la imágen de un profano la casa de las imágenes celestes? «Determinado está por Jesucristo el fin de la mision eclesiástica, y trazado el círculo de sus funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño que está de camino para la vida eterna, conductora de peregrinos, y ella misma peregrina, no puede cuidarse mas, ni necesita mas, que el permiso del tránsito para viajar por tierra estraña.»

Pero fuera de los padres de la compañía de Jesus, la religion se vió escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco, y Monjas Catalinas y Capuchinas hicieron esposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y fraternidad, que debe abrasar á los que se cubren con un sayal para vivir léjos de las pasiones del mundo.

La victoria del Sauce Grande fué victoreada por esos frailes y esas monjas; y era la sangre de hermanos, la sangre de Abel la que habia corrido en esa lucha.....

Jesucristo no se entrometió jamas en los negocios políticos de la Judea; y ninguna tradicion revela que los apóstoles felicitasen en calidad de tales á ninguno de los césares romanos por sus victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas religiosas se las tributaban por la prensa al mas impío y sanguinario de los tiranos. Sus labios sacrílegos ofrecian elevar á Dios sus plegarias por sus continuos triunfos sobre los unitarios.

«Tienen miedo» decian para disculparlos. Miedo! El que viste el santo hábito del religioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma se desmaya, él se arrodilla en el templo, ó bajo la bóveda eterna de los cielos y pide á Dios la inspiracion divina que imprimió la resignacion en el espíritu de su hijo. El miedo es un crímen en el varon apostólico, cuando se trata de defender la religion y la moral; cuando se trata de resistir al crímen ó á la tentacion del demonio. El hijo de la iglesia debe morir ántes que claudicar de los santos principios que profesa. Cuando le falta el valor á la carne, la inspiracion del Altísimo lo infiltra en la conciencia, si ella se lleva hasta él en estado de santidad y de ruego. En Cochinchina, en el Tibet, en los desiertos

del Africa, en los bosques de la India, entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allí van diez, y vuelve uno contando que sus demas hermanos perecieron, y otros diez y otros cien siguen tras ellos, á llevar en su palabra, en su resignacion y en su martirio, la propaganda santa que el curso de diez y nueve siglos no ha cortado.

Al nuevo mundo, levantado en la mano de Colon y presentado á la luz de la civilizacion del viejo mundo, vino ántes que esta la luz pura y clarísima del cristianismo, á invadir los páramos solitarios y en tinieblas de la conciencia del rudo habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicacion donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, sentia por su oido el silbo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera, y, levantado el corazon á Dios, seguia hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus labios por la muerte y hablaba y moria sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne no es la vida del sacerdote de la cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el cielo, su reino la eternidad, su mision el martirio, su premio la prosternacion de su alma ante el rostro de su creador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento . . .

No, no es el miedo una justificacion de esos sacerdotes impíos. No es el miedo quien puede justificarlos ante Dios de su predicacion de sangre, de sus apoteósis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde á la justicia, a la fraternidad y á la paz, inspiraciones purísimas del Omnipotente, puestas en los divinos labios del Redentor del mundo.

Si habia miedo, era porque no habia fe, porque no habia la conciencia de su apostolado en la tierra; y habia esto, porque la prostitucion de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, infeccionaba el aire y corrompia las conciencias. . . . . !!!

Y mañana cuando la revolucion, ó la naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante ¡oh! no toquéis entónces su conciencia; no le miréis el alma, si queréis bajar á la tumba con una ilusion y una esperanza!

Veinte años no pasan sin dejar huella en el alma de las generaciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crímen, el vicio, la apostasía, y la prostitucion de todas las nociones del bien, que envuelve la palabra y la práctica del evangelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontraréis ni la religion, ni la moral; allí será precisa una propaganda, y una accion sostenida por no ménos tiempo, en sentido inverso de la que arrulló en la cuna y

desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fe y la creencia refresquen sus sienes con la imágen dulcísima de Dios, el nombre de la federacion y de Rosas brillará fosfórico en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán para Dios y para la historia la causa generatriz que hizo desenvolver tanto gérmen de inmortalidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino tambien para nuestros hijos.

---

## CAPITULO VI.

### Sor Marta del Rosario.

En un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucuman, sentada estaba Sor Marta del Rosario, abadesa de las Capuchinas, y Sor María del Pilar; miéntras otras monjas paseaban por el jardin cercano al muro del convento, que da á la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leia con mucha atencion un papel; y, concluida que fué su lectura, dijo á la madre abadesa:

— Está como de mano, Sor Marta.

— Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad, contestó la madre abadesa. Pero quiero que lo lea fuerte. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió á desdoblar el papel y leyó:

«JESUS.

«*Excelentísimo Señor.*

«Demos gloria al Soberano Dios de los ejércitos cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las huestes de Vuecelencia para que reporte tan repetidos triunfos: en nombre de este nuestro buen Dios y de la Santa Comunidad, doy á Vuecelencia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo empeño rogando á nuestro Señor dé á Vuecelencia la investidura de sus soberanos atributos de bondad, equidad y misericordia, para consuelo de este pueblo que tanto lo ama, y para que la gloria

de Vuecelencia sea eterna en compañía de los Santos y del mismo Dios.

«Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta salud, y tan abrasado en su divino amor, como se lo suplica de continuo esta su mas humilde y afectísima hija en este monasterio de Nuestra Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Buenos Aires á 31 de Julio de 1840.

«*Sor Marta del Rosario*,
Indigna Abadesa.» *)

— No creo que falte nada, dijo Sor María despues de concluida la lectura.

— Lo he pensado y consultado con mi conciencia por muchos dias, contestó la madre abadesa.

— ¿Y cree Su Reverencia que toda la comunidad piense del mismo modo?

— La comunidad debe pensar como su abadesa; porque de lo contrario, no solo seria faltarme al respeto, sino una ingratitud, una herejía el desconocer los servicios que debemos al Señor Restaurador. El nos ha regalado la reja de fierro que tiene el atrio del templo. A él le debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el síndico; y de él y su familia estamos todos los dias recibiendo obsequios; ¿qué seria de nosotras si él faltase? Ademas, las comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las monjas Catalinas nos han dado el ejemplo, y si nosotras no pasamos esta felicitacion, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitacion por la batalla del Sauce Grande, aunque va á ir despues de tanto tiempo y con fecha atrasada, nos ponemos á cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos á anticipar á todos los demas, y es en otra comunicacion que vamos á dirigirle, y cuyo borrador lo ha de ver primero Don Felipe.

— Me parece muy bien pensado, porque nadie es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varon.

— Una persona ha de venir dentro de un momento, y con ella he de mandarle á Don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardin á anunciar que preguntaban por la madre abadesa.

Esta se levantó en el acto y fué al torno.

Era el señor Don Cándido Rodriguez, quien despues de

---

*) Inútil es decir que todo documento publicado en esta obra es auténtico.

la introduccion de forma, *Ave María &a.*, dijo á la abadesa.

— El Excelentísimo señor Gobernador delegado, Camarista, Doctor Don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre a Su Reverencia, madre abadesa, y á toda la santa comunidad del convento, y preguntar por la salud de Su Reverencia y toda la santa comunidad.

— Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud, y estamos rogando por la del señor Don Felipe y todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo, contestó Sor Marta, que por estatutos de su órden solo podia hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepcion.

— El Excelentísimo Señor Gobernador delegado me ha ordenado el dar á Su Reverencia las mas finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

— No salieron muy buenas las empanadas.

— He oido al Excelentísimo Señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

— Mañana le hemos de mandar al señor Don Felipe unas tortas.

— Tortas es lo que mas come el Excelentísimo Señor.

— Y tambien le hemos de mandar á usted una, ¿usted vive en casa del señor Don Felipe?

— No, madre abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy indigno secretario del señor Don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviria mas eternamente agradecido á Su Reverencia y á tóda la santa comunidad, si se dignaran elevar á Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este cáos de trastornos por que estamos atravesando.

— ¿Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

—Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres; y sobre todo, madre abadesa, temo mucho las equivocaciones.

— No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer, ¿cómo se llama usted, hermano?

— Cándido Rodriguez, natural de Buenos Aires, de edad de 45 años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

— ¿Y el señor Don Felipe no le ha hecho á usted otro encargo, Señor Don Cándido?

— Sí, madre abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las Leyes, héroe de todos los desiertos y de la federacion, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia á su nombre y al de toda la comunidad.

— Eso es: ya está todo pronto. Ahí va la carta, dijo la abadesa haciendo girar el torno con una carta que Don Cándido tomó, diciendo:

— Ya está en mis manos, madre abadesa.

— Muy bien, ahí va el borrador de la otra.

— Ya lo tengo tambien.

— Recomiéndele usted mucho al señor Don Felipe que lea el borrador con toda atencion y haga en él las alteraciones que crea convenientes.

— Muy pocas tendrá que hacer, madre abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas.

— ¿Si usted quiere leer el borrador?....

— Con el mayor placer, madre abadesa.

— Pero léalo fuerte; me gusta mucho oir leer lo que yo escribo.

— Esa es propension de todos los sabios y sabias de este mundo, dijo Don Cándido desdoblando el papel, en el cual leyó en seguida:

«JESUS.

«*Excelentísimo Señor.*

«Rogamos al Dios del cielo y de la tierra, Soberano Rey que da vigor al brazo victorioso de Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos sobre sus encarnizados enemigos que acaban de invadir el país, y para que sean pulverizados por Vuecelencia bajo la proteccion de la divina providencia.

«En todas nuestras oraciones elevamos votos al Ser Supremo porque se consuman todas las glorias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de su importante y preciosa salud. Y que, abrasado en el divino amor en que arde, viva eternamente para la felicidad de sus pueblos.

«Estos son los votos que á nombre de toda la comunidad de las pobres Capuchinas, hace al cielo y los trasmite á Vuecelencia en Buenos Aires á... de agosto de 1840

«*Sor Marta del Rosario,*
Indigna Abadesa.»

— Magnífico está, madre abadesa!

— ¿Lo halla usted bueno?

— No lo haria mejor el señor Don Felipe, á pesar de su inmensa sabiduría y elocuencia.

— Vaya, pues, muchas gracias, Señor Don Cándido.

— ¿Entónces no ordena Su Reverencia nada mas?

— Nada mas.

— Luego que el Señor Gobernador delegado haya impués-

tose de este santo documento, yo mismo se lo traeré á Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.

— Eso es.

— Pero entretanto, yo vuelvo á pedir á Su Reverencia, que no me eche en olvido en sus santas oraciones.

— Pierda usted cuidado.

— Entónces, me despido de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

— Dios vaya con usted, hermano.

— Sí, madre, Dios venga conmigo en todas partes, dijo Don Cándido y salió del convento meditabundo y paso á paso.

---

## CAPITULO VII

Cómo Don Cándido se decide á emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa.

Pero no bien nuestro secretario privado tuvo un pié en la vereda, y otro sobre el alto escalon de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desórden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco con guardas rojas arrastraba la punta de su ángulo cuatro ó seis dedos mas abajo de la halda del vestido, le tomó el brazo y esclamó:

— Ah, qué felicidad! Son los dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. Oh! ya no tenemos que temer del hado pues que he hallado á usted.

— Señora, usted se equivoca, dijo Don Cándido estupefacto, yo no tengo el honor de conocer á usted, ni creo que usted me conoce á mi, á pesar del hado y de los dioses del Olimpo.

— Que no os conozco! Vois sois Pílades.

— Yo soy Don Cándido Rodriguez, señora.

— No, vos sois Pílades; como Daniel Ulíses.

— ¿Daniel?

— Sí, ¿ahora se hace usted el que no me conoce? yo soy la señora Doña Marcelina, en cuya casa hizo usted parte de aquella estupenda tragedia en que...

— Señora, por el amor de todos los santos, cállese usted que estamos en la calle.

— Pero hablo despacio, apénas me oye usted mismo.

— Pero usted se equivoca. Yo no soy.... yo no soy....

— ¿Que no es usted? Oh! mas fácil hubiera sido á Oréstes desconocer su patria, que á mí el desconocer á mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

— ¿En peligro?

— Sí, en peligro; se piensa hacer una hecatombe con usted y con el señor Don Daniel! esclamó Doña Marcelina levantando su dedo índice á la altura de los ojos de Don Cándido; ojos que vagaron del cielo á la tierra, y de Doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

— Entre usted, señora, la dijo Don Cándido tomándola de la mano, entrándola y haciéndola sentar á su lado en un escaño.

— ¿Qué hay? continuó. ¿Qué especies de profecías espantosas y terríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? ¿Dónde he conocido yo á usted?

— Contestaré, primero: que conocí á usted una mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo vi á usted al salir del zaguan de mi casa en aquella noche en que....

— Despacio.

— Bien. Agrego á usted que en este momento el cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

— En los infiernos debiera estar durmiendo!

— Despacio.

— Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

— Durante la comida ha blasfemado contra usted y Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal mas grande que el de Bruto; y, con los furores de Oréstes, ha jurado perseguir á ustedes con mas encarnizamiento que Montegon á Capuleto.

— Qué horror!

— Pero hay mas.

— ¿Mas que matarnos?

— Sí, hay mas: ha jurado que desde esta noche, él y cuatro mas van á espiar á usted y á Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

— Desde esta noche!

— Oh! al lado del pensamiento de Gaete es nada este verso de Creon:

«Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán».....

— ¿Conoce usted la Argia, señor Don Cándido?

— Déjeme usted de comedias, señora, dijo Don Cándido pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

— No es comedia, es una estupenda tragedia.

— Que mas tragedia que la que me pasa, Santo Dios! esclamó Don Cándido.

— Y lo peor de todo es, que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas á Júpiter.

— ¿Inocentes? Yo á lo ménos, lo soy Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de estraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo á merced de las ondas. Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sino yo, yo que abandoné mi profesion, que hoy podia servirme para tener áncoras de salvacion en mis discípulos. Porque ha de saber usted, señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenia adoptados los mejores métodos: á las ocho se entraba á clase; a las diez los niños iban á recreo miéntras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razon por la cual los ingleses no tienen entendimiento; despues duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvian á su casa y yo dormia un poco, no el sueño de ese infernal cura Gaete que debe ser agitado por un enjambre de venenosas serpientes....

— Despacio. Pueden oirnos aqui mismo. Vivimos sobre un volcan, y yo aunque mujer, soy quizá el ser mas comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

— No, señora, ni quiero conocerla.

— Pues estóy comprometida hace tiempo.

— ¿Usted?

— Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárseme y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel esterminador, es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia componemos las tres unidades de la tragedia clásica, segun me lo esplicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabia que con nada se me contentaba mas que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caigan en desgracia luego.

— ¿Y eso me dice usted recien? dijo Don Cándido tomando su sombrero y su caña de la India, que habia puesto á su lado sobre el escaño, y preparándose á marchar de prisa

— Detenéos, presunta víctima! esclamó Doña Marcelina.

— ¿Yo? ¿Al lado de usted?

— ¿Y qué seria de vuestra vida y de la Daniel si no hubiera yo volado á prevenirles el inmenso riesgo que están corriendo?

— ¿Y qué será de mi si continúo hablando con usted?

— De todos modos usted ha de morir. El hado es implacable.

— El diablo es quien se la debia llevar á usted, señora.

— Contenéos, temerario: si no habláis conmigo, moris por la mano de Gaete; y si habláis conmigo, moris por la mano de las autoridades.

— Cruz! esclamó Don Cándido mirando á Doña Marcelina con despavoridos ojos, y cruzando los dos índices de sus manos.

— «Ah! Cuando no se ha visto
A la beneficencia haciendo ingratos.»

contestó Doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

— Adios, señora.

— Detenéos. Solo la necesidad me obligaba á llegar á la casa del señor Don Daniel; los dioses me han hecho encontraros ¿me juráis volar á su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza á los dos?

— Sí, señora, voy á verlo dentro de una hora ¿Pero me jura usted, por su parte, no volver á pararme en la calle, páseme lo que me pase?

— Lo juro sobre la tumba de mis abuelos! esclamó Doña Marcelina estendiendo su brazo y ahuecando la voz cuyos ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del convento de las Capuchinas. — —

Poco despues Don Cándido bajaba á largo paso por la calle del Potosí; dobló por la de la Florida; tomó por la de la Victoria: y descendió al Bajo por la plaza del 25 de Mayo, dejando la fortaleza á su derecha.

Eran ya las tres de la tarde; hora, en invierno, en que los porteños no abandonan jamas su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbran.

La alameda estaba cuajada de gente. Cinco tiros de cañon disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se habia colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del señor Laprida, que entónces ocupaba Mr. Slade, cónsul de los estados unidos, habian arrebatado de las calles á cuantos las transitaban en aquel momento, y traídolos á averiguar la causa de los cañonazos.

Ella no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los dias á iguales detonaciones; es decir, la aproximacion á la costa de alguna ballenera francesa que sondeaba el rio, ó venia á reconocer algun lugar convenido, donde debia atracar bajo la oscuridad de la noche para recibir emigrados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fué echada á pique por las tres grandes baterías de la costa; y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacian los proyectiles en las agitadas olas del gran rio.

Esta vez la embarcacion francesa sobre quien la batería del Retiro habia hecho sus cinco tiros, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, ó porque para ello traia órdenes, habíase aproximado, á favor de la creciente del rio, casi á tiro de fusil de la capitanía del puerto, quedando por consiguiente bajo los tiros de la fortaleza y de la batería del Retiro.

Toda la gente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero; el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

— Vienen pasados, decian unos.

— A degüello con ellos en cuanto bajen! esclamaba Larrazabal.

— El anteojo, gritaba Ximeno desde las toscas á los oficiales de la capitanía del puerto.

— Es desembarco! gritaban otros.

— Campo, que van á hacer fuego las baterías, decia desde su caballo un *socio popular* que dominaba con su talla toda la multitud de á pié, de á caballo y de carretas.

La ballenera entretanto arrió de repente su vela tiriana, á doscientas varas de la orilla del agua y quedó á la capa con sus remos.

Todos estaban en espectacion.

Pero no era ella sola el objeto de la mirada universal.

A cincuenta varas de la arena sobresalia del agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca á donde no se podia llegar sin haber atravesado esa distancia, con el agua hasta la pantorrilla cuando ménos. Y parado sobre esa especie de isla, el punto mas cercano á la ballenera, llamó de improviso la atencion de todos un hombre vestido con un largo leviton blanco, con su sombrero en una mano, una caña de la India en la otra; y que indudablemente habia atravesado á pié cuarenta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver, pues que solo por el agua se podia llegar á la peña.

El era, como el lector conoce ya, nuestro Don Cándido Rodriguez, que al salir del convento concibió el proyecto de emigrar aunque fuese en una tina de baño, segun él mismo se decia en la larga conversacion que trajo consigo mismo.

— Este es tu dia, Cándido, se decia sobre la peña, la providencia te ha traido hasta este lugar. Ea, valor. En cuanto esa embarcacion salvadora se aproxime mas, corre, precipítate, vuela sobre este rio, y ponte bajo la poderosa proteccion de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero de este mundo, inspiraba de ese modo á nuestro desgraciado amigo, que no echaba de ver que á su retaguardia tenia cien ó mas jinetes federales, que con un par de rebencazos á sus caballos ha-

brian llegado hasta el en dos minutos, al primer paso que diera hácia la embarcacion, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por aquella multitud de mas de mil personas que habia sobre el muelle, y todas las miradas se dividian entre él y Don Cándido, cuando el estallido del cañon dió sobre todos los nervios ese golpe eléctrico que acompaña siempre á la impresion del sonido violente, y cuatro pirámides sucesivas de agua que se elevaron á pocas varas de la embarcacion, arrebataron la mirada de todos, que prorumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la fortaleza.

En ese momento la ballenera izó su vela, y, como para tomar el viento sur necesitó dirigirse un momento hácia el oeste todos creyeron que se venia sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupacion fué, desgraciadamente, nuestro Don Cándido. Y desplegarse la vela, y bajar de la peña, entrarse al agua, y empezar á andar rio adentro con la agua á la pantorrilla, todo fué la obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus piés en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al este, volando mas bien que navegando con la brisa del sur. Y á ese mismo tiempo, miéntras Don Cándido abria tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo á gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adivinar otra cosa nuestro pobre amigo que su última hora.

— Usted se iba, le dijo uno de ellos alzando sobre la cabeza de Don Cándido el cabo de fierro de un inmenso rebenque.

— No, señor, venia, contestó Don Cándido haciendo maquinalmente profundas reverencias á los jinetes y á los caballos, ó mas bien, á los caballos y á los jinetes, siguiendo el órden de una rigorosa cronología moral.

— ¿Cómo es eso que venia, y se iba usted para adentro del rio?

— Sí, mis distinguidos amigos federales; venia de casa del Señor Gobernador delegado de quien soy secretario.

— ¿Pero usted iba á alcanzar la ballenera? le interrogó otro.

— No, señor, líbreme Dios de ello; queria acercarme solamente, lo mas posible, para ver si la ballenera traia gente de desembarco en el fondo, para volver á avisarlo á los heróicos defensores de la federacion é incitarlos á triunfar ó morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el señor Don Felipe y su respetable familia.

Una grita estrepitosa contra los franceses y en loor de la federacion y de los federales sucedió al discurso de Don Cándido, en la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habian acercado, con la agua á la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trágico.

El coronel Crespo, el comandante Ximeno, Larrazabal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto ántes, dieron tan fuertes gritos é hicieron tan violentas señas á los de á caballo, que uno de estos hizo subir á Don Cándido á la gurupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí habia. Y hé aquí que condujeron en triunfo hasta la alameda al impertérrito secretario de Su Excelencia, que se habia arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió Don Cándido. Pero no podemos callar que, á pretesto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que por una reaccion natural en su organizacion, la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que habia corrido; y que tuvo que entrar á tomar una taza de café á un hotel inmediato á la capitanía, para poder llegar despues á casa de Daniel como pensaba, á echarle en cara las consecuencias que estaba sufriendo, despues de la vida política á que lo habia arrastrado, y á prevenirle que la vida de los dos estaba espuesta á ser sacrificada en hecatombe, como decia Doña Marcelina.

---

## CAPITULO VIII.

La guardia de Lujan y Santos Lugares.

Era el 21 de agosto.

El refulgente rey del universo descendia con su manto de nácares y oro, allá sobre el confin del horizonte que bordaba las planicies esmeraltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no llevaba esa corona de rubíes con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle adios; ni en redor suyo se abrian de

improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del crucero, donde la coqueta naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendia sin mas belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al oeste, como á alcanzar el sol.

La brisa del sur hacia ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la naturaleza tenia allí ese aspecto desconsolador, agreste é imponente al mismo tiempo, que impresiona el espíritu argentino y parece contribuir á dar el temple á sus pasiones profundas y á sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, naturaleza madre é institutriz del *gaucho*.

Ese ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la naturaleza; y por su religion y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada.

Por sus habitudes no se aproxima á nadie, sino á él mismo; porque el gaucho argentino no tiene tipo en el mundo, por mas que se han empeñado en compararlo unos al árabe, otros al gitano, otros al indígena de nuestros desiertos.

La naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos mas salvajes de ella, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad, y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impresiones que desde su niñez comienzan á templar su espíritu y sus nervios, y á formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado á sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y los peligros, su espíritu se ensoberbece á medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan; su vida se reconcentra en vez de espandirse. La soledad y la naturaleza han puesto en accion sobre sus espíritu sus leyes invariables y eternas; y la libertad y la independencia de instintos humanos se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la naturaleza: es el elemento material que contribuye á la accion de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de los desiertos se limita y apoca para aquel que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre el, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni á los hombres ni á la naturaleza; y

sobre él, es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada, ni al indio americano, ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo á que se entrega por necesidad y por vocacion, completan despues su educacion física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido; y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia á los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relacion comun que tiene su orígen en la circulacion de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter la sangre, que viene á convertirse en él, de ocupacion en necesidad, y de necesidad en diversion.

Esa vida y esa educacion le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que sin esfuerzo y naturalmente siente por él un profundísimo desprecio.

El hombre de la ciudad monta mal á caballo; es incapaz de conducirse por sí solo en las llanuras desiertas; mas incapaz aun de procurarse en ellas la satisfaccion de sus necesidades; y por último, el hombre de la ciudad no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos, y tiene miedo de hundir un cuchillo hasta el puño en la garganta del animal; y no sabe ver sin agitacion que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia; y desprecia á la vez la accion de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad; y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos, donde ir á vivir sin otro ausilio que el suyo propio, y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres es la que constituye el pueblo argentino, propiamente hablando; y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su admiracion á ciertos hombres: que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada mas comun en las sociedades civilizadas que malos generales al frente de numerosos ejércitos; que jefes ignorantes de partido á la cabeza de millares de prosélitos. Pero entre los gauchos tal aberracion es imposible. El caudillo del gaucho es siempre el mejor gaucho. El tiene que alcanzar ese puesto con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros; con el lazo en la mano; entre las charcas de sangre; durmiendo á la intemperie; conociendo palmo á palmo todas nuestras campañas; desobedeciendo constantemente á las autoridades civiles y militares; y burlando y hostilizando dia por dia cuanta mejora industrial, cuanta disposicion, y cuanto hombre llega de las ciudades á la campaña.

Sin estas condiciones principales es inútil pensar en acaudillar los gauchos. Pero el que las posee y sabe ostentarlas á tiempo, ese es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place!

Ese es el gaucho; y su importancia social y política se comprende en nuestra revolucion, con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las provincias del Rio de la Plata habian llegado á ocupar en la América una estension y una importancia tal, que cuando Cárlos III se ve forzado á repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los portugueses en ellas, y aconsejado á nombrar de jefe de la espedicion que debia salir de Cádiz al teniente general Don Pedro Zeballos, cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la cédula que erigia en vireynato las provincias del Rio de la Plata, Paraguay, Tucumun, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, y las lindantes de Mendoza y San Juan, creando por su virey al mismo teniente general Zeballos, que recibe dicha cédula de ereccion, fecha en San Ildefonso el 1.° de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues, descubierta, conquistada, poblada y constituida en vireynato español esa hermosa region de la América meridional, donde la providencia habia decretado la iniciacion y complemento de la grande obra que habia imaginado en su inefable idea, para la revindicacion de la humanidad ultrajada, y de los magníficos destinos de un mundo, á quien la ambicion, la ignorancia y la supersticion sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fué gemela con una completa revolucion en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fué de otra no ménos vasta revolucion europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas, ni contenidas muchas veces por una generacion, ni por un siglo. Y la reunion de los estados generales en Francia estuvo muy léjos de preveer que ella seria la causa generatriz de la decapitacion de una familia, defendida por Dios; del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos; de la improvisacion de una república; de un imperio; del cataclismo universal de la Europa; de la canonizacion de la filosofía del siglo XVIII, y por último, la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas en la América, oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli, — pero así sucedió sin embargo.

La raza americana tenia ya la conciencia de su situacion desgraciada. La naturaleza meridional no habia desmentido su generosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas. Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente; pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII; algunos debates de la convencion francesa; algunos periódicos de la república se escurrian de contrabando entre las mercaderías con que la madre España suplia á las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas á los hombres capaces, pero inapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaba sino la decision y la oportunidad.

La revolucion francesa se encargó de ella.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacío. Las provincias del reino se dan sus gobiernos respectivos; ó mas bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que las sacudia; la capital del vireynato de Buenos Aires quiere darse tambien sus gobernantes; y bajo ese pretesto, que las circunstancias le ofrecian, pronuncia la primera palabra de su libertad, el 25 de Mayo de 1810.

Ese movimiento fué el iniciador de la revolucion; y con esta la revolucion del continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario; la América entera se electriza con él; y tras el primer relámpago, ahí tenéis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual estallaba el pensamiento y el cañon, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo á palmo su dominacion; y palmo á palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el decurso de 15 años.

Buenos Aires es en la lucha, y durante ese tiempo, lo que Dios en el universo; ella está y resplandece en todas partes. Su espada da la libertad, ó contribuye á ella, en todas partes: sus ideas, sus hombres, sus tesoros no faltan en ninguna; y la guerrera y pertinaz España, donde no hallaba un hombre, hallaba un principio; donde no hallaba un principio, hallaba una imitacion de Buenos Aires. Las provincias del Rio de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguia como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cambia en las batallas, pero la revolucion era demasiado inmensa y demasiado sólida, para que la España pudiera sofocarla con

su mano en el sigo XIX, y la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamas independiente.

Pero el pensamiento de Mayo habia bebido sus inspiraciones en fuente harto caudalosa, para poder conformarse con asignar á la revolucion los límites de una independencia política, y de una libertad civil solamente. El inició mas que todo eso, y por mas que eso combatieron sus hijos.

Era una revolucion totalmente social lo que buscaba. Una revolucion reformadora de la sociedad educada por la España de la inquisicion, del absolutismo, y de las preocupaciones hereditarias de tres siglos, en política, en legislacion, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecia el cielo americano, Buenos Aires marchaba á pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime pensamiento.

Sus brazos se estienden por todo el continente; y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libres en política, y colonos en tradiciones sociales, legislativas y filosóficas, habria sido una anomalía monstruosa.

Romper con las viejas preocupaciones españolas en política, en comercio. en literatura, y hasta en costumbres, cuando el pueblo se las fuese dando á sí mismo, era imprimir á la revolucion el movimiento reformador del siglo: era ponerse á la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España habia de tentar mas tarde bajo el reinado de Isabel II.

«Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo» para por esa solidariedad de tradiciones paternas darse la mano con la civilizacion europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de *Nueva Troya*, era cuanto se necesitaba para no ser mas de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempo de Cárlos III y de su antecesor. Reproduccion que, felizmente, la revolucion tuvo el buen sentido de no apetecer jamas.

El mejor alguacil del santo oficio no habria opinado de otro modo: jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fué el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y así mismo se han de percibir claras y distintas la reproduccion del abuelo y bisabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias; y las que nacieron del divorcio de esas tradiciones pestilentes.

En medio al estrépito de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunian los contingentes de ideas que le enviaban todas las provincias de la union, como enviaban á las

batallas los contingentes de lanzas, marcha á grandes pasos en el camino de la revolucion social; y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la república. Los grandes principios se fundan y se practican á la vez. La república; el gobierno representativo; el ministerio responsable; el sistema electoral; la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática; la inviolabilidad de los derechos; todo en fin, cuanto la revolucion europea tenia de mas santo, de mas social, lo canoniza para sí la revolucion del Plata. Y á la luz de este brillante dia que se levantaba sobre sus olas, surgieran de la revolucion esas cabezas chispeantes de genio que hicieron el honor y la gloria de la república, no ménos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debian encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros dias se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolucion improvisaba, debia resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquia absoluta.

De otra parte, la innovacion civilizadora debia despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado á sus tradiciones seculares.

Y esa reaccion franca, ingenua, inevitable que sucede á las grandes innovaciones sociales, cuando se obran sobre pueblos no preparados á ellas, debia estallar y estalló en efecto en la república.

De otro lado, la revolucion habia creado en todas las clases de la sociedad sus representantes, su espresion, y sus intereses; y la reaccion se hizo sentir, primero en las rebeliones parciales; despues en las distintas pretensiones de provincia; y últimamente en el pronunciamento espontáneo y franco del pueblo semi-salvaje del as florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus *abuelos y bisabuelos*, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bustos, Lopez, Quiroga, de una parte, Rivadavia y los congresales de la otra, no eran sino las peripecías de esa guerra sorda, pero gigantesca, que se disputaba en la república el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestas, como eran la tradicion colonial, y la innovacion revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo es el tratado de lógica mas perfecto: á tales causas han de su-

ceder tales efectos. Y el gran trastorno que sufria aqui el principio monárquico; la improvisacion de una república, donde no habia ni ilustracion ni virtudes para conservarla: y la plantificacion repentina de ideas y de hábitos civilizados, en pueblos acostumbrados á la cómoda inercia de la ignorancia; eran una utopia magnífica pero impracticable, con la cual la barbarie daria en tierra; hasta que una enseñanza mas prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una generacion que la levantase y la pusiese en práctica: tal cosa debia suceder: y así ha sucedido, por desgracia.

Durante que las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios, en la época en que se constituia la república, y al amparo de las guerras civiles consiguientes, la reaccion social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos sucesos malhadados de nuestra historia tan dramática dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolucion aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre; como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos ó adversos para la humanidad; en que Dios ó el demonio hacen de todas las ideas y los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien ó el mal, segun sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas que era el mejor gaucho en todo sentido; que reunia á su educacion y á sus propensiones salvajes, todos los vicios de la civilizacion; porque sabia hablar, mentir y alucinar.

La reaccion habia estallado; y personificada en él, él debia serla fiel, porque el dia que la hiciera traicion, los sacerdotes sacrificarian el idolo. Y fiel á su orígen, y á la mision que acepta, da al gaucho, á sus ideas y á sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense, luego que se asegura con el triunfo el imperio de la reaccion.

Sorprendida Buenos Aires. tiene que soportar esa imposicion terrible de la fuerza. Ya no era la cuestion de unitarios y federales: eran la civilizacion y la barbarie las que quedaron para discutar mas tarde su predominio. Entretanto, con la derrota de los unitarios; la civilizacion quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo gaucho, que tomando por pretesto la federacion, echó por tierra federacion y unidad. Sin embargo el partido federal sonreia creyéndose vencedor, miéntras que legaba á la historia el derecho de acusarlo justa y terrible-

mente algun dia, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos con la libertad y el honor de su país, entregándolo á manos de un bandido que debia mas tarde pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaban bajo el sistema federal. Porque es *mentira* que padecieron un error los federalistas; es *mentira* que no conocieron á Rosas: Rosas fué conocido desde que tuve 15 años. A esa edad fué hijo insolente; á los diez y seis fué hijo huido; mas tarde fué un gaucho ingrato con sus bienhechores; despues fué siempre un bandido rebelde á las autoridades de su país.

Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducia el general Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Lujan, y allí encontraremos esa cruzada de valientes, á la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrian; todo el mundo á caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos; el primero mandado por el general Lavalle, el segundo por el coronel Vilela.

Esos dos cuerpos iban á separarse momentáneamente; el primero iba á dirigirse hácia el sur; el segundo quedaba sobre Lujan.

El general Lavalle queria conocer primero el espíritu de la campaña al sur, ántes de marchar sobre la capital. En el norte no se habian reunido á su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos; pero las milicias y las fuerzas de línea permanecian fieles al tirano.

Los dos cuerpos del ejército se despidieron dando vivas á la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debian regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavía los soldados se despedian con sus lanzas y sus espadas.

El escuadron Mayo, que pertenecia al segundo cuerpo, entonó entónces el himno nacional; canto de victoria de nuestras viejas legiones, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caia al bote de las pujantes lanzas españolas. Y hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del general Lavalle y sus valientes, los soldados del segundo cuerpo permanecieron á caballo.

Despues los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frio de aquel rigoroso invierno, miéntras que el calor de su alma entusiasmada lo bebian en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche descorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco acampamento, donde no palpitaba un corazon que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la providencia. Y solo esas estrellas podrian revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por el pecho tierno de aquellos soldados, arrancados por la libertad á las caricias maternales y á las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del hombre abre el jardin de los afectos purísimos de su alma....

Antítesis terrible! A doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de arminio el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormia soñando con el crimen á la sombra de la mano de fierro de un tirano!

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus armas contra los mismos que les traian la libertad. Traidores á su madre comun, podian serlo tambien al hombre á quien vendian sus derechos; y en el silencio de la noche los acampamentos eran patrullados triplemente por partidas que se mudaban cada dos horas. Unas vigilaban la parte esterior de los reductos, otras paseaban en redor del acampamento, y otra patrullaba por entre las carpas de los soldados. ¿Estaba entre ellas la tienda del tirano? ¿La banderola ó el fierro de su lanza la hacia descubrir en parte alguna? No. Rosas no tenia tienda. De dia escribia dentro de una galera, y de noche no se supo jamas su lugar fijo. Fingia echar su *recado* en tal paraje para pasar la noche, y media hora despues estaba su *recado* solo con algun soldado que lo cuidaba. ¿Vigilaba? No, huia; mudaba de lugar y de escolta para que todos ignorasen dónde estaba.

El general Lavalle entretanto, dormia entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que habia dormido sobre la cama de Rosas, once años ántes, cuando fué él solo con sus edecanes á hacer arreglos al acampamento mismo de su enemigo.

---

# CAPITULO IX.

## Manuela Rosas.

Ya que hemos dejado al lector en conocimiento de la situacion política y militar, en sus grandes manifestaciones, á la época á que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirlo ahora á un mas minucioso conocimiento individual de los personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, á que nos vamos á acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico mas visible, despues de su padre, en el gran cuadro de la dictadura argentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fué mas tarde, pero en esa época ella empezaba á ser la primera víctima de su padre, y el mejor instrumento, sin quererlo ser y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad mas risueña de la vida: contaba apénas de veinte y dos á veinte y tres años. Alta, delgada, talle redondo y fino, formas graciosas y ligeramente dibujadas; fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardo-claro, de pupila inquieta y de mirada inteligente; frente poco espaciosa pero bien dibujada; cabello castaño oscuro. abundante y fino; nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante; tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo. Pero de vez en cuando se notaba en ella, despues de algun tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía, de disgusto; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados; lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educacion de cultura era descuidada, pero su talento natural suplia los vacíos de ella.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no habia hecho nada por la perfecta educacion de su hija. Y huérfana de madre hacia dos años, Manuela no contaba, á la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, que su padre; porque su hermano era un bellaco rudo inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pera nada de Manuela.

Su corazon habia sentido dos veces ya la tierna serenata del amor á sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino á echar los cerrojos de ellas, y la pobre

jóven tuvo que ver los mas bellos encantos de la vida de una mujer al traves del cristal de su imaginacion.

Su padre habia decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas sus miserias, de todas sus intrigas y de todos sus crímenes; porque entregaria todos esos importantes secretos con el corazon de la jóven.

Ella, ademas, era su instrumento de popularidad. Con ella lisonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente á condicion distinguida en la amistad del jefe federal. Con ella trasmitia su pensamiento á sus mas abyectos servidores. Con ella, en fin, sabia la palabra y hasta el gesto de cuantos se acercaban á comprar con una oficiosidad viciosa ó criminal algun destino, algun favor, algun título de consideracion federal.

Su hija, ademas, era el ángel custodio de su vida; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban á su padre; vigilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos á esta mujer desgraciada en los momentos en que su salon está cuajado de gentes, y ella es allí la emperatriz de aquella estraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías; es necesario acercarse á ellas porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la *sociedad popular* hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas ó con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Allí está viva y palpitante la democracia de la federacion. Gaetan, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomon, Parra, fuman y conversan mano á mano con los diputados García, Belaustegui, Garrigós, Labitte, Medrano &a.; con los generales Mancilla, Rolon, Soler &a. tambien. Larrazabal, Mariño, Irigoyen, Gonzalez Peña, conversan en otro grupo mientras sus esposas, federalizadas hasta la exaltacion, rodean á Manuela con Doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de este, la sobrina de aquel: parientas en fin de todo género y de toda rama de aquellos corpulentos troncos sobre que reposaba la santa é inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salon tenian oidos y boca para repetir al Restaurador de las Leyes lo que allí se decia; pero no podian tener unos ni otra para el general Lavalle. No habia, pues, miedo.

Cada grupo describia á su modo la situacion política, pero ninguno disentia en opinion respecto al triunfo cierto del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Segun unos, la cabeza de Lavalle iba á ser puesta en una jaula en la plaza de la Victoria.

Segun otros, todo el ejército prisionero debia venir á ser pasado á cuchillo por la *sociedad popular*, en la plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte tambien. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traia Lavalle, les debian ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas despues á su servicio.

Manuela no hacia sino volver los ojos de uno á otro grupo, oyendo ese certámen del crímen, en el cual todos competian por ganarse el triunfo en la emision de una idea mas criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repeticion de esta escena le habia hecho perder su admiracion primitiva. Pero tampoco gozaba de ella, porque en su corazon de veinte y dos años no podia ser música agradable un coro perpetuo de juramentos y de maldiciones. Ademas, la costumbre de tratar á aquella gente le habia dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabia que no tenian para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra cosa que esclavos envilecidos que venian delante de ella á jactarse de un sentimiento que eran en ellos, mas que otra cosa, la inspiracion de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y á la voluntad de su amo.

Pero en cambio, las demas mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyeran que ella hablaba por él.

Y otra en fin, se envanecia de poder repetir á Manuela las palabras de su marido, que esta no oia bien entre el tumulto.

Mercedes Rosas, que tambien hacia parto de la reunion, se alegraba á su vez porque las miradas de los hombres se dirigian á ella á la par que á Manuela, cuando hablaban del degüello y esterminio de los unitarios para defender así la federacion, al Restaurador y á las federales, palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea cortejaban á las amables damas que allí habia.

Y por último, Doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazabal acababa de declarar en alta voz, que él no esperaba sino la autorizacion de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

— Eso es hablar como buen federal, dijo Doña María.

Josefa en alta voz. Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del país los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

— Vienen á su tumba, señora, la contestó un hermano federal, y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

— No, señor, no, replico Doña María Josefa. A seguro llevan preso; y mejor habria sido el matarlos ántes de que se fuesen.

— Cabal! gritó Salomon.

— Sí, señor, cabal, prosiguió la vieja. Y no es lo peor la clemencia de Juan Manuel, sino que cuando él da una órden de prender á algunos unitarios, los comisionados se ponen á papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y penetrantes se clavaron en Cuitiño, que, de pié á dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

— Y no es lo peor tampoco que se les escapen, continuó, sino que cuando los buenos servidores de la federacion les dicen dónde están escondidos, van allá y los mismos unitarios los embaucan como á muchachos.

Cuitiño se dió vuelta.

— ¿Que se va, comandante Cuitiño?

— No, Señora Doña María Josefa, pero yo sé lo que me hago.

— No siempre.

— Siempre, sí, señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estóy contento sino cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

— Me alegro que me haya comprendido.

— Yo sé lo que me hago.

— El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada, dijo Garrigós.

— Así se lo digo todos los dias á Peña para que aprenda, dijo Doña Simona Gonzalez Peña, una de las mas entusiastas federales, y que ostentaba, mas que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

— Pero no es época de espadas, observó Daño María Josefa, sino de puñal. Porque es á puñal que deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores á Dios y á la federacion.

— Así és, dijeron algunos.

— El puñal, esa es la arma que deben tener los buenos federales, continuó Doña María Josefa.

— Cabal! el puñal! gritó Solomon.

— Sí, que mueran á puñal, á puñal! repitieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la federacion.

— A puñal, pero en el pescuezo! dijo Doña María Josefa, relampagueándole los ojos.

— Y que el cuchillo esté mellado, con eso les duele, agregó Gaetan, hombre amulatado y de una figura la mas repugnante posible.

— Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sino fusilar á los que llevan á su cuartel, dijo otro personaje de la reunion.

— Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por ese tuvo tantos miramientos con la viudita de Barracas.

— Ha dicho muy bien la señora Doña María Josefa: el puñal debe ser la arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes, dijo Mariño queriendo lisonjear á aquella arpía para que no continuase.

— Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro, dijo Garrigós embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

— A la primera órden que nos dé el Restaurador, la primera cabeza que corte yo, se la he de traer á usted, Doña Manuelita, dijo Parra.

Manuela hizo un gesto de repugnancia y volvió los ojos á la mujer de Don Fermin Irigoyen, que tenia á su lado.

— Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita, dijo Torres buscando el ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

— Así es, pero degollados se han de poner muy buenos mozos, contestóle Doña María Josefa.

— Si á la niña no le gustan ver esas cosas yo no le he de traer la cabeza que le he ofrecido, replicó Parra, pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos ó feos, continuó dirigiéndose á Torres; porqun aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos levarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios.

— Cabal! gritó Salomon.

— Eso es hablar, dijo Merlo.

— Y el que no quiera hacer lo que los restauradores, que han de morir por el señor Don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo, dijo Gaetan.

— Mándeme Doña Manuelita, y mándeme donde quiera, que yo solo basto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos á todas las mujeres que allí habia. Buscaba alguna simpatía de sexo; alguna armonía blanda de espíritu; algun signo de resignacion que la fortaleciese. Pero nada.... nada..... nada. Allí no habia en hombres y mujeres sino fisonomías duras, encapotadas, siniés-

tras. En esta el oido, en aquella el vicio: en esa la abyeccion de la bestia; en la otra la prostitucion y el cinismo: hé ahí todo cuanto rodeaba á aquella mujer jóven en cuyo corazon la naturaleza no habia sido avara quizá de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponia su mismo padre, estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las mas rudas y torpes impresiones.

— Sí, todos debemos contribuir á dar un grande ejemplo para que la federacion quede afianzada sobre bases inconmovibles de diamante! esclamo el diputado García, con el énfasis y la petulancia que era habitual á sus palabras.

— Bravo!

— Ese será el dia grande de la patria; el dia que se apague esta fiebre de libertad que nos devora, continuó el orador. Fiebre santa que no se apagará sino con la sangre de los esclavos unitarios.

— A propósito de fiebre, dijo Mariño al general Soler, casi al oido, miéntras el diputado continuaba su estupenda peroracion ante su popular auditorio. A propósito de fiebre, sabe usted, general, que el cura Gacte se nos va?

— He oido que está malo ¿qué diablos tiene?

— Una fiebre cerebral espantosa.

— Hola!

— De muerte.

— ¿Desde cuándo?

— Creo que hace cinco ó seis dias.

— Malo!

— En todo el delirio no habla sino de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo que no quiere nombrar, de una porcion de disparates!

— ¿Y al gobernador no lo nombra?

— No.

— Entónces puede morirse cuando quiera.

— Sin embargo, era un buen federal.

— Y mejor borracho.

— Dice usted bien, general, y es probable que el orígen de su fiebre sea de alguna tranca.

— De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se habia de llevar al fraile á las pocas horas.

— Y á muchos con él.

— ¿A usted y á mí por ejemplo?

— Puede ser.

— Todo puede ser.

— Y no es eso lo peor.

— ¿Cómo, general?

— Digo que es lo peor el ue no podamos asegurar que no triunfará.

— Cierto.

— Lavalle es arrojado.

— Pero tenemos triple número de fuerza.

— Yo he tomado el cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendia su altura.

— Pero eran españoles....

— Pues! eran españoles. Lo que quiere decir, Señor Mariño, que sabian batirse y morir peleando.

— No son ménos valientes nuestros soldados.

— Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, á pesar de su valor.

— Pero la justicia está de nuestra parte.

— Sobre el campo de batalla no hay justicia, Señor Mariño.

— Tenemos el entusiasmo.

— Ellos tambien.

— De manera que....

— De manera que se van á batir, y el diablo sabe quién ganará.

— General, estamos de acuerdo.

— Ya lo sé.

— He querido saber sus opiniones de usted á ese respecto.

— Ya lo sé tambien.

— No me admira esa perspicacia, general; usted ha vivido mucho en la revolucion.

— Me he criado en ella.

— Pero nunca habria habido en ella un cataclismo peor que el que sufriríamos los federales, si triunfase Lavalle.

— Seria asunto concluido.

— Para todos.

— Especialmente para usted y para mí, Señor Mariño.

— ¿Especialmente?

— Sí.

— ¿Y porqué, general?

— ¿Con franqueza?

— Sí, con franqueza.

— Porque á mí me aborrecen no sé por qué, y á usted por mashorquero.

— Oh!

— Yo sé que no deben quererme.

— Y yo sé que no soy mashorquero, en el sentido de esa palabra.

— Bien puede ser, pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar ó emigrar.

— Y la emigracion debe ser una cosa terrible, general Soler! esclamó Mariño meneando la cabeza.

— Esa es la palabra; yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

— Entónces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

— Quién sabe si podremos contar con todos.

— Tambien tengo esa duda.

— Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

— Ah! y los enemigos encubiertos son los peores!

— Los mas terribles.

— Pero á mí no se me escapan.... Ahí tiene usted uno.

— ¿Quién?

— Ese que entra.

— Pero ese es un muchacho.

— Sí, es un muchacho de veinte y cinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

— Eso no vale nada.

— Ya lo sé, pero es unitario.

— ¿Su nombre?

— Bello; Daniel Bello; es hijo de un verdadero federal; hacendado, socio de los Anchorenas; y de gran prestigio en la campaña.

— Entónces está bien guardado.

— El mozo este es ademas muy protegido de Salomon; y entra y sale en todas partes.

— Entónces, mi amigo, es preciso saludarlo, dijo el general Soler.

— Sí; pero ya está apuntado, contestó Mariño, y ambos volvieron á los grupos.

---

## CAPITULO X.

Continuacion del anterior.

Era en efecto Daniel Bello el que habia entrado al salon de Rosas; y despues de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de mano á derecha é izquierda, fué á hacer sus reverencias á Manuela y á las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido á la rigorosa moda de la federacion; es decir, venia de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol; su chaleco de rico casimir; sus manos eran delicadas, manos mujeriles puede decirse, y su cara la que le conocemos: bella, inteligente y sobre cuya sien pálida caian sus lacios y lustrosos cabellos, mas oscuros que sus ojos castaños, que á veces, con la luz vivísima de su mirada, parecian ser del gris semi-oscuro de los ojos de Cristóbal Colon, segun nos los describe el hijo del célebre almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran mas que suficientes para que Daniel fuera bien recibido de las damas; damas, por otra parte, que no podian ménos de mirar complacidas aquel hermoso jóven que era de los pocos que á esa época usaban el chaleco punzó de la federacion. Y ellas, pues, que sabian la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que habia en su partido, miraban con cierto orgullo á aquel que en el de ellas podia rivalizar en todo con el mas bien apuesto unitario.

En el acto la señora del médico Rivera hizo un lugar en el sofá en que estaba, pero tan estrecho que Daniel habria tenido que sentarse sobre alguna parte del turgente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crímen político que estuvo muy léjos de querer cometer, y prefirió una silla al otro estremo del sofá, junto á Manuela.

Mercedes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fué darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oido:

— ¿Se ha hecho el que no ha visto, no?

— He visto que está usted muy buena moza, señora, la contestó Daniel creyendo darla lo que buscaba. Pero queria mas.

— Desde ahora le digo una cosa.

— Hable usted, señora.

— Que quiero que me acompañe cuando nos vamos. Porque hoy deseo hacer rabiar á Rivera yendo con un buen mozo; porque es celoso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vamos.

— Tendré mucho honor, señora.

— Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel habia elegido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la jóven, é inclinándose un poco podia con-

versar con ella sin ser oido de los demas. Así lo hizo y la dijo:

— Si alguien gozara la felicidad y el honor de un interes especial por usted, señorita, esta casa seria un rival peligroso.

— ¿Porqué, Señor Bello? contestó Manuela con candidez.

— Porque la numerosa concurrencia diaria que hay en ella distraeria mucho la imaginacion de usted.

— No, contestó Manuela con prontitud.

— Perdon, señorita: yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

— Y sin embargo, he dicho la verdad.

— ¿Cierto?

— Cierto: yo hago por no oir, y por no ver.

— Es una ingratitud entónces, dijo Daniel sonriendo.

— No, es una retribucion.

— ¿De qué, señorita?

— ¿Cree usted que mi silencio, ó mi displicencia les pueda disgustar?

— ¿Y cómo no creerlo?

— Entónces yo les retribuyo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que por otra parte yo no quisiera oir nunca.

— Pero hablan del señor gobernador; de la causa que es comun á todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

— No, Señor Bello, hablan por ellos mismos.

— Oh!

— ¿Lo duda usted?

— Me sorprende á lo ménos.

— Porque usted no ocupa mi triste lugar todos los dias!

— Bien puede ser por eso.

— Eche usted la vista sobre cuantos aquí hay, y, á escepcion de usted, yo no sé cuál de los que están esta noche en mi presencia ha venido con otro objeto que el de darse valimiento de federal á mis ojos, para que yo se lo repita á tatita.

— Sin embargo, ellos sirven fielmente á nuestra causa.

— No, Señor Bello, ellos nos hacen mal.

— ¿Mal?

— Sí; porque ellos hablan mas de lo que debieran, y quizá no obran con la buena fe que yo quisiera para la causa de mi padre. Ademas, usted cree que yo estóy contenta con estas mujeres y estos hombres que me rodean?

— Cierto. Usted tiene mas talento que todos ellos.

— No hablo de talento; hablo de educacion.

— Comprendo que deba mortificar á usted mucho la ausencia de otra sociedad.

— Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

— La época quizá.

— No, es esta gente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

— Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

— Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

— Es terrible cosa!

— Me fastidian, Señor Bello. Paso la vida mas aburrida de este mundo. No oigo hablar sino de sangre y de muerte á estos hombres y á estas señoras. Yo sé bien que los unitarios son nuestros enemigos. ¿Pero qué necesidad hay de estarlo repitiendo á cada momento con esas maldiciones que me enferman: y sobre todo, con la espresion de un odio que yo no creo, porque toda esta gente es incapaz de pasiones? ¿Qué necesidad, ademas, de venir aquí mismo á atormentarme la cabeza con esas cosas, impidiendo así que se me acerquen las personas de mi sexo, ó los amigos que yo quisiera?

— Es cierto, señorita, dijo Daniel con el tono mas sencillo del mundo. Es cierto; á usted le hacen falta algunas jóvenes de su edad y de su educacion, que la distrajeran y la hicieran olvidar un momento los sobresaltos en que vive en esta época terrible para todos.

— Oh, cómo seria feliz entónces!

— Conozco una mujer cuyo carácter se armonizaria perfectamente con el de usted; la comprenderia y la querria.

— ¿Sí?

— Una mujer que simpatizó con usted desde el primer momento en que la vió.

— ¿De veras?

— Que no hay un dia que no me haga alguna pregunta relativa á usted.

— Oh! ¿y quién és?

— Una mujer que es tan desgraciada, ó mas que usted misma.

— ¿Tan desgraciada?

— Sí.

— No; no hay en el mundo ninguna mas desgraciada que yo, dijo Manuela exhalando un suspiro y bajando húmedos sus ojos.

— Usted siquiera no es calumniada.

— Que no soy calumniada! esclamó Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplandecientes sobre Daniel. Es

lo único que yo no les perdonaré á los enemigos de mi padre: que hayan hecho pedazos mi reputacion de mujer, por espíritu de venganza política. Y qué calumnia, Dios mio! esclamó Manuela llevando la mano á sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan animadas, que el diálogo de los dos jóvenes no era percibido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de Doña María Josefa y de Mariño.

— El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mia, dijo Daniel con un tono de voz tan insinuativo y tierno, que Manuela no pudo ménos de darle las gracias con una mirada dulcísima. Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona con quien hablamos.

— ¿Cómo? Esplíquemelo usted.

— El tiempo la hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situacion.

— ¿Pero qué hay? ¿quién es? preguntó la jóven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

— La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

— ¿Pero quién es?

— Amalia.

— ¿Su prima de usted?

— Sí.

— ¿Y la persiguen?

— Sí.

— ¿Por órden de tatita?

— No.

— ¿De la policía?

— No.

— ¿Y de quién?

— Del que la persigue.

— ¿Pero quién puede perseguirla?

— Uno que se ha enamorado de ella, y á quien ella desprecia.

— Y....

— Perdon.....y hacen valer la federacion y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes, como instrumentos de una venganza innoble é interesada.

— Ah! ¿quién es? ¿quién es el que la persigue?

— Perdon, señorita, no puedo decirlo todavía.

— Pero yo quiero saberlo para decírselo á tatita.

— Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de grande influencia.

— Tanto mas criminal entónces, Señor Bello.

— Lo sé.

— Una cosa.
— Hable usted, señorita.
— Quiero que traiga usted á Amalia.
— ¿Aqui?
— Sí.
— No vendrá.
— No vendrá á mi casa?
— Es algo escéntrica, y se hallaria muy mal entre tan numerosa concurrencia, como la que rodea á usted, señorita.
— La recibiré sola....pero no, yo no tengo libertad para estar sola.
— Ademas; ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.
— Pero es inaudito!
— Ademas tambien, ella ha dejado su linda quinta de Barracas por algunos dias; y á pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.
— Infeliz!
— Usted sin embargo, podria hacerla un gran servicio.
— ¿Yo? Hable usted, Bello.
— Una carta de usted, que ella pudiera enseñarla á quien se presentara sin órden del señor gobernador.
— ¿Y habrá quien ose hacerlo sin órden de tatita?
— Lo han hecho ya.
— Bien, escribiré mañana mismo.
— Yo me atreveria á pedir á usted, que al escribir esa carta, recordarse que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del general Rosas y de la federacion para cometer injusticia é inferir insultos.
— Bien, bien, comprendo, dijo Manuela radiante de alegría, con encontrar una ocasion en que poder hacer sufrir al amor propio de aquellos que la incomodaban á todas horas.
— Nuestra conversacion, que yo sostengo con tanto placer, continuó Manuela, se prolonga demasiado para no despertar celos en toda esta gente á quien yo tengo que atender sin distincion de personas, segun la voluntad de tatita.
— Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. ¿Pero usted me promete no olvidar la carta?
— Sí; mañana mismo la tendrá usted.
— Bien. Gracias.

Manuela no se habia equivocado; el diálogo con Daniel empezaba á despertar celos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal á que asistian todas las noches, y cuya reina bacanal debia ser Manuela, la pobre víctima de la loca ambicion del que la dió la vida.

La noche estaba fria, pero Garrigós empezaba á sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocresía, hasta su cuello sumergido dentro su inmensa corbata; tal era cuanto habia perorado aquel discípulo de fray Gerundio de Campasas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversacion particular, para irse á su casa á referir á sus allegados las palabras, las sonrisas, las acciones con que habian sido honrados por la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto, no bien Daniel se volvió á Mercedes, y Manuela á la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando á despedirse de ella cuantos allí habia; haciendo cada uno un cumplimiento á su modo. El uno la hacia un juramento de morir por ella y por su padre; el otro la ofrecia una cabeza; aquel unas orejas; y mas de uno la ofrecia trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegara el dia de la venganza de los federales.

---

## CAPITULO XI.

De cómo empezó para Daniel una aventura de Faublas.

Por mas de un momento Daniel llegó á creer con toda buena fe que se hallaba de veras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiria entre aquellas gentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada á este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido á su posicion. Pero con esa elocuencia que aquel poseia en sus miradas, dióla resignacion por varias veces, acabando de convencerla de que habia en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la señora Doña Mercedes Rosas de Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidez característica la dijo abrazándola:

— Con que, hijita, me voy, y me llevo á Bello para hacer rabiar á Rivera.

Manuela fingió sonreirse.

— No me deja, mujer, continuó la primera, está como nunca. Anoche hasta me pellizcó; pero yo, nada.... lo he de hacer rabiar, hasta que deje de celarme.

— ¿Con que se va usted, tia?

— Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercedes imprimió sus labios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

— Adios, Manuelita. Descanse usted, la dijo Daniel dándola la mano, y con una espresion tan dulce y consoladora, que tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salon.

Mercedes, entretanto, enlazó su brazo al de su compañero, y ambos atravesaron el gran patio, salieron á la calle del Restaurador, y doblaron luego hácia al correo.

La noche estaba fria. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedia felizmente echar de ménos su capa.

— No, no vamos tan ligero, dijo Mercedes.

— Como usted quiera, señora, contestó Daniel.

— Sí, vamos despacio, y ojalá que encontrásemos á Rivera!

— Sí, sí, ojalá!

— Como rabiaria.

— ¿Es posible?

— Toma!

— Y, por supuesto, que me la quitaria á usted?

— Qué! vea usted. Voy á contarle una cosa. La otra noche me encontró que venia de lo de Agustina con un mozo. Me vió; y atrevesó á la vereda de enfrente. Yo que lo conocí en el acto ¿qué le parece á usted que hice?

— Lo llamaria usted.

— Qué! Nada. Me hice la que no lo habia visto. Empezé á caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que me habia enchancletado. Pero, nada; siempre doblando calles; y Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente, Yo conocia que venia ardiendo. y dále; á próposito lo hacia: hablaba despacio; me paraba de cuando en cuando; me reia de repente, hasta que al fin llegámos á casa, despues de haber andado mas de una hora, con Rivera por detras. Allí fué la buena: gritó, hasta que mas no pudo; pero al cabo tuvo que venirse á las buenas; se hincó, me besó la mano; y despues....

— Y despues quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos, la dijo Daniel interrumpiéndola, y persuapido ya, que lo mejor era sacar un alegre partido de la conversacion con aquella original criatura. La mas original, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caracteres tienen alguna novedad; la mas original, pero la ménos ofensiva, y la de mejor corazon. Con ese apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningun

hombre ha dejado, mas ó ménos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

— Y despues quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos, habia dicho Daniel.

— Qué, no! despues se fué á acostar á su cuarto.

— ¿Ah, tienen ustedes cuarto aparte?

— Hace mas de dos años.

— ¿Sí?

— Y es por eso que lo hago rabiar. Yo paso unas soledades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas. Tengo una imaginacion volcánica; y no he encontrado todavía quien me comprenda.

— ¿Pero, señora, y su marido de usted?

— ¿Mi marido?

— Pues, el señor Rivera.

— Marido! marido! ¿Pero hay cosa mas insoportable que un marido?

— ¿Es posible?

— No hay nada mas prosáico.

— Ah!

— Mas material.

— ¿Sí?

— Jamas la comprenden á una.

— Pues!

— Ademas, Rivera es tonto.

— ¿Tambien?

— Pues, como todo hombre de ciencia.

— Así es.

— Oh, si fuera un poeta, un artista, un jóven de pasiones ardientes!

— Ah, entónces!

— Ah, yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo que tengo un corazon volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

— Cierto, es una desgracia, ser como usted es, Merceditas.

— Así se lo digo todos los dias en su cara.

— ¿A quién?

— A Rivera, pues.

— Ah!

— Se lo digo, sí, y á gritos.

— ¿Lo que me ha dicho usted á mí?

— Y mucho mas.

— ¿Y él qué le dice á usted, señora?

— Nada. ¿Qué ha de decirme?

— ¿Y no la hace á usted algo?

— Que! si no puede hacer nada.

— Es muy bueno ese señor Rivera!

— Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginacion ardiente; un hombre de talento. Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos.

— Santa Bárbara, señora!

— Sí; que nos enloqueciésemos; que estuviésemos juntos todo el dia; que....

— ¿Qué mas, señora?

— Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase; y allí compusiéramos versos, y leyésemos juntos todas mis obras.

— ¿Ah, es usted autora?

— Pues no!

— Superior.

— Estóy escribiendo mis memorias.

— Magnífico.

— Desde ántes de nacer.

— Cómo! ¿escribia usted sus obras ántes de nacer?

— No; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me ha referido, que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre, hasta el estremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo; y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasion por que no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajon de la cómoda, lleno de cartas y rulos de pelo.

— ¿Y el señor Rivera no anda por ese lado?

— Toma! cuando lo quiero hacer rabiar, y él está viendo la cavalera....

— ¿Qué?

— Sí, pues, hombre. Una cavalera vieja que tiene en su cuarto; y en la que se pone á estudiar no sé qué cosas.

— Ah!

— Pues, como le decia: cuando le siento en su cuarto ¿sabe lo que hago?

— Vamos á ver.

— Entre-abro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y empiezo á sacar las cartas y á leer en el primer renglon de cada una;

Mi querida Mercedes.
Idolo de mi vida.
Mi adorada Merceditas.
Merceditas de todo mi corazon.
Incomparable Mercedes.
Merceditas, luz de mis ojos.
Mi Mercedes, estrella de mi vida.
Rubiesita de toda mi alma.

Y en fin, un millon de cartas, de cuando era soltera, que seria nunca acabar si las dijera.

— ¿Y hasta qué época ha llegado usted en sus memorias?

— Ayer he empezado á describir el dia en que salí de cuidado por primera vez.

— Importante capítulo!

— Es una de las curiosidades de mi vida.

— Pero, señora, eso es muy comun.

— Qué! si fué una cosa asombrosa. Imagínese usted que salí de cuidado haciendo versos, y sin conocer el trance en que estaba.

— Admirable constitucion!

— Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

— ¿Quién, el niño?

— No, la obra, pues; las memorias.

— Ah!

— Solo este zonzo de Rivera no les quiere dar mérito.

— Será un hombre frio.

— Como una nieve!

— Material.

— Como una piedra!

— Sin espíritu.

— Por supuesto!

— Prosáico.

— Ni leer sabe los versos siquiera!

— Un hombre sin corazon.

— Diga usted que es un zonzo, y lo ha dicho todo!

— Pues bien, diré con el debido permiso de usted, que su marido es un zonzo.

— Eso es. Pero mire usted, así mismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo va al mercado, y se viene con cuanto sabe que á mí me gusta. Me recuerda dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Despues, si el pobre se enoja alguna vez, se viene á las buenas.

— Es una excelente condicion.

— No tiene mas, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo necesito un hombre frenético; un jóven, de talento, varonil; que no me deje un solo instante.

— Señora, vamos que ya estamos cerca, dijo Daniel viendo que su compañera acortaba cada vez mas el paso.

— Sí, vamos. Le voy á leer á usted algo de mis memorias.

— Perdon, señora, pero....

— No hay pero que valga.

— Ya es muy tarde, señora.

— No, no, si no ha de haber venido Rivera todavía.
— Dispense usted, Merceditas, me es imposible.
— Sí, sí, ha de entrar.
En este momento llegaron á la puerta de la casa.
— Otro dia.
— No, ahora.
— Me esperan en casa.
— ¿Es alguna cita?
— No, señora.
— ¿No es mujer?
— No, señora.
— Júremelo.
— Doy á usted mi palabra.
— Entónces, entre.
— No puedo, lo repito, señora, no puedo.
— Ingrato!
Daniel dió una docena de furiosos golpes con el llamador, á fin de que vinieran cuanto ántes, á sacarlo del trance en que se hallaba.
— Pero que ¿de veras no entra usted? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?
— Otro dia, señora.
— Bien, pero ese dia será mañana.
— Haré lo posible.
— Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos á comérselo.
— Señora, si yo no ceno nunca!
— Entónces, mañana!
— Puede ser.
— Bien; voy á tener listos los capítulos mas interesantes de mis memorias.
— Buenas noches, Merceditas.
— Hasta mañana, contestó ella; y Daniel echóse, no á andar, sino á correr, luego que cerróse la puerta, y quedó en su casa la hermana de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavía fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el mas romántico posible, sirviéndonos de una espresion de aquella época, usada para definir todo lo que salia del órden natural de las cosas. Y miéntras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos ménos de pasar con el lector, á ciertos dias anteriores á este, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

---

## CAPITULO XII.

El despertar del cura Gaete.

Aquel dia tan fatal para Don Cándido Rodriguez, en que vió frustrada su tentativa de embarque clandestino, y en el momento en que se acercaba á la casa de Daniel, destilando agua todavía de sus empapadas botas y calzones, su discípulo acompañaba hasta la puerta de la casa al presidente de la *sociedad popular restauradora,* que habia venido en solicitud de una representacion federal que la *sociedad* debia dirigir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo *sus vidas, honor* y *fama* durante la espantosa crísis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos unitarios. Representacion que le fué ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal, que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo Don Genaro, que retribuia con leñazos el respetable nombre de Salomon, con que querian honrarlo los muchachos: la representacion le debia ser enviada al siguiente dia.

Y lleno de seguridad de que su nombre, despues que firmase ese memorable documento, pasaria de generacion en generacion, á recibir los aplausos de la mas remota posteridad, se despedia de su jóven amigo, decidido á darle tambien honor, vida y haberes, como modelo que era del mas acendrado federalismo. Y se despedia de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado.

— Daniel! esclamó Don Cándido tomando del brazo á su discípulo.

— Entremos, mi querido maestro.

— No, salgamos, le contestó queriendo retenerle en el zaguan. Pero Daniel lo tomó del brazo y muy amablemente lo introdujo á la sala.

— Daniel!

— ¿Sabe usted, señor, que me asusta la entonacion de su voz y el modo de mirarme?

— Daniel! Estamos perdidos.

— No todavía.

— Pero nos perdemos.

— Es posible.

— ¿Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

— Puede ser.

— ¿Y sabes lo que hay?

— No.

— ¿Pero no te lo dice la conciencia?

— No.

— Daniel!

— Señor, yo estóy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted á quitármelo.

— ¿De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mia, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

— Lo que me pone de mal humor no es eso, porque ya lo sé, sino el que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que va á emplear media hora de circunloquios ¿no es verdad?

— No, oye.

— Oigo.

— Seré rapido, violento, súbito en mi discurso.

— Adelante.

— Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora gobernador delegado.

— Estóy.

— Voy todas las mañanas, y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece unicamente á la edad juvenil, ó mas propiamente dicho, á los treinta años, pues que ántes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y despues, la vista está muy débil y poco flexibles los dedos; efecto es todo esto de la sangre, que segun dicen, corre con mas ó ménos celeridad, segun los años en que está el hombre, y segun la salud, aunque en mi opinion....

— Santa Bárbara bendita! Me va usted á hacer una disertacion.

— Retrogrado.

— Bien.

— Me circunscribiré.

— Mejor.

— Esta mañana, pues.... y Don Cándido hizo á Daniel la relacion de cuanto le habia ocurrido en lo de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena media hora en unos doscientos adjetivos y un buen par de docenas de episodios.

Daniel oia, meditaba y formaba su plan con aquella rapidez de percepcion y de cálculo que le conocemos.

— ¿Con que se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo? preguntó á Don Cándido con los ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

— Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante: despues se irritó y...

— ¿Y miraria sucesivamente al señor Don Felipe y á uste durante esa perplejidad de que usted habla?

— Sí, puso una cara que me parecia de un loco.

— (Dudaba.... Es criminal y es ignorante, luego es suceptible á la supersticion.)

— ¿Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

— Nada, estóy sonámbulo.

— ¿Y no es terrible... ?

— ¿Doña Marcelina le ha dicho á usted que el cura Gaete quedaba durmiendo la siesta?

— Sí.

— ¿Qué hora seria?

— Tres y media á cuatro.

— Son las cinco y cuarto, dijo Daniel viendo su reloj.

— Y que habia comido con las sobrinas de Doña Marcelina.

— Entónces ha bebido mucho, continuó Daniel como para sí mismo.

— Y bien ¿qué dices? ¿Qué hacemos?

— Salir y andar de prisa, dijo Daniel levantándose, y pasando á su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió á la sala y dijo á Don Cándido:

— Vamos, señor.

— ¿A dónde?

— A salvarnos de la persecucion de Gaete, porque estos no son momentos de vivir con gente á las espaldas.

— ¿Pero dónde vamos? ¿Correremos acaso algun peligro?

— Vamos, señor, ó de lo contrario esta noche ó mañana tiene usted que habérselas con el cura Gaete y dos ó tres de sus amigos.

— Daniel!

— Fermin! cierra; si alguien viene, que estóy ocupado.

Y Daniel despues de dar esta órden á su fiel criado, se embozó en su capa; y, con Don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hácia Barracas, luego hácia el este, despues de andar algunas cuadras, y fué á salir á la plaza de la Residencia; en los momentos en que el sol se ponia.

— Daniel, dijo Don Cándido con tono melancólico y voz trémula, nos aproximamos á la calle de Cochabamba.

— Justamente.

— Pero, y si nos ven de la casa de esa mujer estrafalaria, que habla con todas las tragedias en la boca?

— Mejor entónces.

— ¿Qué es lo que dices?

— Que vamos á esa casa.

— ¿Yo?

— Usted y yo.

— No, no dirá la historia que allí murió Don Cándido Rodriguez. Y nuestro amigo dió un golpe con su caña de la India en el suelo, y dando luego media vuelta á la derecha, se disponia á volver por el camino que habia andado.

Daniel, sin desembozarse, le tomó del brazo fuertemente, y le dijo:

— Si usted vuelve, Gaete estará con usted esta noche: si usted escapa de Gaete, mañana lo mandarán á usted o Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvá entónces.

— Pero tú eres el diablo, Daniel! dijo Don Cándido abriendo tamaños ojos y mirando á su discípulo.

— Puede ser. Vamos.

— ¿Yo?

— Vamos, repitió Daniel sacudiendo el brazo de Don Cándido y clavando de su brillantes ojos rayos tan fijos y tan firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como á un golpe galvánico, aquella masa inerte en su albedrío siguió al jóven sin responder una palabra.

A pocos minutos de marcha Daniel y su compañero llegaron á la puerta de Doña Marcelina en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenia abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veia á nadie; la calle estaba solísima.

— El jóven tomó la hoja de la puerta y la cerró, quedando él y Don Cándido en la calle. Despues de cerrada tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió á llamar un poco mas fuerte; y entónces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria mansion.

La puerta entreabrióse, y Doña Marcelina, toda desprendida, y en desórden sus espesos y denegridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara, en quien la espresion de la sorpresa puso su sello al ver los huéspedes que acababan de tocar sobre las puertas de su Eden.

Pero la inspiracion dramática no se cortaba jamas en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicacion de un verso de la Argia:

> — «Solo, sin armas,
> ¿Qué pretendeis hacer? Volvéd al campo.»

— ¿Se ha despertado Gaete?

— «Sus miembros fatigados
Gozan del sueño la quietud sabrosa.»

respondió Doña Marcelina.

— Adelante, pues, dijo Daniel empujando suavemente á Doña Marcelina, y arrastrando á Don Cándido en los momentos en que pasaba por su mente la idea de tomar la carrera.

¿Qué hacéis, temerario? esclamó Doña Marcelina.

— Cerrar la puerta.

Y en efecto corrió el cerrojo de ella.

La fisonomía de Daniel tenia en aquel momento la espresion de una resolucion vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creia llegada su última hora, y una especie de cristiana resignacion empezaba á esparcirse por su alma.

— ¿Cuáles de las sobrinas de usted están en casa?

— Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

— ¿Dónde está Gertrúdis?

— Está peinándose en la cocina, porque el fraile está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

— Bien. Usted es una mujer de talento, Doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginacion alcanzará todo el cuadro que va á desenvolverse á sus ojos, ó mas bien á sus oidos, porque usted oirá todo desde la sala.

— ¿Pero habrá sangre?

— No, usted me dará su opinion despues, como literata. Quiero en el zaguan hablar con Gertruditas, cuando me disponga á salir.

— Bien.

— Traigo algo para ella y para usted.

— ¿Pero dónde va usted á entrar?

— A ver á Gaete.

— ¿A Gaete?

— Silencio.

Y Daniel tomó de la mano á Don Cándido y entró á la sala, miéntras Doña Marcelina se fué á hablar á su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero á la débil claridad, que entraba de la luz crepuscular por la rendija de un postigo, el jóven se acercó á él, lo abrió y pudo entónces elegir el objeto que deseaba: este no era otro que la inmensa colcha de zarazas del enorme *lecho* de Doña Marcelina, en que acababa de etar *reclinada*.

Daniel tomó la colcha, dió una punta á Don Cándido y le hizo señas de que la torciera á la derecha, miéntras él á la izquierda.

Don Cándido creyó con toda buena fe que se trataba de

ahorcar al reverendo cura, y á pesar de todo el peligro que corria viviendo su enemigo, la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel que adivinaba y estaba en todo, se sonrió, y tomando la colcha ya torcida, miró á Don Cándido y puso su dedo índice sobre los labios. En seguida, acercóse á la puerta del aposento, y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salia el aire pulmonar por la entre-abierta boca del cura Gaete, le convenció de que allí se podia entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró en efecto con Don Cándido pegado á su levita.

Entre-abrió uno de los postigos que daban al patio, y á la débil claridad de la tarde distinguió al cura de la piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando á pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio á la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas á Don Cándido de pasar á sentarse en ella, y luego que vió que su maestro habia obedecido maquinalmente, como estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dió á Don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por bajo del catre. Obedeció Don Cándido, y en diez segundos, Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la federacion: atado por la mitad del pecho, contra el catre, pero de tal modo que las puntas del nudo venian á quedar del lado en que el jóven iba á sentarse.

Hecha esta operacion, se acercó á la ventana y dejó apénas la suficiente luz para que los ojos que iban á abrirse distinguiesen los objetos; dió en seguida una de sus pistolas á Don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oido que repitiera sus palabras cuando le hiciera señas, y se sentó.

Gaete roncaba estrepitosamente cuando Daniel esclamó con una voz sonora y hueca:

— Señor cura de la piedad!

Gaete dejó de roncar.

— Señor cura de la piedad!

Gaete abrió con dificultad sus abotagados ojos, dió vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver á Daniel, sus párpados se dilataron; una espresion de terror cubrió su rostro, y á tiempo de querer levantar la cabeza, esclamó Don Cándido del otro lado:

— Señor cura de la piedad!

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre, al dar vuelta hácia el lugar de donde salia esa nueva voz, y encontrarse con la cara de Don Cándido Rodriguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha á izquierda; y

como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo el movimiento de incorporarse, sin precipitacion, como dudando, pero la banda que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos, le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo. Al tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y Don Cándido, á una seña del jóven. puso la suya sobre la sien derecha; y todo esto sin hablar una palabra, sin hacer un gesto, y sin moverse cada uno de su posicion.

El fraile cerró los ojos, y una palidez mortal cubrió su frente.

Daniel y Don Cándido retiraron las pistolas.

— Señor cura Gaete, dijo el jóven, usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, á nombre de la justicia divina, vamos á castigar al que ha cometido tamaño crímen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una entonacion y énfasis á que él queria dar todos los visos de supernaturales.

Un sudor abundante y frio empezó á correr por las síenes del cura Gaete.

— Usted ha jurado asesinar á dos personas que se nos parecen; y ántes de que usted cometa ese nuevo crímen, vamos á mandarlo á los infiernos. ¿Es verdad que usted ha hecho la intencion de asesinar esos dos individuos, juntándose con tres ó cuatro de sus amigos?

El fraile no respondia.

— Responda usted.

— Responda usted! dijeron Daniel y Don Cándido, poniendo otra vez la boca de sus pistolas sobre las sienes del fraile.

— Sí; pero yo juro por Dios....

— Silencio! No nombre usted á Dios, dijo Daniel corando la voz trémula y hueca del espantado fraile, cuyo semblante empezó á cubrirse de un color rojo, salpicandósele la frente de manchas amoratadas.

— Apóstata, renegado, impío. tu hora ha llegado, mi poderosa mano va á descargar el golpe! esclamó Don Cándido que habiendo comprendido que ya no habia peligro, queria portarse como un héroe.

— ¿De dónde iba usted á sacar los compañeros con que pensaba cometer ese crímen? preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

— Respondéd! gritó Don Cándido con una voz sonora.

— Respondéd! gritó Daniel al mismo tiempo.

Iba á pedírselos á Salomon, contestó el fraile sin abrir los ojos y con una voz cada vez mas trémula.

Su respiracion empezaba á hacerse difícil.

— ¿Qué pretesto iba usted á darle?

El fraile no respondió.

— Hable usted.

— Hable usted, repitió Don Cándido poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

— Por Dios! esclamó, queriendo incorporarse, y volviendo á caer sobre la almohada.

— ¿Tiene usted miedo?

— Sí.

— Pues usted va á morir, dijo Don Cándido.

Un rugido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre: su sangre empezaba á afluir copiosamente á su cerebro.

— Usted no morirá si se convence de que jamas se ha encontrado en esta casa con las personas á quienes quiere perseguir, dijo Daniel.

— ¿Pero y ustedes quiénes son? preguntó el fraile abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno á otro lado la cabeza.

— Nadie.

— Nadie, repitieron maestro y discípulo.

— Nadie! esclamó Gaete volviendo á cerrar los ojos, y sufriendo un golpe de convulsion en todos sus miembros.

— ¿No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le pasa ahora mismo?

Gaete no repondió.

— Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el dia mismo en que intente hacer el menor daño á las personas que cree estar viendo.

— Sí, esclamó Don Cándido, estáis sonámbulo, y moriréis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el dia que penséis siquiera en las respetables personas á quienes teniais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apénas entre-oia. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó á Daniel que un accidente apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entónces el nudo de la colcha que le oprimia el pecho, hizo una seña á Don Cándido, y ambos salieron en puntas de pié: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas habian oido todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

— Doña Marcelina, la dijo Daniel en el zaguan, su talento de usted es suficiente para adivinar cómo debe continuarse esta escena.

— Sí, sí; el sueño de Oréstes, ó el de Dido con Siqueo.

— Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada mas.

— Gertruditas, esto es para usted, continuó Daniel poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tia, que lo tomó no sin oprimir ligeramente aquella mano de que tan á menudo recibian obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningun favor á los animados ojos de las cuatro sobrinas, huérfanas y abandonadas en el mundo, como decia su respetable tia, en cuyas manos puso el jóven otro billete del mismo valor, saliendo en seguida á la calle de Cochabamba.

Cuatro horas despues de esta escena el cura Gaete tenia rapada á navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro docenas de sanguijuelas que se entretenian en chuparle la sangre tras de las orejas y en las sienes; y cuatro dias despues el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Cordero no respondian aun de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecucion que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y, como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al presidente Salomon su portentosa representacion, advirtiéndole que habia pasado *toda la tarde* ocupado en su importante redaccion.

---

## CAPITULO XIII.

### La casa sola.

Siguiendo el camino del Bajo que conduce de Buenos Aires á San Isidro, se encuentra, como á tres leguas de la ciudad, el paraje llamado los *Olivos*, y tambien cuarenta ó cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dió el suyo á ese lugar, en donde mas de una vez acamparon en los años de 1819 y 20 los ejercitos de mil á dos mil hombres que venian á echar á los gobiernos, para al otro dia ser echados á su vez los que ellos colocaban.

Los *Olivos*, sobre una pequeña eminencia á la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso rio, la dilatada costa, y las altas Barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba mas la atencion, en 1840, era una pequeña, derruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca

que da al rio, á la derecha del camino: propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entónces por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la *casa sola*.

Abandonada despues de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del sud-oeste que habian soplado tanto en el invierno de 1840 habrian casi completado su destruccion, si de improviso, y en el espacio de tres dias, no hubieran refaccionádola, y héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin la mínima compostura en toda su parte esterior.

¿Quién dirigia la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba á habitar esa casa? Nadie lo sabia, ni lo interrogaba, en momentos en que, federales y unitarios, todos tenian que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho es, que las paredes, ántes derruidas, quedaron en tres dias primorosamente empapeladas; asegurados los tirantes; allanado el piso; nuevas las cerraduras de las puertas, y puéstose vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansion, que todo el mundo conocia por el nombre de la *casa sola* habitada poco ántes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornizas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pié de la barranca en que se levantaba, se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran rio, confundiendo su salvaje rumor con el que hacian los viejos olivares, mecidos por el viento, y apénas á tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ella, decíamos, se veia ahora el sello de la habitacion humana; y lo que es mas, de la habitacion humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencilla pero elegantemente amuebladas; y al áspero grito de la lechuza habia sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubria una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflectaban la luz de una pequeña pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del horizonte del Plata, como una magnífica perla sacada del fondo de las aguas por la mano de Dios, y presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pié de la tierna viajera de la noche, atravesaba el rio, y parecia, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento, y una brisa sutil, y perfumada en los jardines de nuestro Parana, pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las silfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina pero tenue de nuestros astros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diafanidad y calma en la naturaleza, allí, á orillas de ese rio, testigo tantas veces y en ese instante de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrian muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parece que el invierno habia plegado sus nevosas y agostadoras alas: y en la brisa del norte un aliento primaveral se respiraba.

Al pié de la barranca, que declinaba suavemente hasta la orilla del rio, parada sobre un pequeño médano, á pocos pasos del linde de las olas, una mujer contemplaba estática la aparicion de la redonda luna, saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venia á quebrar sus últimos anillos junto aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto á derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pié, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arulla al genio del espacio, cuando duerme quieto sobre su lecho de olas.

Los ojos de esa mujer tenian un brillo astral, y su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, agitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor-del-aire cuando el sol la toca; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta, que, léjos de esas horas primeras de la noche, habria parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y trasparentes como el mármol de Ferrara, entre los estambres dorados del oriente.

Su talle, ceñido por un jubon de terciopelo negro, parecia sufrir con resistirse á las ligeras corrientes de la brisa y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido oscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecian querer levantar en su nube aquella Diosa solitaria de aquel desierto y amoroso rio.

Esa mujer era Amalia. Amalia en quien su organizacion impresionable y su imaginacion poética estaban subyugadas por el atractivo imperio de la naturaleza, en ese momento y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre

crispido el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecian sostener engarzada la trasparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habian huido bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la jóven, sufriendo uno de esos delirios deleitables, que á menudo absorbian en ella y abstraian su pensamiento, solo oia y veia con su espíritu, léjos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenacion celestina.

Ella no veia ni oia con los sentidos, y el leve rumor que de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella, no la hicieron volver su bellísima cabeza del globo argentino que contemplaba en éstasis.

Un hombre habia descendido de la barranca. Sus pasos, precipitados al principio, se moderaron luego, á medida que fué aproximándose á la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplacion religiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando á dos pasos de Amalia cruzó sus brazos al pecho y se puso á admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traicion de repente á su secreto, y, volviendo súbitamente la cabeza, la jóven dejó escapar una esclamacion de sus labios, á tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombra era Eduardo.

— Amalia!

— Eduardo!

Fueron las primeras palabras que esclamaron

— Angel de mi alma, cuán bella estás así! dijo el jóven continuando de rodillas á los piés de su amada, miéntras sus manos oprimian su cintura, y sus ojos se estasiaban en la contemplacion de su belleza.

— Pensaba en tí, dijo Amalia poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

— ¿Cierto?

— Sí; pensaba en tí; te veia, pero no aquí, no en la tierra; te veia á mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado, y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire; te veia en uno de esos instantes de éstasis en que una fuerza sobrenatural parece desprenderme de la tierra.

— Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma! dijo Eduardo sentándose en el declive del pequeño médano y colocando á Amalia al lado suyo, su pié casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

— Tú no eres de la tierra, continuó. No ves qué majestad,

cuánta belleza sobre el pálido rostro de la luna? pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz se diria que se difunde bajo la bóveda del cielo? pues mas bella es la luz de tus miradas, mas tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. Oh! ¡porqué no puedo remontarme contigo al mas espléndido de esos astros, y allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del universo! Ah! cuánto te amo, Amalia, cuánto te amo! Con mis manos yo querria cubrir la delicada flor de tu existencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza; y con el aliento abrasado de mi pecho yo quisiera ausentar el invierno de tu lado.....

— Eduardo! Eduardo!

— Cuán bella estás, Amalia! Y Eduardo echaba á la espalda los rizos de su amada para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

— Eres feliz, Eduardo, ¿no es verdad?

— Luz de mi vida, yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles..... Mira: ¿ves aquel astro, al mas brillante que tiene el firmamento? Lo ves? ese es el nuestro, Amalia; esa la estrella de nuestra felicidad; ella irradia, y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad á nuestros propios ojos, como tu belleza irradía y brilla y resplandece á mi alma.

— No! no!.....

— Amalia!

— No; es aquella! dijo la jóven estendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecia pronta á sumergirse en el confin del rio. Despues, su espléndida cabeza se inclinó sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

— Eduardo! Eduardo! esclamó la jóven con sus ojos fijos en las estrellas.

— Vivo para tí, Amalia.

— Tú me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

— Yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles, Amalia.

— Yo he conocido á tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

— Vivir para tí, Amalia.

— Respirar siempre, siempre un perfume de felicidad como esta que nos embriaga.

— Beber tu risa.

— Oh! soy feliz; sí, feliz.

— Oir siempre de tus labios una palabra de cariño..... Amalia, la esplendidez del dia, la melancólica hermosura de la noche, el universo entero desaparece á mis ojos cuando tu

imágen me preocupa; y como tu imágen está fija y grabada sobre mi alma, solo Dios y tú existen para mi corazon..... tú me amas ¿no es verdad? ¿tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

— Sí.

— ¿Cualquier que él sea?

— Sí, sí, cualquiera.

— Angel de mi alma!

— Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

— Amalia!

— Si eres desgraciado, yo partiré tus pesares; y.....

— ¿Y? acaba.

— Y si el destino adverso que te persigue te condujera á la muerte, el golpe que cortara tu vida haria volar mi espíritu en tu busca.....

Eduardo estrechó contra su corazon á aquella generosa criatura; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada del rapto de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio, como el eco de un cañonazo en un país montañoso.

La supersticion es la compañera inseparable de los espíritus poéticos; y aquellos dos jóvenes, en ese momento embriagados de felicidad, se tomaron las manos y miráronse por algunos segundos con una espresion indefinible. Amalia al fin bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

— No, la dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresion. No..... esto habria sucedido de todos modos..... es efecto del calor estemporáneo que hemos tenido en este dia de invierno; nada mas, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la jóven; y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó:

— La tempestad está muy léjos, Amalia. Y entretanto un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la frente de los dos. El universo es nuestro templo; y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y esos astros; Dios mismo que los sostiene con el iman de su mirada, y entre ellos el nuestro..... sí..... aquella..... aquella debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra..... ¿No la ves? clara como tu alma; brillante como tus ojos; linda y graciosa como tú misma..... la ves, mi Amalia?

— No..... aquella, contestó la jóven estendido su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecia

próxima á sumergirse en las ondas del poderoso Plata, tranquilo como toda la naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado, como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa, y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se agitan en derredor del talle de una hermosa, á los piés de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna, olas cuyo rumor asemejaba al cerrar de un abanico, cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

— ¿Porqué me separas tus ojos, luz de mi alma? la dijo Eduardo despues de un momento de silencio.

— Oh, no.... Yo te miro.... yo te miro en todas partes, Eduardo, respondióle la jóven, mirándolo con una sonrisa encantadora.

— Pero tu has cambiado, alma mia.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Te engañas, Eduardo, yo no cambio jamas.

— Esta vez, sí.... hace un momento que radiabas de felicidad y de amor..... y ahora....

— ¿Y ahora?

— El brillo de esa felicidad se ha ennublecido.

— Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

— ¿Desconfías acaso de nuestra suerte?

— Sí.

— ¿Porqué, mi Amalia, porqué?

— No sé.... que quieres!.... han empezado tan tristemente nuestros amores.

— Y qué nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro.

— ¿Y cuál es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

— No importa, somos felices.

— Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre tí? oh! y sobre mí porque yo vivo en tí?

— Pero pronto seremos felices para siempre.

— Quién sabe!

— ¿Lo dudas?

— Sí.

— ¿Porqué, mi Amalia?

— Aquí; aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero

que yo interpreto tristemente, dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazon.

— Supersticiosa! dijo Eduardo tomando aquella mano que habia estado sobre el corazon de su amada y llenándola de besos.

— ¿No es singular, continuó la jóven, no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esta aparente tranquilidad de la naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmacion de mis palabras?

— ¿Y porqué hemos de complicar á la naturaleza con nuestra mala fortuna?

— No sé ..... pero ..... yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, duscubriendo sus bellos y blanquísimos dientes.

En seguida levantóse, y dijo á Eduardo:

— Vamos.

— No todavía.

— Sí, vamos; es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad régia que acompañaba todas sus maneras, atrajo á Eduardo suavemente hasta ella. La mano del jóven rodeó la cintura de la bien amada de su alma, miéntras el brazo de esta reposaba sobre el hombro: y, asidos de ese modo, los dos amantes empezaron á ascender la barranca, paso á paso, hablando con los labios y los ojos, hasta que llegaron á la aislada y desierta *casa sola*.

---

## CAPITULO XIV.

### Aparicion.

Segun las órdenes de Amalia ninguna luz se veia en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, á escepcion de las que daban al rio, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

A su entrada á la pequeña sala, Luisa vino á recibir á su señora, y el viejo Pedro asomó su cabeza por una ventana interior para ver que volvia sin novedad la hija de su coronel.

— ¿No ha venido Daniel?

— No, señora: nadie ha venido despues del señor Don Eduardo.

Pocos momentos hacia que la linda viuda y su gallardo amante conversaban siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vigilaba el camino desde una ventana de su cuarto á oscuras, se asomó á la puerta de la sala, y dijo:

— Ahí vienen.

— Vienen! ¿Quiénes? preguntó Amalia sobresaltada.

— El señor Don Daniel y Fermin.

— Ah! bien, cuidado con los caballos.

— Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

— Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres! dijo el jóven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de su infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró á la sala de su prima, cubierto con un pequeño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra sobre la que caian los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

— Los amantes no comen: y esta bobería es una felicidad para mí, dijo, haciendo desde la puerta una cortesía á su prima, otra a su amigo, y otra á la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

— Te esperábamos, dijo la jóven sonriendo.

— ¿A mí?

— Con usted se habla, Señor Don Daniel, dijo Eduardo.

— Ah! muchas gracias! son ustedes las criaturas mas amables del mundo. Y, cómo se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

— Así, así, le respondió Eduardo meneando la cabeza.

— Ya! ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse..... Pedro!

— ¿Qué quieres, loco?

— La comida, Pedro, dijo Daniel quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose á la mesa, y echando un poco de vino de Burdéos en un vaso.

— Pero, señor, eso es una impolítica! se ha sentado usted á la mesa ántes que esta señora.

— Ah! yo soy federal, Señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolucion, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolucion: platos de un color, fuentes de otro; vasos, sin copas de Campagne; la lámpara casi á oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabian ya la aventura de Daniel, dieron libre curso á su risa, y vinieron á sentarse á la mesa, donde Pedro acababa de poner la comida, á las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romanezco y estraño.

— Y bien; antenoche te comprometiste con esa señora á hacerla ayer una visita y oir sus memorias; segun nos lo dijiste anoche, ayer faltaste á tu palabra de caballero, pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

— No, mi querida prima, dijo Daniel trinchando una ave.

— Has hecho mal.

— Puede ser; pero no iré á casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

— ¿Qué? preguntó Amalia frunciendo las cejas.

— Conmigo! esclamó Eduardo.

— Pues, no creo que halla aquí otro que se llame Eduardo.

— No pierda usted esa ocasion, Señor Belgrano, dijo Amalia con ese tono y ese gestito que emplean las mujeres cuando quieren decir á su querido: «Dios lo libre á usted de hacer tal cosa.»

— Amalia, yo no he perdido el juicio todavía, le respondió Eduardo.

— A fe de Daniel que es una desgracia: yo no he conocido mucho juicio acompañado de mucha suerte.

— Ah! ahora me esplico tu escesiva fortuna, dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

— Cabal! como dice el respetable presidente Salomon; y si Eduardo tuviera ménos juicio sabria aprovechar la poderosa proteccion que se le presenta en la difícil situacion en que vive; es decir, haria una visita á la hermana del Restaurador de las Leyes; leeria con ella sus memorias; comeria con ella ántes que Rivera; se encerraria con ella en la sala miéntras Rivera comia, y despues..... y despues ya no habria que temer de Doña María Josefa, ni de nadie.

— Vamos, Eduardo, aproveche usted.

— Amalia, ¿no conoce usted á Daniel?

— Quién sabe si él tiene motivos para hablar así!

— Eso es, prima mia, eso es: nunca se hacen aberturas sino cuando hay presuncion de que serán aceptadas.

— ¿Qué dice usted, Eduardo?

— Digo, Daniel, que me hagas el favor por todos los Santos del cielo de mudar de conversacion.

Amalia tenia una cara tan séria, y Eduardo habia encapotado su mirada cuando habló á Daniel, que este no pudo ménos que soltar una estrepitosa carcajada que desarmó á los jóvenes haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

— Son impagables! esclamó Daniel riendose todavía, Florencia es menor que tú, Amalia; yo soy menor que Eduardo,

y sin embargo, Florencia y yo tenemos mas juicio que ustedes, sin comparacion; apénas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para tener tres reconciliaciones.

— ¿Pero la haces sufrir, entónces?

— Para hacerla gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable á la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazon; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana.....

— No, no, gracias, Daniel, gracias, dijo Eduardo con tal viveza que hizo sonreir de placer á aquella mujer querida, á quien queria ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

— Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

— Y bien, Daniel. Hablemos de cosas sérias.

— Lo que será un prodigio en esta casa.

— ¿Has sabido de Barracas?

— Sí, todavía no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodigiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

— ¿Ha cesado el espionaje?

— Hace tres noches que no va nadie, lo que tambien es raro entre los federales, yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo órden que lo hemos dejado hace quince dias. He hecho poner una nueva llave á la verja; y tus fieles negros que cuidan la quinta, duermen mucho de dia para vigilar de noche; y si alguien va se hacen los dormidos, pero ven y oyen, que se lo que yo quiero.

— Oh, mis viejos criados, yo los compensaré alguna vez!

— Ayer los mandó llamar Doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirla sino lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran dónde te hallas.

— Oh, qué mujer, qué mujer, Eduardo!

— No, no es de ella de quien debemos vengarnos.

— Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

— ¿Cuál?

— ¿Cuál? preguntaron con prontitud.

— La situacion pública. El ejército libertador está aun sobre la guardia de Lujan, pero mañana 1.° de setiembre seguirá sus marchas; Rosas no puede dar su atencion sino á los grandes peligros, y nadie se atreveria á importunarlo con chismografia individual; la persecucion que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es simplemente parcial, y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para ello; y la mashorca y todos los corifeos de la federacion no quieren tomar posicion mas determinativa hasta saber los resultados de la invasion. Así es, que desde el suceso del 23 no hemos tenido nada notable en los últimos quince dias; pero esa desgracia fué ordenada por Rosas.

— ¿Pero qué desgracia? preguntó Amalia llena de inquietud.

— Es un hecho horrible, característico de Rosas.

— Dílo, dílo, Daniel.

— Oye: un Ramos cordobes, hombre pacífico, abstraido é insignificante en política, llegó á nuestro Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del sur. Su mujer dió á luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Ramos salió á la calle á hacer las diligencias para el entierro. Un comisario de policía le detuvo en ella, fué con él á casa de Ramos. donde sin consideracion al estado de la familia, empezó el mas minucioso é indecente rebusco, descerrajando muebles, y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó á Ramos que le siguiese; salió con él y su partida; le sacó de la ciudad y le condujo á San José de Flores. Entónces le hizo saber que iba á morir, y que «Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedia dos horas, para ponerse bien con Dios.» Las dos horas pasaron y Ramos fué muerto á pistoletazos por la partida.

— Qué horror! esclamó la jóven cubriéndose los ojos con sus manos. ¿Pero, y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

— ¿La mujer? Se ha enloquecido, prima mia.

— Loca!

— Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas á su amigo de que mudase de conversacion. Amalia se habia puesto excesivamente pálida.

— Cuando hayamos pasado esta época terrible, continuó Daniel, y vivimos juntos, tú y Eduardo, mi Florencia y yo, entónces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado cerca de tí y que las ignoras. Es verdad que entónces seremos tan felices, que quizá no queremos hablar de desgracia ninguna. Vamos á beber por ese momento

— Sí, sí.

— Sí, bebamos por nuestra dicha futura, contestaron Eduardo y Amalia acompañando á Daniel con una copa de vino.

— Apénas lo has probado, Amalia, pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces; y hacemos bien, el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos á correr tres leguas por la costa de nuestro rio.

— Dios mio! esto me inquieta, esclamó Amalia, á esta hora.....

— Hasta ahora hemos salido bien, y bien saldremos en adelante, dijo Eduardo.

— ¿Y si esa confianza fuera demasiada?

— No, amiga mia, no. Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis ú ocho hombres.

— ¿Pero ustedes no son mas que tres?

— Justamente, Amalia, y es porque somos tres que los mashorqueros necesitarian juntarse hasta el número de doce; cuatro por uno; entónces la cosa podria ser dudosa; le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó á inspirársela á su amada; pero esto fué momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, pero no quiere jamas que lo ponga á prueba, y Amalia le dijo prontamente:

— Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro ¿no es cierto?

— Sí, á ménos que no se le ocurra á Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no soportar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaria dar con otra igual.

— Yo no uso armas misteriosas, caballero, le contestó Eduardo sonriendo.

— Así será, pero son mas eficaces; sobre todo, mas cómodas.

— Ah, ya sé! ¿Qué arma es esa Daniel, que usas tú y con que has hecho á veces tanto daño?

— Y tanto bien, podrias agregar, prima mia.

— Cierto, cierto, perdona; pero respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

— Espera, déjame acabar este dulce.

— No te dejo ir esta noche, sin que me digas lo que quiero.

— Casi estóy por ocultártelo entónces.

— Cargoso!

— Vaya, pues, ahí está la arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pié de largo, y delgada en el centro, y en cuyos estremos habia dos balas de fierro de seis onzas á lo menos cada una, cubierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que tomada por una de las balas, se blandia sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro estremo, al mas leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero la separó de sus manos.

— ¿La has visto ya, mi Amalia?

— Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

— Es mortal si se descarga sobre la cabeza, ó sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en inglés se llama *Life-preserver;* en frances *casse-tête;* y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del frances que es el mas epresivo, porque quiere decir, como tú sabes, *rompe-cabezas.* En Inglaterra esta arma es muy comun; en una provincia de Francia la usan tambien; y Napoleon la hacia llevar en varios regimentos de caballería. Para mí tiene dos méritos: et uno haber salvado á Eduardo con ella: el otro, estar pronta para salvarlo otra vez si llega el caso.

— Oh, no llegará! ¿No es verdad que no se espondrá usted, Eduardo?

— No, no me espondré; yo temo demasiado el verme imposibilitado de volver á esta casa.

— Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

— ¿A él?

— Toma! ¿Pues no lo sabes ya, mi querida prima? Nuestro respetable maestro de primeras letras no lo echó á empujones, pero lo echó á discursos. Mi Florencia le dió hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos dias, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino dia y medio; y por último, yo no he querido tenerlo sino dos veces, y con esta noche son tres.

— Pero he estado una en mi casa, dijo Eduardo con cierto énfasis.

— Sí, señor, es bastante.

Amalia se esforzaba en sonreirse, pero sus ojos estaban bañados de lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj:

— Las once y media: es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

— ¿El poncho y la espada de usted, Eduardo?

— Se los di á Luisa, creo que los ha llevado á una pieza interior.

Amalia pasó de la sala á la habitacion contigua, y de esta á otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apénas por la claridad de la luna que penetraba al traves de los cristales de las ventanas que daban hácia el camino de arriba, que pasaba entre los olivos y la *casa sola.*

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia, y al mismo tiempo sus precipitados pasos hácia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban á las habitaciones, cuando las manos de la jóven los detuvieron en el dintel de la puerta de comunicacion.

— ¿Qué hay?

— ¿Qué hay? preguntaron los dos amigos

— Nada.... no salgan todavía.... no salgan esta noche, les respondió Amalia excesivamente pálido y descompuesto su semblante.

— Por Dios, Amalia! ¿Qué hay? le preguntó Daniel con su impetuosidad natural, miéntras Eduardo se esforzaba por entrar á las habitaciones oscuras, cuya puerta habia cerrado Amalia y parádose delante de ella.

— Yo lo diré, yo lo diré; pero no entren.

— ¿Pero hay alguien en esas piezas?

— No, nadie hay en ellas.

— ¿Pero, prima mia, porqué has dado ese grito, porqué estás pálida?

— He visto un hombre arrimado á la ventana del cuarto de Luisa que da hácia el camino; creí al principio que seria Pedro ó Fermin, me aproximé para convencerme, y descubierta por ese hombre al acercarme á los vidrios, dió vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho, y se alejó casi á carrera; pero al separarse de la ventana, los rayos de la luna alumbraron su cara y le conocí.

— ¿Y quién era, Amalia? preguntaron los dos jóvenes.

— Mariño.

— Mariño! esclamó Daniel, miéntras Eduardo se torcia los dedos.

— Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y di un grito.

— Todo nuestro trabajo está perdido, esclamó Eduardo paseándose precipitadamente por la sala.

— No hay duda, he sido seguido por él al salir de lo de Arana, dijo Daniel reflexionando.

En seguida el jóven se asomó á la puerta que daba al rio, y llamó á Pedro que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

— Pedro, durante comíamos, ¿dónde estaba Fermin?

— No se ha movido de la cocina despues que guardámos los caballos en el cuarto caido.

— ¿Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, ó cerca de la casa?

— Nada, señor.

— Sin embargo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó la mano á sus canos bigotes y fingiendo retorcérselos, se dió un fuerte tiron de ellos.

— Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vigilancia en adelante; llame usted á Fermin, y entretanto ponga usted el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

— Fermin, necesito saber si hay hombres á caballo entre los olivos; y si no están ahí, quiero saber qué direccion acaban de tomar, y cuántos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermin se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, de donde se descubria el camino y los cuarenta ó cincuenta árboles que aparecian á tres cuadras de la casa, como otros tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacia que estaban observando el camino en la direccion á los árboles cuando Amalia dijo:

— ?Pero porqué tarda en salir Fermin?

— Oh, está ya muchas cuadras de nosotros, Amalia?

— Pero si no ha pasado y solo por aquí se va al camino.

— No, mi hija, no; Fermin es buen gaucho, y sabe que al animal que dispara no se le persigue de atras; estóy seguro que ha bajado la barranca, y que á tres ó cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hácia los olivos por el camino de arriba.... Allí está ¿lo ves?

En efecto, á dos cuadras de la *casa sola*, orillando el camino á la derecha y dejando un poco á la izquierda los olivos, se veia un hombre sobre un caballo oscuro que á galope corto seguia el camino; y un momento despues se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituosas canciones de nuestros gauchos, todas diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Despues se le vió parar el golpe y tomar el trote hácia los olivos, siempre cantando. Perdióse luego entre los árboles, y pocos instantes despues se le vió salir de ellos como una exhalacion, repasando en un minuto el camino que habia andado.

— Corren á Fermin, Daniel.

— No, Amalia.

— Pero mira, ya no se ve.

— Comprendo todo.

— ¿Pero qué comprendes? preguntó Eduardo que carecia de ese talento de observacion que poseia Daniel en tan alto grado, y que le habia hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilizacion.

— Lo que comprendo es que Fermin no ha encontrado á nadie entre los olivos, que se ha bajado, que ha buscado algun rastro, que ha encontrado frescas indicaciones de caballos que acaban de tomar la direccion que él lleva, y que sigue por ella á convencerse de su presuncion.

En seguida volvieron á la sala, y no haria diez minutos

que estaban en la puerta de ella que daba hácia el rio, cuando divisaron á Fermin que venia volando por la playa. Subió la barranca á trote largo y vino á desmontarse delante de la puerta.

— Ahí ván, señor, dijo con esa indolencia característica del gaucho.

— ¿Cuántos?

— Tres.

— ¿Por qué camino?

— Por el de arriba.

— ¿Has distinguido los caballos?

— Sí, señor.

— ¿Conoces alguno?

— Sí, señor.

— A ver.

— El que iba delante es el picazo de galope trabado, que monta el comandante Mariño.

Amalia miró sorprendida á Eduardo y á Daniel.

— Bien: baja los caballos á la orilla del rio.

Fermin se retiró llevando el suyo de la brida.

— Pero que! ¿se van? preguntó Amalia.

— Sin perder un momento, la respondió su primo.

— ¿Y cómo la dejamos sola, Daniel?

— Fermin se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

— Yo debo acompañar esta noche al jefe de dia; y tú dormirás en mi casa.

— Dios mio, nuevos trabajos! esclamó Amalia llevando sus manos á sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufria.

— Sí, nuevos trabajos, mi Amalia, ya esta casa no nos ofrece seguridad, y será necesario buscar otra.

— Pero vamos pronto, Daniel, dijo Eduardo con una impaciencia tan marcada y una espresion tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amalia creyó adivinar su pensamiento, y le cogió la mano diciéndole:

— Por mí, Eduardo, por mí, con tal dulcedumbre, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por la primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el leon no fuera fascinado por la maga.

— Descansa en mí, mi Amalia, la dijo Daniel imprimiendo un beso sobre su frente, como tenia de habitud al despedirse de ella; de esa criatura tan bella, tan noble, tan generosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola al que vino á espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fué casi silenciosa: cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones: Amalia sufria por verlos partir; Eduardo, porque veia que cada momento se ganaba terreno Mariño; y Daniel porque no podia volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro, y por Eduardo en la ciudad.

Al pié de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermin recibió órden de permanecer cerca de Amalia, hasta las seis de la mañana.

En seguida partieron á gran galope por el camino del Bajo, miéntras Amalia los seguia con sus ojos, elevados al cielo cuando húbolos perdido de vista, buscando el propiciar á la divinidad con los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la naturaleza, que pocas horas ántes habia escuchado la espresion de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro á cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.

---

## CAPITULO XV.

### El jefe de dia.

— Es inútil, Eduardo! vamos á reventar los caballos sin conseguir lo que deseas, decia Daniel, miéntras que los caballos volaban.

— ¿Y sabes lo que deseo?

— Sí.

— ?Qué?

— Alcanzar á Mariño.

— Sí.

— Pero no será.

— ¿No?

— No lo conseguirás; y hé ahí la razon por que me presto á tu capricho de que corramos como dos demonios por este camino, á riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

— Veremos si lo alcanzo.

— Nos lleva veinte minutos.

— No tanto.

— Y mas.

— Al ménos, diez hemos reconquistado ya.

— ¿Y si lo alcanzáramos?
— A Roma por todo.
— ¿Qué?
— Que le busco pendencia y lo atravieso de une estocada.
— Magnífica idea!
— Si no es magnífica, á lo ménos es terminante.
— ¿Olvidas que son cuatro?
— Aunque sean cinco; pero son tres solamente: él y sus dos ordenanzas.
— Son cuatro; Mariño, dos ordenanzas, y yo.
— ¿Tú?
— Yo.
— ¿Tú contra mí?
— Contra tí.
— Enhorabuena.

Tal era el diálogo de los dos jóvenes miéntras hacian volar sus poderosos corceles; y ya habian andado legua y media de las tres que tenian que correr, cuando Daniel que empezaba á temer que á tal carrera saliérase Eduardo con su loca idea, que era preciso evitar á todo trance, se aprovechó de la aparicion de dos hombres á caballo que divisó hácia la derecha del camino, y que marchaban en la misma direccion que ellos.

— Vé ahí; allá van tres hombres, Eduardo.... á nuestra derecha..... como á dos cuadras. .. ¿los ves?
— Pero no son tres, son dos solamente.
— No; he visto tres..... es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó mas, y dió vuelta su caballo en direccion á los jinetes que distaban como quinientos pasos. Sesgaba, pues, el camino, perdia tiempo, y era cuanto queria Daniel, que siguió siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver á aquellos hombres que se venian sobre ellos á carrera tendida, tiraron las riendas á sus caballos, y esperaron lo que ocurriera.

Los jóvenes sentaron sus caballos á cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los labios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habian hecho perder cuatro ó seis minutos de marcha recta; y sobre todo al comprender que habia sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver á tomar de nuevo la carrera, todo fué obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frio con que sabia clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenia la seguridad de que no alcanzarian á Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la *Gaceta* no era hombre

de ir contemplando la naturaleza, sino de correr á prisa para dejar cuanto ántes aquellos solitarios caminos; y ya casi sin temor ninguno dejaba correr á Eduardo, persuadido de que no habia otro inconveniente que el de dar una rodada, como o habia dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo; pero al fin los pobres animales no podian andar tres leguas á carrera tendida, y poco á poco fueron desobedeciendo á sus amos, y perdiendo su fuerza.

Seguian, sin embargo, incitándoles, cuando el ¡quién vive! de un centinela llegó súbito al oido de los jóvenes, estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaban acuartelado el general Rolon, un piquete de caballería, y media compañía del batallon de la marina que mandaba Maza, y que hacia la guardia del cuartel, pues que el batallon, como se sabe, habia marchado el 16 de Agosto para Santos Lugares.

— (Gracias á Dios!) ¡La patria! contestó Daniel sentando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dió un tan fuerte tiron, que al brusco y desigual movimiento del animal casi saltó el jinete de la silla.

— ¿Qué gente? continuó el centinela.

— Federales netos, respondió Daniel.

— Pasen de largo.

Y ya volvia Eduardo á tomar el galope cuando una ronca y vibrante voz les gritó:

— Alto.

Los jóvenes se pararon.

Una comitiva de diez jinetes descendia por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquellos se adelantaron á reconocer los que venian por el camino del Bajo. Y examinándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó á ellos.

— Me debe usted un caballo, general, dijo Daniel con ese tono de confianza que sabia tomar en los momentos mas difíciles, y con el que desarmaba al mas malicioso y perspicaz, luego que conoció al general Mancilla, que hacia esa noche el servicio de jefe de dia.

— ¿Usted por aquí, Bello? contestó el general.

— Sí, señor; yo por aquí, despues de haber andado mas de una legua por la costa del rio á ver si daba con usted. pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay mas: me debe usted un caballo, pues que el mio ya no puede mas, despues de lo que he corrido en su busca.

— Pero quedó usted en ir á casa á las once, y he salido á las once y cuarto.

— ¿Entónces yo tengo la culpa?

— Por supuesto.

— Bien, me confieso culpado, y no reclamo el caballo.

— Convenido.

— ¿Y hay novedad, general?

— Ninguna.

— Pero yo le he pedido á usted que quiero ver nuestros soldados en sus cuarteles.

— He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demas.

— ¿Y se dirige usted ahora?

— Al fuerte.

— A que están dormidos.

— Toma! alcaldes y jueces de paz, hágame usted el favor, qué soldados!

— Bien, general, ¿qué camino va usted á llevar?

— El del Bajo, porque voy primero á la batería.

— Bien, nos encontraremos en la plazoleta del fuerte.

— Pero, vamos juntos.

— No, general; voy á subir á la ciudad a acompañar á este amigo mio que pensó pasar la noche con nosotros, pero que se ha indispuesto.

— Toma! Si ustedes no sirven para maldita la cosa, los mozos de ahora.

— Eso es lo mismo que yo le decia á usted esta mañana.

— No pueden pasar una mala noche.

— Ya usted lo ve.

— Bueno, vaya ligero, y nos reuniremos en el fuerte; allí ceneremos.

— Hasta de aquí un momento, general.

— Ande pronto.

Eduardo hizo apenas un ligero saludo con la cabeza al general Mancilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos despues Daniel abria la puerta de su casa; entraba en ella con su amigo; y poco mas tarde, volvia á salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo; en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos habia en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el grande arco de la Recova vió al jefe de dia y su comitiva que subia á la plaza del 25 de Mayo; y volvieron á saludarse junto á los fosos de la fortaleza, donde entraron despues de las fomalidades militares.

La noche seguia hermosa y apacible; y en el gran patio del fuerte, y en los corredores de lo que fué en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad,

con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos, y gran parte de la plana mayor; componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta á quinientos hombres.

Toda esa eterogénea guarnicion de la fortaleza era mandada esa noche por Mariño, segun las disposiciones del general Pinedo, inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver á Daniel en compañía del general Mancilla, cuando lo creia en ese momento en la *casa sola,* á tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabia que Mariño estaba esa noche á cargo de la fortaleza, pero ninguna sorpresa manifestó su semblante; y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al jefe de dia:

— Esto es servir, general: el señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

— Eso es cumplir los deberes, Señor Bello, le contestó Mariño sin volver todavía de su sorpresa.

— Y esto es vigilancia. Todo el mundo está aquí despierto, dijo el jefe de dia.

— Lo que no hemos visto en parte alguna, agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginacion de Mariño, pues que si Daniel habia andado acompañando al jefe de dia, no podia ser él á quien habia seguido de léjos hasta la *casa sola*, tres horas ántes; y quizá no seria Amalia aquella mujer que dió un grito en un cuarto á oscuras de esa casa. Así, Mariño se perdia en conjeturas; y miéntras el general conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos á una de las habitaciones altas, donde habia una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo ménos de preguntar á Daniel, con esa indiscrecion que acompaña siempre á los espíritus perturbados de improviso:

— ¿Entónces usted no ha paseado esta noche solo, á caballo?

— Un poco.

— Ah!

— Estuve hasta las siete en casa del señor gobernador delegado, y ántes de ir á juntarme con el general Mancilla di un paseo por esos lados del Retiro.

— ¿Por el Retiro, en direccion á San Isidro?

— Pues, en direccion á San Isidro. Pero me acordé que tenia que hacer una diligencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo envidiando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer diligencias.

— ¿Adelante de usted?

— Sí, en direccion á San Isidro, por el camino de arriba, contestó Daniel con una candidez tal, que Mariño acabó de

perder la cabeza, empezando á convencerse de que él mismo se habia burlado á sí mismo.

— ¿Qué quiere usted? continuó Daniel, nosotros no tenemos un momento nuestro.

— Así es.

— Oh, y si yo tuviera el talento de usted, Señor Mariño! si yo supiera escribir como usted sabe, mis desvelos entónces podrian ser útiles á nuestra causa; pero ando de aquí para allá todo el dia y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

— Cada uno hace lo que puede, Señor Bello, contestó Mariño, en cuya alma mas torcida que sus ojos, ni la lisonja hacia impresion.

— Cuándo estaremos en paz y veremos afianzados esos luminosos principios federales que usted propaga en la *Gaceta!*

— Cuando no haya ningun unitario descubierto, ni disfrazado, respondió el escritor federal.

— Eso es lo mismo que le decia yo esta tarde al señor gobernador delegado.

En ese momento un ayudante del jefe de dia vino á llamar á Bello y á Mariño de parte de aquel.

Subieron.

Parados en redor de una mesa doce ó catorce individuos, tomaban una copa con el jefe de dia. Pero ¡cosa rara! era la tercera ó cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningun entusiasta brindis federal habia resonado bajo las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los brindis á la libertad y á la patria! Mariño llegó á tiempo de beber con ellos, pero tampoco dijo una palabra.

— Vamos, Bello ¿qué toma usted? dijo el general Mancilla.

— Nada, señor, nada de comer; pero beberé una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

— Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes, agregó Mancilla; y todos cuantos allí habia beberon su copa, pero en silencio.

— Comandante Mariño!

— Pronto, señor, contestó este acercándose al general Mancilla, que le dijo, separado de los demas:

— Haga usted que toda esta gente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

— ¿Hago levantar el puente?

— No hay para qué.

— ¿Cree usted, general, que esta noche no haya novedad?

— Ninguna.

— ¿Se retira usted ya?

— Sí; voy á visitar otros cuarteles, y me voy á dormir.
— Lleva usted un buen compañero.
— ¿Quién?
— Bello.
— Ah, es una alhaja este muchacho!
— ¿De qué, general?
— No sé si es oro, ó cobre dorado, pero brilla, dijo Mancilla, sonriendo y dando la mano á Mariño.

En seguida, bajaron por la grande escalera, y miéntras Mancilla se reunia á su comitiva para montar á caballo, Daniel se acercó á Mariño y le dijo:

— Lo envidio á usted, comandante: yo quisiera tener tambien algun puesto donde poder distinguirme.
— ¿Y sufriria usted por la federacion los desvelos que sufro yo?
— Todo: hasta las murmuraciones.
— ¿Murmuraciones?
— Sí. Aquí mismo acabo de oir á algunos que criticaban algo de usted.
— ¿De mí?
— Decian que no ha venido usted á la fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir á las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

— ¿Y quién decia eso, Señor Bello? preguntó Mariño con voz trémula de rabia.
— Eso no se dice, Señor Mariño: se cuentan los milagros sin nombrar los santos; pero hablaban de ello, y seria bien desagradable que esto llegase á oidos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

— Habladurías, dijo.
— Por supuesto. Habladurías.
— Sin embargo no repita usted esto á nadie, Señor Bello.
— Palabra de honor, Señor Mariño; yo soy uno de los hombres que mas admira el talento de usted; y que tengo especiales motivos para estarle á usted grato, por el servicio que quiso prestar á mi prima.
— ¿Y su prima de usted está buena?
— Muy buena, gracias.
— ¿La ha visto usted?
— Esta tarde he estado con ella.
— He oido que se ha mudado de Barracas.
— No. Ha venido á pasar unos dias á la ciudad, pero se vuelve pronto.
— ¿Ah, se vuelve?
— De un dia á otro.
— Vamos, Bello, gritó el general Mancilla ya de á caballo

— Vamos, general; buenas noches, Señor Mariño.

— Recomiendo á usted el olvido de estas habladurías, Señor Bello.

— Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la fortaleza con el jefe de dia; dejando á Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien á ese jóven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios privados: á quien odiaba por instinto; y de quien no podia tomar una sola prueba, una sola indiscrecion para perderlo.

---

## CAPITULO XVI.

### Continuacion del anterior.

La comitiva del jefe de dia tomó por la calle de la Reconquista, que conducia al cuartel del coronel Ravelo.

No eran mas que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues solo veíase en ella el bulto de los serenos en sus respectivos puestos, prontos á marchar á la fortaleza para reunirse con su jefe, á la señal de alarma; pero nada mas. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar espandimiento á su espíritu ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer á los padres y á los hijos; y la simple accion de pasear las calles de Buenos Aires, en la época del terror, despues de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que habia una gran seguridad federal en quien tal cosa hacia. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires, comenzó á aprender hábitos femeniles, aconsejados por esa falta de seguridad personal, que hacia buscar entre las paredes del domicilio la única garantía posible á los que temian á cada paso encontrarse con el puñal ó el chicote de la mashorca.

Pero el sueño venia siquiera en ausilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad? Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del momento que atravesaban, para poder encon-

trar en el sueño el olvido de la vigilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del jefe de dia resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, ó algun postigo de una habitacion en tinieblas se entreabria para dar paso á una mirada inquieta y buscadora.

Un caballo á galope daba orígen á imaginar un chasque que volaba á anunciar una traicion, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya esplicacion no se podia encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo, ó de tropel de gente armada.

Y para mas de uno, la comitiva de Mancilla pareció acaso un escuadron del general Lavalle que se habia precipitado á la ciudad.

Era la causa política quien ponia á los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era mas que esto: era la causa política y la causa individual quien los sujetaba á ese penoso modo de existencia, porque á las opiniones de la causa comun ligado estaba para cada individuo el azar de su destino propio.

Los federalistas, por principio, sabian bien que no habia que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venia campeando, ni el jefe de la cruzada libertadora venia á consumar venganzas de opiniones politicas. Mas ellos sabian que el caudillo llamado federal los habia precipitado á una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la politica, sino la justicia: y temian.

Los hombres pertenecientes al club de la Mashorca, manchados con cuanto género de crímen puede conducir al cadalso, comprendian bien que eran millares de familias las que tenian descargado sobre ellos el anatema justísimo á que se habian hecho acreedores; porque sus insultos individuales no podian traer sino venganzas y castigos individuales: y á su vez temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenian un deudo en el ejército libertador, recordaban que era una cuestion de sangre la que se iba á resolver á sus ojos: y temian de los combates.

Los que no habian dado jamas pruebas prácticas de su entusiasmo federal, motivo suficiente para la clasificacion de unitario, sufrian la inquietud consiguiente á la incertidumbre de los sucesos pendientes: y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el ejército libertador.

Y hé ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases, complicadas en la actualidad por las opiniones ó por las obras, por los parientes ó por los

amigos, toda entera estaba conmovida, y pendiente su espíritu del mas leve incidente que ocurria.

Daniel, que marchaba al lado de Mancilla percibia á menudo el movimiento de las ventanas, ó las sombras en las azoteas, y comprendia perfectamente cuanto acabamos de decir.

— Nuestra buena ciudad no duerme, general, ¿no nota usted que es cierto lo que le digo?

— Todos esperan, amigo mio, contestó el general Mancilla, de cuyos labios rara vez salia una palabra sin malicia, sin doble sentido, ó sin sátira.

— ¿Pero todos una misma cosa, general?

— Todos.

— Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mancilla dió vuelta y miró furtivamente á aquella *alhaja,* como él decia, y luego contestó:

— Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

— Palabra de honor, que no.

— Hay una admirable mancomunidad de deseos, de que esto se acabe cuanto ántes.

— ¿Esto? ¿Y qué es *esto*, general?

Mancilla volvió á mirar á Daniel, porque la pregunta era una estocada á fondo sobre sus confianzas.

— La situacion, quiero decir.

— Ah, la situacion! Pero para usted no pasará nunca la situacion política, general Mancilla.

— ¿Como así?

— Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos, y sea en favor, sea en oposicion al gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro país.

— ¿Aunque entrasen los unitarios?

— Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

— Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero en fin, nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra no escapó á Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil:

— Sí, él es digno de que ninguno lo abandonemos en este trance.

— No crea usted que es terrible, este hombre tiene mucha suerte.

— Es que representa la causa federal.

— Que es la mejor de todas ¿no es verdad? dijo Mancilla, mirando á Daniel.

— Así lo he aprendido en las sesiones del congreso constituyente.

Mancilla se mordió los labios: él habia sido unitario en el congreso; pero Daniel tenia tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien, si aquellas palabras eran, ó no, un sarcasmo.

Daniel continuó:

— Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse, solamente los federales podrán dar en tierra con el general Rosas.

— Parece que tuviera usted cincuenta años, Señor Bello.

— Es que me fijo mucho en lo que oigo.

— ¿Y que es lo que usted oye?

— La popularidad de que gozan algunos federales; usted por ejemplo, general.

— ¿Yo?

— Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que le unen al Señor Gobernador, este vigilaria mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza, y sobre todo, su talento y su valor. A pesar de que he oido, que hablando de esto alguna vez, en 1835, dijo que usted no servia sino para revueltas de real y medio.

Mancilla acercó violentamente su caballo al de Daniel, y le dijo con una voz nerviosa:

— Son propias de ese gaucho bruto estas palabras ¿pero sabe usted porqué las ha dicho?

— Por broma quizá, general, contestó Daniel con la mayor sangre fria.

— Porque me tiene miedo, dijo Mancilla apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas con aquella palabra que debia ser pronunciada .bien claro, para poder ser rey de España, segun decian los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaracion era propia del carácter de Mancilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscrecion. Pero la situacion era tan grave, que no dejó de conocer pronto que se habia avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder, y creyó que lo mejor seria arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

— Yo sé que si pegase un grito tendria toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este órden de cosas en que vivimos.

— ¿Sabe usted, general, que yo creo lo mismo? le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida le ocurriese tal idea.

— Y usted seria el primero en estar á mi lado.

— ¿En una revolucion?

— En.... en cualquier cosa, dijo Mancilla no atreviéndose á pronunciar aquella palabra.

— Me parece que tendria usted muchos que lo siguieran

— ¿Pero vendria usted? preguntó Mancilla insistiendo en arrancar alguna confidencia á aquel jóven que acababa de ser depositario de una enorme indiscrecion suya.

— ¿Yo? Mire usted, general, yo no podria por una sencilla razon.

— ¿Y cuál?

— Porque yo he jurado no asociarme á nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la federacion.

— Bah! Bah! Bah!

Y Mancilla separó su caballo, queriendo convencerse de que Daniel no era sino un muchacho hablantin, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podia caber en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase:

— Ademas, general, yo tengo horror á la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decia esta tarde á Agustinita, cuando me pedia que le acompañase á usted esta noche.

— Así lo creo, contestó Mancilla con sequedad.

— Qué quiere usted, yo quiero ser tan buen porteño como el general Mancilla.

— ¿Qué?

— Es decir; quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor habia sido siempre el flaco de Mancilla, como su fuerte habian sido siempre las tramollas políticas; y Daniel le empezó á dar en el clavo.

— Pero esos tiempos ya se pasaron, dijo Mancilla sonriendo.

— No para la crónica.

— Bah, ¡la crónica! ¿y qué sacamos con eso?

— Ni para la actualidad, si usted quiere.

— Eso no es cierto.

— Cierto. Hay mil unitarios que odian al general Mancilla, de envidia por la mujer que tiene.

— Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda! dijo Mancilla casi parando su caballo, y mirando á su compañero con un semblante lleno de satisfecha vanidad.

— Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismos unitarios, y me parece qui si ha sido el último triunfo, ha valido por todos

— Eso del último....

— Vamos, no quiero saber nada, general.... yo quiero mucho á Agustinita, y no quiero oir que usted le hace infidelidades.

— Ah, mi amigo, si usted enoja y desenoja á las mujeres como á los hombres, usted tendrá en su vida mas aventuras que yo.

— No entiendo, general! le contestó Daniel fingiendo la mas perfecta sorpresa.

— Dejemos esto, ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habian llegado al cuartel donde dormian cien negros viejos á las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspeccion de ordenanza, siguieron luego á visitar el cuarto batallon de patricios, á las órdenes de Ximeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero ¡cosa singular! el champagne de la federacion parecia no *fermentar* ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salian sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas, que tenian con el jefe de dia los jefes á quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedia en todas partes y en todas las clases.... Causa sin fe, sin conciencia, sin entusiasmo del corazon, que trepidaba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos.... sacerdotes sin religion, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel veia y estudiaba todo, y se decia á sí mismo á cada paso:

— Doscientos hombres solamente, y toda esta gente se la entregaba atada de piés y manos al general Lavalle.

Eran ya las tres de la mañana cuando el general Mancilla tomó para su casa, en la calle del Potosí.

Daniel lo acompañó hasta ella. Pero él no queria que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confidencias, y le dijo, al llegar á la casa?

— General, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

— ¿Yo, Señor Bello?

— Sí; conocedor de que todo nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé bien que el Restaurador no tiene mejor amigo que el general Mancilla; pero felizmente usted no ha visto en mí sino patriotismo federal. ¿No es cierto? preguntó Daniel fingiendo la espresion mas tímida del mundo.

— Cierto, cierto, le contestó Mancilla apretándole la mano y sonriendo de aquel pobre y cándido *muchacho*, como él lo clasificaba en ese momento.

— ¿De manera que contaré con la proteccion de usted general?

— Siempre, á todas horas, Bello.

— Bien, entónces hasta mañana.

— Hasta mañana, gracias por la compañía.

Y Daniel dió vuelta su caballo, riéndose y diciendo para mismo.

ís — No hubiera dado un diablo por mi vida, miéntras tú creyeses que yo tenia tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda: buenas noches, general Mancilla.

---

## CAPITULO XVII.

Patria, amor y amistad.

Daniel entró á su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermin, y los otros criados nada sabian de las escursiones nocturnas de su señor: él despertó á uno sin embargo, y mandó estuviese pronto para recibir sus órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró á sus habitaciones, alumbradas por una mustia lámpara, echó de ménos el fuego de su chimenea, porque el frio de la madrugada empezaba á hacerse sentir con el rigor con que mostróse en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermin, y ningun otro criado podia entrar á las habitaciones de Daniel.

El jóven encendió una bujía, y lo primero que hizo fué pasar al aposento en que dormia Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era agitado en aquella robusta organizacion, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, despues de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá hiriendo su estimulada imaginacion.

Contemplólo Daniel un largo rato; conoció que no hacia mucho tiempo que dormia, por lo poco que quedaba de la vela á cuya luz habia estado leyendo un volúmen de la revolucion francesa. Vió en Eduardo la imágen palpitante y viva de la persecucion y la desgracia que sufria la juventud de la

república; y elevándose mas y mas su espíritu á medida que las ideas se sucedian en él, llegó á creer que tenia delante de sus ojos una personificacion de la actualidad, en cuya suerte podria estudiar el destino de la generacion á que pertenecia.

Pálido, ojeroso, abrumado su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó á su bufete y se echó en su sillon.

Pero de repente, separando de sus sienes sus lacios y descompuestos cabellos, sentóse á su escritorio, y, tranquilo, con ese semblante sereno que se descubria en él cuando una alta idea le preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó despues con completa calma:

«Al Señor Bouchet Martigny, &a. &a.

«Buenos Aires, 1.° de Setiembre de 1840.

«*A las cuatro de la mañana.*

«Muy señor mio.

«Están en mi poder sus cartas del 22 y 24 del pasado, y la última me ha confirmado la lisonjera idea de que la noble causa de mi patria encuentra prosélitos, no solo en sus hijos, sino tambien en los hombres de corazon, cualquiera que sea la tierra de su nacimiento: y las solicitudes que me avisa usted haber sido dirigidas por compatriotas suyos al gobierno frances, sobre los asuntos del Plata, y en favor de la causa argentina, son otros tantos títulos de reconocimiento hácia esas escepciones nobles de la Europa, que tan mal nos comprende y peor nos quiere.

«Pero al pagar mi parte en esta deuda de gratitud, debo decir á usted con lealtad, que á la altura á que han llegado los acontecimientos, toda interposicion que deba venir de Europa, favorable ó adversa á nuestra causa, no llegará á tiempo de influir en los sucesos, porque las dos causas políticas deben resolverse al influjo de las armas, dentro de pocos dias.

«Para mí, la situacion encierra un dilema preciso y terminante á este respecto: ó la ciudad es tomada ántes de quince dias, y entónces Rosas está perdido para siempre, ó el ejército libertador se retira, y entónces todo se pierde por muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo incremento, ni aun con el ausilio de un poder estraño.

«Dar al general Lavalle todo cuanto elemento sea posible,

es lo único que aconseja la situacion actual; pero darselos sin pérdida de horas; porque del efecto moral que produzca una violenta invasion á la ciudad, mas que un ataque á los reductos de Santos Lugares, puede resultar solamente el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil hombres, con las dos terceras partes de caballería; qne tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número, y que no puede, ni debe contar con la minima cooperacion de los habitantes de Buenos Aires, sino cuando haga sentir el ruido de sus armas y los vivas á la patria, dentro las calles mismas de la ciudad.

«Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que lo oprimen, y espera con toda la efusion de su alma la regeneracion de la libertad patria, yo sé bien que los unitarios se empeñan en separarlo de su consideracion, porque ellos no quieren convenir con que el pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840, lo que en 1810: es un honroso error, pero es error al fin, y pues que los hechos que están ya bajo el dominio histórico, y que han acaecido en todo el norte de la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones unitarias, y arguyen muy alto contra las que se tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una innegable conveniencia el no contar con otros recursos que los que tiene propios el ejercito.

«Es imposible, materialmente imposible establecer hoy la asociacion de diez hombres en Buenos Aires: el individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se esplica, se justifica, puedo decir, pero no es tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de tomar los hechos existentes, buenos ó malos, y basar sobre ellos el calculo de operaciones fijas. Y es sobre el hecho de la no revolucion en Buenos Aires, que debe calcular sus operaciones el ejército libertador.

«¿Sin mas ausilios que los suyos propios, debe, ó no, seguir sobre Rosas el general Lavalle? Tal es la cuestion que pueden proponerse algunos, especialmente la *comision argentina*, que discurre tanto, aunque con tan poco buen éxito, desgraciadamente.

«Antes de resolverla, sin embargo, yo querria hacer entender el general Lavalle, y á todo el mundo, que el poder de Rosas no está en los esteros, zanjas, cañones y soldados de Santos Lugares; que está en la capital; que está en el fuerte, puedo decir: Buenos Aires es la cabeza; todo lo demas no son sino miembros subordinados. Es de Buenos Aires que ha de partir la reaccion en la corriente revolucionaria, que debe descender de ella para surcar por toda la república. Y en este caso el problema por resolver no es otro, que el de

si conviene ó no invadir la ciudad por alguno de los flancos de los acampamentos de Rosas, y tomar posesion de ella, dejándolo á él dueño de la campaña.

«En la posicion del general Lavalle, yo no trepidaria en aceptar el primer caso, porque me asiste la conviccion, que si el ejército se retira, la cuestion se pierde y se pierde el ejército; y en esta coyuntura yo preferiria arriesgar esa inmensa pérdida, sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

«En la ciudad no puede haber resistencia; los federales están abatidos por la simple incertidumbre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando ménos, se pasaria de buen grado al general Lavalle, para buscar con su traicion á Rosas una garantía futura.

«Mi carta anterior lo ha impuesto á usted del pormenor de los acuartelamientos, tropa de línea, &a. que hay en la ciudad; y si esta otra puede contribuir á meditar sobre la idea que aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues que no dudo que del exámen de ella resultaria su aprobacion.

«Quiera usted, Señor Martigny, aceptar como siempre las seguridades de mi particular aprecio.

«*B.*»

Daniel puso á esta carta un sello especial; púsole luego una direccion para Mr. Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego escribió la siguiente:

«Amalia: La vision no era otra que Mariño. He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no cree que me ha seguido y que ha dado contigo. Pero esa misma duda le escitará mas, y querrá salir de ella.

«De hoy en adelante mis pasos serán seguidos mas que nunca.

«No hay remedio: para las dificultades que nos cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

«Es necesario volver á Barracas, y pronto.

«Disponlo todo, y consérvate pronta á todas horas.

«Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido, como va á serlo el choque de nuestra desgracia y nuestra fortuna.

«¡Dios vele sobre los buenos!»

Terminada esta carta, el jóven escribió por último á su Florencia, y le decia:

«Alma de mi alma: todavía soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y cansado de una lucha estéril pero terrible, que tú no conoces todavía, tengo tu corazon

para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme á Dios y á los ángeles, al escribirlo.

«Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas á prestarte á mis deseos: es necesario que persuadas á tu buena madre, que la decidas á su viaje á Montevideo; pero pronto, mañana si es posible. Yo facilitaré todo. Y si es necesario para la tranquilidad de su espíritu el que seas mi esposa ántes de la partida, mañana mismo nos unirá la iglesia, como nos ha unido Dios: para siempre.

«Sobre el cielo que nos cubre, en el aire que respiramos está hoy la desgracia, y quizá.... Quién sabe!... Todo es fatídico hoy.... Yo no quiero tu mano, es decir, mi felicidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos. Pero lo haré, si es necesario para tu partida.

«No me preguntes nada. No puedo decirte, sino que quisiera alzarte sobre los astros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No me pidas que te siga... No puedo.... Frio como un cálculo, mi destino está hecho Estóy clavado á Buenos Aires, y.... pero nos hemos de ver pronto, dentro de ocho, dentro de quince dias á lo mas. Es un siglo ¿no es verdad? No importa, en la nube, en el aire, en la luz, tú me conversarás, Florencia, y yo recogeré tus palabras en el adoratorio de tu imágen: en mi alma.

«¿Me complacerás?

Madama Dupasquier nada te niega.

Y yo no te he pedido jamas nada, sino por tu felicidad y por la mia.

«DANIEL.»

El jóven cerró esta última carta, púsola en su pecho, y esperó al dia para darla direccion con las otras.

---

# PARTE QUINTA.

## CAPITULO I.

### Setiembre.

El primer dia de Setiembre de 1840 se estendió sobre el cielo de Buenos Aires oscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparicion ese fatal mes quisiera ofrecerse á los ojos de los mortales tal como se ofreceria en la posteridad al estudio del historiador: triste, sombrío, cargado de errores y preñado de la tormenta de sangre que debia estrellarse, romperse, y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El ejército libertador habia pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de indulgencia unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el general Lavalle para vencer á Rosas.

El general Lopez, de Santa Fe, empezaba á obrar á retaguardia del ejército.

D. Vicente Gonzalez, y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y á su frente el dictador se atrincheraba en su acampamento de Santos Lugares. Y débil en los primeros dias de la invasion, se hacia fuerte, moral y materialmente, por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilataba en todos los horizontes tormentosos de la república. Pero el rayo que debia herir la cabeza de la libertad ó de la tiranía, no fermentaba en círculos tan le-

janos, sino entre las nubes que se cernian sobre el espacio de Lujan á Buenos Aires.

El general Paz contaba ya en Corrientes un ejército de dos míl hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad esclusivas.

El gobernador Ferré juraba «sepultarse en las ruinas de su provincia ántes que consentirla esclava.»

Las provincias de Córdoba, de San Luis y San Juan se inclinaban á entrar en la gran liga, y se negaban ya á dar al fraile Aldao los ausilios que solicitaba

El general La-Madrid pisaba ya el territorio de Córdoba

Aldao escribia á Rosas, con fecha 8 de Agosto, desconfiando de todo el mundo, «hasta de su sombra.»

Pero qué importaba todo esto?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo, ó la derrota general estaban pendientes del resultado de la espedicion libertadora en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto á muerte de los dos principios, de las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestion francesa, eran ya cosas secundarias é indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la revolucion.

Ya estaban frente á frente

Su voz se oia.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese, debia arrastrar en su caida toda su causa con todas sus ramificaciones, mas ó ménos estensas que ellas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debian justificar mas tarde, desgraciadamente, el genio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó á inspirar en la cabeza del cruzado la idea de que el mundo no tenia mas límites para la libertad argentina, que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spártacus mató su caballo ántes de entrar á la batalla. Cortéz quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y caballo.

Peró no fué así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provincias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedia, Rosas se levantaba mas alto que la cuestion francesa y la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomado, ya no habia punto de apoyo al edificio de la tiranía en la república, ni trepidaciones en la cuestion internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando

al historiador esta tristísima tarea, á describir la situacion de Buenos Aires, al comenzar los primeros dias de Setiembre.

A medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresion del miedo que causó á los rosistas la súbita aparicion de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede haber de infame en la historia de un partido político, ó de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó á ser el blanco del encarnizamiento de bandas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña habia desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad de carácter, y, puede decirse, una altanería y una audacia tal, que los hombres estaban muy léjos de ostentar, y que servia de punzante reproche á las damas exaltadas de la federacion, y á los hombres corrompidos sobre que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América paseaba alta, erguida; les parecia tan bien colocada sobre sus hombros, que creian ofenderle doblándola un poco al pasar por medio de los magnates de la época. Y el vestido modesto de la patriota parecia plegarse y contraerse por sí mismo al ir á rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor-del-aire, se rebelaban al repugnante moño de la federacion; y apénas la punta de una pequeña cinta rosa se descubria entre sus rizos, ó bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crimen. Y la misma moral que así lo clasificaba, debia inventar un castigo propio de ella, propio de sus jueces, propio de los verdugos.

Bandas de ellos, de distintas jerarquías y condiciones, empezaron á apostarse en las puertas de los templos, llevando cántaros con brea derretida, y moños de coco punzó.

Estos trapos eran untados de brea, y á cuantas jóvenes salian del templo sin la gran mancha de la federacion en la cabeza, tomábanla brutalmente de la cintura, la arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y casta pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta espresion que no caia de los labios en la época que describimos.

A las puertas del colegio tiene lugar una de esas escenas á las once del dia.

Una niña salia con su madre; y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban á las señoras

La jóven comprende lo que se quiere hacer de ella, y en el acto se quita el chal que cubria su cabeza, y la presenta á las manos de sus profanadores.

La madre que estaba contenida por otros, grita desesperada:

— Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger á las señoras.

— No, mamá, dice la jóven con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del mas profundísimo desprecio, no, mamá, lós hombres están en la guardia de Lujan, donde está mi hermano Aquí no hemos quedado, sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la mashorca, la gente del mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habian dado ya carta de independencia absoluta para defender mejor su madre causa, comenzaban á pasear en grandes bandas la ciudad, y la clausura de las familias empezó á hacerse un hecho.

Empezó á temerse el salir á la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad eran los mas atravesados en todas direcciones por aquellas bandas; y las confiterías, especialmente, eran el punto tácito de reunion.

Allí se bebia y no se pagaba, porque los brindis que oia el confitero, era demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafées eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay de aquel que se presentase en ellos con su barba cerrada ó su cabello partido! Un nuevo modo de afeitar, que no conoció Figaro, se empleaba con él en ménos de un minuto.

El cuchillo de la Mashorca, que mas tarde debia servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crepúsculo de la tarde no se habia apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto: todo el mundo en su casa; la atencion pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazon latiendo

Lavalle.

Rosas.

La Mashorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpagos súbitos del miedo, ó la esperanza, en la imaginacion de todos.

¡Ay de la madre que tenia un hijo fuera de su casa!

¡Ay de la amada que esperaba á su amante!

Un golpe en la puerta de calle, y todos se precipitaban á las interiores.

El corazon queria adivinar.

La imaginacion lo estraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transicion á otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo que debia durar toda la noche, todo el siguiente dia, y dias y semanas todavía.

¿De qué han sido las familias de Buenos Aires? Cómo se ha podido vivir en esta agonía latente, sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas contracciones del alma y las arterias no consumieran la vida, y no arrastrasen á la demencia ó al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debian venir cada media hora á despertar á las gentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadores militares.

Ni ántes en los excesos de sus mas brutales tiranos.

Ni en la historia moderna la Inglaterra durante sus despotismos religiosos; la Francia durante sus reinados criminales; la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situacion de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido á la sociedad con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscriciones pegadas en la puerta del senado romano hacian saber siquiera, quiénes eran los que estaban bajo el anatema del oido ó la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo ménos estrago que la española Pero cada hombre sabia, en las creencias religiosas que profesaba, cuál era el destino que le cabia.

En Buenos Aires no habia mas medio de poder conocer ese destino; no habia otro camino que condujese á la seguridad personal, que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico; sino que materialmente era preciso asociarse á lo mas corrompido de la Mashorca, y tener el cuchillo en la mano, matando ó pronto para matar

En todas partes la adhesion moral á la causa del poder, por mas brutal y tiránico que fuese, ha sido, naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el estranjero mismo que no era, ni unitario, ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no habia sentido jamas una opinion política; la mujer, el jóven,

el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal: ó ser facinerosos ó ser victimas.

---

## CAPITULO II.

### Santos Lugares.

Las primeras luces del alba se dibujaban sobre el oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes, que, aquí y allá, se le ofrecian en grandes grupos, en el acampamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra á orillas de las zanjas que se habian abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y esparramadas en el mayor desórden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el mas completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones; la corneta de la caballería; la algazara del cuerpo de indios: la gritería de las negras; el movimiento de los caballos; el grito del gaucho enlazándolos, todo á la vez venia á formar un ruido indefinible, para que el oido, como la vista, se intrigase tambien.

El cuartel general estaba hácia el estremo derecho del acampamento, en un grande rancho, que sin embargo no hospedaba de noche al general en jefe.

¿Dónde dormia Rosas? En el cuartel general tenia su cama; pero allí no dormia.

En la alta noche se le veia llegar al acampamento, y el héroe popular hacia tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se le veia echarse; pero media hora despues, ya no estaba allí.

¿Dónde estaba? con el poncho y la gorra de su asistente tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallara ni lo conociera.

En el momento en que estamos, se desmontaba en el

cuartel general, á cuya puerta tomaba mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, ó mas bien, con ménos comodidades que el animal, llegaba sin embargo, fresco, lozano y fuerte como si saliese de un colchon de plumas y de un baño de leche.

La espresion de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que agitaban su alma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada, ni insignia alguna, pasó por medio á su corte, é su estado mayor, ó lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho, y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos e impresos

Veíanse allí tres oficiales de secretaría, palidos, ojerosos. en un profundísimo silencio, y sin hacer nada; y al general Corvalan con un grueso paquete de pliegos cerrados en la mano, entreteniéndose en leer y releer los sobres de ellos.

Paráronse todos á la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó á pasearse á lo largo de la habitacion; mientras los escribientes y el edecan, á quienes no habia saludado, permanecian de pié junto á las sillas que un momento ántes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Ahí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate, tomó dos ó tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos ó tres minutos volvióse á repetir la misma escena; hasta que habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómata salió á renovar el agua.

Y los secretarios y el edecan permanecian parados.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venia.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando ménos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto á la mesa, y dijo, con una cara muy alegre, á los escribientes, y como si recien reparase en ellos:

— Siéntense, no mas.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose á Corvalan, preguntóle como admirado:

— ¿Que habia estado ahí?
— Sí, Excelentísimo Señor.
— ¿Cuándo vino?
— Hará como una hora.
— ¿Qué ha ocurrido en la ciudad?
— Nada absolutamente, Excelentísimo Señor.
— ¿Están alegres?
— Sí, señor.
— ¿Y Victorica cómo está?
— Anoche lo he visto, está muy bueno, Excelentísimo Señor.
— Cuando lo vea déle memorias. Como ayer no ha venido en todo el dia, creia que se habia muerto el gallego Y a Don Felipe lo ha visto?
— Sí, Excelentísimo Señor.
Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.
— Qué miedo tendrá el gobernador delegado! con que no hay nada?
— Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones
— A ver, traiga.
Rosas tomó los pliegos; los abrió, y luego de leer las firmas, se los tiró á uno de los escribientes
— Lea, le dijo, y volvió á pasearse
El escribiente leyó:

«*Señor Don Juan Manuel de Rosas*

«Campamento general, Ambril llanos de la Rioja, Agosto 8 de 1840

«Mi apreciado gobernador y general
«El 5 del corriente á las 4 de la tarde arribó a este destino Don Lucas Llanos con su apreciable correspondencia del 2 y 18 del pasado; por ella quedo impuesto que usted se ha dignado acceder á las indicaciones de mi carta de 30 de junio sobre el vestuario, sables &a. cuya remision se activará desde Córdoba por el general Aleman, que con motivo de ir por unos dias á repararse de una enfermedad que le molesta.... »
— Buenos; que se muera; y que se muera el fraile tambien, ¿no es esa la del fraile Aldao?
— Sí, Excelentísimo Señor.
— Estráctela luego. A ver; lea otra. ¿Cuál es esa?
— Del comandante Don Vicente Gonzalez. Da cuenta de las marchas de.....
— No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

— Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavalle en los dias 30 y 31 de Agosto; 1 y 2 de Setiembre.

— A ver; lea las marchas.

— «Dia 30.»

— ¿De qué?

— De Agosto, dice ántes, contestó el escribiente tartamudeando.

— Pero ahí tambien debia decirlo. A ver, póngale una nota á este viejo bruto, dijo Rosas á otro de los escribientes; diciéndole que otra vez ponga con mas claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

— ¿Le digo que escriba las fechas de las marchas?

— Váyase á un cuerno; escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó:

— «Dia 30; como á las ocho y media de la mañana carneó el ejército de los inmundos salvajes unitarios, y luego marchó hácia la Villa de Lujan y campó cerca del pueblo, á las cinco y media de la tarde, en la Quinta de Marcó.

«Dia 31; el cabecilla Lavalle ha dejado en la Villa de Lujan varias carretas y parte de la artillería, y lleva solo dos obuses y dos piezas ligeras. En este dia el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué.

«Dia 1; el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hácia la Capilla del Señor, y el otro con direccion á Zárate.

«Dia 2; á las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios.

«A una legua hicieron alto.

«A las doce volvieron á marchar los asquerosos unitarios.

«A la una y media hicieron alto.

«A las dos de la tarde volvieron á marchar.

«A las tres hizo alto todo el ejército.

«A las cuatro continuaron la marcha, y á las cinco y media pasaron el arroyo de la Chosa.

«A las seis camparon en los dos puestos de Ramirez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios.»

— No hay mas, dijo el escribiente.

— Pasado mañana pueden estar en Merlo; mañana tambien, dijo Rosas y empezó á pasearse mas precipitadamente por el cuarto.

— ¿Qué dice esa comunicacion de Lopez? preguntó parándose de repente, y despues de un largo rato de silencio.

— Que marcha sobre San Pedro.

El cebador de mate volvió á aparecer en la puerta del rancho.

— ¿No hay una carta sin firma ahí?
— Sí, Excelentísimo Señor.
— A ver léala toda.
El escribiente leyó:

«Montevideo, 1° de Setiembre de 1840.

«Excelentísimo Señor.

«Despues de mi carta de antiyer no hay mas novedad sino la que ha traido ayer un buque de guerra inglés, que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante frances, mandando la espedicion que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderian su patria al estranjero, si no fuera el brazo poderoso de V. E. que la está defendiendo solo contra tantos.

«Aquí los salvajes unitarios siguen en la mas completa anarquía.

«Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto como quisieran. Otros....

— Vea qué bulla es esa, Corvalan. No; espérese. Anda a ver, dijo Rosas al soldado del mate; porque en efecto se sentia cierta algazara en el campo.

El soldado salió y los escribientes y Corvalan quedaron en perplejidad.

— Siga no mas, dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió:

«Unos hablan pestes de Lavalle....

— Ya leyó eso, no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera, y prosiguió:

«Otros gritan que no debe seguir adelante hasta que....

— ¿Qué hay? preguntó Rosas al soldado que entraba, miéntras el escribiente rayaba con la uña la diccion en que habia quedado pendiente la lectura.

— Nada, señor.

— ¿Cómo nada?

— Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

— Ha de ser, pues. ¿De dónde viene?

— No sé, señor; pero ha de ser de por ahí no mas.

— Bueno, á los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Y Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió:

«haya sublevado en su favor todas las simpatías del país. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer porque

cada uno lo aconseja de distinto modo. Por lo que hace á Rivera....

El lector se paró de súbito á los horribles gritos, á los ayes que transian el alma y que se exhalaban á pocos pasos de allí, de Rosas: era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la grita y alegría salvaje de los soldados y la chusma, al ver la sangre y las agonías de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo de sesenta y tantos años, y vendedor de masas por profesion, y que habia ido ese dia á Santos Lugares, á hacer comercio con su cajon de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

— Siga, pues, dijo Rosas con la mayor flema.

«Por lo que hace á Rivera no les ha de dar el mínimo auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejon no sea tan unitario como ellos, sino porque todos viven así en la mas completa anarquía.

«Todos los dias llegan fugados de esa. Me consta que la mayor parte se embarca por la costa de San Isidro en balleneras francesas que van á buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser mas vigilado.

«Mañana volveré á escribir á Vuecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible.

«La letra de cien onzas me fué paga á la vista.

«Quedo haciendo votos por el triunfo de Vuecelencia.»

— No hay mas.

— Mire, dijo Rosas dirigiéndose á Corvalan, usted se va á la ciudad ¿no?

— Como Vuecelencia lo ordene.

— Tiene qué hacer. Busque á Cuitiño y dígale que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata á los unitarios que se embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de estas á pasear por la costa.

— Muy bien, Excelentísimo Señor.

— Y cuente á los amigos, y á él tambien, todo lo que ha visto y oido por aquí.... ¿Me entiende?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿No está Maza ahí en la puerta? preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en que, de cuando en cuando, tomaba Rosas algunos tragos.

— Ahí está, respondió aquel.

— Que venga.

Un instante despues apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la marina: hombre que mas tarde debia

jugar un sangriento y repugnante papel en las guerras de Rosas.

Era entónces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenia en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tio y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó:

— ¿No están en su cuartel unos que trajeron ayer?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Cuántos son?

— Son cuatro, Excelentísimo Señor.

— ¿Cómo se llaman?

Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó:

— José Yera, español.

— Gallego, diga.

— José Yera, gallego, y su hijo.

— ¿Estos los mandaron de Lobos, no?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Y los otros?

— Un tal Velez, cordobes, y Mariano Alvarez, porteño.

— ¿Esos son todos?

— No han traido mas, Excelentísimo Señor.

— Bueno; fusílelos.

Maza hizo una profunda reverencia y salió; miéntras que Rosas volvió á sus paseos.

Al cabo de cinco minutos se paró y dijo:

— Vaya no mas, Corvalan.

El edecan se disponia á salir.

— Ah, lléguese á lo de María Josefa y dígale que haga lo que quiera. Que si son unitarios no le importe de nada.

— Muy bien, Excelentísimo Señor.

— Mire, véase á Mariño y dígale.. ... La voz de Rosas y la atencion de todos fué suspendida por la detonacion de dos descargas sucesivas.

Yera y su hijo, Alvarez y Velez acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas, como diez minutos ántes habia caido Calviño bajo el bárbaro cuchillo federal!

— Dígale, pues, á Mariño, continuó Rosas con la mas inaudita tranquilidad, todo lo que hay por aquí; dígale tambien que parece unitario, porque están muy flojos sus artículos.

Esto decia Rosas en los momentos en que la *Gaceta Mercantil* chorreaba sangre, azuzando á los lebreles de la federacion al esterminio de todos los unitarios.

Y Corvalan así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte ó una desgracia, montó á caballo con ménos seguridad que la que su nombre tenia de pasar tristísimamente á la posteridad, si no como un actor de crímenes, porque en efecto no lo fué el general Corvalan, á lo ménos como un modelo de sumision y de obediencia pasiva al tirano á quien sirvió por tantos años.

Pero no bien su caballo habia dado algunos pasos cuando el cebador de mate lo alcanzó, y llamó al edecan de parte de Rosas.

El viejecito se desmontó con trabajo, y tropezando con su espadin, y las charreteras bailándole, volvió á la presencia de Rosas; miéntras que el soldado iba á buscar un vaso de agua que habia pedido el dictador.

---

## CAPITULO III.

### Un vaso de sangre.

— ¿Ya se iba?

— Ya, Excelentísimo, Señor.

— No; espérese. Siéntese

Corvalan se sentó.

— A ver, continuó Rosas dirigiéndose á uno de los secretarios; ¿cuál es el legajo que trajeron ayer?

— Aquel, Excelentísimo Señor, contestó el secretario señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

— Desátelo.

— Ya está, Excelentísimo Señor.

— Bueno, saque una clasificacion.

— ¿Cuál de ellas, Excelentísimo Señor?

— Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso á recorrer los papeles.

Aqui está, Excelentísimo Señor.

— Lea.

Y Rosas volvió á sus paseos en la habitacion, miéntras que el ordenanza permanecia parado en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente: *)

---

*) Entre los curiosos documentos inéditos, que poseemos hoy, de tiempo de la dictadura, se hallan las famosas *clasificaciones*, de que tanto

## CLASIFICACIONES DE 1835

### Número 1.

*General D. Juan José Viamont*, enemigo de los restauradores.

*General D. Nicolas de Vedia*, sostuvo el gobierno de Balcarce, y proclamó al pueblo con entusiasmo en contra del ejército.

*General D. Tomas Iriarte*, este nunca fué federal; sostuvo con encarnizamiento á Balcarce.

*General D. Gervasio Espinosa*, este fué federal, y se convirtió enemigo por sostener al gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones.

*Coronel D. Francisco Linch*, desertó del partido federal, y fué agente del ministro de la guerra Martinez, en buscar prosélitos que sostuvieron su causa inicua.

*Coronel D. Juan Pedro Luna*, desde que regresó del ejercito del sud era un furioso en hablar con publicidad del general, y de todo individuo que sostenia el partido federal; solo una administracion tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia, sin contenerlo; en consecuencia tomó las armas; ultimamente fué comprendido en la reforma, pasándolo al estado mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta, y se le concedió.

*Coronel D. Paulino Rojas*, unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo.

*Teniente Coronel D. Prudencio Torres*, fué unitario empecinado, y despues federal y últimamente lomo negro.

*Teniente Coronel D. Juan José Olleros*, lomo negro empecinado; está reformado.

*Sarjento Major D. Manuel Torres*, se singularizó en las elecciones de Abril, y ha estado en contra de los federales: es oriental y pariente de Martinez.

*Teniente Coronel de milicias D. Epitacio del Campo*, fué federal y despues lomo negro empecinado, se singularizó en las elecciones de Abril; esto le valió para ser jefe de policía, en cuyo destino hostilizaba á todos los federales que no eran de su faccion.

---

se ha hablado, y que comprenden nueve mil cuatrocientos cuarenta y dos individuos; comenzadas en 1835, y concluidas, parece, en 1844.

Cuando escribímos la AMALIA, en el destierro, nos referímos á ellas, pero, como se comprende, no poseíamos los documentos. Hoy que están en nuestro poder, insertamos en el testo de la obra, que se conservaba inédito, una pequeñísima parte de ellos, para que se vea el órden y la prolijidad de esas tablas. Buenos Aires, 1855.

*D Juan Manuel Canabery,* lomo negro empecinado; tenia una proteccion decidida, y en consorcio de D. Epitacio de-Campo hacian todos los remates del gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades.

*D. Juan José Bosch,* fué federal y se convirtió en lomo negro entusiasmado.

*Teniente Coronel D. Manuel Gregorio Mons,* español, lomo negro, y ciego agente del general Espinosa.

*Coronel D. Bernardo Castañon,* lomo negro, y espía del gobierno de Balcarce.

*Coronel D. José María Echauri,* en todo como el anterior.

*Mayor D. Lorenzo Melgar,* lomo negro empecinado, seducia á los paisanos: salia en todas las guerrillas, hasta que fué inutilizado por un lanzazo.

*Mayor D. Casiano Aparicio,* lomo negro empecinado.

*D. Federico Obenr,* este, siendo particular y estranjero, andaba, con una partida hostilizando á los paisanos en los dias de la revolucion, fué comisionado por Balcarce para persuadir al general Insquierdo viniese con su fuerza á la ciudad, quien lo arrestó, y puesto á disposicion del general del ejército, fué remitido preso á la Guardia del Monte.

*D. Matias Aberastegui,* era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del general Olazabal.

*Mayor D. Martin Olazabal,* lomo negro, tomó las armas.

*Mayor D. Jerónimo Olazabal,* unitario y lomo negro.

*D. Diego Vivar,* este trabajó con empeño en seducir los milicianos del comandante Navarrete, por lo que fué arrestado y remitido á la Guardia del Monte.

*D. Marcelino Carranza,* unitario y lomo negro.

*Teniente Coronel D. Benito Nazar,* unitario y lomo negro.

*Capitan D. Marino Bermudez,* está con el concepto de unitario, lomo negro, no ha servido en el ejército de la federacion: actualmente está causado por haber muerto á un músico de patricios.

*Mayor D. José Gueselaga,* lo fué del batallon de defensores, partidario del general Martinez, y lomo negro.

*Mayor D. Rufino Guati,* unitario y lomo negro.

*Teniente Coronel D. Francisco Seguí,* unitario y lomo negro.

*Teniente Coronel D. Antonio Toll,* en todo como el anterior.

*Capitan de milicias D. Pablo Lopez,* era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas.

*Capitan de milicias D. Martin Amarilla,* en todo como el anterior.

*Capitan de milicias D. Luis Casar,* idem idem.

*Teniente Coronel D. Mariano Moreno*, lomo negro; sostuvo con ardor al gobierno de Balcarce.

*Coronel D. Juan José Martinez Fontes*, en todo como el anterior.

*Coronel D. Nicolas Martinez Fontes*, mandó el batallon «Rio de la Plata;» estaba tan entusiasmado que el dia de las elecciones de Abril formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo: que murieran los absolutistas.

*D. José María Zelaya*, este era federal, lo trastornó el ministro de guerra Martinez (se dice que por intereses), pero él era su agente y panegirista.

*D. Demetrio Villarino*, era juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante D. Manuel Feliciano Fernandez, por cuyo motivo lo depuso del cargo el general del ejército.

*D. Juan José Maciel*, era juez de paz de San Isidro, en todo como el anterior.

*Coronel graduado D. José María Escobar*, lomo negro, no es bueno ni para amigo, ni para enemigo.

*D. Diego Piñero*, fué juez de paz de las Conchas; partidario entusiasta de Balcarce.

*D. Plácido Viera*, este de particular fué hecho en los dias de la revolucion de Octubre, sarjento mayor de caballería de línea y anduvo con partida; se le recogieron los despachos por comprenderlo la resolucion de la Honorable Sala.

*D. José María Grimau*, era corredor de número y uno de los mas exaltados en la revolucion contra los federales.

*Coronel D. Rafael Hortiguera*, lomo negro, pero moderado.

*D. Pedro Echenagusia*, siendo paisano se ofertó al gobierno para formar una compañía para pelear contra los federales, no llenó su compromiso, pero recibio ocho mil pesos que se quedó con ellos.

*Capitan D. Emilio Góngora*, lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano.

*D. Mariano Artayeta*, era mayor de Lavalle, unitario empecinado y se presentó en los dias de la revolucion á tomar las armas contra nosotros.

*D. Mariano Aquilino*, era alcalde del cuartel 17; hizo primores en las elecciones á favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas.

*Coronel D. Juan Coé*, yerno de Balcarce, en los momentos de la revolucion le dieron el mando del puerto.

*D. Pedro Echagüe*, lomo negro y espía del ministro Martinez.

*Sarjento mayor D. Julian Martinez*, hijo político del ministro Martinez, tomó las armas.

*Coronel D. Manuel Rojas*, unitario y lomo negro.

*Coronel D. Roman R. Fernandez*, lomo negro, trabajó con calor en las elecciones en contra de los federales.

*Capitan D. Mariano Quintas*, unitario y tomó las armas.

*D. Antonio Martinez Fontes*, escribió contra los federales, actualmente está empleado en la aduana.

*D. Dámaso del Campo*, lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra.

*Teniente Coronel D. Juan Santiago Wascalde*, unitario acérrimo, actualmente está empleado eu el parque.

*Capitan D. Bartolo Herrera*, peleó contra los federales, está en el estado mayor activo.

*Teniente Coronel D. Ramon Listas*, unitario y lomo negro.

*Mayor D. Bartolo Fernandez*, lomo negro completo; se hízo notar por su encarnizamiento en las elecciones y con las armas en los dias del movimiento.

*Teniente Coronel D. Amadeo Ibarrola*, cuando estalló el movimiento del 11 de Octubre se hallaba de comandante en Quilmes, donde lo habia mandado dias ántes el gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche y despues de arrestado lo pusieron en libertad, juramentándolo en que no tomaria las armas. Correspondió á esta generosidad con bajeza, y lo que se vió libre las tomó de nuevo.

*Sarjento mayor D. Feliz Iriarte*, unitario y lomo negro.

*Sarjento mayor D. Ciriaco Otero*, tomó las armas contra los federales.

*Teniente Coronel D. Victorio Llorenti*, estaba empleado en la inspeccion, y en los dias del movimiento de Octubre, como se habia dado á conocer por su exaltacion, lo colocó el general Olazabal de su segundo en el cuerpo de patricios.

*Mayor D. Pedro Calderon*, unitario y lomo negro.

*D. Gregorio Silva*, era juez de paz de la Concepcion, lomo negro empecinado y el agente del general Olazabal.

*D. Eduardo Espinoza*, era oficial de abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano, por esto fué arrojado del cuerpo.

*Presbítero D. Mateo Vidal*, enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenia en la sala de representantes todas las disposiciones del gobierno en aquella época, y dirigia al ministro de la guerra Martinez.

*Coronel D. Angel Salvadores*, lomo negro, estuvo con las armas en la mano al mando de un canton.

*Mayor D. Ramon Carabajal*, unitario y lomo negro.

BATALLON DE ARTILLERIA.

*Clasificacion de los jefes y oficiales de él.*

*Comandante D. Juan Seballos*, obtuvo este empleo por el gobernador Balcarce despues del 11 de Octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las armas en la mano. No ha hecho mas servicios á la federacion que la espedicion á Córdoba.
*Capitan D. Martiniano Aparicio*, unitario y lomo negro
*Capitan D. Luis Arguero*, lomo negro.
*Teniente D. Manuel Visetrez*, unitario.
*Ayudante D. José Revol*, lomo negro.
*Teniente D. Norberto Abrego*, lomo negro.
*Subteniente D. Manuel Castañon*, lomo negro.

*Batallon Guardia Argentina.* — Los jefes y oficiales sin escepcion son federales y de toda confianza.

*Regimiento N.° 1.° de Campaña.* — Los jefes y oficiales sean de línea coma de milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza.

*Relacion de los lomos negros enemigos de los federales, y se hallan ausentes fuera de la provincia.*

Brigadier D. Juan Ramon Balcarce; brigadier D. Enrique Martinez; general D. Felix Olazabal; coronel D. Manuel Olazabal; t. coronel D. Manuel Feliciano Fernandez; t. coronel D. Ignacio Inarra; t. coronel D. Adriano Cardozo: mayor D. Benito Olazabal; mayor D. Marcelino Aguilar; capitan D. Casimirio Garmendia; capitan D. Marcelino Salinas; teniente de milicias de José Estanislao Bejarano, *paisano;* paisano Juan José Cano; guarda José Villoldo; guarda Pedro José Molina.»

— No hay mas, Excelentísimo Señor.
— Bueno; lea la segunda, dijo Rosas continuando su paseo, y el escribiente leyó:

CLASIFICACION.

Número 2.

*Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones.*

*Departamento de policía.*

*Comisarios.* — D. Matias Robles, *federal;* D. Angel Herrero, *idem firme*; D. Pedro Romero, *idem firme;* D. Lorenzo

Laguna, *idem idem;* D. Pedro Chanteiro, *idem idem*; D. Isidoro Lopez, *idem idem;* D. Hilario Abalos, *idem idem;* D. Juan José Castro, *idem idem;* D. Diego Ruiz, *federal;* D. Manuel García, *idem;* D. Manuel Insúa, *idem;* D. Juan Manuel Serrano, *idem;* D. Pedro C. Chavarria, *idem firme;* D. Ciriaco Cuitiño, *federal* firme *y sobresaliente;* D. Andres Parra, *idem idem idem.*

*Comisario en comision.* — D. Marcelo Aspitia, *federal firme.*

*Oficial* 2.° — D. Pedro Romero, *federal.*

*Oficiales de mesa.* — D. Juan Mareno, *idem;* D. Ramon Torres, *idem;* D. José María Zamorano, *federal firme;* D. Francisco Plot, *idem idem;* D. Baltazar Agüero, *insignificante é inasistente al servicio.*

*Oficiales escribientes.* — D. Francisco A. Maciel, *nuevo en el partido, con buena conducta;* D. Estévan Ojeda, *idem idem;* D. Francisco Cámara, *idem idem, fué unitario;* D. Juan Victorica, *demostró ser buen federal en la época de los renegados, y continúa;* D. Manuel Ovella, *español unitario;* D. Angel M. Gomez, *se ignora su actual opinion y fué unitario.*

*Administradores de los carros fúnebres y de policía.* — 1.° D. Luciano Isla, *federal;* 2.° D. Pedro Obrego, *federal firme y neto.*

*Alcaides del depósito de policía.* — 1.° Gregorio Guzman, *federal;* 2.° Santiago Olivero, *idem.*

*Tesorero de policía.* — D. Francisco Eyzaga, *buen federal.*

Nota. Entre los vigilantes hay muchos buenos federales, pero otros son enteramente desconocidos respecto de su opinion, y será preciso el clasificarlos despacio, previo los informes convenientes.

*Actuales jueces de paz en la ciudad.* — Catedral al norte: D. Inocencio Escalada, *federal;* San Nicolas: D. Julian Gonzales Salomon, *federal firme y sobresaliente;* Piedad: D. Antonio Viera, *federal;* Monserrat: D. Manuel Maestre, *idem*; Concepcion: D. José María Pintos, *idem;* Socorro: D. Gabriel Ferreyra, *idem;* San Telmo: Francisco Buzaco, *idem;* Pilar: D. Juan Ovalle, *idem;* San Miguel: D. José Moreno, *idem*: Balbaneda: D. Mariano Lorea, *renegado.*

Nota. Hay un alcalde en esta última parroquia llamado D. Eustaquio Gimenes, que tiene actitudes, es hombre de bien y federal conocido.

*Empleados del fuerte.* — D. Pedro Salvadores, *unitario y renegado;* D. Benedicto Maciel, *pasa por federal, pero lo pasaba bien con los renegados, y gobierno subsiguiente;*

D. Severo Belvis, *renegado;* D. Mariano Balcarce, *idem;* D. Demetrio Peña, *idem y unitario;* D. José María Sagasta, *idem;* D. Gregorio Alagon, *idem idem;* D. Prudencio Gramajo, *idem idem;* D. Avelino Balcarce, *renegado.*

*Ministerio de guerra.* — Oficial mayor D. Mariano Moreno, *renegado;* D. Juan J. Martinez Fontes, *idem;* D. José M. Agrelo, *idem;* D. Márcos Agrelo, *idem;* Luis Mendez, *idem;* D. Estévan Badlam, *renegado;* Dr. D. Mariano Herrera, *unitario;* D. Pedro Diaz de Vivar, *renegado;* D. Justo Balcarce, *idem.*

*Contaduría general.* — D. Tomas Usúa, *unitario y renegado;* D. Antonio Marcó, *idem idem;* D. Mariano Javalera, *idem idem.*

*Archiveros.* — D. Jerónimo Lasala, *vive con todos;* D. Mariano Vega, *renegado exaltado.*

*Colecturía.* — D. Santiago Calzadilla, *unitario;* D. Márcos Sauvidet, *unitario:* D. Juan Araujo, *renegado malo;* D. Antonio Martinez Fontes, *renegado.*

*En el resguardo.* — D. José M. Somalo, *renegado;* D. José A. Echevarria, *idem;* D. José Guerreros, *renegado exaltado y fué agente del gobierno de Balcarce;* unos Peñas, *renegados;* D. N. Perelló, *unitario y renegado.*

Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, segun la opinion general.

*Correos.* — D. Manuel J. Albarracin, *unitario;* D. Bonifacio Salvadores, *idem y renegado;* F. Olayo Pico, *unitario.*

*Institucion de serenos.* — Presidente D. José Olaguer, *renegado, vive con todos.*

*Tesorero.* — D. Felipe Botet, *unitario muy renegado.*

*Ayudantes.* — D. Juan Bautista Perichon, *unitario;* D. Pedro Botet, *renegado;* D. Antonio José Larrosa; *vive con todos:* D. José Alvarez, *federal;* D. Ambrosio Correa, *idem;* D. José Leon Gutierres, *idem muy comprometido.*

*Serenos pertenecientes al partido de los renegados.* — Pedro Espejo; Fermin Urain; José Pillao; Manuel Roxas; Juan Navea; Cosme Mendez; Vicente Gomez; Nicolas Martinez; José Alcolea, *y unitario;* Rufino Blanco; Manuel Sosa; Manuel Rubio; Gregorio Diaz, *y muy malo en la época pasada;* Domingo Lara, *y unitario malo;* Nicolas Blanco; Lorenzo Vose; José M. Cabot; Juan Ramon Diaz; José Ramos; Pedro Melo; Atanasio Romero; Luis Peredo; Francisco Rodriguez; Alberto Burañez; José Isla; Vicente Montillo; Francisco Tixera; José M. Ordoñez; Julian Muñoz.

*Individuos de todas clases.*

D. Luis Vega, *ex-juez de paz el año 33, renegado exaltado.*

D. José M. Zelaya, *empleado en el parque, renegado.*

Un empleado del mismo destino apellidado Velasquez, *renegado.*

D. Matias Aberasteguy, *ex-alcalde del cuartel número 9, renegado.*

D. Martin Troncoso, *idem del número 13, renegado exaltado.*

D. José Pico, *idem del 52, idem idem.*

D. Demetrio Villarino, *ex-juez de paz de San Fernando, renegado.*

D. Juan José Maciel, *ex-juez de paz de San Pedro, renegado.*

D. Juan Barrenechea, *R.te, renegado.*

D. Vicente Arraga, *idem idem.*

D. Irineo Portela, *idem, unitario.*

D. Ignacio Martinez, *idem, renegado.*

D. Pedro Trapani, *idem idem.*

D. Baldomero García, *vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios.*

Dr. D. Mateo Vidal, *eclesiástico, renegado.*

D. Francisco Silveira, *canónigo, idem.*

D. Ramon Olavarrieta, *cura, idem.*

D. Manuel Nazar, *teniente cura, renegado y unitario.*

D. José Albarracin, *cura, renegado.*

D. Mariano Brizuela, *presbítero, unitario.*

D. Bernardo José Campos, *cura, idem.*

*Abogados.* — Dr. D. Pedro José Agrelo, *renegado;* Dr. D. Valentin Alsina, *unitario;* Dr. D. Marcelo Gamboa, *moderado;* Dr. D. Pedro del Valle, *renegado;* Dr. D. Manuel Belgrano, *unitario;* Dr. D. Juan José Cernadas, *renegado;* Dr. D. Bernardo Velez, *unitario malo;* Dr. D. Florentino Castellano, *unitario renegado;* Dr. D. Paulino Ibarbás, *unitario;* Dr. D. Rafael Macedo Ferreira, *renegado;* Dr. D. José Tomas Aguiar, *idem.*

*Escribanos.* — D. Francisco Castellote, «*unitario él, su mujer, hijos é hijas*»*); («*Agregado ausiliar*») Antonio Fausto Gomez; D. Manuel Covia, *unitario,* «*del consulado*»; D. Márcos José Agrelo, *unitario, escribano de número;*

---

*) Todas las palabras que en este documento van en bastardilla y con comillas, son anotaciones que en el original están escritas de puño y letra de D. Juan Manuel Rosas.

D. Teodoro Montaño, *renegado;* D. Luis Castañaga, *unitario incorregible;* D. Luis Lopez, *federal, «buen sugeto;»* D. Laureano Silva, *idem;* D. Miguel Mogrovejo, *renegado;* D. José María Jordan, *unitario;* D. Juan José Canaberis, *procurador renegado, «malo, incapaz;»* D. José Joaquin Rubí, *federal firme.*

*Médicos y Cirujanos.* — Los dos Almeidas, *unitarios moderados;* D. Cosme Argerich, *renegado;* D. Pedro Carrasco, *unitario;* D. José Fuentes, *federal;* D. Fernando María Cordero, *idem firme;* D. Andres Dik, *extranjero federal;* D. Juan Antonio Fernandez, *unitario;* D. James Leppar, *extranjero, no es unitario;* D. Pedro Martinez, *renegado;* D. Pedro Roxas, *unitario;* D. Manuel Salvadores, *idem renegado;* D. Justo García Valdez, *idem idem;* D. Benjamin Vieites, *idem idem.*

*Particulares.*

*Unitarios. y federales renegados.* — D, Mariano Fragueiro, *unitario;* D. José Perez (comandante), *idem;* D. Manuel Pinedo *idem;* D. Manuel Arroyo y Pinedo, *muy unitario;* D. José Arroyo y Pinedo, *idem idem;* D. Juan Fernandez Molina, *unitario;* D. Ventura Arzac, *idem malo;* D. José María Arzac (impresor), *renegado y malo;* D. Pablo García (vago), *idem idem;* D. Francisco Lavalle, *unitario;* D. Francisco Seguí, *idem;* D. Joaquin Belgrano, *idem;* D. Pedro Berro, *idem;* D. Fidel Casati, *idem;* D. Miguel Fernandez, hermano del Manuel Feliciano, *renegado;* D. Cárlos Lamarca, *unitario;* D. José María Maldonado, *idem,* D. Molino Torres, Angel, *idem;* D. Sebastian Ocampo, *unitario exaltado;* D. Cárlos Reyes, *idem;* D. Miguel Sanchez, *idem muy exaltado;* D. Manuel Terri, empleado en el banco, *unitario;* D. Gregorio Terri, empleado en el banco, *idem;* D. Marcelino Carranza, *renegado;* D. Manuel Carranza, *unitario y renegado;* un jóven Máximo Lara; *muy renegado;* D. Juan Manuel Canaveris, *idem idem;* D. Benito Diaz (corredor), *unitario renegado;* D. Juan de Dios Padron, *idem;* D. Matias Aberastegui, *exalcade del cuartel número 9, renegado;* D. Pedro Echenagusia, *renegado malo, espía pagado en el gobierno de Balcarce contra los federales;* D. Manuel Vega, *renegado malo y atropelló á algunos ciudadanos en la época malhada de los renegados;* D. José María Laínes, *unitario malo y renegado;* D. Gervasio Armero, *renegado y no hace honor al empleo de oficial de justicia que ejerce.*

*Federales de varias clases que pertenecen á la sociedad popular restauradora y son comprometidos.*

D. Martin Santa Coloma, *sobresaliente;* D. Pablo Hernandez, «*representante. fortuna*»; D. Sebastian Sárate; D. José M. Boneo, «*b.*»; D. José Aldao, «*b.*»; D. Ramon Bustos, «*edecan*»; D. Rafael Barrios, «*bueno*», «*abastecedor*»; D. Hilario Rodriguez, *capitan de pardos*, «*empleado*»; D. Miguel Planes, «*b.*»; D. Manuel Alarcon, «*b.*», «*capitan*»; D. Laureano Almada, «*b.*», «*puesto verdura*»; D. José Tomas Robledo, «*b.*», «*capitan del 6 ó de la partida de Cuitiño*»; D. Andres Robledo, «*b.*», «*idem capitan*»; D. Bernardo Fuentes, «*b.*», «*mercado*»; D. Pedro Nolasco Contin; D. Andres Cabo, «*b.*», «*casa propia. en el puente*, *fortuna*»: D. Juan Merlo, «*b.*», «*capitan*»; D. Manuel Barbarin; D. Manuel Nuñez; D. Julian de Leon; D. José Antonio Reynoso; D. Bernardino Orellana; D. Máximo Sosa (negro); D. Silvestre San Martin (negro); D. Francisco Molina; D. José María Yedros, capitan pardo, «*b.*»; D. José Rodriguez (pardo), «*b.*»; D. Daniel Capdevila (negro), «*b.*»: D. Mariano Castillo, «*b.*»; «*capitan de milicia*»; D. Antonio Bonifas (marina), «*b.*», «*en el servicio de la marina*»; D. Evaristo Idalga; D. Antonino Reyes; D. Trifon Cárdenas (oficial); D. Francisco Isar; D. Antonio Reynoso; D. José Pintos, «*b.*»; D. Vicente Funes; D. José A. Limenez, «*hacendado del N.*»; D. José Domingo Montaño; D. Juan Baleyja, «*b.*», *cap.n M.;* D. Lorenzo Garcia; D. Martin Farias (del resguardo); D. Mateo Castañon; D. Manuel Burgos; D. Angel Octan; D. Francisco Esquibando; D. José M. Pita; D. Manuel Araoz de Parra; D. Ciriaco Gari (oficial de milicia); D. Felvo Briones (oficial mílitar); D. Mariano Soria; D. Diego Obirson; D. Antonio Miranda; D. Juan Molina; D. Pedro Santellan; D. Laureano Silva (escribano); D. Cayetano Laprida; D. Juan José Olivera; D. José Serapio Gaona: D. Máximo Taybo; D. José Tibursio Sanchez; D. José D. Farias; D. José Carrasco; D. Francisco Farias, «*b.*», «*capitan*«; D. Manuel Altolaguirre (pardo); D. Juan Balanzártegui (negro); D. Manuel Abrego; D. José Gabriel Romero; D. Pedro Aberastegui; D. Juan Fuentes: D. Feliz Padin, *(pardo)*, «*b.*» «*verdulero*»; D. Roque Narbona *(negro);* D. Juan José Perez de la Rosa, «*bueno*, *oficial rebajado*»; D. Gregorio Sufrategui.

*Otros federales, aunque no son de la sociedad.*

D. Bonifacio Huergo; D. Manuel Rábago: D. Miguel Oñederra; D. Anselmo Farias, *sobresaliente;* D. Domingo Eyzaga, «*b.*»; D. Miguel Casal *(ex-comisario)*; D. Evaristo Pineda, *(corredor);* D. Simon Pereira; D. José Vari; *y otros muchos.*

Respecto á los negros de la última clase pueden considerarse federales prontos á sostener la causa mas de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de defensores (que pueden ser clasificados á su tiempo) y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos.»

— Se ha concluido, Excelentísimo Señor.

— Entónces, deje ahí no mas; vaya separando los otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea *unitarios* en esos papeles, léame *salvajes* unitarios. Tome, Corvalan. Llévele á María Josefa y dígale que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

— ¿Nada mas, Excelentísimo Señor?

— Nada mas.

Corvalan salió.

En ese momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta vidriera del rancho daba al oriente, y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellon de grana; y sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta, y su luz tomando el color de las cortinas, venia á reflejar con él en el agua del vaso un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror á la imaginacion de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas al mandar las clasificaciones á su hermana política, los hizo creer que la agua se habia convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginacion, sin embargo, se habian combinado para representar, bajo el prisma de una ilusion, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebia sangre, sudaba sangre, y respiraba sangre: concertaba en su mente, y disponia los primeros pasos de las degollaciones que debian bien pronto bañar en sangre á la infeliz Buenos Aires.

---

## CAPITULO IV.

Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodriguez.

Si los capítulos anterioras han podido dar una ligerísima idea de la ferocidad de Rosas, tambien habrán hecho reflecionar, es probable, sobre el modo cómo se ocupaba de la defensa de su causa, frente del enemigo que le invadia, y la amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros dias de Setiembre de 1840, ménos en una formal organizacion de defensa, en un plan de campaña, tan serio siquiera, como la situacion que lo rodeaba. Y nada hay mas cierto, sin embargo.

Rosas jamas fué militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror en sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la mas siniestra para la humanidad, tanto en sus guerras de 1840 á 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delinean.

Alistados á sus banderas no faltaban algunos oficiales generales del tiempo de la independencia; y, como tales, viejos veteranos que habíanse criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo á las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como general en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su porvenir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la independencia, que no veian sino el absurdo y la ignorancia, ó la mas completa apatía, en las disposiciones del dictador, que revelaba una completa ausencia de las nociones mas simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprensible que solo con rondas, para ver si hallaban algun unitario con armas; con visitas á los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento, se pudiese asegurar el triunfo, ó siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque serio sobre aquel punto, ó de una sorpresa á la ciudad. Y ante semejantes planes militares renegaban de la suerte que los habia puesto bajo el mando de aquel *bruto*, como lo lla-

maban Mancilla, Soler, y otros que habian ceñido la espada desde los primeros dias de la revolucion de América.

Pero parece increible! este mismo trastorno de la natural, esta misma vulgaridad é ignorancia de Rosas, servía para que la fanática plebe de su partido, y muchos tambien que no eran plebe, dijesen y creyesen, que todo aquello que veian y les sorprendia, era efecto del *genio* del Restaurador, que se escapaba á la penetracion de los demas.

— El sabe lo que hace, decian.

Y sin embargo, la verdad es que el *genio* no sabia una palabra de lo que estaba haciendo, ó de lo que debia hacer, en órden á la defensa militar; y se lo llevaba en un trabajo asiduo y laborioso, dentro sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas, en el caso de triunfar, que ya empezaba á ver como muy probable, sin mas ciencia que sus instintos y su sagacidad, puramente orgánicos, puramente animales: ora combinando nombres para encontrar víctimas, sea combinando en su idea el medio de arrojar á la mendicidad la mitad de la poblacion; nuevo y el mas espantoso de sus delitos, que debia convertirse en ley dentro de pocos dias.

Entretanto, y á medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, á todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar mas pronto que Corvalan de Santos Lugares á la ciudad, y al correr sus calles, ora en largas longitudes, tristes, solitarias, lúgubres; sea teniendo que empujar y codear para abrirnos camino por medio á una oleada de negras viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolon ó de Ravelo, miéntras otras se despedian á gritos, marchando á Santos Lugares; ya teniendo que ampararnos del umbral de una puerta, para que los caballos á galope, azuzados por el rebenque de la Mashorca, que pasa en tropel, haciendo que hace en el gran plan de defensa de su *genio*, no invada la vereda y nos lleve por delante: ó ya en fin, andando mas de prisa para evitar la mirada curiosa que se escurre por la rendija de un postigo entreabierto donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta las piedras para saber qué pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño; para saber si el corazon ha de latir de miedo, ó de esperanza todavía; sí el sol ha de ponerse el último para ella, ó el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor á sangre,

donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, do todo falta, ménos la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginacion, y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa, ó se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma; corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje serio y tieso, que con su inseparable baston va pasando por la puerta de la sala de representantes, con un aplomo de piernas sorprendente, miéntras que la vaguedad de sus miradas, y su semblante como bañado en agua de azafran, nos hará creer por un momento, que aquel hombre lleva una cabeza postiza, viendo en el rostro el antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era Don Cándido Rodriguez.

Frente á la sala de representantes habia en 1840 una pequeña fonda, que era el *Palais Royal* de toda la corte del *genio*, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche; en cuya puerta, un año ántes, habian tomado al jóven Alagon, para convertirlo en una de las mas tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya á la puerta de la sala de representantes, cuando salia de la fonda una docena de personajes de la federacion, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oido. Y, sin dar vuelta su cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy serio á la sala de representantes, y empezó á subir por la escalera que conduce al archivo.

El no iba á semejante casa, ni á tal archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que habia dado á sus piernas una nueva direccion, sin dar tiempo á su cabeza á la combinacion de ninguna idea. Así es que, cuando se halló frente á frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo qué decírle, y no creyendo que debia pararse todavía, pasó por delante de él, y siguió andando.

— Señor ¿queria usted algo? le dijo aquel.

— ¿Yo?

— Sí, pues, usted que se entra, así no mas.

— Mire usted, jóven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez é instructor de los jóvenes.... el tiempo, si usted supiera lo que es el tiempo!

— Señor, yo lo que deseo saber, es qué busca usted, dijo el oficial que empezó á creer que Don Cándido era un loco,

y no las tenia todas consigo al encontrarse solo, en tan peligrosa compañía.

— Mire usted; yo francamente no quiero nada. ¿De qué familia es usted, mi distinguido señor?

— Señor, yo tengo que cerrar la puerta: hágame el favor de retirarse, dijo el jóven retrocediendo algunos pasos y dando la espalda á la puerta de salida.

— Tiene usted en su fisonomía la espresion del talento, de la asiduidad, de la labor, ¿en qué forma de letra escribe usted?

— Señor, hágame usted el favor de irse.

— De todos mis discípulos; porque ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras, de todo Buenos Aires. ¡Oh! y qué hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de primer órden; activos hacendosos infatigables ¿conoce usted la casa de comercio que hay....?

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la direccion á que iba á referirse, cuando el jóven creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió á la puerta, y dió un grito al portero que felizmente no se hallaba en su puesto.

— ¿Qué hacéis, jóven imprudente, inconsiderado, ligero como todos los jóvenes?

— Señor, si usted no se va, yo empiezo á gritar.

— Bien; ya me voy, jóven inesperto y alucinado.

Pero en lugar de dirigirse á la puerta, Don Cándido se dirigió á uno de los balcones, que quedaba frente á frente con la fonda; y el alma le volvió al cuerpo, al ver que nadie habia en la puerta de ella.

Volvióse entónces y estendió su mano para despedirse del oficial del archivo, quien no teniendo la mínima duda de que Don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

— Adios, jóven bisoño y nuevo en la escuela del mundo. Ojalá pueda pagar á usted y á su respetabilísima familia el eminente é inovidable servicio que acabo de recibir.

Y Don Cándido bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, miéntras el jóven quedóse mirándole y riéndose.

Pero no bien el maestro de primeras letras habia llegado á la esquina de esa cuadra, andando siempre en direccion al Retiro, cuando otra comitiva federal doblaba del colegio hácia la fonda, y se encontró de manos á boca con Don Cándido.

Este no bajó, saltó de la vereda, y, con el sombrero en la mano, empezó á hacer profundas reverencias.

Los otros que tenian mas ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban á esa clase de cumpli-

mientos, siguieron su camino, miéntras Don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertiginoso, latiéndole las sienes terriblemente, y sudando á rios, dobló al fin por la calle de la Victoria en direccion al campo, y fué á entrar por aquella puerta donde lo conocieron nuestros lectores por la primera vez, y que no era otra que la de Daniel, como es probable que lo recuerden.

Un momento despues, nuestro desgraciado secretario entraba á la sala de su antiguo discípulo, á quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente *Gaceta Mercantil.*

— Daniel!

— ¿Señor?

— Daniel! ¡Daniel!

— Señor! ¡Señor!

— Nos perdemos.

— Ya lo sé.

— ¿Lo sabes y no nos salvas?

— De eso se trata.

— No, Daniel, no, no tendremos tiempo.

— Tanto mejor.

— ¿Cómo? interrogó Don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

— Digo, señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

— Pero acabar bien, querrás decir.

— O acabar mal.

— ¿Mal?

— Sí, pues, mal ó bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

— Y ese mal será....?

— Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

— Que te la corten á tí y á todos los conspiradores. Pero no á mí, un hombre tranquilo, inocente, manso, incapaz de hacer el mal con intencion, con premeditacion, con....

— Siéntese usted, mi querido maestro, dijo Daniel cortando el discurso de aquel, que á medida que hablaba habia ido parándose.

— ¿Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante á un débil barquichuelo en medio de las ondas y las tempestades del océano?

— ¿Qué ha hecho usted?

— Sí, yo?

— Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

— Yo no he hecho nada, Señor D. Daniel, y ya es tiempo de que nuestra sociabilidad se separe, se rasgue, se rompa

para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del mas Ilustre de los Restauradores de este mundo. Quiero hasta el último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro Señor Gobernador Doctor D. Felipe, de sus antepasados, y de todos sus hijos. Yo he querido....

— Usted ha querido emigrar, Señor Don Cándido.

— ¿Yo?

— Usted; y este es delito de lesa-federacion que se paga con la cabeza.

— Las pruebas.

— Señor Don Candido, usted está empeñado en que alguien lo ahorque.

— ¿Yo?

— Y solo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas, ó por la mano de Lavalle. Si lo primero, lo complaceré a usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomon. Si lo segundo, esperaré tres ó cuatro dias á que entre el general Lavalle, y en primera oportunidad le hablaré del secretario del señor Don Felipe.

— ¿Con que entónces yo soy hombre al agua?

— No, señor, hombre al aire será usted, si persiste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

— Pero Daniel, hijo mio, ¿no ves mi cara?

— Sí, señor.

— ¿Y qué notas en ella?

— Miedo.

— No, miedo no, desconfianza, efecto de las terríficas impresiones que me acaban de dominar.

— ¿Y qué hay?

— De lo del Señor Gobernador aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen.... que parecen....

— ¿Qué?

— Que parecen diablos vestidos de hombre.

— U hombres vestidos de diablo, ¿no es eso?

— Qué caras, Daniel! ¡qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan. ¿Crees que uno de esos hombres seria capaz de matarme, Daniel?

— No, me parece. ¿Qué les ha hecho usted?

— Nada, nada. Pero imagínate que me confunden con otro, y....

— Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de lo de Arana para venir aquí ¿no es eso?

— Sí, sí, Daniel.

— Luego usted traia un objeto en su venida.

— Sí.

— ¿Y cuál era, mi amigo?

— No sé; no quiero decirlo ya. No quiero mas política, ni confidencias.

— Ah, luego era una confidencia política lo que venia usted á hacerme?

— No he dicho tal.

— Y apostaria á que trae usted en el bolsillo de su leviton algun papel importante.

— No traigo nada.

— Y apostaria á que si algun hermano federal se le antoja registrarlo á usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el tal papel, se lo despacha á usted en un abrir y cerrar de ojos.

— Daniel!....

— Señor, ¿me da usted los documentos que me trae ó no?

— Bajo de una condicion.

— Veamos.

— Que no me exigirás que continúe faltando á mis deberes.

— Tanto peor para usted, porque Lavalle no pasa cuatro dias sin que esté en Buenos Aires.

— Y, qué! ¿tú no responderias de los inmensos servicios que he prestado á la libertad?

— No, si usted se para en la mitad del camino.

— ¿Y crees que entre Lavalle?

— Para eso ha venido.

— Mira; aquí entre los dos, yo tambien lo creo; y es por eso que venia á verte. Ha habido un contraste.

— ¿En quién? preguntó Daniel con viveza, sonrosándosele un poco el semblante, donde en pocos dias habian hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadian su alma. Pálido, ojeroso, desencajado, se parecia mas ese dia á un jóven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que á un jóven que vive la vidda el corazon y la inteligencia.

— Toma, lee.

Daniel desdobló un papel que le daba Don Cándido y leyó.

«San Pedro, 1.º de Setiembre.

«Hace dos dias que se presentó Mascarilla con mil hombres, á tomarnos el pueblo, que mostró una decision estraordinaria, rechazándolo vigorosamente. Traia una pieza de cañon, ciento cincuenta infantes y como seis cientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. La pérdida pasa de cien hombres.

«Adjunto á usted copias de la comunicacion que he recibido del general.

«Mañana le escribiré detalladamente.

«*Juan Camelino.*

«*Señor D....*»

— A ver el documento á que se refiere, dijo Daniel despues de un silencio de mas de diez minutos fijos sus ojos en el papel que tenia en la mano, miéntras pasaban por su espresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

— ¿Toma, dijo Don Cándido, son los dos documentos de importancia, y que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oir á Don Cándido, y leyó.

«Ejército libertador, cuartel general en marcha,
«Agosto 29 de 1840.

«*Al Señor D. Juan Camelino, comandante militar de San Pedro.*

«El general en jefe tiene la satisfaccion de comunicar á usted, para que lo haga saber en el partido de su mando, que por comunicaciones que se han interceptado de Don Felix Aldao al tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinion de los pueblos del interior es el mas favorable á la causa de la libertad. Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan se han negado á dar á Aldao los ausilios que habia solicitado. La provincia de la Rioja se ha alzado en masa contra la tiranía de Rosas y ha armado una gruesa columna de caballería y ochocientos infantes. El general La-Madrid que pisó el territorio de Córdoba al frente de un ejército de bravos amigos de la libertad, vendrá pronto á apoyar las operaciones del ejército libertador.

La division Vega dispersó completamente en Navarro las fuerzas de milicias que habia reunido Chirino. El ejército cuenta con un escuadron de aquellas milicias.

«El general en jefe ha sabido que las milicias de la Magdalena se han sublevado abandonando á sus jefes en el momento que les dieron la órden de incorporarse al ejército de Rosas. La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el general en jefe espera que bien pronto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la patria entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro.

«Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, con la seguridad de que el ejército libertador no imita el sistema de mentir con que el tirano intenta ocultar su crítica situacion.

«Enviará usted una copia de esta nota al juez de paz del Baradero.

«Dios guarde á usted.

«JUAN LAVALLE.»

— ¿Qué te parece? preguntó Don Cándido luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El jóven no contestó.

— Se vienen, Daniel, se vienen.

— No, señor, se van, repuso este; y estrujando el papel entre sus manos, se levantó y empezó a pasearse en el salon, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto

— ¿Te has enloquecido, Daniel?

— Son otros los que se han enloquecido, no yo.

— Pero si han derrotado á Lopez, mi estimado y querido Daniel!

— No vale nada.

— Si ya están en la Guardia de Lujan.

— No vale nada.

— No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados?

— No vale nada.

— ¿Estás en tí, Daniel?

— Sí, señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios, ni ven la fortuna que se les presenta á dos pasos. ¡Fatalidad, raro destino el que persigue á este partido, y con él á la patria! esclamó el jóven paseándose siempre precipitadamente por el salon, miéntras Don Cándido lo miraba estupefacto.

— Bien decimos entónces los federales.

— Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razon, Señor Don Cándido.

En ese momento dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de calle.

---

## CAPITULO V.

Pilades enojado.

Don Cándido se estremeció.

Daniel cambió de fisonomia como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra: ántes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció; y anunció á una señora.

Daniel dió órden de que entrase.

— ¿Me iré, hijo mio?

— No hay necesidad, señor.

— Es verdad que yo no quisiera irme, sino esperar á que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de media vara, y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

— Oh! esclamó Don Cándido.

— Adelante, Misía Marcelina, dijo Daniel.

— ¿Ah, sois vosotros?

— Los mismos.

— Pilades y Oréstes.

— Exactamente.

— Aqueste es Pilades, dijo Doña Marcelina estendiendo la mano á Don Cándido.

— Señora, usted es una mujer fatídica, contestó este retirándose de Doña Marcelina.

— «No cabe en tus entrañas
Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce.»

— Ojalá, fuese yo de bronce todo entero! repuso Don Cándido suspirando.

— Especialmente el cuello, ¿no es verdad, amigo mio? observó Daniel.

— Qué! ¿Está sentenciada al sacrificio la cabeza de Pilades?

— No, señora; ni usted se meta á repetir semejantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca lo he sido ¿entiende usted?

— ¿Y que importa la cabeza?

— No importa la cabeza de usted, que es.... pero la mia.

— Y la vuestra, ¿qué importa ante las hecatombes que ha presenciado el mundo? ¿La cabeza de Antonio y de Ciceron no fueron tiradas en el Capitolio, como me leia el inmortal Juan Cruz? ¿No os llevaria la posteridad en sus alas?

— El diablo debia llevársela á usted en sus cuernos.

— ¿Veinte y tres puñaladas, no acabaron con César?

— Daniel, si esta mujer no es mensajera de Satanas, poco le falta. Es una mujer fatídica, es bruja, ó hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado á ella, ó á su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por tí estimacion, cariño, simpatías, te pido, te mando que despaches á esta mujer, que parece que anda con el diablo prendido del vestido.

— «Calla esa lengua con que en rudo alarde
Al sexo bello difamáis, cobarde.»

— ¿Bello? ¿Usted bella? y Don Cándido apuntaba con el dedo á Doña Marcelina.

— Señor Don Daniel, ¿qué es esto?

— Echala, Daniel.

— «En qué horrible celada caen mis pasos?»

— Todo esto no es mas, sino que el señor es un poco escéntrico, dijo Daniel mirando á Doña Marcelina, sin poder ya disimular la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

— Ah, debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa! esclamó aquella, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de Don Cándido, que permanecia parado á una buena distancia de su antagonista. Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa seria. Lo perdono.

— ¿Usted sabe el latin y el griego? ¿usted?

— No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

— ¿Usted?

— Yo, hombre prosáico.

— Daniel, échala, hijo mio, mira que un loco hace á ciento.

— Cómo, Señor Don Daniel, un hombre de la altura literaria de usted, en relacion con seres tan vulgares, cuya muerte es como su vida, oscura y silenciosa....? Pero no; vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripecias dramáticas. Vivamos juntos, y moramos juntos. Hé aquí mi mano, y Doña Marcelina se adelantó hácia Don Cándido.

— No quiero, déjeme usted, repuso Don Cándido retrocediendo.

— «Venid y ante las aras de la patria
Juremos en union salvar á Roma.»

— No quiero.

— Doña Marcelina, dijo Daniel, que ya no podia tenerse de risa, y que sentia profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu, Doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos á mi escritorio.

— Sí, entremos.

«Misterios son de otro mundo,
Cosas secretas de Dios.»

— Cruz, diablo! esclamó Don Cándido haciéndole la señal de la cruz, cuando Doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

— Ha llegado Douglas, dijo aquella despues de haber cerrado la puerta del escritorio.

— ¿Cuándo?

— Esta madrugada

— ¿Y salió?

— Antiyer. Hé aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba Doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por mas de diez minutos; tiempo que empleó aquella en reconocer los titulos de las obras que habia en los estantes, sonriendo y meneando la cabeza, como si saludase á antiguas conocidas.

— ¿Podria usted dar con Douglas, ántes de las tres de la tarde?

— Sí.

— ¿Con seguridad?

— En este momento está durmiendo el intrépido marino.

— Bien, pues, necesito que usted le hable.

— Ahora mismo.

— Y le diga que tengo necesidad de él ántes de la noche.

— ¿Aquí?

— Sí, aquí.

— Así lo haré.

— Fijemos hora: lo espero de las cuatro á las cinco de la tarde.

— Bien.

— No pierda usted el tiempo, Doña Marcelina.

— Iré volando en alas del destino.

— No, vaya usted caminando, nada mas; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

— Seguiré el vuelo de sus ideas.

— Adios, pues, Doña Marcelina.

— Los Dioses sean con vos, señor.

— Ah! ¿cómo se halla Gaete?

— El hado lo ha salvado.

— ¿Se levanta?

— Todavía yace en su lecho.

— Tanto mejor para mi amigo Don Cándido. Adios, pues, Doña Marcelina.

Y miéntras esta salia del escritorio por la puerta que conducia á la sala, Daniel pasaba por otra, en el estremo opuesto, que conducia á su aposento, levando en su mano la carta que habia recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió Doña Marcelina; y súbitamente la dió la espalda, y se puso á mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo:

— ¿Sabes tú padecer?

— No, señora, ni quiero saberlo.

— Gaete vive! continuó Doña Marcelina, ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresion que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

— Y me ha dado memorias para vos, prosiguió aquella, siempre con la mano sobre el hombro de su Pílades.

— Señora, usted ha hecho pacto con el diablo, para perder mi alma. Déjeme usted; déjeme usted, por amor de Dios.

— Os busca.

— Pues yo no lo busco á él, ni á usted.

— Está celoso como un tigre.

— Que reviente.

— Vos le habéis arrebatado el corazon de Gertrudis.

— ¿Yo?

— Vos.

— Señora, usted está loca de atar; déjeme usted.

— Y moriréis bajo el puñal de Bruto.

— Si usted no se va, doy voces para que vengan y la echen.

— Y chorreará del fierro la sangre de vuestro protervo corazon.

— Santa Bárbara! Daniel!

— Silencio!

— Usted es un espía de ese malvado fraile. Ahora lo comprendo! Daniel!

— Silencio! no llaméis á Daniel.

Y voy á hacer que la aten á usted con la soga del pozo ¡Daniel!

— Silencio!

— No quiero callarme, no quiero; usted ha venido de espía.

Daniel entró á la sala, atraido por los descompasados gritos de Don Cándido, y comprendiendo, poco mas ó ménos, lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy séria:

— ¿Qué víctima se inmola en sacrificio?

— Viene de espía, Daniel, viene de espía, dijo Don Cándido señalando á Doña Marcelina.

— Delira con las sombras de su crímen! esclamó aquella, sonriendo, saludando con la mano á Daniel, y saliendo de la sala; miéntras su Pílades se esforzaba en persuadir á Daniel que aquella era una mujer espía de Gaete.

— Trataremos de eso, amigo mio, pero por ahora no vuelva usted á gritar tan descompasadamente, á lo ménos por un cuarto de hora. Y el jóven volvió á las habitaciones interiores.

— No es nada; era una escena entre dos personajes los mas originales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harian gozar mucho, dijo Daniel al volver á su alcoba, y dirigiéndose al Doctor Alcorta y á Eduardo, que estaban allí hacia largo tiempo.

Daniel, al separarse de Doña Marcelina la primera vez, era á ellos á quienes habia venido á buscar en su dormitorio, con la carta que habia conducido Mr. Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se habia dirigido al Doctor Alcorta diciéndole:

— Hé aquí lo que acabo de recibir por Montevideo.

El Doctor Alcorta tomó el papel y leyó:

«Paris, 11. de Julio de 1840.

»El vice-almirante Mackau ha sido nombrado para mandar la espedicion del Rio de la Plata, en lugar del vice-almirante Baudin. Partirá inmediatamente. El señor Mackau, perteneciente á una familia distinguida de Francia, tiene la gloria de haber terminado las cuestiones que tuvo la Francia con Santo Domingo y Cartagena.

«Es notable por su intrepidez, y los que hayan leido la historia marítima de Francia, recordarán su bella accion de armas con la *Critie*, un buque de guerra inglés. En la guerra que desgraciadamente existió últimamente entre la Francia y la Inglaterra, el señor Mackau, que apénas tenia 17 años, se hallaba á bordo de un bergantin de guerra frances en clase de guardia-marina. La peste diezmó la tripulacion del buque frances, y no sobrevivió á sus estragos otro oficial que el guardia-marina Mackau. Lleno de una noble satisfaccion por hallarse mandando un buque de guerra frances, determinó confirmar

la eleccion de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pronto se encontró con un buque de guerra inglés: era la *Critie*. Despues de un combate prodigioso Mackau rindió al buque enemigo, que estaba mandado por un antiguo teniente de marina. Este pundonoroso marino fué á la presencia de su vencedor; y al considerar que este no era sino un jóven guardiamarina de 17 años, al mando de una tripulacion diezmada por la peste, fué tan grande su pesar que rindió la vida á la fuerza de su tormento.

«Su afectísimo &a.»

— Todo se combina para que los sucesos marchen á su fin, amigos mios, dijo el Doctor Alcorta, despues de leer.

— Sí; á su fin ¿pero cuál?

— ¿No oyes que viene una espedicion, Daniel?

— Que llegará tarde, y que entretanto inspira las cartas que escriben al general desde Montevideo para que no esponga su ejército y espere esa espedicion, que, ó no vendrá, ó si viene hará que Rosas trance con los franceses, ántes de llegar las fuerzas al Janeiro.

— Pero seria una infamia de parte de la Francia! repuso Eduardo.

— En política no se miden las acciones por la moral individual de los hombres, Eduardo.

— ¿Y es positivo que le dan esos consejos al general Lavalle? preguntó el Doctor Alcorta.

— Sí, señor; se los dan los mas de la comision argentina que no quieren esperar nada sino de un grande ejército.

— Ah! si yo fuera Lavalle! esclamó Eduardo.

— Si tú fueras Lavalle estarias ya loco. El general está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau á desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo á San Pedro, ha hecho que el general pierda tiempo, y caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas desde hace un año. El alucinamiento de los doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el general viene, y toca la realidad, y no halla tales simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los dias de Montevideo, á él, á sus jefes, á sus oficiales, que avance, que no avance, que espere, que no espere. Diez hombres no piensan del mismo modo. Y el general duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distrayendo sus fuerzas en perseguir á un caudillejo, mañana á otro, y somos 3 de Setiembre y no está á una legua de Lujan; y entretanto Rosas

se repone moralmente, sus hombres van volviendo en sí del primer momento, y se acercará á la ciudad. quizá para verla y volverse; ó quizá para que corra mucha sangre, que hace quince dias, ocho dias se hubiera podido evitar, dijo Daniel con un acento desconsolador y triste que impresionó visiblemente á sus amigos.

— Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado á sufrir ya, repuso el Doctor Alcorta.

— Sí, el pueblo, señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que le oprime, ha de pagar con su sangre, con su libertad y con su nombre, las trepidaciones de los enemigos armados del tirano, y el egoismo de los ciudadanos, indolentes á la suerte de su patria y á la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre si Lavalle se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caida de Rosas.

— Pero estamos hablando sobre conjeturas, repuso Eduardo. Hasta ahora el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana. pasado mañana cuando mas. Entretanto nuestro buen amigo cree como tú y como yo que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

— Sí; lo creo muy prudente, á lo ménos, contestó el Doctor Alcorta, á quien Eduardo habia dirigido su pregunta.

— Eran dos ideas que debias comunicarle, observó Daniel.

— Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

— No, señor, no dude usted; verdad es que somos pocos: apénas he podido reunir quince; pero seremos quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunion, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colegio, si el general, como se lo ruego, invade por Barracas, y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto mas señalado. La posicion que he elegido es la mejor de toda esa larga y recta calle; y con veinte y cinco hombres mas que me deje el general, yo le respondo de la retirada, si llega á haber necesidad de ello.

— ¿Armas?

— Tengo cuarenta y seis fusiles, y tres mil cartuchos que he hecho comprar en Montevideo, y están ya bien seguros en Buenos Aires.

— ¿La señal?

— La que me avisen del ejército, si se deciden á atacar.

— ¿Las comunicaciones son seguras?

— Muy seguras.

— Bien, entónces apruebo con mas razon la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Solo temo el momento del embarque.

— Eso es lo de ménos, Doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar un agente mio para remitir con él una carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole, y pidiéndole una ballenera armada, porque el único peligro seria encontrar alguna de las embarcaciones de la capitanía que suelen correr la costa.

— Bien pensado.

— Le diré tambien que él mismo determine la noche, y la hora, y la señal con que me avisará desde abordo.

— El embarque será por San Isidro?

— Sí, señor. Eduardo le habrá dicho á usted todo á ese respecto.

— Sí, ya.

— ¿Y cree usted que Madama Dupasquier resista al viaje?

— Lo que creo es que no resistirá quince dias mas de Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningun órgano, que están esparramadas en la misma vida, y que la secan y la estinguen por horas. Es tan profunda la afeccion moral de esa señora, que ha enfermado ya el corazon y los pulmones, y la consuncion la mata. Pero el aire libre la va á volver á la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

— ¿Y ella está bien decidida? preguntó Eduardo.

— Anoche se convino á todo, contestó Daniel.

— Y hoy lo desea con ansiedad, agregó el Doctor Alcorta, y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama á usted ya, amigo mio, como si fuera su hijo.

— Lo seré, señor, y no lo soy mañana, ahora mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazon, y teme de un enlace contraido en estos tristísimos momentos.

— Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quién sabe cuál es la suerte que vamos á correr! Que se salven siquiera las mujeres, dijo el Doctor Alcorta.

— Ménos mi prima, señor. No hay medio de hacerla decidir.

— ¿Ni Belgrano?

— Nadie, señor, contestó este, sobre cuyo corazon habia ido á fondo la interrogacion del Doctor Alcorta.

— Son las dos de la tarde, amigos mios. ¿Van ustedes hoy á San Isidro?

— Sí, señor, á la noche y regresaremos ántes del dia.

— Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

— Son ya nuestros últimos viajes, señor, dijo Eduardo, tan pronto como se embarque Madama Dupasquier quedará vacía la casa de los olivos.

— Hasta mañana, pues.

— Hasta mañana, señor.

— Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los dos jóvenes abrazaron á su antiguo catedrático de filosofía, á quien Daniel acompañó hasta la puerta de la calle.

---

## CAPITULO VI.

El contrabandista de hombres.

Apénas se habia retirado el Doctor Alcorta cuando sintiéronse dos palmadas en el escritorio de Daniel, contiguo al aposento, como se sabe.

— Espera, dijo Daniel á Eduardo; y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada en una pieza donde nadie entraba sin su órden.

— ¿Ah, es usted, mi querido maestro? dijo el jóven encontrándose con Don Cándido.

— Yo, Daniel, yo soy. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, entré á sospechar que te habrias salido por alguna puerta secreta, escusada que me fuese desconocida; y como de algun tiempo á esta parte huyo de la soledad..... Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta la imaginacion; facultad que segun dicen los filósofos, sirve para el bien, y sirve para el mal; razon por la cual yo prefiero la facultad de recordar, que segun la opinion de Quintiliano.....

— Eduardo!

— ¿Qué hay? contestó este entrando.

— Cómo! ¿Belgrano aquí?

— Sí, señor, y á quien llamo para que me ayude á oir la disertacion de usted.

— De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

— ¿Cómo así, mi respetable maestro? le preguntó Eduardo sentándose á su lado.

— ¿Qué es esto, Daniel? Quiero una esplicacion franca, terminante, clara, prosiguió Don Cándido dirigiéndose á Daniel y separando su silla de la de Eduardo. Quiero saber una cosa que fije y determine, y establezca mi posicion; quiero saber qué casa es esta.

— ¿Qué casa es esta?

— Sí.

— Toma! Una casa como cualquiera otra mi querido maestro.

— Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios, y conspiran los federales.

— ¿Cómo así, señor?

— Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa á una mujer espía de ese fraile endemoniado que ha jurado mi ruina y mi esterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este jóven misterioso que huye de su hogar, y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador emboscado y sigiloso.

— ¿Acabó usted, mi querido maestro?

— No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y tres veces que en mi posicion oficial tan encumbrada y dedicada yo no puedo conservar relaciones con una casa á que no se le halla una perfecta definicion gramatical. Y desde que no sé qué casa es esta, quiero abstenerme de su mancomunidad y trato.

— Señor, usted ha almorzado con el diputado García, dijo Eduardo.

— No, señor, no he tenido el honor de almorzar con el señor Don Baldomero.

— Entónces, con Garrigós.

— Tampoco, ni esto me parece del caso.

— Entónces la inspiracion de ese estupendo discurso es puramente suya.

— Cortemos toda sociabilidad, Señor Belgrano.

— Pero es, señor Don Cándido, repuso Daniel, que usted ha llamado conspirador á mi amigo y esto me parece poco cortés entre colegas.

— Colegas! Yo he sido maestro del señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero, despues....

— Despues le ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

— Fué accion sin voluntad.

— Como quiera.

— Pero nunca he sido colega de usted para nada.

— Pero lo es usted ahora, Señor Don Cándido, replicó Daniel. No es usted secretario del señor Arana?

— Lo soy.

— Pues bien, el señor es secretario en comision del general Lavalle.

— Secretario en comision del general Lavalle! esclamó Don Cándido, parándose gradualmente y mirando á Eduardo con ojos que querian salirse de las órbitas.

— Pues! prosiguió Daniel, y como usted es secretario de

Arana, y el señor secretario de Lavalle, resulta que son ustedes colegas.

— Secretario de Lavalle! ¡y conversando conmigo!

— Y huesped de usted hace pocos dias.

— Y huesped mio! .....

— Y agradecidísimo por otra parte. Y tanto que mi primera visita será para usted dentro de dos ó tres dias, mi querido colega.

— ¿Usted en mi casa? No, señor, ni estóy, ni puedo estar en mi casa para usted.

— Ah, eso es otra cosa. Yo esperaba ir á visitar á mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el ejército libertador, y que podrian servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y Arana. Pero si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

— Pero señor secretario, repuso Don Cándido que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa, si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos é impertérritos defensores de Su Excelencia el Señor General Lavalle; sino..... Daniel..... habla por mí, hijo mio..... yo tengo mi cabeza como un horno.

— No hay nada que hablar, señor, repuso aquel, todo lo ha comprendido su colega de usted. Todos nos entendemos; ó mas bien, todos nos hemos de entender.

— Ménos yo, mi querido Daniel; que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber lo que he hecho, ni lo que he sido en esta época calamitosa y nefanda.

— Usted es de los nuestros, Señor Don Cándido, repuso Eduardo.

— Yo soy de todos, sí, señor, de todos. Anoche mismo se me caian las lágrimas de los ojos cuando el señor Don Felipe me dictaba ese tremendo preámbulo que va á dejar á todo el mundo en la miseria.

— Ah, sí, el preámbulo, dijo Daniel, picada su curiosidad, pero sin querer que Don Cándido lo conociera.

— Pues! ya tú has de saber de lo que se trata.

— ¿Cómo no? ¿desde ayer á la tarde? ¿y no ha acabado todavía el preámbulo el señor Don Felipe?

— No, hijo mio. Deben ser muchos los considerandos, segun me dijo; pero no me dictó sino el primero; y eso quedó en limpio despues del décimo ó undécimo borrador que me dictó su Excelencia.

— Santa Bárbara! Casi se podria apostar á que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

— Poco mas ó ménos. Pero en sustancia, se trata de quitarles á todos los unitarios sus bienes despues que se haya

triunfado de su Excelencia el Señor General Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por órden de su Excelencia el Señor Restaurador, se ha puesto á trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo Señor Gobernador Don Felipe Arana, para cuando llegue aquel caso, que no llegará segun las convicciones profundas que acabo de oir en mi honorable colega.

Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban en las miradas, y la espresion del horror quedó en relieve sobre sus espresivos semblantes.

— Así es, prosiguió Don Cándido, que las lágrimas me corrian de hilo en hilo al considerar tanta familia que va á quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refulgentes de la libertad no dan en tierra con estas cosas en que nadie mejor que tú Daniel, sabe, y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de... ..

Dos golpes á la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de Don Cándido, y miéntras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó á la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quién era, sin poder todavía dominar en su espíritu, ni en su semblante la terrible impresion que acababan de hacerle las palabras de Don Cándido. Pues que al traves de sus mal espresadas ideas, ambos jóvenes habian penetrado hasta el pensamiento de Rosas y comprendido con horror el fin que se proponia el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar á la última desgracia, al hambre, á todos sus enemigos, si triunfaba.

— Ah! ¿es usted Mr. Douglas? dijo el jóven á un individuo que ya estaba en el patio.

— Sí, señor, contestó aquel. Me acaba de hablar Doña Marcelina y.....

— ¿Y le ha dicho á usted que yo lo necesito?

— Sí, señor.

— Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo antiyer?

— Sí, señor. Antenoche.

— Mucho alboroto ¿eh?

— Todo el mundo se está alistando para venirse, y de aquí todos quieren irse, contestó el inglés, haciendo un movimiento con los hombros.

— De manera que se gana plata?

— No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes, y he llevado sesenta y dos personas, á diez onzas cada una.

— Ah, no es poco.

— Bah! Mas vale mi cabeza, Señor Don Daniel

— Sí, cierto. Pero es mas fácil agarrar al diablo que agarrarlo á usted.

El inglés soltó una carcajada.

— Mire usted, señor, dijo, tengo muchas ganas de que me sientan. por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversion. En España hacia el contrabando de tabaco: y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el inglés se reia como un muchacho.

— Pero no pagan mucho, continuó. Mas me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que lo que otros por salvarles la vida.

— Bien, pues, Mr. Douglas, dijo Daniel, necesito nuevamente sus servicios.

— A la órden, Señor Don Daniel; mi ballenera, cuatro hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

— Gracias.

— Si hay que embarcar á alguno, he descubierto otro lugar que ni el diablo da con los que allí se escondan.

— No, no hay que llevar á personas. Primeramente ¿cuándo piensa usted volver á Montevideo?

— Pasado mañana, si completo el número.

— Bien. No se irá usted hasta que yo se lo avise.

— Bueno.

— Esta noche me llevará usted una carta á la escuadra bloqueadora.

— Muy bien.

— Me traerá usted la contestacion mañana ántes de las diez.

— Y ántes tambien, si usted quiere.

— Mañana á la oracion estará usted en su casa para recibir dos pequeños baúles que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baúles irán alhajas y objetos de señoras, que usted mismo embarcará y llevará á bordo del buque que yo le designe, cuando me haya traido la contestacion de la carta.

— Todo se hará así.

— ¿Conoce usted bien la costa de los *Olivos?*

— Como esto, contestó el contrabandista abriendo su grande mano y mostrándosela á Daniel.

— ¿Puede atracar una ballenera con facilidad?

— Segun esté el rio. Pero hay un puertito que llaman el *Sauce*, que, aunque haya poca agua puede entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ese está mas allá de los *Olivos*, como á una milla.

— ¿Y por los *Olivos?*

— Si el rio está alto. Pero hay un peligro.

— ¿Y cuál?

— Que las dos falúas de la capitanía recorren toda esa costa, desde las diez de la noche.

— ¿Las dos juntas?

— No. Generalmente se separan.

— ¿Qué tripulacion montan?

— La una ocho, y la otra diez hombres; y andan bien.

— Bueno, Mr. Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos:

Que usted no se irá, hasta que yo se lo avise.

Que irá usted á la escuadra esta noche, y traerá la respuesta de la carta que voy á entregarle, de las ocho á las diez de la mañana.

Que recibirá usted dos baúles mañana á la oracion en su casa, y los embarcará y llevará usted mismo á la escuadra cuando yo se lo avise.

Precio convenido el que usted ponga.

— Eso es lo mejor, respondió el inglés frotándose las manos, eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahora no me hace falta sino la carta.

— Va usted á tenerla, repuso Daniel levantándose y pasando á su escritorio; miéntras quedaba calculando el precio que pondria á todas sus comisiones el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico, desde 1838 hasta 1842 en Buenos Aires. Y enhorabuena que ellos obrasen por el interes que les producia su arrojo, no es ménos cierto que á ellos se debe la vida de centenares de buenos y patriotas ciudadanos, que sin la proteccion de ese inusitado contrabando habrian caido bajo el plomo ó el puñal de Rosas.

Los mas notables personajes de la emigracion activa fueron salvados de Buenos Aires en las balleneras contrabandistas; y la juventud, casi toda, no salió de otro modo que como salió Paz, Agrelo, Belgrano, &a.; es decir, bajo la proteccion de hombres como Mr. Douglas. Y hay que recordar un hecho bien esplicativo por cierto; y es que cuando la delacion era tan pródigamente correspondida, y cuando no pasaba un dia sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del país, en todos esos estranjeros, italianos, ingleses, norte-americanos, poseedores del secreto y de la persona de los que emigraban, sin ignorar la alta posicion que muchos de ellos tenian en la sociedad, lo que habria importádoles una altísima recompensa de parte de Rosas, no hubo uno solo que vendiese el secreto ó la confianza que se depositaba en él.

---

## CAPITULO VII.

El jefe de ronda.

Dos dias despues de aquel en que Pílades habia pasado por tanta agitacion de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Oreste, es decir, el 5 de Setiembre, Buenos Aires era toda confusion y anarquía en las ideas, en los temores, y en las esperanzas; todo silencio y reconcentracion en los enemigos de la dictadura, miéntras los federales se hallaban en una agitacion nerviosa que los ponia en continuo movimiento· era que desde las once se sabia que el ejército libertador estaba á una legua de la Capilla de Merlo; y por consiguiente, que al otro dia podia estar sobre Santos Lugares, ó en la ciudad misma.

No se puede decir que la aproximacion de los enemigos de Dios y de los hombres aumentó el personal de las fuerzas amontonadas en la fortaleza, en el cuartel de serenos, en el de Ravela &a. Pero sí puede decirse, que los religiosos y humanitarios partidarios de Rosas se movian cada uno como cuatro, corriendo á galope de un lado al otro de la ciudad, anunciándose recíprocamente la aproximacion de Lavalle, y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea no alcanzó á averiguar, hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decision, y hasta qué punto el miedo, porque todos los estremos se tocan en la naturaleza, y suelen aparecer aparentemente, de causas contrarias, los mismos resultados, lo que hay de cierto es, que mucho se movian y que gritaban mucho, siendo su punto de reunion general, despues de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y la heroina muerta; donde á falta del uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debia pagar por todos: esa pobre hija de Rosas, destinada á presenciar todo lo mas repugnante de un sistema perfecto de relajacion y de sangre, y á rozarse con cuanto habia de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que habia subvertido el órden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo á la superficie, donde se sostenia en nata el crímen y la degradacion de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como á ningun federal de esa especie podia faltarle cola, y como un recio viento del S. E. entilaba la calle, sucedia que las cintas de las colas federales,

y las plumas que coronaban sus frentes, agitadas por el viento, y alumbradas por el sol clarísimo de Setiembre, parecian de léjos espirales de llamas enrojecidas, saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralon, los patios, la *oficina*, toda la casa, á escepcion de las habitaciones del dictador, representaban un verdadero hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salia en aquella casa. ¿A qué? A cualquier cosa. Allí se habia de saber primero que en ninguna otra casa, el triunfo ó la derrota de Lavalle.

Habia, sin embargo, una clase de vivientes, que entraba á casa de Rosas, y buscaba la presencia de Manuela, con un objeto ex-profeso, sincero y real; las negras.

Uno de los fenómenos sociales mas dignos de estudiarse, en la época del terror es el que ofreció la raza africana, conservada apénas en su sangre originaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demas.

Desde los primeros dias de nuestra revolucion, la magnífica ley de libertad de vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que habia sido arrastrada tambien al vireynato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fué Buenos Aires la primera que en el continente de Colòn cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no queria ver la degradacion de la especie humana. Y la libertad que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo, en la época del terror, ni mas acérrimo, ni mas ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada seria que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural seria que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios; desde que ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entónces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condicion y por su misma naturaleza el último escalon de la gradería social.

A las promesas, á las consideraciones, Rosas agregaba los hechos; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente, y hasta bailaban con los negros.

Nada seria, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la plebe porteña entusiasta y fanática por aquel gobierno, que así la protegia y consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atencion y concentracion del espíritu, y que deberá preocupar mas tarde á los regenera-

dores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidez y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delacion que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció seco, sin raíces en su corazon.

Allí donde se daba el pan á sus hijos, donde ellas mismas habian recibido su salario, y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el domestico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un estambre azul ó celeste, era ya un arma; y una mala mirada, una pasajera reconvencion de los dueños de casa ó de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policía, Doña María Josefa, cualquier juez de paz, ó comisario, ó corifeo de la Mashorca, recibia una delacion, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, ó cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia; porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires importaba estar puesto fuera de toda ley, y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crímen.

El odio á las clases honestas y acomodadas de la sociedad era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones á ejecutar el mal eran á la vez francas é ingenuas; y su adhesion á Rosas leal y robusta.

Desde que el dictador marchó á Santos Lugares, y con él los batallones de negros que habia en la plaza, las negras empezaron tambien, por su cuenta, á marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas á su propia asistencia.

Pero ántes de salir de la ciudad se presentaban en bandas en casa de Manuela, ó en la de Doña María Josefa Ezcurra, anunciando que iban á pelear tambien por el Restaurador de las Leyes. Y en el dia que describimos, no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos allí habia.

Era un dia de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se habia trasportado á ella desde las once; y á las ocho de la noche todavía estaban allí esperando algun otro chasque de Santos Lugares que hiciese saber si Lavalle habia pasado mas acá de la Capilla de Merlo, ó si

el ejército federal habia salídole al encuentro y pulverizádolo bajo sus tremendas armas, y á los rayos del *genio*.

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino á herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazon.

Por un largo rato la atencion de todos se concentró en el oido; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas alguien que pudiera decirla la verdad. Pero la jóven conocia tanto á los que la rodeaban, que no se atrevió á interrogar á ninguno.

De improviso, un movimiento cuya impulsion venia del patio, se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hácia la puerta en donde, al traves de las nubes densas de humo de cigarro, se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decia á cuantos le preguntaban:

— No es nada, no es nada, es el cañonazo de las ocho, que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro á su oprimido corazon, y preguntó impaciente á Victorica, que se acercaba á saludarla:

— ¿Nadie ha venido?

— Nadie, señorita.

— Por Dios; desde las once no sé una palabra!

— Pero es probable que ántes de una hora sepamos algo.

— ¿Antes de una hora?

— Sí.

— Y porqué, Victorica?

— Porque á las seis mandé un comisario de policía con el parte del dia al señor gobernador.

— Bien, gracias.

— Estará aquí á las nueve, cuando mas.

— Ojalá! ¿Y cree usted, que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

— No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. A las diez y media de la mañana de hoy estaban á tres leguas de Merlo; y á estas horas, se hallarán, cuando mas, á una legua de ese punto; es decir á dos leguas de nuestro acampamento.

— ¿Y esta noche?

— ¿Cómo?

— Si no marcharán esta noche? repuso Manuela pendiente de las palabras de Victorica.

—¡Oh, no! contestó este, esta noche no marcharán, ni tal vez mañana, Lavalle trae poca gente, señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

—¿Y á qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego, prosiguió Manuela, que hablaba casi al oido del jefe de policía.

—¿La verdad?

—Sí, sí, la verdad.

—Es que no se puede preguntar así no mas por esa, señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero segun los datos que me parecen mas seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

—Tres mil hombres, y me dicen que apénas tiene mil! esclamó la jóven.

—¿No dije á usted que no se encuentra á la verdad?

—Oh, es terrible!

—La engañan á usted en muchas cosas.

—Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

—¿Todos?

—Ménos usted, Victorica.

—¿Y para qué engañar ahora? repuso el jefe de policía con un brusco movimiento de hombros, que parecia decir: «Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos á quien engañar, si no es á nosotros mismos.»

—Y tatita, ¿qué fuerza tiene? La verdad tambien.

—Oh, eso es fácil! El señor gobernador tiene en Santos Lugares de siete á ocho mil hombres.

—¿Y aquí?

—¿Aquí?

—¿Sí, en la ciudad, pues?

—Todos y ninguno.

—¿Cómo?

—Que segun las noticias que nos lleguen del campamento mañana, ó pasado mañana, hemos de tener un mundo de soldados, ó hallaremos que no tenemos ninguno.

—Ah! sí; sí, ya lo sé, repuso Manuela, con viveza, al comprender lo que le pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabia mejor que nadie el crédito que debia dar á las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban; que solo eran bravos con el puñal, sobre la víctima inerme.

—Y me dará usted las noticias, prosiguió, en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe?

—No lo sé, señorita, porque ahora mismo parto para la Boca, y he dado órden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

—A la Boca! ¿Y no hace usted mas falta en la ciudad?

—Yo creo, señorita; que no hago falta en ninguna parte,

contestó Victorica, con cierta espresion en el rostro, que hubiera parecido una sonrisa, y que sin duda quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y rígidos que no se prestaban á otro movimiento que al de la espresion de las pasiones recias y profundas.

— ¿Qué quiere usted decir, Señor Don Bernardo? preguntóle Manuela algo séria; porque el carácter de aquella jóven ya empezaba, naturalmente, á resentirse un poco de la régia autoridad de su padre, y á disgustarse al notar síntomas de desagrado en sus servidores.

— Quiero decir, contestó Victorica, y lo mejor es decirlo con franqueza, que ántes recibia las órdenes directamente del señor gobernador; y despues de algun tiempo las estóy recibiendo de otros, á nombre de Su Excelencia.

— ¿Y cree usted que alguien se atreveria á tomar el nombre de mi padre?

— Lo que creo, señorita, es que no se puede ir á Santos Lugares y volver, en media hora.

— ¿Y bien?

— Y esta tarde, por ejemplo, recibí, á nombre de Su Excelencia, la órden de vigilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora, ó media hora despues, recibí contra-órden, á nombre tambien del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

— Ah!

— Y ya usted ve, Manuelita, que alguna de las dos órdenes no es del señor gobernador.

— Cierto. Es bien singular!

— Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del general Rosas, ni las habrá nunca. Pero no siento la misma voluntad en servir á otras personas, que obren por intereses particulares, y no de la causa.

— Créame usted, Victorica, que he de hablar á tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

— Esta señora me da mas que hacer que el señor gobernadar.

— Esta señora! ¿Qué señora?

— No ha comprendido usted que me estóy refiriendo á Doña María Josefa?

— Ah, sí, y sin embargo, Manuela no habia comprendido tal cosa, porque poca atencion prestaba, en efecto, á todo cuanto no fuera relativo á la situacion que rodeaba á su padre en esos momentos.

— Esa señora, prosiguió Victorica, tiene un especial interes en que se vigilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera, los dejaria ir á todos.

— Y yo tambien, agregó Manuela con prontitud.

— Hoy me mandó órden de hacer espiar de nuevo una casa, donde yo sé muy bien que hasta las paredes son unitarias. Pero qué sacamos con espiarla? Ni se me dice lo que se debe vigilar, ni qué haré si encuentro tal ó tal cosa.

— Ya.

— En seguida, órden, á nombre de Su Excelencia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

— Es ocurrencia!

— Un muchacho que anda de aquí para allí como un saltimbanqui, y que, en realidad, no se le conocen mas relaciones, que federales.

— ¿Y quién es, Señor Victorica?

— Una visita de aquí mismo.

— ¿De aquí? ¿Y órden de perseguirlo?

— Sí, señorita.

— ¿Pero, quién es?

— Bello.

— Bello! esclamó Manuela, que sentia una sincera amistad por el jóven.

— Sí; á nombre del señor gobernador, prosiguió Victorica.

— Oh, no puede ser.

— Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente Doña María Josefa.

— Prender á Bello! repuso Manuela, vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante órden. Bello es un escelente jóven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos mas antiguos del mio.

— No se me ha dicho que lo prenda, sino que lo vigile.

— Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean, agregó Manuela.

— A mí no me parece malo. Pero debo decir, que tiene muchos enemigos, ó enemigos muy poderosos.

— Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese señor, si no recibe órden espresa de tatita.

— Si usted lo dispone así....

— Así lo dispongo, no siendo dada la órden por Corvalan.

— Muy bien.

— Yo sé algo de esto, poco mas ó ménos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

— Bien, bien, repuso Victorica contentísimo de haberse vengado de Doña María Josefa; y cual si quisiese recompensar á Manuela del buen rato que acababa de darle, la ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

— Pero pido á usted, agregó, que, buenas ó malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligacion.

— Se lo prometo á usted.

— Entónces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de policía volvió á pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese á detenerlo para pedir noticias, como se hacian todos recíprocamente.

El asiento que dejó, no quedó vacío ni un minuto, pues, un nuevo personaje de la época vino á dar á la jóven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y miéntras Manuela suplicaba á su nuevo interlocutor, que saliese á pedir á las negras que no gritasen tanto en el patio, y las dijese que su padre las recibiria con mucho gusto en el campamento; Doña María Josefa daba la mano, despidiendo á un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho ó cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalon negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no ménos grande puñal á la cintura.

— Con que, temprano, le decia la cuñada de Rosas.

— Sí, señora, ántes de las siete estóy en casa de usted á darle cuenta.

— Pero si ántes hay novedad, me manda avisar en el momento?

— Sí, señora.

— Yo he de estar aquí toda la noche, ó hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le dé cuartel á ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van á Lavalle.

— No hay cuidado, contestó aquel con una sonrisita que parecia decir: «No necesito de esa recomendacion.»

— Victorica va á correr la costa desde el fuerte hasta la Boca, prosiguió Doña María Josefa.

— Ya lo sé, señora; y yo voy á relevar á Cuitiño que está haciendo la ronda desde la Batería hasta San Isidro.

— Eso es. Hay un raton que ya una vez se escapó de la jaula, pero se me ha puesto que lo hemos de hacer caer tarde ó temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba á relevar á Cuitiño se separó de la hermana política del dictador: ese individuo era Martin Santa Coloma, uno de los principales corifeos de la Mashorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus indefensos compatriotas.

---

## CAPITULO VIII.

La ballenera.

La noche estaba nebulosa pero suave; el rio tranquilo; una brisa fresca pero suave, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marea, cubrian las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas encenadas de sus orillas. Apénas, de vez en cuando se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento al traves de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de una alma desgraciada.

A las nueve de esa noche una embarcacion habia desprendidose del costado de una de las corbetas bloqueadores, con un jóven oficial frances, el patron y ocho marineros.

En la primera hora la ballenera corrió al largo con su proa al oeste cuarta al norte, con su vela englobada, ligera y graciosa como una creacion de la noche posada en el ala de la brisa, miéntras que el jóven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, solo bajaba su vista de rato en rato, á ver una pequeña carta abierta á sus piés, y alumbrado por una linterna á cuya luz echaba una mirada de vez en cuando á una rosa náutica que sujetaba el pequeño plano, mostrando luego con la mano, y sin hablar una palabra, la direccion que debia dar á la ballenera el patron que dirigia el timon. Y á la luz tambien de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguian los fusiles de los marineros, colocados de babor á estribor.

Como al cabo de una hora el oficial vió su reloj, é hizo en seguida un exámen mas detenido de la aguja, del plano, y de la direccion de la ballenera; y mandó luego arriar la vela, y seguir á remo en la direccion que indicó, despues de colocar bajo un banco de popa la linterna. La parte superior de los remos estaba envuelta en lona; y apénas se percibia el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habian perdido completamente á la vista; y apénas, hácia la izquierda, se percibia la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecia mas y mas elevada, á medida que la ballenera avanzaba con mas rapidez al impulso de los remos, que ántes á la fuerza del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio mas hácia la costa; y, á otra palabra del patron, los marineros empezaron á tocar apénas con la

punta del remo la superficie del agua, y la embarcacion perdió mas de la mitad de su marcha.

Entónces el jóven oficial se sentó en el piso de popa, tomó la linterna, observó con mucha atencion la aguja y las indicaciones del plano, y despues de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y la carta.

A esta accion los marineros dieron, por una sola vez, una impulsion inversa á los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban á una cuadra de la costa.

Entónces el oficial pidió dos sombreros á los marineros. Colocó la linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera á que la luz se proyectase en línea recta, sin esparcir claridad en redor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se paró y la levantó á la altura de su cabeza, con la luz en direccion á la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, miéntras que la mirada de todos buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El jóven meneó la cabeza, y colocando la linterna en su lugar anterior dió órden de seguir.

Cinco minutos despues volvió á repetirse la misma operacion con las mismas precauciones. Pero inútilmente tambien.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo á examinar la direccion que se habia dado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dió órden de marchar un poco mas á tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, á pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente á un pequeño cabo, y como á dos cuadras de su anterior estacion, volvió á funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No habria pasado un minuto que aquella luz flotante despedia su rayo sigiloso en direccion á la tierra únicamente, cuando sobre la barranca inmediata brilló una luz, algo mas viva que la que parecia requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

— Allí está, esclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apénas perceptible de ellos mismos.

La linterna subió y bajó entónces, por dos veces, en las manos del oficial, y la luz de tierra estinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.

## II.

Como á las siete de esa misma noche, un carruaje tirado por Fermin, habia parado á la puerta de la casa de Madama Dupasquier; y poco despues subia á él aquella noble señora, pero subia pálida, macilenta, con la espresion de esas enfermedades, de esas tísis del alma que hacen mayores estragos, y mas pronto, que las mas crueles dolencias de los órganos; y á su lado subia su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmin del aire: eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la generacion que desenvolvióse durante la revolucion, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico, ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero seria muy larga esa demostracion. Y solo diremos que de aquellas mujeres, que hoy se perpetúan en los retratos, ó en las tradiciones, no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente el coche habia tomado hácia la plaza, doblando por bajo el arco de la recoba, atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendido al Bajo, y tomado á gran trote con direccion al norte.

Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habian salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha á pocos pasos de él.

Mas allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época, y que muy pronto debia convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vieron cuatro hombres venir en direccion opuesta.

En el acto los dos jinetes que lo escoltaban prepararon las armas que traian bajo sus ponchos, y se dispusieron á lo que pudiera ocurrir. Pero felizmente no era gente de la Mashorca, y léjos de detener el carruaje, aquelles cuatro hombres pasaron haciendo grandes cortesías á los que iban dentro y á los que cabalgaban á su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas era el afan de los hombres por saludarse unos á otros, aun cuando en su vida se hubieran visto la cara: originalidad que no puede esplicarse de otro modo, que por el miedo que recíprocamente se tenian todos.

De cuando en cuando, y á pesar del aire de la noche, la misma Madama Dupasquier mandaba á su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venian sus amigos. Y cada vez que la jóven cumplia esta órden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y vigilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del

estribo, y un brevísimo diálogo de las mas tiernas interrogaciones tenia lugar entre la niña y el jóven, entre la madre y su hijo, porque el jóven bien se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel al llegar á su amigo, acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

— ¿Quieres que te haga una revelacion que á cualquiera otro le daria rubor el hacerla?

— ¿Acaso vas á decirme que estas enamorado? ¡qué diablos! Yo tambien lo estóy y no me avergonzaria de contarlo.

— No, no es eso.

— Veamos, pues.

— Que tengo miedo.

— Miedo!

— Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos á dar. Yo que juego mi vida á todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido á domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro rio, mas bravas y poderosas que el océano, en un débil bote, sin motivo, sin interes, por solo la satisfaccion de verme frente á frente con la naturaleza, en los momentos de su salvaje jactancia; yo que tengo fuerte el corazon y diestro el brazo, temblaria como una criatura si tuviésemos en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

— Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

— Sí; pero peligros para mí; pero no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerla derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles por que pasaria su corazon, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi espirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es ese miedo por la desgracia del ser amado, que solo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

— Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no habia pensado, á fe mia: miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

— Sí, Eduardo: cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama de veras, la vida se reparte, se

encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

— Pero en fin, ya estamos cerca, Daniel, dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. Ah! pensar que pasado mañana, que mañana tal vez puede cesar esta horrible vida que llevamos! Prófugos, párias en nuestro propio país, en nuestra misma casa....! Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor á la pólvora, cuando sienta el primer escuadron de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy á empezar á tirar tiros al aire, por respirar pólvora, si esa canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

— Sí, repuso Daniel, ese es el órden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es esa la razon por que he instado tanto por el viaje que se va á efectuar esta noche. Me conozco. No valdria, con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

— Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguirlas! esclamó Eduardo.

— Amalia tiene mas valor que Florencia, y otro carácter tambien. No habria poder humano que la separarse de tu destino. Aquí estás tú, y aquí está ella; es tu sombra.

— No, es la luz, es la estrella de mi vida, repuso Eduardo con un acento de vanidad que parecia decir: «Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazon.»

— Ahí está la casa, dijo Daniel y se adelantó á dar órden á Fermin de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las señoras.

Un minuto despues estaba aquel en la puerta de la *casa sola*. Pero ni una luz, ni una voz, y solo el rumor de los árboles cercanos.

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon á la puerta, cuando esta abrióse, y los ojos de los viajeros, habituados á la oscuridad despues de dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; miéntras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que custodiaba á la hija de su coronel, con la misma vigilancia con que veinte años ántes guardaba su puesto y su consigna, en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi exánime, pues el viaje la habia molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y despues de tomar algunos confortativos y reposar un rato, la enferma volvió á hallarse

mejor. Ademas, la idea de que pronto iba á dejar de respirar aquel aire que la asfixiaba, y salvar á su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Segun las instrucciones de Daniel, solo había luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servia de aposento á Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hácia el rio, y sus puertos hácia el camino, estaban completamente oscuras.

Florencia estaba mas pálida que de costumbre; y su corazon latia con esa irregularidad que acompaña á las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba á correrse. Pero en el blando espíritu de la mujer no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligra tambien la vida de su madre, la vida de su amante.

La jóven sonreia á aquella. Miraba tierna y amorosamente á su Daniel; y en el cristal bellísimo de sus ojos, una humedad celestial se esparramaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermin, y volvió luego diciendo:

— Van á dar las diez de la noche. Es necesario que vamos á las ventanas del comedor, á esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz á la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

— Sí, sí, señor, contestó la vivísima criatura.

— Vamos, pues, mamá, dijo Daniel tomando la mano de Madama Dupasquier. Usted tambien nos ayudará á observar el rio.

— Sí, vamos, contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal pegaba con su cadavérico semblante, y hé aquí lo que no se me habia ocurrido jamas.

— ¿Qué cosa, mamá? la preguntó con prontitud Florencia.

— Que yo tuviera que hacerme federal por un momento, empleando mis ojos en espiar entre las sombras. Y sobre todo, no se me habia ocurrido que tuviese alguna vez que embarcarme por estos parajes y á estas horas.

— Pero se desembarcará usted en su coche dentro de ocho dias, señora.

— ¿Ocho? ¡y qué! ¿costará tanto echar á esta canalla de Buenos Aires?

— No, señora, repuso Eduardo, pero usted no vendrá de Montevideo hasta que vayamos todos á buscarla.

— Y será el mismo dia que no haya Rosas, agregó Daniel, que fué compensado por una leve presion de la mano de su Florencia, que no se habia desprendido de la suya, desde

que salieron del aposento de Amalia, pues que ya estaban en el comedor, sin mas luz que la escasísima de la noche que entraba por los vidrios que daban hácia el rio, en cuya direccion estaba fija la mirada de todos.

A medida que pasaban los minutos por la rueda del tiempo, la conversacion se cortaba y se anudaba con dificultad, porque una misma idea absorbia la atencion de todos: era ya la hora, y la ballenera no venia. Madama Dupasquier no podia permanecer allí. El conflicto de armas podia tener lugar al otro dia. Y se necesitaban tres por lo ménos para combinarse de nuevo con la estacion francesa.

— Tardan, dijo Amalia, que era quien conservaba mas sereno su espíritu, porque no habia nada que agitase, ni la felicidad, ni el peligro, ni la muerte, aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

— El viento quizá, repuso Daniel buscando un pretesto que algo calmase la inquietud general, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia que estaba parada con Eduardo, esclamó:

— Allí está, estendiendo su mano en direccion al rio.

— ¿Es? preguntó Florencia levantándose y dirigiéndose á Daniel.

El jóven abrió entónces la ventana, calculó la distancia de la casa á la orilla del agua, que se dejaba conocer por el rumor de la ola, y conociendo que la luz estaba en el agua, cerró la ventana y gritó:

— ¿Luisa?

El corazon de todos latia con violencia.

Luisa que habia estado con su manecita en el candelero desde que recibió la órden, llegó con la luz ántes que el eco de su nombre se estinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y despues de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo:

— Vamos.

Florencia estaba trémula, y palida como el marfil.

Madama Dupasquier, tranquila y serena.

Al salir fuera de la casa, Daniel las hizo parar un momento.

— ¿Qué se espera? preguntó Eduardo que daba el brazo á Florencia, miéntras Madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

— Esto, dijo Daniel señalando un bulto que se veia subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de Madama Dupasquier y se adelantó.

— ¿Hay alguien, Fermin?

— Nadie, señor.

— ¿En qué distancia?

— Como á cuatro cuadras de un lado á otro.

— ¿Se ve de tierra la ballenera?

— Ahora, señor, porque acaba de atracar á las toscas, el rio está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

— Bien, pues. ¿Recuerdas todo?

— Sí, señor.

— Mi caballo desde ahora mismo, en la peña blanca, como á tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la peña grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero por toda precaucion monta á caballo ya y véte á esperarme.

— Bien, señor.

La comitiva ya estaba impaciente é intrigada por la demora de Daniel. Pero este los tranquilizó luego, y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecia vigorizar á la enferma, pues que caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Adelante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa de la mano.

Por dos veces la habia rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella queriendo dar valor á todos, contestaba que no; que era la señora feudal de aquellos parajes, y debia siempre marchar adelante de todos.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negro cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, solo se distinguia el perfil de su hechicero rostro, y sus ojos en los que no faltaba una luz, ni entre las densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron á la orilla del rio donde la ballenera estaba atracada y contenida por dos robustos marineros que habian saltado á tierra con ese objeto.

La embarcacion habia dado por casualidad con una pequeña abra del rio.

Al acercarse las señoras, el oficial frances saltó á tierra con toda la galantería de su nacion, para ayudarlas á embarcarse.

Habia un no sé qué de solemnidad religiosa en ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras:

— Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamas se atrevia á decir, ni aun á creer, que Rosas se conservase ocho dias mas.

Pero Florencia, organizacion en que pocas veces habia el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazon, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro su alma, miéntras que las imágenes mas tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginacion.

— Vamos, dijo al fin Daniel, y tomando á su Florencia de la mano la separó de Luisa que lloraba tambien, y alzándola por su cintura de sílfide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba Madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡adios! se cambió Florencia con Amalia y Eduardo: y á una voz del oficial la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hácia el sud, y enfiló la costa, con su vela tiriana desplegada, y sin las precauciones con que se habia acercado un cuarto de hora ántes. Seguia la costa con la intencion de tomar mas abajo un cuarto mas de viento en su bordada al este.

Amalia, Eduardo y Luisa la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entónces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos, á contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que dejaban de vez en vez aparecer los astros, miéntras que Eduardo la contemplaba embelesado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrian pasado apénas, cuando una súbita claridad y la detonacion de una descarga de mosquetería, en la costa, y hácia el lado en que navegaba la ballenera, vino á herir de súbito, y como un golpe eléctrico, el corazon de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.

---

# CAPITULO IX.

La ronda federal.

Todavía Eduardo tenia vuelta su gallarda cabeza hácia la direccion de la descarga, y las manos llevadas instintivamente á los bolsillos donde tenia sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, esclamando:

— Sube, sube, por Dios! oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

Eduardo comprendiéndolo todo, y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto mas en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndola:

— Sí, pronto, no hay que perder un momento, miéntras que Luisa, prendida del vestido de su señora, queria darla apoyo tambien para subir ligero.

Apénas habrian caminado dos minutos cuando una segunda descarga los paró maquinalmente á todos, haciéndoles volver la vista á la direccion que traia el sonido, y entónces percibieron claro, aunque á larga distancia, una súbita claridad en el rio, y el sonido de otra descarga.

— Dios mio! esclamó Amalia.

— No, esa última es de la ballenera, que les contesta, repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

— ¿Pero las habrán herido, Eduardo?

— No, no; es muy difícil, sube, hay otro peligro que evitar.

— ¿Otro?

— Sube, sube.

A pocos pasos estaban ya en la casa cuando se encontraron con Pedro, que venia atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo

— Ah, ya están aquí, dijo al verlos

— Pedro.

— Señora, yo soy. Pero estas no son horas para que ande usted por estos lugares Es esta la primera vez quizá que el buen viejo dirigia una reconvencion á la hija de su coronel.

— Pedro, ¿ha oido usted? le preguntó Eduardo.

— Sí, señor, todo lo he oido. Pero estas no son horas de que la señora.....

— Bien, bien, ya no lo haré mas, Pedro, dijo Amalia que

comprendia todo el interes que sentia por ella aquel fiel servidor de su familia.

— Queria preguntar á usted, Pedro, prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa, si ha podido distinguir de qué armas son los primeros y los segundos tiros?

— Bah! esclamó el veterano, cerrando la puerta y sonriendose.

— Veamos, pues?

— La primera y la segunda descarga ha sido de tercerola; y la última de fusil.

— Esa es mi misma idea.

— A cualquiera que tenga oidos se le ocurre lo mismo, repuso Pedro, que parecia estar de malísimo humor con todos, por el peligro que acababa de correr su señora, y, como para evitar mas preguntas, se fué á encender luz en el aposento en que dormian Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la *casa sola*, y que se hallaba en el otro estremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando esta entró á la sala, y se quitó de la cabeza el pañuelo de seda que la cubria, Eduardo no pudo ménos que sorprenderse al mirar la escesiva palidez de su semblante.

La jóven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, miéntras Eduardo habia pasado al comedor, á oscuras, y abriendo la ventana, ponia toda su alma en el oido, porque la densidad de las sombras era cada vez mayor y no se podia distinguir cosa alguna.

Nada se oia.

No parecia que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento ántes.

Cuando volvió á la sala todavía permanecia Amalia en la misma actitud.

— Basta, mi Amalia, basta; y ha pasado todo, y Daniel irá riéndose en este momento, la dijo sentándose á su lado, y arreglando unas hebras de los lacios cabellos de su amada, que se habian descompuesto con la presion de la mano.

— Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido á alguno.

— Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola, ni á cincuenta varas de la ballenera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

— ¿Pero toda la costa está vigilada? ¿y Daniel? ¡cómo desembarca Daniel! Dios mio!

— Bajará á la madrugada, en que se retiran las patrullas.

— ¿Y Fermin le ha llevado el caballo?

— Sí, señora, respondió Luisa que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió á levantarse y pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacia rato que estaba cruzando por su cabeza, y que era lo único que lo inquietaba.

Apénas haria tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento despues ese ruido era bien perceptible, y no podia dudarse que lo originaba la marcha de muchos caballos.

De repente el rumor de la marcha de la cabalgata cesó, pero pudo distinguirse el eco confuso de algunas voces al pié de la barranca. En seguida volvió á sentirse la marcha de los caballos

— No hay duda, se dijo Eduardo, esta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pié de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van á dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad! y el jóven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar á la sala, Amalia, que leia tan bien en el semblante de su amado, comprendió que alguna emocion profunda lo agitaba, y ella misma le abrió el camino diciéndole, en el estilo que usaba con él, y el único que le consentia, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento mas dulce y mas íntimo:

— Hable usted, Eduardo; yo siempre tengo en mi alma la resignacion, esperando á la desgracia.

— No; desgracia no, repuso aquel como avergonzado de que su amada hubiera apercibido en su semblante alguna espresion pasajera de temor

— ¿Y qué es, pues?

— Quizá..... Quizá nada..... una tontería mia, dijo el jóven, sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que habia dejado Amalia en su taza.

— No, no, algo hay, y yo quiero saberlo.

— Pues bien; lo que hay es, que acaba de pasar una patrulla por bajo la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. Hé ahí todo.

— ¿Todo? bien; ya verá usted si he comprendido lo que usted ha callado. Luisa, llama á Pedro.

— ¿Y para qué? preguntó Eduardo.

— Va usted á oirlo.

El veterano apareció.

— Pedro, le dijo Amalia, es posible que intenten asaltar-

nos esta noche, querer registrar la casa, ó alguna cosa así, cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organizacion, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una resistencia armada, una resistencia cualquiera á la voz de los agentes de Rosas, era una sentencia infalible de muerte, ó de desgracias de todo género, y Amalia se lanzaba á afrontarlas, tentando salvar al bien amado de su corazon.

— Ya está todo hecho, señora; tengo veinte tiros y mi sable, respondió Pedro.

— Y yo cuatro y el mio, dijo Eduardo parándose súbitamente; pero mas súbito todavía y como si hubiesen cambiado un hombre por otro, volvió á sentarse y dijo·

— No, aquí no correrá sangre.

— ¿Cómo?

— Digo, Amalia, que en último caso no merece mi vida el que usted presencie una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daria, por último, sino la pérdida de todos.

— Pedro, haga usted lo que se le ha mandado, repuso Amalia.

— Amalia! esclamó Eduardo, tomándole la mano.

— Eduardo, replicó la jóven, yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo, y cuando el destino de él fuese de prisa á la desgracia, yo precipitaria el mio para que fuésemos juntos.

La jóven no habia acabado estas palabras melancólicas, espresion de su triste y enamorado corazon, cuando el galope de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al patio donde se paseaba Pedro, y entró á su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubria aun; sacó sus pistolas de dos tiros que tenia en los bolsillos de sus pantalones, examino las cebas, y tomando luego su espada dió al patio y colocóla desnuda en un rincon.

En ese momento Amalia llegaba tambien al patio con la inocente Luisa pegada á su vestido, que por segunda vez la repetia:

— Señora, ¿quiere usted que rece?

— Sí, hija mia, anda á la sala y reza.

La noche habia cubiértose con todo su ropaje de sombras, y la tormenta se cernia sobre la tierra.

No bien habia cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y Pedro, cuando sintióse el rumor de voces cerca

de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos que se desmontaban; y entónces pasaron á la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguan

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime les detuvo á la puerta: la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecia que se esperaba la última palabra de esa oracion de la inocencia elevada á Dios, en medio de la noche y los peligros, para comenzar la primera escena de aquel drama que presagiaba un terrible desenlace; pues que en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una decena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

— Nuestro plan está ya concebido con Pedro, dijo Eduardo dirigiéndose á Amalia, no abriremos, ni responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y bien sostenida; y si lo logran, cuando los recibamos estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron á darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

— Echenla abajo, dijo una voz ronca y fuerte que habia sobresalido varias veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obcenas los golpes que daban en vano sobre la puerta y las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

— No se puede, dijeron muchas voces á la vez, despues de haberse hecho grandes esfuerzos, que se conocia por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos gruesas trancas.

— Tiren sobre la cerradura, dijo la misma voz que se hacia notable entre todas.

Pedro se sonrió, dió vuelta la cabeza y miró á Eduardo parado con Amalia de la mano en el medio de la sala.

En aquel momento cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte esterior, y la cerradura vino á caer á los piés de Pedro, que con una serenidad admirable dióse vuelta, acercóse á Amalia y la dijo:

— Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

— Es cierto, repuso Eduardo, al aposento de Luisa.

— No; yo estaré donde estén ustedes.

— Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro, replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorprendida, no se atrevió á replicarle y entró con Luisa al aposento. Miéntras Pedro y Eduardo

fueron á colocarse entre las dos ventanas, quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apénas habian ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera tambien tomaban sus medidas. Conocian bien que habia gente en la casa, pues que la puerta estaba cerrada por dentro, y se veia luz por los agujeros que habian hecho las balas. Y esta resistencia á abrir los exasperaba mas, á ellos que traian sable y tercerola, y que por consiguiente eran agentes de la autoridad todo-poderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta que parecia pronta á saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

— Ah, ya sé; y para esto no hay remedio! dijo Pedro saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirigiéndose al zaguan; miéntras que Eduardo, preparando tambien sus pistolas, iba á su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta, y apretando convulsivamente sus armas.

Amalia que sintió y vió todo esto, ocurrido en ménos de un segundo, iba á precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó á sus piés y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe sin vibracion, pero pujante, á plomo hizo estremecer de nuevo toda la casa, y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

— No resiste otro, dijo Pedro.

— ¿Y con qué demonios dan? preguntó Eduardo trémulo de rabia y deseando que cayese la puerta de una vez.

— Con el anca de dos ó tres caballos á un mismo tiempo, contestó Pedro, así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, la decia llorando:

— Señora, la vírgen me ha hecho recordar una cosa; la carta; yo sé donde está, con ella nos salvamos, señora.

— ¿Qué carta, Luisa?

— Aquella que....

— Ah, sí, ¡Providencia divina! es el único medio de salvarlo. Tráela, tráela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dió.

Amalia entónces pasó corriendo á la puerta de la sala y dijo á Eduardo y Pedro que estaban en el zaguan esperando por momentos ver caer la de la calle:

— No se muevan, por Dios; oigan todo pero no hablen ni entren á la sala, y sin esperar respuesta, corrió las hojas de la puerta, y volando á una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

A este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron á la ventana diez ó doce de los que estaban desmontados; y por instinto, por instinto federal, abocaron sus tercerolas á las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna se dirigió á ellos:

— ¿Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

— Eh, que no somos ladrones! contestó uno que se abrió camino por medio de los demas, hasta llegar á la ventana.

— Pues si es esta una patrulla militar, no debia tratar de echar abajo las puertas de *esta casa.*

— ¿Y de quién es *esta casa?* preguntó aquel que se habia acercado, parodiando la acentuacion con que habia marcado Amalia aquellas dos palabras.

— Lea usted y lo sabrá. Luisa! alcanza la luz.

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvia en sus últimas palabras, acompañada del papel que entregaba, en aquella época en que todos temian caer, por equivocacion, ó por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevó sin esfuerzo la perplejidad á toda aquella gente, en cuyas cabezas no habia entrado la sospecha de que en esa casa, por tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veian.

— Pero, señora, abra usted, le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martin Santa-Coloma al frente de su partida.

— Lea usted primero y despues abriré si todavia lo quiere, repuso Amalia dando mayor firmeza y aire de reproche á la entonacion de su voz; al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su señora, acercaba la luz á la reja, entre una bomba de cristal.

Santa-Coloma desdobló la carta sin quitar sus ojos de aquella mujer que á la luz del fanal le heria la imaginacion, como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta, y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil é interesante.

— Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan, dijo Amalia.

— Señora, yo soy el jefe de esta partida, y con que yo lea es bastante, contestó aquel, y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer tambien, y que decia:

«*Señora Doña Amalia Sáenz de Olabarrieta.*

«Mi distinguida compatriota: He sabido con mucho disgusto que se han atrevido á incomodar á usted en su soledad, sin motivos, y sin órden de tatita, lo que es un grande abuso que él reprenderia si lo supiese. La vida que usted lleva no puede inspirar sospechas á nadie, sino á los que toman el nombre del gobierno para sus fines particulares: usted está en el número de las personas que mas distingo, y le ruego, como una amiga, que me comunique al momento, si otra vez fuese usted molestada; porque si es sin órden de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré á él en el acto, para que no se abuse de su nombre otra vez.

«Crea usted que será un momento muy feliz para mí aquel en que pueda serle útil su obsecuente servidora y amiga

«*Manuela Rosas.*

«Agosto 23 de 1840.»

— Señora, dijo Santa-Coloma quitándose su sombrero, yo no he tenido la intencion de hacer á usted ningun mal, ni sabia quién vivia aquí. He creido que podrian haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay mas casa que esta....

— Vino usted á echarme las puertas abajo ¿no es eso? le interrumpió Amalia, para acabar de dominar el espíritu de Santa-Coloma.

— Señora, como no me abrian, y veia luz.... pero, díspénseme usted. Yo ignoraba que aquí viviera una amiga de Doña Manuelita.

— Está bien ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa? y Amalia hizo un movimiento como para salir á abrir.

— No, señora, no. Solo le pidó á usted el favor de permitirme que vengan mañana á componer la puerta que quizá se ha estropeado.

— Mil gracias, señor. Mañana pienso irme á mi casa del pueblo, y esto no es nada.

— Yo mismo, prosiguió Santa-Coloma, voy á pedirle disculpas á Doña Manuelita. Créame usted que ha sido sin intencion.

— Todo lo creo á usted, y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido, usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay, repuso Amalia endulzando su voz todo cuanto le era posible en su situacion.

— Señores, á caballo; esta es una casa federal, gritó Santa-

Coloma á los suyos. Vuelvo á pedir á usted perdon, continuó volviéndose á Amalia. Buenas noches, señora.

— ¿No quiere usted descansar ni un momento?

— No, señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que la he dado.

Y retirándose Santa-Coloma, todavía no se ponia el sombrero.

— Buenas noches, dijo Amalia y cerró su ventana.

Un minuto despues estaba desmayada sobre el sofá.

---

## CAPITULO X.

Primavera de sangre.

Ya los pájaros cantaban al asomar el dia el himno misterioso de la naturaleza á su creador.

La golondrina volvia de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imágines del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violentas; y entre los glóbulos dorados de su flor se cuajaba el gérmen de su esquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y á su pié la tímida violeta se escondia entre sus pabellones de esmeralda, lastimada de su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso á respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina de las flores abria su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, á cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la vírgen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazon, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la divinidad puso en su seno.

Y sobre las hojas punzóes de la rosa, ó sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcia el polvo de oro de sus alas, y remontaba luego á embriagarse de luz y de colores: imágen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardin de las ilusiones, derramando el oro de su imaginacion sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban á descansar ya de su agitacion en el rígido invierno que acababa, y se dormian sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazon que

les dió vida. Los vientos de la Pampa plegaban su ala poderosa: y las templadas brisas de los trópicos se escurrian á la region del Plata, á conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la naturaleza se regeneraba, se cubria de galas, respiraba esperanzas, y reflejaba poesía, como la amante abandonada vuelve á la radiantez de su belleza, rebosando promesas y alegría, cuando el aliento del amante ausente viene de improviso á entibiar la frente marchitada por el frio glacial del abandono.

Al invierno yermador, árido y triste, sucedia la creadora y alegre primavera. Y para toda la naturaleza habia una caricia, una sonrisa, una promesa . . . . ménos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los astros que tachonan el manto celestino de Dios, todos recibian una mirada vivificadora, al abrirse el reinado de la opulenta primavera en las regiones del Plata.... ménos el hombre.

Su destino, frio como una cifra, adherido á su vida como el mármol al sepulcro, é incontrastable como el paso del tiempo, lo empujaba de desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecia envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la naturaleza. Pero ¡ay! el ámbar de la flor iba á estinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba á perder su manto de esmeralda con las manchas de sangre, que ni el pié de los años borraria.

El arroyo iba á llevar sangre en su corriente. La luz del dia á encapotarse entre vapor de sangre. Y los astros que tachonan el manto celestino de Dios, iban á quebrar su tenue rayo sobre charcas de sangre. — —

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía, nuevo Mazeppa, iba á desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y desgracias. Las tradiciones de la revolucion, el destino de 1810, las promesas risueñas de 1825, los progresos intelectivos de la sociedad, la moral de educacion y de raza, el carácter de los pueblos, su índole y su imaginacion misma, todo iba á acabar de subvertirse bajo el mas disolvente de los gobiernos, bajo la mas inmoral de las escuelas públicas: bajo el gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios bárbaros. Un gobierno tanto mas funesto, cuanto que debia dejar inoculados en la sangre de una generacion que se levantaba á la vida, los malos hábitos de los pueblos que nacen

y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que la dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiva y ciega, una condicion de la existencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas exóticas en el terreno de ese gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociacion habia conservado hasta entónces el mal gobierno de Don Juan Manuel Rosas, como habia servido en gran parte á la anarquía que lo produjo. Y la prolongacion de aquel gobierno iba á acabar de ahondar ese mal generador, en la tierra virgen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De este modo se preparaban para el futuro, funestos y terribles síntomas de resistencia á la reaccion que apareciese contra ese órden de cosas, en que ya no habria que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas habia triunfado sin vencer. Y desde entónces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su gobierno, iban á ceder poco á poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, ó mas bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La república argentina, como pueblo nuevo, habia completado ya, en quince años, su epopeya de combates y glorias; y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo habia dicho la ultima palabra de sus primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo período de su revolucion. Y aquí se chocaron entónces los grandes estremos del pensamiento: la innovacion que creaba, la reaccion que destruia.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lógica de la historia no podia fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nacion. Y el crímen, el vicio, la relajacion de todas las nociones del cristianismo, la subversion de todos los principios conservadores de la sociedad, el atraso, la estagnacion y la indolencia, la inaccion y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradicion, y una índole acomodaticia al nuevo órden de vida, todo debia contribuir á llenar el cuadro de la tiranía de Rosas, que no debia quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argen-

tino separe la yedra que cubra la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscriciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque frio y tranquilo la ingenua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, espresion franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolucion. Pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya que dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Don Juan Manuel Rosas. Porque lo mas sensible para la historia argentina no será, por cierto, el tener que referir la existencia de un tirano, sino el que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fué un tirano ignorante y vulgar. A ningun fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debia quedar sino un recuerdo repugnante de ella.

Solo el crímen fué sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda ingerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad de la bandera azul y blanca, fué una larga mentira del dictador, inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales: á lo ménos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho ántes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es mas susceptible á la ebullicion de los sentimientos patrióticos, exagerados con frecuencia por el calor de la sangre, y los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto de parte de los estranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellon nacional.

Despues de la revolucion de 1.º de Diciembre de 1828, un hecho escandaloso fué cometido por el comandante Mr. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche por las tripulaciones francesas. Don Juan Manuel Rosas, en armas ya contra la revolucion, se dirigió á Mr. de Venancourt aprobando su conducta, y pidiéndole que retuviese la escuadra. *)

---

*) El infrascripto tiene el honor de dirigirse al Sr. comandante de la escuadra francesa, para espresarle en su nombre y en el de todos los ciudadanos de la nacion argentina el mas sincero y justo homenaje de reconocimiento por los sucesos que han tenido lugar en estos últimos dias respecto de la escuadra nacional que, á consecuencia de la insurreccion del 1.º de Diciembre, habia caido en poder de dichos insurgentes, por haber puesto en libertad á los prisioneros detenidos á bordo, y otros pasos que demuestran claramente que los agentes públicos de la nacion

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pequeñez y su miseria á sus mismos subalternos; ordenando á los jefes militares, de oficio, que mintiesen en sus comunicaciones, aumentando el número de sus fuerzas.*)

Pero mas que esto. El cinismo del dictador llegaba á tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribia las instrucciones para los correos que partian de Buenos Aires para las provincias y Bolivia; ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo que: «S. E. trabajaba dia y noche en sosten de la causa americana: que hasta las potencias estranjeras le tributaban respeto y admiracion por su valor y por su genio: que todo el mundo estaba pronto á sacrificarse por él: que en todos los paquetes recibia cartas y regalos de los

---

francesa han sabido reconocer al gobierno legítimo de la república argentina, y obrar en conformidad á las relaciones de estrecha amistad que la república argentina conservaba hasta el 1.º de Diciembre con la nacion francesa.

El abajo firmado ha tenido comunicaciones interesantes del Sr. Mandeville cónsul general de Francia, y le ha respondido de una manera satisfactoria. En definitiva, y hallándose el infrascripto general suficientemente autorizado por el poder soberano de la nacion, para arreglar y disponer todo lo que se mire como necesario al restablecimiento de las leyes y de las autoridades legítimas de la provincia de Buenos Aires, requiere del comandante á quien se dirige:

En primer lugar, que la escuadra nacional tomada á los insurgentes no sea devuelta, sino que sea guardada á la vista y en seguridad; que se tomen los buques nacionales que se hallan en el Paraná; que se haga toda especie de hostilidades contra los que hoy mandan ilegalmente en Buenos Aires; que se permita al general infrascripto una entrevista que podrá tener lugar en la Ensenada; que se haga comunicacion de todas estas resoluciones al cónsul general, y para abrir una comunicacion frecuente con el susodicho cónsul general, el comandante de la escuadra facilitará los medios de comunicacion necesarios á la Ensenada, donde el que firma pondrá á la disposicion del comandante frances tanta carne fresca cuanta necesite diariamente para sus buques y para todos los demas que quiera proveer de ella y que pueda desear el susodicho comandante.

El comandante general Don Prudencio Rosas (hermano del general), se halla en la Ensenada encargado de proporcionar al señor comandante de la escuadra todo cuanto necesite, y la misma órden se ha dado desde Quilmes hasta el Tuyú, y por todas las costas y puertos donde se hallen sus tropas; ellas están prontas á ejecutarlo.

El infrascripto tiene el honor de saludar, &a.

JUAN MANUEL ROSAS.

(Esta carta fué conocida recien el 29 de Diciembre de 1849; presentada á la cámara de diputados por Mr. Larrochejaquelein.)

*) «El general edecan de S. E. D. Manuel Corvalan, al comandante en jefe del número 2, coronel D. Antonio Ramirez.

«S. E. encarga á V. S. que al comunicar noticias del número de que se compone la division, diga siempre el doble, y que la mitad es de línea, y que esta noticia con especialidad la haga correr hácia el sur de la campaña, y hácia esta ciudad, y por último para todas partes, para donde se le porporcione oportunidad de escribir sea para donde fuere, aun cuando sea al norte, debe ahora V. S. hacer correr que tiene consigo mil hombres incluso quinientos de línea, y que viene en alcance suyo la division de Barrancas compuesta de quinientas plazas de las tres armas de línea y milicia, ardiendo todos por volar ó acabar con los salvajes unitarios sublevados, viles esclavos de los asquerosos franceses.»

reyes: y que dentro de poco se iba á saber todo lo que él valia» &a. &a.

Capitaneó una de las épocas de la vida social, que con él, ó sin él, tenia por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo célebre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo espectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma, y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabonando en torno suyo, debidos en su mayor parte á causas que no recibieran creacion, ni impulsion de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha repentina del ejército libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debia marchar hasta su última espresion en la república.

Sobre las tablas del tiempo fué Setiembre de 1840 quien jugó el destino de los pueblos del Plata; y en perdida la libertad, la primavera de la naturaleza no fué sino la primavera de sangre de los argentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van á dar á comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.

---

## CAPITULO XI.

De cuarenta solo diez.

En la noche siguiente á aquella en que la policía federal comenzó á hacer de las suyas en la *casa sola*, y en que Luisa recibió por premio de su oracion una inspiracion que salvó á todos, varios hombres se habian ido reuniendo, desde las ocho de la noche en un largo almacen de efectos por mayor, contiguo á una hermosa casa de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad.*)

Los que llegaban, llamaban de un modo especial, y la puerta del almacen se abria, para cerrarse en el acto.

Apénas allá en el fondo se distinguia la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino, y en

---

*) En toda esta obra se usa, como es natural, de la nomenclatura que tenian las calles en 1840, en que tienen lugar los acontecimientos que refiere.

redor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y á pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacen, en que se hallaban, la conversacion, aunque animada, se sostenia, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaucion se esplicaba por la circunstancia de que la casa de altos, á que pertenecia el almacen, y con la cual se comunicaba por una puerta al patio, era habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendia, era ver que habian quitado de la parte interior de la puerta los efectos que habia amontonados contra ella, y desclavado una gruesa tabla que cruzaba las hojas, y, por último, llamaba la atencion mas que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, á semejantes horas y en aquellos tiempos, era mas que suficiente para que la muerte se dejara de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí habia.

— Las diez, dijo uno, acercando su reloj á la vela de sebo que ardia sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

— Mejor, repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

— Sí, cierto, agregó un tercero, si no hubiera nada, ya lo sabríamos á estas horas.

— Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada, observó otro levantándose tambien; pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en redor de la vela.

— ¿Pero, cómo es que no vienen los demas?

— Pero es que no sabemos cuántos somos.

— ¿Te lo ha dicho Belgrano?

— No.

— Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos reunirnos.

— ¿Y qué importa el número?

— Toma, si importa! ¿Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa? repuso el que allí parecia el mayor de todos, no obstante que apénas representaba treinta y cinco años; teniendo en toda su figura un no sé qué de aire militar.

— Yo sé lo que ha de ser, dijo otro.

— ¿Qué? preguntaron varios.

— Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunion en esta misma manzana, ó en la misma cuadra, tal vez; y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa, y nos subamos á la

azotea como á cosa nuestra, á pesar de los gritos que quieran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

— Eso parece una esplicacion, repuso el personaje de aire marcial. Porque, continuó, no es que con diez ó doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle, desde el lugar en que nos vamos á colocar, y en caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle, sino que si tenemos que salir á operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entónces no bastan los que somos.

— Yo por ejemplo, haya ó no combate, me voy, con cuatro mas que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

— ¿Ve usted? ya quedamos ménos. ¿Y dónde diablos va usted?

— A casa de Rosas.

— ¿Quiere usted prender á Manuela?

— No; por el contrario, trataria de defenderla si alguien quisiera insultarla.

— Y yo tambien.

— Y yo, dijeron algunos jóvenes.

— ¿Pero entónces que quiere usted hacer con la casa de Rosas? repuso aquel el mas grave de todos, cree usted que los rosines se irán á esconder allí?

— No, no creo tal zonzería.

— ¿Y entónces?

— Los papeles.

— Ah!

— Los papeles; eso es lo que yo quiero.

— Muy buen provecho le hagan á usted, amiguito mio; pero me parece que ellos, y la carabina de Ambrosio, han de valer lo mismo.

— Para los militares, puede ser; para los escritores, no, contestó el jóven de los papeles algo picado.

— Pues! y como vamos á deber á los escritores la caida de Rosas, justo es que ellos continúen la obra, repuso con aire burlon el que lo tenia de militar.

— Puede ser que no se equivoque usted.

— Por supuesto! un cañonazo de gacetas haria un estrago terrible en el campamento de Rosas!

— Eso ya es personal, caballero.

— Pero, señores, por amor de Dios, dijo otro que no habia hablado todavía; es posible que no podamos estar juntos cuatro argentinos, sin que nos pongamos en anarquía? Todavía no hemos vencido á Rosas, y ya nos ponemos á disputar sobre si el elemento militar ha sido mas poderoso, para derrocarlo, que la propaganda literaria?

— Es que....

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta, y llamó la atencion de todos, miéntras se fué á abrir porque se habia llamado del modo convenido.

Un instante despues, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí habia.

Los dos jóvenes venian de poncho, y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y mas especialmente Daniel, tenian en su rostro una espresion de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la naturaleza, con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leia, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor á los papeles de Rosas no pudo contenerse y les dijo:

— La cara de cada uno de ustedes es un boletin de Rosas, en que nos da cuenta de la derrota de Lavalle.

— No, contestó Daniel. No, Lavalle no ha sido derrotado. Es mas que esto.

— Diablo! El *mas* no se me habia ocurrido hasta ahora repuso otro.

— Y sin embargo, así es, replicó Daniel.

— Pero esplicáos, con mil santos, esclamó el defensor de los militares.

— Nada mas fácil, amigo mio, contestó Daniel, y prosiguió:

Lavalle ha emprendido su retirada á las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y á mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de mas importancia sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió á aquella declaracion. Un frio glacial heló la sangre en el corazon de todos. Esa noticia era precisamente la que ménos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

— Sin embargo, dijo, Bello no ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, segun las mismas noticias de Daniel, que va á dar un golpe á Lopez que le está incomodando su retaguardia, para volver despues, libre de ese inconveniente, á operar sobre Rosas.

— Claro está, repuso otro. Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello, no tiene mas fundamento, que la demora del triunfo por algunos dias.

— Indudable, dijeron todos.

— Cierto.

— Pensád como gustéis, señores, replicó Daniel. Para mí esto es concluido. La empresa del general Lavalle, para tener éxito, debia obrar, mas sobre la moral, que sobre la fuerza material de Rosas. El momento se ha perdido. La

reaccion del espíritu vendrá en el numeroso partido federal, y repuesto de su primera impresion, será diez veces mas fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el general Lavalle podia tomar á Buenos Aires. Mañana ya será impotente. Lopez lo sacará de la provincia. Y entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

— ¿Pero cómo se sabe su retirada? preguntó uno.

— ¿Me creéis, ó no? Si me creéis, evitád preguntas cuya respuesta á nada conducirá, contestó Daniel con sequedad, básteos saber que hoy 6 de Setiembre ha emprendido su retirada, despues de haber llegado hasta Merlo; y que la retirada la he recebido hace media hora.

— Bien, es preciso comunicársela á los otros

— ¿A cuáles otros? preguntó Eduardo.

— Pues qué! ¿no hay en el barrio alguna otra reunion de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y el desprecio se dibujaron en su espresivo rostro.

— No, señores, contestó, no hay mas reunion que la presente. Hace quince dias que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Despues se me redujo á treinta. Ayer á veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabéis lo que es esto? la filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunion, en la parte mas culta de la sociedad; nuestra falta de asociacion en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nuestro egoismo; nuestra ignorancia sobre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva á Rosas en el poder, y hará que mañana corte en detal la cabeza de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad; mentira la justicia; mentira la dignidad humana; y el progreso y la civilizacion, mentiras tambien, allí donde los hombres no liguen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el dia en que se juega la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese gobierno.... gracias, amigos mios, honorosas escepciones de nuestra raquítica generacion, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como

la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que darán su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigracion. El trabajo de la propaganda en todas partes, á todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militantes. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el esterior, porque alguna de esas palabras ha de venir á la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavía es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas; pero la vuestra, no. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigracion. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al estranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas de la patria. Siempre golpeando en ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aun tiene un eco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. Hé ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida al que vamos á entrar. Aquel que sobreviva de nosotros, cuando la libertad sea conquistada, enseñe á nuestros hijos que esa libertad durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla, ni tendrán patria, libertad, ni leyes, ni religion, ni virtud pública, mientras el espíritu de asociacion no mate al cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra generacion. Abrazémonos y despidámonos hasta el estranjero.

Las lágrimas corrian por el semblante de todos, pocos momentos ántes tan llenos de esperanzas y sueños de libertad y triunfo, y un momento despues solo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en que la *novela* ha sido una verdadera *historia;* pues que tal reunion tuvo lugar en efecto en la noche del 6 de Setiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar las palabras del héroe del romance sobre su gran tema do *asociacion*, con lo que existe en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas; en ese imperio cuyo poder y grandeza no tiene otra base que la asociacion en todo y para todo.

Solo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades:

Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes, el agua, el fuego, &a. Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad. Sociedad para recoger los náufra

gos. Sociedad para prevenir los malos tratamientos á los animales, brutalidades que hacen feroces á los hombres, y que hacen á los animales, nuestros ausiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan. Sociedad de mejora de la suerte de los labradores. Sociedad para propagar la instruccion en las clases industriosas. Sociedad para mejorar el estado sanitario del pueblo en la capital. Sociedad para inspirar el gusto del aseo al pueblo, abriéndole en los cuarteles populosos y pobres casas de baños gratuitos, ó casi gratuitos, con lavaderías, secadores calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden por dos sueldos bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa ó la de su familia. Sociedad para facilitar á los obreros y á los mercaderes de menudeo los medios de cerrar temprano sus talleres ó sus bodegones, y pasar la prima noche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles á sus costumbres y á su salud. Sociedad de templanza para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecimiento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar el ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos de vino y de cerveza, sujetándose á privaciones que solo el sentimiento religioso puede esplicar. Sociedad para la estincion del vicio, fundada por *Wilberforce,* el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagacion por la prensa de la moral y del sentimiento religioso en las clases pobres ó ricas de la Gran Bretaña. Sociedad para la tutela moral y religiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas. Sociedad con un inmenso capital para la educacion, mantenimiento y colocacion de los hijos ilegitimos. Sociedad para recoger las mujeres enfermas ó desechadas de las casas sospechosas. Sociedad para la conversion de las prostitutas. Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieren volver á la mejor vida y á prácticas religiosas. Sociedad para ofrecer refugio á mujeres ó niñas espuestas, por su edad y su escasez, á las tentaciones del vicio. Sociedad para la supresion de las casas infames. Sociedad para suministrar un hogar y trabajo á las mujeres virtuosas, y á los sirvientes sin colocacion. Sociedad para enseñar su religion y un oficio á las mujeres arrepentidas. Sociedad para la proteccion gratuita por las leyes de las mujeres perseguidas ó maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, y que abusan. Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales. Sociedad para la estincion del crímen por medio de la instruccion y de la propiedad, propagadas en las clases mas habitualmente criminales. Sociedad para la

reforma de las prisiones, y la construccion por suscricion de prisiones correctivas y casas de trabajo. Cinco ó seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas. Sociedad para apoderarse á la espiracion de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, á fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del trabajo. Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y continuos á domicilio. Sociedad para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia ó de cada barrio. Sociedad de informe para ilustrar la caridad privada sobre las personas que por medio de cartas solicitan limosnas. Sociedad para abrir asilo de noche á los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno. Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas, para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar. Sociedad para suministrar á las familias pobres de obreros el pan y el carbon á precio mas bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Lóndres. Sociedad de servicio de sopa sustanciosa para los que mueren de hambre. Sociedad para buscar y visitar á todos los estranjeros de cualquiera religion que sean, y á cualquier país que pertenezcan para socorrerlos en su abandono. Sociedad para leer al pueblo la santa escritura. Para las viudas sin apoyo y sin recursos. Para los presos por deudas Para los marineros estropeados ó inválidos, &., como cien sociedades mas.

---

## CAPITULO XII.

### La ley de hambre.

Imposible es dar á conocer en los rasgos fugitivos del romance la situacion pública de Buenos Aires, despues de la retirada del ejército libertador.

El espíritu no volvia en sí del pasmo que le habia causado tal noticia; y una lucha febriciente de la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada dia que pasaba, la vuelta del general Lavalle sobre Buenos Aires, despues de haber triunfado sobre Lopez. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y las cartas de Montevideo, que llegaba de contrabando dos ó tres veces por semana.

Esos periódicos escritos con una pasion y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginacion que solo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caian como fierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaba, sin embargo, en muchos una fe positiva, una esperanza robusta.

Pero todo caia vencido por el terrorismo.

Rosas poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos, y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público á golpes de terror. El dique habia sido roto por su mano, y la Mashorca se desbordaba como un rio de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico, buscaba en las mas pueriles esterioridades un refugio, una salvacion cualquiera.

En ménos de ocho dias, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos esteriores, de dia, y muchas veces, hasta en alta noche. Y miéntras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvia, ocultaba, borraba ó rompia cuanto en el interior de la casa tenia una lista azul ó verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol á sol, y que no daba á nadie, sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas habia quedado sin sirvientes.

La ciudad se habia convertido en una especie de cementerio de vivos. Y por encima de las azoteas, ó por salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabian de la Mashorca.

Este famoso club de asesinos corria las calles dia y noche, aterrando, asesinando y robando, á la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacia coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mashorca á una casa representaba una combinacion infernal de ruido, de brutalidad, de crímen, que no tiene ejemplo en la historia de los mas bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce ó mas forajidos.

Unos empezaban á romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar á los patios la loza y los cristales, dando gritos tambien.

Unos descerrajaban á golpes las cómodas y los estantes.

Otros corrian de cuarto en cuarto, de patio en patio á las indefensas mujeres, dándoles con sus grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; miéntras otros buscaban como perros furiosos, por bajo las camas y

cuanto rincon habia, el hombre ó los hombres dueños de aquella casa, y si allí estaban, allí se les mataba, ó de allí eran arrastrados á ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y una grita infernal, confundida con el llanto de los niños, los áyes de la mujer, y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundia: y solo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírgenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenia límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La naturaleza se habia divorciado de la naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se habia desoldado y roto.

No habia asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corria las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones estranjeras, y una mano convulsiva y pálida se le ponia en el pecho, y una voz trémula le decia:

— No, no, por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. Atras! atras! y el infeliz salia, corria, imploraba, y ni la tierra le abria sus entrañas para guardarlo.

Los mas leales y antiguos federales, ministros unos, diputados otros, generales, magistrados, todos temblaban. Nadie sabia si las cabezas estaban botadas al azar, ó si era un martirologio escrito, pasado á las manos de la Mashorca. El golpe no era súbito é instantáneo como las *vísperas* en Sicilia, como la San Bartolomé en Paris. No; duraba, se reproducia á sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase mas, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada dia.

Pero el cuchillo no podia herir á toda la familia. La madre, el niño, la vírgen, no morian. Centenares de hombres escapaban á la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podia ser así. Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio al llanto, al susto y á la muerte, á los reflejos del puñal de la Mashorca, leyó el pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de Setiembre de 1840, que arrojaba á la miseria, al hambre, á cuantos eran, ó queria Rosas que fuesen unitarios.

De un momento á otro, millares de familias pasaron de la opulencia á la miseria, quedando, en todo el rigor de esta palabra, á mendigar un albergue, y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y robadas hasta de sus muebles y los objetos mas necesa-

rios á la vida. Pues todos «los bienes muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña,» pertenecientes, no digamos á los unitarios, á los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscacion.*)

---

*) Hablando de esto mismo el Sr. D. Valentin Alsina, redactor del *Comercio del Plata*, en sus importantísimas efemérides, dice así:

«Qué otra cosa son esas confiscaciones que un verdadero *salteamiento*, con la diferencia de que Rosas ni soporta las fatigas que el salteador soporta, ni se espone á los peligros á que este se espone.

«La convencion nacional de Francia, amenazada por una coalicion de reyes, y despues de tentar inútilmente otros arbitrios para contener la emigracion, decretó la confiscacion; pero la decretó con mesura: reglamentó su disposicion y la ciñó á los emigrados, y especialmente á la nobleza, que corria á engrosar la amenazante reunion de Coblentza. Del mismo modo, cuando en un país en ella aplicada, lo es á solo los culpables, lo es con arreglo á una ley preexistente, por los tribunales, y previa la mas amplia audiencia y el mas solemne juicio, en que esa culpabilidad es declarada. Aun así la confiscacion penal en muy pocos países subsiste: mas la confiscacion política, la aplicada indistintamente á los miembros de un partido, por solo pertenecer á tal ó cual comunion política ¡en ninguno! Eso no es confiscacion; eso es latrocinio neto, salteamiento puro.

«En principios de Agosto de 1840, invadió el general Lavalle la provincia de Buenos Aires; y en principios de Setiembre; ya emprendió su retirada, y entónces alegando esa invasion, dispuso Rosas, el dia 16, las confiscaciones; así come en Octubre siguiente» dispuso las inolvidables matanzas y degollaciones de aquel *mes de Rosas*.

«Todos» los bienes, muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña, pertenecientes á unitarios, es decir, á sus enemigos, sea cual sea su color político, son destinados por su decreto para premiar á sus soldados y reembolsar al tesoro de los gastos hechos con motivo de la invasion: como si desde ántes de esta esos soldados no estuvieran en pié, y esos gastos no hubieran sido los mismos. Tambien son destinados con una desvergüenza que asombra á indemnizar *á los buenos federales* de los quebrantos ó perjuicios que supone haberles causado el general Lavalle. ¡Calumnia indigna! Lavalle respetó completamente las personas y las propiedades; y aun la mayor parte de las caballadas de que dispuso y de los animales que alimentaron su ejército, le fueron llevados espontáneamente por la multitud de patriotas que en la campaña habia. Provocamos á los impostores rosistas á la justificacion de aquella imputacion ingrata. ¿Acaso Lavalle forzó á nadie á reunírsele? ¿Acaso se ensañó contra algun enemigo armado, y ménos aun contra los desarmados? ¿Prendió, persiguió, ni fusiló á alguno? ¿Ejerció algun acto de ferocidad ó de crueldad? ¿Confiscó tampoco la propiedad de nadie? ¿Incendió ó destruyó? ¿Hizo exacciones forzadas ó impuso contribuciones? ¿Cuáles fueron pues, esos supuestos perjuicios?

«Lo cierto es que todo eso no fué sino pretestos y palabreo del decreto, y que Rosas, sin dar tales premios á sus soldados, ni tales indemnizaciones á sus buenos federales, hizo entrar en sus arcas el producto de las confiscaciones, y le dió á su antojo el destino que mejor le plugo. Uno de ellos fué el pago á ciudadanos franceses de las indemnizaciones que la Francia le obligó á reconocer en el tratado de Mackau, de 29 de Octubre. Con el sudor de los enemigos de Rosas, vió la Francia indemnizados á aquellos de sus nacionales que lo fueron por perjuicios resultivos de los escesos y locuras del mismo Rosas.

«Tanto ménos puede justificarse el espoliatario decreto con la invasion de Lavalle cuanto que él comprende y se aplicó á *todos* los enemigos de Rosas, y no meramente á los que la ejercieron, promovieron ó ayudaron,

Ese solo decreto estaba destinado á envolver mas desgracias y mas lágrimas, que toda la serie de los delitos de Rosas.

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y miéntras así temblaba y se sacudia convulsiva entre el puñal, el hambre, la desesperacion y el terror, el ejército libertador, persiguiendo á Lopez, se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada á Montevideo del vice-almirante Mackan, el 25 de Setiembre, y que bien pronto debia disiparse.

Al llegar el señor Mackau á Montevideo, manifestó deseos de instruirse á fondo de la cuestion y de su estado; recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos, del señor Buchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interes y atencion; recibió en un documento revestido de multitud de firmas, la espresion de los deseos é ideas de la poblacion francesa de estos países: pero con el pretesto de una prudente reserva, exigida por su posicion, jamas manifestó abiertamente la

---

dentro ó fuera del país, como en todo caso debió ser. El condenó á la indigencia á los unitarios en masa, por solo el hecho de serlo, aun que nada hubiesen intentado contra Rosas, ni en el país ni fuera de él. es decir, el decreto se dirigia á penar una opinion. Así es que él se aplicó, no solamente á los que invadieron ó unieron á los invasores, no solamente á los emigrados, sino tambien á innumerables individuos pacíficos, sumisos, inofensivos, que no se habian movido de sus casas, contra los cuales no se invocaba ningun hecho determinado, sino el general—es unitario. El se aplicó á estranjeros que en nada se habian ingerido. ¡El se aplicó aun á señoras!

«Por otra parte: no se salvaron ni se tuvieron en cuenta los derechos de acreedores, socios, ó de cualquier otro tercero. Fué una verdadera espoliacion general *de bienes* ejecutada del modo mas arbitrario y brutal. ¿Cuál juez ó autoridad decidia quiénes fuesen los enemigos de Rosas ó estuviesen incursos en el decreto? Rosas y solo Rosas. ¿Cuáles diligencias ó esclarecimientos precedian? Ningunos. ¿Qué se dejaba á los robados para sus necesarios alimentos? Absolutamente nada. Aunque los bienes perteneciesen á sus mujeres, hijos, &a., todo se les arrebataba; millares de seres inculpables é inocentes se vieron de una hora á otra hundidos en una miseria horrible. ¡Y cuántos desórdenes, cuánta desmoralizacion de todo género no han nacido de aquí! ¡Cuántas violencias personales no se ejecutaron! Señoras hubo á quienes, sin hipérbole ni exageracion alguna, se las tomó materialmente del brazo y se las arrojó á la calle sin mas ausilio que el vestido que las cubria. Y felices si ademas no eran golpeadas ni azotadas.

«Así han acatado el derecho de propiedad esos salteadores que, no obstante, tienen la audacia de apellidarse á sí mismos restauradores y defensores de las leyes. Montesquieu, Daunou, Constant, Rossi, Thiers, Guizot y tantos otros publicistas venerados, bien pudieron escusar sus inmortales lecciones. Los restauradores del Plata son los destinados para iluminar al mundo sobre la verdadera doctrina social.»

menor de sus ideas, ni al ministro de estado del gobierno oriental. Las palabras del almirante se redujeron siempre á estas, ó parecidas: «mi posicion es muy delicada: mis simpatías por la causa oriental y argentina son muy vivas: seria preciso no tener corazon para no sentirlas: haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes.» A estas frases solia con frecuencia agregarse un medio no comun en la diplomacia, la emocion y las lágrimas del almirante.*)

Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario frances dejaba entrever que, segun sus instrucciones, ni á la república oriental, ni á las tropas que estaban á las órdenes del general Lavalle, habia reconocido la Francia por aliados, sino como ausiliares que la casualidad le habia proporcionado.

Pero la emigracion decia bien alto, que los orientales y argentinos tenian derecho á ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestion con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

Antes de adoptar la Francia, decian, el medio de las alianzas locales contra Rosas, ántes que su gobierno y sus cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma preveer las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, despues de formadas las alianzas, despues de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fe de la Francia, el tiempo de retroceder habia pasado irrevocablemente; alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban á un fin comun, aunque por diversos motivos é intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales, é indemnizaciones por daños á ellos causados: querian los orientales la destruccion de un poder, que habia atacado sus libertades y derechos, que los amenaza constantemente, y que, desde muy atras, hizo causa comun con los enemigos de su tranquilidad interna: los argentinos por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de espoliacion y de sangre; la destruccion perdurable del sistema dictatorial, *ó de facultades estraordinarias:* reaccion vergonzosa y mortal contra la revolucion americana; querian, por fin, asentar el imperio de la civilizacion y de las leyes sobre el sitial que manchan hoy la barbarie y la

---

*) Muchos ejemplos hubo de esto: lágrimas y emocion al recibir la visita del jóven hijo del general Lavalle, á nombre de su madre; emocion muy notable al oir á uno de los señores encargados de presentarle la peticion de los franceses; emocion tambien, en una conferencia con el coronel argentino D. F. Velazco (Documentos de la época.)

voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenian tambien interes, aunque indirecto, la Francia y el estado oriental; porque le tienen la humanidad y la razon.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran medir los procedimientos de la Francia en su política con estas regiones del nuevo mundo, no era aquel, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete frances venian calcadas sobre aquello que entendia por su conveniencia en el Plata, todas las demostraciones y los llamamientos al honor y al deber eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente; y los hechos empezaban á encaminarse favorablemente á Rosas de parte de la Francia.

El almirante debia partir para Buenos Aires en los primeros dias de Octubre. Y allí se iba á jugar la última esperanza de la época contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última espresion de esa negociacion fuese desfavorable al tirano, ella era impotente á su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran solo esperanzas de los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no habia esperanza, sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñian de sangre.

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querian volver á sus entrañas á sus hijos.

Cada mirada del padre sobre ellos era un adios del alma, era una bendicion que les echaba, esperando á cada instante el ser asesinado en medio á ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oracion íntima de todo un pueblo, que no tenia, sino la muerte sobre su cabeza.

---

## CAPITULO XIII.

### El traje de boda.

Era el 5 de Octubre.

La ciudad, pintada toda de colorado, estaba vestida de banderas: invencion del dictador para cada festejo federal. Ese dia era el aniversario de un dolor de muelas que le privó

el año de 1820, entrar á la plaza con el cuerpo de milicia que mandaba en el ejército del general Rodriguez; y que Rosas festejaba, sin embargo, como un gran hecho militar, el que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, ántes de descender contemplemos la naturaleza un momento tambien.

La luz es un océano de oro en el espacio.

El firmamento está trasparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores, bajo la luz clarísima que los baña: es el manto de la esperanza estendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de la ilusiones, sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo de la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa mas bella y amorosa todavía. Hay un contraste mas vivo y mas latente; una mistificacion de la fortuna ó de la desgracia; ó mas bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos: Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazon sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y la muerte.

Entremos.

El sallon de la encantada quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y cortinas, el lujo de los tapices y los muebles; las nubes de ámbar que exhalaban las rosas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelíes entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apénas por el murmullo cercano del viento entre los árboles, todo hacia el salon de Amalia una mansion, al parecer destinada á las citas del amor, de la poesía y la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con su cabello destrenzado pero rodeando en desórden su espléndida cabeza, vestida con un baton de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto á su cintura por un cordon de seda, que hacia traicion al seno de alabastro, y al pequeño pié, oculto entre unas chinelas colchadas de raso negro, la jóven estaba en su tocador, con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo de encajes, de riquísimas telas

y de trajes estendidos, unos sobre los sofáes, otros sobre las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba mas animada que de costumbre. El cabello de sus sienes levantado, la naturaleza parecia hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de quien la imaginacion no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecian siempre alumbrados por una luz celestial; que se escurria por la sombra aterciopelada de sus pestañas, como el primer rayo del alba por las sombras que aun bordan el oriente, participaban tambien de la animacion de su rostro.

Todo era estraño en ella.

En el momento en que nos cercamos estaba parada delante á uno de sus guardaropas, en cuya puerta de espejo habia colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca tambien, á la cintura y á las mangas.

Lo miraba. Tomaba la halda con sus dedos de rosa, y la alzaba un poco, como examinando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; miéntras que la niña seguia todos sus movimientos tocando y examinando tambien, cuanto miraba y tocaba su señora.

— Este, Luisa. Este es el mas elegante, dijo al fin Amalia mirando por todos lados el precioso vestido.

— Sí, yo creo que sí, señora. ¿Quiere usted probárselo?

— Sí, pues. Dáme un viso, y al pedir esto, desató el cordon de seda de su cintura y se quitó el baton, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodigios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente viso de raso blanco cubria aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad á su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

— El vestido ahora, dijo Amalia pasando ligera como una fantasía á pararse en frente de un espejo de siete piés de altura, colocado en el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza como una blanca nube abrillantada por el sol. Y era una verdadera diosa entre una nube, cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el trasparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido á su cintura, Amalia ya no era Amalia; era una jóven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimia la cintura con sus manos, daba vuelta su preciosa cabeza para mirar su espalda en el grande espejo, ó se colocaba entre los dos de sus roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, lo englobaba, y sus

ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pié de su señora, de la cintura á los hombros, de los hombros al rostro.

— Magnífico, señora, magnífico! esclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de mas léjos.

Pero, de repente, Amalia meneó su cabeza, hizo un gestito con sus labios, y dijo:

— No; no me gusta.

— Pero, señora....

— No; no me gusta, Luisa. Este es mas bien un vestido de baile. Ademas, está corto de talle.

— No, señora, al contrario, está largo.

— Y grande de cintura.

— Le mudaré los broches en un momento.

— No; no me gusta. Despréndelo.

— Pues, señora, no hay otro mas lindo, dijo Luisa desprendiendo el vestido.

— No importa, pero habrá otro mas á mi gusto.

— Va usted á elegir el peor.

— No importa; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida, y sin duda, por la última.

— Válgame dios, señora, siempre pensando cosas tristes! Verá usted como en Montevideo va á todos los bailes, al teatro, á todas partes, y hemos de tener todos los dias que hacer lo mismo que hoy, repuso Luisa, colocando el vestido sobre una silla.

— No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los dias de mi vida. Dáme aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo género, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y las mangas; tela de los mas ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aun que el vestido de blondas.

Este traje, mas regio, y mas ajustado al seno y á los hombros, dibujaba con mas coquetería las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplacion por mas largo rato que el primero.

Pero despues, el mismo movimiento de cabeza y el mismo gestito le dieron su pase, con satisfaccion de Luisa, que no pudo ménos de decir:

— Ve usted, señora; si no hay otro como el de encajes.

— No, Luisa; ninguno de los dos.

— Mire usted, señora, yo estóy segura que él querria ver á usted con el primero.

— Me verá alguna vez, pero no hoy.

— Hoy, hoy.

— ¿Y porqué?
— Porque es el mas rico.
— Bah!
— Y porque es el que mejor le sienta.
— Eso es lo que no creo; y si lo creyese....
— ¿Qué, señora?
— Me lo pondria
— Pues ese es.
— Me lo pondria, porque hoy es la primera vez de mi vida que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.
— ¿Nada mas que muy bien?
— Y....
— ¿Y?
— Y muy linda, dijo Amalia poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriendose de carmin sus mejillas, pasando relámpagos de sonrisa por sus labios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesion.
— ¿Y cuándo no lo está usted, señora? di o la niña tomándola las manos.
— Nunca.
— Siempre.
— Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el dia de su destino y del mio. El dia de nuestra felicidad y de nuestra separacion! ¡De nuestra separacion, Dios mio! esclamó Amalia, cubriendose los ojos con sus manos.
— Pero separacion de ocho ó quince dias, señora. Vamos, si usted va á llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted á estar muy mal para la noche.
— No, no, Luisa, no es nada, esclamó Amalia abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza, como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ella, no es nada; dáme otro vestido.
— ¿Cuál?
— Aquel.
— ¿El del sofá?
— Sí.
— Ah! tambien es muy lindo; pero como el de encajes, no.
— ¿Volvemos?
— Hasta la noche le he de estar á usted diciendo que es el mejor.
— Eres porfiada, Luisa.
— Ya se ve que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted, yo se lo he de contar mañana al señor Don Eduardo; y....
— ¿Mañana?

— Ah, sí, es verdad!

— Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

— Pero, señora, ¿y no seria mejor que esperase unos dias á ver si esto pasa?

— No, Luisa, ni un minuto mas. Por su viaje he anticipado todo, he preparado todo en mi alma, en mis aprensiones, y afronto hasta la profanacion que se hace hablando de felicidad, en estos momentos de duelo y sangre para tantos. Que parta hoy mismo. Es á esa condicion que me caso. Yo iré despues, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

— Ah, qué dia, aquel que estemos todos juntos en Montevideo!

— Sí, en Montevideo, dijo Amalia doblando su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

— Vea usted, prosiguió Luisa, como se ha puesto buena la madre de Doña Florencia, en tan pocos dias.

— Oh, cuán contentas estarán pasado mañana!

— Pero aquí.... vea usted, señora, ni los pajaritos cantan, y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia que habian vuelto á su primera colocacion despues que se dejó la *casa sola* y se volvió á Barracas.

— Sí! ¿has notado, Luisa? los pájaros no han cantado hoy! esclamó Amalia volviendo súbitamente sus ojos á las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no habia recordado.

— Válgame Dios! ¡para qué le diria á usted tal cosa!

— Sí, bien.... hablemos del traje.. . hoy no quiero creer otra cosa, sino que soy feliz ... ¿te parece bien. Luisa?

— Espléndido, señora; pero no como el de encajes.

— ¿Ves? Este, este es el que elijo.

— Y tiene usted razon. Despues del de encajes no hay otro como este, y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver de léjos á Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no mintiendo en su rostro la satisfaccion que sentia al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas mas tarde.

— Este, sin duda. Despréndelo Luisa, pero con cuidado

— Está ya, señora.

— Ahora otra cosa, Luisa, prosiguió Amalia volviendo á ponerse su baton de merino.

— Ahora veremos las alhajas, ¿no, señora?

— No, Luisa, alhajas, no.

— ¿Pero un collar, siquiera?

— No, en este acto no se ponen alhajas, Luisa.

— Pues, señora; yo si me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted....

— No te las pondrás. Anda á la sala y tráeme todas las rosas.

Un minuto despues volvia Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar á la sala.

Las flores eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que recien se abria, sus ojos se entrecerraron, empalideció su semblante, y palpitó su seno: era que el aroma de la flor estimulaba al aroma poético de su alma, y aquella organizacion sensible y armoniosa languidecia de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas y á medida que tomaba y aspiraba y examinaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovia su corazon, sin duda, pues que su rostro, ántes radiante, habia vuelto súbitamente á su habitual espresion de dulcísima tristeza.

Las flores, el campo, el mar, y la luz en las horas crepusculares, ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no se la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la religion verdadera de Dios, ejercida en el templo de la naturaleza, por el sacerdocio del corazon humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que escogia, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

— Ahí están mis diamantes, Luisa, dijo al colocar la rosa.

Pero en ese instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, ó por la demasiada inclinacion de la flor, esta cayó sobre el mármol, y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla; pero mas rápida todavía cruzó una sombra por su imaginacion.

— Es singular! dijo volviendo á colocar la rosa, dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el dia en que le di mi corazon, y el dia en que voy á darle mi mano.... pero.... veamos otra cosa, Luisa, dijo aquella mujer que sostenia visiblemente una lucha tenaz en ese dia con sus preocupaciones y su espíritu, y ella misma tomó un carton de sus roperos; se acercó á un sofá, y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que hacia traer espresamente de Paris, todos de una delicadeza dignos de la preciosa obra de la naturaleza á que estaban destinados. Escogió

unos botines delicadísimos que parecian cortados para una niña de doce años; y luego de separar algunos otros objetos destinados á su traje de boda, se acercó á sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento estraño, parecido mas bien á un gemido que á las modulaciones naturales de esos coristas de la naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba sus manos y movia las jaulas, accion á que sus pájaros correspondian siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre pero sin cantar, y perezosos.

— ¿Qué tienen los pajarítos, señora? preguntó Luisa sorprendida de lo que veia por primera vez.

— Están tristes! contestó Amalia dando vuelta su cabeza hácia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos con una lágrima levantada por la imaginacion de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma, tan tierna y combatida por la suerte, y por ella misma; están tristes! prosiguió, y repentinamente mas triste que el acento con que acababa de pronunciar sus últimas palabras, se acercó á la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blanquecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio.

— No puede darse un dia mas bello! esclamó Amalia, todo está tranquilo, ménos mi alma ¿Qué horas son?

— Las tres de la tarde acaban de dar, señora.

— Faltan cinco horas todavía!.... Arregla todo eso, Luisa.

Y al pronunciar esas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza, como era su costumbre cuando queria desechar ciertas ideas, y pasó de su tocador á su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello destrenzado y apénas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se estendieron como un esplendido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apénas alumbrada por la escasa luz que venia de la antesala, pues las ventanas al patio estaban cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acercó á la pequeña mesa colocada junto á su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro

incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bello como una Magdalena, solo el hijo de Dios que la escuchaba, solo la mirada de Dios derramada en el aire y la luz del universo pudieron oir las palabras sentidas de aquella alma, y leer la verdad del sentimiento, de la fe y la esperanza en aquella purísima conciencia.

---

## CAPITULO XIV.

### Asilo inglés.

Tenemos que retroceder con el lector para recoger ciertos personajes de esta historia, pocos dias despues de aquella noche de esperanzas y desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacen de la calle de la Universidad.

En efecto, pocos dias despues de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballes enfilaba la calle de la Reconquista, con direccion á Barracas, y á poco rato paraba en la quinta del señor ministro de S. M. B., caballero Mandeville.

El carruaje no habia dejado de llamar en su tránsito la atencion de los que lo veian ó sentian; porque, en esos dias de republicanismo federal, los coches se habian guardado, y la mayor parte de los caballos ofrecida al Restaurador, ó arreada federalmente. Y al parar el caruaje en la casa del ministro inglés, no faltaron curiosos y curiosas que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo, vuelto el cuerpo hácia adentro, y empezó á cambiarse este ligero diálogo con otro individuo que no habia movídose del asiento delantero en que venia.

— ¿Recuerda usted bien todo, mi querido maestro? preguntó el que se habia quedado medio afuera y medio adentro

— Si, Daniel, pero....

— ¿Pero qué?

— Y no seria mejor saber si está el señor ministro, ántes de que partiera aislado y solo por estas lúgubres calles, á estas horas, y encerrado en este vehículo?

— Nada importa eso, si no está, lo esperaremos; y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

— ¿Y si el Padre Guardian me preguntase....?

— Ya se lo he dicho á usted cien veces. No debe usted contestar directamente á ninguna pregunta. Si quieren, ó no, prestarse á lo que se le pide, cueste el dinero que cueste: eso es todo.

— ¿Y por fuerza ha de ser sobrino mio?

— O hijo.

— Hijos yo, Daniel!

— O primo.

— Vaya!

— O ahijado, ó lo que usted quiera.

— Dios ponga tiento en mis manos!

— Y en su boca, mi querido maestro. Antes de una hora tiene usted tiempo de volver,

— Adios, Daniel, adios!

— Hasta de aquí un momento, mi querido amigo, y el jóven cerró lo portezuela, é hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermin, y que partió al momento.

El señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creido reconocer á Eduardo, fueron introducídos al salon, donde encendian luces en ese momento.

El señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo mas afable y democrático que aquel, con cuantos se acercaban á su casa con las insignias de la época.

El ministro llegó con su cara distinguida y fresca, á pesar de los años, su levita abotanado, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa dificil facilidad de maneras que solo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dió la mano á Daniel, y esclamó:

— Oh, qué felicidad! Nunca podrá usted imaginarse, Señor Bello, cuánto es para mí un honor y un placer el verlo á usted en mi casa.

— Señor Mandeville, contestó el jóven apretando la mano que le estendia el diplomático, yo nunca doy honor ni placer, sino á cambio de una gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfaccion de presentar á usted á mi íntimo amigo el señor Belgrano.

— Ah! el señor Belgrano. Cuántos deseos tenia hace tiempo de conocer á este caballero. Es una noche completa la que usted me da, Señor Bello.

— Es una dicha para mí, repuso Eduardo, que mi nombre fuese conocido del señor Mandeville.

— Qué quiere usted, mi jóven amigo! ya yo soy viejo, y

como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

— Cada palabra de usted es una amabilidad, Señor Mandeville, contestó Eduardo, que buscaba inútilmente como entrar á ese juego esquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del jóven.

— No, no, justicia nada mas, Señor Belgrano. Los viejos estamos siempre próximos á dar cuenta á Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos á ver ¿ha visto usted á Manuelita, Señor Bello?

— Hoy no, Señor Mandeville.

— Ah, qué criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de Su Excelencia; y nada ménos que eso; yo voy á buscar cerca de esa espirituosa criatura algo que alegre á mi espíritu tan aburrido de los negocios. En Lóndres, Misía Manuelita haria furor.

— ¿Y su padre? preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

— Su padre. . . el señor general Rosas. . . . vea usted, en Lóndres. . . .

— En Lóndres no gozaria de salud el señor gobernador, dijo Daniel para salvar al ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

— Oh, el clima de Lóndres es detestable ¿ha estado usted en Europa, Señor Belgrano?

— No, señor, pero pienso viajar algunos años por ella.

— ¿Y pronto?

— No tan pronto como se nos ha venido el señor de Mackau; repuso Daniel queriendo darle ya otro giro á aquella insustancial conversacion.

— Cómo! ¿ha llegado ya el vice-almirante Mackau?

— ¿No lo sabia usted, Señor Mandeville?

— A te mia

— Pues ha llegado.

— ¿Aquí?

— No; á Montevideo, antiyer á la una.

— ¿Y lo sabe ya Su Excelencia?

— Y cómo cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el señor gobernador.

— Ah, cierto, cierto. Pero es estraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

— A la oracion quedaba á la vista un bergantin inglés.

— Ah!

— El viento ha sido malo, Señor Mandeville, observó Eduardo, y recien á las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

— ¿De suerte que estamos en la crísis? dijo Mandeville jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

— Y no es eso lo mejor.

— ¿Hay mas?

— Friolera, Señor Mandeville! sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado frances ¿no es así?

— Sí, sí, y bien?

— Pues nada ménos que llega con las mas sanas y pacíficas intenciones.

— Ah, qué felicidad!

— Para nosotros.

— Para todos, Señor Bello.

— Ménos para la cuestion de Oriente.

— Sí, algo puede haber de eso.

— Un embarazo ménos para la Francia es un embarazo mas para la paz europea en estos momentos. Felizmente las relaciones hoy existentes entre la Inglaterra y la Francia nos garanten, hasta cierto punto, del resultado de la mision Mackau.

— El gobierno británico no trepidaria, observó Mandeville, en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestion.

— No quise decir eso, replicó Bello. Quise decir, que si la Inglaterra tuviese interes en distraer algo la atencion de la Francia con su cuestion del Plata, hoy se le ofreceria una brillante oportunidad. Precisamente veníamos hablando de eso con el señor Belgrano.

— Sin embargo ... si las instrucciones del Baron de Mackau son de arreglar á todo trance este negocio, confieso á usted que no veo cómo la Inglaterra podria estorbar el arreglo, la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interes en ello.

— Aquí, no, pero en Francia podia estorbar la ratificacion del tratado, desde que llevará un vicio de nulidad que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que echaria á perder todo si el gabinete inglés lo hiciese conocer á la oposicion francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente veníamos hablando con Bello, dijo Eduardo, miéntras que el señor Mandeville volvia sus inteligentes ojos de uno á otro de aquellos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero queria agarrar, y se le escapaba á cada momento.

— ¿Y en qué estaria ese vicio? preguntó Mandeville con ingenuidad.

— Nada ménos que en la firma del señor gobernador, contestó Daniel.

— ¿Cómo?

— Que los unitarios que están en Montevideo han preparado una demostracion al señor Mackau, que hasta cierto punto no deja de ser un fuerte argumento.

— ¿Y es, señor Bello?

— Que la firma del señor gobernador es falsa, mi querido Señor Mandeville. Figúrese usted que ellos raciocinan de este modo: que aun cuando el señor Mackau traiga instrucciones para tratar á todo trance, no hay autoridad con quién tratar en la república argentina; porque el general Rosas no tiene poder, ni representacion alguna, para ajustar tratados, á nombre de la nacion argentina.

— Pero, es un poder de hecho, replicó el señor Mandeville, y el plenipotenciario no tiene que investigar su legalidad, sino reconocerle y tratar con él.

— Pero á ese argumento contestan los unitarios, prosiguió Bello, que si el almirante viniese á tratar con el señor general Rosas, como simple gobernador de Buenos Aires, y con relacion á esta sola provincia, entónces podia tratar con él, como el almirante Le-Blanc y el señor Martigny se habian entendido con el gobierno de Corrientes. Pero que viniendo á tratar con un gobierno que represente en el esterior la soberanía nacional, se encontraba con que este gobierno no existia.

— Algo hay de eso, en efecto, contestó Mandeville, con aire distraido.

— Los unitarios sostienen, prosiguió Daniel, que las provincias argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las relaciones esteriores, celebrar tratados, &a., en el gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el gobernador, cada vez que se elige uno en los períodos legales. Que el general Rosas, nombrado gobernador por cinco años, el 7 de Marzo de 1835, se recibió del mando el 13 de Abril, y su término espiró en ignal dia de 1840; y que con él espiró tambien la delegacion que tenia de las provincias; que reelecto por igual período, solo aceptó por seis meses; pero su reeleccion no producia *ipso juri* la continuacion de aquel especial mandato; y que era indispensable que le fuese renovado. Pero que léjos de serlo, le fué retirado esplícitamente por los que se le habian conferido.

— He leido algo de eso en los periódicos de Montevideo, replicó Mandeville, cada vez mas pensativo.

— Es decir, habrá leido usted en los periódicos los documentos oficiales.

— No precisamente los documentos; á lo ménos, no lo recuerdo bien.

— Yo tampoco; pero creo que la sala de representantes de la provincia de Tucuman sancionó, el 7 de Abril, una ley por la que retiraba la autorizacion que por parte de aquella provincia se habia dado al general Rosas, para mantener y conservar las relaciones con las potencias estranjeras. La legislatura de Salta sancionó una ley igual en 13 de Abril. El 5 de Mayo, la provincia de la Rioja declaró por ley, que ella reasumia las facultades que tenia conferidas al general Rosas, para intervenir en las relaciones con las potencias estranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de Mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujui, el 18 de Abril. Y por lo que hace á la provincia de Corrientes, no se necesita otro documento que la misma posicion que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran, que de las catorce provincias que forman la república, siete han retirado al general Rosas la facultad de tratar en su nombre.

— ¿Y el almirante Mackau estará en posesion de esos hechos?

— ¿Y cómo dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al estremo de tratar con el señor general Rosas, á pesar de su incapacidad legal, fácil es preveer que en manos de la oposicion francesa, ese vicio radical en la negociacion, ó el tratado recibiria una repulsa, ó el ministro se hallaria en una posicion muy embarazosa. Y yo estóy cierto que si en la política franca del gobierno británico pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la república argentina, por el interes de embarazar la marcha del gobierno frances, poco adelantaríamos, Señor Mandeville, con el tratado á que probablemente arribará el Baron de Mackau. Pero yo estóy seguro que el gobierno británico no sacrificará las simpatías argentinas, ni por hostilizar al gobierno frances, ni por corresponder á la reaccion que en el estado oriental va á operarse en favor de la Inglaterra.

— ¿Cómo, cómo, Señor Bello?

— Quiero decir, que abandonada por la Francia la república oriental, y la numerosa emigracion argentina que hay allí, despues de los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que obrándose en el espíritu público una reaccion muy desventajosa para la influencia francesa en estos países, por un movimiento consiguiente y lógico, las simpatías públicas se vuelvan hácia la Inglaterra, que fué tan leal en otra época, en sus trabajos por la independencia oriental.

— Ah, sí, cierto. La independencia oriental es debida, hasta cierto punto, á los buenos oficios de la Inglaterra.

— Así es que, continuó Daniel, perdida la influencia francesa en estos países, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la accion de la Inglaterra no solo seria eficaz, sino tambien un golpe habilísimo para conquistar á favor suyo todo el terreno perdido por la Francia, en países tan llenos de porvenir como los del Plata.

— Señor Bello, usted seria un embajador peligroso por el general Rosas, dijo Mandeville que no habia perdido una sola palabra de cuantas pronunciara su interlocutor.

— Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas, ni tenido tal intencion, observó Eduardo mirando al señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

— Y tan no he hablado á mi nombre, que estóy por creer que habré dicho una porcion de desatinos, al referir de memoria lo que dicen en Montevideo, y que suelo leer en los periódicos.

— Señor Bello, dijo el astuto inglés, ya no agradezco á usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mi solo. Y para ir desterrando el sueño tomaremos un poco de vino, y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, despues de tomar un poco de jerez, se pusieron á pasear de uno á otro estremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono, que ni se queda atras, ni va mas adelante de lo que es debido.

— Yo acepto el vino, pero no los apuntes, le habia contestado Daniel.

— ¿Me esplica usted eso, mi querido Señor Bello?

— Nada mas fácil, Señor Mandeville: en esta época no pueden hacer apuntes, sino los ministros estranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de una calumnia, qué sé yo. ¡Qué feliz es usted, Señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

— Son inmunidades recíprocas. La legacion argentina es la república argentina en Londres.

— ¿Y sabe usted que me sorprende una cosa, Señor Mandeville? dijo Daniel parando sus pasos y mirando al ministro con una fisonomía la mas sorprendida posible.

— ¿Qué cosa, Señor Bello?

— Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarian mil leguas por alejarse del país en estos momentos, no hayan caminado algunas cuadras y llegádose á esta casa.

— Ah, sí, pero....

— Perdone usted; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados, cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, Señor

Mandeville, y yo no comet ria la indiscrecion de querer saberlo.

— No hay nadie; doy á usted mi palabra de honor, de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posicion es escepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la mas completa circunspeccion. Con la mejor voluntad, yo no podria faltar á mis instrucciones.

— ¿Entónces esta no es mas que una casa como otra cualquiera? le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que barajar volando.

— Todos comprendemos su posicion de usted, Señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo gobierno no podria hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrian lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la legacion.

— Exactamente, contestó Mandeville con un contentamiento sincero, al oir que su mismo interlocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogacion de Eduardo, exactamente; y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad de negar el asilo de mi casa á varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer mas conflictos á este país, por cuyos habitantes tengo la mas profunda simpatía, y con el cual mi gobierno se esmera en mantener las mas estrechas relaciones de amistad.

— Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche á la puerta, y que ya es tiempo de dejar al señor Mandeville, que querrá salir á sus visitas de costumbre, dijo Eduardo que tenia punzóes hasta las orejas.

— No hay nada comparable, Señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

— Sin embargo, mi amigo tiene razon, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del señor Mandeville y de su esquisito jerez, dijo Daniel llenando dos copas, presentando una al señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa la mas cortesana de este mundo.

Un minuto despues se despedian en la antesala, quedando el señor Mandeville sin saber á qué habian venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensaban de él al retirarse.

---

# CAPITULO XV.

Mr. Slade.

A pesar que el mal humor que dominaba á Eduardo lo habia descompuesto á tal punto, que su despedida del caballero Mandeville habia sido mas bien una impertinencia que un saludo, su oido, sin embargo, no lo habia engañado cuando anunció á su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro Don Cándido Rodriguez, que espiró una gran cantidad de aire de su oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo á tomar el mismo camino que habia traido, segun la instruccion que, al subir, habia dado Daniel á su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó á balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó á Don Cándido:

— ¿A cuál de los dos?

— ¿Cómo, Daniel?

— ¿A Santo Domingo, ó á San Francisco?

— Antes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con...

— Todo quiero saberlo; pero debemos empezar por el fin, para dar órdenes al cochero.

— ¿Absolutamente lo quieres?

— Sí, con mil bombas!

— Pues bien.... ¿pero no te enojarás?

— Acaba usted, ó lo echamos del coche, dijo Eduardo con una mirada que aterró á Don Cándido.

— Qué genios, qué genios! Bien, jóvenes fogosos, mi mision diplomática no ha tenido éxito.

— ¿Quiere decir, prosiguió Daniel, que ni en Santo Domingo, ni en San Francisco lo admiten?

— En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras á Fermin, y los caballos tomaron un trote mas largo, siempre por la calle de la Reconquista, en direccion á la plaza.

— Te diré, pues, prosiguió Don Cándido, hice parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigné, y laminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendia un farol vino á mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el reverendo padre que me habias indicado. Me introdujo á su celda,

y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude ménos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansion de sosiego y de paz; porque habéis de saber vosotros, que desde mis primeros años tuve aficion, tendencia, vocacion al claustro; y cuando hoy me imagino que podia estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento, libre de las agitaciones políticas, y con la puerta cerrada desde la oracion, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin ...

— Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro

— Decia, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

— En lo que ya hizo usted mal

— ¿Pues no iba á eso?

— Sí; pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

— Déjale que hable, repuso Eduardo arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

— Prosiga usted, dijo Daniel

— Prosigo Le dije claro y terminantemente la posicion de un sobrino mio, que siendo un excelente federal, era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban como debian la ínclita fama y honra del patriarcal gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima familia. Hice con elocuencia y entusiasmo la biografía de todos los miembros de las ilustres familias del Excelentísimo Señor Gobernador propietario, y de su Excelencia el Señor Gobernador delegado; concluyendo, que por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la religion y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelía contra el sobrino de un tio como yo, que habia dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal; y que por no distraer la atencion de los señores gobernadores y demas altos y conspicuos personajes, ocupados actualmente en la independencia de la América, pedia al convento de Santo Domingo asilo, proteccion y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro ó en papel moneda, segun lo que dispusieran los RR. PP. Tal fué, en muy ligero estracto, el discurso con que abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicacia, el reverendo padre me dijo:

— Señor, yo quisiera poder ser útil á usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos, y algo ha de haber cuando persiguen á su sobrino de usted.

— Protesto una, dos y tres veces, le respondí, contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

— No importa, replicó. Nosotros no podemos comprometernos con el Señor Don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar á Dios porque proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

— Amen, dijo Eduardo.

— Así contestó yo tambien, prosiguió Don Cándido, levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le habia robado á Su Paternidad. Y paso ahora á mi conferencia en San Francisco.

— No, no, no, basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo, y basta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno! esclamó Eduardo pegándose una recia palmada en la frente.

— Todo esto, mi querido amigo, repuso Daniel, no es sino un acto, una escena del drama de la vida; de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero solo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperacion en los trances difíciles de la suerte. Acuérdate que estas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y, vive Dios, que tiene mas serenidad que tú.

— Serenidad para morir, es lo de ménos. Pero esto es peor que la muerte, porque es la humillacion. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el estranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millon de veces peor que una puñalada.

— Pero tienes una mujer, como ninguna, un hombre, como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por tí, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hace tres dias que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, segun ellos. Y, sin embargo, he conseguido salvarte mas de un millon de pesos. Y con una novia linda como un sol, con un amigo como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos porque quejarse tanto de la suerte.

— Pero ando como un mendigo.

— Dejemos de hablar tonterías, Eduardo.

— ¿Dónde vamos, Daniel? observo que nos acercamos al Retiro.

— Justamente, mi querido maestro.

— Pero estás en tu juicio!

— Sí, señor.

— ¿No sabes que en el Retiro está el regimiento del general Rolon, y parte de la fuerza de Maza?

— Ya lo sé.

— ¿Y entónces? ¿quieres que nos prendan?

— Como usted quiera.

— Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. Quién sabe qué dias felices nos esperan en el porvenir. Volvámonos, hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió á sacar la cabeza por el vidrio delantero, dijo unas palabras á Fermin, y el coche dobló á la derecha, y en dos minutos estuvo á la puerta de la hermosa casa del señor Laprida, donde habitaba el cónsul de los estados unidos, el señor Slade. El gran porton de fierro estaba cerrado; y en el edificio, como á cien pasos de la verja, apénas se percibia una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dió dos fuertes golpes con el llamador; esperé un rato, pero en vano.

— Vámonos, Daniel, decia Don Cándido á cada momento, sin bajar del coche, y sin quitar los ojos de los cuarteles, que á esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el mas profundo silencio.

Daniel volvió á llamar mas fuerte aun; y al poco rato se vió venir, paso á paso, á un individuo hácia la puerta. Se acercó, miró con mucha flema, y luego preguntó en inglés:

— ¿Qué hay?

Con el mismo laconismo le contestó Daniel:

— ¿Mr. Slade?

El criado, entónces, sacó una llave del bolsillo, y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente.

Este los introdujo á una pequeña antesala donde les hizo señas de esperar, y pasó á otra habitacion.

Dos minutos despues volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, los hizo entrar.

El salon no tenia mas luz que la que despedian dos velas de sebo.

El señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de camisa, sin chaleco, sin corbata, y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, habia una botella de coñac, otra de agua, y un vaso.

Daniel no conocia, sino de vista, al cónsul de los estados unidos. Pero conocia muy bien á su nacion.

El señor Slade se sentó con mucha flema, dió las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas, y se puso las botas y el levita, como si estuviera solo en su aposento.

— Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade, le dijo Daniel el inglés.

— ¿Ustedes son argentinos? preguntó el cónsul, hombre

como de cincuenta años de edad, alto, de una fisonomía abierta y llana, y de un tipo mas bien ordinario que distinguido.

— Sí, señor, los tres, contestó Daniel.

— Bueno. Yo quiero mucho á los argentinos, é hizo señas á su criado de servirles coñac.

— Lo creo bien, señor, y vengo á dar á usted una ocasion de manifestarnos sus simpatías.

— Ya lo sé.

— ¿Sabe usted á lo que venia, Señor Slade?

— Sí. Ustedes vienen á refugiarse á la legacion de los estados unidos ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella estraña franqueza; pero comprendió que debia marchar en el mismo camino que se le abria, y contestó muy tranquilamente, despues de tomarse medio vaso de agua con coñac:

— Sí, á eso venimos.

— Bueno. Ya están ustedes aquí.

— Pero el señor Slade no sabe aun nuestros nombres? repuso Eduardo.

— ¿Qué me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los estados unidos, y aquí se protege á todos los hombres, como quiera que se llamen, contestó el cónsul, volviéndose á acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse cuando Daniel se levantó, y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo:

— Es usted el tipo mas perfecto de la nacion mas libre, y mas democrática del siglo XIX.

— Y mas fuerte, dijo Slade.

— Sí, y la mas fuerte, agregó Eduardo, porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene, y el jóven tuvo que irse al balcon que daba al rio, para no hacer notable á los demas la espresion de su sensibilidad y su dolor comprimidos, que brotó súbitamente de sus ojos.

— Bien, Mr. Slade, continuó Daniel, no somos los tres los que veníamos á pedir asilo, sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes mas distinguidos de nuestro país, y que se ve actualmente perseguido. No sé si yo tambien tendré que buscar mas tarde esta proteccion, pero, por ahora, solo la buscábamos para el señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra independencia.

— Ah, bueno. Aquí están los estados unidos.

— ¿Y no se atreverian á entrar aquí? preguntó Don Cándido.

— ¿Quién? y al hacer esta interrogacion el señor Slade frunció las cejas, miró á Don Cándido, y luego se rió. Yo

soy muy amigo del general Rosas, continuó. Si él me pregunta quiénes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos por fuerza, yo tengo aquello, y señaló una mesa donde habia un rifle, dos pistolas de tiro, y un gran cuchillo, y allí tengo la bandera de los estados unidos, y levantó su mano señalando el techo de la casa.

— Y á mí para ayudar á usted, dijo Eduardo que volvia de la ventana.

— Bueno, gracias. Con usted son veinte.

— ¿Tiene usted veinte hombres en su casa?

— Sí, veinte refugiados

— ¿Aquí?

— Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por mas de cien.

— Ah!

— Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con que mantener á tanta gente. Pero aquí está la casa y la bandera de los estados unidos. *)

— Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta solo la proteccion de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo tambien aquí me quedo, dijo Don Cándido alzando su cabeza y dando con el baston en el suelo, y con tal seriedad, y tal decision que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada; lo que obligó á Daniel á dirigirse en inglés al señor Slade, para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta ligera relacion llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo ménos de echar él mismo un poco de coñac, y beber con Don Cándido, diciéndole:

— Desde hoy está usted bajo la proteccion de los estados unidos, y si lo matan á usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

— Yo no acepto esa hipótesis, señor cónsul, y preferiria que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y despues ardiese.

---

*) En algunas de las publicaciones de la época se encuentra la torpe y calumniosa acusacion á este noble ciudadano de los estados unidos, de que *vendia* la proteccion que daba. Esto es falso é ingrato. El señor Slade era pobre. Acababa de enviar su familia á los estados unidos por no poder sostenerla en Buenos Aires; y se encontró de repente con ciento y tantos huéspedes en los meses de Setiembre y Octubre. Y como absolutamente no tenia como mantenerlos en mas de cuarenta dias que allí estuvieron, se hizo suscricion entre los asilados para dar al mayordomo lo necesario para la comida de tanta gente. Y muchos habia allí que nada dieron porque nada tenian que dar El señor Slade no recogió un real de la proteccion que dispensaba, y en todo el cuerpo diplomático y consular nadie hubo que fuese una sombra siquiera, del noble y generoso proceder del cónsul de los estados unidos.

— Vamos, dijo Daniel, todo esto no es sino broma, mi querido Señor Don Cándido: usted tiene que volverse conmigo.

— No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estóy en territorio estraño. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y á quien amo ya entrañablemente.

— No, Señor Don Cándido, vaya usted con Daniel, repuso Eduardo, recuerde usted que tiene que hacer mañana.

— Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

Daniel se levantó, y llamando aparte á Don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo á volver al coche. Pero todo habria sido inútil si el jóven no hubiese mezclado á las amenazas la promesa de dejarlo en completa libertad para volver á los estados unidos, tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del gobernador delegado.

— Por último, decia Don Cándido al terminar sus condiciones, será condicion espresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo á esta hospitalaria y garantida mansion.

— Convenido.

— Señor cónsul, prosiguió Don Cándido volviéndose á Mr. Slade, no puedo tener desde esta noche el honor, el placer. la satisfaccion de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellon norte-americano. Pero voy á hacer cuanto de mí dependa por estar aquí desde mañana.

— Bueno, contestó Slade. Yo no lo he de entregar á usted, sino muerto.

— Qué demonio de franqueza tiene este hombre! dijo Don Cándido mirando á Eduardo.

— Vamos, amigo mio, dijo Daniel.

— Vamos, Daniel.

Mr. Slade se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo á Don Cándido, le dijo:

— Si no nos vemos mas, espero que nos conoceremos en la otra vida.

— ¿Sí? pues no me voy, señor cónsul, y Don Cándido hizo un movimiento para volverse á sentar.

— Son bromas, mi querido maestro. repuso Eduardo.

— Vamos, vamos que es tarde.

— Sí, pero son bromas que. . .

— Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

— Para ella, fué la última palabra de Eduardo al oprimir á su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los habia introducido, los condujo hasta la puerta de la calle; y al abrirla le preguntó Don Cándido:

— ¿Y siempre está cerrada esta puerta de calle?

— Sí, le contestó el criado.

— ¿Y no seria mejor tenerla abierta?

— No.

— Qué demonio de laconismo! Conózcame usted bien, amigo mio, ¿me conocerá usted para otra vez?

— Sí.

— Vamos, Señor Don Cándido, dijo Daniel montando al coche.

— Vamos. Buenas noches, honrado criado del mas ilustre de los cónsules.

— Buenas noches, contestó el criado, y cerró el porton.

---

## CAPITULO XVI.

De cómo Don Cándido Rodriguez era pariente de Cuitiño.

A las ocho de la mañana de uno de los últimos dias de Setiembre, el maestro de primeras letras de Daniel sorbia á grandes tragos espumoso é hirviente chocolate en una enorme tasa de porcelana, miéntras que su discípulo arreglaba, doblaba y sellaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.

— Daniel, hijo ¿no seria bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algun tiempo?

— Ahora no, señor; mas tarde. Todavía necesito de usted un momento.

— Pero que sea el último, Daniel; porque decididamente, hoy me voy á los estados unidos. Sabes que hace cinco dias que le he dado mi palabra á ese honrado y benemérito cónsul. de pasar á residir en su territorio.

— Es porque no sabe usted lo que hay, dijo Daniel sellando un paquete.

— ¿Lo que hay?

— O lo que puede haber en el territorio.

— No, á mí no me engañas. Todavía anoche, miéntras escribias, me he leido cinco tratados de derecho de gentes,

y dos manuales diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos, y las casas de su residencia. Y sabe, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito cónsul, sin temor, sin zozobra, sin peligro, sin....

— Vamos á ver, mi querido mastro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el original que me ha traido, y Daniel dió un papel á Don Cáudido y tomó otro.

— Este es el mio, dijo Don Cándido.

— O mas bien, el de Don Felipe.

— Pues! pero pertenece á mi secretaria privada.

— Vamos á ver, dijo Daniel, y leyó como sigue:

«*Individuos que han entrado á la cárcel desde el dia 15 del presente mes de Setiembre.*

Dia 15. Eustaquio Diaz Velez, remitido por la policía.
» 17. Pedro Longinoti, id. id.
» » Lucas Gonzalez, se ignora por quién.

(Se entregó á las doce y media de la noche del dia 18 á Don Nicolas Mariño, por órden verbal, y fué fusilado en su cuartel.)

Al acabar estas palabras de la copia del diario que leia, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha á los ojos, permaneciendo así largo rato.

— Ah, Daniel, hasta el mismo Don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida!

— Al saber este horrendo asesinato, diga usted .... pero sigamos.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| «Dia | 18. | Ramon Carmona ..... | por la | policía |
| » | 19. | José María Canaveri..... | id | id |
| » | » | Ventura Ocampo ..... | id. | id. |
| » | 21 | Exequiel Serna ..... | id. | id. |
| » | 22 | Luis Fernando Otero .. . | id. | id. |
| » | » | José Rico ..... | id. | id. |
| » | » | Bernardo Testas .. ..... | id. | id. |
| » | » | Gregorio Collazo ... .... | id. | id. |
| » | » | Luciano Lizarreaga ..... | id. | id. |
| » | | Juan Manuel Chaves..... | id. | id. |
| » | » | Santiago Eleisa ..... | id. | id. |
| » | » | Bonifacio Araoz .... .... | id. | id. |
| » | | Mateo Vidal ..... | id. | id. |
| » | » | Bernabé Marquez..... | id. | id. |
| » | » | Miguel Rodriguez Machado | id. | id. |
| » | » | Antonio Saldarriaga ..... | id. | id. |
| » | » | Alejo Menchaca ..... | id | id. |
| » | 23. | Pedro Paulino Gaete .... | id. | id. |

«Dia 23. Ventura Buteler.....por la policía.
» » Juan Lucas Thebes .... id. id.
» » Francisco Rodriguez....remitido por la policía y preso por el presidente de la sociedad popular restauradora á la disposicion del superior gobierno.
» » Demetrio Villarino..... policía &a. preso por el presidente de los serenos.
» 24. Segundo Benavente.....por la policía.
» 26. Ignacio Fuentes. ..... id. id.
» » Sandalio Gonzalez..... id. id.
» » Francisco Araoz ..... id. id.

— Veamos los muertos, dijo Daniel doblando el papel que habia leido y tomando otro.

— Detente, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos á los muertos en paz.

— No, es la suma la que quiero ver.

— La suma está aquí, Daniel, son cincuenta y ocho, en veinte y dos dias.

— Eso es; cincuenta y ocho, en veinte y dos dias.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

— Mira que se te quedan las marchas del ejército en Santa Fe.

— Hago esto de ellas, mi querido maestro, y Daniel acercó el papel á la vela y lo quemó; y en seguida guardó todos los paquetes en un secreto del escritorio.

Luego tomó la pluma y escribió.

«Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde «la oracion hasta las once de la noche; y está enferma. La «sorpresa de nuestra visita antenoche, y la ansiedad con que «quedó al retirarnos, la han hecho mal. Y cuando yo mismo «he reflexionado sobre mi condescendencia contigo, te confieso «que me he criticado á mí mismo.

«La Mashorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los «cuarteles, y el campamento son teatros de muerte que se «agrandan por momentos; y tengo motivos para creer que «todo esto no son sino preparativos de los crímenes en escala «mayor que se preparan para Octubre.

«Todos hablan de esa casa, y se susurra que la atacarán. «No lo creo, pero es necesario ponerse en todos los casos. «Esta novedad ha llegado hasta oidos de Amalia. Queria, ab«solutamente, que tuviese lugar el matrimonio el primero de «Octubre, ya qne tienes la resolucion de no dejar el país hasta «conquistar esa felicidad que tanto anhelas. Pero yo le he «hecho ver, que Mr. Douglas no puede estar aqui hasta el dia «5, y ha tenido que resignarse á esperar.

«Todo está concluido, mi querido amigo. El resultado de «las conferencias con Mackau será la paz. Yo esperaré, sin «embargo, hasta el último momento, y entónces te llevaré á «tu Amalia como hemos convenido.

«He hecho ya todos mis arreglos, y espero á mi buen «padre por momentos.

«No iré á verte hasta pasado mañana.

«Esta carta te la conduce nuestro querido maestro, que «va determinado á no moverse de ahí; déjalo á tu lado.

«Te abraza

«DANIEL.»

— Se ha dormido usted, Señor Don Cándido, dijo el jóven cerrando la carta que se acaba de leer.

— No; pensaba, mi querido Daniel.

— Ah, pensaba usted.

— Pensaba que si la señora madre de nuestro señor gobernador propietario no se hubiese casado con su digno esposo, es muy probable que no hubiese tenido á su ilustre hijo, y que hoy no estaríamos pagando el amor conyugal de aquella mal embarazada señora.

— Amigo mio, juro á usted que no se me habia ocurrido tal raciocinio, repuso Daniel poniendo su sello en la carta y dándosela á su maestro.

— Esta carta no tiene sobre, Daniel.

— No importa. Esa carta es para Eduardo, guárdela usted bien.

— ¿La llevo ahora mismo?

— Cuando usted quiera. Pero va usted á ir en mi coche, y todavía no está pronto.

— Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba á tocar un timbre, cuando llamaron á la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco tranquila:

— El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atras en el sillon y cerró los ojos.

— Que entre, dijo Daniel. Serenidad, mi querido maestro, prosiguió, esto no es nada

— Ya estóy muerto, Daniel, respondió Don Cándido sin abrir los ojos.

— Adelante, mi comandante, dijo Daniel parándose y recibiendo á Cuitiño, miéntras Don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reaccion puramente mecánica, se paró, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y estendió sus dos manos, para coger la de Cuitiño, que se sentó en el ángulo

de la mesa en que maestro y discípulo habian pasado largas horas.

— ¿A qué hora recibió mi recado, comandante?

— Hará dos horas, Señor Don Daniel.

— ¿Y qué está enfermo, que ha tardado tanto?

— No, señor, estaba en comision.

— Ah, ya yo decia! Cuando se trata del servicio de la causa, ojalá todos fuesen como usted! Y eso mismo le decia ayer al presidente; porque si hemos de andar paso á paso, como el jefe de policía, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañado al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me he pasado con este hombre cerrando *Gacetas* para mandar á todas partes, porque el Restaurador quiere que se sepa en todas partes el entusiasmo de los federales. Y hace poco que el señor, y Daniel señalaba á Don Cándido, quien, poco á poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño habia venido por llamado de Daniel, me observaba una cosa en que ya ha de haber usted caido, comandante

— ¿Qué cosa, Don Daniel?

— Que vea si la *Gaceta* dice una palabra de usted, ni de los federales que esponen su vida á todas horas, por sostener la causa.

— Con que ni ponen los partes, siquiera!

— ¿A quién los dirige, comandante?

— Ahora los dirijo á la policía, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, Señor Don Daniel, y este hombre tiene mucha razon.

— Oh, señor comandante, dijo Don Cándido, y quién no ha de estrañar el silencio que se guarda, con un hombre de los antecedentes de usted?

— Y que no son de ahora.

— Por supuesto que no son de ahora! repuso Don Cándido. Desde ántes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el señor de Cuitiño, padre de usted, pertenece á uno de los troncos mas antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tios de usted, mi benemérito señor comandante, fué casado, segun lo he oido á mis mayores, con una de las primas de mi señora madre; por lo cual, siempre he tenido por usted simpatías de pariente, á la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa comun.

— Entónces usted es mi pariente? le preguntó Cuitiño.

— Pariente, y muy cercano, le respondió Don Cándido. Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimacion y proteccion recíproca, por la conservacion de nuestra sangre.

— Vaya, pues, si en algo puede servirlo...

— Con que, comandante, dijo Daniel, interrumpiéndolo para que Don Cándido no acabara por revelarse mas, con que ni los partes le publican?

— No, señor Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre el salvaje unitario Salces, y no lo han de publicar.

— ¿Salces?

— Sí, pues; el viejo Salces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

— Estaba en la cama, continuó Cuitiño, pero de ahí no mas lo sacámos, y lo degollámos en la calle. El otro dia pasé el parte, tambien, cuando degollamos al tucumano La Madrid. El juéves pasado, degollámos á Zañudo, y siete mas, y tampoco han publicado esos partes Por lo que hace á mí, tiene razon mi primo ... ¿cómo se llama?

— Cándido, contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecia estar dueño de su vida.

— Pues decia, que tiene razon mi primo Cándido; y que ahora cuando empiece la cosa en grande, no voy á dar cuenta a nadie

— Y qué! ¿recien está por empezar? preguntó Don Cándido con una voz que parecia salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

— Sí, pues. Ahora va á empezar lo bueno. Ya tenemos la órden.

— ¿Directamente la ha recibido, comandante?

— Sí, Señor Don Daniel. Yo ya no me entiendo, sino con el Restaurador. No quiero saber nada con Doña María Josefa.

— Mire que lo ha molido!

— Ahora se ha agarrado con Gaetan, y Badia y Troncoso; y siempre dále con Barracas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

— Con que hasta á mí me aborrece esa señora!

— No, de usted no me ha hablado nada. Es á su prima á la que no quiere.

— Yo le he de contar algun dia porqué, comandante.

— Hoy estaba encerrada con Troncoso, y una negrita de por ahí por la quinta.

— Miéntras usted, comandante. se ocupa de los verdaderos servicios á la federacion, vea de lo que se ocupa Doña María Josefa!

— Pues! haciendo espiar mujeres.

— Por supuesto. La negrita ha de ser espía. ¿Qué quiere tomar, comandante?

— Nada, Don Daniel, acabo de almorzar.

— ¿Y no ha oido nada?
— ¿De qué?
— ¿Todavía no ha recibido cierta órden?
— No sé, pues.
— Por el Retiro.
— ¿Por el Retiro?
— Sí, pues, la casa grande.
— ¿La del cónsul?
— Sí.
— Ah, no. Orden, no, pero ya sabemos.
— Así! y Daniel juntó todos los dedos de su mano derecho y los alzó á la altura de los ojos de Cuitiño; miéntras que á Don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Júdas.
— Ya sé, contestó Cuitiño.
— ¿Pero no hay órden?
— No.
— Mejor, comandante
— ¿Cómo mejor?
— Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza, y está en todos estos secretos.
— ¿Y qué hay, pues?
— Que no conviene todavía.
— Ah!
— Todavia hay pocos. Pero lo que empiece la buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8, ó el 9..... ¿me entiende?
— Sí, Don Daniel, contestó Cuitiño radiante de una feroz alegría al comprender á Daniel.
— Pues! juntitos.
Don Cándido creia que estaba loco, pues no podia creer lo que estaba oyendo.
— Cabal! contestó Cuitiño, eso seria lo mejor. Pero falta la órden, Don Daniel.
— Ah, sí, sin la orden. Dios nos libre! Pero yo ando en eso.
— Y Santa Coloma.
— Ya sé.
— Lo tiene muchas ganas al griego.
— Ya sé, comandante.
— Tuvo no sé qué pelotera con él,
— Sí, pues De manera que si yo consigo la orden, ¿ya sabe?
— Con toda mi partida, Don Daniel
— Y si Santa Coloma la consigue ¿usted me lo avisa?
— ¿Cómo no?

— Porque hay esto. Es necesario que yo vaya, para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan á tocar los papeles del consulado.

— Ah!

— Porque entónces sí, el Restaurador se enojaria por los compromisos que esa traeria al país, ¿entiende?

— Sí, Don Daniel.

— Pero aunque Santa Coloma reciba la órden, yo soy de opinion que esperemos á que hayan mas; allá para el 8, ó el 9.

— Cabal, que es mejor.

— Qué golpe, comandante!

— Todos lo estamos deseando.

— ¿De manera que todos lo saben?

— Todos; pero miéntras no haya órden, no nos atrevemos á nada.

— Hacen bien, eso es ser federal.

— ¿Pero sabe lo que hemos pensado?

— Diga, comandante.

— Vamos á poner emboscadas por el rededor de la casa, desde esta noche.

— Bien pensado; pero tengan cuidado de una cosa.

— ¿Qué?

— No vayan á parar ningun coche. Paren no mas á los que vayan á pié.

— ¿Y porqué no á los coches?

— Porque pueden ser los del cónsul, y á estos no se pueden tocar.

— ¿Y porqué?

— Porque son de él, y todo lo del cónsul está bajo la proteccion del Restaurador.

— Ah!

— De manera que tocar al coche, es como tocar al cónsul.

— Yo no sabia.

— ¿Ve? si siempre es bueno conversar. ¡Vea el disgusto que tendria el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que lo comprometiese en nuevas guerras.

— Ahora mismo voy á avisárselo á los compañeros

— Sí, no pierda tiempo; estas cosas son muy delicadas.

— Por supuesto.

— Así es que, nada sin órden.

— Dios nos libre, Señor Don Daniel..

— Y en cuanto haya la órden, hacemos por esperar á que se junten mas.

— Eso es.

— Entónces, quedamos entendidos, comandante.

— Bueno, Don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan á atajar algun coche.

— Sí, véalos á todos.

— Con que, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

— Gracias, mi querido y estimado primo, contestó don Cándido, mas muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuitiño.

— ¿Dónde vives?

— Hombre, yo vivo.... yo vivo aquí.

— Bueno, te he de venir á ver.

— Gracias, gracias.

— Adios, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo:

— Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos, que me ha mandado mi padre, con órden de repartirlo entre los federales pobres, y yo le pido á usted que lo haga por mí.

— Vengan, Don Daniel. ¿Y cuándo viene el Señor Don Antonio?

— Lo espero de un momento á otro.

— Mándeme avisar en cuanto llegue.

— Así lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva á la causa.

Y Daniel volvió á su escritorio, tomó papel y se puso á escribir; sin reparar en Don Cándido que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacia cierta mezcolanza con la estupefaccion, y trazó estas líneas:

«Eduardo, sé positivamente que todo lo que corre sobre «asalto á la casa de Slade, no non sino palabras, pues no «hay órden ninguna á este respecto. Pero es necesario que «el cónsul haga avisar á los que han solicitado asilo, que «por ningun motivo vayan á pié, porque la casa va á estar «vigilada; pero que pueden ir en coche, sin inconveniente al«guno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo coche del «señor Slade.

«Adios.»

— Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta, son dos, y Daniel alzó su mano para darle el billete. Pero aquel le contestó:

— No ¿ó acaso quieres envolverme en tu negra traicion?

— Adios mi plata! ¿ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

— Primo del gran demonio deberá ser ese facineroso.

— ¿Pero usted se lo ha dicho?

— Qué sé yo lo que digo; si yo creo que estóy loco, en este laberinto en que me encuentro, rodeado del crímen, de la traicion, de la falsía! ¿Quién eres, dí? Define tu posicion. ¿Cómo hablas en mi presència de atacar la casa donde voy á asilarme, donde está ese jóven á quien llamas tu amigo, donde....

— Por amor de Dios, Señor Don Cándido! ¡que todo tenga que esplicárselo á usted!

— ¿Pero qué esplicacion cabe en lo que yo mismo he oido?

— Esto, dijo Daniel abriendo el último billete, que no habia lacrado, y dándoselo á Don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban, realmente.

— Ah! esclamó despues de leerlo dos veces.

— Esto, Señor Don Cándido, es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver á los hombres en sus propias redes, es hacerlos perder dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada á pequeñísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterras entre nosotros, que si las hubiera, tambien la aplicaria. Ahora, vaya usted y repose tranquilo en el territorio norte-americano.

— Ven á mis brazos, jóven admirable, que me has hecho pasar el mas cruel momento de mi vida.

— Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

— No me insultes, Daniel.

— Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

— Adios, Daniel.

Y el pobre Don Cándido volvió á abrazar á su discípulo, que media hora despues trataba de dormir, miéntras Don Cándido se paseaba, con la cabeza, erguida, en el territorio de los estados unidos, como él decia, en tanto que Eduardo leia las cartas de su amigo.

---

## CAPITULO XVII.

El reloj del alma.

El lector tendrá á bien recordar ahora aquel lindísimo dia, 5 de Octubre, en que dejámos de Amalia arrodillada, conversando con Dios, despues de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elegir el que debia ponerse esa noche, en que iba á dar su mano al bien amado de su corazon. Y es en la noche de ese dia que volvemos á Barracas, despues de tener conocimiento de los sucesos descritos en los capítulos anteriores.

Pero ántes, nos fijaremos en un coche que para á la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano, que sube al carruaje y saluda á dos individuos que parecian esperarlo en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, con direccion al sur, y al cortar la calle de la Federacion, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar á tres jinetes que venian de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeras parecia de alguna edad, y ser el jefe ó el patron de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el lujo gaucho de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barracas era un desierto.

La mirada se sumergia en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida; ni se precibia otro ruido que el de la brisa entre las hojas de los árboles. Parecia uno de esos parajes que escogen los espíritus de otro mundo, para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra; y donde corren, se deslizan, se chocan, rien, lloran, cantan, tocan en los cristales, y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color rozan la frente, revuelven los caballos, y con su soplo volcanizan la imaginacion y se escapan: lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoge y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se ven; almas que corren, se alejan y se acercan; fantasmas que se levantan como la espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruma, como el aire mismo; luces que súbitas se inflaman y se apagan; risas, gemidos que el aire trae, y cuyo eco cree conocer el alma, y mas se sobrecoge, y mas la oprime algo que no es

propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca mas á la muerte que á la vida, mas á la oscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales: ilusion del alma, y no de los sentidos; percepciones de la imaginacion, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas....

Pero en medio de aquella soledad, habia una animacion escondida; y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la quinta de Amalia.

En el salon, los rayos de cincuenta luces se reflejaban en los espejos, en los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones que rebosaban flores, y en cuyas labores, á los rayos de la luz y la sombra de las flores, se descubria el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterías del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y solo el dormitorio de aquella solitaria beldad no tenia mas luz que la de una pequeña lámpara de bronce, velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazon humano, busca tambien el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar, y el rayo de la luna al traves de las hojas de los árboles, son los modelos de silencio y de luz, que la adivinacion del sentimiento, mas que el arte, sabe imitar para esconder al amor, cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tranquilo, como la luna entre el bosque, como el corazon en el misterioso seno de la mujer.

Pero como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecia como la Vespertina entre el millon de estrellas de la noche.

Radiante de hermosura, de juventud y de salud, tipo perfecto del gusto y la elegancia, acababa sus últimos adornos, parada en medio á sus magníficos espejos.

Habia algo en aquella mujer, que remontaba la imaginacion en el ala misteriosa de las edades, y la trasportaba á las creaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moises; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel transparente de Abigail; las cejas como el arco del amor, y los cabellos come el manto de la noche, que daban sombra al rostro y á la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la reina de Saba; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio á este conjunto de bellezas, trasparente en

el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobias.

Luisa la contemplaba como enajenada.

Vestia un traje de gro color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recogidos por ramos de pequeñas rosas blancas, con tal arte trabajadas que rivalizaban con las mas frescas y lozanas de la naturaleza. Su cuello no tenia mas adorno que un hilo de perlas que se perdia entre los encajes del seno mal velado, y suspendia un medallon con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrian en rizos que besaban los hombres; y unas bandas de encaje de Inglaterra caian hácia la espalda, sostenidas por la rosa blanca que ella misma habia elegido esa mañana. Un chal del mismo encaje que las bandas caia como una tenue neblina sobre sus hombros, rebelde á su objeto, descubriendo el seno y la espalda que queria ocultar. Y la única alhaja, que, á ruegos de Luisa, se habia decidido á ponerse, era, en su brazo derecho, un brazalete de perlas con un broche de zafiros.

No era tal ó cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbia la mirada, la que abstraia el alma y la fascinaba

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban mas animados que de costumbre; y sus labios, como la flor del granado, tenian el brillo del rubí, mientras que el tenue colorido de las rosas de Mayo habia desterrado la palidez habitual de su semblante. ¿Era todo esto el efecto natural de esa fiebre insensible que agita la sangre en las situaciones definitivas de la vida humana; ó era solamente la animacion que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imágenes caprichosas de la mente? quien sabe! La fisiología del corazon de una mujer es toda arcanos, donde la mirada de la razon se pierde!.... Un reloj dió las ocho de la noche: y desde el primer martillazo se habrian podido contar los siguientes, en los latidos del corazon de Amalia, al traves de los encajes que cubrian su seno: y, subitamente, el granado de sus labios, y la rosa de Mayo de su rostro, tomaron los colores de la perla y el jazmin.

— Se vuelve usted á poner pálida, señora, y tan luego ahora que acaban de dar las ocho!

— Es por eso precisamente, contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

— ¿Porque son las ocho?

— Sí. No sé qué es esto: desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar horas, sufro horriblemente.

— Sí; tres veces lo he notado. Eso es, desde la seis ¿y sabe usted lo que voy á hacer?

— ¿Qué, Luisa?

— Voy á hacer parar el reloj, para qué cuando den las nueve no se vuelva usted á enfermar.

— No, Luisa, no. A las nueve ya estarán aquí, y todo estará concluido. Ya se ha pasado, no es nada, repuso Amalia levantándose y volviendo á sus colores anteriores.

— Es verdad, es verdad, ya vuelve usted á estar tan linda como ántes; tan linda como nunca la he visto á usted, señora.

— Calla, loca; anda y llama á Pedro.

Y entretanto, Amalia desprendió de su seno el medallon con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apénas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con un levita abotonado hasta el cuello, y con aire tan marcial, que parecia tener veinte años ménos, en aquel dia en que iba á casarse la hija de su coronel.

— Pedro, mi buen amigo, le dijo Amalia, nada va á cambiarse en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted lo que he sido hasta hoy; quiero que me cuide usted siempre como á una hija; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa de que nunca se separará usted de mí.

— Señora, yo.....yo no puedo hablar, señora, díjo el viejo sacudiendo como con rabia su cabeza, ó como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos, y le entorpecian la palabra.

— Bien, me dirá usted un *sí*, solamente. Quiero que me acompañe usted á Montevideo la semana que viene, porque el que va á ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligacion es seguirlo en su destino ¿vendrá usted, Pedro?

— Sí, pues, sí, señora, sí, contestó, dándose aires de que estaba muy entero y podia decir muchas palabras.

Amalia se acercó á una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

— Este anillo, le dijo, es formado con cabellos mios, de cuando era niña. No tiene mas valor que ese, y por eso se lo doy á usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

— Toma! este es, lo conozco, vaya si lo conozco! dijo el soldado inclinando la cabeza y besando el anillo que habia estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazon y los recuerdos.

— Otra cosa, Pedro, prosiguió Amalia.

— Diga usted, señora.

— Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie mas que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestacion se acercó á Amalia, tomóle la mano entre las suyas convulsivas de emocion, é imprimió en ella un respetuoso beso.

— ¿Se han ido ya los dos criados de la quinta?

— Desde la oracion los despaché, como me lo previno usted.

— ¿Entónces está usted solo?

— Solo.

— Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles porqué, y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de banco, y se los dió.

— Señora, dijo Luisa, me parece que siento ruido en el camino.

— ¿Está todo cerrado, Pedro?

— Sí, señora. Pero esta puerta de fierro que da á la quinta, yo no sé cómo es eso....; van dos veces, ya se lo he dicho á usted, que la he encontrado abierta por las mañanas, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

— Bien, nó hablemos de eso esta noche.

— Señora, repitió Luisa, siento ruido, y me parece que es un coche.

— Sí, yo tambien.

— Y ha parado, prosiguió Luisa.

— Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

— No hay cuidado, señora. Estóy solo, pero.....no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quién llegaba á la casa de la hija de su coronel.

---

# CAPITULO XVIII.

El velo de la novia.

## I.

Amalia no se habia equivocado, porque eran en efecto las personas que ella habia esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la sala, y al momento conoció los pasos de Daniel que venia por el gabinete y su dormitorio.

— Ah, señora, dijo el jóven parándose en la puerta del tocador, y mirando á Amalia, yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

— ¿De veras? fué la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecia dibujado en su preciosa mano.

— Sí, muy cierto, repuso Daniel acercándose poco á poco á su prima, y contemplándola con ojos verdaderamente admirados, y tan cierto que creo ser esta la primera vez que he mirado á una mujer, como miro á cierta otra, á quien....

— A quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

— Bien, y yo.... yo.. . yo hago esto, y á medida que hablaba fuése acercando, hasta que, tomando de súbito á su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño á cuatro pasos de ella, le dijo: ahora hablemos con seriedad.

— Sí, ya es tiempo, atrevido, le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

— Eduardo está ahí.

— Y yo aquí.

— Y yo tambien: porque ya no me falta, sino casarme por ustedes.

— No seria conmigo.

— Y harias bien. Está el cura, y es necesario que no esté, ni diez minutos.

— ¿Y porqué?

— Porque para estar él, es necesario que esté el coche á la puerta.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien? Una partida puede pasar; el coche le llamará la atencion; espiará; y.....

— Ah, sí, sí ... comprendo todo.... vamos, Daniel.... pero, y Amalia apoyó su mano en una mesa.

— ¿Pero qué?

— No sé.... quisiera reirme de mí misma, y tampoco puedo.... no sé lo que tiene mi corazon.... pero....

— Vamos, Amalia.

— Vamos, Daniel.

Y el jóven tomó la mano de su prima, la enlazó de su brazo: pasaron por la alcoba y la antesala, y llegaron al salon donde estaban de pié, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestia todo de negro y guantes blances. Sobre su semblante pálido resaltaban mas sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba á su varonil fisonomía un tinte de poesía y pesadumbre, que establecia un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el alma de aquel hombre, era imposible que donde hubiese corazon, hubiese indolencia para los grandes jueges á que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio, que corta la vida del hombre, que separa el pasado del porvenir, que fija la suerte, ó la desgracia del resto de la existencia: la separacion del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigracion, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, á cada paso que se diera en los bordes de la patria, para decirla adios, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir al alma mas acostumbrada á los golpes de fierro del destino, cuando todas ellas debian tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

El y su Amalia se dirigieron un millar de palabras en su primer mirada.

Y el sacerdote, que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habian sido allanados de antemano por el jóven, se preparó en el momento para el acto mas serio, quizá, de su mision en la tierra: el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiracion que solo viene de Dios, y mezcla el nombre de Dios, y el respeto de Dios, á lo mas santo y mas sublime del corazon humano, á la hebra imperceptible de luz que liga al ángel caido con la esencia de la divinidad que lo hizo: al amor.

El sacerdote acabó una oracion, hizo esa pregunta, en cuya respuesta se sella el destino que va mas allá, mas allá de la tumba, y que no hay labio humano que a pronuncie, sin sentir el calor del corazon latiendo apresurado. Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo y Amalia

quedaron unidos para la tierra, y para el cielo, porque las almas que Dios junta en la tierra, por la inspiracion purísima de su divino soplo, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presion de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa ingenua de sus labios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fué empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento ántes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha. — —

No bien se hubo concluido la ceremonia, y miéntras Amalia daba un beso á Luisa que lloraba, cuando Daniel se acercó á Pedro y le preguntó al oido:

— ¿Su caballo de usted está en el pesebre?

— Está.

— Lo necesito por una hora.

— Bien.

Luego tomando de la mano á Amalia y llevándola á un sofá de la antesala, miéntras Eduardo daba las gracias al sacerdote, la dijo:

— El cura se va, y yo tambien.

— ¿Tú?

— Sí, Madama Belgrano, yo; porque estóy destinado á no estar quieto en un solo lugar, porque llegue á estar quieto en Montevideo su marido de usted.

— Pero ¿qué hay? ¡Dios mio! ¿qué hay? ¿no nos has dicho que estarias con nosotros hasta el momento de embarcarse?

— Sí, pero es por eso mismo que tengo que salir un momento. Oyeme: sabes que el punto de embarque es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve á las diez en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciera necesario mudar algo del plan; y como el inglés es mas puntual que un inglés, estóy seguro que ántes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van á dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta; y, entretanto, Fermin que hace de cochero, va á llevar al cura, y volverá á caballo, con el mio de diestro para mi vuelta.

— ¿Y para ir á la Boca? preguntó Amalia que estaba pendiente de los labios de Daniel.

— No, cuando vamos con Eduardo iremos á pié.

— ¿A pié?

— Sí, porque pasaremos por entre las quintas de Some-

llera y de Brown, y despues iremos por el bañado, tan seguros coma si estuviéramos en Lóndres.

— Sí, sí, me parece mejor, respondió Amalia, pero irás con Fermin y con Pedro.

— No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es necesario separarnos, porque no estóy tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

— ¿Llevas armas?

— Sí; ven á despedirte del cura.

Los dos volvieron al salon, y un momento despues Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguan al ministro de la iglesia, que se esponia por su ministerio á todos los inconvenientes que en esos tiempos tenian esas horas y esos lugares solitarios.

Y á la vez que los caballos del coche partian para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salia Daniel por el porton, tarareando una de nuestras canciones de guitarra, ó mas bien de esos tristes, cuyo aire es, poco mas ó ménos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y á galope corto, como el mejor y mas indolente gaucho.

## II.

Al volver al salon, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo ménos de pararse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarla, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de fecilidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, derrepente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléctrico, agitó á la jóven que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala, el gabinete, entró á su dormitorio, y se paró delante del crucifijo, interrogándole, ú orando con el alma en los labios.

Eduardo la habia seguido sin volver en sí de su sorpresa, ó mas bien, de su profunda perturbacion, al notar el estremecimiento y la repentina palidez de su esposa.

— Pero ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿qué tienes, mi Amalia? la preguntó al fin, tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

— Nada, nada, Eduardo, nada, ya pasó.... he sufrido tanto.... supersticiones.... los nervios; qué sé yo! pero ya pasó.

— No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé, pero que quiero saber, porque sufro mas que tú en este momento.

— No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; hé ahi todo.

— Pero....

— No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirias; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oir las horas.

— ¿Nada mas?

— Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

— Mi Amalia; la dijo, cuando te sentí estremecer, huir de mis brazos, y te vi venir á refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensacion de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acababa de ligarnos para siempre.

— Eduardo! ¿y le has creido? ¡tambien esto, Dios mio!

— Perdon, mi Amalia, encanto angelicado de mi alma, perdon.... mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de este momento, precursora de la vida encantada que me espera á tu lado, todo conspiró é intrigó mi espíritu.... perdon, perdon.

Y atrayéndola hácia su seno, levantando los rizos que vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos, y contaba con sus labios los latidos de sus sienes.

Ella, entretanto, decia al bien amado de su alma:

— Es esta la primera vez de mi vida que yo he amado. Es esta mi primera pasion, mi primer himeneo, mi primer dia, mi primer dicha.

— Amalia!

— Desgracias, el silencio y la horfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por ti, para ti, en tí. Y si algo temia, si algo me retraia, era el miedo, esa vision terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, ó hace la desgracia de cuantos me aman; y si he cerrado mis ojos a mi estrella, es porque solo con mi mano puede comprar tu alejamiento de aquí Sin ello, yo habria sacrificado esta felicidad que ahora me abruma, estos siglos de ventura que vivo esté momento, por no tener el temor siquiera de originarte un minuto de mal. . mira si te amo!

— Oh! es mucha, es mucha felicidad para un solo corazon....!

Y la luz de la lámpara se amortiguaba; las hojas de la rosa blanca se desprendian y caian entre los rizos de la jóven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de ella y él, cubrió la frente de los dos.... y era el velo de la novia ... y era el cendal del amor y del misterio....!

---

## CAPITULO XIX.

El tálamo nupcial.

Cuando el reloj de la quinta daba las diez de la noche, Pedro abria el porton para que entrase Daniel, despues de haber oido y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento tambien, una escena bien diferente tenia lugar á pocos pasos: era Amalia, que, desde la primera vibracion del reloj, habia estremecídose con mas violencia aun, que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose de él instintivamente, como si el eco del metal fuese la voz fatídica del genio del dolor, que la viniese á anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

— ¿Qué es esto, amado mio, esposo mie? le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud, ¿qué es esto? Es la primera vez de mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y á medida que pasan las horas, es mas violenta y fuerte la impresion que siento! Qué! ¿ni á tu lado puedo yo ser feliz?

— Angel de mi alma, es tu imaginacion y nada mas. Opreso de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, á la adoracion á que se consagrará mi vida, velando tu felicidad y tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás á mi lado, léjos de aquí.

— Sí, pronto, muy pronto, Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin tí.

— Viajaremos juntos.

— ¿Y porqué no desde esta noche?

— Es imposible.

— Dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán despues.

— Es imposible.

— Llévame, llévame, Eduardo ¿no soy tu esposa? ¿no debo seguirte á todas partes?

— Sí, pero no debo esponerte, luz de mis ojos.

— ¿Esponerme?

— Cualquier incidente....

— ¿Luego tú te espones? Porqué me engañan! ¿no me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

— Es cierto, no hay peligro, pero quizá tengamos que permanecer en el rio, dos, tres, ó cuatro dias.

— ¿Y qué me importa si los paso contigo?

— Amalia, no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos de casados todas nuestras promesas de solteros. Si no vas con Daniel ántes de quince dias, irás sin él; porque á esa fecha, se habrá concluido la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarque. Acuérdate, bien mio, que voy á dejarte porque tú me lo mandas, y que tú debes quedarte porque yo te lo ruego.... Pero.... siento alguien en la sala.

— Será Luisa?

— No, creo que es Daniel.

Y el jóven besó la frente de su esposa y pasó al salon, donde se halló en efecto con su amigo.

Amalia, entretanto, llamó á Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, donde pasó á reunirse con su esposo y su primo.

— Dios nos protege, hija mia, todo está completamente listo y arreglado. Solamente que en vez de esperar á la madrugada, Douglas fija la hora del embarque para las doce de la noche, es decir, dentro de dos horas.

— ¿Y porqué ese cambio? preguntó Amalia.

— Es lo que yo mismo no puedo esplicarte; porque tengo tal confianza en la prevision y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora, nada le pregunté, porque estóy cierto que es la que mas ha de convenir al embarque.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecia querer trasmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo:

— El destino no ha querido corresponder á mis mas vivísimos deseos: yo habia deseado ver vuestra felicidad, á la luz de la mia al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo habia deseado que en una misma hora arrebatásemos á la suerte un momento para nuestra comun felicidad, y si Florencia estuviese á mi lado en este instante, yo seria el ser mas venturoso de la tierra.... pero en fin,

he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra.... Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan esquisita la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se armonizaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad, ó de dolor, de ansiedad, ó de melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fugitiva, pero brotada del fondo del corazon, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominacion de sí mismo, esa alma de abnegacion y generosidad, que sacrificaba todo á la felicidad de los que amaba, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apénas llegaba á los labios de aquellos dos seres tan combatidos de la suerte, y levantándose, y abrazándolos sucesivamente, les dijo:

— Vamos, vamos, estemos contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los dias que vamos á pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos despues entró Pedro con la bandeja del té y fué á colocarla en una mesa del gabinete de lectura, que como se sabe, estaba entre el salon y el aposento, á donde pasó Amalia con su esposo y su primo, habiendo ántes dicholo á Pedro que se retirase, pues nunca consentia que él la sirviese.

Antes de diez minutos Daniel habia vuelto la alegría á sus amigos.

Fugaz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los giros de la conversacion, era imposible resistir al sello que él le imprimiera.

Por último, solo le faltaba hacerlos enojar, para darles el placer de que se reconciliasen luego. Porque no hay nada mas en armonía con las necesidades del corazon enamorado, que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliacion, y en ella, mas impetuosa, la reaccion de los efectos. Y así fué, que con una gran seriedad, tomando su segunda tasa de té, dijo á su amigo:

— Ah, Eduardo, una cosa se me ha olvidado preguntarte: ¿qué hago de la cajita de cartas?

— La cajita de cartas! contestó Eduardo, miéntras Amalia se puso á mirarlo fijamente.

— Sí, pues! repuso Daniel con la misma gravedad, la cajita de cartas, donde creo que hay tambien cabellos de Amalia, por el color.

— ¿Te has vuelto loco Daniel?

— No, gracias á Dios.

— ¿Y porqué disimula usted, caballero? ¿Qué cosa

mas natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

— Te juro, Amalia mia, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. O está jugando, ó repito que se ha vuelto loco.

— Pero, ¿porqué negarlo? repuso Amalia rosada y fingiendo una sonrisa que abrumaba á Eduardo

— ¿Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas? repuso Eduardo que empezó á comprender el capricho de su amigo.

— De modo que ...

— De modo que haces mal porque ¿lo ves?

— ¿Qué?

— Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mia.

Daniel entónces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre la de Eduardo, esclamó:

— Están impagables! Mi Florencia tendria mas circunspeccion.

— No, no, es cierto, tú no has mentido, repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabaran de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerla conocer la chanza caprichosa del primero; y la presion de su mano, y el rayo enamorado de su tiernísima mirada, le dijeron á Eduardo que la nube de celos se habia evaporado. En ese instante ella y él se cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se trasmitian la vida.

Pero en ese instante tambien la voz de Luisa vino á caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vió á la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo tambien, que se oyó un tiro en el patio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y ántes que Luisa hubiese podido decir una palabra, y ántes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que habia, y junto con la adivinacion del instinto, la verdad se presentó ante ellos, á traves de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde habia venido la niña; pues una porcion de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa, al tocador de Amalia. Y todo esto, desde el grito, hasta la vista de aquellos hombres, ocurria en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidez tambien, Eduardo arrastró á

su esposa hasta la sala, y cogió sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo y rápido como la luz, Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenia, junto á la puerta que separaba el gabinete de la alcoba.

— Sálvanos, Daniel! gritó Amalia precipitándose á Eduardo cuando tomaba las pistolas.

— Sí, mi Amalia, pero solo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse á la detonacion de las pistolas de Eduardo, que hizo fuego á cuatro pasos de distancia sobre ocho ó diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; miéntras Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y á tiempo que otro tiro disparaba en el patio, y un rugido semejante al de un leon dominaba los gritos y las detonaciones.

— Dios mio, han muerto á Pedro! gritaba Amalia prendida del brazo izquierdo de Eduardo que no conseguia desasirse de ella.

— Todavía no, dijo el soldado entrando por la puerta de la sala, que daba al zaguan, bañado el rostro y el pecho, en la sangre que salia á rios de un hachazo que habia recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decia esas palabras, la espada de Eduardo, que vino á caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y miéntras que con el brazo izquierdo se limpiaba la sangre que le cubria los ojos, con la derecha, donde tenia su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y veloz.

La voz de Eduardo que decia á su esposa asida de su brazo y su cintura:

— Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa á la sala, no se oia entre el ruido y la grita infernal que venia del patio, del tocador, y de aquellos que entraban al aposento, y de los cuales uno habia caido á los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos á los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles, sobre los vidrios de las ventanas, sobre las lozas del lavatorio, en cuanto habia, siendo estos golpes acompañados de una gritería salvaje, que hacia mas espantosa aquella escena de terror y muerte.

A los tiros de Eduardo, los que invadieron la alcoba, habian unos retrocedido algunos pasos, otros parádose súbi

tamente, sin avanzar hácia la mesa y las sillas caidas delante de la puerta Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

— Ah, Troncoso y Badia! gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que habia salvado á su amigo en la noche del 4 de Mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba á trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres se precipitaban como dos demonios, el uno con una pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó á Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofá de la sala, y cogió la espada que le acababa de tirar Pedro. Y á este, que venia de echar á la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y queria hacer un esfuerzo para seguir á Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas á los dos pasos, las piernas se le doblaron, y cayó temblando de furor, delante del sofá en que quedó la jóven. Allí se abrazó de sus piés, bañado con su sangre generosa á aquella criatura, á quien todavía queria salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entretanto, el rayo no cae mas rápido ni mortífero, que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido mas cercano á la mesa y las sillas caidas, entre los diez ó doce que, á la voz de sus jefes, asaltaban aquel débil obstaculo. Y al mismo tiempo Daniel alcanzaba al hombro de otro, y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su *casse-tête*.

— Cógele el sable! le gritó Eduardo; miéntras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, solo tenia fuerzas para oprimir los piés de Amalia, y voz para estar repitiendo á Luisa, abrazada tambien de su señora:

— Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa ni le oia, y si le oia no queria obedecerlo, porque temblaba de quedarse á oscuras, si posible era sentir mas terror que el que la dominaba.

Pero los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel no sirvieron sino para atraer sobre sí mayor número de asesinos, pues á la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban robando y rompiendo en el tocador; cuando se lanzaron á las sillas y la mesa, el mismo Eduardo, impaciente por aquellos obstáculos que impedian el alcance de su espada, con sus piés trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino espedito de la una á la otra habitacion, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban á separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino á ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

— Salva á Amalia, Daniel, sálvala; déjame solo, sálvala! gritaba Eduardo, temblando de furor, ménos por el combate que por los obstáculos que no podia remover con las manos, porque con su espada hacia frente á los puñales y sables que habia del otro lado de ellos, miéntras que temia tropezar y caerse si intentaba separarlos de los piés.

Todo esto habria durado como diez minutos, cuando seis ú ocho de los bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, miéntras que los restantes continuaban, á la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caidos, pero con tal temor, que apénas habian separado dos ó tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jovenes estaba herido, y Eduardo en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dió vuelta su cabeza para ver á su Amalia, al traves de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña, y volviéndose á su amigo, le dijo en frances:

— Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de en frente; y en cinco minutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por el medio de esta canalla, y te alcanzaré.

— Sí, le contestó Daniel, es el único medio; ya lo sabia, pero no queria dejarte solo; ni lo quiero aun. Voy á ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago á la sa[illegible]mpo que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros de los dos que habia encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta de la sala, hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un gobierno nacido del infierno, y maldito para siempre jamas en la historia de las generaciones argentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazon, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió á escudar con su cuerpo el cuerpo de su Eduardo, miéntras Daniel tomó el sable de Pedro ya espirando, y corrió tambien al gabinete.

Pero junto con él los asesinos entraron. Y cuando Eduardo oprimia contra su corazon á su Amalia para hacerla con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos; Daniel recibia una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, á quien un esfuerzo sobrenatural debia mantener en pié por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y

en ese momento, en que era sostenido apénas en un ángulo del gabinete por los brazos de su Amalia, miéntras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos de la sangre, y amedrentaba á sus asesinos; y cuando Daniel en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda, se defendia como un héroe; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de la calle. Luisa que habia ganado el zaguan despavorida, conoce la voz de Fermin, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entónces un hombre anciano, cubierto con un poncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazon por la mano de la naturaleza:

— Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz, ménos Eduardo cuya alma, en ese instante, se volaba á Dios, y su cabeza caia sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las 11 de la noche.

— Aquí, padre mio, aquí; salve usted á Amalia, dijo Daniel, al oir la voz y conocer á su padre.

Y al mismo tiempo el jóven, que habia recibido otra profunda herida en la cabeza, caia sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra habia suspendido el puñal, que esa misma palabra levantara para tanta desgracia y tanto crimen....!

---

## ESPECIE DE EPILOGO.

La crónica, que nos revelará mas tarde quizá algo interesante sobre el destino de ciertos personajes que han figurado en esta larga narracion, por ahora solo cuenta que al siguiente dia de aquel sangriento drama los vecinos de Barracas, que entraron por curiosidad á la quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres: el de Pedro, cuya cabeza habia sido separada del tronco, y los de tres miembros de la sociedad popular restauradora; y que allí estuvieron hasta la oracion de ese dia, en que fueron sacados en un carro de la policía, á la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

Se cuenta tambien, que Don Cándido Rodriguez, despues de la muerte del señor Slade, acaecida pocas semanas despues de los sucesos que se acaban de conocer, fué obligado por un juez de paz á salir de la casa del consulado, porque decididamente se resistia á dejar el territorio de la union, aun despues de la muerte del cónsul, y de quedar la casa sin consulado.

Y de Doña Marcelina solo se sabe que un dia vino á proponerle su mano á Don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos habian corrido; lo que Don Cándido rechazó horrorizado.

# INDICE

## de los capítulos de este libro.

---


CONTINUACION DE LA PARTE TERCERA.

| | | Pag. |
|---|---|---|
| Cap. 12. | De cómo se leen cosas que no están escritas | 1 |
| Cap. 13. | Cómo sacamos en limpio que D. Cándido Rodriguez se parecia á D. Juan Manuel Rosas | 10 |
| Cap. 14. | Los dos amigos | 15 |
| Cap. 15. | Amalia en presencia de la policia | 21 |
| Cap. 16. | Todos comprometidos | 29 |

PARTE CUARTA.

| | | |
|---|---|---|
| Cap. 1. | El 16 de Agosto | 36 |
| Cap. 2. | El gobernador delegado | 48 |
| Cap. 3. | De cómo era y no era gobernador delegado Don Felipe | 59 |
| Cap. 4. | De cómo Don Felipe Arana esplicaba los fenómenos del magnetismo | 66 |
| Cap. 5. | Así fué | 74 |
| Cap. 6. | Sor Marta del Rosario | 81 |
| Cap. 7. | Cómo Don Candido se decide á emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa | 85 |
| Cap. 8. | La guardia de Lujan y Santos Lugares | 91 |
| Cap. 9. | Manuela Rosas | 101 |
| Cap. 10. | Continuacion del anterior | 108 |
| Cap. 11. | De cómo empezó para Daniel una aventura de Faublas | 114 |
| Cap. 12. | El despertar del cura Gaete | 120 |
| Cap. 13. | La casa sola | 128 |
| Cap. 14. | Aparicion | 135 |
| Cap. 15. | El jefe de dia | 145 |
| Cap. 16. | Continuacion del anterior | 152 |
| Cap. 17. | Patria, amor y amistad | 158 |

PARTE QUINTA.

Pág.
Cap. 1. Setiembre . . . . . 163
Cap. 2. Santos Lugares . . . . . 168
Cap. 3. Un vaso de sangre . . . . . 175
Cap. 4. Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodriguez . . . . . 187
Cap. 5. Pilades enojado . . . . . 196
Cap. 6. El contrabandista de hombres . . . . . 204
Cap. 7. El jefe de ronda . . . . . 210
Cap. 8. La ballenera . . . . . 218
Cap. 9. La ronda federal . . . . . 227
Cap. 10. Primavera de sangre . . . . . 235
Cap. 11. De cuarenta solo diez . . . . . 240
Cap. 12. La ley de hambre . . . . . 247
Cap. 13. El traje de bota . . . . . 253
Cap. 14. Asilo inglés . . . . . 261
Cap. 15. Mr. Slade . . . . . 264
Cap. 16. De cómo Don Cándido Rodriguez era pariente de Cuitiño . . 276
Cap. 17. El reloj del alma . . . . . 286
Cap. 18. El velo de la novia . . . . . 291
Cap. 19. El tálamo nupcial . . . . . 296
Especie de Epilogo . . . . . 304

---

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

BINDING SECT. JUN 1 3 1974

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7797
M27A73
1877

Mármol, José
Amalia

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 06 10 003 6